



Ex Líbrís



Pilar Moreno de Angel

B012 © APCO

OBRAS

DE

J. DAVID GUARIN.

1880

BOGOTÁ

Imprenta de Zalamea Hermanos

PATENTE DE PRIVILEGIO.

JULIAN TRUJILLO,

Presidente de los Estados Unidos de Colombia,

HACE SABER:

Que el señor J. David Guarín ha solicitado privilegio exclusivo para publicar y vender una obra de su propiedad, cuyo título, que ha depositado en la Gobernación del Estado soberano de Cundinamarca, prestando el juramento requerido por la ley, es como sigue:

"OBRAS DE J. DAVID GUARÍN."

Por tanto, en uso de la atribución que le confiere el artículo 66 de la Constitución, pone, mediante la presente, al expresado señor Guarín, en posesión del privilegio por quince años, de conformidad con la ley 1ª, parte 1ª, tratado 3º de la Recopilación Granadina, "que asegura por cierto tiempo la propiedad de las producciones literarias y algunas otras."

Dada en Bogotá, á 20 de Marzo de mil ochocientos setenta y nueve.

(L. S.)

El Secretario de Hacienda y Fomento,

JULIAN TRUJILLO.

LUIS CÁRLOS RICO.

PRÓLOGO.

I

EPOCA feliz en nuestra historia política y literaria fué la de 1855 á 1858. Los dos grandes partidos de Colombia habian vencido al militarismo y organizado un Gobierno que dió tres años de paz y de progreso á la República. Era Presidente un literato, don Manuel María Mallarino, que leía á Horacio y hacia estudios sobre los clásicos españoles; y tenia por Secretarios á jóvenes poetas que dirigian perfectamente los negocios públicos y confirmaban los juicios de Delorme sobre los *teóricos en el poder*. El ejército permanente no alcanzaba á quinientos soldados (hoy tenemos 5,000); y, sin embargo, los gobernados cumplian fielmente las leyes y los gobernantes no pretendian violarlas ni aspiraban á ser Cónsules, Salvadores ó Dictadores. Epoca feliz!

El genio colombiano, viéndose libre, desplegó su vuelo hácia las regiones de la ciencia y de la poesía: todos se consagraban á trabajar con la esperanza de recoger abundantes frutos y pensando que no volveria á presentarse en medio siglo el demonio de la guerra civil; y surgieron de repente centenares de jóvenes que hoy son la gloria de esta generacion y que entonaban himnos entusiastas al amor, á la patria y á la libertad.

El periodismo colombiano tomó entónces una grande importancia. El partido liberal tenia por órganos principales *El Tiempo*, redactado por Murillo, y *El Neo-Granadino*, redactado por Samper: el partido conservador, *El Catolicismo*, con varios redactores, y *El Porvenir*, que dirigia Lázaro María Pérez.

El señor José Joaquín Ortiz, uno de los más respetables poetas y publicistas de Sur-América, fundó el Liceo Granadino, corporación literaria semejante á la Academia de Bellas Letras de Chile fundada por el ilustre Lastarria, y que, como todas las nuestras, murió en flor, pero no sin dar frutos exquisitos. Allí se hicieron conocer y aplaudir multitud de jóvenes que ahora son el orgullo de la Patria y algunos de los cuales, como Vergara y Daniel Mantilla, duermen el sueño eterno en brazos de la gloria. Allí recibieron coronas el modestísimo José Benito Gaitan y el inolvidable Mario Valenzuela. Allí nacieron dos publicaciones literarias que nos honran: *La Guirnalda* y *El Liceo Granadino*.

Mientras tanto, Santiago, Felipe y Lázaro María Pérez escribían dramas y leyendas; el mismo Felipe hacía sus novelas peruanas y publicaba en *El Tiempo* notables respuestas á las críticas de Villérgas; Ortiz y Samper redactaban folletos bellísimos; Murillo, Ancizar, Camacho Roldan y otros muchos adquirían fama como periodistas de primer orden; Emiro Kastos, Rafael Eliseo Santander, Juanuario Salgar y veinte más publicaban en *El Tiempo* admirables artículos de costumbres; Borda fundaba *El Album*; Marroquin y Carrasquilla daban á luz sus primeros deliciosos versos, y por último, en 1858 y 1859 aparecían dos periódicos que serán un digno objeto de estudio para los que escriban la historia literaria de la Nueva Granada: aparecían *La Biblioteca de Señoritas* y *El Mosaico*.

Por aquel tiempo (1858) los lectores de *El Neo-Granadino* se morían casi de risa una mañana, al leer cierto artículo titulado *Un día de San Juan en tierra caliente* y firmado por DAVID. Nadie conocía al autor, y creyóse generalmente que algún viejo literato se ocultaba con ese pseudónimo para describir las costumbres del Tolima. El artículo cautivó tanto al público como el famoso *Domingo en casa* con que Ricardo Silva, algunos años más tarde, inauguró triunfalmente su carrera literaria.

Aún recordamos la impresion que nos produjo esa pintura y los gritos de alegría con que la mostrábamos — niños de once años — á nuestro padre. Teníamos á la vista, en las poblaciones socorranas, el espectáculo descrito por David, con colorido inimitable; admirábamos justamente la habilidad del pintor. Reunimos ese artículo con los de Groot, Ancizar, Emiro Kastos, Caicedo Rójas, Juan Francisco Ortiz, Rafael Eliseo Santander, Lombana, Maldonado, Ulpiano González, Madieto y otros que habíamos encontrado en *El Día*, *El Duende*, *El Pasatiempo*, *El Neo-Granadino*, *El Museo*, *El Tiempo* y cien periódicos más, pues éramos unos coleccionistas infatigables de escritos nacionales y teníamos por Breviario las obras de Larra. Figuraos, pues, cuál sería nuestra dicha al encontrar casi todos *nuestros* artículos, muchos años despues, en la coleccion de Vergara, y al recibir, en 1859, los primeros números de *El Mosaico* redactados por el mismísimo autor del *San Juan* y por don Eugenio Díaz, Borda, Vergara, Marroquin y Carrasquilla! Jamas olvidaremos esas horas de nuestra infancia, ni el deleite con que recorriamos esas páginas impresas de un modo *primitivo* por el amable abuelo Cualla, en un papel detestable, con tipos inverosímiles, pero que brillaban como diamantes á nuestros ojos de niños, y que hoy mismo no podemos contemplar sin emocion y lágrimas.... Tres de

esos adorables ingenios, Díaz, Borda y Vergara, nos abandonaron para siempre!.... Esperemos que Dios nos conserve por largo tiempo á Guarín, Marroquin y Carrasquilla....

II

J. DAVID GUARIN nació en Quetame, Estado de Cundinamarca, el 28 de Noviembre de 1830. Hizo sus estudios de literatura en el Colegio del Rosario y en el de la Compañía de Jesús, en Bogotá, y los de Filosofía y Jurisprudencia en el de San Simón de Ibagué. Sus primeros escritos fueron publicados en 1856 en *El Neo-Granadino*, *El Album* y *La Esperanza*; y su reputación aumentó con las novelas y artículos que dió á luz durante cuatro años en *El Mosaico*. Una de esas novelitas es la de "Entre usted que se moja," en que figura el histórico don Ventura Ahumada, y está llena de lo que los franceses llaman *sprit*, los ingleses *humour* y los españoles *sal andaluza*. — ¿No recordais aquella escena deliciosa, cuando el terrible don Ventura encuentra entre un cajón al estudiante, medio muerto? Leedla, como lo hemos hecho nosotros, una docena de veces, y encontrareis motivo para ensalzar la gracia y el ingenio de Guarín.

Desde 1860, éste ha colaborado en la mayor parte de los periódicos políticos y literarios del país, como *La Biblioteca de Señoritas*, *El Tiempo*, *La República*, *El Nuevo Mundo*, *El Valle de Cúcuta*, *El Oásis* de Medellín, &c. &c. Redactó en dos épocas distintas *El Iris* y fué co-redactor de *El Hogar*, *La Ilustración*, *El Rocío*, *El Vergel* y *La Tertulia* (del malogrado José Manuel Lléras). Hoy es nuestro compañero en *La Pluma*, junto con el historiador José María Quijano Otero y el poeta José María Pinzon Rico; y á veces nos ayuda tambien en *La Patria*. Se han hecho ya dos ediciones de sus artículos y novelas y ahora publica sus obras. Dió al teatro de Bogotá una comedia de costumbres — "Cuando dos se quieren bien..." — y fundó en el Estado de Santander dos periódicos políticos — *La Union* y *El Eco*.

Como todos los literatos colombianos, David no ha podido vivir de su pluma y ha tenido que aceptar cien destinos: ha sido Director de colegios, Administrador general de Hacienda, Prefecto de algunos Departamentos, Diputado á varias Asambleas de Cundinamarca, Procurador en Santander, Secretario general en Boyacá, Secretario de la Cámara de Representantes, &c. &c. *El Fisgon* (pues este es su popular pseudónimo), convertido en oficinista y hoy mismo en corrector del *Diario Oficial*. ¡Qué horror!

Tambien fué Cónsul (todos hemos sido, somos ó seremos

Cónsules de este país) en San Francisco de California, y allí honró el nombre colombiano escribiendo, con la facilidad y gracia de costumbre, en *El Nuevo Mundo*, *La Crónica*, *El Tecolote* y en *Las Novedades*, de Nueva York; siendo sus más notables escritos los que dió á luz sobre el Canal interoceánico, que merecian ser traducidos á varios idiomas.

Se ve, pues, que Guarín ha escrito sin descanso durante veinticinco años. En Europa sus obras le habrían dado una fortuna: en Colombia... no murmuremos... en Colombia, el último Congreso ha auxiliado la publicación de este libro, dando así una prueba de *sprit* casi increíble. En resumen, David no puede quejarse de su destino á los dioses inmortales: es un escritor popular en su país, uno de los rarísimos literatos que han logrado publicar sus obras; * gracias á éstas, será igualmente popular en América, y aún no desconfiamos de que lleguen á España, donde el maestro del género, *El Curioso Parlante*, las recibirá con los brazos abiertos y pasará ratos deliciosos, cerca de la chimenea ó del inocente brasero, oyendo soplar las brisas — poco agradables — del Guadarrama y leyendo *El Maestro Julian* ó *La Camisa calentana*.

III

A dos géneros literarios ha consagrado Guarín su pluma: la novela y los escritos de costumbres. Para aquél tiene facultades, que indica así Samper en el prólogo que escribió al primer volumen de los artículos de David: “Claro talento de observación, sentimiento delicado y vivaz, amor á todo lo bueno y bello, moralidad de espíritu y de juicio, y sencillez en la narración ó en la exposición de las cosas...” Cuando da rienda suelta á su talento particular, sus pinceladas son siempre vigorosas, rápidas y expresivas, porque son todas verdaderas.” Por desgracia, Guarín no ha tenido seis meses de reposo para escribir, como puede hacerlo, novelas de largo aliento: todas sus narraciones son cortas é interesantes; todas hacen desear obras más extensas y perfectas. Esperamos que David termine el manuscrito de *Las dos Julias*, para saber si el público lo colocará al lado de Mármol, Altamirano, Isaacs y Blest Gana, entre los verdaderos novelistas que cuenta hasta hoy la literatura hispano-americana.

“El artículo de costumbres, dice también Samper en el prólogo citado, escrito con habilidad y basado en observaciones constantes y atinadas, no sólo ofrece amplio campo para adunar el chiste y la sátira á la vigorosa exposición de situaciones dra-

* El señor Guarín posee aún materiales inéditos y muchos artículos aún no seleccionados, que piensa dar á luz no muy tarde.—EL EDITOR.

máticas, haciendo conocer al propio tiempo nuestra naturaleza, nuestras instituciones sociales, la índole de nuestras poblaciones y nuestros usos y costumbres, sino que facilita el medio de engalanar el ingenio con las bellezas de una crítica profunda y las amenidades de un estilo bien educado.” Perfectamente!

Pia Rigan (Agripina Samper), nuestra encantadora poetisa, nos cuenta en uno de sus artículos, * que al leer á su esposo — don Manuel Ancizar — el de “Ponga usted tienda,” de Ricardo Silva, y “Una docena de pañuelos,” de David, le preguntaba:

—¿Por qué será que cuando leo una cosita como ésta ó la de David, me parece tan fácil escribir, y sin embargo, si me lo propusieran, no acertaría siquiera á encabar la pluma?

—Eso sucede siempre con lo que está bien escrito, le contestaba el sabio y modesto Ancizar; como el estilo es natural, y lo que se pinta son verdaderos cuadros de costumbres, te parece, lo que me parece también á mí, que así escribiría yo, es decir, *que así es como debe escribirse*. Lo mismo sucede con la buena música: nos encanta y despierta en nosotros sensaciones que ya habíamos tenido, recuerdos que nos son queridos.

José María Pinzon Rico — otra autoridad literaria — hablando de Guarín, últimamente en *La Discusion*, decía: “Se están publicando, en edición elegante y correcta, las obras de este ático y originalísimo escritor, cuyas poesías rebosan de verdad y de sentimiento, y cuyos cuadros de costumbres pintan las del país tan á lo vivo, con tal maestría, con tan delicado colorido, con tanta exactitud en la expresión y en tan gráfica forma, que la imaginación no encuentra un solo detalle que aumentar ó que suprimir, sin dañar el conjunto; y que el recuerdo nos dice á cada paso que hemos visto así, como lo vió el autor, que lo hemos sentido como él lo siente, como si las impresiones suyas y las nuestras hubieran sido iguales, sobre idénticos objetos: como si el talento de un hombre pudiera asimilarse á los sentimientos de los otros, y darles la forma para todos latente en el espíritu, por todos comprendida, pero sólo para él fácil y galana.”

Está, pues, comprobado con autoridades tan conocidas, y quedará aún más con la lectura de este volumen, que David es un excelente escritor de costumbres. Si alguna observación pudiera hacérsele sería respecto del poco cuidado con que en ocasiones escribe. Su misma facilidad lo perjudica, pues no se esmera en la corrección del lenguaje, ni estudia los mejores modelos, ni escribe para la posteridad. En él todo es rápido, espontáneo

* *El Mosaico*, número 15, año III.

y original. Cuando una escena de costumbres hiere su vista, *la copia* al instante, con pincel de maestro flamenco, y hace un cuadro á lo Teniers, ó á lo Gerardo Dow, pero no se acuerda de que hay que observar siempre ciertas reglas y de que tiene modelos de estilo y de invencion en todas las novelas de Cervantes, en el *Lazarillo de Tórres*, de Diego Hurtado de Mendoza, en el *Diablo Cojuelo*, de Vélez de Guevara, y en *El Gran Tacaño*, de Quevedo. Tampoco se acuerda de que Mesonero Romanos, Estébanez, Calderon, Somoza y hasta Larra y Fernan Caballero, son modelos en este mismo género y pueden citarse, especialmente los dos primeros, como maestros en el manejo de la lengua castellana. También olvida que hay actualmente en España tres escritores de costumbres, Juan Valera, José María de Pereda y Pedro Antonio Alarcon, que no sólo saben pintar con una destreza envidiable, sino que conocen todos los secretos del idioma y lo escriben con una pureza y correccion clásicas.

Pedimos, pues, á Guarin, en interes de su propia gloria, que estudie esos modelos y trate de vaciar su estilo en alguno de esos moldes inmortales. No olvide que ciertas obras sólo viven por la belleza de la forma y que nadie leeria hoy á muchos de los clásicos de todas las literaturas si no encontrara en ellos una perfeccion de estilo que llena el vacío del pensamiento ó hace olvidar la superficialidad ó falsedad de la idea.

IV.

David es tambien un poeta y un *humorista*. (La Academia española, que ya ha aceptado á Castelar y que *tendrá* que aceptar á Echegaray, esto es, el genio, el desórden, la revolucion, se verá tambien *obligada*, creemos, á poner en su diccionario, quiera ó nó, las palabras *humorismo*, *humor* y *humorista*, para indicar un género literario *esencialmente inglés*, que reconoce por maestros á Cervantes, Quevedo y Larra en España, á Rabelais en Francia, á Gozzi y Bocacio en Italia, á Juan Pablo Richter, Hoffmann y Tieck en Alemania, á Shakspeare, Swift, Sterne, Dickens, Thackeray, Thomas Hood y Carlos Lamb en Inglaterra).

Como poeta tiene David la misma facilidad, espontaneidad é incorreccion que como prosista: posee en el más alto grado las dotes de sentimiento y de imaginacion, sin las cuales, á pesar de toda la ciencia métrica, no hay poeta posible. Atrae, seduce, conmueve y encanta. Su poesía *A la Soledad* es popular en toda la América, y no dudamos que será traducida á otros idiomas: es de lo más bello y esencialmente poético que posee nuestra literatura. Ella y "La Desgracia," deciamos en *La Pluma*, "son

dos sollozos, dos ayes de una alma que se desgarrá contra las rocas de la fatalidad, en medio del mar tempestuoso y á la vista de la cercana costa y del cielo sordo, inmóvil, sombrío como el abismo." Héla aquí:

A LA SOLEDAD.

DEDICADA AL SEÑOR TEMÍSTOCLES TEJADA.

Salve, tranquila Soledad augusta!
Dulce consuelo del que sufre y calla,
Ángel que cruzas con quietud el mundo,
Amiga del misterio y de la calma.

A ti se acoge el pobre miserable
Y aquel que siente torturada el alma,
Te bendice el que goza y el que llora,
Y ambos te ofrendan, Soledad, sus lágrimas.

Tú no naciste en el bullicio insano
Que entre los hombres sociedad se llama,
Ni entre la pompa de salones regios
Donde los vicios con el oro hermanan.

Sólo se te halla en las humildes grutas
Que se entapizan con la fresca grama,
Donde destila tembladora gota
Que nace, brilla y al caer acaba!

Entre los bosques, corpulentos árboles
Arcos te forman con sus verdes ramas,
Y venen templos en que son columnas
Los rectos troncos de robustas palmas.

Tras de los velos que la niebla extiende
Cuando la noche viene ó la mañana,
Te dan perfumes las silvestres flores
Que nadie aspira en la feraz montaña.

Es el silencio el himno misterioso
Que en tus altares en tu honor se canta,
O el rumor leve de arroyuelo humilde,
O el ronco trueno de la gran cascada.

Tambien te arrulla suspirante brisa
Cuando á las flores con su amor engaña,
Cuando retoza con las hojas secas,
Cuando sus quejas le refiere al agua.

Todo es solemne donde tú te encuentras,
Sea en la choza ó infeliz barraca,
O en el palacio que ruinoso oculta
Entre la yedra su perdida fama.

Y eres más grande, Soledad, si vienes
Cuando la luna con quietud derrama
Sobre la tumba y la ciudad dormidas
Tristes reflejos de color de plata.

Cuando el vesubio conmovido arroja
De entre su seno la tremenda lava,
Y cuando herida por su luz de infierno,
Su faz la luna tras las nubes guarda.

Tú das la pompa y majestad severas
A esos desiertos que oceanos llaman,
Donde lo grande, lo profundo, inmenso,
Deja extasiada con horror el alma!

Del Chimborazo en la nevada cima
Sólo la huella de tu pié se estampa;
La sombra á veces del condor andino,
La majestad de Dios, despues..... la nada!

Se agita el hombre por hallar un límite
Del ancho espacio en la region callada,
Y allá en lo vacuo, lo infinito, aéreo,
Más te contempla cuanto más avanza.

Y atras dejando al astro que en la noche
Su luz tranquila por doquier derrama,
Allá te admira, que la sombra eres
Del Dios increado que animó la nada.

El triste amante que en ausencia llora
Busca el desierto donde todo calla,
Y allí pronuncia el adorado nombre
Que entre su pecho con sigilo guarda;

Y en ti confía, Soledad divina,
Y en tu presencia de su amor ensaya
La triste queja y sus dolientes ayes,
Vertiendo á veces quemadoras lágrimas.

¡Cuántos secretos poseerás tú sola
De esos que ocultos á la tumba pasan,
Y cuya historia para todos muerta
Nos desgarrara de dolor el alma!

Y cuántas veces lastimado en lo íntimo
Por brazo alevé que asestó á mansalva,
Como la cierva que al sentirse herida
Corre á los bosques á lamer su llaga;

Corro á ocultarme en el querido albergue
Donde mi esposa con mi hijo aguardan,
Y allí entre halagos en silencio arranco
La espina aguda que clavó la infamia.

Tú, que me escuchas los supremos ayes
Cuando la pena el corazon desgarras,
Que sabes los secretos de mi vida,
Que humilde, triste y en silencio pasa;

No me abandones en la tumba, amiga!
No quiero gloria. ¡Para qué desearla?
El recuerdo sincero de los míos
Y tu sombra en mi huesa..... eso me basta!

V

Hemos dicho que David Guarín es *humorista*. Esta palabra, en el sentido que le damos, es nueva en castellano. Nos referimos al género literario, mejor dicho, á la noción estética, que se indica en la literatura inglesa con la palabra casi intraducible de *humour*.

¿Qué es el *humour*? ¿Qué un *humorista*?—“Es, responde Paulo Stapfer, el pintor trágico-cómico del hombre y de los absurdos de la humanidad.”

“¿De qué se compone el alma de un humorista? se pregunta Carlos de Mezade. ¿Qué elementos entran en la composición de esta naturaleza vagabunda, inquieta y vibrante? La sola palabra lo expresaría tal vez mejor que ninguna definición. La voz amable y nueva de humorista no deja entrever esa mezcla de sensibilidad y de ironía, de gracia y de sagacidad implacable, de frivolidad y de profundidad, de delicadeza y de fuerza que constituye uno de los caracteres más raros y más inexplicables? Lo que se llama *humour* no es más, en resumen, que el conjunto de esas cualidades, que parecen excluirse á primera vista y que se encuentran en algunos seres privilegiados. Es el ímpetu de un espíritu dotado de la aptitud más exquisita para sentir, comprender y explicar todo: es el movimiento libre, irregular y audaz de un pensamiento siempre despierto que ama esas trampas temidas de los retóricos — las digresiones — y que se abandona con gracia á ellas, cuando por casualidad encuentra un misterio del corazón para aclararlo, una contradicción de nuestra naturaleza para estudiarla, una verdad despreciada para enaltecerla; un pensamiento al cual atrae lo desconocido por un secreto magnetismo, y que bajo apariencias ligeras penetra en las más oscuras sinuosidades del mundo moral, da á todo lo que inventa, á todo lo que reproduce, el colorido del capricho y crea, por el poder de la fantasía, una imagen móvil de la realidad más móvil aún. Seguid en su viaje á ese pensamiento. Por unos momentos es alegre, sonriente, burlon: no creais, sin embargo, en esta alegría; es un relámpago; la risa oculta las lágrimas, y á la zumba y las chanzas si-

gue la melancolía. Esto es porque el espíritu no puede permanecer sereno cuando contempla las cosas bajo ese velo poético que las cubre frecuentemente y que no engaña sino á los ojos vulgares. No puede sonreír perpetuamente el que toma por cruel pasatiempo remover todas las fibras humanas, ó por lo ménos su sonrisa tiene un carácter especial. La ironía toma entónces un tinte serio; y ¿qué basta para efectuar cambio tan brusco? Poca cosa, una de esas nada imperceptibles para la gravedad pretensiosa. Un pájaro encerrado en una jaula hará producir páginas vibrantes sobre la esclavitud y la libertad; un vulgar incidente de calle hará estallar el sentimiento ardiente de los dolores sociales; la nube que pasa despertará los más íntimos y dulces recuerdos; el juguete de un niño hará pensar en el problema de su destino; parecerá que se oye á un filósofo elocuente ó á un poeta lírico inspirado. Esperad un momento: ese genio caprichoso que acaba de teneros bajo el yugo de una emoción vivísima, ha encontrado ya su fácil ironía, su buen humor inagotable, su fuerza superior de sarcasmo. Esta rapidez de impresiones y estos contrastes siempre nuevos, son el secreto del humorista; dotado del maravilloso poder de abarcar los dos lados de la vida, de repartirse entre la alegría y las lágrimas, va de un objeto á otro, con más lógica de la que pudiera imaginarse en su fantástica carrera, y esparciendo sin cansancio la variada fecundidad de su espíritu observador."

Cuanto han leído á Shakspeare y Sterne, padres del *humour* en Inglaterra, reconocerán la exactitud de la pintura hecha por el ilustre crítico francés en las líneas precedentes.

Conforme á estas reglas, es humorista Cervantes, que nos interesa, conmueve y hace reír á un tiempo, con la nobleza de Don Quijote y las ocurrencias de Sancho: es humorista eminente Larra que sonreía y sollozaba en "La Noche Buena" y en "El Día de difuntos de 1836;" que encontraba en el cementerio de Madrid epitafios como el de "*Aquí yace media España: murió de la otra media*," y que leía en el sepulcro de su corazón: "¡Aquí yace la esperanza!!!"

Son humoristas el prodigioso Juan Pablo, ídolo de los alemanes, y el burlón irónico y conmovedor Heine. Lo es, y admirable, Carlos Dickens, el gran novelista inglés de este siglo, que prodiga á manos llenas, en todas sus obras, el sentimiento, la alegría, la burla y la sátira y que en una misma página nos hace reír pintándonos á un siniestro pedagogo y llorar al ver las torturas á que está sujeta la infancia en Inglaterra.

Entre nosotros son humoristas Joaquín Pablo Posada y Emiro

Kastos, especialmente el último, que en su artículo "Una botella de brandy y otra de ginebra," reunió las difícilísimas cualidades de este género y alcanzó casi al gran satírico español. Es humorista también, repetimos, David Guarín, espíritu impresionable y vagabundo que pasa en un minuto del terreno de la sátira á los campos del sentimiento y que tiene dos tesoros inagotables: la fuente de la risa y la fuente de las lágrimas.

VI

¿Quereis ahora el retrato físico de nuestro héroe? Tiene ya cincuenta años, ¿no es cierto? pues nació en 1830. Parece imposible! Cuando os encontréis con el gigantesco José María Quijano Otero, con el aterrador Ricardo Carrasquilla ó con el microscópico Pinzon Rico, á un jóven de treinta á treinta y cinco primaveras, de poblada cabellera, fino bigote, fisonomía melancólica y distinguida, que sonríe apenas, que habla rara vez de los otros y nunca de sí mismo, ese, ese ciudadano es don David Guarín.

Su suerte nos conmueve y nos desvela tanto como la de Pombo: ambos son esclavos! El humorista, el satírico Guarín, es Corrector oficial! El autor de "La Soledad" pasa días y noches corrigiendo autos de la Suprema Corte y decretos oficiales escritos por lo común en un lenguaje nada poético. El historiador de don Ventura Ahumada está condenado á leer (horror!) todos los discursos de los actuales padres de la Patria! El poeta que ama la vida campestre y que tiene tan vivo el sentimiento de la naturaleza, encerrado en una oficina revisando autos de glosas y estados de Caja de la Tesorería general! Imaginaos al Diablo Cojuelo en la redoma donde lo emparedó el astrólogo de márras. ¿No habrá un don Leandro Pérez Zambullo que liberte á Guarín? Entónces harían en colaboración una obra como la de Félix de Guevara, y "con arte diabólica descubrirían la carne del pastelón de Madrid (no, de Bogotá), y estudiarían la variedad de sabandijas racionales en esta arca del mundo;" que para tal destino, ú otro semejante, deberían estar predestinados los sucesores de Fígaro, los que como Hood, como Lamb, como nuestro Fallon y David, llevan en las venas, en los nervios y en el pensamiento ese *humour* inglés que dejó Shakspeare en herencia á todos los idealistas y satíricos del mundo.

ADRIANO PAEZ.

Vista Hermosa (en La Unión), á 16 de Octubre de 1880.

PROVINCIALISMOS EMPLEADOS EN ESTE LIBRO.

<i>Alfandoque—Chucha.</i>	Instrumento de caña con granos por dentro para hacer ruido acompasado.	<i>Fondo.</i>	Paila grande.
<i>Arruncharse.</i>	Acurrucarse, ovillarse, recogerse.	<i>Filimisco.</i>	Melindroso.
<i>Ariquipe.</i>	Dulce hecho con leche.	<i>Gallo de totuma.</i>	Juego de niños.
<i>Altozano.</i>	Atrio.	<i>Guazábara.</i>	Voz indígena que significa bulla, bochinche, algarabía.
<i>Bayeton.</i>	Ruana de pellon.	<i>Guambía.</i>	Mochila.
<i>Bodoquera.</i>	Corbatana.	<i>Majagua.</i>	Especie de cinta vegetal.
<i>Casaca.</i>	Frac.	<i>Nacuma, murrepo.</i>	Hoja de la que se hacen los hilos para los sombreros. (Pandaceas).
<i>Coco.</i>	Pocillo hecho de la nuez de esta fruta.		Refrigerio tomado entre almuerzo y comida.
<i>Cojinetes.</i>	Alforjas.	<i>Onces (las)</i>	Diablo.
<i>Caratoso.</i>	Manchado en la piel.	<i>Patas (el)</i>	Nacimiento de Noche-buena.
<i>Chúcaro.</i>	Pícaro—Bonito.	<i>Pesebre.</i>	Dehesa.
<i>Cotudo.</i>	El que padece de bocio.	<i>Potrero.</i>	Broma, bulla, jarana.
<i>Chambuque.</i>	Lazada.	<i>Parranda.</i>	Aguardiente.
<i>Chorro del Fiscal.</i>	Nombre de una calle de Bogotá.	<i>Pechereque.</i>	Lechuguino.
<i>Chino.</i>	Muchacho.	<i>Pepito.</i>	Tocar la guitarra.
<i>Colgar á alguno.</i>	Festearlo en su cumpleaños.	<i>Puntear el seis.</i>	Sombrero de caña.
<i>Caspiroleta.</i>	Dulce hecho de yemas de huevo.	<i>Raspon.</i>	Los pueblos cercanos á la capital.
<i>Escobillar.</i>	Hacer zapateos en el baile.	<i>Reino (el)</i>	Rielete.
<i>Encomienda.</i>	Nudo ó lazada hecha en la sobrecarga.	<i>Ringlete.</i>	Salton.
<i>Fusilico.</i>	Juego de naipes.	<i>Saltagatos.</i>	Vacía hecha de cierta calabaza.
		<i>Totuma.</i>	Bombo.
		<i>Tambora.</i>	

FE DE ERRATAS.

Son muchas, lo confieso, las que se han escapado de mi pluma, pero más las que han quedado en este libro por falta de inspección de parte mía al imprimirlo.

Enmiéndelas el lector como á bien lo tenga.

EL AUTOR.

ÍNDICE.

	pág.
PRÓLOGO.....	III
Varios cuentos en uno solo.....	3
Togüf.....	19
Un rayo de luz.....	22
Entre usted que se moja.....	24
Visitar á los enfermos.....	33
La primera lágrima.....	40
Favores de la suerte.....	41
Me voy de Bogotá.....	46
Un robador de tigres.....	50
Vamos á fiestas.....	55
El maestro Julian.....	67
El último día de un mendigo.....	71
Un drama en un chaleco.....	73
Carta para el otro mundo.....	77
A los pies de ustedes, mis señoras.....	81
Un día de San Juan en tierra caliente.....	84
La obra maestra.....	93
Por andar á oscuras.....	93
La camisa calentana.....	97
A más no poder.....	101
Ladrones! ladrones!.....	107
Parábola.....	111
Envidia.....	113
Lila.....	117
Ganas de conversar.....	124
La hija de Chirca.....	127
Una tarde de fiestas.....	146
La docena de pañuelos.....	149
En un álbum.....	154
La felicidad ajena.....	157
El 10 de Julio de 1810.....	169
Por no explicar.....	173
Las hijas del cielo.....	179
La casa arrendada.....	181
Los cuidados también matan.....	184
Hernán Cortés no quemó las naves.....	187
Prólogo y epílogo de una novela.....	190
Regaños al corazón.....	205
Movilidad.....	207

ÍNDICE.

Cuadros mimoplásticos.....	210
La misa en la montaña.....	215
Revistas.....	217
San Isidro labrador.....	223
Desgracias á la madrugada.....	227
Ruth.....	233
¡Ay de la Francia!.....	277
Mi cometa.....	278
Maldades de una mujer.....	288
Una tumba en el Tequendama.....	294
El anillo.....	297
Amores del campo.....	299
La suerte de los indios.....	301
Un artículo de costumbres.....	309
Un sabio parroquial.....	312
Paseo á Monserrate.....	318



VARIOS CUENTOS EN UNO SOLO.

Artículo dedicado respetuosamente á quien
quiera leerlo.

Supóngase quien quiera, usted que está leyendo, por ejemplo, á un hombre entrando en una poblacion, caballero en un mulo que ademas de despeado, cuenta con varios resabios. Al entrar en las primeras calles, empieza más de una cara burlona á sonreir al viandante al verle su figura; pero él, para hacer ver que su bestia tiene mucho aliento y buen paso, le pica con fuerza rabiosa los hijares por el lado que nadie ve, en tanto que estira con mucho garbo la pierna que han de verle las niñas asomadas á puertas y ventanas. Golpes sucesivos de rienda, espolazos violentos y uno que otro latigazo hacen que el animal mueva la cola, dé dos ó tres pasos en forma de trote, y luego vuelva á su cansado caminar. Ha pasado unas cuantas calles, Dios sabe cómo, hasta que por fin llega á la esquina más concurrida.

Como el viandante, iba echándolas de investigador y curioso, no pudo ménos de fijarse en una ventana que por de pronto se llenó de caritas curiosas, alegres y burlonas. Unas cuantas muchachas habian saltado á la voz de "cachaco viene" armadas todas de sonrisas, secretitos, miradas y cuchicheos; pero el impávido viajero resolvió entónces dar un golpe decisivo delante de ellas, y para esto dió á su animal un tirón de rienda y un par de espolazos capaces de hacer saltar á un muerto. No se hizo sordo por esta vez el mulo, pues dió un pujido y se plantó como si le hubiesen enterrado todas cuatro patas. Hizo el viajero otro nuevo esfuerzo, y no sé cómo contestó el malcriado, pero sí sé cómo rieron á carcajadas las niñas de las ventanas.

Echar mano por el *revolver* y matar al animal, habria sido el único recurso que le hubiera quedado á cualquier hombre de espíritu fuerte; pero éste de quien vengo hablando, se apeó con mucha calma y se dirigió precisamente á la casa de las muchachas que tan despiadadamente reian de él.

—Señoras, dijo cuando estuvo adentro, tienen la bondad de darme posada?

—Con mucho gusto, contestó una señora que salió al corredor cuando sintió el ruido de zamarros y espuelas. Siga usted.

Muchacho! ven á desensillar esta bestia.

El viandante, pues, en persona, era un humilde servidor de usted; la poblacion á la cual entré fué la de Bucaramanga, y el mulo.... siento mucho no poder mostrarlo para que se convencieran de las habilidades de la linda finca que en sus hombros me llevaba.

¿En casa de quién me habia desmontado? Eso no importa preguntar en nuestro pais, donde, con pocas excepciones, el carácter de las gentes hace que mientras más pobres, más hospitalarias sean.

Ahora que ya estoy alojado, si me parece conveniente decir al lector en dónde se hallaba el sol y qué ceño tenia, si se habia arropado con su manto de negro crespon ó si estaba tendiéndose en su lecho de fuego y sábanas de púrpura; en qué año, mes, fecha y dia de la semana llegaba

yo, cosas todas que deben importar mucho, puesto que nadie las olvida; y diré en fin.... sobre todo, que nada diré sino que era medio día y sábado de cualquiera semana.

Una vez instalado, la señora vino á hacerme la visita en la sala, sosteniendo una conversacion falsa y sin objeto, puesto que yo no sabia quién fuera ella, ni ella quién fuera yo. Hablamos del buen tiempo, del mal camino, del calor y de la peste, hasta que con ardides más ó menos artificiosos supe que el marido estaba en la calle, que era comerciante y que ya se le habia llamado á comer.

No me fué difícil adivinar su llegada, pues la noté en el rubor súbito de la señora acompañado de su posicion embarazosa, producida sin duda por la admision de un hombre á quien no conocia.

Se presentó en la sala un sujeto que al verme se detuvo demostrando una sorpresa contemplativa y agradable que terminó por un abrazo cordial con sus respectivos golpecitos en la espalda. Luego, sin soltarme de entre sus brazos, volvió á contemplarme de nuevo y exclamó.

—A qué santo debo este milagro! Cuánto me alegro de verte! Quién te trajo por aquí?

—Pues una casualidad, dije por no mentir.

—Mira, le dijo á la señora, que ya habia vuelto en sí: este es el discípulo y amigo de quien tanto te he hablado.

—Con que él es? dijo su señora alegremente.

—Sí! volvió á decir él. Te acuerdas de cuando estuvimos en el Colegio del doctor Becerra y en Santo Tomas? Qué pícaro eras! Pero qué tiempos! Ya no volverán.

—Pues ciertamente, mi amigo.

—Qué Casiano! me decia mirándome de piés á cabeza. ¡Cuándo yo creí tener este placer! Y tu mamá? Y tus hermanas cómo quedaron? Me acuerdo tanto de Inesita, que una vez....

—Usted quizá está equivocado, le dije, yo no me llamo Casiano ni tengo ya madre ni hermanas.

Volvió á sonrojarse la señora, y él, tomando un aire de sorpresa, me dijo:

—Es decir que no hablo con mi amigo Casiano Cienfuegos?

—No señor; acaso alguna semejanza lo ha hecho equivocar.

—Quién sabe si quieres engañarme....! Cómo no has de ser Casiano? Tú no abandonas tu génio burlon. Ah! si éste es el puro Pátas, le dijo á la señora, quien le contestó con una sonrisa que vino á terminar en una mirada cariñosa dirigida á quien no sabia cómo salir de tal posicion.

—Y quién te indicó la casa? Mucho tonteaste preguntando? Cómo fué para dar con ella? Algun amigo te diria cuál era mi casa?

—No señor, fué el macho en que vine.

—Ja! ja! ja! carcajeó mi amigo á la fuerza. No te digo que las ocurrencias de este tunante no tienen precio?

Por fin, para salir del tal embarazo, le dije formalmente y con toda la seriedad posible:

—Usted está equivocado, mi nombre no es el que usted me da; yo me llamo David, para servir á ustedes.

—Somos quienes debemos servir á usted, dijeron á duo los dos esposos.

—Siento mucho no ser quien usted desea, y en verdad que me holgaría de ello, pues así....

—No tenga cuidado por eso; está en su casa y puede mandar con toda confianza. Y de dónde bueno?

—Hace algunos meses que salí de Bogotá y ahora vengo de Pamplona. Un criado avisó que la comida estaba servida.

—Ea! paisano, me dijo mi huésped con una confianza que me rehabilitó: mala vida pasará mientras esté aquí, pero ya sabe que puede mandar con toda confianza. Vamos á comer.

Al salir al corredor, la casita me ensanchó el corazón. Aseada, alegre, blanqueada y llena de luz calorosa, parecia una tacita de flores. Habia en el patio árboles de granado con sus coronadas frutas y rojas flores, mirtos, bicacos y coposos naranjos en los que inquietos azulejos revoloteaban cantando. Por aquí se mecian las dalias, por allá las rosas perfumaban el ambiente, y las enredaderas, formando pabellones de fresca verdura en los corredores, ofrecian como un misterioso abrigo á quien no le faltaba razon para sentirse acalorado.

Tras de una tupida cortina de aparradas hojas, estrelladas florecitas, amarillos y diminutos pepinos con que abrigaba una enredadera que artificiosamente se levantaba desde el suelo y llegaba al techo del corredor, estaba puesta la mesa en que íbamos á pasar el mal rato, como me decia la señora en calidad de excusa adelantada, por la falta de darle de comer á un hombre á quien ni de nombre conocia.

Solo los tres nos sentamos á la mesa, y de seguro que nadie más vendria, porque no habia otros asientos, cubiertos ni platos. Era evidente que las niñas que se habian reido de mí no querian mostrar la cara.

—Comemos ahora aquí en el corredor, me explicó tambien el dueño de casa, porque en este tiempo es imposible sufrir el calor que se encierra en las piezas interiores.

—Oh! pero este comedor es lindo así tan lleno de luz y detras de esta pared de verdura que le da un aspecto de orientalismo inimitable por su belleza y su sombra. No sé por qué me gusta tanto todo lo de tierra caliente.

—No habrá vivido mucho tiempo en ella y de eso depende el que se deje engañar por las apariencias de los climas cálidos; destruyen tanto á la larga, que aquí una se hace vieja en menos de nada.

—No, mi señora, yo he tenido ocasion de vivir largo tiempo en los pueblos del alto Magdalena, y puedo decir que por allá contraí mi afición por la tierra caliente. Ah! si usted supiera que mis más floridos años los pasé bajo los coposos mangos y tamarindos del Espinal, en los majestuosos sotos del Magdalena, en las risueñas vegas del rio Luisa que lame las calles del Guamo, del Saldaña que riega perezosamente el Llano grande; del turbulento Amoyá que tanta belleza da á los campos del Chaparral, y del encantador Combeima que pasa retozando y alborozado por las faldas de Ibagué, no me diria que me engañan las apariencias.

—Ciertamente, siendo así, tiene usted razon.

—A este Casiano no se le quita lo ladino; así era desde muchacho, dijo el marido al oirme. Si hubieras oido las peroratas que nos acomodaba en el Colegio, te habrias tendido de risa. Muy pícaro fuistes, me dijo alargándome un plato que cuidadosamente habia servido para mí.

En vista de tan cariñosa obstinacion y viendo que se habia resuelto á tutearme nuevamente, me resolví á ser Casiano y seguir adelante. Qué remedio!

—Pero sírvale un poco de vino al caballero, dijo la señora al sirviente, que con una toalla al hombro, única librea que los criados usan en nuestras mesas, esperaba detras de mí la hora de mudar un plato ó prestar algun otro servicio á los demas.

—Y usted no nos acompaña? mi señora.

—Tomaré un poco con agua por tener el gusto de aceptar su invitación.

—Sí, dijo mi amigo; á ella le hace daño el licor; apenas lo prueba se le ponen las mejillas como unas tunas. Pero bebamos porque se daña.

Cuando los vasos estuvieron en lo alto, volvió á decir con gravedad:

—Por el placer que nos has proporcionado al verte en nuestra casa amigo Casiano.

—Gracias, dije, y despues de las ceremonias del caso bebimos nuestro vino.

No me costó mucho trabajo aperebirme de que la señora hacia lo posible para picarme la conversacion; así fué que inmediatamente que bebimos reanudó el hilo diciendo con mucha gracia.

—De suerte que á usted no le coje de nuevo el carácter de las calentanas, como nos llaman los del interior?

—De ninguna manera, y si no temiera que lo que voy á decir se atribuyera á lisonja....

—No; entónces escútese usted de dar cualquiera opinion, dijo levantando su mano como para contener mi razonamiento; soy poco amiga de lisonjas y yo sé en qué estima nos tienen ustedes los del reino.

—Ajá! Buenos estamos! Tú no sabes con quién te las tienes. La buena de mi esposa tiene tal opinion de los bogotanos, que por nada les creeria ni aun los diez mandamientos.

—Y eso por qué? alguno habrá sido malo con usted, dije maliciosamente mirando al marido, pero no por eso debe juzgar de todos así.

—Cree usted, me contestó ella haciendo cierto gestito que le dió á su fisonomía el más picaron y agradable de los gestos que haya visto, que no tengo razon para juzgarlos cuando mi marido no me deja mentir?

—Eh! allá habias de ir á dar! contestó él tomando la botella para volver á servirnos. Te aseguro, Casiano, que esta mi Mercedes te va á volver loco. Le tiene tal aversion á los bogotanos sobre todo, que ya verás la vida que te dará. Ah! si á mí me tiene jubilado! Vamos! á la salud de la calentana, pues.

—A su salud, mi señora.

—Gracias, caballeros.

—No hay duda, Casiano amigo, dijo mi hombre con una gravedad muy bien fingida, que aquel santo tenia razon cuando dijo *bonum vinum lætificat cor hominis*. Tú no recuerdas qué santo fué? Se me ha olvidado tanto la *cachifa*, que ni recuerdo qué santo fué el de tal verdad.

—Yo mucho ménos lo recuerdo, hoy es pecado hacer creer que uno sabe latin.

—Sabes que la contradanza española y el pobre latin están en el mismo caso?

—Y qué tiene que ver lo uno con lo otro? preguntó la señora.

—Que no hay peores enemigos de la contradanza que los que no la saben bailar, así como los que la entienden no quisieran bailar otra cosa.

—Ciertamente. Este sofisma se le ha pasado á Ricardo Carrasquilla. Conozco á varios que atacan muchas cosas y empiezan por decir que no se han tomado la pena de estudiarlas ó que no las conocen.

—Oh! yo no he visto quienes se saboreen más que los que recitan uno de esos exquisitos versos de Ovidio ó de Virgilio! Ni qué vino Catalan!

Y entre todas éstas, plato va, plato viene; y como suele decirse que no hay mejor estimulante que una agradable conversacion y un buen humor, aquello fué el gustar, ya un lomo de pescado fresco, ya una compota con almidonosa yuca y hongoso plátano, y ya un pedazo de carne que por el aspecto de su salsa y el olorillo con que se hacia anunciar proba-

caba á más no poder, tanto más cuanto que para desengrasar la boca soliamos humedecerla con algun sorbo de vino.

—Hombre, dime, tú habias venido por aquí alguna vez? No te parece esto muy lindo?

—Sí, sin duda, le contesté; la vista de este gran valle gozada desde el alto de la Cruz es encantadora, y por cierto que la ciudad tiene un aspecto preciosísimo. Por lo que ví, sobre este mismo valle están situados Giron, La Florida y Piedecuesta.

—Tienes razon. Mercedes, invita tú ahora á Casiano para que se tome ese último trago por su buena llegada. Ah! en verdad que me debes una explicacion. Por qué me dijiste que tu macho era *quien* te habia traído á casa?

—Eso será despues de que hayamos tomado por el placer que nos ha proporcionado llegando á nuestra casa, dijo la señora levantando su vaso en que todavia estaba el vino que desde el principio se le habia servido.

—Doy á ustedes mil gracias, contesté, y apuramos. La señora apenas humedeció los labios y al poner sobre la mesa el vaso volvió á decir:

—Pero, señor don Casiano, yo tengo la misma curiosidad de Márcos.

—Vaya! se llama Márcos, exclamé interiormente. No hay cosa peor que ignorar el nombre de un interlocutor que lo tutea á uno y que lo llama á cada instante su amigo.

—Pero, mi señora, respondí al instante, creo que usted sabe mejor que yo la causa de mi llegada á esta casa.

—Yo? Preguntó admirada y con las mejillas como dijo su esposo que se le ponian cuando tomaba vino.

—Sí, mi señora, usted que desde la ventana ayudó á agravar mi triste situacion. No estaba usted allí con las otras señoras?

—Eh! Esto va bueno y se complica, dijo Márcos.

—Apostemos á que se entró aquí creyendo.... pues sí señor! dijo ella; vió á las vecinas en la ventana y creyó que nuestro porton era el de la casa de ellas. Vaya un chasco! El porton queda á la vuelta.

—Luego es cierto que tú no preguntaste por mi casa y te pusiste á tontear así?

—Pues no, amigo; ahora verás lo que me pasó, le dije, y les referí lo que ya usted, señor lector, sabe. Terminado mi cuento y convencido por supuesto de que yo no era su Casiano, Márcos por toda contestacion se levantó de su asiento y fué á abrazarme diciéndome:

—Serás todo lo que quieras, pero tú siempre serás para nosotros nuestro Casiano. Luego, fijándose nuevamente en mi fisonomía, volvió á decir:

—Hombre, tienes una cara tan pícara, que quién sabe si nos estás engañando con tu cuento ése. Siéntate, tunante, que nos traigan café y luego saldremos, porque hay que ir al mercado de sombreros.

Poco tiempo despues estábamos en la calle principal de la ciudad, donde se efectúa el gran mercado de sombreros que tanta riqueza da á estas poblaciones. Diez y nueve años hace que el ilustrado y ameno escritor Alpha hizo su peregrinacion por estos pueblos, y si hoy volviera, veria con agrado que sus vaticinios se han cumplido salvando acaso los límites de lo que él se imaginaba. El progreso de estos pueblos está basado en una industria que sin estar sujeta á las fluctuaciones precarias de otros artefactos, da trabajo constante, fácil y productivo á la clase pobre. Hoy se venden en cada mercado 7,000 sombreros lo ménos, que dan por término medio \$ 1,400 fuertes repartidos entre las mujeres del pueblo. Debido á esto no hay mendicidad. No vayan á creer los habitantes de

Bogotá y de otras ciudades de los Estados de Cundinamarca y Boyacá, en donde la miseria, como una lepra lenta é incurable amenaza tragarse el cuerpo social, que yo exagero; no señores: aquí nos admiramos los del interior de que no haya quien pida una limosna. El que goza de salud trabaja, el enfermo va al hospital, donde se le asiste generosamente.

El que haya estado alguna vez en los pueblos de tierra caliente puede figurarse lo que sea aquel mercado efectuado en una calle la más larga y más concurrida del lugar.

A las tres de la tarde aquello era un hormiguero en que la enagua blanca, azul, amarilla, verde y morada, en union de los pañolones morados, rojos y azules, pretendian llevarse la vista del forastero *reinoso* acostumbrado á no ver más que la oscura y pesada frisa, ruanas negras y largas bajo sombreros de guayacan, según lo duros y pesados.

Estamos en pleno mercado. Los comerciantes del lugar y los que de otros pueblos vienen á comprar sombreros, se sientan en las puertas y portones, diferenciándose de los que solo van á curiosear, en que á la vista tienen, como un cebo tentador, una gran mochila con reales y pesetas.

Sentados Márcos y yo en su puerta, empezaron á caer sombreros como llovidos. Hay que advertir que el negocio se hace en muy pocas palabras; ni podia ser de otro modo para realizar en una tarde tantos miles de sombreros.

Una muchacha, sería como una mómia, le dió los dos sombreros que traía en una mano.

El comerciante tiene tal tino, que en el acto de tomarlos sabe su calidad, su precio y ofrece.

—Quiere cinco reales por los dos? dijo Márcos.

La muchacha no contestó.

—Quiere cinco y medio?

La vendedora movió la cabeza en señal negativa.

—Seis?

—No; contestó y los tomó casi quitándolos de las manos de Márcos. Luego le dió los que tenía en la otra mano y que eran más ordinarios.

—Quiere cuatro por éstos?

—No, señor.

—Cuatro y medio le doy.--- Vaya, quiere cinco reales?

—Póngalos.

Con esa palabra se cierra todo negocio.

Como en los confesionarios el día de jubileo, se ven grupos al rededor de cada comprador, que están expiando la ocasion de ofrecer sus sombreros.

Una muchareja con enagua de linon blanco que subia en menudos preses hasta ajustar una cintura como de avispa; muchacha que sabía lo que vale un no sé qué bien manejado, cruzaba su pañolon después de haberlo abierto, más por descubrirse que por guardar lo que mal guardaba una camisa de tela muy fina con puños y tira de blancos encajes. Tez morena, ojos negros, dientes más blancos, pulidos é iguales que los que ponen los Márquez; boca decidora y chancera aunque no articulara una palabra, y bajo un sombrero blanco dos negras trenzas que sin estudio caían terminando en bucles por sobre el pañolon que cubria la espalda, eran los adornos más vistosos que la Clarita llevaba.

Por sobre los hombros de las demas vendedoras, la morena ofreció cuatro sombreros. Al verlos Márcos le dijo:

—Ea! Clarita; en esta semana sí que le has apurado al oficio.

—Nada! contestó con aquel acento que solo en tierra caliente se oye.

—Diez reales por los cuatro? preguntó mi amigo.

La muchacha sonrió como si le hubieran dicho una chanza.

—Once?... Quieres doce? No doy más.

La vendedora entonces tendió el brazo para tomarlos y haciéndole una guiñada, dijo:

—He dejado ir dos pesos.

—Mira Clara que te estás echando mucho para atras y te cuesta caro.

—Nadita! Es que usted es muy *aprensible*. Alguna otra chanza le dirigiria Márcos cuando se oyó decir á la sombrerera al tiempo de irse.

—No se afane. Esta tarde está qué cariñoso.

Média hora habria pasado y ya de un lado y otro de mi amigo se veian varias docenas de sombreros que en negocios más ó ménos apalabreados habia ido acumulando. Viejas, muchachas y niñas habian llegado y se habian ido cuando Clara se apareció diciendo:

—Póngalos. Yo no camino más.

Cúpole la sopa en la miel á Márcos y miéntras que contaba las pesetas sobre la mano de la muchacha, dijo:

—Como de esas he visto que hacen el gesto y vuelven.

—Pero quién no vuelve cuando don Márcos encima el real para la paja sin que se lo pidan.

—Cuándo, negra, no sacabas tajada! contestó dándole el real.

A medida que las sombrereras expenden su artículo van dirigiéndose á los sitios donde muchas mujeres y hombres del campo venden la paja. Allí los negocios se hacen de otro modo.

—En cuánto da el cincuenta de paja? pregunta una mujer abriendo el manojito que ha tomado para examinarlo por el centro. Luego lo huele para saber si tiene humedad, y cuando oye decir que vale cuatro reales, se asombra á más no poder, y exclama:

—Santa *Trenedá* bendita!

—No ve, cristiana, que la nacuma está *lo poquito escasa*?

—A tres se la pago en buena plata: le llevo tres cincuentas.

Lo que se llama paja para los sombreros son los hilos formados de una grande hoja en forma de abanico que llaman nacuma. Convertida la hoja del cogollo en hilos que quedan prendidos del peciolo, después de metidos en agua caliente se secan por algun tiempo, hasta que á fuerza de sol y sereno adquieren la blancura y dureza necesarias. Estos hilos tienen regularmente algo más de tres cuartas de largo y de cada hoja se sacan sesenta hilos poco más ó ménos. Con un cincuenta de estas hojas, valiéndome de la terminología empleada ya, se hacen regularmente tres sombreros que se venden á cuatro reales, término medio. Obreras hay que hacen un sombrero cada día, pero éstas son pocas y tienen necesidad de velar hasta muy tarde de la noche. Lo más frecuente es que hagan tres por semana de los que se venden ahora á cinco ó siete reales.

Deseoso de conocer algo de la poblacion, resolví ir más léjos, dejando por entonces á mi compañero. Al estar en la calle me admiré de ver en cada puerta compradores y un gran número de gentes pasando para arriba y para abajo en más de seis cuadras y mostrando los sombreros para ver quién ofrece más.

Allí se reunen los negociantes de Piedecuesta, Giron y otros puntos, los que reunidos á los de la poblacion reparten cada sábado una gran cantidad de dinero.

Se nota que por lo general los sombreros que se fabrican son muy ordinarios, tanto que se venden á dos reales, y éstos son los que se recogen en grandes partidas para llevar á la Costa y de allí se remiten á los Estados Unidos.

Se asegura allí que no ha sido posible hacer que las mujeres trabajen

los sombreros como los de Giron, Zapatoca y San Gil, pues dicen que de los ordinarios hacen tres y aun más por semana y que si hacen uno fino tiene menos salida y menos precio. Esto no es comprensible, pues es de suponer que en los mercados extranjeros tanto más vale el artículo cuanto mejor sea su calidad, y que si los negociantes estimularan á las obreras mejorarían el producto. Tiempo es ya de que los grandes negociantes piensen seriamente en mejorar el artefacto que tanta utilidad les produce. Poco sería el costo de un establecimiento donde las obreras concurrieran á trabajar bajo inspección los sombreros como se necesitan. Así no habría el inconveniente de que los fabricaran de mala paja, como hoy sucede, ni que en vez de sombreros regulares hicieran *gorras*, como allá los llaman, de tan mala calidad. El comerciante que establezca una sombrerería haciendo llevar la paja de Giron, puesto que es mejor, podrá ofrecer á los exportadores extranjeros un artículo escogido y acreditado en vez de las numerosas partidas que hoy se llevan á las ferias para cambiarlas con pérdida muchas veces, pues no es posible que tan malos sombreros tengan salida sino para los negros de los ingenios en los Estados Unidos y Cuba.

Un inconveniente aun más grave se ha notado últimamente, que ha hecho desmerecer el artículo en los mercados de la Costa. Para dar á los sombreros el aspecto de finura y buen tejido que no tienen, se les sujeta, no á la acción de cilindros como debiera suceder, sino al golpe de mazos hasta que se cubren los huecos que quedan en el tejido. Esto, como es de suponer, muele la paja y la quema hasta volverla polvo muchas veces y en lugar de mejorar destruye el tejido.

Los sombreros de Giron, como llaman en los Estados Unidos los fabricados en estos pueblos, tienen menor pedido que los de Antioquia, Suaza y Guayaquil, por ser los más ordinarios que se fabrican. Si es posible mejorar el artículo, por qué no ponerlo por obra? No serán nuestros sombreros iguales á los Suazas, porque la paja es inferior, pero los haremos como los de Antioquia al menos, y entonces esa fuente de riqueza será cuantiosísima.

Distraído recorría lo que se llama la calle real y que tiene algunas veinte cuadras de largo, cuando sentí un golpe en el hombro que me hizo volver á mirar asustado á ver quién me hacía tal saludo. Era mi Márcos.

—Vine á buscarte porque ahora quiero que vayamos á casa á descansar y luego saldremos á ver los bailes.

—Que me place, pues me desvivo por esas funciones.

—Cuándo nó? Se te conoce. Pero te advierto que no te acompañaré sino hasta las diez, pues tengo que madrugar.

—No tengas cuidado, estaré á tus órdenes.

Cuando volvimos á la casa noté que las cuadras principales estaban alumbradas con petróleo, siendo ésta una de las pocas ciudades que en la República han dado este paso.

Al llegar á la casa encontramos á la señora sentada en la puerta con el espaldar del asiento echado hacia atrás. Al verme, dijo con la mayor socarronería del mundo.

—Mire usted, señor don Casiano, que aquí hay mucho peligro de perderse, sobre todo cuando son forasteros como usted los que salen á la calle. Por eso le dije á Márcos que fuera á buscarlo.

—Es cierto, mi señora; tal fama tiene Bucaramanga que yo creí no poder volver esta noche á su casa. Y entienda usted que esa fama ya es general.

—Con que así estamos?

—Sí, mi señora, no lo dude. Ahora toca á usted probar, si lo contrario fuere, que no es así.

La señora, que vió el sesgo que yo le había dado á mi conversacion, dijo para disimular.

—Y qué de extraño tiene que alguien se pierda, si la ciudad es grande? Eso sucede en todas partes.

—Pues hombre, dijo Márcos para meter su cuarto á espadas; yo te diré la verdad. Sucede muchas veces que es más lo que hacen que lo que dicen; la gente conversa mucho.

Reimos del equívoco cuando el muchacho se apareció con el chocolate. Nos sentamos á un lado y otro de la señora y recibimos nuestros platos.

La puerta daba cara hacia el Occidente. Fijéme entonces en los celajes, y en verdad que en raros puntos los he visto tan bellos. La cordillera que va enderezando el paso el río de Giron y que oculta las montañas del Magdalena, deprimidas allí, dejan campo á la vista para que goce de un panorama como los que se contemplan en las playas del mar. Qué variedad de colores, qué azul tan profundo á medida que se aparta de aquel foco de azul nacarado; qué perfiles de cerros tan suaves: qué caprichos de nubes tan variados!

Entre sorbo y sorbo fuimos abstrayéndonos poco á poco, hasta que todos callamos, pensando cada cual en algo que no era el chocolate.

La imaginación tiene sus momentos de descanso y entonces empieza á vagar aunque la materia se oponga. En aquel día había pasado por muchas impresiones y la mente deseaba recorrerlo todo desde el páramo que había abandonado por la mañana hasta el valle caloroso que por entonces me daba abrigo suave y perfumado. Todo parecía contribuir, los aromas vagamundos de los naranjos, jazmines y mirtos pasaban y repasaban valiéndose de la condescendencia de las brisas que se presentaban para llevarlos en sus alas hasta el último rincón; los ruidos de los tiples, los cantos lejanos, el medio clarear de la luna nueva que ya blanqueaba los empedrados, y por último, el silencio de mis huéspedes, que no era interrumpido sino con uno que otro sorbo, venían á prestar vuelo para que mi imaginación, como he dicho ya, se escapase á escondidas para andar á sus anchas por donde quiera. ¿Por dónde andaba después de haber recorrido en dos saltos todo lo que había visto en el día? Se fué hasta donde estaban los míos, acarició á los seres queridos, se trajo un recuerdo y volvió. Al volver en mí, sentí tal impresión recordando las prendas del alma, que no pude menos que suspirar.

—Ola! dijo la señora; hasta dónde? Muy lejos irá el suspiro?

—No sé, mi señora, contesté diciendo una mentira para no quedar mal.

—Qué vas tú á saber de eso, le dijo Márcos á su amable consorte; Casiano suspira, estoy seguro, por la última que vió y no tarda en empujar á suspirar por ti.

Ni ella ni yo tuvimos otra contestación que dar que una risotada.

—Vamos, dije para cambiar de conversación; á qué horas iremos al baile?

—Espera, hombre, no te apures, es necesario andar despacito.

—De suerte que son aristocráticos aquí los bailes?

—No vaya á estar creyendo que va á baile de tono; no, señor; á donde piensa llevarlo Márcos es á un baile de tercera.

—Ah! dije habiendo tamaña boca, para exhalar mi exclamación y para apurar un vaso de agua que ya tenía á buena altura. Concluido mi refrigerio dije:

—De suerte que los hay de varias clases?

—Por supuesto, pero los de primera ó de señoras como se les llama en todas partes, son poco frecuentes. No faltan aquí como en toda población pequeña ciertas divisiones de familias que hacen que ni aun para visitarse se reúnan de noche. Muchos bailes no han tenido lugar porque las señoras dicen que si fulana asiste, la otra no va, y si tengan razon en establecer esas gerarquías yo no me meto á juzgarlo, lo cierto es que la sociedad está enteramente divorciada en esta ciudad. Los hombres sí se reúnen sin etiqueta alguna y suelen pasar sus buenos ratos.

—Esta sociedad, dijo Márcos, tomando un aire de gravedad inusitado en él, es sumamente nueva, como su población. Cuentan que no hace mucho era esto un miserable villorrio, y ya ves á dónde va á dar hoy. Sus moradores han venido de todas partes, ya sea por el aliciente mercantil ó por cualquiera otra circunstancia, de suerte que esto es más bien una colonia que otra cosa. Los elementos son pues enteramente heterogéneos y sin asimilación alguna. Aquí se encuentran el habitante de la costa con el del interior alternando con los del resto del Estado sin que á este cuadro sea posible dejar de agregar en gran parte una multitud de europeos. Hoy pueden contarse con los dedos de la mano, y sobran dedos, las familias raizales. La mayor parte son de Giron, que en un tiempo tuvo grande importancia pero que hoy están enmigrando para acá. *

—No me imaginaba tal cosa.

—Y es la pura verdad, agregó la señora.

—Ahora comprenderás por qué, á pesar de los elementos que esto tiene, la sociedad permanece sin bastante afinidad. Nótese aquí una especie de lucha entre el carácter de la mayor parte de los habitantes y las costumbres que las exigencias han impuesto. Por lo general hay franqueza, así es que las diversiones, cuando se proporcionan, son agradables y llevan el sello de las de otras tierras calientes. Pero esto no sucede con frecuencia y por desgracia las nimiedades tienen más importancia de lo necesario. Día llegará, y no está muy lejos, en que esta población sea la más importante de Santander. Entónces la sociedad se habrá mejorado á impulsos de la inmigración; pasará á ser nueva la población, y las raíces que aun conserva de las antiguas generaciones serán reemplazadas por otras modernas y vigorosas. Podemos decir con verdad que estamos pasando por la niñez. Será escasa la cultura, habrá resabios de castas mal entendidos, si se quiere puede dársele asentimiento á mucho de lo que se dice en cuanto á costumbres libres, pues no se puede negar que hay tendencia perversa que lleva al crimen cometido ya sin mucho esfuerzo; pero todo esto no solo no es extrañable, sino que examinando atentamente el curso regular de los acontecimientos humanos, es natural. Examinense seriamente los elementos de que está compuesta la población y se verá que hay un pequeño círculo luchando contra el elemento bastardo aún. La educación por una parte y el cambio progresivo de moradores por otra, hará que poco á poco vaya mejorando esta sociedad.

—Creo que por fuerza suena de un modo peor esta población de lo que verdaderamente merece, le dije:

—Pues mira: en cuanto á costumbres no hay que exagerar. Las costumbres de las tierras calientes son juzgadas comunmente por los del interior con exageración, ignorando quizá que esto se debe á las exigencias climáticas. El carácter de los habitantes de tierra fría es concentrado y recogido como el efecto físico que el mismo frío ejerce sobre los cuerpos, al paso que el calor expande y hace del hombre un sér franco,

* Estas observaciones fueron hechas en el año de 1870.

abierto y si se quiere voluptuoso. Nótese esta diferencia hasta en el habla, precipitada y sibilante la de los primeros, cadenciosa y llena de pausas que va variando los sonidos la de los segundos. Ahora por lo que hace á su prosperidad material, ya la verás por tus propios ojos, con que así me reservaré el derecho de preguntarte más tarde acerca de él.

Después de esta conversación fuimos al billar, lugar de reunión y allí estuvimos viendo jugar tresillo hasta que fué la hora del baile.

Poco tiempo después estaba relacionado ya con antiguos conocidos del interior, ya con paisanos de cuyo trato franco no tuve mucho que extrañar, pues en pocos minutos estaba al partir de un confite.

Márcos, que es hombre no solo de iniciativa sino de vara alta con todos allí, dijo que yo deseaba ir al baile á conocer las muchachas y fué santo remedio para que unos la *polla* botaran, olvidaran otros el *codillo* y dejaran las *puestas* para el día siguiente.

Fuimos, pues.

Después de subir unas cuantas calles, cruzamos hacia la derecha hasta dar frente á una salita bien alumbrada.

La función no había principiado por esperar á los que conmigo iban, que seguramente eran interesados.

La salita con puertas hacia la calle y el patio, quedando una frente de otra, con dos más en los dos costados que daban entrada á los aposentos, estaba en aquella noche colmada de luz y, más que todo, repleta de muchachas que oprimían los asientos y bancas con impaciencia por salir á bailar.

Los bailes en todas partes son lo mismo: como los amores, empiezan por remilgos, ansiedades y desconfianzas y acaban por el cansancio y la saciedad.

Los músicos, situados en una alcoba, puntearon sus bandolas y los danzarines extendieron la mano á sus parejas.

Un valse puso en movimiento á todos los circunstantes.

Excusado es decir que, dado el primer paso, reinó la confianza mutua y que donde parecía que no cabría una hoja de papel fueron acomodándose los galanes entreverados al lado de sus respectivas parejas.

Concebir un baile sin tragos y en tierra caliente es pensar en lo excusado.

Pronto fuí invitado á salir al corredor en donde había una mesa cubierta con botellas de todas clases. Allí, copa en mano y con las respectivas ceremonias, nos santiguamos en la boca para que nos librara Dios de las malas palabras, y seguramente no quedó de aquello nada en los pechos, sino que se fué á la cabeza, pues no recuerdo que nos librara de obras ni deseos.

Una hora después y debido á las constantes salidas al corredor, estaba el baile en plena alegría y arrebató. A las mujeres les centelleaban los ojos, les retozaba la risa y se les escapaban las declaraciones sin obstáculo alguno. A los hombres se les enredó la lengua á unos, que á otros se les desató; y por más que yo quiera excusarme, habré de confesar que estuve contento y galante á más no poder.

Entre Márcos y yo nos propusimos cu idar á las damas, y las copas de vino y los azafates de biscochos iban y venían por momentos hasta que conseguimos incendiar aquella sala. Se acabaron las etiquetas.

Confieso mi pecado; sin averiguar en qué palo trepaba me dediqué con todas mis potencias á una Luz que por entónces me parecía que no hubiera otra que alumbrara tanto como aquella.

Nunca me he preciado de ser de aquellos hombres de quienes dice Breton que llevan el entendimiento en los piés y los callos en la cabeza.

No he sido buen bailarín, pero en aquella noche volaba con mi Luz como si no estuviera alumbrando.

Talle esbelto, fisonomía alegre, ojos abiertos, redondos y negros, maneras aseñoradas y dulcísima expresión para un coqueto, eran dotes que ninguno de mis lectores despreciaría en iguales casos.

No me duró mucho el contento, pues á pesar de mi Luz, no tardó en llegar quien me apagara el mecho.

Cuando estaba en lo fino se presentó un joven de elegante talle, vestido de blanco y á quien todos recibieron con alegría.

Mi compañero, quien está impuesto en todos los misterios, me sacó del en que yo estaba, pues me daba de testaradas para averiguar por qué Luz había cambiado tanto de un momento á otro. Y todavía estuviera averiguando la causa de aquel eclipse, cuando Márcos con disimulo me llamó para decirme que había moros en la costa.

—Cuidado, me dijo, con hablarle á Luz. Ahí está Sixto!

—Pues si es de Sixto.....desisto, dije y me fuí á pasar el rato por otro lado.

El tal Sixto era un Juan Tenorio de los demonios.

Bailaba como un trompo, enamoraba como un Lovelace y paraba duro como un Cid campeon. Y no había por donde desecharlo, que era agradable en su trato, generoso y abierto, y así atacaba en una pelea, como pulsaba una bandola y echaba á vuelo una endecha al pie de una ventana.

No tardaron en darle un tiple y con la donosura de un hidalgo español, cantó las coplas siguientes, que acabaron de desengañarme acerca de lo que había, por si me quedaba duda.

Embromado me tiene
La sombrerera;
Cada vez que me acerco
Se va y me deja.
No seas esquivia,
Sombrerera de mi alma,
Luz de mi vida!

Te prometo llevarte
Cientos de paja
Y los dos tejaremos
La copa y ala;
Y si te duelen
Tus deditos de rosa,
Te hago el *comience*.

Ya verás si tejemos
Que es un contento,
De cariño á cariño
Mil de sombreros;
Y no te afanes,
Si te duelen los dedos
Te hago el *remate*.

De la vida á tu lado,
Quién no envidiara
El mirarnos tejiendo
Duro la paja.
Luz de mi vida,

Por tus ojitos negros,
No seas esquivia!

Yo no quiero que vayas,
Luz, al mercado,
Que luciendo cual luces
Me cuesta caro;
Nadie lo duda,
Si te dejo luciendo
Me quedo á oscuras.

Cuando me sentí literalmente á oscuras, me dediqué á servir de acompañante de Márcos, quien á fuer de cumplimentero, no dejaba de cuidar á las damas á cada instante. Y como quiera que allí no escasean los licores, tan pronto les servíamos vinos generosos como champagne, siendo de notar que no hubo resto que quedara en las copas que él no se bebiera diciendo que era aquello lo que lo engordaba y con el pretexto al mismo tiempo de saberles los secretos á todas. Excusado es decir que á poco estuvo más alegre que unas pascuas.

Y con aquella tenacidad de los achispados, le dió porque había de bailar con una pareja que me tenía escogida. No hubo remedio, por más que me excusé, me tomó por un brazo y quieras ó no quieras me llevó frente á ella y le dijo que era yo el su muy amigo y con quien tenía que bailar precisamente.

Dos ó tres sandeces en forma de cumplimientos nos cambiamos y salimos á bailar una polka que á la sazón empezaban á tocar.

La niña aquella, que apenas me alcanzaba al hombro á pesar de sus botitas de tacon y que le sonaban como zapatos de húzar, se había partido el cabello por el centro cayendo con profusión sobre los hombros en bucles relumbrosos. Parecía ni más ni menos que un ángel de octava. Un traje color de hoja marchita ajustaba aquella figurita, subiendo hasta el cuello medio atacado de una hinchazón, según decía ella, y un ramillete de rosas en la cabeza daba fin á todo.

Salimos á bailar; pero ay! lector mio! aquel angelito se prendió como la yedra al olmo, como el agiotista á la renta, como el quebrado á lo que guarda, como garrapata á la piel! Se dió sus trazas y como pudo colocó la barba sobre mi hombro, pareciendo violinista ó perro esperando bocado. Provocaba que se durmiera encima.

Y podríamos bailar? Imposible! Saltaba como gallo de totuma y cuando ella bajaba yo subía produciendo el efecto de los martinetes de un piano tocado por un loco.

Como tenía que llevarla en peso, sentía el brazo desprendido y los pies en un estado deplorable.

Allí habría quedado medio muerto, si Márcos, que seguramente le entendía el secreto, no hubiese venido á suplicarme que le permitiese bailar con ella; no me lo había dicho, eso sí, cuando se la solté y salí corriendo. Una brasa de candela me habría estorbado menos. Los que sean bailarines que me consideren.

A la madrugada fuimos á acostarnos y caí tan rendido á la cama como si hubiese pasado el día en una derrota.

El domingo es el día de mercado en Bucaramanga. La compra y venta de los sombreros continúa con la misma agitación de la víspera en las calles hasta las nueve ó diez de la mañana.

Es ésta una de las mejores plazas del Estado, para hablar en estilo comercial. En este día se efectúan las transacciones valiosas con que se

sostiene el comercio que tanto auge da á esta poblacion. Ademas de las Casas introductoras que expenden negocios por grandes sumas, se alimentan allí muchos comerciantes que hacen su trata con la Costa, llevando sombreros y café á las ferias de Magangué y trayendo en cambio muchos efectos que realizan con prontitud y utilidad. Allí se han visto formar de la noche á la mañana capitales, debidos, sin duda, á la actividad y buen expendio.

Bucaramanga no tardará en ser, si no lo es ya, la poblacion más importante del Norte.

Cuenta con dos vías que la ponen en comunicacion con el Magdalena, que son la de Barranca-bermeja, empresa del señor Lengerke y la de Paturia del señor Joy, fuera de la vía fluvial del Sogamoso.

Es incalculable la prosperidad que habrá de llegar sobre el Departamento de Soto, el día en que el ferrocarril de Paturia se lleve á efecto, bien sea enlazado con el del Norte que parta de Bogotá, bien enlazado con el de Cúcuta ó bien partiendo únicamente de Giron hasta el Lago. Lo que importa es que este departamento tan productor y próspero, tenga cómo exportar prontamente sus frutos á la Costa.

El progreso de la parte material de la ciudad es increíble. Diariamente se ven levantar grandes, bellas y elegantes casas adornadas, la mayor parte con lujo, y en relacion con las necesidades del clima. Como capital del departamento, tiene ademas de la Jefatura y Juzgados, una Casa de educacion sostenida con rentas del Gobierno y auxiliada con las rentas municipales. Hay ademas otras Casas de educacion sostenidas por particulares, en las que se da educacion á la juventud de uno y otro sexo.

El clima es uniforme y sano; el termómetro sube á 24 grados centígrados, por término medio, y la poblacion asciende hoy á 11,255 habitantes.

Esta poblacion, que sirve de núcleo al grupo formado por Piedecuesta, Giron y la Florida, tan cerca unas de otras que se pueden recorrer en ménos de un día, está situada en una antiplanicie de nueva formacion. Aquello no es sino el lecho formado por los terrenos hechos descender de las montañas vecinas por el curso de las aguas que buscaron más tarde su salida por el mismo cauce que hoy lleva el rio del Oro. Esto lo nota cualquier observador con solo fijarse en la naturaza del terreno: como lecho acabado de abandonar por un rio, compónese de areniscas auríferas y piedras rodadas sin el orden ni colocacion uniforme de los terrenos secundarios. De aquí la ausencia completa de aguas, pues las que dejan las lluvias, apenas caen, se embeben é infiltran hasta dar con la capa arcillosa que las detiene y hace salir por diferentes puntos más abajo, en donde forman las fuentes ó destiladeros de donde se surte de agua la poblacion.

La necesidad hará que con el tiempo, aunque léjos, busquen el agua corriente, que tanto se necesita, para traerla á la poblacion.

Parado como un poste estaba en una esquina de la plaza contemplando todo esto y divirtiéndome en ver rebullir aquel torbellino de gentes que se agitan en las calles y plaza, cuando me sentí abrazado por detras. Era mi Márcos que ya me buscaba.

— Qué distraído estás, Casiano, me dijo muerto de risa. Pareces enamorado. Ven nos tomamos un trago, que ya son casi horas de almuerzo.

— Pero en dónde. Yo no sé cuáles son aquí las botellerías.

— Qué botellerías ni qué jaranas. Aquí puedes entrar á cualquier almacén ó tienda donde un amigo y sin contar con él tomar lo que gustes. Un trago no se le regatea á ninguno. No vayas á creer que estás por allá en nuestra tierra.

Llegamos á un almacén de ropas y demas mercaderías, en donde el dueño, de quien me habia hecho amigo ya en la noche anterior, nos hizo entrar y allí nos dijo que teniamos á nuestras órdenes lo que deseásemos. Acompañados por otros caballeros dimos principio á la tarea del nuevo día.

— Ahora, ven te llevo, me volvió á decir mi Márcos, á donde tú no puedes imaginarte y que probablemente es de lo más bello que tiene Bucaramanga. A dónde crees que voy á llevarte?

— A tu casa será.

— Pícaro! Tú no dejas de ser quien eres. Es al cementerio á donde iremos. Camina, que despues te llevaré á donde desees ir; tú lo que quieres es volver á ver á las vecinas. No es así?

— Tú lo dices.

Ciertamente, el cementerio es digno de conocerse. Hacia el frente hay un espacio que han cedido algunos propietarios con el objeto de hacer un parque. No tiene fachada elegante, pero al pasar el umbral se encuentra uno como en una sala de recibo en donde algunos muertos en sus tumbas reciben la visita á los vivos. Es un saloncito encerrado por paredes, con pavimento bien enladrillado; á los costados hay tumbas de diversas formas y en frente está la capilla. Por dos puertas laterales se pasa de aquella sala al interior. Qué impresion tan agradable se siente allí. Hay un grande espacio, limpio como la palma de la mano, en donde parece que hubiesen colocado la víspera las alineadas y rectas hileras de sauces llorones, alternando con los mirtos, que forman tambien calles separadas hasta terminar en el extremo opuesto. Ni una zarza, ni una rama inútil. Las flores crecen y se desarrollan donde las siembran, dando hermosura á todo aquel conjunto.

Con excepcion de una que otra tumba, en ese ámbito, que mide algo más de cien varas, el mármol no es adorno que campe allí.

Probablemente Márcos tiene ya algun sér querido allá, porque no volvió á decirme ni una palabra y me dejó vagar á mis anchas por todo aquel recinto de quietud y silencio.

Las impresiones que los sitios reflejan sobre el alma son tan raras pero tan armónicas, que nunca desdican de su origen. Un templo espacioso á donde se llega por primera vez, y donde los ecos repiten las pisadas de sonido hueco por todos los ámbitos callados; un cementerio en donde los sauces murmuran incesantemente con un ruido que en ninguna otra parte se oye, y que, como si fueran voces de otro mundo, sobrecogen y hacen meditar; el grito de una ave solitaria en una montaña que parece abandonada en fuerza de la soledad que reina allí, qué de meditaciones y pensamientos arrancan! Allí viene la idea de Dios, grande como solo Él es grande; allá el recuerdo de séres queridos que ya partieron llevándose algo del alma; más allá la idea de una soledad sin límites, de una eternidad de sufrimientos sin esperanza, de un grito lanzado en un desierto sin quien lo oiga, sin quien lo repita, sin quien lo acoja.

Qué contraste! Cuando meditaba viendo caer y rodar las hojas de los sauces, que como hilos amarillentos se desprendian de una cabellera para rodar, semeando las ilusiones de la vida; cuando me complacia en oír la monotonía con que la brisa parece orar invisible sobre las tumbas de los que ya no tienen voces, de los que ya no tienen lengua, de los que ya dejaron de sér, llegaba tambien el ruido de la poblacion agitada en las calles y en la plaza. Allá la vida, aquí la muerte y el reposo.

Sentí, lo confieso, separarme de ese cementerio; pero calculando que era tarde, hice una señal á mi compañero para que saliésemos. Cuando estuvimos afuera, me dijo:

— Qué te pareció el cementerio?

— Pues hombre, que me provoca morir aquí, tan sólo porque me entierren en esta tacita de oro.

Tomando hácia la izquierda se encuentra el hospital unido al cementerio; esto es lógico, le dije á mi amigo; de la miseria y la enfermedad no hay sino un paso á la muerte; por eso del hospital al cementerio no hay sino una pared de por medio.

— Y con qué rentas cuenta este hospital?

— El distrito auxilia con trescientos pesos anuales y las hermanas de la Caridad, apelando á la piedad pública, recogen limosnas hasta completar setecientos pesos, lo ménos.

Cuando llegamos á la casa, todo cambió de aspecto. Allí nos esperaba la señora, endomingada, bien vestida y con adornos tan bellos, hechos todos de amabilidad sin afectacion y cariño desinteresados, que me reanimó el abatido espíritu.

— De dónde vienen? nos dijo; ustedes se hacen desear mucho. Los caballeros á quienes tú mandaste venir, le dijo á Márcos, están en la sala.

— Sí? Ven, Casiano, que aquí están estos tunantes. Veremos á ver si hoy te dejan á oscuras como anoche. Una risa extrepitosa de todos los que habia en la sala y que se apresuraban á saludarme, dió origen para bromas y chanzas que se animaron más, no con sendos tragos, porque fueron muchos los que tomamos ántes del almuerzo á que los habia invitado Márcos, tan solo para obsequiarme.

Al pasar por el sitio que sirve de corredor, vi que la mesa habia tomado proporciones alarmantes, que los jarrones de flores de trecho en trecho se alzaban orgullosos, que junto á cada cubierto habia copas, copitas y copititas y que el servicio era rico y abundante. Diablos! dije para mi capote; esto va á las dos mil maravillas. Cuando llegamos á la mesa, ya la conversacion estaba en su apogeo. Tratóse de la Luz que se apagó y de la pilatuna que me habia jugado Márcos haciéndome bailar con aquel matachin en figura de saltagatos; y fué tanto lo que se habló de luz para aquí, luz para allí, que al fin la señora preguntó qué era ese misterio. Para dejarme de ruidos se lo conté todo yo mismo.

El vino sauterne, el blanco del Rhin, el Siracusa, alternando, dieron animacion expansiva, y desde entónces todo fué chiste y alegría. De allí surgieron proyectos de cenas, paseos y bailes. ¡Cómo se engaña el hombre creyendo que su dicha será duradera! En los momentos de alegría nos figuramos que la pena se ha quedado atras, ignorando que está á nuestra espalda expiándonos para hacernos sentir el dardo tanto más doloroso cuanto más haya sido satisfactoria la dicha de que hemos disfrutado.

Los brindis llovieron y la palabra fué disputada por todos.

De allí salimos á pasear, dirigiéndonos á la plaza. Desde luego, la Iglesia me llamó la atencion. Aquel espacioso templo se debe á los esfuerzos tenaces y constantes del sacerdote Cura, doctor Romero. Con la palabra en sus prédicas dominicales, con el ejemplo, con las súplicas, obtenia de uno material, de otro el trabajo y de los más la limosna que recogian las señoras, cuya caridad las hacia servir de limosneras hasta conseguir los muchos miles que ha costado esa hermosa obra.

Los críticos observan que la obra no está acomodada á un orden arquitectónico severo; se nota en la fachada un conjunto hermoso pero

en parte dado á un capricho que no puede sujetarse á regla alguna del arte. Sus puertas y ventanas ogivas, de orden gótico, contrastan con las columnas de orden toscano, y sus dos elevadas y hermosas torres alzan sus blancos pabellones hasta hacerse ver á grandes distancias. Un hermoso reloj, cedido por un comerciante, adorna una de las torres y da las horas con una campana de sonido claro y metálico. La cúpula ó media naranja, hecha segun la forma de la de la basilica romana, termina en un faro que da fin al bello conjunto. Adornos extraños, acaso desdigan ante un juicio severamente arquitectónico; pero es indudable que su conjunto es hermoso. El interior es espacioso y sencillo; el cuerpo mayor y dos naves sin adornos ni altares le dan la elegancia del buen gusto. Dos capillas de uno y otro lado, con altares sencillos, y en el centro, bajo la cúpula un templete en donde se puede celebrar á un mismo tiempo en varios altares, completan la obra. El templete que sirve de altar mayor, sostenido por una columnata y aislado en el centro, es vistoso. Nótese que los arcos del cuerpo de la Iglesia son demasiado bajos, dejando un paredon que sube desairadamente hasta dar con el cielo raso. El púlpito es de mármol blanco, traído de Europa, lo mismo que algunas de las estatuas, que aun son pocas y que ojalá se aumenten lo ménos posible.

Un hermoso atrio se extiende hasta la casa cural, contigua á la Iglesia y hecha tambien por el doctor Romero, dando un aspecto notable á la plaza, que aun carece de buenos edificios en todos sus cuatro costados.

Después de haber visto el pequeño teatro en que trabajan las compañías ambulantes ó la que suele haber formada allí por aficionados, nos fuimos á conocer la pequeña imprenta, que apenas sirve para satisfacer las necesidades más urgentes, y para hacer caer en cuenta de la necesidad de otra más grande.

.....

Dos dias después, caballero en mi mulo y acompañado por algunos amigos, emprendí viaje hácia Piedecuesta, á donde muy pronto llevaré á mis lectores.

TOGUI.

A ERMILIA.

No sé por qué me acompaña con tanta tenacidad el recuerdo de aquella tarde.

Muchas veces, creyendo haberlo perdido, siento que se allega en los momentos en que mi alma vuela á buscar un objeto amado al traves de la ausencia y la distancia, tanto más lejana cuanto más crece el deseo de eliminarla.

En aquel dia, desde la mañana habiamos recorrido, al abrigo de un sol espendoroso, los campos que desde Monquirá se encuentran hasta llegar á la cascada de Pómea.

En sabrosa y agradable reunion, señoras y caballeros, recorrimos aquellos parajes llenos de luz, de perfumes y de belleza tropical.

Pequeños cortijos situados en las faldas de los cerros, sembrados de amarillenta caña de azúcar, al lado del barbecho preparado para la siembra del maíz; hogueras inmensas que en la montaña arrojaban con so-

roso ruido llamas y humo, que velando el sol le hacían producir sobre todo aquel paisaje luz amortiguada, como la que se ve en la apartada recámara velada por sedosos cortinajes; horizontes lejanos, azulosos, imperceptibles; cielo esplendente y diáfano en unas partes, cárdeno y amarillento por el humo en otras, fué lo que vimos hasta que, después de un descenso, llegamos al riachuelo que por el fondo de un valle se desliza rumoroso bajo umbrosas arboledas.

Allí está Pómea. El riachuelo pasa recostándose por el cerro en curvas más ó menos suaves, y por sobre baldosas negras, hasta que se encuentra al borde de una profundidad aterradora. Allí se tuerce violentamente el curso del río por entre una profunda abertura, de suerte que el pozo ó hervidero en que cae, tiene por el frente una pendiente, á los lados las paredes de uno y otro cerro que caen perpendicularmente, y por el otro costado, las aguas desmenuzándose en su largo y tardío descenso.

El observador llega comunmente á situarse en el lugar desde donde la roca se cansa de soportar su ligera carga y la arroja en forma de perlas brillantes á la oscura y negra profundidad.

Al primer golpe de vista, el viajero se detiene bruscamente ó retrocede horrorizado, como si de repente le hubiesen abierto la puerta de un averno ó le hubiesen hecho comprender con una sola palabra lo que será una eternidad de sufrimientos irremediables.

¡Cómo se abisma el pensamiento tras de todo aquello que encierra el misterio insondable, el horroroso arcano de lo incomprensible!

El aspecto general es el de un hoyo profundo cercado por todas partes de paredes formadas por negras rocas ó por cortinajes de vegetación enmarañada y constantemente húmeda; hoyo en cuyas simas se agitan y hierven las aguas negras, y que reflejan el color de las rocas, ó lo oscuro de la vegetación que las rodea.

De entre todos aquellos árboles, siempre húmedos, siempre temblorosos, como si midieran el peligro en que se encuentran, se destacan las gramíneas, que con su plumaje verde amarillento tratan de formar de uno á otro lado arcos que se mueven sobre el precipicio, al vaiven de los soplos que en la revuelta caída lanzan las aguas.

Uno que otro colibrí que con vuelo caprichoso confunde el iris de su plumaje con el que las aguas levantan en su vaporoso ascenso; el ruido fragoroso de las aguas al caer en el fondo, y el misterioso hablar de aquel silencio humano que en el averno se nota, es lo que al viajero más le sorprende, al contemplar por primera vez la cascada.

Avanzando un poco más por entre el monte y siempre hacia el borde del precipicio, se abraza con la mirada la caída de las aguas desde su arranque hasta que se precipitan en el hervidero. Vénse copos blanquísimos que se van deshaciendo hasta convertirse en agujas brillantes, borbotones que en la carrera se desprenden para cambiarse en gasas transparentes que vuelan aisladas, como si fueran pedazos del cendal de una virgen oculta tras el velo de las aguas, y admírase la lluvia de gotas irisadas por los rayos del sol, vapores que tan pronto se alzan como desaparecen con el aliento que del fondo arroja por intervalos aquel fragoroso centro, que mide desde el arranque hasta el nivel de las aguas unos cien pies poco más ó menos.

Vista la cascada, nos despedimos de las señoras y de varios caballeros que habían venido á mostrarnos aquella maravilla, y continuamos nuestra marcha hacia el pueblo de Togüi.

A las cinco y media de la tarde llegamos al caserío. La iglesia y unas pocas casas, algunas de ellas con rastros de haber sido en otro tiempo

de familias acomodadas, cercan y forman la plaza; saliendo de este ámbito empieza el campo por todas partes, pudiéndose decir que la población está formada por las pocas casas que al rededor de la plaza se encuentran.

Como un nido colocado en lo más frondoso de las ramas y que en otro tiempo tuvo el calor de las aves que lo formaron y de los polluelos que allí vieron la luz, después albergue de aves nocturnas, así aquel pueblo, formado por los antiguos aborígenes, y después mejorado por gentes industriosas, vino con el tiempo á ser víctima de las revueltas y amparo de revolucionarios. Hoy son pocas las familias que viven en ese pueblo digno de otra suerte.

Una vez desmontados en una gran casa de dos pisos y de construcción espaciosa y cómoda, pero abandonada hace mucho tiempo,—tal es el aspecto de toda ella,—nos dirigimos hacia una pequeña eminencia que llaman Santa Bárbara. Desde allí es desde donde se goza de la vista más hermosa que se puede idear.

Todo era propicio: la hora más melancólica, la luz más riente y suave, el clima más delicadamente tibio, el ambiente más adulator, era lo que disfrutábamos en aquella tarde.

Qué campos tan hermosos! Qué conjunto y qué variedad tan caprichosa se hallan reunidos en el cerco de aquel horizonte encantador!

Recostados mis compañeros y yo sobre la grama en grupos aislados, parecía que cada cual se entregaba á la contemplación de aquella belleza.

Extiéndese desde el pie de la población, hacia el Occidente, una llanura afelpada de grama, que va á terminar en semicírculo por la umbrosa arboleda del río. Baja éste por sobre un lecho de piedras amarillas, imagen de una vida justa y sin pretensiones, con sus aguas cristalinas sin ruido y sin precipitación; y como si aquella modestia no fuese bastante para ocultar su humildad, se cubre en todo su trayecto con un manto de verdura formado por los guamos, que entretejidos forman una bóveda ó gruta continuada hasta que se pierde de vista allá lejos, muy lejos, de la población. Como el brazo de un amante que rodea el tallo flexible de su compañera, así el río circunscribe la llanura para luego dar principio á la galería de colinas que en forma de anfiteatro van alzándose, hasta terminar allá en lo lejano, en lo azul de las montañas desvanecidas por la distancia.

Viene al frente á serpear hasta terminar en la altura el camino que lleva hacia el Estado de Santander por el lado de Santa Ana; acá el camino que habíamos traído de Monquirá, torciendo amarillento en vueltas caprichosas, hasta que repentinamente se oculta tras de una quiebra, y por todas partes veredas que conducen á las estancias que sobre las colinas rodean sus casas y sembrados con setos vivos y formados por arboledas de un verde oscuro que contrasta con el color de la caña.

En aquella hora no oíamos sino el bramar de las vacas y becerros, el triste balar de las ovejas y el canto alegre ó melancólico de la muchacha que arreaba su manada hacia el aprisco. Los toches con su canto caprichoso revoloteaban, buscando abrigo entre las arboledas del río, y las tórtolas, después de haber pasado el día en las eras lejanas, cruzaban con vuelo precipitado y ruidoso á buscar sus nidos donde pasar la noche.

Por fin el sol se tendió tras de los azulados cerros, pero antes pareció querer dorar con su última mirada las crestas de las colinas, las copas de los árboles y los techos de las chozas. Como tembloroso partió dejando en el espacio un reguero de nubes que tomaron todos los colores imaginables para adornar el lecho en donde parecía que acababa de tenderse el monarca fatigado.

Y hé aquí el momento más melancólico que puede contemplarse en la naturaleza. Es entónces cuando el alma vuela entristecida en busca de un bien lejano, si tiene la fortuna de ser amado, ó se postra ante la tumba de los seres queridos, si ha tenido la desgracia de perderlos. Sombras y recuerdos, dudas y esperanzas, anhelosas inquietudes y vagos presentimientos, ruido misterioso y silencio imponente, tanto más imponente cuanto más habla al alma conmovida, hé aquí lo que entónces parece recorrer el espacio y aprisionar la imaginación.

Pronto empezaron á amortiguarse los colores brillantes de las nubes y se sintió llegar la noche. Ah! la llegada de la noche en el campo cuán imponente es! Casi puede decirse que se la oye venir, que se la ve marchar. Yo ví caer las sombras condensadas, así, materialmente, entre los bosques apartados, sobre las quiebras oscuras del río. No parecía sino que la noche, en un momento de desesperación, hubiese roto en pedazos su manto para arrojarlo sobre la tierra. Gasas de éter condensado que iban cayendo aquí y allá para compactarse más tarde en un solo cuerpo y cubrirlo todo.....

Por fin nos retiramos de allí hácia el caserío, despues de haber contemplado todo aquello que inútilmente he tratado de describir, apesar de que, como dije al principio, el recuerdo de aquella tarde me acompaña con tanta tenacidad á donde quiera que voy.

1872.

UN RAYO DE LUZ.

Desde mucho ántes de venir la aurora empezaron á susurrar las brisas.

En su impertinente afán y por correr á tontas, derribaron las gotas de rocío, collar hermoso de algunas rosas, turbaron el sueño de las tranquilas flores, sorprendieron el himeneo que se celebraba en el cáliz de los convólvulos que solo abren en una noche, y pusieron el campo por todas partes en movimiento.

Uno de estos soplos precipitados abrió el broche que sujetaba los bordes de una campanilla azul, y en el acto se meció temblando en su largo y flexible tallo.

El día empezó á venir.

Al comparar la flor su manto con el color del cielo que apenas clareaba con la indecisa luz de oriente, ó con el postrer reflejo de las moribundas estrellas, comprendió que su misión era divina y envió como suspiro á los cielos uno de sus más delicados perfumes para formar una nota del himno con que la naturaleza saluda á Dios.

Rica en hermosura, en pureza, en gallardía, se admiró de sí misma y presintió algo indefinible, como el deseo de amar y ser amado; algo parecido á la esperanza de un porvenir dichoso, y entónces se incorporó para mirar al cielo. Ciertamente que los que son felices no deben olvidar á Dios.

Hermosa y feliz, reina y señora de un mundo nuevo, todo sonreía ante ella, sin que comprendiese por qué la zumbadora abeja la acariciase, ni por qué la inquieta mariposa, como pensamiento alado de una flor, se le acercase adulándola con los ténues soplos de sus doradas alas.

Cuán feliz engaño el de la juventud al creer que todo le sonríe, puesto que ella no tiene sino sonrisas para iluminar su existencia!

Ah! pero, ignora que, como el cocuyo, la misma luz con que ilumina será la que la pierde!

De repente un rayo de luz se internó alumbrando hasta el fondo de la corola. Un estremecimiento imperceptible conmovió la flor y pareció tomar un vigor y fortaleza que ántes no poseía.

Reflejada la luz en la gota de rocío que ántes habian depositado allí las auras, fué devuelta en millares de rayos sutilísimos que dieron á la admirable urna, depósito de tantos misterios, la trasluminación y brillantez que solo tendrán los justos delante del Eterno.

Qué juego de luces, qué brillantez y suavidad de colores; qué exhalar de perfumes y qué titilación tan admirable en sus vaivenes!

¿Será éste el primer rayo de amor que iluminando el alma la hace reflejar su luz divina en todo el sér, haciéndolo semejante á la primera criatura que salió de las manos de Dios?

Viéndose con aquel huésped entre su seno, le preguntó admirada:

—Quién eres tú? Qué vienes á hacer aquí?

—Soy, le contestó, un rayo de luz lanzado por la "ardiente pupila del espacio" que se llama el sol, vengo á alumbrarte un instante y partiré.

—De dónde vienes? A dónde vas?

—Vengo de los espacios infinitos é incommensurables, en los que solo puede caber la eternidad y grandeza de EL QUE ES. Alumbro mundos que viven y resplandecen bajo mi mirada ó que lanzan luz, cuyos rayos en unión mia forman el trono en que se sienta Dios á regir el Universo.

Atravieso á veces por enmedio de las miríadas de miríadas de mundos que forman el polvo diamantino con que está salpicado el espacio hasta el infinito, y voy á perderme en vuelo prodigioso á donde no hay fin.

Vuelvo de allá, y atravesando la fría y enrarecida atmósfera de este planeta, tropiezo con la elevada cúspide de algun nevado que se abriellanta y resplandece con mi contacto, no sin dejar correr un hilo que, como lágrimas vertidas en la felicidad, baja tranquilamente hasta perderse en algun raudal.

El ala negra de algun condor ó el vuelo incierto de algun colibrí interrumpen alguna vez mi carrera, en tanto que llego como hoy hasta aquí.

Cuánta mudanza de uno á otro día!

Ahora te encuentro fresca y brillante y mañana cuando vuelva serás cadáver como muchas de las que te rodean.

La flor tendió en derredor suyo la vista y se estremeció al ver tanta flor marchita.

—Todo muda, continuó el rayo de luz, excepto una cosa que es constante *aquí*, y es el dolor. Por unas pocas voces de placer, cuántas quejas amargas se mezclan en el concierto fúnebre de lo que se llama existencia.

—Tiemblas? Te asombras? Te arredra la idea de la muerte? No sabes, pues, que nada muere en la naturaleza y que lo que se efectúa es un cambio de forma? Excepto el alma, que como tu perfume se vuelve á Dios, todo vuelve á tomar otro estado.

—Y dime, rayo de luz que me has iluminado; á dónde vés? Me dejas?

—Sigo mi curso sin poderme detener. Paso por todas partes y sigo. Ahora me deslizo por entre el tupido bosque, caliento el nido del ave que abriga sus polluelos y luego alumbro el arroyuelo modesto que se arrastra ignorado entre el matorral.

En forma de hilo de oro penetro á la inmunda prisión ó á la desnuda choza donde el dolor y la miseria tienen su asiento, y despues, escapándome, atravieso desiertos inmensos y soledades inhabitadas.

Y bajo al fondo del océano, única imagen que tienen los humanos de lo eterno, y visito sus oscuros antros é ignotas profundidades pobladas de seres.

Asiéndose de mí es que el agua sube á las prodigiosas alturas en que se forman el relámpago y el rayo.

Pero hay otro océano tanto más profundo cuánto más pequeño es. Ah! qué horrible es penetrar en él. Qué de horrores tan inconcebibles abriga. Ese océano de amargura es una lágrima! Ay! cuántas veces hubiera querido volverme por no penetrar en aquel misterio.

Y con todo, los seres que no lloran son desgraciados! Bienaventurados los que lloran.

La lágrima de un desgraciado es el infierno reducido á un instante.

Ellas son la síntesis de todo mal, de todo consuelo, de toda desesperación, de toda alegría, de todo amor y de toda pasión.

Hay veces en que la vida de un hombre llega á compendiarse en una lágrima!

Las lágrimas de los que se aman son el rocío con que los ángeles riegan el paraíso.

Todo lo que hay de más grande en la creación nada vale comparado con una lágrima de arrepentimiento.

Las lágrimas que la ausencia ha arrancado á los que se aman, podrían haber reemplazado al océano.

Ay! y cuán amargas son!

—Te vas? insistió en preguntar la flor. Volveré á verte entre mi seno? Sentiré alguna otra vez tu luz vivificante?

—No; cuando yo vuelva tú habrás dejado de existir; pero mira: en la noche de tu vida, es decir, en tu vejez, haz que tus perfumes me lleguen en un rayo de la luna. La luz de ese astro es mía. Ella es mi última mirada sobre la tierra. Es el recuerdo de quien se ausenta teniendo que abandonar á un ser amado. Si mi luz no volviera por medio de la luna, la tierra en sus noches de amargura moriría de pesadumbre. Adios!

Y partió. Una nube sombría cubrió el campo en aquel instante, dándole ese aspecto siniestro que queda en el corazón después de un adios!

Al día siguiente volvíeron á retozar las brisas; el himno universal pobló de nuevo los espacios; asomó la aurora en el oriente; pero al volver el rayo de luz encontró al lado de otras flores que acababan de abrir, á la campanilla del día anterior, "coronada de lágrimas y muerte!"

1870.

ENTRE USTED, QUE SE MOJA.

Novela enteramente bogotana y dedicada á mi amigo el señor Eugenio Díaz.

I.

Acababa yo de salir de la imprenta de la Nación de comprar un cuadernito llamado "Una ronda de don Ventura Ahumada," cuando empezó uno de aquellos aguaceros que no dejan duda. Por desgracia me cogió con casaca y sombrero de pelo, sin paraguas ni zapatonos y sin un pa-

ñuelo siquiera que ponerle á mi pobre sombrero, que consideraba hecho harnero, pues de cada golpe que le daba el granizo me parecía que lo pasaba de parte á parte. Jesus! qué cosa tan terrible! El agua, acompañada de un fuerte huracán, pasaba de ramalazo en ramalazo con tanta violencia, que levantaba humareda; los relámpagos se sucedían y el granizo saltaba en el suelo como confites en el óleo de un rico. Yo no tuve otro arbitrio que agachar la cabeza y correr por el paredón de Santa Inés abajo. Con las orejas hirviendo, la cabeza atolondrada, entrándome el agua por entre el cuello de la camisa, y corriendo por entre un charco, porque el caño iba de banda á banda, seguí corriendo calle abajo, pensando en que sería mejor llegar de una vez á casa. Pero como iba tan atolondrado, al llegar á la esquina, en vez de coger hacia la derecha, tomé para otra parte, y después de haber corrido unas cuantas cuadras, caí en la cuenta de que iba perdido. Entonces, al verme en aquel trance, me arrimé á un portón mientras pasaba el aguacero.

Era aquella una de esas casas sin zaguan en las cuales apenas se abre la primera puerta, ya uno está en el patio. Como el agua me azotaba de frente con tanta violencia, procuré arrimarme contra la puerta, y hube de hacer tanta fuerza que se abrió, haciendo tal ruido, que en el instante salieron dos perros á querer comerme, ¡y así mojado como estaba! Que me traguen, dije, pero yo no me voy de aquí. Me puse á defenderme con el sombrero y ya uno me asestaba á un jarrete, otro á una rodilla, cuando salió una negra con un costal en la cabeza á espantarlos con el palo de la escoba. Luego que los perros estuvieron en el solar, la señora de la casa mandó á decirme que entrara mientras pasaba el agua.

Cuando llegué á la puerta de la sala y ví dos disfrazados, me puse á pensar si estaríamos en carnaval ó día de inocentes; pero estaba tan atolondrado que ¿acaso pude volver en mí? Después de haber saludado á esos dos personajes, me senté en un canapé y me dediqué á examinarlos despacio. Era el uno un señor no muy nuevo; alto, rubio, con mirada de sabio á la moda: es decir, como miope: nariz de piton, boca de bondadoso (que dicen que es gruesa, aunque yo he visto muchos boqui-gruesos muy pocos bondadosos); con barba de empobrecido: larga, tiesa y no muy limpia, y por último, con cabellera de equitador ó maromero. Ahora, para el vestido empezaré por abajo. En unos hermosos piés norteamericanos tenía zapatos con rosas de cinta y hebilla, y después seguían las piernas con un cuero tal, que imitaba perfectamente las medias de seda color de carne; de las rodillas para arriba empezaba el calzon de Oidor; después venía el chaleco blanco llegando hasta las caderas; y, por conclusion, tenía una casaca de corte recto y guarnecida de galones de oro, como las que se ponen los que salen á acompañar las administraciones. La otra persona era una señora, rezagada de las de la antigua Colombia: baja de cuerpo, rechoncha é inquieta. La cara parecía manzana guardada, y en cada sien tenía una enorme rosca de pelo medio cogida por un pañuelo de seda morada y cuyo principal adorno consistía en el nudo ó rosa que con tanta gracia (según ella) se ostentaba del lado izquierdo. Estaba con un antiguo traje de entre casa: jubon negro angosto, cerrado hasta más arriba de los hombros y abierto por delante dejando ver una pechuguera blanca; mangas bobas guarnecidas de encajes negros, delantal color de aceituna y un pañolón de cachemira color de fuego, con una punta sobre el hombro, las otras arrastrando como cola de canónigo.

Después de los cumplimientos de costumbre, la señora me dijo que era preciso que me quitara lo mojado. Me excusé cuanto me fué posible,

pero me convenció de que no escamparía tan pronto y que mientras tanto debía mudarme ropa.

—Mire usted, me dijo, la ropa que le voy á dar, y que es de la misma que le di al señor, era de mi marido, que murió hace muchísimos años; despues, nadie se la ha puesto; con que así, no le vayan á tener asco.

Mientras que ella se entró á abrir una enorme caja, segun sonó la tapa, yo me quedé conversando con mi compañero.

—Parece, me dijo, que á usted le habrá sucedido lo mismo que á mí: me arrimé á la puerta y la señora me dijo: entre usted, que se moja, y me tiene aquí disfrazado, ni más ni menos como usted quedará ahora. Sabe quién es esta señora? Yo la veo ahora por primera vez.

—Yo tambien la veo hasta ahora; ni en mis pesadillas la habia visto.

Á poco salió ella diciendo:

—Porque los quiero tratar con confianza es que los hago entrar á mi alcoba; con otros no lo haria. Entre, me dijo; ahí está la ropa sobre la caja; usted dispensará, pero peor es que tenga eso mojado encima.

Quien quiera saber como salí despues, que se figure un Oidor en traje de juéves santo, con excepcion de la larga cabellera blanca y la enorme y plegada golilla. Cuando yo me ví con esa ropa olorosa á poleo y mejorana, me figuré que íbamos a representar alguna comedia de Lope de Vega ó Calderon de la Barca; y como tuve el cuidado de sacar de entre mi bolsillo el cuaderno que habia comprado esa tarde, en el acto que salí me dijo mi protectora:

—Mire qué bien le sienta ese vestido! Como mandado hacer! Tal me parece que veo á mi marido: tan buen mozo que era y tampoco que lo traté!

En seguida vino el suspiro de ordenanza acompañado de un ¡ah yai! tan indispensable en tales casos. Y qué libro, continuó, es ese que trae ahí?

—Es uno llamado "Una ronda de don Ventura Ahumada," escrito por don Eugenio Díaz.

—Sí? Qué gracioso debe ser eso! Ah! si mi compadre era templado! Lo que él mandaba se hacia, aunque le costara un ojo.

—Sí, dicen que era terrible.

—Ah! si yo les contara las que hizo aquí, verian si era hombre enérgico, y por qué lo llamaron juez de vivos y muertos.

—Pero si yo les refiriera, dijo el otro, la que me pasó con don Ventura.... Por él no me he casado, mi señora.

—Sí?

—Y por él estoy como estoy.

—Vea!

—Y por él se murió mi madre.

—Mire qué hombre!

—Y por él no soy padre de San Diego.

—Mire qué lástima! le dije yo.

—Pues acaso no es bien misterioso usted con sus aventuras? Cuéntenos primero su historia, despues les cuento la mia y en seguida el señor nos lee el cuadernito, que bien célebre debe ser. Qué se van á hacer ahora? Está lloviendo todavía y no hay esperanzas de que escampe: esta es *agüita* de toda la noche. Así es que bien puede empezar.

En esto nos trajeron el chocolate en pocillos de plata rebosando de espuma atornasolada, y á la señora le sirvieron en un coco con orejas y peana de plata tambien. Mi compañero, no queriendo hacer uso de la cuchara, buscó la oreja al pocillo, lo alzó con mucho cuidado hasta la boca y, estirando los labios y abriendo tamaños ojos, le dió un sorbo con en-

tusiasmo tal, que de seguro le abrasó hasta el alma. Dió un quejido, acomodó el pocillo entre el pan, arepas, biscochos y queso, y sacó el pañuelo para enjugar dos lágrimas dignas de mejor ocasion.

—Qué le sucedió, caballero? preguntó la señora con sorpresa.

—El recuerdo de esa historia, contestó con mucha unción, no puede ménos de hacerme llorar.

Ah, si! Hay casos en que no se puede ménos que llorar, respondió la señora con tono afligido. Y cómo fué su historia? cuéntenosla aunque sufra: tengo curiosidad.

II.

Pues han de saber ustedes, dijo despues de una buena pausa, que á tiempo en que estaba estudiando en San Bartolomé, me enamoré, como buen estudiante, de una niña; pero de tal suerte, que no pensaba en otra cosa. Para no romperme la cabeza resolví no volver á estudiar, pues me faltaba tiempo para pensar en ella. Me convertí en centinela perpetuo, y primero faltaba el sol en el cielo que yo en la esquina. Terrible pasion! Baste decirles que no habia tenido otra, ni despues tampoco he vuelto á querer á nadie.

—Mire! dijo la señora, de eso no se ve en el dia.

—Sí, mi señora, continuó más entusiasmado y como olvidando la quemadura; á donde quiera que ella iba la seguia de léjos: me convertí en su sombra. Aunque nunca pude hablarle, porque la madre era terrible, sin embargo, sí notaba no sé qué expresion cariñosa en sus ojos que me tenia como atado á ella. Llegué á tal estado, que me iba jubilando: contaba los balaustres de sus ventanas, y no contento con eso, me propuse saber cuántas tejas tenia ese techo feliz que albergaba tanta hermosura; poco me faltaba para tirar piedras. A este tiempo, se le antojó á un militar ir á pararse allí, y aunque no se estaba todo el dia como yo, sí permanecia el tiempo suficiente para hacerme hervir la sangre. El tal militar, que era cascarillas, y yo, que me preciaba de ser más valiente que un estudiante de Salamanca, armamos en ménos de nada la camorra más espantosa.

—Con qué derecho, le decia, se viene á parar aquí?

—Con qué derecho se pára usted? me contestó él.

—*Interrogatio et responsio eidem casui coherent.* Responda usted á mi pregunta.

—Mire, me dijo, arrimándome el puño á las narices, á mí no me venga con vejeces, hábleme en castellano, *cachifo* perdido.

No fué necesario más: era el peor insulto que se le podia hacer á un estudiante. Me le fuí encima, y nos agarramos de donde se pudo, y hechos un envoltorio, fuimos á templar al caño. Luégo que nos paramos un poco más frescos, convinimos en no irrespeter la calle é irnos á dar de trancazos á la Huerta de Jaime. Allí nos cascamos hasta cansarnos, sin que por eso se hubiera decidido quién podia pararse en la esquina.

—Quién es por fin quien ha de ir á pararse allí? dijo un curioso que nos habia seguido.

—Yo! contesté inmediatamente, y no lo habia acabado de decir, cuando el otro me dió tal pescozon, que me dejó temblando. Allí pudiéramos estar todavía peleando como gallos, si ese buen hombre no nos hubiera hecho ver que tanto derecho tenia ei uno como el otro y que en ese caso ocupásemos cada cual una esquina. Convinimos en eso y nos fuimos á tomar mistela, porque entónces no habia brandy. Despues que tuvimos cada uno nuestra copa llena, dijo el militar:

—Brindo por esa chica morena....

—Miente usted! le interrumpí, que es más blanca que un alabastro.
—Hombre, me dijo con sorna, usted estará tan enamorado como yo, pero no por eso debe cegarse tanto así: diga que tiene buen cuerpo, que es alta, bien formada, y no diga que es blanca. Dónde tiene los ojos?

—Y dónde los tiene usted? le grité inmediatamente.

—Adios, diantres, dijo nuestro tercero en discordia, ustedes se van á volver á dar de puños por una simpleza.

—Pero supóngase usted, le dije, que si él dijera que es más blanca que la nieve, bajita de cuerpo, gordita y graciosa como un serafín, vaya con Dios; pero....

—Alto ahí, dijo el militar despues de haberse bebido de un sorbo la mistela; los dos como que estamos dando fuera del blanco. Cómo se llama la suya?

—Yo no sé, pero lo que sí sé decir es que ella nunca se casará con usted, porque ni la mamá ni yo lo consentiríamos.

—Ah!!!!.... Es decir que usted está enamorado de la señorita, no? pues yo de quien lo estoy es de la criada.

—Ja! ja! ja! carcajeó el curioso, esto sí que es lindo!

—Cuánto me alegro, exclamé fuera de mí.

—Yo lo mismo, dijo el militar; no soy tan majadero para pretender esa niña. Estoy seguro de que aunque fuera general y que yo solo hubiera echado á los españoles de aquí, y que usted hubiera pagado la deuda de Colombia, no nos la darian á ninguno de los dos para casarnos con ella, mucho ménos así limpios como estamos. Ea, pues, esa chica está muy alta, dejémonos de eso.

Desde ese día y con tales explicaciones no hubo compañeros más inseparables, y en vez de uno, éramos dos, que nunca dejábamos la esquina. Pero él, que no era hombre de hacer sitio por mucho tiempo sin intentar un asalto, se resolvió á mandarle un recado á la criada y que yo le escribiera una carta á la niña, y para esto de la conduccion se valió de un hombre que hacía los mandados en la casa. Por supuesto que yo me esmeré diciendo bellezas, y terminaba por darle una cita para que á la noche pudiéramos tratar la cuestion que tanto me importaba. Por de contado que mi compañero hacía la misma cita á la chica, como él la llamaba, y todo quedó así hasta que por la tarde el hombre nos dijo que todo marchaba á las dos mil maravillas; que la criada se daría sus trazas de salir, y que la señorita saldría á la ventana. Poco faltó para que yo besara á ese hombre, y llegó á tanto mi alegría, que le dí cuanto tenia en el bolsillo, sin quedarme con qué almorzar al otro día: yo creo que un gusto de éstos acaba tanto como un pesar.

III.

Serian las nueve de la noche cuando los dos nos encaminábamos llenos de esperanza hácia la casa. Apenas llegamos á la esquina, encontramos al hombre que nos esperaba, y en el acto que nos vió nos dijo en voz baja que lo siguiéramos. En el zaguan habia un cuarto, que abrió con mucho cuidado, y luego me dijo: usted estése ahí miéntras que voy y vuelvo. Lo que hizo con el otro no lo supe, porque no lo volví á ver más. Los momentos que pasé allí á oscuras, imagínelos cualquiera: el corazon me daba tales golpes, que yo creí que se me salía por la boca: era un toro bravo en el coso; además, sonaba tan recio como una tambora y tenia que estar con la boca abierta para no ahogarme. A cada ruido temblaba tanto, que no podia estarme en pié y tenia que arrimarme á la pared para no caer. Si en ese momento hubiera llegado ella, nada le hubiera podido decir, porque tenia la lengua paralizada. Mas de una hora me

estaria esperando, sin que percibiera más ruido que el de los ratones que andaban como riéndose, y cuyas agudas carcajadas parecían una injuria á mi triste situacion. Qué tiempo tan largo! creo que esto seria suficiente para un infierno. Ya habia perdido la esperanza de todo, cuando empecé á sentir pisadas con botas en el zaguan; creí que era mi compañero que salia y pensaba llamarlo, cuando abre el hombre la puerta y dice:

—Somos perdidos: el Jefe político ha tenido un denuncia y viene á rondar la casa: métase entre este cajon, que ahí nadie lo verá.

Le obedecí maquinalmente y sin saber á dónde me iba á meter, me dejé encajonar, quedando hecho tres dobleces hasta nueva orden. Entonces fué cuando me ardió la imaginacion: pensar en que todo se iba á hacer público y que yo quedaria á los ojos de todos como un ladron; lo que ella sufriría por mí, y lo que sufriría mi madre?.... No habia tomado todavía resolucion alguna, cuando otro la tomó por mí, pues me sentí alzar con el cajon.

—Cállese, me dijo el hombre consabido, voy á sacarlo con bien. En la puerta están los policías, pero como yo soy de la casa, no me impedirán sacar el cajon. Y esto fué diciendo y haciendo: cuando yo acordé, ya estaba en la calle; pero no iriamos á dos varas, cuando un policía gritó:

—Alto ahí. Ese hombre lleva un cajon; cómo diablos lo dejan pasar?

—Pero si yo soy de la casa.

—Qué casa ni qué jarana. Usted se va ahora mismo para la cárcel.

—Sí, señor, pero permítame dejar aquí el cajon; para qué llevarlo hasta allá?

—No, señor, con cajon y todo va usted; y que le avisen inmediatamente al señor Jefe político, que un ladron está ya en la cárcel.

Más valia, decia yo, estar entre el vientre de mi madre que entre este cajon. Si estuviera estudiando, nada de esto hubiera pasado. De esta clase de consideraciones hacia miéntras me llevaban al trote, pero sin más provecho que el que causan las reflexiones hechas sobre lo que no tiene remedio. Simplezas! mejor seria no meterse uno en camisa de once varas, que por lo que hace á reflexiones, no falta sobre qué hacerlas, aunque siempre sin provecho.

Sentí, por fin, que estábamos en la cárcel, y despues de que mi hombre me puso con tanto cuidado en el suelo como si llevara loza, se sentó muy sí señor encima, con la mayor frescura del mundo.

Yo no podia resistir más tiempo en tal postura: tenia la cabeza en medio de las piernas y las rodillas pegadas á la tapa de ese infernal cajon. En tal posicion pensaba yo en lo sabroso que estarian todos en sus camas y lo sabrosa que estaria la mia.

A poco sentí tropel y uno de ellos decia:

—Aquí está, señor, lo hemos cogido con ese cajon al tiempo que salia de la casa.

—Sí? Pues que se prevenga.

—Pero, mi amo, si yo soy de la casa y salia á entregarlo!

—Y qué hay adentro?

—Nada, mi amo.

—Nada, no? Ábrelo ahora mismo.

—Mi amo, no abro porque.....

—Por qué?

—Es un poco de carne fresca y huele... no muy bien.

Diablo! Cansado de aquella posicion, ya iba á pedir socorro, cuando alzaron la tapa y salté como muñeco, de sorpresa, mas tieso y recto que un palo. ¡Cuánta gente rodeándome! Unos con faroles, otros con velas

entre cucuruchos de papel, el carcelero con un candil, don Ventura Ahumada con su baston en medio y todos ellos muertos de risa!

— Hola! don Carne Fresca, me dijo: qué hace entre este cajon?

— Casi nada, señor.

— Se lo creo, y sin el *casi* quedaria mejor. Y usted? añadió dirigiéndose á mi hombre, alcahueteando á los ladrones, no? Llévenlo ahora mismo al calabozo.

El hombre se dejó llevar sin decir oste ni moste; y yo me quedé esperando mi suerte.

— Ahora tiene usted que decirme por qué se entró á esa casa y por qué se hizo sacar entre ese cajon.

— Fuí á esa casa porque la señora me mandó llamar.

— No hay tal: usted iba á robar.

— Imposible! exclamé á grito entero. Sostengo que me mandaron llamar, no soy ladron, como usted me dice.

— Mire, me dijo, apretando los dientes y los puños y acercándose cada vez más con un ademan no muy cariñoso; mire, quien va á sonsacar á una criada, no es otra cosa que un ladron; el peor robo, y que no tiene restitution, es el del honor, y para enseñarlo á que no ande inquietando criadas, ahora verá lo que le pasa. Vete, le dijo á un gen-darma, á llamar al Cura.

— Parará en que tengo que confesarme, pensé con alegría.

— Y tú, Simon, continuó don Ventura, dile á la señora que venga con la criada.

— Y eso para qué, señor Jefe político?

— Para qué? Para que se case ahora mismo.

— Con la criada?

— Con la criada.

— No, señor; ese es un atentado! una crueldad! una infamia!!! un...

— Cualquiera cosa será, pero usted se casa con ella, y es esta noche.

— Con la criada? Aunque me ahorque.

— No será necesario ahorcarlo; mire, me dijo señalándome el cajon.

— Pero, señor Jefe político, yo no estaba inquietando á la criada.

— Entonces á quién?

— A la señorita sí queria proponerle; con ella sí aunque me castigue.

— Mírenlo qué sencillote! dijo abriendo tamaños ojos; y usted, pobre estudiante, cómo pretende á esa señorita?... Lo peor es que ya no hay remedio, porque ella se casó.

— Se casó! dije dando un grito y cogiéndome la cabeza con las manos.

— Se casó, dijo don Ventura con calma.

Fué tanto mi despecho, que quise meterme de cabeza entre el cajon para no volver á salir más.

— Entonces no era usted quien estaba inquietando á la criada, sino el otro?

— Sí, señor, él era. Y con quién se caso?

— Con su compañero; era necesario poner fin á los escándalos de ustedes. Y cuánto siento esta equivocacion; fué que me informaron mal. Creyendo que el otro era el enamorado de la señorita, lo hice casar con ella, y entonces era al contrario: mire qué lástima! Y él sí se calló la boca y sin chistar se llevó buen bocado; porque la niña es qué bonita y rica.

Yo no volví á hablar palabra, porque me parecia simpleza todo lo que dijera despues. Solo al tiempo de irse don Ventura le dije:

— Espero que me dejará salir, porque me voy mañana.

— Para dónde?

— Para San Diego á meterme de fraile.

— No sea majadero, no haga tal cosa; por eso es que hay tan malos frailes; casi todos entran en un momento como éste ó por necesidad, pero sin verdadera vocacion, y despues se arrepienten cuando no hay remedio. Sabe lo que ha de hacer? Si quiere, le consigo una plaza de aspirante en uno de los cuerpos que salen mañana mismo. Hoy, la carrera militar brinda mucha gloria á los jóvenes; por allá se distrae, y si no se casa, cuando vuelva vendrá cubierto de laureles y entonces encontrará muchachas de sobra.

— Consiento, le dije, sin acordarme que mi madre moriria de pesadumbre.

Al dia siguiente salí de aquí sin atender á nadie: estaba loco!

En mi correria siempre fuí el mismo: serví en la carrera militar siete años; despues me separé y anduve por Santamarta, Cartagena, San-Thomas, la isla de Cuba y Jamaica, siete años más. Lo único que pudiera haberme hecho volver era mi madre; pero dos años despues de mi partida supe que habia muerto.

Yo creí que en mí el primer amor fuera como en casi todos: concentrado y vehemente, pero que despues el tiempo y el olvido lo borrarían, dejando apenas un rastro en el corazon, que al fin se cambiaria en un recuerdo agradable, como la cosquilla que se siente en una cicatriz que está sanando. Pero no fué así; el mio es eterno, vivirá conmigo. Jamas he podido mirar á otra mujer; así es que he vivido libre de las cuitas, intrigas, enredos y bajezas en que veo á los demas por causa de ellas. Jamas la olvidaré.... Yo no oí de ella ni una palabra de consuelo, pero creo que sí me amaba; varias veces ví su mirada fija en mí y una mirada no engaña. Hay miradas que se profundizan mucho más que mil palabras, palabras que en el curso de la vida se confunden con otras iguales ó semejantes; al paso que la mirada escoge su asiento en el fondo del corazon; su guarda es el silencio, su protectora la memoria.

Hará unos cuatro años que supe que la señora estaba viuda, é inmediatamente emprendí viaje para acá.

— Oiga, dijo la casera; con que por fin....

— Pero en Mompos supe que habia muerto tambien.

— Murió tambien!! dije inmediatamente, pues esperaba otro resultado.

— Sí, murió tambien, contestó con resignacion y haciendo ese gesto de quien se conforma porque no hay remedio; gesto y ademan que la señora imitó involuntariamente, pues conversar delante de ella, es como hacerlo delante de un espejo: todo lo repite.

— Seguí mi viaje, continuó, y hace algun tiempo que me encuentro aquí, solo, sin amigos y viendo todo nuevo y extraño para mí.

— Y en qué tiempo moriria ella? preguntó la señora.

— No sé; me he propuesto no averiguar nada. Para qué? Ya la perdí....

— Y muy jóven se fué usted de aquí? volvió á preguntarle.

— Tendria diez y ocho años.

— Y en qué calle vivia, no la conoceria yo?

— Vivía por la calle de las Águilas.

— Por la de las Águilas?

— Sí, señora, contestó abriendo tamaños ojos.

— Adios, diantres, pensé yo, ésta le va á dar noticias de sus amores y ahora mismo se nos vuelve loco. Quién lo aguanta?

— Podrá decirme cómo se llamaba?

— Laura.

— Y la madre?

— Carmen.
— Carmen!.... dijo dando un grito y enlazando las manos.
Al decir esto, sacó de un cajon de la mesa un papel y le dijo.
— Su nombre de usted?
— Fernando Vizcaya.
— Fernando! gritó, señalándole la firma que tenia ese papel.
— El hombre se fijó en la firma, despues alzó á mirar á la señora y como arrebatado ó movido por un resorte, se lanzó á ella con los brazos abiertos gritando:
— Laura!....
— Fernando!.... contestó ella recibéndolo en los brazos.
Ese papel era la carta que él le habia escrito el dia de su casamiento con el militar.

Yo me detuve delante de ellos para contemplarlos. Lloraban; pero las lágrimas eran escasas, densas y pesadas: lágrimas de viejos que rodaban de arruga en arruga, con precipitacion, y sin dejar el más leve rastro por donde habian pasado: parecian gotas de azogue. Es qué triste ver llorar á dos viejos; se sufre mucho; las lágrimas como que se han hecho para los niños. Los viejos lloran más con la expresion que con las lágrimas, porque entónces el corazon está cansado, el labio torpe y el párpado seco de llorar. Dos lágrimas en ellos dicen más que todos los gemidos juntos....

Dejo á la consideracion de mis lectores lo que se dijeron despues, y únicamente les contaré, á guisa de epílogo, lo que ella le contó y que servirá para concluir este cuento.

Don Ventura, de quien fui compadre despues, cediendo á las instancias de Antonio mi marido, y de mi mamá, fué quien armó esa treta para llevarlo á la cárcel, cosas que hasta ahora sé y de que caigo en la cuenta, pues conmigo guardaron el mayor secreto. No hubo tales amores de Antonio con la criada; esa fué ocurrencia de él para engañarlo, y como yo dije repetidas veces que no me casaria con él hasta no saber la opinion de usted, entónces dijo que él sabia muy bien, que de quien estaba enamorado era de la criada y no de mí. Antonio tenia de su parte á mi mamá, y usted no tenia sino mi afecto, pero afecto que nunca pude dar á conocer sino con miradas. Mi marido al dia siguiente de casados, marchó en el otro cuerpo que salió para el Norte el mismo dia que se fué usted, y á poco tiempo murió de una fiebre en el puerto de los Cachos, dejándome en libertad para dedicarme al único pensamiento que me acompañaba. Muchos quisieron casarse despues conmigo, pero yo hice propósito de no unirme á nadie, ya que habia perdido lo único que habia amado en mi vida. Esta carta la encontré entre los papeles de mi mamá despues que ella murió y la he conservado como única reliquia suya. Y, cosa rara! creerá usted que jamas perdí la esperanza de verlo?

Ahora, mi amigo don Eugenio, tengo muchísimo gusto en convidarlo á las bodas, pues sabrá que me nombraron padrino.

Cuándo y en dónde serán, es cosa que todavía no sé.

1859.

VISITAR A LOS ENFERMOS.

EN TESTIMONIO DEL ALTO APRECIO AL SEÑOR DOCTOR

JOSÉ MARÍA SAMPER.

Si yo fuera hombre de alientos escribiria, como M. Eugenio Suë hizo con los pecados capitales, tantas novelas cuantas son las obras de misericordia; pues la manera como suelen comprenderlas y practicarlas ciertas personas, da motivo para ello. Asuntos para emprender la tarea, Dios lo sabe, no me faltarian, pero juicio y constancia sí, á buscarlos á otra parte. Bien librado saldré si alcanzo á escribir este artículo.

Por causa del cambio repentino de la estacion, cogió don Pablo Pinillos una afeccion catarral, y aunque poco caso le hizo al principio, sin embargo, un dia quiso enderezarse en su cama y la cabeza le pesó como de plomo, de tal suerte que no podia manejarla; la fiebre le subió de punto y la tos fué constante. Ni doña Angeles quiso que se levantara, ni el mal se lo permitió y por fuerza tuvo que quedarse en cama contra el sistema de don Pablo, quien decia que la mitad de los que se mueren, se lo deben exclusivamente á la cama y al médico.

Aquel dia lo pasó allí con un pañuelo blanco amarrado en la cabeza, y tomando las aguas cocidas que en el repertorio curativo de la señora se hallaron como más á propósito para cortar el mal. La noche llegó y ya la fiebre fué intensa, por lo cual se resolvió que se le diese un sudor de borraja y que en la frente se le pusiese una venda de papel picado con gotas de sebo caliente. Dicho y hecho, luego que le hicieron las aplicaciones, se le echaron encima cuantas cobijas hubo en la casa, y se guardó silencio esperando á que el remedio produjese su efecto.

Aunque no fuera sino por la congoja de sentirse debajo de aquel cerro enorme de cobijas, ropas, alfombras y qué sé yo qué más, al fin el enfermo declaró que ya no podia aguantar y que deseaba lo enjugasen. Así se hizo por aquella noche, y aunque el sueño fué intranquilo y fatigoso, y el dolor de cabeza no disminuía ni la tos dejaba de venir, sin embargo se confió en que la reposicion se manifestaria al dia siguiente.

Contra toda prevision y cálculos, don Pablo se sintió al dia siguiente postrado. Alarmada la señora le dijo que era bueno que llamasen á algun facultativo para que lo recetara, porque ya ella no sabia qué hacerle. Habia agotado cuanto sabia en materias médicas y desconfiaba ya de sus fuerzas.

—Mi compadre Clemente es bueno; siquiera no es de esos médicos estirados de ahora que no le dan á una sino venenos y porquerías y piden un sentido.

—Digo que nó; no quiero que á mi casa entre esa plaga. Ninguno muere la vispera. Qué médicos ni qué jaranas.

—Pero no ve que mi compadre no es doctor y él no receta sino aguas y remedios caseros de los que aprendió á hacer con los padres de San Juan de Dios?

—Ya usted metió la cabeza, y como es mujer, habrá de sacarla al otro lado. Haga, pues, que venga el médico. Pero mujer! dijo como arre-

pintiéndose de haber consentido ; para un catarrón que ya pasará, llamar médico, cuando en los años que cuento jamás me ha tocado cirujano alguno el cuerpo, ni remedio de botica ha penetrado en mi estómago ? Debido á eso es que me he conservado hasta ahora.

Usted sabrá, pues ; pero mire que ya se le ha hecho cuanto se ha podido sin que lo mejore nada. Usted sabrá, pues, vuelvo á decirle.

Inútil es decir que la señora triunfó, y que don Clemente fué llamado.

Contestadas todas las preguntas de un larguísimo exámen, pidió el médico la orina del enfermo en un vaso de cristal, la que fué examinada al traves de la luz. Luego dijo que en la estatua del paciente, que allí veía él, habia una enfermedad muy peligrosa. Para apoyar más su parecer, dijo á la señora que se fijara bien en el fondo del vaso y que reparara cómo su compadre tenia los riñones cargados y la vida del corazón saliéndosele á gotitas. Aunque nada pudo ver la afanada señora, dijo que era cierto aquello, y que le dijera qué seria bueno hacerle al enfermo.

—El tabardillo dormido que le principia y el dolor alto van á poner á mi compadre á tiro de pegar mangas.

—No me asuste, compadrito de mi alma, y dígame qué será bueno aplicarle. Mire que yo tengo mucha fe en sus aciertos.

—Ahora veremos, dijo por toda respuesta, y fué á sentarse á la orilla de la cama del enfermo. Despues de que le cogió una muñeca con toda la mano, sin pulsar la arteria, le dijo :

—Apostemos á que usted cometió un disparate, compadre ?

—Cuál seria ?

—Al sentarse en la orilla de la cama empieza á descalzarse por el pié derecho ?

—Sí, señor, cabalmente.

—Y no es cierto que alguna vez empezó por el izquierdo, dejando el derecho calzado mucho tiempo ?

El enfermo se puso á meditar y luego exclamó :

—Sí, señor ! Ahora me acuerdo de que hace mucho tiempo que la estaca de una bota nueva me habia lastimado el calcañar del pié izquierdo, y una noche me descalcé y me puse á examinar la herida que me habia hecho y entre tanto dejé el otro pié sin descalzármelo.

—Para que vea ; ese es el enojo y por eso es que siente la picadita en el pecho cuando tose.

Al decir esto el médico, la señora inclinó la cabeza con tal señal de asentimiento que pareció querer decir :

—Ya lo ve usted ?

—Es que no hay cosa tan delicada como cuando son dos. Si usted acostumbra á un muchacho á darle una sopa primero, y algun dia se la da al otro, no pregunte por qué, pues el llanto es seguro.

—Así es, dijeron marido y mujer con mucha atencion.

—Pues mi compadre se alienta, confianza en Dios y María Santísima, cogiendo los tres granos de municion patera, que se echan ántes de que suelte el primer hervor el agua de las tres flores del saúco que no sea sembrado en menguante. Luego se le echa todo lo que se alcance á coger con los dos dedos del polvo del quicio de la puerta. Se baja el agua del fogon y se deja desangrar un pedacito de cinta *lacre* que haya usado en el pecho una niña que no pase de quince años.

A la noche le pondrá en la caña del espinazo una hoja de borrachero, despues de haberle hecho tres cruces de saliva en el nombre de mi padre San Roque. No olvide echarle al agua tres gotas de naranja agria para que le corte la calentura. Y si le aprieta el dolor de cabeza, úntelo

en los *cornijales* y en los piés cebo con sal víjua, y arrópelo bien para ver si suda.

Repetida unas tantas veces la fórmula anterior, pero variada cada vez, de tal suerte que no se supo qué se le aplicaria, al fin se fué el médico encargando mucha fe en Dios y en mi padre San Antonio.

Pocos de mis lectores tacharán de exajerado este cuadro, pero si álguien dudase, no tendria yo más que citar á los indios curanderos de los Organos, al médico Molina de Ibagué, y aquí más cerca al famoso indio de Guatavita que tan popular se ha hecho en nuestros dias. Un hecho más vendrá en mi apoyo, hecho que afortunadamente puede rectificarse siempre y cuando se quiera. El formulario llamado "El médico en casa" y que no es sino una coleccion de recetas de esta clase, no me dejará mentir. *

Muchas veces he llegado á pensar si la posteridad científica vendrá á ocuparse con admiracion de este libro. ¿No se ha reido la humanidad de cosas que más tarde han sido consideradas como una maravilla ? La doctrina que en un siglo ha caido en desuso no la ha cogido otro para hacer de ella el motivo de su admiracion ? Hay quien diga que la *mágia* y la *nigromancia* son el espiritismo de hoy. El principio del *similia, similibus curantur*, cuánto tiempo duró en despertar para volver á tomar nuevamente su puesto en la polémica científica ?

Sabida la enfermedad de don Pablo por la señora doña Mencia, amiga antigua de la casa, llegó el mismo dia en que el médico Clemente habia recetado. Sentada á la orilla de la cama, y averiguada la causa del mal, el estado de él y los remedios que se le iban á aplicar, dijo que de ninguna manera le hiciesen aquello, porque era un disparate, y que ese don Clemente habia enterrado á no sé cuántos en ménos de nada. Que si querian que se alentara el enfermo, le hicieran los remedios caseros que todo el mundo conoce, y tras de esto empezó á contar unos cuantos casos prácticos que ella habia presenciado, análogos al presente, y cómo se habian parado con solo haberles puesto un parche de caraña en el ombligo. Conversó allí, en fin, la señora, hasta que el pobre enfermo quedó aturdido y doña Angeles indecisa en cuanto al partido que debiera tomar acerca de los remedios.

Como un tabaco encendido en otro se sucedieron las visitas, así fué que doña Mencia salió, porque hubo que atender al doctor Grajáles, quien opinó y sostuvo su parecer, salvando opinion más acertada, de que en un caso sério y alarmante ya, como el presente, debia llamarse á un buen médico que prestase garantías por sus conocimientos y antecedentes. Habló del empirismo y la trascendencia de sus males y sonrió de una manera que no dejó duda, cuando le dijeron que don Clemente habia sido llamado, y cuál habia sido su receta.

En estas y las otras don Pablo empeoraba visiblemente. La fiebre era muy fuerte, y el sentido, cuando no extraviado, era tardío. La amargura de la boca, la sed constante y la tos con dolor del pecho á la espalda, eran los síntomas más notables.

Desde luego, el parecer del doctor Grajáles fué acogido como el más racional, no ya por el enfermo, porque él no sabia de nada ni de nadie, sino por doña Angeles y los parientes que habian invadido la casa para poder ayudar en algo.

—Pero á quien llamamos ? decia la señora.

* Hoy me vendria como sopa en el dedo el citar á Perdomo, quien tuvo admiradores entre gente culta y á quien un Congreso felicitó por su desfachatez para salir de la humanidad.

—Pues yo soy de parecer, contestaba una primita, que llamen al doctor Blanc, el frances recién venido y que hace prodigios.

—Pero ese llevará un ojo de la cara por cada visita, son tan careros!

—Pero como se alentara mi tío, niña, mas que hubiera que darle el otro ojo.

—Pero vean, dijo otra, que el doctor Bueno es muy bueno, acuérdense de mi cuñado.

—Sí, pero el doctor Blanc paró al hijo de mi hermana, cuando ya nadie daba un cuartillo por su vida, y con ser que él mismo confiesa que no sabe cómo se alentaria, porque desesperado dejó de recetarle.

Triunfó al fin el frances, y el ruido de las pisadas de su caballo se oyó en el portón de la casa. Con qué emoción se recibe á un médico por primera vez! Qué atenciones! Qué cumplidos! Todo el mundo cree que en las manos de aquel hombre están la salud y felicidad de la casa.

Arreglados los muebles de la sala y quitados los estorbos y trastos feos que hay en las alcobas, se puso la colcha más decente en la cama del enfermo y se dió entrada al médico nuevo.

Dos ó tres preguntas que fueron contestadas con timidez por doña Angeles, le bastaron al médico para formar su concepto, y así fué que pidió en qué escribir la receta.

Viendo la desconsolada señora que se iba el doctor sin decir nada, se atrevió á preguntarle qué juzgaba acerca de su marido.

—Oh! no tenga usted cuidado, su curacion depende del método que con él se adopte, y por lo que hace á su enfermedad, como todavía está incipiente, es muy posible que se cure.

Se mandó inmediatamente á la botica para que despachasen la receta, y en tanto llegó un amigo, quien despues de haber averiguado por la salud del enfermo, se entró á la alcoba y empezó á decir que lo veía rematado y que si no buscaban un buen médico se les moriría.

—El doctor Blanc es quien lo receta; no le parece bueno?

—Yo, la verdad le digo, mi señora, no le tengo fe á los extranjeros, y sobre todo, á ningun médico alópata. Acuérdense usted de Pachito cómo estuvo. La pulmonía de él no seria tan fuerte, ni tan peligrosa como ésta, pero si era grave, y sin embargo el doctor Masillon lo alentó. Y qué me dice del tifo de Juan Gordo y la hidropesía de doña Clara? No hay como la homeopatía, y acuérdense de lo que le digo: si no lo pone en manos de un homeópata se muere don Pablo. Cada vez que me acuerdo de que este frances Blanc mató á la señorita Rosa Lesby con un veneno que le dió, me enfurezco. Convénzase, mi señora, de que ningun médico alópata sabe nada; por casualidad aciertan y eso.... dejan una multitud de males á consecuencia de los venenos que dan.

Ido este señor, y á pesar de sus conceptos, que hicieron vacilar á los de la casa, se le suministró al enfermo la primera bebida recetada por el doctor Blanc, y al cuarto de hora empezó á dar síntomas de vida más activa. Abrió los ojos y la boca, apartó las cobijas y con señas manifestó que la sofocacion le molestaba. A poco tiempo la desesperacion fué más terrible, y ya el hombre intentaba saltar de la cama para salirse por entre la multitud de gentes que á la orilla se agrupaban, cuando acertó á llegar una señora con todos sus niños y niñas que oían á almizcle, á mil esencias, á diablos y demonios y cuyos olores hubieran enfermado á un bueno y sano. Toda esta tropa rodeó la cama y se apoderó del enfermo, que ya no podia respirar, hasta que por fin cayó en un desmayo. La infeliz señora no hacia sino llorar y desesperarse viendo que esa partida de gente allí metida era la que había puesto á su marido en tal estado. Impotente para decirles que se saliesen, no hacia otra cosa

que manifestar que lo que don Pablo necesitaba era aire puro y respirable; pero todo fué inútil, porque entónces uno de los que había allí abrió las puertas; otro por darle á oler una agua espirituosa con el objeto de hacerlo volver en sí, le derramó en las narices y la boca un poco de amoniaco que lo ampolló y casi lo asfixió; dos señoras fueron inmediatamente á la cocina, encendieron vela, buscaron lana y plumas y las quemaron en las narices del enfermo para que se le quitase la privacion. Decia uno que ya no tenia pulso; otro que el corazon no le latia; alguno que el frio de la muerte le había empezado por los piés y que le pusiesen un ladrillo caliente, y las viejas todas de consuno opinaron porque lo *foguearan* con vino de consagrar.

En esta baraunda en que todos opinaban, nadie mandaba algo razonable, y cada cual queria aplicar algun remedio; se le ocurrió á uno de los más advertidos y oficiosos salir corriendo y llamar al médico. Afiado éste con la noticia de que habían envenenado al enfermo, llegó y entró hasta la alcoba; pero los que allí había no lo dejaron llegar á la cama, porque sin que él preguntase empezaron á darle cuenta del accidente, pintando el caso segun lo vivo de la imaginacion de cada uno. Decia éste una cosa, aquél opinaba otra, las mujeres hablaban todas á un tiempo rapándose la palabra, porque les parecia que no serian oídas; cuál decia que el medicamento había sido equivocado en la botica, y hasta persona hubo que se atreviese á preguntarle al médico si él seria el equivocado.

De suponer es que hasta aquí llegó la prudencia, y suplicó á todos que lo dejasen solo con la señora de la casa. No fué necesario más para que el tal doctor se convirtiese en el médico más impopular. Averiguadas y dichas las cosas con calma, resultó que esa inquietud que el enfermo había manifestado había sido una reaccion buscada de propósito; reaccion que segun el modo de presentarse habria de fijar el método curativo en adelante.

Contó entónces la señora que no le había suministrado la nueva cucharada, la que segun dijo el doctor, le habria calmado en el acto el accidente, porque unas señoras habían derramado la locion, pues dijeron que si la primera había producido tales efectos, qué hubiera hecho la segunda?

Destruído ya este primer paso, el médico dijo que el mal había tomado otro carácter y que era necesario esperar por lo ménos unas doce horas. Que por entónces se limitasen á conservarle los piés calientes y que él volvería. Como las narices, los labios, las encías y la lengua estaban ampolladas con el amoniaco, el doctor vió en esto un obstáculo más, porque el enfermo rechazaria todo aquello que le molestase al pasar y por consiguiente perdería el estómago. Ordenó que nadie entrase en adelante á la alcoba y que prohibiesen que llegase alguno con perfumes que volverían á atacarle el cerebro, y se fué confiado en que volvería á coger el hilo del mal cuando hubiesen pasado los efectos causados por los que practican las obras de misericordia.

Cuando el doctor Blanc salia, ya el consejo de guerra se había reunido en la sala para juzgarlo y sentenciarlo como á envenenador cuando ménos.

—Miren qué médico, que necesita de volverla á una loca para curarla. Vaya á volver loco á.... quién sabe quién, decia una señora.

—Yo, por mi parte, decia otra, ahora mismo le digo á María de los Angeles que Pablo no vuelve á caer en manos de ese hombre. Un homeopático lo habria curado con darle á oler un papelito.

—Oh! sería un disparate que nos costaría una pérdida irreparable, el volver á llamar á este hombre, dijo con gravedad un setenton.

—Sin embargo, replicó una de las señoritas partidarias del extranjero, yo no veo motivo alguno para culpar al doctor. Estoy segura de que con la otra cucharada dada en tiempo se había restablecido mi tío, y la prueba es que el accidente fué anunciado.

—Yo también sería de opinión que esperásemos; apenas ha empezado, y prudente es no prejuzgarlo. Yo sé de curaciones admirables que ha hecho este médico.

—Menos judíos habían de ser esos extranjeros. Ave María! San Jerónimo bendito! dijo una vieja. Los remedios que sabe hacer una de las señoras *Mogollonas* son cuanto á lo primero.

—Pues si un homeopático no lo pára, nadie podrá hacerlo. El doctor Lémus que ha hecho prodigios, lo habría levantado ya. Son tan suaves las medicinas y tan inocentes que no se siente penalidad alguna. Además, ellos atacan una sola enfermedad hasta destruirla y no hechan en una sola bebida muchas drogas que por fuerza habrán de formar otros compuestos de los que mal podrá el estómago hacer discriminación para enviar cada sustancia á donde le corresponda, sin que el enfermo haya sufrido las consecuencias.

—Pero yo he oído decir que ese sistema es todavía impotente para destruir las enfermedades agudas.

—Mas, dígame usted; ¿es cierto que sucede frecuentemente que un enfermo curado ya de la enfermedad principal, no resista, por lo débil, la curación de los efectos que las sustancias minerales y venenosas hayan causado en el sistema? Casi pudiera asegurar que la mayor parte muere por efecto de los remedios.

—Pero usted no cuenta los que mueren por falta de remedios; ó más bien, las víctimas del sistema expectante ó negativo de los homeópatas.

De esta polémica resultó que acordaron hacer llamar al doctor Lémus, pero sin decirle nada al doctor Blanc, y poder averiguar así qué remedios le aprovecharían más.

Dicho y hecho: llegó el nuevo médico y pidió la receta que el otro había dejado primero, y como es natural, puesto que son sistemas distintos, desaprobó aquello y ordenó que no volviesen á darle sino lo que él recetara. Dejó unos glóbulos para que se le hiciese pasar uno cada hora y se fué.

Cuando el otro médico vino, dijo que era tiempo de empezar de nuevo, y dejó su receta para que inmediatamente empezasen á aplicarle lo que allí ordenaba.

La casa era ya un laberinto ó más bien un sainete en el que el protagonista era don Pablo y los demás personajes todos los visitantes.

Doña María de los Angeles no tenía tiempo sino para estar á la orilla de la cama de su marido y como todos los parientes habían venido á servir de algo, se apoderaron de la casa, y la señora no volvió á saber de nada. El sistema ordinario en el servicio doméstico se desconcertó porque los criados, cuando no estaban en mandados, se ocupaban en no hacer nada, y así era que nadie comía ni almorzaba á horas y el desarreglo cundió por todas partes.

Como allí habían sentado sus reales las sobrinas encantadoras de don Pablo, y se juntaban por la noche varias otras familias con el objeto de velar y ayudar á aplicar los remedios, resultó lo que con aquel axioma económico de que donde falta un artículo allá va á dar en poco tiempo; así fué que los enfermeros vinieron como llovidos. Qué acuciosidad!

Qué finura é interés por la salud del enfermo! No se había dicho que no había quién fuera á la botica cuando se rapaban la receta para correr.

Por la noche, como la cocina estaba muy lejos y había necesidad de calentar aguas, la sustancia, los fomentos &c. se trajo un brasero á uno de los corredores inmediatos y aquel punto fué el de cita para muchos de los visitantes. Una señorita soplabá calentando los fomentos, en tanto que un oficioso cada rato destapaba para observar si ya hervía el agua y luego murmuraba:

—Así hierve mi corazón, Juanita, en amor hacia usted.

—Pero el mío está como este fuego que soplo yo, que está haciendo hervir el agua y que alumbra cuanto hay en derredor.

—Pero yo te alumbraré primero, dijo la madre saliendo por detrás de una columna y poniéndole la mano con poca blandura en un brazo para llevársela.

Como los médicos habían prohibido que se hiciese ruido, todos hablaban en voz muy baja; así era que en los cuartos, en los corredores y en la sala, todo eran diálogos en cuasi secreto, palabras á medio decir, guiñadas significativas para los que se entendían, apretones de manos y risas agudas como las de los ratones cuando creen que están solos.

El enfermo en tanto seguía siendo víctima de los pareceres encontrados de todos, y como cada cual que llegaba dejaba una receta, afirmando que con aquello se alentaría, no se le volvió á aplicar remedio de médico alguno. Persona hubo á quien se le hiciese cargo de conciencia el dejar morir á ese pobre señor en manos de los médicos que lo querían matar, se dejó de ruidos y trajo preparado ya de su casa lo que le iba á aplicar, y quisiera ó no quisiera, allá va ese menjugo de quién sabe cuántas porquerías.

Los efectos de la anarquía no se hicieron esperar: la enfermedad llegó al estado de no ser curable sino por un milagro. Los médicos entonces hicieron cargos mutuamente por haber aplicado las medicinas del contrario, cuando no sabían que nunca vieron el resultado de sus operaciones. Abandonaron, pues, el campo desesperados.

Siguieron después los remedios de cualquier médico que llegara y de cuantas personas iban á visitar al enfermo, de tal suerte que al fin vino á ser el campo donde se disputaron la preeminencia los empíricos de todas clases, los curanderos y curanderas, los homeopáticos, hidropáticos, alopáticos y partidarios de cuantos sistemas se hayan imaginado, sin que se pueda culpar á ninguno, sino al método de los que manejan al enfermo.

Por desgracia se despertó en el paciente una sensibilidad nerviosa tal, que no consentía ruido alguno, así era que el producido por los trajes almidonados, el roce de las sayas de seda, las palabras á media voz y los cuchicheos, lo atormentaban en extremo sin poderlo evitar, porque no valió hacérselo comprender á los que lo asistían.

Por fin convinieron todos en que se llamara al médico más afamado que había en la ciudad. Cuando éste hubo examinado el estado de la enfermedad, tuvo el mejor acierto que se haya visto, y fué el de decirles que lo administraran y no lo martirizaran más porque al día siguiente moriría.

Fueron entonces los llantos mal comprimidos, las promesas á los santos, las palabras á medio decir y los malhayas! por no haber obrado en tiempo de otro modo. Lo que el último médico anunció se cumplió al pie de la letra.

Murió don Pablo, después de gastarse un caudal en médicos, boticas, &c. &c., víctima de todas las imprudencias enumeradas y de otras que

no quiero decir por no cansar. *Y cosa rara!* luego que se murió, doña Angeles quedó casi sola, siendo de advertir que si en una agencia mortuoria no se hubieran hecho cargo de todo, no habría habido quien cumpliera con la obra de misericordia de enterrar á los muertos, mientras que para visitarlo se atropellaban.

1876.

LA PRIMERA LÁGRIMA.

A mi querido hijo Julio.

La estancia era humilde. Un mueblaje pobre la guarnecía y la luz que alumbraba la escena que voy á referir era tan escasa, que apenas podía pasar por entre las hojas medio cerradas de una ventana velada por una blanca cortina.

En el fondo de esa estancia, y sentada sobre una silla, estaba una joven con un niño en sus brazos, de pocos días de nacido.

En uno de los ángulos de la misma pieza, el más cercano á la ventana, y como aprovechando la escasa luz que penosamente penetraba, un joven escribía con la cabeza inclinada sobre el papel.

Había silencio. Poco antes había llorado el niño, pero su madre, á fuerza de arrullos y caricias, había logrado hacerlo dormir.

Y todo hubiera continuado así, si un sollozo no hubiera hecho que el joven abandonase su ocupación precipitadamente para acercarse á su esposa, diciéndole:

—Qué tienes, bien mío? Por qué lloras? Sufre nuestro hijo?

—Mira, le contestó, señalándole una lágrima suspendida en los ojos medio cerrados de la criatura; ésta es la primera lágrima de nuestro querido hijo. Cuántas veces se verá obligado á recurrir al llanto para mitigar sus dolores! Cuántas veces en medio de sus desgracias, huérfano quizá, no hallará una mano que le enjague su llanto! Ah, hijo mío!

El joven entonces, viendo aquella gota purísima, fruto del primer dolor y que brillaba como las gotas que se deslizan en medio de las piedras por entre las sedosas hebras de los líquenes que las cubren, se cruzó de brazos, inclinó la cabeza y lloró en silencio.

Cuánto pasó en aquel momento por la imaginación de esos dos seres!

Quien sea ó haya sido padre, que mida el dolor que los profanos no entienden.

Lo terrible de un naufragio visto en un cuadro no es lo mismo que lo sentido á la orilla del mar cuando se oyen los gritos, se presencian las agonías y se ven los restos de la nave flotando en medio de las olas enfurecidas.

El porvenir de su hijo se presentó entonces nublado y la imaginación empezó á arder.

Las lágrimas de uno y otro rodaron como lluvia en una noche de tormenta.

Y lo terrible de la desgracia, lo amargo de la miseria, lo pesado del infortunio, les prensaron el corazón como con una mano de hierro.

Y el pasado de ambos llegó entonces latente para reflejarlo sobre la suerte futura de su hijo.

Huérfanos ambos, se asieron el uno del otro como plantas trepadoras,

que no encontrando un árbol carcomido, una pared derruida, un murellon roto, entrelazan su ramas y se levantan sobre sus compañeras que, débiles y faltas de apoyo se arrastran sobre el césped.

Y lloraban más y más al pensar en que acaso su existencia terminaría mañana, y que entonces su memoria quedaria anonadada entre los hombres como un eco perdido, como el perfume errante que el bosque exhala en la noche.

Cuánto sufrieron esos padres en tal momento de amargura!

Pudiera decirse que la vida corre blandamente como la neblina á impulsos de una brisa caprichosa; pero que llegan horas en que la atmósfera se carga de electricidad, los vientos soplan con furor barriendo la haz de la tierra, los vapores se condensan y en choques violentos lanzan raudales de lluvia.

Si se prolongase uno de estos momentos en que el corazón lleno de amargura hace brotar el llanto y la mente lanza rayos de desesperación, la vida del hombre terminaria al momento.

Por eso el placer y el dolor son fugaces; tanto el uno como el otro acabarían con la vida del hombre si se prolongasen indefinidamente.

Si alguna vez, hijo mío, llegas a ser padre comprenderás, cuánto abruma el porvenir de un hijo.

Sabrás cuánto debes á tus padres y cuánto valen sus afanes y vigiliass.

Y si acaso, después de haber leído este escrito que trazo con los ojos anegados en lágrimas al pensar en tu suerte futura, llegas á tener al hijo de mi hijo entre tus brazos, al verlo llorar, piensa cuánto hemos sufrido tu madre y yo al ver tu primera lágrima.

1864.

FAVORES DE LA SUERTE.

Artículo que tengo el gusto de dedicarme, en prueba del cariño que me profeso.

Dicen que la suerte es ciega. No hay tal! Ve y ve más que un agiotista; quien tal diga tendrá que habérselas conmigo mano á mano. ¿Qué engañados están los que afirman que la tal señora concede sus favores á tontas y á locas. Locos y tontos los que se lo imaginan. Se necesita no saber dónde tiene uno las narices para decir tal disparate. Correré el riesgo de pasar por un bárbaro ante la opinión pública, puesto que desde el principio del mundo, ó algun tiempo después, pintan á la suerte con los ojos vendados; pero entonces diré lo que al tratar del amor decia Fray Gerundio:

“Y nada me importa á fe
Que pinten ciego á Cupido;
Lo será después que ha herido,
Pero antes de herir bien ve;
Y ve tanto el muy bribon,
Que el diablo del rapazuelo
A veces apunta al cielo
Y clava en el corazón.”

En lo que sí convengo, es en que tiene más caprichos que una mujer. No vemos diariamente que entre los muchos que uno cree superiores, nuestras prójimas escogen al más bienaventurado para hacerlo dueño de beneficios tales, que á las pocas semanas, si no se da un tiro el favorecido, se echa á descansar en un río bien profundo?

Ya oigo que me arguyen que si no es ciega la suerte ¿porqué un tonto nace rico ó rey? Y por qué de dos que van por un mismo camino y con iguales aptitudes tras de ella, al uno lo favorece hasta elevarlo y al otro le da contra el suelo de tal manera que no queda bueno ni para sastre? ¿Porqué un soldado valiente y desinteresado, si no muere queda olvidado, al paso que un farfullon que se esconde, á los pocos días viene á ser General? Vaya! vaya! eso prueba más lo que he dicho, y es que la suerte ve mucho y que es casquivana, caprichosa y coqueta. Y á la verdad, que lo digo por la imprenta para que vea que no le temo. Que haga conmigo lo que le dé la gana, que al fin todo es llover sobre mojado. ¿Con qué podrá amenazarme que yo no haya sufrido?

Por algun tiempo creí que le fuese indiferente, y que no se ocupase de mí la tal suerte ni aun para despreciarme; así era que pasaba mi vida como un ermitaño viejo, sin ambiciones y por consiguiente sin desengaños. Pero sucedió que el día ménos pensado se enamoró tambien de mí, y vino á mi puerta trayéndome el nombramiento para un empleo de buena dotacion, y conseguido sin intriguillas, padrinazgos ni bajezas; monedas que hay que pagar para conseguir cualquier cosa en este sentido.

Bueno, me dije, ya que esto me viene á las manos, no será malo aceptarlo, tanto más cuanto que hoy no hay otro medio de ganar algo sin trabajo alguno. Serví los primeros treinta días, contando hora por hora, minuto por minuto, y cuando llegó el último del mes corrí á la Tesorería con mi orden de pago; pero el Tesorero me dijo:

—Mi amigo, la suerte no lo favoreció en esta vez, porque ha llegado ya á lo último y no hay un centavo en caja.

Pero si hoy apenas es primero del mes, y ademas hasta ahora me dan la orden.

—Todo será, pero otros tuvieron la suerte de que primero que á usted les dieran sus órdenes, y así fué que tuve que pagarles.

—Y no hay esperanza?

—Nada. Mas esperanza tiene la República de que haya paz, que el Tesorero de tener con qué hacer sus gastos por ahora.

Salí de allí mohino y sin consuelo; pero la suerte me deparó á un negociante en papeles que me ofreció no sé qué por mi orden, y en el acto, sin vacilacion alguna, se la entregué.

La verdad sea dicha, este contratiempo no me afligió, y con poco ó mucho me fuí para mi casa llevando en fuertes lo que me dió el caritativo señor.

Contentos como unas pascuas mi esposa y yo al vernos con qué hacer semana, proyectamos para el domingo próximo un paseo á Fucha. Para darle más extension al plan, convidamos á las primas de mi mujer, que tienen para ese efecto la doble ventaja de ser muchas y muy bonitas.

Vino el domingo, y, oh dicha! estaba tan claro, alegre y brillante como un día de navidad. Qué cielo! qué nubes! qué brisas! qué todo! Ya me parecia estar á la orilla del río oyendo las murmuraciones de las aguas, que, como si fuesen mujeres, siempre van quejándose de su suerte. Creía oír el cuchicheo de las brisas con las hojas de los alisos; cuchicheo de comadres que se la pasan murmurando lo que sucede donde

el Cura, lo que adivinan donde el Alcalde, lo que malician donde la vecina, y lo que pasa en sus casas, á más no poder.

Al río! al río! era el grito que se oía por donde quiera á las nueve de la mañana. Convertida mi casa en cuartel general, se rebullian como en un hormiguero las lindas primas de mi señora, con sombreritos de terciopelo que apenas les cubrian las coronillas, ó con *jipijapa*, á medio agachar otras; éstas con saquitos rociados de negras y menudas cuentas; aquéllas con trajes angostos y sin *prensas*, y sobre todo, con lo que más les lucia y lo que más les abundaba, y eran sus *attachés* de repuesto, todos ellos almidonaditos, prensados, crespos y estirados. Algunos de ellos, para obsequiar á sus damas, habian buscado músicos de diversas clases, y aun se rugia por lo bajo, con sérios visos de ser verdad, que algunos de ellos habian contratado un refresco con los italianos para sorprendernos allá, cuando ménos lo pensásemos.

Aquí de Ricardo Silva, para que me describiera la marcha del ejército con todos sus pormenores.

Gritos de los muchachos, encontrones de las criadas, órdenes contrariadas, por ser muchos los jefes y pocos los que obedecian, era lo que por todas partes se oía.

Dado el último toque de marcha, el ejército empezó á desfilar, sirviendo de descubierta y vanguardia los muchachos, quienes llevaban vejigas para nadar, hondas y lazos. Seguía el grueso del ejército formado por las señoritas y *pepitos*, y uno que otro trasto viejo, de esos que asisten á tales refriegas, por ver si en las batallas de amor les toca algo del botín ó siquiera una mirada perdida, aunque les llegue ya sin fuerza y fria para alcanzar á formar contusion. Componíase la retaguardia de las criadas. Estas conducian en costales y canastas.... conducian, diré, las piezas de grueso calibre, por no decir que las ollas, vituallas, ropas para el baño y qué sé yo qué más. Mi esposa y yo completábamos la marcha como generales en jefe, con el objeto de cerrar el porton y asegurarnos de que nada se quedaba adentro olvidado. Por ayudante de órdenes teníamos á uno de los muchachos más inquietos y que montaba un palo con que molestaba al perro ó enredaba la falda á alguna criada.

¿Con qué orgullo veía yo que todo aquel ejército se habia formado por influencia mia, y que bajo mis órdenes habria de obrar en adelante!

Ya la descubierta habia cruzado la esquina, segun el itinerario trazado, y yo le daba el último empujon á la puerta para cerciorarme de que estaba bien cerrada, cuando un hombre se me acercó dándome un pliego cerrado en forma de oficio.

—Aunque me nombren Ministro Plenipotenciario *cerca* de la Gran Puerta, con ochenta millones de cequíes como renta diaria, no admitiria ahora, dije, é intenté guardar el pliego sin leerlo.

—Tenga la bondad de imponerse, dijo el hombre, porque importa. Desgarré, pues, la cubierta y todos me miraron, como para ver en mis ojos lo que yo hubiese de leer en el papel. Algo pasaria por mí, cuando contagió á todos los circunstantes, quienes pusieron la cara más afligida del mundo.

—Qué hay, mi hijo? me preguntó mi esposa llena de inquietud. Entonces yo, por toda contestacion, leí, despreciando título y preámbulo, la parte motiva de la nota, que decia así:

“En el sorteo que se verificó para miembros de los jurados electorales, resultó usted favorecido por la suerte para miembro del tercer jurado. Lo que comunico á usted &c.”

—Maldita sea mi suerte! iba á decir; pero temeroso de que me oye-

se el alguacil y la suerte tambien, me la tragué, contentándome con pujar.

El señor Alcalde lo está esperando, porque ya son las diez y media y no se ha reunido el Jurado por falta de usted.

—Pero él no va por allá; porque está muy enfermo y le hace daño aguantar, dijo mi mujer.

—Bueno, que no vaya, pero dará los cuarenta pesos de multa.

Este golpe dramático del alguacil nos hizo sufrir á todos. Cuarenta fuertes en estas alturas!...

Un golpe eléctrico no hubiera difundido con tanta celeridad el alarma.

—Es decir que ya no vamos, papasito? dijo llorando nuestro ayudante de órdenes.

—Esto no puede ser! decia otro, y así cada cual protestaba á su turno, aunque fuera mordiéndose los labios.

—Se nos hace tarde, señor, dijo el alguacil apurándose.

—Vamos, pues, contesté con resignacion. En tal caso, dije á los que cerca de mí se habian agrupado, váyanse ustedes, y cuando la eleccion termine, yo iré por allá á comer.

Así se hizo, y fuerza es decirlo, mi orgullo se sintió muy ajado al ver que todos marcharon tan contentos como si nada hubiera pasado de particular,

El baño á la sombra de los alisos, el baile en el llano, el refresco de los italianos, la comida en el suelo, los retozos, cantos, gritos y volatines, todo, todo, se perdió por solo un favor de la suerte!

Una vez reunido con los compañeros, que era uno un zapatero y el otro un sastre, me pusieron la vista para hacerme presidente como al más entendido en las leyes (que no he visto sino por el forro), y como el más aventajado en la política. Se instaló el Jurado, pues, y el pueblo soberano se agolpó á depositar su voto, con todo el entusiasmo de un pueblo yanke.

Pronto empezaron á animarse los grupos, y á la media hora, aquello parecia un mar irritado. La pequeña baranda que nos separaba del pueblo, empezó á traquear como tablado en fiestas, y el soldado que custodiaba la entrada, apenas podia tenerse de pié, amenazando con la bayoneta al que se aventurase á pasar sin su permiso.

Hay que advertir que los de mi partido, en virtud de cierta evolucion política efectuada poco hacia, habian olvidado sus diferencias, y por consiguiente en aquel dia, á fuerza de unirse no se entendian. Cada uno llevaba su lista y pretendia que aquella fuera la triunfante. Ya puede pues, figurarse el lector, cómo seria la lucha.

Un amigo con quien siempre he tenido las mejores relaciones, se me acercó y me dijo lo más paso posible:

—Mira: nos llevan ganada la eleccion los estudiantes y los soldados; toma estas boletas y al menor descuido *zámपालas* en la urna.

—No puedo.

—Porqué?

—Porque yo no me presto á tales cosas.

—Eso saca uno con poner en estos puestos de importancia á los tráfugas, empezó á gritar mi amigo en medio del tumulto. Cobardes, que el dia del peligro se esconden, mientras que uno va á los campos de batalla á atajar balas con el pecho. Y para admitir un empleo como ese que ejerce ahí ese miserable, dándose tono y mamándose el sueldo, para eso sí está listo. Mueran los tráfugas!

—Mueran! gritó el pueblo soberano.

Con multitud de dificultades continuó la eleccion. Un hombre, des-

pues de haber empleado más de una hora para escribir en el libro y poner su nombre, fué á echar un papel doblado que por su tamaño no era de polvos homeopáticos. Permitame usted, señor, le dije, y le quité el envoltorio. Oh! qué ingenio! Aquello parecia un terno de petacas de Fusagasugá. Diez boletas habia unas entre otras!

Corrido el sufragante por los denuestos de los unos, los silbos de los otros y la rechifla de los muchachos, salió á desahogar la cólera conmigo.

—Ya te conozco, pícaro, me dijo, mirándome de soslayo. Qué crees? Porque has robado harto en la guerra y á fuerza de matar has llegado á ese puesto, te la perdono? Mueran los asesinos!

—Mueran, gritaron unos. Vivan! gritaron los que me defendian.

En aquel momento en que me ahogaba entre una atmósfera que aumentaba en grados á medida que el líquido disminuía en las tiendas vecinas, pude pensar un instante en los que, ménos favorecidos que yo por la suerte, estaban bañándose unos, bailando otros, comiendo ó bebiendo los más y gozando todos. ¡Cómo se aviva y enriquece con colores risueños la imaginación ante un imposible! Nada es tan lindo como lo que no se conoce; nunca la mujer es tan bella como cuando está ausente!

—Vengo á votar, señor, me dijo un hombre vestido con una ruana muy grande.

—Cuál es su nombre, señor?

—Severo Malo.

—Convengo en que usted sea tan severo y tan malo como guste; pero su nombre no es ese. Yo lo conozco y sé que se llama Pablo Quinchua. Retírese usted, porque no le permito votar.

¡Sí! ¡sí! ¡sí! No! no! no! empezaron á gritar los de la barra. Si vota, yo juro que es Malo! Yo que es Chisgua, gritaba otro.

Aquel momento fué terrible! El baston del señor Alcalde apenas se alcanzaba á ver entre los garrotes, puñales y revólvers. Millares de cabezas iracundas se movian sobre aquel pequeño punto en que estaba yo. El náufrago en una tabla esperando una ola como una montaña, seria ménos desgraciado que yo en aquel instante. Los pocos soldados que defendian el puesto, iban perdiendo terreno y se replegaban hácia el centro.

Oh! qué horribles son las iras populares! A la urna! gritó un atrevido y á esta voz cayó la baranda que todavía nos favorecia algo. Entonces coloqué la caja sobre mi taburete, y me senté encima con la majestad de César en el Senado recibiendo las veintitres puñaladas, en tanto que mis compañeros se metian debajo de la mesa, á pesar de que yo les decia que no fueran cobardes.

Un soldado, fiel á la consigna, armó bayoneta y se colocó delante de mí para defenderme; pero el malo y severo le tomó el fusil, en tanto que aquel chasqueado del terno de boletas, le tiraba tal manazo, que lo hubiera partido, si no se hubiera agachado, casi al mismo tiempo en que yo caia despues de haber aprovechado en la cara el guanton errado al centinela. Favores de la suerte!

Arrojando sangre por cuatro sentidos, lo ménos, sentí que la boca, el carrillo y el ojo me crecian por pulgadas, por cuartas, por varas! ¡Ah mano grande! Aquello iba en proporcion geométrica, creciente, proporcional! Qué! mi cara iba á ser elevada á la última potencia sin remedio alguno.

Con paños de agua del caño, y de vinagre oloroso á tinta de zapatero, consiguieron reponerme algo y pude continuar allí para empezar el escrutinio. Como el zapatero y el sastre no habian manejado sino la

alesna y la aguja, tuve yo que llevar el registro, aunque con la boca hinchada y el ojo como haciendo puntería. Duró la operacion hasta las ocho de la noche, y despues de escribir registros, oficios y diligencias, pude retirarme á mi casa muerto de hambre, inválido y viendo candelillas. Con fatigas ó no fatigas, llegué al pié de Egipto, y allí golpeaba, cuando uno de mis hijos se me acercó diciéndome que en Fucha me esperaban porque estaban tan contentos que allá bailarían toda la noche en la venta de Tres-esquinas.

Habría roto la puerta con la cabeza si no la hubiera sentido como gallo con *morcillera*, tal fué mi cólera y desesperacion. Me dejé caer en el quicio y dije: de aquí no me muevo porque me estoy muriendo. Asustado mi hijo, salió á la carrera y se fué á avisar.

Las once serian cuando volví en mí, al oír los regaños de mi esposa, quien decía que bien hecho, y que ojalá hubiera sido más, por amigo de ir á buscar camorras, como si de la política hubiéramos de sacar algo.

En vista de lo ocurrido, quién se atreverá á decirme que la suerte es ciega? Si es cierto que no escoge víctima para divertirse, ¿porqué el guanton no le tocó á usted, señor lector, que quizá tendrá la cara más dura que la mía? Por qué en el transcurso de dos dias me hizo llegar tarde á la tesorería; me comprometió á costear un paseo para que se divirtieran otros; me eligió para jurado; me hizo esperar hasta que el alguacil me atrapara; hizo de modo que no hubiese otro para Presidente; me escogió la mesa donde más embriaguez política había, y donde había de sufrir las agonías de Cristo en el huerto, hasta echar sangre por boca y narices?

Y estemos en que no vale decir como Larra, que no apuntaba á carta alguna en cierto dia por no perder, ni enamoraba mujer porque no fuera á decirle que sí. Es que á la tal suerte, cuando se propone molestar, no vale escapar el cuerpo.

“ Ni vale decir yo evito
Los peligros y ocasiones,
Porque vienen á montones
En este mundo maldito.”

1869.

ME VOY DE BOGOTA.

—Hombre! Agustín, qué es eso? para dónde te vas? le dije á un antiguo conocido que había llegado la víspera, por primera vez á Bogotá. Y le hice tal pregunta, porque lo veía como si fuera de posta: en un caballo más flaco que los que alquila Osuna, con maleta al anca y un buen acopio de ruanas atado sobre *los cojinetes*.

—Para mi tierra, me contestó.

—Pero eso no puede ser, hombre! si ayer no más viniste; cómo quieres irte hoy?

—Sí, mi amigo, me voy de Bogotá! Ni un momento más aquí, y antes de que llegue mi arriero con las cargas, voy á que se vuelva del camino.

—Pero hombre! yo no acierto á explicarme esa aberración. Ya que llegas por primera vez....

—Con Bogotá me ha sucedido, me dijo como sonriendo, lo que sucede con las mujeres: nacido en una provincia, no ansié otra cosa que co-

nocer la capital, que me la figuraba en sueños más preciosa que la ciudad que vió San Juan, y apenas llegué, me recibió con un desengaño que me ha llegado hasta quién sabe dónde! Ah Bogotá! decía á cada instante, moviendo la cabeza.

Eso consistiría en....

—En qué? A nadie le ha sucedido lo que á mí. Llegué antier por la noche, y me desmonté en la primera casa de huéspedes que me indicaron; y, la verdad sea dicha, dormí tan tranquilo como quien ha quebrado. Muy temprano estuve en pié, eso sí, y no me había asomado á la puerta, cuando un zapatero, que de seguro madrugó más, me brindó unos botines que me venían como hechos á mi pié; sin regatear le di seis pesos por ellos, me los puse y me preparé para ir á conocer á Bogotá.

—Le advierto una cosa, me dijo á este tiempo la dueña de la casa, que se había entrado á mi cuarto para hacerme las amonestaciones necesarias: venga á horas de comer y dormir. Esta es la llave del cuarto; para cerrarlo no se necesita de ella, porque con solo ajustar queda cerrada la puerta, y tan segura, que aunque quisieran falsearla, no podrían.

—Mire! le dije yo, en eso no se parece á ustedes; pero ella, no dándose por entendida de la sátira, como si fuera Gobierno, siguió haciéndome advertencias, hasta que al fin me dejó en libertad de poderme salir á ver lo que tanto deseaba.

Cuando me vi en la calle empecé á caminar sin rumbo ninguno, y solo en leer letreros y ver casas preciosísimas, al lado de otras como las que ví en Tunja á la venida, se me pasó toda la mañana. Acordándome de la lista de recomendaciones que tenía, me puse á buscar la argentería que me encargó la sobrina del cura, y que, segun me dijo, es para hacerle un velo á la Virgen; el serrucho para el maestro Pablo, el sacristán; los zarcillos para mis hermanas, y en fin, tanto, tanto que me encargaron y que tenía que enviar con el peon, que debía irse pasado mañana, con las bestias y los encargos. Apenas asomé á la esquina de la plaza, me detuvo un muchacho diciéndome:

—Fósforos, mi amo, de cera y de palito.

—No compro, le dije, y seguí. No había vuelto la esquina, cuando me rodeó una nube de hombres con zamarros desde los piés hasta la cabeza. Por mi desgracia me detuve á verlos, y tanto me molestó un hombre, que tuve que comprárselos, más por salir de él, que porque yo los necesitase. Seguía mi camino preguntando por la tienda de don Justo, cuando acertó á pasar Ambrosio, á quien dí de comer en casa en la revolución pasada, y no queriendo hacerme el desconocido, le grité:

—Adios, mi doctor Ambrosio!

—Mire, me dijo cogiéndome de un brazo tan fuertemente, que por poco me hace gritar; entienda que yo no soy doctor, oyó? Soy simplemente Ambrosio Peláez.

Dicho esto, se fué dejándome sumido en serias reflexiones. Válgame Dios! pensaba, cómo estarán de desacreditados por acá los doctores, cuando ya es insulto llamar á uno así! Este hombre aínas me parte un brazo, y por allá en mi tierra se desviven todos por mandar á sus hijos para acá á que los hagan doctores, y fueran capaces de perdonarles el volver hechos burros, ántes que verlos llegar sin un título.

—Mi amo, un frenito, me dijo un herrero, como para despertarme.

—No compro, le contesté.

—Los de guardia, su excelencia! gritaron en un cuartel. Volví á mirar en el instante para ver cómo es una excelencia, y no la había distinguido todavía de entre la gente, lo que á veces es muy difícil, cuando sentí un golpe tal, por detras, que creí que me habían arrancado un cuadril. Volví

á mirar lleno de rabia, y era un burro con su carga de adobes que tambien venia por la misma calle, pero con la diferencia de que los unos gritan sin haber para qué, puesto que las excelencias son inofensivas y los borriqueros se callan, aunque vean que uno va á ser desbaratado. En todas éstas se me pasaba el tiempo, y yo no habia empezado á comprar mis encargos; me fui, pues, para la calle real y empecé á preguntar tienda por tienda por el serrucho, hasta que llegué á la otra punta, y no hubo quien me lo vendiera; entónces me volví preguntando por la argentería, hasta que por fin en una tienda la encontré, y como el hombre de los zamarros me seguia, se los pagué y me hice cargo de ellos. No era mi intencion sino la de comprar puramente mis encargos, y lo cierto fué que cuando ménos pensaba tenia un cerro de cosas sin las cuales no me resolvía á quedarme. Busqué un muchacho, lo cargué con todo, lo eché por delante y me fuí para mi posada.

A la média cuadra no más, encontré con un señor Alférez que tambien llegó á casa, no sé si victorioso ó derrotado, que por aquí todo puede ser igual cosa, y como allá me prometió tanto para cuando yo viniera, me detuve á saludarlo, pero sin atreverme á llamarlo sino con el *apodo* de caballero, no fuera á ser que se enojara como el doctor. Sin embargo, en ménos de nada me hizo saber que ya era Teniente; lo que me probó que la vergüenza es relativa: lo que para unos es oprobio, para otros es honra, y si no fuera así, no hubiera alguaciles, alcaldes cobradores, ni otros empleos de la laya.

Cuando volví á mirar al muchacho con los encargos, ya no lo ví; le pareció más fácil ir á su casa que á la mía, y con razon, porque yo mismo no sabia dónde era. Busca por aquí, busca por allí, y acaso pareció? Como una mula robada en fiestas, ni rastro dejó siquiera.

Cuando yo veo que una cosa no tiene remedio, procuro darle de mano, motivo por el que nunca me incomodo con una mujer que me diga: ya no lo quiero. Procuré buscar qué comer, pensando en que seria muy tarde para que la posadera me diera de almorzar, y resolví entrar á una tienda, á la que veia llegar muchos hombres. Me senté en un canapé sin animarme á decir que me dieran de almorzar, y á poco rato me trajeron un vaso con un manjar que no acerté á descifrar qué seria. Desde que tomé la cucharada y soplé (porque vi que lo acababan de sacar de una paila) empezaron á reirse los circunstantes. Entónces cojí la cuchara y me llené la boca con aquello, fuí á mascar y en el acto dí el grito más espantoso y dije la desvergüenza más grande. Boté el plato sobre la mesa, me cojí á dos manos la boca y salí á la calle á escupir, no las muelas, sino las moronas de las muelas, pues sentí que todas se me habian vuelto astillas. Todos salieron corriendo tras de mí y preguntándome qué me habia sucedido. Yo no hice sino abrir la boca y, como quien dice *ecce homo!* exclamé: hé ahí dónde tenia las muelas que se me han vuelto pedazos.

Era helado lo que habia comido!

Una general y estrepitosa carcajada me dejó tan corrido, que no supe lo que me decia la mujer, viendo que me iba sin pagarle el vaso y plato que habia roto al salir corriendo. Busqué la bolsa para pagarle y no la encontré; en la tienda donde habia comprado los encargos me la habian robado: eso era seguro, sin embargo, busqué entre todos los bolsillos y entónces; oh fortuna la mia! descubrí que hasta el pañuelo me lo habian robado. Le dije á la ventera que mandara conmigo á un muchacho y que de la posada le mandaria lo que estaba debiendo. Consintió en ello y nos fuimos.

Llegué á la casa á fuerza de preguntar, y cuando estuve en la puerta de mi cuarto empecé á empujarla y nada que se abria.

—Tendrá algun secreto? me decia el muchacho. Entónces apreté cuanto clavo tenia la puerta para ver si por fin se abria, pero nada; me separé un poco y me le fuí encima, pero nada! parecia de hierro, ni siquiera se movia.

—Oyendo tal, la señora vino á ver qué sucedia, y me encontró en semejantes apuros y muerto de rabia contra la seguridad de la puerta.

—Dónde está la llave? fué la pregunta con que contestó á todas mis iras.

—Luego no me dijo que no se necesitaba de ella? Ahí adentro sobre una mesa la dejé, y gracias á tal precaucion, que si nó tambien me la habrian robado.

—Jesus credo! ah hombre torpe! exclamó la señora. Pues no ve usted que para abrir sí se necesita de la llave? Ahora qué hacemos? Hábrá que romper la puerta, no hay remedio.

En ayunas como estaba y siendo ya medio dia; con la cabeza tonta, dolor en todas las muelas, que creí se me habian vuelto pedazos, el cuadril medio desprendido y el alma condenada ya de cóleras, no sabia ni dónde estaba parado; así fué que no supe á qué horas metieron á un muchacho por la ventana para que sacase la llave. Luego que estuvo abierto entré, me acosté y le dije á la señora: hágame usted el favor de mandar por mi mula ahora mismo porque esta tarde me voy.

—Bueno, contestó como alegrándose de salir de un hombre como yo.

A la média hora, en cuyo tiempo habian venido dos señoras más lujosas que yo á pedirme limosna, y cuarenta muchachos á ofrecerme fósforos, frenos, jabones, &c. &c, volvió el sirviente diciéndome que habian roto las paredes y robádose la mula. Figúrate, hombre! la mula que le compré al cura para venirme; figúrate cómo seria aquel animal; la mula del recreo del cura! Esto sí no puede ser, dije, y salí corriendo á buscar al Alcalde. En el camino dí un tropezon, y un botín sufrió tal avería, que tuve que arrancarle la suela, porque quedó como boca de dragon. Anduve média ciudad y no encontré Alcalde, porque creo que eso es escaso aquí, como cosa buena. Corrí, anduve y me desesperé, pero no encontré á quién dar las quejas. En todas estas diligencias me cogió la noche en la calle, y ¿podría llegar á casa? Si acaso! Sabes dónde pasé la noche? En los portales; ahí me sorprendió el dia en cuclillas, yerto de frio y con más hambre que un empleado en viérnes. A esas horas busqué un caballo de alquiler, fuí á la casa, ensillé, y miéntras que me despedia de la señora me robaron un estribo en el zaguán. Tuve que comprar estos de cuero que ves, y procurar salir ántes de que me roben á mí tambien. Figúrate cómo iré de aburrido: en un dia me metieron por las narices cuantos arretrancos y gruperas hubo, me brindaron cuantos zamarros y frenos hay; al volver de cada esquina, me detenia un muchacho con fósforos ó Tamayo con almanaques; pordioseros, vergonzantes, diablos, demonios, todos me conocian á leguas como si llevara letrero diciendo que no soy de aquí.

—Ahora, dime, ¿tengo razon para irme, ó nó? Yo no hice otra cosa que ladear la cabeza y extenderle la mano para despedirme.

Sólo falta que mi arriero me esté buscando aquí miéntras yo me voy á ver si lo encuentro en el camino.

—Si seria el tuyo al que ví esta mañana con dos mulas?

—Es caratoso? me preguntó.

—Sí, y la una mula es rucia y la otra baya.

—El mismo! gritó, y salió corriendo sin despedirse de mí, aquel pobre desesperado, á quien ya no le faltaba sino un punto para volverse loco.

Esto pasó hará unos cuatro años, y todavía me acuerdo de todo como si fuera hoy, tal fué la impresion que me causaron las desgracias de ese pobre forastero.

1859.

UN ROBADOR DE TIGRES.

Dedicado á mi amigo Demetrio Viana.

CUÁN deliciosa fué aquella comida!

El "Hotel del Universo" era por entónces un establecimiento de buen gusto, comodidad y lujo, y fué en uno de sus salones en donde nos congregamos cuatro amigos; á saber: José Manuel Lléras, Felipe F. Paúl, Diógenes Arrieta y el que esto escribe. De éstos, el primero nos dejó impensadamente; hoy, la eternidad lo guarda entre su seno, la gloria lo laurea y los que fuimos sus amigos lo lloramos.

A las seis y média de la tarde el salon brillaba con la luz que arrojaban las lámparas de gas y las bujías colocadas en candelabros de plata y cristal. En medio de vistosos floreros se levantaban fuentes con frutas ó helados, figuras fabricadas de almendras y transparentes alfeñiques. Las garrafas con los distintos licores y los grupos de vasos y copas, formaban por su parte tambien un juego de luces deslumbrador.

El buen humor, el chiste, la oportunidad brotaban espontáneamente de los labios con esa luz que da el talento cuando alumbrado por el vino se halla al abrigo de una franca y leal amistad. Improvisaba Lléras con tal facundia que parecia el arroyo que despeñado no puede contenerse; recitaba Arrieta sus bellas composiciones, ya eróticas, ya filosóficas y encantadoras. Paúl nos encantaba con su culta y amena conversacion, ora refiriéndonos episodios de viajes, ora contándonos alguna historia terrible de las que han sucedido en las inmensas soledades montañosas de Muzo ó en las desiertas playas del Magdalena.

Llegó la hora de servir el café y los habanos; ciertamente que aquél tenia un aroma, tenia un color, que tal parecia haber sido preparado para príncipes. El café es el complemento del vino, como la cultura es el complemento del talento para salir de la esfera de la vulgaridad.

Desde luego cada cual empezó á disertar acerca de las propiedades del café, y hubo quien recordara que en las monarquías europeas y asiáticas fué prohibido al principio de su introduccion, porque dizque producía ideas de libertad. En seguida se habló de la bondad del café de Colombia, y ya ponderaba el uno el de San Antonio y el de Guáduas, otro el de Chinácota y este el de la Costa. Paúl entónces para dirimir la cuestion dijo: yo aseguro que no hay uno superior, quizá ni el de Moka, al que se produce en Muzo.

—No sabíamos tal cosa, exclamaron Lléras y Arrieta.

—Eso consiste en que aquí no se tiene conocimiento de lo que es aquella region privilegiada. Allí la naturaleza es tan exuberante y feraz que se sobrepuja á sí misma. Deja de ser paradoja para convertirse en realidad lo que los labradores dicen y es, que cuando limpian la sementera, si vuelven á mirar la yerba que han botado hácia atras, ya la encuentran creciendo de nuevo. El café que aquella tierra privilegiada produce goza

de mayor precio en los mercados porque no tiene rival; el cacao, que hasta en las montañas se produce silvestre, es sin igual por lo oleaginoso, aromático y su exquisito sabor; el maíz se desarrolla con tal prontitud que pudiera decirse que se le ve crecer; frijoles hay que se cosechan á los cuarenta dias! El tabaco, la caña, la vainilla, no tienen semejantes; esto en cuanto á productos vegetales. Ahora, si alguno de ustedes quisiera saber la magnificencia de aquellas regiones, la pintaré en pocas palabras.

Diciendo esto, aspiró el humo de su cigarro, tomó un sorbo de café y despues de volver el humo con la voluptuosidad de un turco, buscó mejor posicion en su asiento y continuó.

Las inmensas é ignoradas soledades montañosas de Muzo lindan por el lado de "El otro Mundo" con el Magdalena, siendo hoy el único punto por donde el Estado de Boyacá puede abrir un camino que conduzca hácia aquella vía fluvial; por otro lado linda con el distrito de La Palma en Cundinamarca, y por otro con Coper y Maripí. En ese antro misterioso de selvas, hay árboles que podrian abrigar bajo sus ramas á un ejército y sus troncos no podrian ser abarcados por muchos hombres extendiendo sus brazos. La elevacion de algunos de ellos es tal, que se destacan como centinelas avanzados para husmear el peligro. En el corazon de esas montañas, en raras partes holladas por la planta humana, no se ha sentido más aliento de vida que el de sus fieras, sus reptiles, sus aves y sus insectos. No se ha oído más voz que la de las tempestades, la de las mismas fieras, el rugir del torrente, el canto de sus aves y el silencio de la soledad!

Allá vaguean en guerra constante el leon, el tigre, la danta y el marrano feroz; la serpiente traidora, desarrollada en magnitud inconcebible, como lazo artero, espera su presa para enredarla en sus anillos ó para despedazarla entre sus venenosos dientes; las aves de todas magnitudes, desde el buitre carnívor hasta el irisado colibrí, lanzan sus cantos, en forma de gemido las unas, de alegre cantinela las otras, al paso que sus plumajes de todos los colores imaginables, encantan la vista. Imposible que en parte alguna se encuentre una tan grande variedad de insectos como en aquellas regiones; ustedes conocen sus mariposas llamadas de Muzo y que son únicas en el mundo por su origen y su bellissimo color; el cielo reflejado en sus alas con sus caprichosos cambiantes, apenas podria servir de comparacion para describirlas. Los torrentes arrastran el oro en sus arenas, y las entrañas de la tierra guardan aprisionadas entre sus vetas tantas esmeraldas, como si la naturaleza al hacer á aquella region la única poseedora de tan preciosa piedra, hubiera previsto un depósito tal, que el mundo no agotara jamas. Las inmensas y profundas vetas corren por una cordillera hasta las bocas del Carare en el Magdalena, y por otra hasta los cerros de Subachoque en la sabana de Bogotá ó las cordilleras de Guáduas y Villeta.

Ahora pregunto: en dónde se halla un país más privilegiado por la naturaleza? Allí todo es grande: la tempestad que conmueve hasta las entrañas de la tierra, los huracanes que tronchan y abaten las montañas seculares; el reino animal en su grande é infinita variedad, y la majestad salvaje, en donde la naturaleza rinde culto á Dios sin profanacion de ningún ser humano.

—Bueno! exclamamos todos viendo que nuestro amigo daba su último sorbo de café.

El hombre tiene que participar allí evidentemente de la influencia de esa naturaleza salvaje y vigorosa. No es en las ciudades ni en los fastuosos salones en donde puede encontrarse al hombre primitivo que sufre los rigores de la naturaleza y domina á las fieras con las cuales vive

en perpetua lucha; no se educa al marino que ha de combatir con la tormenta en las lanchas de placer que cruzan los estanques artificiales de los parques ó en las azulosas aguas de los lagos de Suiza; es en el desierto, en la montaña y en el mar donde se aprende á desafiar el peligro pecho á pecho.

—Aquí está David, dijo señalándome, con quien viví en Muzo los tres primeros años de mi permanencia allí y quien tendrá la bondad de referirnos lo que sucedió en aquella época con unos tigres y un montañez, y que por cierto no carece de importancia.

No considerándome capaz de darle el interes conveniente á la historia, supliqué á mi amigo, en union de los compañeros, para que fuese él quien la refiriera, y en efecto accedió á ello y continuó así:

En aquellos tiempos habitaba en la montaña de Sorque un viejo leñador á quien llamaban ñor Jara y cuyo nombre bautismal nunca supimos.

Vivia en un rancho fabricado de bahareque cubierto de nacuma.* La puerta escuesta daba vista al interior, que no tenia más que lo puramente necesario para pasar la noche al abrigo y preparar un escaso alimento. Allí donde todo conspira contra el hombre, hay necesidad de tomar precauciones contra los enemigos. Una barbacoa de guadua servia de lecho, tres piedras hacian de fogon y el resto del menaje y los alimentos, tales como la carne de caza y las legumbres estaban colgadas del techo, en mochilas, para librarlas de las infatigables hormigas, de las impertinentes cucarachas y aun de las cazadoras y diminutas lagartijas, que buscan su presa entre los resquicios y el empajado.

Una hamaca ó chinchorro de cabuya, por último, pendia de una vigueta. El rancho, situado en una prominencia, estaba rodeado por un barbecho en donde se habia cosechado una sementera de maíz y en donde la maleza empezaba á enmontarse; en una de las quiebras corria un arroyo que volvía á esconderse rumoroso y despues seguía la montaña y nada más que la montaña con toda su vigorosa soledad, y hé ahí todo.

En una de sus escursiones, ñor Jara habia hallado una falda de monte apropiado para hacer una sementera, y efectivamente la desmontó é hizo su roza, en la que sembró maíz, yuca y ñame.

Llegado el tiempo de cuidarla de los animales dañinos, partió un dia muy temprano, precedido de un perro, su constante compañero, cargando á la espalda una hacha, y en la mano derecha un bordon de guayacan que en el extremo tenia un recaton de hierro, en el cual podia encabar, como se hace con las bayonetas, una lanza que llevaba á la cintura y que al mismo tiempo servia de cuchillo montés. En aquel dia extravió el sendero comun para ver si en la trampa habia caido algun venado, boruga ú otra presa, y con admiracion vió que el perro volvió asustado y buscando refugio entre sus piernas. Algo hay, pensó, y siguió con cautela.

Cuál seria su sorpresa cuando al dar unos pocos pasos más se halló al borde de una especie de nido formado en la hojarasca, en donde una tigre dormía amamantando á dos tigrecillos que con las manos oprimian el vientre de la madre?

Extático, paralizado, sin resuello, meditó un momento ante aquel peligro inminente.

Si retrocedo, pensó, me expongo á que se despierte y me ataque por la espalda. Qué hacer?

Son éstos los casos en que se prueba el valor del hombre. Cuando la muerte es irremediable, si falta valor y se le afronta y se le mide cara

* Hoja en forma de abanico de la cual se forman los hilos para hacer los sombreros (Orden de las "pandáceas").

á cara, puede decirse que hay grandeza de alma, que hay energía, y como dice Rafael Pombo:

No es en la paz donde el valor se prueba,
Ni al abrigo de sólida muralla,
Es en el campo atroz de la batalla
Do vale cada paso un corazon.

Qué hacer?

La tigre tenia la cabeza entre las dos manos, la barba pegada al suelo, en tanto que daba el vientre á sus chicuelos para que mamasen. Un ligero movimiento de la cola, como el de la serpiente que se solaza, indicaba el placer, ese placer inefable que debe tener toda madre que amamanta á su hijo con el jugo de su propia vida.

Volvió á mirar al perro, pues el menor resuello de él podia perderlos, y lo vió que, como si hubiese comprendido la inmensidad del peligro, estaba sin movimiento y como empotrado en el suelo.

Entonces tomó una resolucion y fué la de abrirle, como á Minerva, en dos partes la cabeza con el hacha. La descolgó pues de la espalda, la tomó á dos manos, calculó el golpe, contuvo el aliento, abrió tamaños ojos, la levantó en alto y... pum! hizo á nuestra espalda una botella de champaña que un criado acababa de destapar. Todos brincamos sobre nuestros asientos. Gritóle el uno, animal! el otro estúpido! y diablo! exclamé yo. Pero los vasos estaban servidos y hubimos de apurarlos.

—Pero qué hubo? preguntaron Arrieta y Lléras. Le abrió la cabeza ó nó?

—El golpe era decisivo, continuó Paúl, pero al caer el hacha con toda la pujanza de aquel hombre, un grueso bejuco se la detuvo y Jara quedó colgando!

—Se lo llevó el diablo! dijeron los demas. Pobre hombre!

La tigre despertó desde luego, y como no viese á nadie, pues el perro habia huido y Jara se alzó cuanto pudo prendido del hacha, intentó volver á echarse en su madriguera. Ah! pero no era lo peor la posicion de ñor Jara, sino que con el peso, el bejuco empezó á ceder y él á escurrirse poco á poco.

—Qué gustan los caballeros, tabacos ó cigarrillos? preguntó de nuevo el sirviente.

—Mire usted, le dijo Lléras tomándolo por un brazo y poniéndolo en la puerta; lo que queremos es que no vuelva más aquí, aunque se incendie la casa.

Quién habia de creer que Lléras profetizaba? Como todos saben, ese establecimiento se incendió poco despues.

La Providencia salvó por entonces á aquel infeliz, continuó el narrador. La tigre al fin abandonó á sus hijos y se internó en la montaña.

—Gracias á Dios!

—Resuello al fin!

—Pero qué creen ustedes que hizo ñor Jara entonces?

—Salir corriendo como un gamo, dijo Arrieta.

—Y meterse despues aunque fuera á las monjas para hacer penitencia, agregó Lléras.

—Pues ni una cosa ni otra, continuó Paúl. Cogió los tigrecillos, los echó entre el canto de una ruana que llevaba siempre en el hombro, y partió con ellos.

—Qué bruto! exclamó alguno.

—Es de advertir que estos animales, aunque recién nacidos, tienen

tal garganta y tal fortaleza de pulmones, que sus aullidos se oyen á grandes distancias en las montañas. Sintiéndose los chicuelos mal arrullados en el canto de la ruana de ñor Jara, aullaron á más no poder, y el bramido de la madre no tardó en oírse terrible y cada vez más cerca del testarudo montañez. Nuevos apuros.

Por esta vez resolvió dejar los tigrecillos al pié de un árbol enorme, seguro de que no se irían, puesto que aun no podían caminar, y él se trepó á lo más alto de las ramas. Cuando estuvo allá, cayó en la cuenta de que había quedado abajo su perro y empezó á bajarse para alzarlo. Ya no era tiempo; la tigre venía trochando la maleza en busca de sus hijos. Al olfatear el rastro del perro, lo persiguió y de un salto lo quebrantó con la garra y luego lo partió de una dentellada, no obstante los gritos que su amo daba para ahuyentar á la fiera. Esta en seguida tomó á uno de sus hijos con los dientes por la piel de la nuca y partió con él para su madriguera. Viendo tal nuestro hombre, y pensando en que se escapaba su presa, de la cual pensaba sacar algun provecho, resolvió bajar y disputarle á la fiera los tigrecillos.

—Pero cómo!

—Ese hombre estaba loco?

—Van ustedes á verlo. Bajó del árbol, enastó su lanza y llamó á la tigre con un grito. El animal paró y al ver á ñor Jara, soltó al hijo y se vino sobre su enemigo. Pronto estuvieron frente á frente, el uno con su lanza en ristre y la otra con las orejas pegadas hácia atras, los ojos centelleantes, el labio remangado y sus bigotes en movimiento.

Y hé aquí el momento decisivo.

—El señor Violet manda á preguntar si ya es hora del punch, dijo el criado en la puerta.

Creo que si no se pone en salvo el impertinente, criado lo despedazan entre Lléras y Arrieta, tal fué la furia que manifestaron.

Conociendo el anhelo con que esperábamos, continuó nuestro relator así:

Ustedes saben que el tigre es ménos valiente que alevoso, y que por lo general nunca ataca á su presa de frente, sino que deja que huya para atraparla de un salto por la nuca; de aquí el que el instinto haga que el ganado á su presencia forme un círculo en el cual encierra á los pequeños para poder dar la cara al traicionero enemigo que los rodea sin atreverseles. Cuando dos tigres celosos se encuentran, se agazapan moviendo las colas y atronando con sus rugidos los desiertos ó las montañas, pero sin atreverse á quitar la vista de la de su adversario, ni volver el primero la espalda, porque ¡ay del que huya! será despedazado sin remedio.

Urgida la tigre, afirmaba ya las cuatro patas agachándose para dar el salto, cuando ñor Jara le lanzó la ruana sobre la cabeza como á dos pasos de distancia. Al sentarse en los cuartos traseros para coger con las manos el trapo que se le botaba, el hombre, listo como un rayo, se botó encima y le atravesó el corazón de una lanzada. El movimiento brusco del animal, hizo retroceder al cazador y tambalear, pero en el acto volvió á ponerse en actitud de defensa.

Dos ó tres brincos dados hácia atras con presteza pusieron á salvo al cazador tras del grueso tronco de un árbol, y allí esperó al rugiente animal que empezó á dar vueltas al rededor hasta que por fin una última lanzada terminó por hacerle doblar jadeante. Despues en un movimiento convulsivo espiró arrojando por las heridas borbotes de sangre.

—Muchacho! Muchacho! ahora si trae mil ponches ardiendo! gritó José Manuel.

—Y mil diablos si quieres, ardiendo tambien, dijo Diógenes. Efectivamente, la ponchera alzó su llama azulosa y la conversacion se restableció en medio del buen humor más exquisito.

Despues de mil digresiones, chistes y ocurrencias, Paúl nos dijo á guisa de epilogo;

Ñor Jara en persona, y esto lo vimos David y yo, llevó el domingo siguiente al de esta cacería, sus dos tigrecitos al pueblo, en donde el cura los compró para mandarlos á la hacienda de Enrique Paris en Simijaca, y la piel de la tigre, de fondo amarillento y manchas negras, sirve aún de tapete á los piés de la cama de David, quien no me dejará mentir.

1879.

VAMOS A FIESTAS.

I.

EN aquel dia llevaba mi derrotero de Cipaquirá hácia La Mesa. Cuatro jornadas de los dias anteriores, unidas á la presente, me tenían rendido á más no poder, y por tanto, todo mi anhelo era el de llegar á la primera posada que en mi cansado camino encontrara.

Cambiando de posiciones sobre la montura y dejando caminar la bestia á su antojo, servíame de distraccion el contar las casitas que, como si fueran de un *pesebre*, se alzaban sobre las tendidas faldas del cerro, que á mi derecha iba sesgando el camino con ensenadas más ó ménos profundas. Las sementeras de maíz, trigo y cebada; los huertos sembrados de coles y cercados por cerezos y arbolocos; los ganados pastando aquí y allí, cuidados por algun muchacho que los manejaba á gritos para que no entrasen en las sementeras, que no tenían más cerca que el límite de ellas mismas; las mirlas anunciando la aproximacion de la noche con sus vuelos precipitados y cantos agudos; los últimos rayos solares alumbrando la cima del cerro, que medio verdegueaba, medio se doraba, segun que era más intensa la luz que lo bañaba, y lo especial de la hora, que por sí misma lleva tanto misterio, tanta melancolía, sobre todo en los campos, me llevaba tan distraido, que no noté que mi bestia apuraba el paso sin necesidad de que la espuela, la rienda ó el látigo la animaran.

Muy pronto penetramos en una arboleda que sirve de abrigo á un riachuelo. Despues de pasar por entre una garganta del cerro vecino, se viene el tal por entre las dehesas y sementeras y va seguramente, despues de una larga correría, á engrosar las aguas del Funza. Debo decir, en favor de él, que es de aguas claras hasta la diafanidad, manso (hasta la humildad, iba á decir, pero no sé si le convendrá este calificativo) y simpático hasta qué sé yo! Bello, verdaderamente bello me pareció el riachuelo que baja sin ruidos y sin estorbos por sobre gujarros menudos y amarillentos.

Acababa apenas de salir de entre los árboles, cuando ¡oh sorpresa! me hallé delante de una gran casa que en su portada principal mostraba este letrero: "Posada y potrero." De motu proprio, y sin indicacion de ninguna clase, se dirigió mi bestia hácia una enramada en donde ella sabia que debía parar para ser desensillada.

—Buenas noches, señor, dije á un hombre que al sentir las pisadas acababa de salir.

—Buenas noches, caballero.

—¿Tendrá usted la bondad de darme posada?

—Con mucho gusto. Siga para más adentro.

Notando mi huésped que pretendía quitar el freno y aflojar la cincha, me dijo con la mayor amabilidad:

—Ese no es oficio para usted; déjese de eso, que ahora vendrá un muchacho á desensillar. Entre y descansa.

Márcos! gritó inmediatamente, ven á desensillar esta bestia, dale de beber y que la manden al potrero.

Delante de aquella hermosa casa de aspecto tan lisongero, se ensancha más el camino hasta formar una plazoleta que en el frente está limitada por las cercas de cepos y algunos cedros y nogales; arbolones que levantan sus copudas ramas para dar más belleza al paisaje. Todavía están allá, cualquiera puede ir á convencerse.

A la hora en que llegué había allí en el camino unas cuantas yuntas de bueyes que al ser desuncidas tomaban lentamente camino hácia la vecina dehesa. Recuas de mulas revolcándose en el polvo; perros haciendo fiestas á los peones de la casa que acababan de llegar con los carros; la manada de ovejas balando incesantemente al ser conducidas por un muchacho á su corral; los gritos de éste, la orden de aquél, el chiste del de más allá, me llenaron de gozosa satisfacción y envidié más de una vez el poder disfrutar por el resto de mi existencia de la vida pacífica y tranquila del campo.

No era ménos activa la vida en el interior. Por lo que entónces ví á la média luz del crepúsculo, la casa, cerrada en cuadro y con espaciosos corredores, se agitaba constantemente en un tren de trabajo de todas clases. Por otra parte, la venta, que con dos enormes puertas daba vista hácia el camino, era á todas horas un centro que hormigueaba y atolondrabá con los tiples, cantos, gritos y conversaciones de los arrieros.

Con la mayor amabilidad del mundo fuí instalado en una pieza que servía de antesala á una alcoba en donde se veían dos camas y varios muebles. El abrigo, el aseo y la comodidad, hasta donde es posible en una posada, se obtenían allí sin la más leve dificultad. Qué ligereza en los criados! Qué amabilidad en los dueños! Qué oportunidad en el servicio!

—El caballero ha comido? Quiere que se le prepare *algo de sal* para con el chocolate, ó quiere cenar más tarde? Trátenos con confianza y mande lo que guste; está en su casa, dijo el mismo hombre á quien conocemos ya.

—Mil gracias por su bondad, le contesté; pero, si usted gusta, hágame preparar algo porque no he comido, y á la verdad, que apetito no me falta.

—Será servido, contestó, y en el acto trasmitió la orden á una criada que á su espalda esperaba.

Pocos momentos despues había oscurecido completamente y por tanto las luces no se hicieron esperar en la pieza.

—Y de dónde bueno? me preguntó mi interlocutor tomando puesto en un canapé en el cual medio me había tendido yo.

—De Santander; hace cuatro días que estoy caminando.

—Oiga! Y qué hay de bueno por allá? Dicen que aquello progresa mucho.

—Realmente, señor; ese Estado es uno de los mejor organizados y que más prometen, porque todo lo derivan de la paz y del trabajo.

—Es la verdad. Y para muy léjos cá?

—No, señor, iré á La Mesa y luego volveré hácia Bogotá, en donde vivo.

—De suerte que va á hallarse en las fiestas de julio?

—Sí, señor; segun se dice van á estar muy buenas.

—Ah! si cuentan y no acaban. Aquello será digno de verse.

—Y usted no piensa asomarse por allá?

—Déjese de eso! Aquí estamos en áscuas. Mañana nos iremos para Bogotá.

—Que me place! Ojalá yo pudiera serle útil en algo; pero de todos modos, allá tiene su casa y la persona.

—Muchísimas gracias. Allá nos veremos, confianza en Dios. He resuelto, ya que trabajo tanto aquí, ir á pasar con mi hija unas buenas fiestas en la capital. Todo no ha de ser rigor. No le parece?

—Exactamente.

—Y que luego viene la vejez con enfermedades.

—Sin duda.

—Y sobre todo, que mi hija disfrute de algo, ya que está moza y robusta.

—Por supuesto! muy bien pensado.

De cuarenta y cinco á cincuenta años tendría mi hombre. Rostro rubicundo, redondo y lleno; patillas medio canosas y el resto completamente afeitado, de suerte que podía verse sin dificultad la boca pequeña y la barba redonda y partida. Buen mozo sería en sus tiempos, cuando todavía conservaba gracia en su fisonomía. No eran muy negros sus ojos, pero sí expresivos. No sé qué gesto ó qué rasgo era lo que hacía que al verlo se tuviese confianza en él. Parecía todo un hombre de bien á carta cabal. De cuerpo alto y robusto, espaldas anchas y manos encañecidas por el trabajo, con alguno que otro accidente que no hará falta á la descripción, tal era el señor de quien hasta entónces no sabía ni el nombre.

El traje era como el de todos los hacendados y gentes de campo. Sombrero grande de paja, forrado en hule amarillo; chaqueta y pantalón de medio paño oscuro; ruana fina tejida en Guatavita y forrada en bayeta carmesí, y alpargatas atadas con ligas de seda roja. Creo que nada más se puede agregar ni quitar á mi retrato.

—La comida está en la mesa dijo una criada.

Sin esperar segunda orden nos dirigimos al comedor. Era esta una pieza confortable, con ventanas hácia un jardín. Al pié de las paredes había poyos de adobes cubiertos con colchones henchidos de paja que ablandaban el asiento, y en la pared, para que la tierra no ensuciara la ropa, habían simulado un friso de zaraza que daba vuelta á la pieza. Un poco más arriba se ostentaban unas cuantas láminas, pero en tal desorden colocadas, que era de ver cómo se entreveraban Mazepa y Matilde de las cruzadas, Napoleon y los retratos de los bobos de Bogotá.

Pero qué olorillo tan exquisito venia á alegrarme el espíritu? Qué había de ser? Pues la comida más sabrosita que pueda esperar á un hambriento viajero. Recuerdo la costilla de cordero asada; la gallina jugosa; el arroz seco que parecía unas flores; el pan blanco, hongo y fresco; un chocolate que resucitaba muertos con su aroma no más, y una agua delgada, fresca y pura como cristal; nada ménos que de la cogida en el río que ya he descrito y que pasaba á pocos pasos de la casa.

Mi huésped, por una especie de deferencia, tomó su refresco juntamente conmigo y aun no desdeñó alguna presa, ya de cordero, ya de gallina, que devoraba á mano y con el modo más provocativo que pueda verse.

Pasada nuestra cena, me arrellané contra un ángulo de la pared, en

cendí un tabaco y emprendimos nuestra conversacion de sobre-mesa. Desde luego que el asunto obligado fueron las fiestas de Bogotá.

Los programas, repartidos con profusion por todas las comarcas y hasta en los últimos rincones del Estado, habian dejado una huella profunda en los ánimos. No se hablaba sino de las carreras, de los disfraces, de lo bravío de los toros, del lujo que habria, de la mucha plata que correria y de qué sé yo cuántas cosas más.

Oh! unas fiestas en perspectiva para quien piensa tomar parte en ellas, son una gloria anticipada. Qué de diversiones tan sin obstáculo, qué de triunfos tan inesperados, qué dicha, Dios mio, qué dicha tan continuada y sin remordimientos!

—Mi amo Lucas, dijo un peon que llegó á la puerta, ¿traemos por la mañana la mula baya para los baúles? La *abispa* está medio rendida y esa mula es medio *chúcara* y puede botar por ahí la carga.

—Luego la *tumba-flores*, pues?

—En esa irá la otra carga de petacas; pero, y el *almofrej*?

—Mira, lo que has de hacer es echar la recogida mañana, y en tal caso se coge una de las ménos maltratadas y que vinieron del viaje esta semana. Pero ya sabes; ántes de amanecer están aquí con las bestias. Esta noche dejaremos liados los baúles y el almofrej, y ántes de las siete hemós de estar andando. Que le echen pasto al caballo de la pesebrera, y dile á los muchachos que cuando el *bueyero* alumbre sobre el cerro, ya han de éstar aquí con las bestias. Los aparejos están listos?

—Sí, mi amo.

—Las monturas?

—Tambien.

—El caballo para el niño?

—No está en la manga, pues?

Hasta llamarse Lucas ya sabia yo, pero de lo demas permanecia aún á oscuras. Qué carácter el nuestro: los mayores obsequios, las finas atenciones se hacen aquí tan solo por la linda cara que uno tenga, y muchas veces ni aun eso precede. Y sin embargo, suspiramos todavía por las costumbres extranjeras, en donde si no precede una presentacion, ahí se puede quedar cualquiera, que ni una ligera vénia le tributarán.

Poco tiempo despues fué llamado don Lucas, y para no dejarme solo me comprometió á que lo acompañase á la sala en donde estaban arreglando todo para el viaje. Lo primero que me llamó la atencion al presentarme en la puerta, fué la hija del patron de casa. Qué guapa chica! Habia sido criada á *toda leche*, segun me lo dijo el padre mismo despues. De cuerpo entero y bien modelada, jugaba con sus diez y seis años como si jamas hubiera sentido la vida. Garbosa en el andar, sin altanería, suave en sus modales sin fingida humildad, y hecha al trato social como educada en la corte, era de ver aquella figura que con profusa cabellera negra repartida en dos gruesas y largas trenzas, arreglaba todo y atendia al mismo tiempo á los cumplimientos que se le dirigian. Cualquier lector de los enamorados de los hoyuelos podia ir cayendo á su sabor, ya en los de los extremos de los labios, ya en el de la redonda barba, ya en los de los rollizos brazos, ya en los de los dedos de sus blandas manos, ya en qué sé yo cuáles más. Qué fisonomía tan expresiva! Riera ó no riera, siempre habia alegría en su cara ovalada, siempre amabilidad en sus labios pequeños y frescos, siempre expresion en sus ojos negros, redondos y abiertos. No digo, pues, qué era guapa la chica? De seguro que iba á hacer volver la boca agua en las fiestas á los aficionados, como se les vuelve á los bebedores al ver la copa en mano agena.

Pero yo no emprendo la descripcion de aquella sala en vísperas de

un viaje, y de viaje con mujeres, ménos. Qué! si aquí hay montones de ropa blanca; allá de trajes de distintas telas; por un lado cajas con peinados; por el otro cajillas con adornos. Sombreros de distintas clases, ropa de hombre, calzado, pañolones, cajas y cajetillas, envoltorios y enredos era lo que rodeaba por todas partes á Mercedes, que tal era el nombre de la hija del señor don Lucas. Esto, sin contar lo que para las petacas del fiambre habia destinado, ni lo que aún no se habia sacado para llenar el almofrej, que, estirado y abierto, esperaba cuanto en sus entrañas y esquinas quisieran echarle, pues sabido es que, como si fuera una conciencia, allí cabe todo! todo! todo!

Un niño como de diez años, llamado Francisco, hermano de Mercedes y única familia de don Lucas, armado de zamarros, animaba aquella escena, tan pronto pretendiendo ponerle un freno al perro para montar en él; tan pronto montando en una sillita, á la cual espoleaba y arriaba sin cesar; ya dando brincos por encima de los montones de ropa y baúles, ó volatines por sobre el almofrej. Qué brega aquella, señor!

Pronto me retiré á mi pieza, tanto para descansar como para no causar molestia, y allí fuí acompañado por el dueño de la casa. Decíame, en tanto que me arreglaban la cama con sábanas limpias, cobertores nuevos y almohadas con fundas de finos encajes, que su hija *estaba ya mandada apartar*, segun su propia expresion, y que en la Pascua de Noche-Buena se *feriaria* con un jóven hijo de un hacendado vecino suyo. No dejó de manifestarme lo contento que estaba por haber asegurado el porvenir de su hija con un hombre trabajador, honrado y de buena familia; y á fe que no le faltaba razon.

Congratulábame, pues, pensando en la felicidad de aquella casa, y aunque en la venta no cesaban los cantos y los tiples, poco á poco empecé á sentirme como arrullado entre mi abrigada y mullida cama, y al fin, sin saber á qué horas, dejó de conversar don Lucas, y quedé profundamente dormido.

II.

Apénas teñia la luz de la aurora, cuando desperté al ruido del trágin que habia por todas partes. El sonido acompasado del cernidor, el golpe del hacha sobre los troncos, el tropel de las bestias, las voces de los arrieros, el rodar de los carros, el mugido de los bueyes, el bramido de las vacas, el berrido de los terneros y el balar de las ovejas, formaban una especie de concierto que solo en el campo se puede disfrutar. Queriendo ser testigo de todo aquello, me levanté inmediatamente.

Cuán hermosa fué aquella mañana! La luz de la aurora bañaba el cielo y la tierra con aquel reflejo indefinible, con aquel sonreír celestial, pues tal se puede llamar ese lampo preciosísimo. Y qué brisas tan frescas, sutiles y perfumadas! Qué desconcierto tan agradable el que formaban los pájaros! Qué conjunto tan inefable el que se disfrutaba allí á la vista de las llanuras blanqueadas con la escarcha ó cubiertas con la niebla movediza. Preciosa estaba la mañana!

Apénas estuve levantado, me llamaron á tomar el desayuno, y en tónces pude fijarme en todo lo de aquella casa. Cuartos destinados para el amasijo; grades trojes y graneros colmados á la sazón de maíz y papas; piezas para la fabricacion de la chicha, otras para los arreos de las bestias y carros, y si usted, señor lector, hubiera asistido como yo en el momento en que una mujer llamaba á gritos á los animales para regarles maíz, habria visto las grandes manadas de gallinas, pavos, ganzos, patos y palomas que se disputaban el grano. Y que pasara cualquiera por gusto á la venta y veria cómo estaban en orden de batalla los enormes barriles que

gorgoriteaban sin cesar; cómo se ostentaban ufanas en largas pértigas las lonjas de marrano, cordero y res; cómo colgaban los rosarios de chorizos, manteca y longaniza; cómo, en fin, provocaban en botellones las mistelas de diferentes colores.

Debo advertir que una mujer cari-redonda y rubicunda como sol de cielo raso; gorda, maciza y corpulenta como si la hubieran cebado, pero amable y bondadosa como una Santa, era la que, acompañada de una india mocetona, asistía la tienda. Doña Jertrúdis, pues, humilde servidora de quienquiera que allí llegara, era la esposa del señor don Lucas, á quien encontramos en el patio haciendo cargar para despachar á los arrieros.

Cuando intenté dar la orden para que me trajesen la bestia, ya el patron la habia dado, y no así no más, sino que en compañía de las suyas las habia hecho ensillar, y dado orden de que les dieran un pienso en la pesebrera.

Pensábamos en montar, cuando penetró en un fogoso é inquieto alazan un jóven que en el acto que echó pié á tierra, fué recibido con muestras de júbilo y satisfaccion. Era nada ménos que el prometido de Mercedes, y á fe que ésta no tenia mal gusto, pues que era apuesto el mancebo.

Una revolución, un *mare magnum* fué aquella casa á la hora de montar. Todo se puso en movimiento: órdenes por aquí; gritos por allá, encargos por este lado, advertencias por el otro; todo era tropezones, carreras y afanes. Que se refundieron las llaves; que se perdieron los guantes; que el freno para esta bestia; que el pellon para aquella; que monten al niño para que no moleste la paciencia; que traigan el taburete para que monte Mercedes; que se eche esa niña la bendicion; y dále por aquí y dále por allá, en esas estuvimos hasta que por fin montamos.

Tuve la fortuna de acompañarlos un gran trecho de camino, durante el cual, cada vez que miraba á Mercedes más me gustaba. Una mujer hermosa, jóven y bien montada, es una de las figuras más enloquecedoras que tientan á los hombres. A mí, lo digo, me gustan mucho, para qué es negarlo? Ahora, piense usted de cómo iria de hueco el novio. Pocos hombres tan felices como él.

—Y, señor don Lucas, le dije: en cuánto estima usted ese bayo que traen del diestro?

—He estado dejando ir cuatrocientos pesos por él.

—Pues sí los vale.

—Como una torta un cuartillo. Ese caballo no solo es hermoso, sino que tiene más cualidades que pelos en el cuero.

Efectivamente, el tal caballo era de color bayo claro, crines y cola negras; ojo vivo é inquieto, nariz abierta, oreja pequeña, pecho ancho; cuartos largos y casco copudo y negro. Siete cuartas apenas mediria. Precioso era el animal.

Pocos minutos despues me separé de aquella familia con el pesar que naturalmente debia sentir al separarme de gentes tan estimables.

—Adios, pues, que gocen mucho en las fiestas!

—Hasta la vista! que llevé usted feliz viaje.

III.

La plaza de Bolívar habia sido transformada en un circo sevillano. Tres órdenes de palcos rodeaban el recinto, entapizado de arena amarillenta. Fuertes barreras, con sus correspondientes puertas, estrechaban

un poco más el espacio, pero no tanto que no dejasen por el frente un gran circo y por la espalda un trecho para los viandantes de á pié y de á caballo.

Tomado aquello á primer golpe de vista, tenia un aspecto deslumbrador. Flámulas y gallardetes coronaban de trecho en trecho los entablados, moviéndose incesantemente á los soplos de las brisas chanceras é inquietas; luego aquellas tres órdenes de palcos que, á manera de colmenas, apenas podian contener los millares de espectadores, palcos en los que se destacaban todos los colores imaginables en los adornos, colgaduras, banderas y trajes, trastornaban, por decirlo así, el juicio del espectador.

Primero los relojes de las dos torres y luego las sonoras campanas de la Catedral, tocaron las doce lentamente, y hé aquí la señal para empezar la fiesta.

Como brotados de la tierra se alzaron con estrépito centenares de cohetes, los músicos colmaron el espacio con alegres armonías, y las voces confusas se alzaron como en un vértigo general.

En la plaza, por fuera de las barreras y en las calles vecinas se agitaban en confuso movimiento los ginetes, los hombres, las mujeres, los niños, los animales.

De repente una cabalgata invadió la plaza, y los gritos, los cohetes y la música apenas formaban un ruido incomprensible.

Y qué aspecto tan indescifrable aquel! Manejando las señoras los más briosos y elegantes caballos, seguidas de la multitud de ginetes que las acompañaban, dieron varias vueltas al rededor de la plaza, dejando en pos como una huella de entusiasmo, de vanidad, de locura, de frenesí!

—Qué bayo tan lindo aquel! Qué bien enarca el cuello. Con qué elegancia saca las manos. Qué suavidad de movimientos! mira, no la bulle. Quién es ella, la que tan bien lo maneja?

—Es la hija de don Lucas Pérez, un hacendado de la Sabana.

—Barajo? parece una amazona. Y el diablo de la chica es graciosa como mandada hacer.

—Seguramente que ese es el más lindo caballo de estas fiestas.

De repente se notó un movimiento por el lado de la calle de Florian: las mujeres corrieron precipitadamente, los muchachos tomaron puestos en las barreras y los hombres se prepararon para esquivar el peligro.

—Los toros! Los toros! era lo que se oía en medio de silbos y gritos.

Efectivamente, unos doce de estos animales llegaron á la puerta en medio de ginetes y trataron de rechazarse. Con la cabeza inclinada y esquivando golpes, buscaban salidero alguno, hasta que al cabo el más audaz se avanzó dando ejemplo á los demas, que lo siguieron.

La música, las detonaciones, los gritos, las carreras, los silbos, los encuentros, los afanes, las imprecaciones, los temores, el entusiasmo formaron en aquel instante un mundo tan agitado desde los palcos hasta el último rincon, que aquello más parecia un sueño infernal que una realidad.

Luego que estuvieron los toros bravíos en el coso y los mansos apartados, empezaron á saltar al rededor de la estatua las tapas de la Champaña para las señoras, las botellas de brandy pasaron de mano en mano, el aguardiente corrió en totumas para el pueblo y hasta el pan volaba en gran profusion por los aires.

La hora de la locura habia llegado.

Un grito, un solo grito se oyó en toda la plaza, pero lanzado, por todos los pulmones y ayudados aquí por la alegría, allá por el temor, más allá por la desesperacion, Qué situaciones tan violentas!

Un enorme toro acababa de salir del coso y se dirigía al grupo en donde estaban las señoras.

La confusión y el desorden reinaron por un momento, pero antes de que todos hubiesen huido, el toro partió como un rayo sobre el caballo de Mercedes, á quien ya conocemos. Contra toda regla hizo partir su caballo en carrera directa. El golpe era seguro. Caballo y cabalgadora iban á rodar dentro de un instante.

Qué emociones tan terribles!

El toro por fin agacha la cerviz y alcanza á tocar con la frente el anca del caballo; pero cuando intenta repetir el golpe, la mano de un hombre que lo sigue tendido sobre las crines de su caballo, lo ase por la cola, avanza hácia adelante y con un impulso violento hace que aquella robusta fiera dé una vuelta sobre la arena.

Todas las manos batieron sus palmas, todas las voces ensalzaron, todos los ánimos volvieron en sí.

Cuando Mercedes, libre ya, quiere saber quién fué su salvador, halla que lo fué un jóven que no se le ha separado un instante y que ha sido quien más la ha obsequiado en el refresco. Pregunta á su padre por su novio, pero no lo hallan, porque se encuentra en medio de un grupo en el que están bebiendo hasta la ebriedad.

Don Lucas y su hija salen inmediatamente para su casa, pero Félix no los sigue. Algo pasó por aquellos dos corazones. El orgullo del padre está ofendido, el amor de la amante ajado y herido profundamente.

Qué de decepciones!

No obstante lo sucedido, don Lucas, sus hijos y Félix concurren á la corrida de toros de aquel día y tomaron puesto en un palco de tercera fila. Pudo la falta de Félix ser reprochable, pero confiado en la indulgencia de su amada y en el perdón de su futuro suegro, tomó asiento al lado de ellos.

Una de aquellas conversaciones indiferentes para los estraños, pero que por su misma futilidad encierran una amarga ironía, una reconven- cion ó un desprecio, pasaba entre los dos amantes cuando aparecieron dos jóvenes saludando respetuosamente.

—Mi amigo don Lucas, dijo uno de ellos; sabedor de que deseaba estrechar la mano de Carlos, salvador de la señorita, lo he traído para que ustedes lo conozcan.

—Fué el caballero quien con tanto brío y oportunidad coleó hoy al toro cuando mi hija.... Ah! si no hubiera sido por usted, caballero, dijo extendiéndole la mano, cómo me hallaría yo ahora mismo?

—Yo no hice, contestó Carlos con fingida humildad, sino lo que cualquiera en iguales circunstancias habria ejecutado. No soy acreedor á nada.

—Cómo nó! dijo Mercedes enrojándose: debo á usted la vida.

Carlos se inclinó y Félix palideció como si hubiese recibido una herida profunda.

Relacionados estos dos jóvenes de antemano con Félix, estrecharon desde entónces más y más su amistad, de tal suerte que no volvieron á separarse. Bajaron de allí todos tres, y luego que tomaron en deliciosa conversacion varios tragos de brandy en uno de esos establecimientos de los portales, pidieron cada cual dos botellas de Champagne, se proveyeron de copas y se fueron para el palco de don Lucas.

Aquella tarde fué, pues, un delirio. La fiesta se redujo á ese solo punto, y para no dejar apagar el entusiasmo, los jóvenes solicitaron un comedor separado, y á las seis todos se sentaban á la mesa de uno de los hoteles vecinos.

La mesa no dejaba qué desear: luz á torrentes, flores en pro-

fusión, servicio escogido entre la más fina cristalería y porcelana, criados diligentes, manjares exquisitos y licores en abundancia. Aquello vino á ser á pocas vueltas el delirio más embriagador. Seguramente que las más finas atenciones eran hechas á Mercedes como reina de la fiesta; pero los más expresivos agradecimientos á Carlos por su heroica accion.

A las ocho de la noche todas las lenguas se habian soltado, todos los corazones se habian expandido, todas las audacias se habian puesto en juego, y todos los secretos se habian revelado. Si Mercedes no hubiese maliciado ya la tendencia de Carlos, lo habria sabido en más de una ocasion en que con frases apasionadas le confesó que por más que ella le debiera la vida, la suya dependia de una palabra de consuelo ó de desprecio. Sin embargo, preciso es confesar que el corazon de Mercedes, poco hecho á esta clase de luchas, se estremecía á la sola idea de cometerle la más ligera infidelidad á Félix.

A las nueve salieron de allí, pero antes enviaron para la casa al niño, quien habia caído como privado en fuerza del vino que le hicieron beber.

En tanto que descenden la escalera, diré que Carlos era un jóven disipado, heredero de un gran capital que dilapidaba en aventuras más ó ménos audaces. El otro era uno de tantos compañeros que para ayudantes de esos Lavalaces arroja la sociedad; por desgracia llenos de prendas muchos de ellos, para ser hombres de bien.

La plaza presentaba un aspecto verdaderamente veneciano. Millares de luces de diversos colores, fogatas debajo de los palcos, en donde las cantinas ofrecian cuanto se apeteciera; cantos populares, músicas, gritos y voces confusas colmaban el ámbito y alegraban el corazon.

Nuestros fiesteros, despues de haber visto la ascension de varios globos, los fuegos artificiales, y toro encandelillado, empezaron á recorrer las mesas de juego que en la plaza ó en los alares pululaban. Cachimonas, loterías, blancas y coloradas, rueda de la fortuna, roletas, bisbises, pasadiez y muchos otros juegos absorbían á las gentes que llevan sus ahorros, seducidos por el *quizá* que la fortuna instable presenta. El artesano, el sirviente, la criada, el estudiante, el niño, todos se retiran con sus monedas de ménos y con una amargura más en el corazon.

Paseando por aquí y por allí, entraron en una de esas grandes casas de juego. Salones espaciosos con grandes mesas de monte de dado, en donde al frente de cada tallador se ven los montones de pesos, onzas, condores y billetes; las roletas en que se alzan ó mueren fortunas enteras; mesas de dado corrido y al lado las cantinas colmadas de licores, y concenas listas; gentes de todas las clases que entran y salen en confuso movimiento; hé aquí lo que se ve en una de esas casas. Lo que no se ve solo está en el corazon y en la conciencia de cada cual.

Carlos, que no deseaba la ocasion de obsequiar á sus compañeros, los invitó á entrar en una cantina é hizo servir unas copas de ese licor que llaman pus café y que en verdad es la mielecita aguardientosa más irritante y embriagadora que se conoce.

Allí halló don Lucas á unos cuantos amigos suyos que le propusieron que rifase su caballo bayo en el precio que quisiese.

Con trabajo cedió á las instancias y convinieron en que á las diez se reunirían en una casa de juego. Allí no más se arreglaron los puestos y á poco partieron todos para la casa á acompañar á Mercedes y volver con don Lucas.

Una mesa forrada en paño verde, unos cuantos tarros para arrojar por entre ellos los dados, algunas bujías y granos de maíz, era lo que habia preparado para los tahures. Con una puntualidad que raya en lo

límites de lo exagerado, concurrieron los doce amigos, que iban cada cual á ver cómo descamisaba al otro.

En condores y billetes consignaron todos sus puestos en manos de don Lucas hasta completar seiscientos pesos fuertes, precio en que se avaluó el caballo. Desde luego que don Lucas, Félix y Carlos tomaron cada cual su puesto.

Al cuarto de hora habia perdido el dueño del caballo su puesto, habia comprado otros y debia una gran suma de dinero. A fuerza de perseverancia y de arriesgar sumas, logró al fin quedarse con todos los granos, pero cuando se llamó á rifa habia perdido el dinero de los puestos y debia á todos, poco más ó ménos, pero á todos debia. Como dos mil pesos le costaba el caballo.

No le fué difícil conseguir el dinero que pidió, pues sabido es que para jugar cualquiera da cuanto tenga. Pusieron un fondo de doscientos pesos cada uno y continuó el juego, que más se animaba, cuanto más brandy traía el fondista siempre que le pedian.

Dejemos este lugar siniestro, en que el mundo se reduce á una mesa, la felicidad á la vuelta de un dado, la desgracia al dinero en mano agena, y en donde las pasiones se exageran y los afectos más puros se olvidan.

Las dos de la mañana serian cuando una banda de música tocaba al pié de la ventana. La serenata más pomposa se daba en honor de la bella Mercedes á tiempo en que ella esperaba inútilmente á su padre. Llena de agradecimiento á Félix, pues no dudaba de que él seria el de aquel obsequio, se arrimó á la ventana, y por entre un resquicio lo buscó entre los acompañantes, y tuvo la pena de no ver sino á Carlos y su compañero, quienes daban brandy á los músicos en un intermedio. Un profundo suspiro conmovió su pecho y acaso alguna lágrima humedeció en medio de la oscuridad sus sedosas pestañas.

La música continuó dejándole en el alma un cúmulo de sentimientos encontrados que le agitaron constantemente, hasta que casi al venir el día se rindió al sueño, que en el resto de la noche habia huido.

A las nueve de la mañana, cuando despertó, preguntó por su padre y le dijeron los criados que no habia venido; preguntó si Félix habia ido ó mandado algun recado, y le dijeron que nó, y solo una criada, arrimándose con mucho misterio, le entregó un billete perfumado. Lo abrió temblando y en él le hacia Carlos la declaratoria más esplicita y fogosa de su amor. Decíala que uniera su suerte á la de él y que seria su esclavo por toda la vida; pero que si llegaba á obtener una negativa, le daría su sentencia de muerte.

A las once llegó don Lucas con un mal humor inusitado en él, y aunque le pusieron el almuerzo, apenas lo tocó. Pidió las llaves de los baúles, sacó algo que guardó, y sin decir una palabra volvió á salir dejando á sus hijos sumidos en un mar de dudas y desconsuelos. Únicamente dijo al salir á uno de los criados que si Félix mandaba por el caballo se lo entregaran y que nadie saliera de la casa sin orden suya.

Poco despues empezaron á pasar por las calles los tropeles de gente á caballo y muchos de ellos con disfraces preciosísimos. En aquel día eran alféreces los franceses y demas extranjeros, y, segun los programas repartidos, habria en los encierros disfraces, magníficos refrescos, licores para el pueblo y arrojarían una gran suma de dinero. Habria apuestas de carreras de niños montados en burros, de hombres insaculados hasta el cuello; habria varas de premios y cilindros enjabonados y movedizos para caminar por sobre ellos; marranos afeitados y untados de jabon y sebo para soltarlos entre la multitud con el objeto de regalarlos á quien pudiese cogerlos. Mascaradas de á pié y carros con alusiones ridículas recorrían

las calles y plaza. Anuncióse para la tarde un magnífico despejo y toros con enjalma y jaquimon cubiertos de dinero, y por último, como un gran golpe, se anunció que un frances, vestido como chulo español, mataría con una espada al toro más bravo en la mitad de la plaza, esperándolo á pié firme. Todo esto y mucho más se habia anunciado, sin contar lo que en la noche se exhibiria.

Ahora, lector de mi alma, imaginaos qué seria en estas alturas de Mercedes y Francisquito. Era imposible que la pobre jóven dejase de devanarse los sesos pensando en su novio entibado, en su nuevo amante tan fino, en su padre tan mudado, en lo esplendoroso de la fiesta en... malditas las fiestas cuando ponen al más santo en tales conflictos. Aturdíase y cuasi brotaba ya la fuente del llanto, cuando llegó un criado de donde Félix. Gracias á Dios! exclamó interiormente, y pensó en que todo se remediaria.

—Qué hay? Qué me mandó decir? preguntó con ansiedad.

—Nada, mi señora. Desde ayer que salió no habia vuelto hasta ahora, y únicamente me dijo que viniera por el caballo bayo de mi amo Lucas.

Como herida, fué á dar sobre un sofá, ocultando la cabeza entre ambas manos. No le fué posible ya, por más esfuerzos que hizo, contener el llanto, y empezó á derramarlo á torrentes. Su hermanito, abrazándola, lloró tambien inconsolablemente, y los criados acudieron sin demora á tratar de consolarlos.

Este grupo desconsolador fué sorprendido por Carlos, quien, sin hacerse anunciar, penetró hasta la sala. Ya debe suponerse que él tuvo consuelos para todos, y que con la celeridad más grande mandó á donde don Lucas á suplicarle que permitiese salir á sus hijos á ver los encierros, y que si él lo permitia y no desconfiaba, se haria cargo de llevarlos.

Cuando el criado llegó á la mesa de juego, el amo habia perdido un caudal y acababa de firmar una obligacion por una suma cuantiosísima. Recibió, pues, al criado con dos piedras en las manos, y, por último, dijo, que hicieran lo que quisieran, pero que no volvieran á molestarlo. El afecto de padre se habia consumido entre la llama abrasadora del juego!

Ante este resultado, Mercedes se contristó, pero no se atrevió á dar un paso fuera de su casa. No habia nacido ella para la perdicion y ni aún siquiera podia imaginarse que mientras más ricas son las redes que se les tienden, más segura es la caída. Resistia, pues, á las instancias que Carlos le hacia para que concurriesen á la fiesta, cuando, por un accidente cualquiera, abrió uno de los baules y notó que todo el dinero que su padre habia traído ya no estaba allí; abrió otro y, oh sorpresa! todas sus joyas habian desaparecido.

Ahorraré detalles para dar conclusion á esto; hay descripciones que ni la pluma más audaz se atreve á bosquejar siquiera.

Delirio, locura, ebriedad, sí, así está bien dicho, era lo que habia en tantos millares de seres como pululaban hacinados, unidos, compactos en aquel circo.

Del lado del Capitolio y en un palco de primera fila habia unos cuantos hombres tocando tiple y cantando bambucos con la propiedad más grande. El champagne y el brandi corrian con profusion, y se rendían obsequios á la que en aquel corto espacio hacia de reina. El cetro de la virtud y la corona de la inocencia estaban al caer para ser cambiados por lo que la corrupcion da á quienes ella llama reinas! Sarcasmo inicuo, irricion infernal!

Qué es del padre que no corre á salvar á su hija? Qué es del prometido que no vela por su futura?

La atención general se fija sobre aquel palco en que Carlos, Mercedes, su hermanito y todos los amigos del obsequiante hacen subir el entusiasmo hasta la locura. Llega al pie Félix ignorando qué hubiese allí, y se queda como petrificado ante aquel grupo. La embriaguez que desde el día anterior lo había acompañado, desapareció instantáneamente, y ante la luz de la razón pudo medir todo su infortunio. Lanza en medio de su estupor una mirada á Mercedes, pero ésta, ofendida, lo mira con desprecio y vuelve á tomar un vaso de licor que Carlos le brinda en aquel momento.

Como loco pica el caballo y va á llenarse, así materialmente, de brandi. Entra luego en la plaza, en donde á la sazón juegan uno de los más violentos toros criados en las pantanosas dehesas de la Conejera, y con un rejon en la mano llama á la fiera, que parte sobre el jinete como un rayo. Aquel robusto joven, acostumbrado á tales lances, clava en la cerviz la pua, afianza el cuerpo sobre el hasta, mueve la rienda hácia la izquierda y haciendo un impulso vigoroso hace bramar al animal y lo retira lejos de sí con violencia.

Un aplauso general coronó tan bello éxito.

Fascinado con tan sencillo triunfo para él, coloca el rejon sobre el asiento de la montura y corre el ámbito de la plaza en aquel tan gallardo animal, como desafiando á quien crea que pueda aventajarle en audacia, valor y destreza. Al pasar por enfrente del palco en que se halla Mercedes, ni aún siquiera vuelve á mirar, como para despreciar á quien ya no merece su cariño.

No contento con este triunfo, deja el rejon y busca una ruana con qué llamar de nuevo al toro.

Nótase en estos animales la antipatía que suelen tener por ciertos caballos, toreadores ó jinetes. Posible es que les hiera la voz de quien los llame ú ofenda la vista de determinados objetos.

Apénas le había dado el primer grito Félix al toro, que se había estacionado en frente del coso, cuando volvió á partir; pero el toreador ducho en estos oficios, le arrojó la punta de la ruana por los ojos y sin dar tiempo de herir volvió su caballo dejando al toro burlado. Se arroja nuevamente la fiera, vuelve á ser burlada, pero en una de esas revueltas que con tanta agilidad daba el caballo cediendo listo al impulso de la rienda, pisa con la pata derecha la punta del bayeton, da un traspié y antes de que pueda obedecer á la espuela es herido en los hijares por aquel rabioso toro. Lánzase luego sobre caballo y jinete, quien desgraciadamente cae debajo sin poderse mover, y trata de acabar con él.

Un grito de horror se oyó en toda la extension.

Saltan los toreadores de á pie para llamar la atención del toro, lanzan los de á caballo sus rejos para enlazarlo, pero aquel animal furioso no se aparta hasta no rendir á su adversario.

El caballo espira arrojando las entrañas entre torrentes de sangre, y al jinete lo levantan sin señales de vida.

IV.

Aquellos hombres no han querido tomar alimento. La noche concluyó, vino el día, va ya corrida más de la mitad de él, y sin embargo ninguno, á excepcion de cortos intervalos, ha querido moverse de su puesto. Algunos de estos hay que reniegan como no lo harán los réprobos; otros, achacando su mala suerte á los dados, los muerden, los arrojan ó los vuelven pedazos; éste, más iracundo, se castiga cuando pierde, poniendo los dedos en la llama de la vela hasta hacerlos chirriar; y otros, y de éstos, resultó ser don Lucas, son poseidos de una estoicidad que admira. Para

el era lo mismo perder una de sus haciendas en una parada, que ganar en otra una gran casa en Bogotá. Esto no puede atribuirse sino á un ebrietamiento deplorable producido por el juego y el licor.

Acaba don Lucas de tomarse un gran vaso de vino, cuando llega, temeroso ya, uno de sus criados á decirle que el toro mató su caballo y que á Félix lo ha dejado sin esperanza de vida.

— Mas se perdió en el diluvio, contesta, y apuesta con la mayor sangre fría en una parada su hacienda en tierra caliente contra una de las que ya había perdido en la sabana.

Y ni aún siquiera pregunta por sus hijos!.....

V.

Dos días han pasado ya, y don Lucas, como un loco, pregunta á todos por su hija, sin pensar en que con aquello está contando al público su infamia. Unos le dicen que es probable que esté en una quinta situada en los alrededores; otros que lo probable es que esté en una casa que para tal objeto se tomó hace cuatro días; otros que es inútil buscarla ya porque ha partido con su seductor.

Averiguando por Félix, sabe que la familia lo ha llevado para su casa despues de haber perdido cuantiosas sumas y de haber malbaratado su existencia, pues acaso quedaria inútil para siempre.

Reducido á la mendicidad, vuelve á su casa con su hijito á entregarle todo á sus acreedores, á quienes había firmado obligaciones.

Aquel lugar apacible que hemos visto, teatro de su felicidad, fuente de sus comodidades y cuna de sus hijos, pasará á otras manos; y ni aún las lágrimas de su esposa serán bastante á arrancarla ya de las manos de los que por medios reprobados la robaron en el juego.

Y la joya más preciada, el orgullo de los padres, la hija inocente y buena, perdida también en manos de un seductor que la ha infamado!... Oh! Este es el colmo de la desgracia y la suprema infelicidad para una madre.

El juego.

La embriaguez.

La corrupcion de la inocencia.

La estafa.

La perversion de costumbres.

La deshonra de las familias.

Y la miseria hasta la degradacion, son los resultados con que pueden lisonjearse quienes, por el interes de un miserable lucro, exponen al pueblo á tan terribles consecuencias.

1874.

EL MAESTRO JULIAN.

He cogido entre manos en esta semana cierto tipo que me está haciendo cosquillas, y que por cierto, para solaz mio, y no sé si para el de mis lectores, no lo dejaré en el olvido.

El maestro Julian vive aquí no mas, á la vuelta de la esquina, y sin que yo dé más señas, bien puede cualquiera dar con él aunque no sepa dónde vive; pues tan popular así es. Y no vaya usted á averiguar su edad ni su procedencia. Nadie las sabe. Viejos ochentones hay que dicen que cuando ellos iban á la escuela, ya el maestro estaba tal como hoy, y

siempre viviendo en la misma tienda que hoy posee; así es que no se le puede concebir sin su tienda, ni ésta sin él, pudiéndose decir que son uno solo, sin que se pueda asegurar cuál de los dos fué hecho para el otro.

Este fósil viviente, y que parece un san Cristóbal de escalera, tiene allí en una especie de agujero su taller y establecimiento de cuanto usted quiera. Escuela de ambos sexos, sastrería, barbería, zapatería y despacho de correspondencia epistolar; todo se encuentra allí. ¿Quiere usted que le hagan una trampa? Pues no necesita ir en busca de un agente eleccionario porque él se la hace de número cuatro, y tan sutil que si se escapa queda al probarla debajo de ella, lo que no es muy extraño que suceda á quien tiene tal oficio. ¿Necesita un escrito de los de *ante usted represento y digo*? Déjese usted de buscar abogado, que le pide un sentido y no le hace cosa que sirva; el maestro sabe todas esas fórmulas tan necesarias que no dicen nada, y sobre todo, le llevará muy poco por su trabajo. Además, allí, y sólo allí pueden hacerle calzones de *tapabalazo* y *fundillo*, tan escasos hoy, le trabajan un documento de debo y pagaré con cuantos amarradijos quiera usted para que el deudor no se le escape, aunque no tenga con que pagarle; quitan manchas á la ropa de paño que no las tenga; le *embolan* sus botas con betun fabricado de humo de papel y panela, le remiendan cuanto tenga roto, se comprometen á cuanto usted quiera, y por último, le escriben cartas de amores para cualquier situacion en que éstos se encuentren. Ya usted ve, señor lector, que un establecimiento de éstos no en todas partes se halla.

Sin embargo, todo esto se podría hacer allí sin grande inconveniente; pero lo que no se concibe sin hacerse uno cruces es cómo el maestro Julian hace allí los oficios de casado, cuando conozco cónyuges que por no poder vivir estrechamente se han separado. Y no hay remedio: la pobre vieja su esposa, aunque no es creíble, desempeña allí todas las funciones de su ministerio con la gravedad que tan acucioso marido exige.

No se crea que esto es chanza: no, señores, la tienda es tan pequeña que apenas tendrá cuatro varas por lado. Desde la puerta, que está en un ángulo, hay una banca de madera en que se sientan los muchacos y que da hasta la pared de enfrente; allí hay una mesa donde están los útiles de la escuela y donde se cortan las obras de sastrería y se hace todo aquello para lo cual hay necesidad de algun apoyo. Terminada esta mesa hay una puertecita fracturada en un tabique, detras del cual hay un callejon angosto como un ataúd y donde está una cama en que no cabe sino una sola persona; así es que no se sabe cómo se acuestan ahí marido y mujer; á no ser que sea de medio lado con peligro, eso sí, de quedar prensados y cuadrados como tabaco guaduero. Razon más en mi favor para preguntarme cómo podrán vivir allí dos casados. Al pié de la otra pared hay otra banca y en el rincon está la hornilla donde se desempeñan todos los oficios de cocina; siendo de advertir que el menaje está colgado en la pared, encontrándose además allí un cuerno que no me acuerdo qué aplicacion tiene. Las láminas, las pinturas y el reja para castigar á los niños, completan el adorno de las paredes. Por último, en medio de la pieza hay una mesita y una silleta que despues sabrá el lector para qué son, y si algo se me olvida, súplanlo, que no todo lo he de decir yo.

Y cómo le cae qué hacer! Indudablemente el oficio que más dinero le ha dejado es el de la fabricacion de cartas de amores. Y si no, por aquí no mas juzguen. En cierta casa hay una sirvienta que han criado desde pequeña; llega á la edad en que los carrillos se le colorean á la vista de un hombre y el corazoncito se le inquieta con un *negros tienes los ojos*. A la sazón un zapatero dandi (que tambien los hay zapateros) apuesta á chicolearle cada vez que pasa por su puerta, hasta que por fin estas dos

almas se comprenden dejándose llevar de esa pasion que los devora. La muchacha se tarda en el mandado; ya no quiere sino estar en la calle; se peina como la señora y alza la voz cuando la reprenden. ¿Qué hace un hombre al ver que una persona sufre así por un amor inocente? Va donde el maestro Julian y le encarga una carta en que le hable del porvenir dichoso y la tranquilidad imperturbable; de la inocencia de su amor y de lo mucho que sufren dos almas ausentes. Y como quiera que el maestro sabe tanto de esto, va y se la hace mejor de lo necesario, y hé aquí el rancho ardiendo. La muchacha la recibe, la guarda entre su seno despues de que la da á leer, y por la noche en tanto que las señoritas bailan, ella recoge lo suyo, y como esto lo hace á oscuras, se le enreda algo de lo ajeno y se va. El principio de esta historia es tan comun que ni debí haberlo descrito; pero ya que empecé, procuraré acabar.

En los primeros dias, la niña no sale de la vivienda á donde la ha llevado su amante zapatero; despues ya asoma la cara, en tanto que su Adónis por entregarse á los oficios de su nueva vida trabaja poco. Los gastos se aumentan, se nota que el amor se obtiene muchas veces hasta de balde y al fin.... no quisiera decirlo porque ya debe suponerse: la abandona.

Sigue, pues, el trabajo del maestro Julian. Para este hombre tan importante como un cura, no habia peripecia en la vida humana en que no tuviera necesidad de él.

La muchacha, como es natural, no quiso servir en unas casas y en otras no la admitieron; resultando de aquí que empezó á suspirar por su ingrato conquistador, sin tener otro recurso para conmooverlo que decirle por escrito sus amarguras. Apeló, pues, al refugio de todos, y una mañana se paró frente á la puerta del maestro de escuela.

—¿Qué quería la niña? la preguntó el viejo.

—Mire lo que le digo, contestó paso.

El viejo se acercó, y como es sordo se arrimó bien.

—Que si me hace una cartica.

—Carta de qué, dice recio, de amores?

—No es de amores; pero....

—Explíquese á ver, porque ya sabe: si es de amores no más, vale un real; si es de amor despechado vale real y medio, y si es de amor correspondido, vale dos reales. Con que diga á ver.

La criada en vista de esta tarifa le explicó lo que pasaba.

—Ah! dijo el viejo, esas de amor dormido valen más, y tienen que traer papel.

—Hágamela por un real; no tengo más.

Por fin arreglaron mediante un aumento, pero en cambio le sacó la condicion de que le pusiera corazones con flechas y un verso al fin.

Ida la criada, el maestro llamó al muchacho más entendido en la escritura, lo sentó en una banca y sobre la mesita que hay en la mitad de la pieza hizo que el discípulo pusiese lo que él le dictaba. Para que los muchachos no oyeran les ordenó que estudiasen sus lecciones de doctrina cristiana, lo que ejecutaron con su sonsonete especial, á grito entero y cada cual por su lado. Resultaron, pues, de aquí, entre lo que él dictaba y lo que los muchachos gritaban, algunas curiosidades que no dejaré entre el tintero.

—Poné aquí arriba, le dijo el maestro: “Mi único amor.”—*Son tres*, gritó un muchacho, *mundo, demonio y carne*.—“Pues esta se dirige” *Al fin del mundo*, gritó otro—“con el objeto”—*De que nos libre Dios de las malas obras y deseos*—“de que usted se imponga de mis desdichas”—*Qué cosas son esas?*—“de que es el solo causante”—*Y su cuerpo cómo*

quedó ? “Si usted no me hubiera sonsacado”—como está acostumbrado á hacerlo— cualquier hombre ó mujer que tenga uso de razon— “yo estaria honrada”—Para tres cosas—“al lado de mis señoras”—Mostrad cómo ?—“y no estaria buscando”—Contra lujuria castidad—“á tarde y á mañana”—Por qué tantas veces ?—“á quien me ha perjudicado.”—A la manera que el rayo del sol pasa por un cristal sin romperlo ni mancharlo—“despues que con el modito que tiene”—Si tengo y cada uno de los hombres tiene el suyo—“me sonsacó con los pocos trapitos que yo tenia”—Para que nos sirviésemos de ellos como de instrumentos y medios de conservacion—“yo me pregunto—Sois cristiano ?—“cuál es la causa de las causas ?”—Los Apóstoles—“de que en mi pecho”—Y por qué en los pechos ?—“sufra tantos dolores ?”—Eso no me lo preguntéis á mí que soy ignorante—“Qué hago con ?”—Los rastros y reliquias de la mala vida pasada ?—“lo penoso de mi vida ?”—Acostumbrarse á decir sí ó no como Cristo nos enseña.

Concluida la carta, que no inserto toda por ser muy larga, dictó al amanuense este verso :

Papelito, papelito,
Hace lo que yo no puedo,
Que tú te vas á la gloria
Y yo en el infierno quedo.

—Amen ! gritaron dos muchachos.

Ninguna gracia habria hecho yo si no les contara las habilidades del maestro Julian como barbero. No cuente nadie con él los sábados, y los domingos por la mañana, porque no tiene tiempo sino para limpiar á sus parroquianos tanto de cara como de bolsillo. Llegado un campesino lo acomoda en un taburete, lo enjabona, y despues de darle unas cuantas pasadas á la navaja en la mano, empieza su operacion, para lo cual les coge la punta de la nariz suspendiéndolo casi, de manera que la infeliz víctima queda con la boca abierta, sin que pueda siquiera quejarse al saltársele las lágrimas, que por fuerza brotan al pasar una navaja que no eorta. Los que tienen barbas saben lo que es bueno.

Un dia llegó un hombre con el empeño de que le rapara la cabeza á navaja.—Sí, señor, le dijo ; porque tiene la cualidad de no decir no á nada. Lo sentó, pues, le recortó de raíz el pelo, y despues de haberle enjabonado la cabeza tomó la navaja con la soltura y desparpajo de un Saunier. Empezó desde la corona y queriendo darle una pasada, como quien dice de violin, trajo la navaja hasta la frente, y bien fuera porque la parara mucho ó porque no cortara, lo cierto fué que le hizo *rrrum* sobre el pellejo, como hace el dedo sobre la superficie de una pandereta.

Ay ! gritó el hombre ; pero el barbero dijo : no tenga usted cuidado que es porque el jabon está muy bravo. Y era la verdad, pues se le habia entrado en cada una de las heridas que le habia dejado en la estrepitosa carrera aquella infernal navaja. Deseoso el hombre de librarse de tal escozor, salió corriendo para lavarse en el caño ; pero era el caso que los muchachos, que donde quiera son el diablo, le habian amarrado la punta de la ruana al taburete, resultando de aquí que en la carrera lo sacó arrastrando, no sin enredar al viejo, que, con la navaja en la mano y una toalla en la otra, cayo de espaldas cuan largo era.

Mis lectores conocen ya una parte aunque pequeña de mi maestro, pero no se han imaginado de cuánto sirve su consorte. Una pareja más igual no se encuentra ni mandada hacer. Es que la experiencia y los años les han hecho ver que hay en la sociedad una multitud de personas que se dedican á lo que hemos llamado artes y oficios ; pero que las nece-

sidades de la vida requieren quienes desempeñen ciertos quehaceres para los cuales se necesita tambien su aprendizaje.

La mujer del maestro es conocida en todas las casas de la poblacion ; así es que ella es el pañito de lágrimas en trances apurados. El dia en que falta una criada, por ejemplo, y no hay quien vaya á la cocina, ahí está la mujer del maestro ; ella vendrá á cocinar de dia y de noche, volverá á su casa llevando una nueva provision para el estómago y otra para la cabeza de su marido, pues no deja de contarle todo cuanto ha pasado. Ofrezcase un mandado, un oficio de pronto, ahí está ña Calixta, que en el momento lo hace todo.

Y descuidese usted, señor lector, y verá como el dia ménos pensado le lleva una razoncita á la señora, ó le deja escurrir un billetito en el costurero de la niña sin que usted sospeche nada.

Y es tal la habilidad de esta antigualla, que sin comprometerse hizo que en una noche, á la misma hora, saliesen el dueño de la casa y la señora al porton, á tiempo que llegaron la criada de enfrente y un señor que se paraba en la esquina ; es decir, cuatro personas distintas con un solo objeto verdadero. Por supuesto que el uno dijo que habia venido á cerrar el porton ; la señora que venia á ver si ya habian cerrado ; la criada dijo que venia por malvas para un enfermo, y el otro, que se encontró allí sin qué decir, entró haciendo mil reverencias á hacer una visita de cumplimiento.

1862.

EL ULTIMO DIA DE UN MENDIGO.

A Hersilia.

Aun no se han oreado mis mejillas ; todavía tengo el corazon sentido como un niño que á su pesar solloza despues de un largo llanto.

Si ántes hubiera querido escribir, habria roto el papel á cada palabra que hubiese intentado estampar, y lo habria deshecho á fuerza de lágrimas. He tenido, pues, que dejarme calmar para escribir este recuerdo.

La mañana estuvo helada como son las de verano en este Bogotá. Poco hacia que el brillo chispeante é inquieto de las estrellas se habia ofuscado ; los vapores, como una sábana, todavía permanecian sobre el suelo, para ocultar seguramente los misteriosos amores de la creacion y guardar algun secreto de las flores.

A esta hora paseaba yo por el atrio de la Catedral, y me entretuve en ver cómo la brisa barria á soplos el espacio, como si preparase el cielo para un dia de gala, y en ver las montañas que limitan la Sabana por el lado de Soacha, tan semejantes á las de Suiza, con sus quiebras y perfiles caprichosos y con su eterno verdor azulado por la distancia. Ya los primeros picos empezaban á recibir la luz naciente del sol, y parecian rociados con polvos de oro.

Al ver los vapores blanquecinos que por encima de los cerros se alzan de entre el lecho en que se rompe la catarata del Tequendama, pensaba en que así se alzan en la imaginacion los recuerdos de un bien lejano ; pensé entónces en ti, esposa mia, pensé en nuestro hijo y gozaba en recordaros, cuando algo me llamó la atencion hácia los portales de la Casa de correos.

Este es el asilo de los desheredados de la suerte, de los que tienen la horrible desgracia de ser pobres.

Una multitud de esos seres, entregados al sueño, tendidos en diversas actitudes, olvidaban su horrible desgracia, en tanto que la imaginación acaso trabajaba contrastes para amargar más su horrible realidad al despertar.

Entre todos esos había un hombre que tenía por lecho las baldosas, y por almohada el brazo izquierdo. Algo parecía estrechar con la mano derecha contra el pecho; la gorra que le cubría había caído hacia atrás; tenía, pues, la frente descubierta. Los ojos se habían hundido en medio de un cerco negro; la amarillenta tez, al contraerse, hacía que la nariz pareciera más prominente y delgada que de costumbre; la boca se hallaba abierta por falta de fuerza en la musculación, y sus tendones todos estaban ya rígidos y ateridos por un frío de diciembre.

Cuando llegué tuvo un pequeño estremecimiento, apoyó la cabeza en los ladrillos, trató de abrir los ojos para mirar al cielo, balbuceó dos veces "hija, hija," se estiró perfectamente como quien quiere descansar, botó la mano derecha sobre el suelo y... espiró....

Poco tuvo que luchar el espíritu para desprenderse de ese cuerpo que había empezado á morir desde tanto tiempo atrás.

El justo cierra tranquilamente los ojos como si durmiese; el malvado frunce el entrecejo á la idea de sus crímenes; la virgen sonríe porque entreve el cielo que había imaginado; el escéptico contrae el labio con desprecio; pero no es posible descifrar la amargura mezclada de desengaño é ironía que se pinta en el semblante de un desgraciado al espirar.

Y quién era este hombre? De dónde vino? A dónde iba? Cuál sería su patria, cuál su familia? Sería algún esposo, ó padre acaso, que salió á buscar alimento para sus hijos que ya no le verán más, y que nunca sabrán cuál fué su destino? Nadie lo sabe.

Y cómo son los contrastes de la vida! Al tiempo en que este infeliz moría allí desamparado, una multitud indiferente se agolpaba hacia la gran catedral que se halla á pocos pasos. * Allí, las enormes puertas se habían abierto desde muy temprano; el pavimento estaba alfombrado de flores; por el ambiente volaba el humo de los incensarios poblándolo con todos sus perfumes, y una deliciosa orquesta adormecía en contemplaciones místicas, con sus blandas armonías la imaginación de los fieles que iban á rogar al Dios de caridad por sus hermanos. De todas estas gentes que se dirigían al templo ó salían de él, unas miraban al moribundo con curiosidad por un instante, otras se apartaban con horror, y las más pasaban sin reparar en él.

Pasó la existencia de ese hombre que nació en la miseria, vivió ignorado, y murió en medio de sus hermanos sin obtener ni una mirada de compasión!

Un momento después, cuando la policía hubo ocultado el cadáver, todo quedó ignorado.

Se abrieron las olas, tragarón á un desgraciado que cayó allí y en el acto no hubo en la superficie ni el más leve rastro. Las olas continuaron atropellándose y murmurando como ántes, y la brisa juguetona siguió retozando sobre ellas.

1864.

* Hoy, en lo que ántes hubo portales, existe una serie de almacenes cómodos y elegantes.

UN DRAMA EN UN CHALECO

Ó ALGO ENVUELTO EN NADA.

A mi amigo Angel M. Galan.

Con qué mal humor me fui á la peluquería el domingo pasado!

La fiesta dada por el Ministro inglés la noche anterior, con motivo del cumpleaños de S. M. B. la reina Victoria, había sido suntuosísima hasta no dejar qué desear.

La casa fué convertida en un paraíso, pero no como el que Dios hizo para nuestros padres, porque ese fué *ideado* para dos ángeles con forma humana.

Allí no podía habitar la humanidad; apenas hubo hombre y mujer, un ángel con su espada de fuego los expulsó y se colocó en la puerta para custodiar su entrada.

Desde entonces nadie ha vuelto á penetrar allí y las dos únicas personas que han ido estarán dormidas hasta el día del juicio final.

¿Qué poco avisados son los que creen que el paraíso existe en el fondo del Asia menor y que nadie, por más que haga, podrá encontrarlo! Yo creo que cualquiera puede ir, con tal que se presente limpio é inocente; es por esto por lo que mientras que el hombre sea hombre no puede penetrar allá.

La carne no es sino un vestido expiatorio con que nos presentamos en la vida, y que hay que dejar en las puertas del paraíso para poder penetrar en él.

No sé si me haya explicado; pero si no fuese así, discúlpeame, en atención á los misterios por sobre los que voy pasando.

Decía, pues, que la casa del Ministro era un paraíso ideado por el hombre para el hombre.

Mujeres, jóvenes galantes, altas notabilidades, riquezas, perfumes, armonías, flores, luz... qué sé yo que más habría allá!

Pensando en todo esto llegué á la peluquería.

Entre los muchos hombres que allí encontré, de los cuales unos leían periódicos, miraban pinturas otros, charlaban los demás, en tanto que llegaba el turno, no vi á ninguno de los que asistieran á la fiesta. No tuve, pues, con quien hablar de ella y me senté á hojear uno de esos periódicos, destinados como la luciérnaga á vivir un día.

No tardó mucho tiempo en tocarme el turno. Me arrellané bien en la silla, estiré las piernas, apoyé los pies en una banqueta, recliné la cabeza en una almohadilla que hay hacia la espalda y después de envuelto en una toalla, como los niños en la mesa, me dejé jabonar la cara para que me afeitaran.

Qué deliciosa pereza me arrullaba en aquel momento!

Sentóse en otra silla, al mismo tiempo que yo, un mozo robusto, imberbe, de labios gruesos, ojos y pelo negros y de facciones en general no muy aristocráticas.

Malicié más bien que entendí, que el joven que me jabonaba me decía en frances que viera esa mujer vestida de hombre que se hacía peinar en la otra silla.

—Mujer? le pregunté, creyendo haberme equivocado.

—Sí, señor, mujer; no la conoce usted?

—No, no sé quién sea.

—Es una muchacha que viene todos los domingos para hacerse rizar. Efectivamente, no podía ser sino una jóven. Lo apretado de las carnes, la finura de la piel, la suavidad de contornos á pesar de no haber mucha finura señorial, no dejaban duda; así fué que no pude ménos que fijarme en ella. Una ruana de paño le ocultaba el pecho y la espalda, pero el cuello vuelto de la camisa sí dejaba á la vista su garganta de mujer.

La voz circuló poco á poco entre los concurrentes, y pronto sentí á mi espalda un susurro que bien dejaba comprender el asunto que lo motivaba.

Púseme á pensar qué movería á aquella jóven para hacer tal cosa, y por qué escogió uno de los establecimientos más concurridos, exponiéndose á las miradas, sarcasmos, burlas y curiosidad de los concurrentes. Acaso sea un vano capricho ó el deseo de llevar á cabo algún plan, quizá los celos... Ah! los celos, que á tantas mujeres han perdido y que las han hecho cometer tantos crímenes....

Perdíame en todas estas divagaciones, á tiempo en que distraídamente veía la leontina del reloj del peluquero. Noté, entónces, que una pulga asomaba por el resquicio que quedaba entre un boton del chaleco y el ojal.

Pensé en que aquella pulga saldría también disfrazada para alguna cuita, con el pretexto de que la peinaran, y fué tal la risa que me retozó interiormente, que por poco suelto la carcajada como un loco.

De ahí para adelante la imaginación empezó á divertirse.

El campo no podía ser más lindo para una pulga. Un terciopelo verde, color de yerba recién brotada á orillas del agua, servía de fondo, y varias franjas hundidas ahondaban el terciopelo formando cuadros en que pequeñas manchas de color rosado sobre verde más oscuro daban el aspecto de un bellissimo jardín á todo aquello.

Después de algunas miradas de observación, que adiviné por el modo de volver la cabeza, el animalito se aventuró á salir al campo.

Linda me pareció la pulga! Sin la redondez exagerada de otras, que las hace tan repugnantes á la vista, la de mi historia era pulida, fina y de un color claro, que sobre la tersa superficie dejaba brillar la luz atornasolada como la de la espuma del aromoso chocolate. Caminaba con la donosura de quien no lleva encima sino la edad de los sueños de oro. Un vello finísimo y sedoso como el de la fruta que está madurando el sol, la cubría en partes, y según era toda ella, sus ojos serían divinos.

Un rayo del sol de la mañana, después de quebrarse contra la superficie de un espejo, vino á iluminar el chaleco.

Oh! ésta debe de ser la luz matutina de las pulgas! ellas, nacidas para vivir al lampo de una luz reflejada al través de una tela, cuando no en una oscuridad misteriosa y profunda, imposible que pudieran resistir por mucho tiempo la luz de ese astro que ennegrece la piel y ciega á quien se atreva á contemplarle.

En la gradación de los seres cada uno tiene un sol que recibe la luz de otro mayor. Este astro que alumbra y da vigor á la naturaleza, ¿qué sería sino un carbon apagado, á no recibir las miradas de Dios que por reflexión nos llegan hasta aquí? Cuando el sol asoma, no hay duda de que nos alumbra la luz de la mirada del Eterno! Con razón que la naturaleza se regocije tanto!

Las flores melancólicas que se abren en la noche sobre las ruinas y las tumbas para refrescar sus coloras con el sereno, qué hacen, sino recibir las tristes miradas que el sol ausente les envía por medio de la luna?

En las noches de quietud, cuando la luna se ha ido, las flores y las yerbas que nacen en la orilla del estanque ¿no reciben la luz que, refleja-

da en el agua, les viene de alguna estrella solitaria. Los ojos, los ojos más brillantes y hermosos, creis que alumbrarían, sin la luz de una alma que por medio de otros ojos le arrojara?

Ah, no! El universo es un juego de luces, que vienen reflejándose unas en otras para formar un conjunto variadísimo, cuyo origen está en un solo foco, que es la suprema bondad de Dios.

Ahora recuerdo que ya otra vez había dicho que “la infinita bondad de Dios es como los rayos del sol: unos pocos alumbran cuanto existe, los otros van á perderse á la inmensidad.”

Pero, habrase visto á dónde me ha llevado esta pulga!

Después de haber permanecido algunos instantes el animalito en actitud de observar, volvió á ocultarse por el mismo lugar en que se le vió aparecer, y casi al mismo tiempo vino por el lado opuesto otra pulga, al parecer con formas varoniles.

Tarde ha llegado, me dije, y luego pensé en que la mayor parte de los acontecimientos humanos se pierden para la generalidad de las gentes, ó por lo ménos pasan inadvertidos, cuando si se fuera á examinarlos, nos llenarían de horror ó pesadumbre.

Sale una jóven á una ventana, observa un momento, ciérrala nuevamente y nada se vuelve á ver. Llega un jóven á cierta hora á la esquina, alza á mirar con inquietud un punto de la casa de enfrente é inmediatamente se va? Todo esto tiene algo de particular? Nada. Y sin embargo mejor sería no penetrar en ese mar de amarguras que oculta una acción simple á la vista y al parecer sin consecuencia alguna. La jóven después de mil inquietudes y zozobras, consigue burlar la vigilancia y va á la ventana para poder lanzar una mirada y recibir una palabra muda que la sostenga en su desesperación amorosa; pero no ve á su amante y cree que la ha olvidado, que otro afecto le robó el suyo, y que por eso no vino á la hora convenida. Cree el jóven que ya no es amado y que no volverá á ver al ídolo de sus ensueños. Lloran ambos en silencio su desgracia, lanzan imprecaciones y se desesperan, en tanto que el que hubiese visto por casualidad abrir la ventana y volverla á cerrar, habría pasado indiferente.

Cuando volví de la abstracción en que me sumieron todas las consideraciones de que he hablado, busqué por todo el chaleco con la vista y hallé de nuevo á mis pulgas; comprendí entónces lo que es el instinto amoroso, esa segunda alma de los amantes.

Pero ahora se me ocurre hacer una pregunta: ¿sienten los animales esas inquietudes y alegrías inexplicables que no son sino presentimientos por la felicidad ó la desgracia del objeto amado?

Condillac, Reaumur, Dupont y otros naturalistas conceden á los animales inteligencia, al paso que Descartes y Buffon los reducen á simples máquinas que ejecutan movimientos impresos por otra mano. Esta misma divergencia, ¿qué prueba? La ignorancia completa de esos misterios que Dios se ha reservado para tener á raya las pretensiones de los humanos, que querrian después de saberlo todo, entrar á discutir y negar la Omnipotencia divina.

¿Quién ha traducido el lenguaje del toro, cuando grita y solloza olfateando la sangre de alguno de sus semejantes? ¿Canta ó llora la tórtola, cuando retirada al fondo del bosque profundo, lanza su arrullo melancólico, que no se puede comparar con nada humano? ¿Habeis oído el aullido desgarrador del perro, cuando á la media noche escarba la tierra, floja todavía, de una sepultura que le oculta á su amo? ¿Cuál de los frios analizadores es capaz de explicar el misterio oculto en la última lágrima

del cordero que, sin exhalar un quejido, muere bajo la cuchilla de su verdugo?

No parece sino que los naturalistas confundieran la inteligencia con el habla; puesto que es la única facultad de que el animal carece para poderse explicar. Por lo demás, qué les falta? Raciocinio, pasiones, dolor moral, placer, puede negárseles? No, de ninguna manera.

Las dos pulgas se separaron un instante despues de haber estado reunidas, como si tratasen de evitar un peligro cercano, y he aquí por qué dije que habia conocido el instinto amoroso de aquellos insectos. Habia desaparecido de un salto la pulga y se preparaba el compañero para irse seguramente, cuando otro animalito vino á ponerse al lado. Entonces se travó entre los dos una lucha, pero lucha horrible y sin tregua, producida seguramente por los celos.

El hombre se horripila al pensar en la pelea de dos tigres que se despedazan y atruenan el bosque con sus aullidos, cuando se disputan la posesion de la hembra, pero no piensa en que, descendiendo en la escala, las mismas pasiones excitan los mismos horrorosos resultados.

Los dos rivales unidos estrechamente á veces como dos hombres que luchan, se ofendian con sus largos hocicos y parecian buscarse algun punto por donde herir; otras, como dos carneros se embestian con tal violencia que se hacian retroceder con la fuerza del choque, y luego asi- dos otra vez daban saltos terribles que me los hacian perder de vista, y luego aparecian de nuevo con más rabia y más furor. En uno de esos saltos sentí que los dos animales me cayeron por entre el cuello despues de haberse estrellado contra mi oreja derecha y no pude ménos que estremecerme en el asiento.

—Tenga la bondad de no moverse, porque me obliga á cortarlo, me dijo el jóven que me afeitaba.

—Perdon, le contesté, fué que me distraje, y empecé á abrirme la camisa porque no podia sufrir la idea de tener aquellas furias en miniatura entre mi ropa. Me parecia que si llegaban á picarme me envenenarian.

Afortunadamente no duraron ni un segundo allí y saltaron de nuevo al chaleco del peluquero, como campo escogido para el combate.

Los animales saben indudablemente cuál es la parte vulnerable del adversario. El toro no hiere sino por los hijares de preferencia, el tigre salta á la nuca de su presa y el gallo no ofende sino la cabeza de su rival.

Despues de haberse asido fuertemente, de suerte que no parecian sino uno solo, vi que al desprenderse el uno, rodó exánime por la felpa del chaleco, como un cuerpo en la yerba, despues de haber recibido la estocada mortal.

El drama, pues, estaba terminado, drama que duró en tanto que me afeitaban medio lado, pero que para esos animales duró un lapso suficiente de tiempo para sentir las inquietudes, las esperanzas, las amarguras, las felicidades, las confianzas, los celos, la rabia, la desesperacion y la venganza. Todos los hechos son relativos; nuestra vida es un instante comparada con la duracion del mundo, al paso que será una eternidad comparada con la de un insecto.

Al dia siguiente de una trasnochada estamos con la imaginacion propensa al flato y á la melancolia; así fué que el hecho que acababa de presenciar me entristeció sin quererlo. Me parecia ver á la pulga autora ó causa de aquella venganza, vagando solitaria en busca de su amante sacrificado á su amor, y en mi rabia llegué á desear al asesino entre mis dedos, tal fué el desengaño que sentí.

Una vez que estuve arreglado, me senté en un sofá y tuve la fortuna de

encontrar con un amigo que habia asistido á la fiesta del Ministro inglés, así fué que en el acto empezamos á conversar de ella. Yo tenia necesidad de distraerme, para olvidar lo que habia pasado, de manera que oí con gusto lo que mi amigo contaba, tanto más cuanto que si él no lo refiere, nada habria sabido de lo que hubo la noche anterior, pues á mí quienes me trasnocharon fueron las pulgas. Es para vengarme de ellas para lo que he escrito todo este drama.

1866.

CARTA PARA EL OTRO MUNDO.

Cuatro meses hará que cumplió setenta y tres años don Facundo Buenaventura. Con tal motivo, en ese dia hubo boda en su casa, y asistieron á la mesa el cumplidor de años y don Telmo Ramírez, su compadre muy querido; el resto de la familia comió en la cocina para poder asistir mejor la mesa, es decir: para hacer las veces de criados. Luego que acabaron, don Facundo hizo quitar los manteles, retiró un poco su silla de fuertes y robustos brazos, pero de más robustas patas, alzó los piés sobre la mesa y echándose para atras contra la pared, acomodó bien su figura y suspiró. El otro que no tenia toda la confianza suficiente, puesto que estaba en casa ajena, se contentó con estirarse bien, afirmando los piés contra los barrotes de la mesa, echar un poco para atras la silla, meter las manos entre los bolsillos y soplar. No sé si así tambien se suspire.

Era don Facundo, obeso, de cuello corto, cabeza y cara redondas, y ambas coloradas como ciruela de la villa de Purificacion, y digo ambas porque como no tenia pelo se podia contemplar hasta la nuca que continuaba con el mismo color quién sabe hasta dónde. Don Telmo era más flaco que colorado, con ser que esta última cualidad habia sido completamente negativa en él. Los muchachos lo llamaban *mañana se muere*, porque era amenaza constante de un entierro.

Atiendan mis lectores que no por olvido he dejado de decir que alguno de los dos fumaba, porque, ó no sabian ó en esa tarde no quisieron fumar á pesar de lo lindo que para mí hubiera sido el decir que la conversacion que les voy á echar afuera, salia entre nubes de humo de los sabrosos *ambalemas*.

—Me contento con mi suerte; creo que á mi edad no se puede apetecer más.

—Así es, contestó don Telmo; gracias á Dios.

—Porque usted, ve compadre, hasta la presente no me ha faltado con qué darle de comer á mi familia, y hoy para los pocos dias que me restan tengo asegurada la subsistencia.

—Y para despues tambien.

—No, compadre, para despues de muerto nada quiero.

—Para usted no, para sus hijas sí.

—Y qué bien lo merecen, creo que ni en el cielo se encontrarán iguales.

—Son un portento.

—Nachita la menor, á pesar de haber estado por allá algun tiempo al fin volvió y hoy no puede ser más formal.

—Sí, la buena hija vuelve á casa.

Don Facundo pasó saliva y no se puso colorado, porque como he dicho, no tenia ya donde; sin embargo, continuó:

—Hifigenia, aunque fierecita, ahí está sin dar qué hacer; apenas habrá mujer más honrada.

—Y tiene razón usted en decirlo, porque no hay desesperación más grande para las mujeres que verse feas. Es una esperanza perdida, capaz de hacerlas dar al diablo.

—Compadre, usted es muy satírico.

—No, compadre, mucho menos con su familia de quien nunca digo sino la verdad.

Don Facundo volvió á pasar saliva.

—Pues no deja de ser una felicidad el sentirse uno robusto, así como usted, para poder disfrutar de la buena suerte que le acompaña, dijo don Telmo. Y como si quisiera calmar algo de la susceptibilidad herida de su compadre, empezó á elogiarle la esposa poniéndola por las nubes.

—Ah! dijo don Facundo con ternura, usted ha tocado la cuerda más delicada de mi alma; mi esposa, mi adorada Tomasa, ha sido el ángel de mi vida. Cuán buena es! Está por ver la primera incomodidad que hayamos tenido.

Don Telmo fué entonces quien pasó saliva y tampoco se puso colorado porque no podía, y porque para echar una pulla no se necesita de eso.

—Si por algo siento morirme es por no saber de los míos. Yo quisiera en el cielo un agujerito para mirar á mi esposa y mis hijas, y hacer así más completa la felicidad celestial, gozando de la satisfacción del esposo y padre que contempla las virtudes de su familia. ¿Usted no piensa lo mismo, compadre?

—A mí me atormenta otra clase de dudas, y esas, en vez de hacerme temible la muerte me la hacen deseable; y es porque creo que el único medio de ver claro es muriendo: ¿usted no piensa lo mismo, compadre?

—Cómo va á ser eso! No ve que yendo uno al otro mundo no vuelve á saber de éste sino hasta que nos veamos todos en el valle de Josafat?

—Entonces hay un medio muy fácil de que usted lo sepa todo allá.

—Ojalá! Cuál es, compadre?

—Me han dicho que ahora se comunican los muertos con los vivos por diferentes medios, uno de ellos la escritura. Lo mismo debe hacerse la comunicación de los vivos para con los muertos. El espiritismo está haciendo prodigios. Háblele á alguno que no se muera primero que usted, para que le diga todo.

—Usted, compadre, querría que hiciésemos ese convenio? Usted me dice lo que haya, si muero primero, y yo le cuento también lo que suceda en caso contrario.

—Pero no ve que yo pronto moriré, porque estoy enfermo, débil y achacoso? Mis días serán muy pocos y yo no tengo interés en saber nada de lo que pase aquí.

—Así será; pero quién quita una mala hora, como dicen? Cómo de esas hemos visto. Anímese, compadre, y hacemos el trato. Nada se pierde. Una dificultad encuentro y es la de la dirección, porque no se sabría si dirigir la carta al cielo, al purgatorio ó al infierno.

—Por lo que hace á usted, no hay duda.

—Cómo así?

—No dice, pues, que es tan feliz? Tiene que irse al infierno: cuándo dos glorias!

—No; porque para eso está el purgatorio. En tal caso podemos hacer esto, dijo como reflexionando: se dirigen al otro mundo las cartas y allá el interesado tendrá el cuidado de mandar á todas las estafetas á saber en cuál se halla la carta.

—Corriente.

Esta escena pasaba en una casa por allá en el barrio de las Nieves, cuatro meses há, poco más ó menos.

—Maldita sea! decía una noche don Telmo dando zapatazos contra el suelo y rascándose la cabeza. ¿Habrás visto torpe como yo? ¿Qué tendría cuando no pregunté?

Esto decía y hacia delante de una mesa como á media noche; mesa sobre la cual había unos papeles escritos, de los cuales supongamos que unos fueran borradores y otros pliegos puestos en limpio. Púsose luego á recogerlos y ponerlos en orden, y luego, como para enmendar las últimas faltas ortográficas, empezó á leer en voz alta lo siguiente:

“Señor don Francisco Buenaventura—En el otro mundo.

Bogotá, 24 de Junio de 1866.

Mi muy querido compadre:—Consecuente con nuestro quedado, por poco que le escribo desde antes de que muriera; pues como usted deseaba saber todo lo concerniente á los suyos, y desde mucho antes de morir perdió el conocimiento, y ellos empezaron á hacer de las suyas, quise, como dije ya, habérmele dirigido, con eso habría llevado la carta para que la hubiera leído allá donde quiera que se halle. Supóngase usted que apenas le dió el ataque de tifo, sin dejarle tiempo sino para testar, perdió todo conocimiento, y entonces fué cuando llegaron todos sus amigos. Y qué solicitud! No se separaron ni de día ni de noche de su esposa y de sus hijas. Y para consuelo suyo, le diré que estos cuidados empezaron desde que se hizo público que usted había dejado una gran suma de dinero á sus herederos. Cuando nosotros nos veamos, si esto llega á suceder, me sacaré el clavo de haberme hecho su albacea. Los cariños de que he sido víctima, y lo que más tarde le diré que me pasó, no se lo perdonaré nunca.

Siento mucho que en más de la mitad de esta carta haya de ocuparme en lo que le sucedió antes de morir usted, pues nuestro contrato no fué sino que nos comunicáramos lo que aconteciese después de muerto uno de los dos; con todo, está tan íntimamente relacionado lo uno con lo otro, que no puedo omitirle nada.

Sabrás, pues, que aquel señor don Crispulo que persiguió á su esposa desde que era soltera, y que después nunca dejó de chicleársela, fué el que primero estuvo al borde de su lecho y no descansó hasta que no le cerró los ojos. Pero como era tanto el amor que ella le tenía (á usted por supuesto) le atacó tan dura pesadumbre al ver que no tenía remedio su enfermedad, que si no hubiera sido por el bueno de don Crispulo, se habría vuelto quién sabe cómo. Por fin ella, no queriendo verlo morir, se encerró á llorar amargamente, sin que quisiese ver á sus criados, y sólo su amigo podía calmarla. Por lo que hace á sus hijas no tiene usted de qué arrepentirse. No han pegado sus ojos, quizá porque no las han dejado un momento solas. Su hija Ignacia ó Nachita, como usted la llamaba, aquella que tan juiciosa estuvo en su casa después de haber estado por fuera, se reconcilió con quien ya sabrá, porque usted allá debe tener un talento admirable; y hasta Hifigenia tuvo de compañero á un limpio que ha querido armarse, acogiéndose á la pobre de la muchacha que no sabe lo que de ella quieren. Los episodios de su enfermedad, ó más bien diré, que pasaron durante su enfermedad, sería imposible describírselos. Pasa-

ré, pues, por sobre ellos, y le diré que al fin murió, de lo cual no tendrá duda : llantos, desesperos y privaciones ; consuelos, consejos y acomodados fué lo que siguió á su muerte, y como en su entierro no tuvo parte sino una agencia mortuoria que se encargó de enterrarlo, creo que sólo allá no habria sainetes. Su esposa, hijas y amigos estaban mientras tanto en la casa en el mayor desconsuelo. Por supuesto que hubo avisos en las esquinas con filetes negros y su nombre apareció allí en caracteres bien negros, pero nunca como su suerte. A los ocho dias hubo en uno de los periódicos de esta ciudad la correspondiente necrología escrita por uno de los que más deben elogiarlo, puesto que se murió á tiempo. Pero el diablo del impresor, por equivocacion, fué y colocó en la revista de la semana ántes de la necrología el parte del casamiento de su antigua mujer, es decir, de doña Tomasa con don Crispulo, apareciendo que ántes de morir usted ya ella era esposa de otro. Si yo estuviera frente de mi compadre le guiñaria el ojo aunque lo hiciera pasar saliva.

Visto esto por Nachita, y puesto que el tal don Crispulo ha resultado un tiburón que se quiere comer todo lo que usted trabajó para los suyos, se ha salido de la casa con su *aqué!*, que como bien lo sabe, era casado y, como lo sabrá ahora, aún lo es porque no han tenido la fortuna de salir de lo que por ahora les hace estorbo. Ahora no me diga que soy satírico con usted.

La pobre de Hifigenia ha tenido que seguir á su mamita que con la muerte de usted, seguramente, se ha puesto del humor más negro. La infeliz muchacha se hubiera ido ya, pero como su enamorado ha visto que quieren volver embrollo la herencia, se le ha retirado, lo que prueba lo mucho que la adora.

El amable don Crispulo, su sucesor, sabido que yo no me arreglaba á buenas, tuvo la galantería de mandarme dar una paliza para salir de mí ; entendido esto por las muchachas sus hijas, avisaron á sus amantes, quienes viendo que yo haré justamente lo que convenga con la voluntad de usted, vinieron á tiempo en que la operacion de la paliza estaba al concluirse, y á quien alzaron medio muerto fué al hermano de usted que tiene un parecido admirable conmigo. Ya recordará que siempre me decia que una de las cosas que le hacia estimarme era la semejanza con don Fernando.

Ni su esposa ni sus hijas quieren pasar por la cuenta del entierro y misas ; dicen que es lástima de la plata empleada en muertos, cuando tanto tiempo estuvieron ellas muertas de hambre y no les dió nada.

Le acampaño una tarjeta matrimonial de la que dejó de ser su esposa y de aquel su eterna pesadilla, así como un ejemplar del periódico en que se da parte del matrimonio y se llora su muerte. Siento sinceramente no completar esta remision con una pieza que se ha representado no hace mucho llamada "Muérete y verás" ; así quizá tendria en qué entretenerse del hastío que le producirá tanta felicidad al saber de los suyos.

Le aconsejo que aunque esté en el infierno no vuelva más á este mundo, porque es seguro que allá estará mejor que aquí donde entre la madre y el padrastro quieren devorar á sus hijas, y donde las hijas odian á uno y á otro como usted odiará á su compadre porque le dice las verdades.

Ojalá que aunque pueda no me conteste.

Su compadre.—TELMO RAMÍREZ."

Acabada la lectura de esta carta que es la única que veó sin posdata, volvió á rascarse la cabeza y á ponerse en actitud de cavilar y luego de darse de testaradas.

Ahora se preguntaba ; por cuál estafeta le remito esta carta ? ¿ No fui yo un atontado en no preguntarle ?

La carta está, pues, doblada y pegada con lacre negro y con su correspondiente direccion. Creo que por mucho que valga el porte, don Telmo lo pagará.

Si alguno de los señores lectores sabe por cuál estafeta puede mandarse al otro mundo, indíquelo, por Dios, porque importa que don Facundo sepa de los suyos.

1874.

A LOS PIES DE USTEDES, MIS SEÑORAS. *

—PARA servir á usted, caballero. ¿ Qué milagro que se deje ver la cara por aquí ? Nosotras lo hacíamos lejos.

—Es cierto, mi señora, yo debia de estar en Piedecuesta,

—Y por qué lo dejó ? Segun nos dijo, ya tenia el pié en el estribo y no esperaba más que la hora de partir.

—Y sin embargo, aquí me tienen todavía, por eso dicen que muchos en el estribo se suelen quedar á pié. Yo debí haberme ido con un señor Pieschacon, á quien se le pasea el alma por todo el cuerpo, pero dió tantas vueltas y me hizo caminar tanto tras de él, que ya no tenia piés. Por fin entró el invierno y tuvimos que dejar el viaje para otra época, pues ahora es imposible andar ni á pié ni á caballo. Y esto sucede no solo por fuera sino aquí mismo en Bogotá : hay calles en que materialmente no se encuentra dónde poner el pié.

—Pero no por eso ha dejado de estar usted al pié del cañon : por ahí lo hemos visto en los sermones del mes de María, tras de cierta dama, dijo una señora que hasta entónces no habia querido tomar parte en la conversacion.

—No, mi señorita, yo no doy pasos en vano, porque estoy montado sobre este pié : ó bien adentro, ó bien á fuera, y así es que hace tiempo me he votado á pié y digo lo que siento lisa y llanamente, es decir : al pan, pan, y al vino, vino. Así es que me arrepiento de haber puesto el pié en esa casa ; pues donde yo crea que me desprecian pongo piés en poivorosa.

—De los arrepentidos se sirve Dios.

—Ya que me dieron pié, voy, no á echarles, no una glosa ni cosa que se le parezca, sino á referirles una historia de qué me acuerdo ahora mismo y que viene al caso, ya que se habla de arrepentidos.

—Cuándo no habia de salir con su pata de banco : dejar de darle una pié para un cuento es imposible ; yo no sé de dónde saca tanto enredo.

—No, mi señora, esto que voy á referirles sucedió al pié de la Ietra, tal como lo voy á contar.

—Cuento afuera, pues.

—Hará al pié de unos nueve ó diez años que, á consecuencia de querer aumentar aquí el pié de fuerza armada con los declarados por vagos, tuve que prestarle los piés al conejo, como dicen (porque entónces ya

* Para hacer palpables los modismos en que nuestro idioma emplea varias palabras, escribieron los miembros de *El Mosaico* de Bogotá algunos artículos y entre ellos el presente en que el autor tomó la palabra *rie*.—Nota del Editor.

era escritor) é irme, donde no les quisiesen poner renta á los vagos tan sólo por no hacer nada; y, efectivamente, emprendí viaje con un compañero que ustedes deben conocer. Es aquel que vive al pié de Egipto en una casita que no comprendo cómo se mantenga en pié, porque está toda ladeada á pesar de los piés de amigo y puntales que le han puesto. Es tan alto mi compañero, que muy bien mide cinco piés ingleses de pié á cabeza (y digo ingleses, por que son los más grandes); y al pié de la barba ó en el pescuezo tiene una cosa que él llama hinchazon, aunque el vulgo crea á pié juntillas que aquello no es sino coto.

Pero bien, es el caso que habiendo llegado á Piedecuesta, no habíamos echado pié á tierra, cuando mi compañero se fué á buscar modo de asegurar las bestias, para que no nos fueran á dejar á pié. Él salió de la posada contento y volvió cabizbajo, callado y arrastrando los piés; por la noche, apenas se oscureció puso el pié en la calle, y ¿quién volvió á verlo? Siendo ya muy tarde salí á buscarlo, y lo hallé al pié de una ventana con los brazos cruzados y aguantando á pié firme el sereno y el frío. Quisiera ó no quisiera, me lo llevé para la posada, y preguntándole la causa de aquella transformación, me contó que habia visto á una señorita y que al dar un brinquito para pasar una acequia, habia mostrado el pié más lindo que jamas se haya visto.

Cómo se aguza el ingenio de los enamorados! Como él habia sido practicante, esa noche me dijo que el pié consta de tobillo, zancajo, hueso navicular, garganta, empeine, planta y dedos. Supe que en la parte de atras tiene un tendon llamado el aquilex, que es el que cortan á los que desjarretan, como tambien que el pié de los cargueros es ancho y aplanado, y que el de los nobles es largo, delgado, y con el puente ó candado tan alto, que puede pasar agua por debajo sin que se moje lo demas del pié.

Como nadie está libre de estas extravagancias, y como entre gustos no hay disputas, dije para mí: no es extraño que á este hombre haya empezado á perderlo un pié, cuando á otros lo que los pierde es la cabeza. Siendo la burla el veneno que hiere más sin dejar rastro, empecé á volverle los piés á la cabeza, y como si dijéramos, á darle con el pié en la cara hasta hastiarlo. Pero no fué así, porque despues de todo, tuve que convencerme de que la dificultad habia quedado en pié: nada habia sacado y por el contrario, mi compañero estaba cada dia más y más atado de piés y manos. Conociendo como conozco á los enamorados, á quienes á veces el mucho amor los pierde, porque no se atreven á nada, le dije á mi compañero:

—Vamos: del cobarde nada bueno se ha escrito; métale el pié á esa niña á ver en qué pára todo esto. Y no se lo dije á bobo, porque él para eso andaba en un pié. Yo no sé cómo consiguió cabida en la casa y desde entónces á las cinco de la mañana estaba el hombre en pié, y se iba para la casa de la del pié, y para andar ligero no se desnudaba; cuando más dejaba las botas á los piés de la cama. Viendo yo que á pesar de la actividad que habia desplegado, todavía se iba con piés de plomo, le dije otra vez: *Audaces fortuna juvat*. Propóngale casamiento.

—Corriente, dijo él, y se fué á botarse á los piés de la niña para que le diera el sí. Y qué mal le fué: ese dia fué el peor de todos, pues le dió con el pié y le dijo que su propuesta no tenia piés ni cabeza; que era más feo que el mismo Caco, que su coto, más feo que su pobreza no se le quitaria ni con todo el Rob Vargas que hayan fabricado, y que bien podia ir poniendo los piés uno tras otro, pues no debia pensar en tal cosa.

¿Pero él con todo esto, se dió por entendido? Si acaso! no echó pié atras.

—La constancia es el recurso de los feos y de consiguiente de los pobres, dijo y siguió al pié del cañon metiéndole el pié á la rebelde. Si salia á misa, él pié con pié con ella, si montaba, él al pié, en una palabra, se convirtió en sombra de sus piés.

Temeroso yo de que los parientes, hastiados con aquel hombre, le midieran al fin las costillas á palos por amigo de andar en puntas de piés rondando de noche la casa, le dije un dia:

—Hombre, déjese de eso, vámonos para Bogotá, mire que usted le está buscando tres piés al gato y le halla cuatro; usted tiene un pié en la tumba y yo no quiero que de golpe lo saquen con los piés para adelante y sin sombrero, y lo peor de todo, que tenga yo que ir á pedir siete piés de tierra para dejarlo ahí hasta el dia en que nos veamos en el valle de Josafat.

¿Pero ustedes creen que reflexiones tan serias le hicieran peso? No, señoras, los enamorados pasan á pié enjuto por entre todas las dificultades. Siempre que se sentia débil (si alguna vez lo estuvo) recordaba el pié y se afirmaba más en su pasión. Tenia un pié pintado en un papel y donde quiera lo contemplaba. Si cogia una pluma, escribia pié; si un lápiz, pintaba un pié en la pared, y hasta en la copa del sombrero tenia pintado aquel tormento. Jamas me habia imaginado que los piés sirvieran de tormento, á no ser que estén llenos de callos, ó que estén en prensa como los de Fray Gerundio cuando estuvo á pique de perder el resuello por darle gusto á una prójima.

Viendo que aquello iba con los piés tuertos, ó torcidos, dije: no hay más remedio que sacar por la fuerza á mi compañero de aquí. Si él no me lo agradece ahora, despues se botará á mis piés y me servirá con el pié en el suelo, si yo se lo exijo.

Mandé, pues, preparar todo, di orden para que trajeran las bestias al dia siguiente, y le dije: usted se va conmigo quiera ó no, ó hago como Mentor hizo en la isla de Calipso con Ulises: lo monto por la fuerza, lo amarro de piés y manos y me lo llevo.

—Amarrado de piés y manos montó Mentor á Ulises? me respondió.

—Dejemos la chanza á un lado, le dije, tratando de contener la risa y poniéndome lo más serio posible; yo salí con usted de Bogotá y tengo que volver á llevarlo.

En esa noche buscó una guitarra, y acompañado de otro garganton como él, se fué á dar la despedida á la ventana.

El hombre más serio de este mundo, es decir, uno con hambre habria reído á pierna suelta al oír aquel par de cantores. El uno hacia primo con una voz que se escapaba á manera de un silbo, despues de haber tomado resuello, y el otro miéntras que hacia segundo con un ceceo medio rebuznado, interrumpia cuanto punteaba la guitarra, porque decia que no se puede repicar y andar en la procesion.

Despues de que á fuerza de tocar el punto real en aquel guitarron, hicieron poner en pié á todo el mundo, cantaron entre relincho ó rebuzno, entre graznido ó berrido el siguiente verso, haciendo hincapié en la última parte, como más adecuada:

“Tú de mi amor serás el ángel bello
Yo para ti tan solo viviré;
Y siempre fiel doblegaré mi cuello
Para besar tu lindo y blanco pié....
Y blanco pié.... blanco pié.... pié.... pieeeé!”

Al día siguiente, que era el de nuestra marcha, apenas puso el pie en el suelo se fué, y al cabo de una hora volvió á decirme :

—Espero que me hará un favor.

—Si es el de que nos quedemos, ni lo piense.

—No, señor, es otra cosa, Es que quiero que me sirva de padrino.

—Padrino de qué ! ¿ Está de duelo ?

—De casamiento.

—Les da uno el pie y se toman la mano, ¿ acaso yo estoy para chanzas ?

—No, señor, para que no se incomode voy á contarle lo que me ha sucedido. Como no he dejado de ir á la casa, porque la gota caba la piedra, di en meterle el pie á Mónica, y por fin compadecida (qué había de hacer si es mujer) me dijo que me quería con lástima, de ver que me trataban tan mal por mi amor á ella. Visto esto, la señora madre (que también es mujer) dijo que aunque ella (Mónica) era los pies y las manos de sus padres, al fin, compadecida también, y por salir de mí, consentía en que me casase con su hija, con la condicion de que nunca la sacara de la casa, porque ese día le quebraba un pie, pues la mujer honrada la pata quebrada. Esta razon me la acaban de dar ahora mismo y he venido saltando de gusto en un pie, á pedirle por favor que se quede mientras que llega el día de que me sirva de padrino.

Y efectivamente : la boda se prepara, los trajes se surcen á la carrera, llega el día, van á la iglesia, se ponen de pie delante del cura, y ántes de dar el uno la mano y la otra el pie, mi compañero.... se arrepiente !

—Ja, ja, ja ! su cuento salió de pie quebrado, gritaron las señoritas. Y qué hicieron despues ?

—Mi compañero salió corriendo y yo también ; los pies nos valieron. Llegamos á la casa, hicimos ensillar, y ah ; *paticas* para Bogotá ! No pusimos los pies en el suelo, eso sí, hasta que llegamos. A poco tiempo de este suceso, fué cuando conocí á ustedes y pude ofrecirme como me ofrezco hoy su muy atento servidor y amigo Q. B. S. P.

1859.

UN DIA DE SAN JUAN EN TIERRA CALIENTE.

I

SERIA ya más de media noche y yo no había podido dormir, porque sonaban más tambores que casas había en el pueblo del E....

Como era la primera vez que salía de Bogotá me hallaba poco ducho en buscar posadas y me quedé en la primera que encontré ; ésta era de una vieja ochentona y con más arrugas que pelos tiene un cuero, más sorda que quien no quiere oír ; la nariz de pico de águila y la barba puntiaguda estaban tan vecinas, que eran necesarias conjeturas ó cálculos matemáticos para adivinar dónde estaría la boca, que era como una cortadura ; un colmillo creo que le había quedado para atestiguar que en un tiempo había tenido con qué morder.

Pero ántes de todo les haré una súplica á mis lectores, y es que me perdonen el no poner los disparates en letra *bastardilla* como se usa ahora, porque entonces tendría que subrayarlo todo.

Serian, como les he dicho, más de las doce de la noche, cuando admirado de oír por la calle tantas tambores, tiples, gritos y cantos llamé á mi casera.

—Patroncita.... patroncita!!... patroncita!! Despues de algun tiempo respondió :

—Señor ?

—Por qué será que hay tanta gente por la calle y no dejan dormir ?

—Por que hoy es 23 de Junio, señor.

—Linda razon, dije yo ; pero ella que comprendió que yo no le entendia, me volvió á decir :

—Porque mañana es 24, día de mi padre señor San Juan.

—Si esta es la víspera que será el día ! ¿ Y por qué empezará la fiesta desde esta noche ?

—Porque ahora se van á bañar : ¿ no sabe que el señor San Juan se baña esta noche en todas las aguas del mundo para bendecirlas ?

Me pareció tan extraño oír decir que á esas horas se iban á bañar, que no pude ménos que reirme ; pero la abuela siguió explicándome cómo bailaban hasta media noche y despues se iban al baño todos, hombres y mujeres en *parranda* ; que volvian á la madrugada y seguian bailando hasta que amanecía.

Yo no sabia nada de eso, porque era la primera vez que salía de mi casa y allá no había leído sino novelas y periódicos, y estos raras veces dicen algo de nuestras costumbres, y si á veces los literatos hacen alguna cosa, buscan asuntos en otras partes : todo á la europea.

Al día siguiente, á las cinco de la mañana, empecé á sentir carreras de caballos y gritos de "San Juan !" Me levanté, no muy temprano porque estaba trasnochado, me bañé la cara, me partí bien la carrera, porque era una de las cosas en que me esmeraba más, me amarré bien la corbata, me calé el sombrero un si-es-no-es á la izquierda y me fuí á parar á la esquina de la calle que me pareció más pública porque era la más ancha. Allí, con ese aire de orgullo del recién llegado, me preparé á hacer mis observaciones, pareciéndome que toda la atencion la llamaba mi persona y que yo era el único blanco de las miradas de todos, en particular de las calentanas. Si alguno me saludaba yo le contestaba con una ligera inclinacion de cabeza y con un modito entre si es ó no es afable ó desdeñoso.

Las carreras, gritos y tropeles se aumentaban á cada instante, así como mi orgullo se disminuía, porque empecé á ver que nadie me miraba. Entónces vi que esas gentes son las únicas que se divierten, y ese día vi desmentido el refran de que "no pega San Juan en yegua ;" porque no se paran en saber si es yegua ó caballo, macho ó burra, lo que importa es que corra y sea lo que fuere. Había sus distinciones, por supuesto, porque la verdadera igualdad no se ha podido establecer ni en las democráticas. La generalidad de los jinetes iban montados en gordos caballos, de paso y lustrosos ; pero ántes de que se me olvide, les diré que el gusto de los calentanos consiste en templar la rienda y hacer que el caballo baile en dos patas, mientras que ellos gritan : Santa María ! Con un calentano que les describiera quedarian todos, porque si alguno usa silla, zamarros, espuelas, y todos esos adherentes que llevamos por aquí, no por eso deja de ser una excepcion entre los suyos : todos montan en un fuste á medio forrar y para ablandar el asiento le ponen unos cueros de oveja ; todos usan estribos de aro y algunos de ellos son de cuerno y rejos ; el más rico usa espuelas de plata, pero pegadas al puro calcañar ; ninguno se pone zamarros ni ruana ; si llevan una camiseta, esa va por delante en la silla. Ahí tienen ustedes : lo que sí llevan todos es un machete metido por debajo de la coraza de la silla y cuya punta y puño con ribetes de plata, dan indicios de la calidad del señor que lo lleva ; y de los cotos no hablemos, porque, que unos sean más y otros sean ménos, eso no quiere decir que no lo sean ; para qué es quitarles

nada. Me dirán ustedes que no todos los que van en esas *parrandas* son así como he dicho, que hay muchos buenos mozos y bien montados. Vaya, vaya; si quisiera describir otra clase de gente que no fueran los calentanos netos, entonces me metería á una plaza de toros en un pueblo de la sabana y verían qué figuras tan bizarras las que me salían. Lo mismo sucede con las mujeres: ¿por qué no he de decir que todas usan pañolón colorado ó azul, que tienen camisas muy bordadas y enaguas de fula con su arandela al pié, y que unas montan en silla como hombre y otras en sillones colorados con galones blancos y cantoneras de plata?

La concurrencia se aumentaba cada vez más y más: ya no se veía en las calles sino una nube de polvo y al fin tuve que convencerme de que no solamente nadie se fijaba en mí, sino que yo era un estorbo para mí mismo, porque á ellos poco les hubiera importado llevarme por delante á los gritos de ¡San Juan! Me metí en el hueco de una puerta cerrada, para seguir haciendo mis observaciones, mientras que pasaba la caballería. Si las gentes de á caballo estaban de humor, las de á pié no lo estaban ménos: las calles estaban cuajadas y apenas habria uno que no tuviera su tiple, tambora ó *alfandoque*. Una de las cosas que noté en las mujeres era que muy pocas habia que no tuvieran zarcillos, gargantilla y rosario de oro. Y aquel su modo de andar meneándose todas y aquel su desabrido "maluco" con que le corresponden á quien les dice una palabra, me chocaron tanto, que llegué á pensar que jamas simpatizaria con aquella gente; sin pensar en que Dios lo castiga á uno con aquello que ménos quiere, ménos con la plata, que cada día la aborrezco más y nada que me castiga con ella.

Para variar de escena y seguir paso á paso todas aquellas costumbres que me parecieron tan bárbaras, por no ser los paseos en ómnibus, las tertulias y el teatro, únicas diversiones de que disfruta un cachaco moderado en Bogotá, me eché á pasear á lo largo de una calle y donde vi bastante gente, una que entraba y otra que salía, y allí me entré. Ahora me dirán que fué á alguna casa de juego. No, señores, que la escena no pasa en Bogotá; fué á una venta. Dirán entonces que me entré á tomar? No, señores, no estaba en los Portales; si entré allí fué á observar, sin tomar nada: así hacemos los críticos de costumbres. Pero si la calle era un mar agitado de gente, la venta no dejaba de ser un hormiguero, en donde unos tocaban y tal cual que relataba largas aventuras con aquella verbosidad y elocuencia que da la chispa, tenia entretenido al auditorio, porque nunca faltan majaderos que celebren las gracias de un tonto. Entre tantos grupos habia uno que me llamó más la atención: era un hombre con su hija y un allegado, cosa que nunca falta á las hijas de Eva, el cual le prodigaba mil floreos á su modo. Este tal era un hombre, que empezando desde su cabellera casi colorada, hasta sus grandes piés forrados en unos enormes zapatos, todo él era un solo contraste, ó un pasquin ambulante á la raza humana, como dijo Deidamo; su frente era angosta y sumida, la nariz tan ancha y aplastada como si se sentaran en ella; los ojos eran azules y encontrados, de manera que para mirar tenia que volver la cara para otro lado; nunca hubiera adivinado lo que aquel hombre sentía por lo que él mostraba en su cara, pues, si los ojos casi siempre son la expresion del sentimiento, como se ha visto, los tenia de tal manera trocados, que nada se podía leer en ellos. Una cortada en el lado izquierdo y que le atravesaba un carrillo, le hacia los honores de un antiguo soldado ó de salteador; tal era su cara. Además, era tan jorobado que parecia haber vivido debajo de una carga; las dos piernas eran cortas y abiertas y con los talones unidos, de manera que el hueco que quedaba entre una y otra pierna era un óvalo perfecto. El tal marchante,

recostado detras de una puerta, daba seguro descanso á su persona, la que, á pesar de eso, se le iba para un lado y otro, pues no tenia alientos ni para escupir. La otra persona era una muchacha, que con su pañolón colorado, camisa de arandelas bordadas con seda negra, su correspondiente rosario y gargantilla de oro y enaguas azules; un sombrerito de murray con cinta ancha daba fin al traje de la graciosa calentanita. El tercero era alto, derecho y seco como un varejón; vivaracho como una pólvora, de ojos pequeños y bailadores y de boca inquieta, porque no se callaba, y para dar á entender que no era majadero hablaba de todo y mucho. El bizco y la muchacha haria tiempos que estaban en requiebros amorosos (de parte de él, porque ella se reía), cuando yo llegué.

—Orirú sa, me dijo el bizco, tocándose el sombrero, y yo que estaba recién salido del colegio, le contesté, sin correrme:

—Comaan saba.... Uno y otro quedamos satisfechos con nuestro saludo y ninguno de los dos supimos lo que nos habiamos dicho. El padre de la muchacha luégo que nos oyó, le dijo:

—Eh! mire cómo el cachaco sabe hablar en lengua! Entonces me le arrimé y le pregunté pasito: quién es este señor?

—Es el señor que está errando en el pueblo, y es de la extranjería.

—Entonces herrará que es un primor, no?

—Ah señor! si ellos lo saben hacer.

Ya iba á volverme á hablar en su idioma el hombre tuerto, cuando la calentanita le dijo no sé qué, y le llamó la atención con su cara de relámpago, como decia él. Efectivamente, la muchacha tenia una de aquellas fisonomías que juegan con el corazón de quien las contempla: un cielo azul en un día de verano con las nubes escarmentadas y esparcidas aquí y allá, era ménos risueño que su cara, que sembraba la esperanza en el corazón y hacia asomar la risa del placer á los labios; pero de repente se quedaba tan seria y tan imponente que hacia contristar el ánimo y retroceder la esperanza que un momento ántes habia nacido bajo una sonrisa seductora. Era el relámpago que alumbraba en una noche de tormenta, para dejar despues al viajero sumido en la duda y en la oscuridad.... Pero mal haya sea! ya me metí á romántico cuando no queria; aunque viéndolo bien, todo en esta vida no es otra cosa; la vida misma no es otra cosa que un paréntesis ó una digresion en grande: jamas hacemos lo que debiéramos, y si hacemos algo, es como por mientras tanto; piensen bien lo que les digo y verán.

Cuando salí de esta venta fuí á pararme en otra esquina á ver pasar á aquellos jinetes, que corren con la barbaridad más grande de el mundo. Frecuentemente vienen á todo escape pelotones de veinte ó treinta, á tiempo en que de otra calle desembocan otros tantos, produciendo encontrones violentos y caidas peligrosas. Otros más pacíficos vienen con tiples, *alfandoques*, pandereta, tambora, y cantan aquellos banbucos y bundes que sólo en tierra caliente se oyen; los caballos de estos músicos ambulantes parece que comprenden la mision que llevan, y caminan tan despacio como el jinete lo necesita para llevar el compas de su tiple.

Medio distraido con las músicas y cantos de los que pasaban ya á pié ya á caballo, consideraba cuán distintas son las costumbres de un lugar á otro, y como los regocijos populares sirven muy bien de medida de la civilización de los pueblos. Los romanos, por ejemplo, ántes de la era cristiana, tenían espectáculos de fieras que luchaban con un hombre, de gladiadores, que los gritos de agonía del vencido regocijaban al espectador y aumentaban el triunfo del vencedor; y los españoles y nosotros tenemos todavía corridas de toros á la mitad del siglo XIX!... En

esto pensaba yo cuando un golpe brusco dado en el hombro me hizo volver á mirar inmediatamente.

—Señor, me dijo el hombre que me hizo tal cariño.

—Señor? le contesté.

—Por qué no monta?

—Porque no tengo en qué.

—Camine á casa y yo le doy.

Después de este diálogo tan lacónico como el de dos espartanos, me fui tras de mi hombre pensando en la franqueza de esas gentes y admirando la generosidad de aquellos hombres que en ese día no piensan sino en que todos se diviertan. Habíamos andado una cuadra cuando me preguntó:

—Usted se sabrá *tener*, no?

Tal pregunta me puso en el embarazo de no saber qué contestarle, porque ó me acreditaba de cobarde ó me exponía á montar en un potro probablemente; pero al fin venció el orgullo y respondí:

—Por supuesto, con tal que no brinque el animal en que yo monte.

Se rió el picaron de mi hombre, y dijo:

—Pues ese caballo que le voy á dar era manso, pero hace mucho que lo tenemos engordando, y quien iba á montar en él se arrepintió.

Llegamos á la casa, y desde la puerta alcancé á verlo amarrado debajo de unos mangos. Me le acerqué y vi que era alto, gordo, fornido, lustroso y de color castaño; el ojo vivo y de mirada alegre, nariz ancha y orejas pequeñas; no permitía que se le acercase nadie. En tanto que yo lo contemplaba sacó mi hombre con que ensillarlo y me dijo:

—Esta silla es nuevita, nadie la ha estrenado todavía.

—Peor para mí, le contesté, porque tendré que amansar silla y potro.

Para ensillarlo empezaron por taparle los ojos y sobarle el lomo hablándole quedo; pero aquel animal parecía nervioso, porque cualquier cosita, cualquier rejito que le tocara lo hacia fruncir y de vez en cuando bufaba como un toro que embiste. Por fin lo ensillaron, quitaron los estorbos que había en el patio, y á los chiquitos de la casa los llevaron para adentro, no fuera á ser que los atropellara; un hombre lo cogió de la jáquima bien cerca de la quijada y otro estaba pronto para tener el estribo, cuando Don no sé qué, porque nunca supe cómo se llamaba mi protector, me convidó para que fuéramos á la sala. En el camino le pregunté por los zamarros y él me contestó:

—Eso no usamos nosotros; espuelas sí hay, pero ojalá no se las ponga.

Cuando entramos á la sala,

—Aquí te traigo al cachaquito para que me le des un trago de *pechereque*, le dijo á su esposa, que era mujer ancha, espaldona y con un abdomen que al reírse se le movía como una gelatina; cada una de sus palabras era un grito y cada carcajada un estruendo.

—Usted es quien va á montar en el potro? me dijo midiéndome con una mirada de pies á cabeza.

—Sí, señora, le contesté con calma.

—Pues entonces, téngase.

—Eso pienso, mi señora.

Pronto estuvieron llenas dos copas de un aguardiente tan puro que hacia escupir al verlo, y sin brindis ni ceremonias nos lo acomodamos entre pecho y espalda y, manos á la obra!

No hubo novedad mientras montaba, y por lo que hace á mi figura no acierto á decir cómo quedaría, pero supongo que los calzones ajusta-

dos se irían á las rodillas, dejando en descubierto las medias y los botines. Un muchacho cabestreó el caballo hasta la puerta entre si brinco ó no brinco, pero como en la calle había una multitud de gente que esperaba tan sólo por ver quién era el que montaba en semejante animal, cuando los muchachos vieron mi encogida figura y al caballo con las orejas arriscadas y la cola fruncida, gritaron:

—Téngase de atrás! las mujeres: mírenlo cómo viene! y los calentanos: San Juan! Con esto y con un lapo que le dieron, el tal caballo salió corriendo como la ira mala. Todos me gritaron: téngalo! téngalo! pero yo no tenía manos con que hacerlo, porque la una era para la cabeza de la silla y la otra para el sombrero. Cuando el animal se sintió sin quien lo manejara y cuando los estribos (que muy pronto los perdí) empezaron á golpearle los ijares, entonces sí que perdí la esperanza de salir con vida. Nadie lo pudo contener y unos gritaban: uiste! otros: arre! todos lo espantaban, ninguno hacia por contenerlo, porque donde quiera que pasaba cerraban las puertas y otros las abrían para ver correr aquella furia. Por fin empecé á perder el sentido y al principio vi niebla después no ví nada y, adios. . .

Me contaron después que el caballo había dado vueltas por todas las calles y que viendo que no era posible contenerlo, y temiendo que se estrellara conmigo, habían resuelto enlazarlo de cualquier manera; los rejos, según me dijeron, llovieron sobre mí; de eso sí pude dar razón por las peladuras y cardenales que me quedaron. Y fueron tantos los enlazadores que sobre mí cayeron, que uno me echaba un *cambuque* al pescuezo otro á la cintura, uno enlazaba el caballo, otro caballo y jinete, y todos tiraban, y ninguno aflojaba, como que si yo fuera el Tesoro. Después que pudieron sujetar el caballo me desenredaron, y dicen que les costó un trabajo inmenso soltarme las manos de la cabeza de la silla, como si fuera contrato con el Gobierno. Cuando volví en mí estaba en una venta rodeado de una multitud de gentes que jamás había visto, y como todos se interesaban tanto por mi salud, lo primero que hicieron cuando abrí los ojos fué darme aguardiente, es decir, hacerme perder otra vez la cabeza.

El dueño de la venta, que parecía un canónigo en traje de entre casa, dijo que no me volviera á hacerme montar en ese caballo y que él daría uno manso. Era este sujeto de estatura regular y cilíndrica: cualquiera diría que era una pipa con cabeza; pero como es necesario hacer justicia, diré que, si por la frente se mide el talento, este hombre era la inteligencia personificada, pues le empezaba desde más atrás de la coronilla; en una palabra, toda la cabeza se le iba convirtiendo en frente; la nariz era arqueada, los ojos pardos, sin cejas y sumidos entre dos enormes carrillos, que, agobiados por la gordura, caían hasta más abajo de las mandíbulas como caen los labios de un perro dogo.

El caballo que me tocó en suerte era el reverso de la medalla del otro; así debiera sucederles á los que se casan después de haber perdido una buena mujer. Mi caballo era rucio mosqueado, chico y tan flaco que en él se hubiera podido estudiar anatomía sin necesidad de quitarle el cuero; tenía la mirada lánguida y la boca como las de los que están conformes con su suerte, es decir, con el labio inferior más largo que el otro y en continua convulsión, como si buscara consonante. Pero, eso sí, era animal que no necesitaba de espuelas, porque lo mismo se le daba de que se las arrimaran que de que no se las arrimaran.

II

Ya eran las doce del día más hermoso del mes de Junio, cuando los hombres empezaron á reunirse para ir á sacar á las señoras. La banda de música, presidiendo el paseo, hacia alto en cada casa de donde habia que sacar á alguna de aquellas, á los gritos de "San Juan!!" con que todos la recibían. Todas las señoras montaban en briosos caballos y la mayor parte de ellas tenia enaguas blancas largas, y las jardineras de merino azul ó verde ajustaban sus talles flexibles y delgados; muchas llevaban capas y alguna que otra iba con el traje de pura calentana. De una de esas casas salió un sol; un sol era segun quemaban sus miradas. Montaba un caballo bayo naranjado, alto, gordo y muy proporcionado en sus formas; pateaba el suelo orgulloso con su carga (miento, que era tercio) tenia una obediente inquietud que lo hacia no estarse quieto en tanto que su dueño lo contenia; en su cuello arqueado que alargaba alternativamente ya hacia una, ya hacia otra de las rodillas como para limpiar la espuma del freno, tenia crin blanca y brillante que le caía del lado derecho, haciendo ondas en las que brillaba el sol; la cola, que dejaba á merced del viento cuando corria, parecia una pluma y en el movimiento airoso de las manos parecia mostrar el orgullo de quien comprende que lo que hace está bien hecho.

La señorita que montaba en este hermoso caballo se llamaba Rosa, y bien lo era por su frescura, sus colores, su belleza y tambien por sus espinas; qué agudas eran! todavía siento sus punzadas. Supóngala, mi querido lector, tan amable como un niño, y con la risa de la inocencia que asome á sus provocativos labios, sin que caiga en cuenta de que sus ojos dejan una herida donde quiera que se fijen; que hieran sin querer; no le ponga más adorno que la sencillez y una camisa bordada de sedas de colores, tan blanca y fina "que las formas virginales del seno dibuje y guarde;" ahora imagínala con el cabello estudiosamente abandonado por los hombros y con bucles negros que oscilen á los latidos de su corazón ó al menor movimiento de su inquieto caballo; y por último, póngale un sombrerito negro con dos plumas y lazos de cinta color de cereza, que unas veces floten libres y otras vengan á acariciar sus rosadas mejillas, y tendrá usted, mi buen lector, una idea de lo que era la encantadora Rosa.

Después que estuvimos todos á caballo, empezamos á recorrer las calles entre mil gritos, músicas y cantos hasta que salimos á un inmenso llano para ir al río, y aquí fueron mis apuros, por que mi caballo aunque sonaba como una tambora al repique de mis calcañares, no se daba por entendido de que muy pronto nos dejaría atras. Viendo que ni los gritos de "San Juan," los cohetes, los latigazos y ni aún las copas que yo tenia en la cabeza lo hacían correr para alcanzar á la del caballo bayo, determiné echarme á pié y dejar entregado á ese infeliz á su triste suerte; pero viendo esto uno de los de la comitiva, hizo desmontar á uno de sus hijos y me dió el caballo. Entónces sí que no dejé á quien no atropellara, con quien no apostara á las carreras, ni dejé traje que no rompiera con los estribos, en una palabra, corrí como en caballo ajeno.

Ese llano por donde pasamos es de los más pintorescos que he visto en mi vida. La inmensa esplanada está rociada de casitas donde el sonoro plátano convida á gozar de la sombra que brindan sus anchas hojas, donde los naranjos y limoneros, unos cargados de flores y otros de frutas, recrean la vista y el olfato, y donde de entre espesos y cargados mangos se levanta la palma con su plumaje de dengosas hojas que se

dejan mecer á los soplos de la brisa como se mueve el talle de una mujer para hacer un desden. En todas esas casitas tenían precisamente un gallo colgado de las patas con la inocente intencion de quitarle la cabeza, como lo hicieron con San Juan. *Dies iræ!* para los gallos y las gallinas tambien.

Pasamos el llano á la carrera, visitando todas esas casas, donde el saludo era un grito de "San Juan!" y después una copa de aguardiente. En seguida empezamos á entrar á una vega de árboles coposos y tupidos que formaban una techumbre de verdura sin que en el pié hubiese ni una zarza que impidiera el paso. Íbamos despacio gozando de aquel espectáculo tan agradable, cuando de repente vimos el río!... Parecia que acababa de abrirse paso por entre esa vega, porque de un lado y otro venia besando los troncos de los árboles y las gramas de la orilla, que se arrimaban hasta mojarse en las primeras olas. Este río, aparentemente quieto y silencioso, como el semblante de quien quiere ocultar la pasión que lo domina, copiaba en su seno las ramas de los árboles, que se alargaban como para mirar su imagen en el fondo de las aguas, ántes que algun soplo rizase la superficie, así como un recuerdo agradable arranca una sonrisa que apenas asoma y muere. En este momento me olvidé de todo para contemplar aquella escena de que apenas tenia una idea. Yo no habia oído la brisa que acompaña á los ríos y que unas veces parece dormida sobre la corriente y otras se levanta á las ramas de los árboles para mecerlas y arrancarles las hojas que caen y siguen á su pesar el curso de las aguas, como caen las horas en el pasado para no volver. Yo no habia visto la golondrina que viene rastrera sobre la superficie del agua, que moja su pecho y se alza á su nido para amasarlo con el agua que lleva embebida en sus plumas, y meditaba en todo esto, cuando desperté al grito universal de "San Juan!", y "San Juan!" grité yo tambien para volverme á mezclar en aquel bullicio. Ambas riberas estaban llenas de gentes de todas clases: unos debajo de enramadas, otros debajo de los árboles, y muchos debajo de toldos, y en todas partes ardiendo la hoguera en que se preparaba la comida para después del baño, y en todas partes los chuzos con pollos ensartados. Día terrible, vuelvo á decir, para el linaje gallináceo!

Apuros de otra clase fueron los que tuve á la hora del baño, porque por allá es más fácil que muchos no sepan persignarse, que el que una mujer no sepa nadar. Ese día serví de diversion á todos, porque cuando me vieron preguntando dónde seria ménos hondo, hasta los muchachos querian cogerme por su cuenta entre el río.

Después del baño empezó la música y dimos principio al baile. Yo no sé si en los grandes salones y en medio de las riquezas haya un instante siquiera que dé idea de la felicidad y de la inocente sencillez de que se goza en escenas de esta naturaleza. Allí sin más techo que las hojas de los árboles ó el mismo cielo con su hermoso azul que no tiene una nube que cruce á esas horas el espacio, sin más alfombra que la grama ó la ardiente arena; por un lado la vega, que entre el follaje y los troncos oculta cierto misterio que parece que convida á gozar ó que "á los hurtos de amor brinda," como dice Saavedra, y por otra parte el río que pasa torciendo su paso como para entretenerse un poco más y gozar de aquella alegre fiesta; allí, digo, hay encantos que no han saboreado nunca los de las grandes ciudades y los ricos salones donde impera una tirante cortesía. Yo quisiera dar una idea á mis lectores de lo que es oír los gritos de alegría que unidos á los ecos de la música y al murmullo sordo del río, llenan el aura de una armonía más propia para gozarla en silencio que para ser explicada.

¡Quién pudiera haceros sentir, lectorcitos míos, lo que es un bambuco entonado en las playas de un río por dos voces femeniles, sin más acompañamiento que los tiples! Ah! esto es para volver loco á un buen cristiano.

Cuando el bambuco empezó, toda la gente fué formando un círculo y dejando el lugar suficiente para que los bailadores se exhibieran. No tardó mucho en presentarse un muchacho con alpargatas limpias y calzón blanco tan bien aplanchado como su camisa, con ruana de colores vivos y con un sombrero *raspon* que medio ocultaba, medio descubría sus picarescos ojos. De una mirada, buscó en todo el círculo la que quería sacar á bailar y se fué hacia ella.

En tierra caliente no se usa más cumplimiento ni ceremonia para invitar al baile que llegar delante de la pareja haciendo una pequeña *vénia* y á esta invitación no se resiste nadie. Salió, pues, la bailadora entre tímida y vergonzosa, pero sin esquivarse, y luego que se colocaron uno al frente del otro como á ocho pasos de distancia esperando á que los músicos entonasen un verso con su estribillo, la muchacha pareció reconocer su puesto y se armó. Con sus enaguas de linón azul, camisa fina y bien bordada, el cabello negro y húmedo, suelto en bucles sobre los hombros y contenido por una ligera corona de helecho; un pañuelo blanco en la mano que apoyaba en la cintura y arregazando con la otra las enaguas de encima como para dar campo á su inquieto pié, parecía desafiar á la que más hermosa y modesta se presentase allí. ¿Pero quién se había de atrever, si era Rosa la que estaba en el puesto?

Empezó el baile y el canto también con esa poesía lírica tan sencilla en su expresión como ardiente y constante en sus resultados: cuartetos sencillos, como hijos del pueblo á quien sirven de intérpretes; pero cuánto sentimiento en ellos! Dos mujeres cantando á dúo, acompañadas de tiples y del casi callado són de la tambora, ó como dice Pombo: "con salsitas de violín, alfandoque ó pandereta," entonaron este cuarteto en tanto que Rosa bailaba:

Cuando dices son mis ojos
Los que mi alma están quemando,
Se te olvidaba que los tuyos
Me tienen desesperando.

Después de repetido por mitades el verso, empezaron á cantar el estribillo de "Que se quema el monte,—déjalo quemar—que la misma cepa—vuelve á retoñar."

Yo no sé qué calificativo darle á este baile; si airoso, elegante ó arrebatador; apenas oye uno su música, quisiera bailar ó gritar, y, cosa extraña! es triste también el bambuco cuando se quiere. Este aire nacional, tan antiguo como nosotros, es siempre tan nuevo como el día que está pasando, y tiene tanta popularidad como para el mundo la ha tenido la *Ilíada* de Homero. Siglos vendrán en que nuestra sociedad se haya regenerado por el influjo de la civilización y en que nuestras costumbres sean enteramente francesas, y el bambuco será repetido como un recuerdo siempre agradable: la marsellesa y el bambuco no morirán.

En el baile me pareció ver representar en pantomima la historia de unos amores con todas sus peripecias. Empieza el hombre con un paseo hasta la pareja, como para invitarla; ella cede y lo sigue, y ya se vienen ya se van; el hombre *escobilla*, mientras la mujer zapatera; después se retiran desdeñosos y cuando el hombre vuelve hacia el centro, la mujer

también se acerca, pero al tiempo de encontrarse, cuando ya parece que se tocan, la mujer con una media vuelta se esquivo desdeñosa y se va. El hombre entonces la sigue siempre en tanto que los músicos suelen cantar el estribillo de "Cójela, cójela de la colita que se te va!"

Lo que me agradó también fué el ver que allá todas bailan, porque presentándose una mujer en el puesto, aunque sea una vieja, la que baila le cede el lugar, y el hombre tiene que *bailarlas* hasta que algún otro quiera venir á reemplazarlo. Después del bambuco bailamos valeses confidenciales y sabrosos, elegantes contradanzas, caña y torbellino hasta que llegó la hora de la comida.

Pocos de mis lectores habrá que no hayan gozado de una comida á la orilla de un río y rodeados de lo más querido de su familia y amigos, sin más asiento ni mesa que el mismo suelo, y muchas veces sin más mantel que grandes hojas de plátano. En este día nos sentamos alternando, un hombre y una mujer, con el objeto de que cada uno le sirviese á una de ellas, á riesgo de que muy pronto ellas fuesen las que nos sirviesen, porque eso es lo que sucede siempre. La comida era exquisita, y el orden era mejor; pero muy pronto empezaron las lenguas á enredarse y los colores á salir á la cara, y ya un hombre por alcanzar una copa tropezaba con una botella, creyendo que no estaba tan cerca, ya una señora exigía á un hombre que tomase más de lo necesario, para lo cual se comprometía á tomar con él, y en tanto yo que gozaba de fama de talentoso, no sé si porque no callaba, fui invitado á brindar y en menos de nada dije más disparates que palabras; eché contra el partido caído y elogí al dominante, hablé de literatura y de ciencias como un estudiante de amores, todos me aplaudieron y algunos gritaron: ¡Viva el orador! y no faltó quien dijera: que se repita! como en función de teatro. Todos quedaron satisfechos y yo no supe lo que dije, ni los demás tampoco; pero así es como se gana la popularidad.

Por la tarde volvimos á salir al llano, y como en cada casita había un gallo colgado, todos pasábamos con la inocente intención de arrancarle la cabeza, pero el que manejaba el rejo, en el punto en que pasábamos tiraba y hacía levantar el gallo dejándonos con la mano cerrada como quien sueña con una mochila de dinero. En otras partes un gallo enterrado esperaba ó lo hacían esperar, á que alguno viniera á quitarle la cabeza de un machetazo. Pobres gallos! si ellos tuvieran conciencia del sufrimiento, cuánto padecerían al verse rodeados de gente que se ríe, y oyendo los acompasados golpes de una tambora y los repetidos gritos de "San Juan!" Y todo esto tan sólo porque alguno mal vendado venga á cortarles la cabeza.

1856.

LA OBRA MAESTRA.

Los hombres de una imaginación viva tienden siempre á un grado de mejoramiento indefinido, y sin poder encontrar lo que ellos buscan entre lo palpable y corpóreo, lanzan sus miradas hacia una región más elevada, para convencerse de que mientras más alto se va, más falta por subir. Hé aquí por qué no se puede definir á Dios; quien trata de comprenderlo, tiene que rendirse precisamente y confesar su impotencia.

porque jamas lo eterno é inapelable cabrá en el estrecho círculo de una imaginacion finita. Quien más lo haya comprendido sólo habrá visto que por una gota no se puede juzgar de un océano, ni por un instante, de lo que sea una eternidad. Es por esto por lo que el ignorante es presuntuoso y el sabio desconfiado. Aún más allá, decia Colon, mientras que los monarcas y sus cortes respondian con un *non plus ultra* y tomaban por un loco á quien descubrió un mundo. Y como si una maldicion hubiese de perseguir al genio, siempre la ingratitud ha sido el galardón de los contemporáneos: Galileo y Colon son un ejemplo bien triste para los que alguna vez esperasen más de los suyos.

Sin embargo esos genios que aparecen de vez en cuando y que no son sino apóstoles de la Divinidad en la tierra, cumplen su mision, á pesar de los obstáculos que los persiguen y despues se van. Rafael ensayaba el efecto de sus inspiraciones en las paredes de su cuarto y en el fondo de los platos y jarras que pintaba por obedecer á su padre que trataba de apagar el genio de quien más tarde fué la gloria del mundo. Benvenuto Cellini fugándose de las cárceles de Roma, busca asilo en otra patria para dejar allí los rastros de su gloria imperecedera. Triste condicion de la humanidad! Siempre la ignorancia persiguiendo al genio.

Hoy nosotros, tratamos, no de fundar una crítica, porque nos creemos incapaces, ni queremos hacer un elogio, porque éste daña tanto cuando es mal hecho, como una injuria realza al objeto deprimido cuando es notoriamente injusta: queremos enunciar simplemente un hecho. Hablamos de un cuadro.

Siempre se ha notado cierta tendencia á idealizar aquello que más se ama, ó se admira, como para manifestar la gran necesidad de una religion. Y esto, porque el alma necesita de una mantencion *sui generis*, para ella sola. De aquí, pues, el origen del Olimpo griego, de los ídolos de la China y el Indostan, y de esos soles de oro que con su reflejo alumbraban el templo peruano en que oró Atagualpa, último resto de esa civilizacion destruida por la ambicion.

No es extraño, pues, que el Cristianismo, tratando de armonizar lo divino de su religion con lo corpóreo y puramente humano, se eleve á veces en sus raptos y produzca imágenes como la de que hoy hablamos.

El culto más tierno y que se arraiga con más dulzura en el corazón, aquel que hace á los niños en el templo alzar una de sus manecitas, para señalar una imagen que, en medio de una risa candorosa llaman su madre, es el que ha puesto los pinceles en manos del señor Ramon Tórres para hacer una obra que nos atrevemos á llamar obra maestra.

Su cuadro de la Soledad ha satisfecho casi esa concepcion impracticable de la Virgen Madre al pié de la Cruz.

La suprema amargura y agonía que prensan el alma de una madre que pierde á su hijo, pero sin la rigidez del dolor que hace borrar de las facciones cuanto hay de amable en un sér tan bueno, es lo que más admiramos allí. La casi desesperada agonía que no deja ni arrojar una lágrima, pero templada por una dulce resignacion, es muy difícil de sujetarse á un lienzo. Al verla, se comprende el sentimiento, se hermana el alma con la de la Virgen en tal situacion, y sin pensarlo, se le ayuda á sufrir. La unción y el sentimiento sin el egoísmo que despierta en los humanos esta clase de dolores, es una gran belleza en un cuadro. Allí se ve á la madre que ha perdido lo más querido, pero también á la que en medio de tal conflicto está dispuesta á oírnos una súplica.

Que otros critiquen las líneas; que hablen del colorido, de la transparencia de la sombra que en medio de lo oscuro deja ver la limpieza y perfeccion de las carnes; que admiren la soltura del ropaje, y que aprue-

ben ó discutan la mayor ó menor perfeccion en el dibujo, mientras que nosotros, al traves de ese conjunto de bellezas del arte, admiraremos la sublime inspiracion de quien supo imprimir tanto dolor y dulzura en la imagen de la Madre de Dios.

1859.

POR ANDAR A OSCURAS.

Artículo de fondo dedicado á los periodistas.

Ya veo dibujada en los labios de mis lectores una sonrisa maliciosa tan sólo porque vieron el nombre que le puse á este mi artículo; y á decir verdad, no se le podia poner otro, tan cierto es lo que voy á referir. Porque han de saber mis lectores, que no se hayan ocupado en este oficio, que hay artículos en los cuales se ha trabajado más por ponerles nombre que en meditarlos y echarlos á luz, pues sucede casi siempre que uno se sienta á escribir sin saber qué cogerá entre manos, y va escribiendo todo lo que va viniendo á las mientes y despues de haber ensuciado uno ó dos pliegos, sale con que son tantas y tan distintas las cosas de que se ha ocupado que no sabe qué nombre poner que le convenga.

Pero no sucede así con esto que llevo entre manos, pues han de saber que lo que me propongo es desmentir un refran que quizá ustedes no han oído y que dice: "todo se sabe, ménos lo de anoche," y para conseguir esto, es que voy á echar á luz una historia, pues no es otra cosa, y como yo soy hombre que diera un ojo por ver á otro tuerto, seria capaz de decir hasta una mentira con tal de probar que en este mundo, ni lo de anoche se queda oculto.

A pesar de todo esto, yo no veo la necesidad de probar nada de lo contrario aquí, porque creo que ni uno solo de los que me lean, no tenga algo qué contar de lo que le haya sucedido, sea adverso ó favorable, sólo por andar á oscuras, y que tarde ó temprano se haya sabido.

Yo, por ejemplo, me hice chato por un encuentro á oscuras y no lo pude ocultar, y no faltará quien se haya hecho barrigon por iguales razones, de manera que viéndolo bien, deberia yo dejarlo en este estado y no contar lo de anoche. Sin embargo, hay sucesos que se repiten todos los dias y no por eso dejan de variar segun las personas, las circunstancias, el tiempo el lugar y tantas otras cosas que atenúan ó hacen más árduo el asunto. Es por esto por lo que me he resuelto á contar lo que hay quien crea que solo Dios y otro lo saben. Tengo además otra razon y es, que esta es de aquellas aventuras tras de las que andamos á caza los que escribimos, pues por lo rara y curiosa se presta mucho para hacer reir aun al más serio de los lectores, sin que se ofenda en nada el buen sentido ni la moral.

Eso quédese allá para los maliciosos á quienes no se les puede decir nada sin que lo lleven por otro camino.

Ahora, si algunos han pensado algo malo, tanto peor para ellos, pues yo me labo las manos y no salgo responsable de malos pensamientos de otro, ni ante Dios ni los hombres, porque bastante hago con adver-

tirles que no tienen por qué pensar mal. *Honi soit qui mal y pense.* Sin embargo, pueden decir que lo que pretendo es poner preámbulos para poder acomodar quién sabe qué enredo sin que antes hayan caído en la cuenta de ello; pero estoy seguro de que los persuadiré de que no es así. Con todo, tengo una consideración que hacer antes de empezar mi cuento y que por nada me la dejaría adentro, so pena de reventar.

Casi todos los fracasos que suceden por andar á oscuras tienen su origen en la ignorancia de alguna cuando no de todas las cosas que hay de por medio; y si se atiende á que el hombre en tales circunstancias (habló por mí, porque todavía no he visto á nadie á oscuras) además de hallarse así, cierra los ojos de manera que, aunque abra las manos, extiende los brazos hácia adelante, lleve la figura de medio lado y vaya poniendo los piés uno tras otro, teniendo cuidado de afianzar primero el calcañar con más ó ménos cuidado, según sea la enormidad del caso, nunca deja por esto de encontrar cuando ménos piensa y ántes de tiempo con lo que no busca, ó si encuentra lo que busca no lo quiere así, como sucede con una puerta que está cerrada, se verá que no es cualquier cosa esto de andar á tientas. Después de estas consideraciones que me parecieron muy necesarias empezaré mi historia, suplicando ántes á mis lectores que me perdonen el no dividirla en capítulos, ni ponerle números romanos, pues ya no quiero detenerlos más.

Era de noche, se entiende, porque si fuera á contar lo que sucede de día y á la luz del sol por andar á oscuras, me habría metido en una tarea algo peor que la de contar la historia de todos los sucesos humanos. Ah! si el hombre en todo lo que hace no anduviera á oscuras; si tuviera la omnisciencia divina que ve tanto en el futuro como nosotros nunca veremos tan claro en el presente, por más que abramos los ojos, entónces el diablo no hubiera engañado á Eva que fué la primera que supo qué sucede por andar á oscuras y dejarse seducir por un demonio, que aprovechándose de la ignorancia en que estaba nuestra madre de lo que era el bien y el mal, le metió unas largas y otras cortas, como suele decirse, y cata que desde entónces estamos como estamos en este pícaro mundo. Pero abandonemos estas consideraciones y sigamos.

Era de noche pues, para seguir mi historia y no embrollar más á mis lectores, y noche tan oscura que bien pudiera aplicársele aquello de *tristísima noctis imago* de Virgilio, ó aquello de *longue nuit!* de Víctor Hugo. ; Cómo la naturaleza también tiene sus momentos en que expresa la consternación ó el dolor! Pues así como se dice que la aurora sonríe, también puede decirse con mucha razón que una noche como la que voy pintando llora por sí sola. Ah! la pintura de esa noche es horrible, la tinta no es bastante negra para hacer una imagen exacta y si no fuera porque tengo que limitarme á las estrechas columnas de un periódico, yo os diría, lectores míos, cuántos y cuán graves son los inconvenientes de andar á oscuras; pero como *El Mosaico* no lleva visos de acabarse, en otro número os habré de decir, vive Dios, no sólo cuán negra era esa noche, sino á cuánto están expuestos los lectores por andar á oscuras, pues es claro que entónces no leyeran lo que se llama un artículo de fondo.

1859.

LA CAMISA CALENTANA.

Señor doctor Vicente Lombana.

DÍJOME usted que sentía que en mi artículo del San Juan en tierra caliente no hubiese hecho una mención honorífica de la camisa calentana, y como una de las virtudes ó defectos con que cuento es el ser demasiado obediente, voy á buscar uno de mis recuerdos y á presentárselo tal cual me vaya viniendo á las mientes. Yo sé muy bien que he de verme en calzas prietas para hacerlo, tanto más, cuanto que la casaca, la ruana, la montera y hasta el gorro han tenido sus apologistas entre nuestros más acreditados escritores; pero, dejándome de prólogos, de que soy enemigo, allá voy salga bien ó mal.

En no sé qué año llegó á Ibagué, donde yo vivía, un inglés jóven que se había propuesto conocer las curiosidades de la América del Sur, y después que admiró aquí el Salto de Tequendama y en el Chaparral la cueva de Tuluní, quiso ver el Tolima, y á Ibagué también, que no deja de ser una maravilla encantadora. Digo encantadora porque no es de aquellas que sorprenden y dejan suspenso el ánimo á primera vista, sino de las que burla burlando y sin sentir, se deslizan poco á poco hasta el punto de poner á tirar piedras al más guapeton. A primera vista, el aspecto de esta antigua población, que ha merecido el rango de ciudad, y que ha llegado á ser capital de la República, no es muy incitativo, porque sus calles no son rectas, las casas, en su mayor parte, son de paja, y hasta la desgracia de no tener una buena iglesia sirviera para aumentar la exageración de lo triste; pero en cambio tiene campos como pintados, un clima tan suave y soporífico que allí está uno como arrullado; cielo tan puro como el de Italia (según dicen, porque yo soy cuasi-raísal) y además, hay tanta franqueza en los hombres y tanto fuego y dulzura en las mujeres, que le digo la verdad, mi amigo: quien no quiera olvidar su patria ó salir sin más de medio corazón, que no vaya á permanecer allí más de quince días.

El jóven inglés de quien le hablo, llegó recomendado á casa y por consiguiente tuve que acompañarlo en sus excursiones. Era tan afecto á lo nuestro que se encataba contándome todo lo que había visto, y hacia tales elogios que á veces llegué á creer que era una burla, idea que me ha traído todo elogio exagerado. En su álbum había recojido preciosidades, y la vista del Salto, paisajes primorosos y tipos especiales de nuestras costumbres estaban también copiados, que no pude ménos que admirar la destreza de mi huésped y empezar á creer que de veras nos quería, al ménos, como tipos extraordinarios. Preguntéle qué le habían parecido las bogotanas y me dijo que preciosas, encantadoras, pero.... y como usted sabe, desde hace mucho tiempo se dijo que después de un pero viene una bestialidad, no quise averiguar el *pero* de las bogotanas por dos razones: la primera por no obligar á mi compañero á que me dijera una inglesada después del *pero*, y segunda, porque yo no quería exponerme á sufrirla, pues esas coces ó cosas siempre duelen por insensible que uno sea.

Era tan afecto á la lengua española que se desvivía por aprenderla perfectamente y me suplicaba que le corrigiese los defectos, y, apenas habría una cosa que le cayera más en gracia que un refrán dicho á tiempo. Decía que los adagios eran la Escritura y que no tenía un axioma

tanta fuerza como esas sentencias que donde quiera arroja el pueblo en sus momentos de dicha, desespero ó reflexión; así fué que una vez contándome los peligros á que se había expuesto en alguna de sus excursiones, le dije que por qué exponía su vida de esa manera, y él me contestó con una resignación de ateo ó de fatalista:

Eh! como ustedes dicen, el que ha de morir á oscuras, más vale pájaro en mano.

Al día siguiente de su llegada nos preparamos para ir á ver el famoso Tolima, y la noche antes se desveló contándome la riqueza de su familia, así como también la nobleza de su casa y la de su futura esposa. En su relación me la pintó con tales colores que muy bien conocí por lo exagerado de las tintas que estaba más enamorado que un Cupido, motivo bastante para que no solamente las bogotanas, sino todas las mujeres del mundo, tuvieran peros para él.

No había llegado la aurora y ya nosotros íbamos por el llano del Arado en dirección al sitio llamado el Boqueron. Atravesamos por un puente de guaduas el Combeima, que no es sino el llanto del Tolima como dicen los poetas, y al detenernos á contemplar aquel río tan ruidoso, dijo, acordándose de un refrán:

—Oh! caramba! libreme Dios del agua mansa, que de la corriente también quiero que me libre.

Los primeros rayos de la aurora apenas alcanzaban á alumbrar algunas nubes y las crestas más altas de los montes, cuando nosotros nos hallábamos en el Boqueron, en el mismo punto donde estuvo Humboldt y después estuvieron Codazzi y Price. Y le digo la verdad, mi amigo: me siento muy sin fuerzas para pintar esa vista: los lápices, los pinceles y el daguerrotipo son incapaces de copiar aquello exactamente, porque no son las tintas, los colores ni la precisión de las formas lo que constituyen esas bellezas: es lo imponente, lo grande que tienen en sí mismas; es ese algo de divino ó el remedo de la majestad de Dios lo que asombra. Se siente tanto orgullo al ver el Tolima así de cerca que uno se cree grande entre los hombres al mismo tiempo que pequeño ante la Eternidad.

Dos grandes abras de montaña se apartan para dar paso al Combeima y dan campo á la vista para ver aquel prodigio. La inmensa mole, escondiendo su cabeza cónica entre las nubes que salen á recojer las primeras miradas de la aurora, tiene tanta solemnidad y pompa en su conjunto y tanta belleza en sus pormenores, que temo describirlas, porque la imaginación, que no es sino una cámara oscura donde se refleja todo por medio de estos lentes que nos dió la naturaleza, puede guardar impresiones verdaderas é indelebles pero que á nadie es dado sacar á luz tales cuales son. Figúrese usted una gran mole diáfana, brillante, cristalina y transparente, pero que no sea semejante á la plata pulida ni á los lagos iluminados por la luna, ni al diamante herido por la luz, y de ese conjunto de suavidad y brillantez, de opacidad y luz revista una masa tan enorme que su cúspide vaya hasta las nubes y su base se extienda indefinidamente formando las cordilleras de los Andes que más lejos vuelen á mostrar el Santa Isabel y el Ruiz. Déle usted á ese conjunto, golpes de sombra en las quiebras, puntos casi luminosos en las prominencias, báñele la cúspide con el color rosado más suave, más fino y más delicado que encuentre, pero que no sea el rosicler de la concha, ni lo purpúreo de la rosa, sino esa luz divina de la aurora reflejada sobre la nieve, y tendrá una idea del Tolima.

Perdóneme esta digresión y tenga la paciencia de seguirme, que alguna vez sabrá por qué le puse á mi artículo el nombre que usted ha visto.

Serian las doce cuando ya de regreso volvíamos á pasar el Combeima y como era día sábado encontramos en la cuesta á varias ibaguereñas que iban al baño ó venían de él. Yo no sé si usted conoce ó tiene noticia de lo que son las ibaguereñas; pero sépalo ó no, le diré que el joven las miró como se mira una flor al pasar por un camino: con distracción y sin querer fijarse en una cosa que pronto se habrá de perder de vista para siempre. Pasado mañana me iré, me decía, para qué he de fijarme en lo que no he de volver á ver más?

Por la noche hubo un baile de los que allá llaman de *cintureras*, y en otras partes llaman de *medio pelo* ó de *ñapangas*. No quiero discutir sobre el origen de estas denominaciones, y sólo recordaré que estos bailes son en todas partes el dolor de cabeza de las señoras, aunque con más razón de los hombres.

De mi casa á la del baile había muy poca distancia, así fué que pudimos dejar que empezara y cuando llegamos bailaban ya una contradanza.

Permítame una ligera descripción de una sala de baile: allá no se usaba adornar las puertas ni las ventanas (y esto mucho menos en los bailes de las señoras) con cortinas de gasas transparentes ó de riquísimas sedas sustentadas en grandes clavos romanos; con helechos del Chipalo y con hiedras del Combeima se imitaban cortinajes y otras labores, y el verde tierno y amarillento de los helechos, así como el casi negro de las otras hojas, hacían tan gracioso conjunto sobre el fondo blanco de las paredes, que la vista al fijarse allí parecía descansar como se descansa viendo algo oscuro después de haber observado los rayos del sol; mesas con espejos y ramilletes de flores de granado, de tulipán y de flores de amé, cuyo plumaje rosado al parecer de seda se va desvaneciendo hasta terminar en blanco, son por lo común los adornos de un baile de gran tono.

No puede haber más sencillez, no es así?

Por un caprichoso galanteo, ó no sé qué puntillo, en esa noche la sala para el baile de *cintureras* estaba tan compuesta como para uno de gran tono, así fué que mi joven inglés se halló tan agradablemente sorprendido, que es seguro no le pesó haberse asomado á observar nuestras rústicas costumbres, como las llaman ellos al volverse á su patria. Y como una de las cualidades de la gente ibaguereña es que en una reunión no usa de etiquetas para con nadie y á todos los trata como si fueran antiguos conocidos, de manera que el más tímido y mojigato tiene que echar, aunque no quiera, de su lomo escama, mi compañero estuvo en dos por tres lo que se llama á la altura de un baile.

Ahora es necesario que diga algo acerca de las mujeres. En la época á que me refiero, ninguna iba con otro traje que las enaguas y camisa calentana; una flor adornaba algunas veces el peinado y aun ésta estaba de sobra donde reinaba tanta sencillez; porque una morena de dientes blancos, mirada viva y penetrante y sonrisa matadora, necesita de más para llamar la atención de quien la mire? Y qué parecerá un baile donde reina la franqueza y donde las blancas camisas con primorosos bordados, vienen dibujando cinturas de mimbre; camisas que intentan pero no pueden ocultar las formas de espaldas y pechos como ideados? Qué, donde hay bocas frescas sin desden, ojos quemadores sin altivez; fuego y dulzura, amabilidad y recato, sencillez y elegancia? Usted dirá que sueño, y muy bien puede ser, porque no se necesita más que ver un baile de esos para quedarse soñando toda la vida.

Después de que se bailaron algunas contradanzas y valces se llegó al fuerte de las tierras calientes, es decir, á un bambuco. Este aire nacional-entièrement nuestro, que es como usted dice, un maná filarmónico, pues,

to que tiene el sabor que uno quiera ; triste con nosotros si lloramos y alegre tambien si queremos entregarnos á la alegría, tiene tanto poder que apenas se oye y todos como acometidos por un vértigo quieren bailar. Comúnmente lo tocan por partes, pues la música de viento despues de la introduccion, deja el campo á los tiples y á los cantores para que á intervalos iguales canten las sentidas coplas con que el pueblo sabe hablar al alma tan de cerca.

Y qué diré de las bailadoras ? De buena gana cediera yo la pluma á usted que es tan entusiasta por el bambuco y la camisa calentana, para que me describiera á una ibaguereña, guamuna, caucana ó guadera. La más hermosa salió esa noche á la mitad de la sala : era regular de cuerpo y tenia unas enaguas de linon rosado que subian hasta dibujar la cintura y recoger en menudos pliegues una camisa tan fina que parecia de batista ; comprimía los hombros y guardaba el seno una finísima tira de encaje de la cual pendia la arandela, en cuyas puntas un ramo bordado de sedas imitaba ya una rosa á medio abrir, ó ya un manojo de claveles ; y un lazo de cinta que parecia sujetar la tira sobre el pecho repetia los latidos del corazon con el sociego y regularidad con que se deslizan las ondas de un lago en calma.

Una figura de esta clase en la mitad de una sala de baile esperando á que los cantores digan lo que sienten y á que el hombre que está al frente empiece el baile, es algo más conmovedora de lo que se piensa. Yo quisiera ver en un baile de estos al más indiferente y estoico y es seguro que cuando ménos pensara estaria locamente enamorado, pues cuando hay una muchacha ¿ una dije ? una docena ó dos, como Matilde la bailadora de bambuco, no se puede contar con juicio por mucho tiempo.

Yo creo que usted dirá que le he descrito á la ibaguereña hasta la garganta, dejándolo con la curiosidad de cómo tendria la cara, y que ya sabe que como todas las de estos climas tenia cuerpo airoso, maneras sueltas, brazos rollizos, manos blandas y con hoyuelos, pecho prominente y de formas tan redondeadas como las que idearon los griegos para hacer la estatua de Vénus, pero que no sabe cómo seria lo demas. Y sin embargo de eso, pienso dejarlo con la curiosidad, pues para pintar una cara hermosa y sin pretensiones, es decir, que á pesar de la candidez é inocencia de una niña, haya ojos negros y brillantes como unas uvas camaronas, nariz perfecta, boca fresca y de formas como estudiadas y con sonrisa eterna, no me creo capaz, no señor ; á todo me atreveré yo, ménos á eso. Idee usted, si quiere, ojos de americanas, languidez de inglesas, boca y dientes de las soñadas mujeres orientales, nariz de judía, el fuego de las italianas, la candidez de las mentidas pastoras de la Arcadia ; y con todo esto forme una mujer á su antojo ; pero yo nunca, ya se lo dije, me atreveré á tal cosa. Lo único que haré es seguir mi relacion del baile, ya que no puedo hacerle la pintura de una mujer ibaguereña.

Despues del bambuco empecé á buscar á mi compañero el inglés y no lo encontré ; pregunté á todos y ninguno dió razon ¿ Qué se hizo ? para dónde se fué sin avisarme ? Esto me inquietó y me fuí para casa á buscarlo. Efectivamente, allá estaba y lo hallé con el codo firme sobre la mesa, la frente apoyada en la mano y la vista fija en un papel. Acababa de delinear una figura y ni mi presencia, ni lo que le decia le hicieron levantar los ojos del papel. Aquel humor jocoso y alegre se le habia acabado ; de amable se convirtió en sério y de comunicativo en taciturno. La variacion de genio habia puesto en movimiento hasta á los criados, pues á esas horas ordenó el viaje para el dia siguiente, y no hubo poder humano que lo detuviera. Al otro dia, al tiempo de perder á Ibagué de vista, estando ya en la Palmilla, dejó escapar lágrimas que me conmovie-

ron, haciéndome preguntar qué seria lo que le habia ocasionado tal variacion. El resto del dia lo pasamos en casa en recordar á nuestro huésped y en llevarle la cuenta de las jornadas : al Toche ó al Moral irá á quedarse esta noche, pensabamos como á las cinco de la tarde ; pero no lo habiamos acabado de decir cuando el inglés llamó á la puerta.

—Cuánto me alegro de volver á verlo ! ¿ Qué se le olvidó ? le dije.

—Oh ! no : á mi no se me olvida, y más valiera que sí, porque entonces no me hubiera vuelto ; yo no soy como otros que á espaldas muertas y al que se va lo entierran, dijo intentando acordarse de un refran.

Sabe usted á qué volvió ? A que hiciéramos otro baile, pero que habia de ser de cintureras. Por fortuna en Ibagué se piensa en un baile á las ocho, y á las ocho y média se está bailando la primera contradanza, así fué que no hubo dificultad en darle gusto.

Cuando volvió á ver á las ibaguereñas, y entre todas á Matilde, bailaba en un pié de gusto ; las enaguas de linon y la camisa calentana lo tenian medio loco. Decia que nunca se habia imaginado que traje tan sencillo fuera tan elegante, y que daria cuanto le pidieran por tener á Matilde así, en Europa, en un salon aristocrático, donde no se oye crujir sino seda y no brillan sino diamantes. Una de las cosas que más lo atormentaron por el camino y con lo que nunca se conformaba, era no saber fijamente cuántas flores tenia la camisa. Decia que cada vez que miraba el retrato que habia hecho la noche anterior y lo veia sin concluir, no podia conformarse con no volver á ver á Matilde.

Cualquiera dirá que despues de haber contado las flores de la camisa y de haber satisfecho sus dudas, el inglés volveria á emprender su marcha para el Quindío, pero no fué así. Algo más que las flores lo tenia en Ibagué. Dos meses permaneció y en cada semana emprendia viaje para ir hasta la Palmilla, y volverse á hacer un baile, hasta que por fin hubo que sacarlo casi por la fuerza, pues si no, todavia estuviera allá mirando una mujer de camisa calentana.

A MAS NO PODER.

Dedico este artículo á quien me haga el honor de aceptarlo.

ESCRIBO este artículo en vísperas de viaje, para tierras muy lejanas y casi con el pié en el estribo ; voy á probar si escribir artículos en tal situacion, me es tan fácil como á Ricardo de la Parra le era hacer versos cuando estaba á caballo.

Tengo un asunto guardado desde hace tiempos y, vive Dios que ahora he de traerlo por los cabellos, para encajarlo aquí, aunque me quede con la cabellera en la mano. Va, pues, el cuento, que ademas de ser histórico tiene la ventaja de que entro yo como protagonista.

—En una de las excursiones que en cierta época hacia de Tunja á Chiquinquirá y al contrario, sucedió que hube de entretenerme más de lo necesario en el camino y de ahí el que llegase al pueblo de Sora como á las cuatro de la tarde. Más por descansar que por tomar algun alimento me apeé en una venta de la esquina de la plaza, en donde me dijeron los dueños que era mejor que hiciese noche allí, pues el agua estaba al caer

y que del alto para arriba no encontraria á quien volver mis ojos ; pero metí la cabeza, confié en mi caballo y contra viento y marea emprendí la subida de la cuesta.

No habia llegado á la mitad de la pendiente, cuando se cumplieron las profecías de los venteros, pero al pié de la letra, y agua va dijo el cielo, como derramada á cántaros.

Y miren ustedes ; subir por allí era lo mismo que pretender hacer caminar la bestia por sobre un espejo inclinado y untado de jabon. Cuanto puedo decir es que el caballo intentaba dar un paso y se volvía para atras. Qué remedio ! Eché pié á tierra y empecé á cabestrear mi caballo por entre un mar de barro en unas partes y por sobre espejos de greda en otras.

Para colmo de felicidades, ántes de coronar la cuesta cerró la noche. Válgame Dios ! aquello parecia boca de lobo. Con la luz de los relámpagos, cayendo aquí, levantando allá, alcancé á ver una casa á donde me dirigí como á puerto de salvacion. Grité, llamé, golpeé, pero nadie respondió.

Eso sí se llama pasar trabajos !

Una esperanza me quedaba y era el llegar á la hacienda de un amigo, la que, segun mis cálculos matemáticos, hechos sin brújula y á oscuras, entre aquel mar de barro, no debia estar muy lejana. Y qué precision ! Despues de haber querido forzar el caballo, al que ya me le habia montado otra vez, á que se precipitase en unos sangilones profundos, creyendo que eran el camino, dimos en la susodicha casa. El animal al maliciar la dehesa, relinchó y yo al ver la casa grité :

—Buenas noches !

—Buenas se las dé Dios, contestó una voz de mujer.

—Está el patron en casa ?

—No, señor ; se fué hoy para Tunja y dejó cerrada toda la casa.

—De suerte que no puede darme posada ?

—No hay donde se quede su persona, ni donde poner el caballo. Yo estoy *arrunchada* aquí en este corredor porque no tengo donde arriarme. Perdone el caballero por esta noche.

—Qué hago yo ! dije con desesperacion y volví á emprender camino.

A todas estas el agua, seguia dale que dale. Aseguro que una situacion de estas es para desesperar al más guapo ; yo debia estar blanco de canas.

Sin darle direccion á la bestia y resuelto á dejarme zampar hasta el gollete en una chamba, ó á que de un porrazo se me rompiera una piedad, me abandoné á mi propia suerte, renegando paso de mí mismo, pues solo yo tenia la culpa de tal desventura.

Pero véase cómo aquello en que ménos atencion se suele poner en el curso natural de la vida, viene á tener una significacion de grande importancia en ciertas emergencias imprevistas. El ladrido de un gozque me pareció aquella noche más dulce, que la voz de una amada que en noche silenciosa reconviene al tardío seductor.

Espoleé la bestia, cambié de posicion sobre la montura y á salga lo que saliere me endilgué á donde la voz del perro se oia. No tardé en llegar á una casa pajiza que se hallaba á la orilla del camino.

De rondon entré en el corredor, eché pié á tierra y penetré en una pieza oscura. Encendí un fósforo y en el acto examiné el patio en que estaba. Era aquello una venta dirigida por una mujer que estaba emburujada detras del mostrador. El exámen fué tan rápido como el asunto lo requeria. Excepto unas tablas vacías en forma de aparador, y el atajadizo de bahareque que hacia de mostrador y que contenia al pueblo soberano

para que de allí no pasase, nada más habia. Se me figuró la tal venta como la sacadura de una muela.

Se me olvidaba hacer mencion de una tarima de adobes, que al lado de afuera habia y de un objeto que vislumbré entre las sombras, y que despues describiré.

—Patroncita, le dije, con todo el cariño que suelo emplear cuando intento obtener algun servicio ; me da posada ?

—Pero solo que se quede ahí del lado de afuera, porque aquí no hay cama, ni dónde.

—Eso no le hace, lo que importa es no mojarme más, ni dormir al sereno. Se podrá conseguir pasto para la bestia ?

—Pero con esta *escurana* y tanto barro, qué pasto va á encontrarse ?

—Pero mire, dije prendiendo otro fósforo y arrimándome á donde la voz sonaba ; cómo se llama usted ? Quiero saberle su nombre.

—Estrella, para servir á su merced.

Poco le faltaba para serlo, pues cuando le vi la fisonomía, no pude ménos que recordar un sol que habia pintado en el cielo raso de la escuela en donde me enseñaron las primeras letras. Qué cara aquella ! un geómetra para medirla, no habria tenido que hacer sino colocar un extremo del compas en la punta de la nariz y girar. Seguramente que aquella cara es una de las más perfectas que se hayan fabricado, digo, si la perfeccion consiste en la regularidad de las formas. Y qué brazos ! ya se los habria tomado cierto tío Canillitas, que yo conozco, para usarlos como piernas. El pecho, las espaldas y qué sé yo que más que apenas se adivina, eran monstruosos. Solo de la garganta no doy razon porque se le habia escondido. Y sin embargo, esta mujer que apenas contaria veinte años era agradable, bondadosa y servicial.

—Pues entónces dígame, Estrella, ya que mi buena estrella me condujo aquí, qué tiene que me dé de cenar ?

—Pero nadita, caballero ; no me ve que no ha venido la patrona del mercado de Tunja ? Aquí no hay ni un maiz que azar.

—Aguardiente tiene para darme una friega ?

—No ve que lo han *espolisao* y no lo dejan vender ? Eso solo los ricos lo venden.

Ciertamente que esas expoliaciones con el monopolio, han hecho ricos á más de cuatro en algunos Estados.

—Vela no tiene ?

—Eso sí que si *busté* no *tré*, no sé con qué se alumbre.

—Cómo no ha de haber un mecho que encender !

—Solo que con una gordana y unos cebitos hagamos un mecho mientras que llegan del mercado.

—Por supuesto que lo hacemos. Lo que importa es vernos las caras.

—En un tiesto y con unos trapos, fabricamos la lámpara que habia de alumbrarnos, y luego que estuvo ardiendo, la trepamos sobre unas de las tablas y así ya pude quitarme el encauchado é ir á desensillar el caballo.

Al entrar con la montura y al tiempo de ponerla sobre la tarima, me fijé en el objeto de que ántes hablé.

Era nada ménos que un indio tuerto á quien el sueño habia rendido, despues de haber tocado probablemente un tiple que al lado tenia y al que no le habia quedado sino una cuerda. Trovador ambulante, habia tocado y cantado en cambio de *guarapo* hasta que lo rindió el sueño !

—Uiste, amigo, le dije poniéndole la mano en el hombro, por qué no toca el tiple ?

—Porque se me *estempló* el *instrumento*, mi amo, contestó entre somnoliento y despierto.

—Pues arregle su instrumento porque esta noche hemos de hacer baile aquí.

—Haremos la mercé que manda mi amo, pero lo que es cuerdas si no hay. Dicho esto, volvió á roncar con la tranquilidad de un justo.

Pensando en el mal rato que pasaria mi caballo, salí á la puerta y entónces vi que la noche habia empezado á clarear, que las brisas ale-teaban oreándolo todo, que las candelillas cruzaban “en urdiembre va-go” y sentí tambien que los torrentes rodaban sus aguas en las hondo-nadas lejanas, con estrepitoso ruido. No pude entónces ménos que re-cordar aquella estrofa de nuestro poeta José Joaquín Ortiz, que dice :

“Vuelve tras la noche tormentosa.
El cielo á esclarecer la luz divina,
Y en el alar de la pajiza choza
Vuelve á triscar la errante golondrina.”

Tal es el espectáculo que el hombre contempla á menudo en nues-tros climas, imagen fiel de lo que nos pasa en las tempestades de la vida.

Entretenido con tales pensamientos estaba, cuando empecé á oir por el lado del alto de San Lázaro, que domina la ciudad de Tunja “patria del zaque y tumba de Rondon,” algunos cantos acompañados de tiples y más luego los gritos y voces de los que llegaban aproximándose á la venta.

—Estrella de mis tempestades, volví á decirle á mi ventera, consiga como pueda unas velas y un poco de pasto para el caballo; le pago lo que quiera y aunque yo me muera de hambre, cuando más la harán á usted responsable de tal asesinato.

—Dios me ampare y me favorezca. Quizá ñor Jaranaş quiera hacernos el *mandao*.

Mediante una moneda, algo de guarapo y muchas súplicas, consintió el tuerto en desperezarse y partir. Y la verdad sea dicha, el hombre se portó bien : á la média hora volvió con un buen acopio de hoja fresca de maiz y dos velas de cebo negro.

A poco empezaron á llegar las carabanas, en grupos compactos y se llenó la tienda. Viendo á los indios con sus tiples y á las indias alegro-nas y pisteretas se me ocurrió una idea que me salvó del hastío.

—Cuánto guarapo tiene ? le dije á la *nina* Estrella, como la llamaban los indios.

—No hay sino aquel ure, contestó señalando un moyon que reposa-ba entre un nido de helechos debajo del mostrador.

—Y cuánto vale el guarapo que contiene ?

—Valdrá, haciendo sus cálculos, unos tres y medio.

—Tómelos, le contesté, y el guarapo se le da á quien yo mande. La *móya* corre, pues, de mi cuenta. El guarapo no vale nada, dije en són de perorata al pueblo, que atónito por tal prodigalidad, me escuchaba. Quien quiera pedir, puede beber hasta que se canse.

—Viva mi amo *dotor* ! Viva la *correlacion*, gritaron los indios.

—Viva ! gritaron las indias, y empezó el teje maneje de las totumas.

—Otra tenemos ! exclamé al ver que la niña Estrella atizaba unas brazas que medio alumbraban debajo de una olla tapada con un tiesto. Tenemos cena ? Cuánto vale lo de esa olla. Yo la compro.

—Esa no se vende porque es la masamorra que se les da á los que gastan el guarapo.

—Bueno, pues, quien quiera masamorra no tiene más que pedir.

Aquella masa convertida por el frio en un témpano gelatinoso, fué liquidándose poco á poco al suave calor de la hoguera y empezó á ser cuchareada ó sorbida por los indios.

Ahora sí, les dije, despues de la cena, vamos á organizar el baile. Ustedes los músicos, se colocan aquí y las bailarinas en su tálamo. Sen-táronse las mujeres en la tarima, y los músicos, despues de aquel largo templar y destemplar rasguearon el torbellino.

Un indio moceton con pañuelo amarrado en la cabeza y sombrero en mano, se colocó delante de una muchacha rolliza y de carnes apretadas, diciendo al mismo tiempo que hacia una venia :

—Á *busté* le digo, mi señora :

La india se puso en el acto de pié y se puso á bailar.

El torbellino que bailan los indios y gentes del pueblo bajo, es segu-ramente el baile más original y rústico que en estas comarcas se conoce ; uniforme constantemente solo consiste en ir y venir hácia un centro su-cesivamente, hasta que la mujer da la vuelta y cambia de puesto. El hombre entónces sin dar la espalda y caminando hácia atras, pasa al lado contrario y hé ahí todo.

De nuestra pareja la india bailaba con mantilla y sombrero, cogiendo con las puntas de los dedos los lados de las faldas, como para ensanchar el traje, y parecia poner todo su conato, en bailar lo más menudito posi-ble y con la cabeza inclinada, con un fingimiento de modestia tal, que hubiera engañado á quien no conozca sus costumbres.

El indio por el contrario, lleno de desfachatez y orgullo, echado hácia atras, zapateaba el suelo con los tacones de hueso, como ellos dicen, que daba gusto.

Mi obra estaba empezada y era necesario aprovecharme de ella. Me acerqué á una india ladina y conversadora, quien me dijo que en ese día habia sido madrina de un chicuelo, y que habia gastado para cuidar á sus compadres, un franco que tenia (un fuerte) y que le diera prestado una peseta, que al dia siguiente me la volveria. Mediante esta propina saqué de la india cuanto quise.

Díjome que uno de los músicos era el novio de la bailarina y que es-taba celoso de aquel con quien estaba bailando ; que más de cuatro pen-dencias habian tenido por esa causa y que el alcalde del pueblo, que era un cachaco *enzapatao*, los habia metido á juntos en la cárcel pero con su segunda intencion.

—Y por qué entre juntos no le dan una paliza al alcalde y despues los dos se avienen como puedan ?

—Cuándo mi amo, si ese hombre es el puro Patas y tiene allá vara alta con los señores de Tunja.

—Algun ganador de elecciones, dije para mí y ya iba á ordenar que saliera otra pareja, cuando el músico consabido dejando el instrumento á otro, se interpuso entre los bailadores haciendo una venia á la pareja. El otro en el acto se retiró y fué á ocupar puesto entre los tocadores de tiple. Ese es el modo de reemplazarse las parejas y otro tanto hacen las mujeres, de suerte que un torbellino puede ser interminable.

Puesto en el hilo de la intriga, me acerqué al que acababa de bailar y le dije que cantara.

No se hizo de rogar, y acompañado de otro moceton, entonó esta co-pla que fué el principio de otras muchas:

Qué bonito clavelito
 Todo lleno de rocío,
 Quién te pudiera coger!
 Ay! cuándo! si no eres mio!

Allí pudieran estarse renovando las parejas eternamente, si el indio que imitaba el *tun tun* de la tambora, golpeando el mostrador, no hubiera dado la señal de concluir.

Entonces empezó de nuevo la repartición de la bebida.

Es costumbre que el que ofrece y si no la persona de más respeto, debe probar aunque sea la bebida, para continuar luego la danza de la totuma de mano en mano. Desde luego que no había totuma que no hubiera yo de probar, por más que me excusara. Jamás había sido objeto de tantas galanterías.

El licor comenzó á surtir sus efectos y entonces empezaron á mostrarse las pasiones al parecer inertes en aquellas almas. En tanto que unos bailaban, otros conversaban sus desahogos ó sus esperanzas, en grupos que constantemente animaba la totuma.

El novio de la india Graciliana Pisve, que así se llamaba la primera bailarina, se me acercó y me contó, como aquel otro se le había metido de por medio á estorbarle después de que él le había dado á la Graciliana una mantellina de castilla y unos zarcillos en señal de matrimonio. Que aquel no la quería, y que si pretendía casarse era por el interés de un derecho de tierra que la india tenía en el resguardo. Díjome también que el alcalde Roncancio, había querido por medida de policía llevar de cocinera á Graciliana á su casa, diz que para evitar pendencias.

Poco me faltó para ser el confesor de todos y todas, aquella noche, pues se me acercaban á referirme sus cuitas con la tenacidad del ébrio y con la terquedad del indio.

La música, el canto, el baile, la conversacion, la masamorra y el guarapo duraron hasta la madrugada. Poco á poco empezaron á doblegarse los cuerpos de los rincones y yo cansado ya de tanto bochinche y rendido de sueño fui á reclinarme en una cama que la niña Estrella me había acomodado con mis ruanas y el encauchado y unas pieles de oveja, lanadas como ellas solas. Un largo uso y aun abuso de la cuja, que era forrada en cuero de res, la había profundizado tanto que parecía piedra de moler, así fué que caí como al fondo de un pozo y en el acto me quedé dormido.

Apénas empezaba á teñir el día en el horizonte, me levanté para hacer ensillar el caballo. Qué espectáculo el de la sala del baile! Allí no había flores pisoteadas, pedazos de adornos desprendidos, restos, en fin, de una rica algazara; los indios yacían, unos, como pintan á los judíos en la Resurrección; otros doblados sobre sus maletas y los más acurrucados como momias.

Alguno más avisado y pícaro que los demás, se escapó á la madrugada, les llevó los sombreros, se los cambió á otros, saqueó las maletas é hizo cuanto daño pudo.

El despertar, pues, de aquellas gentes, fué una pendencia de los demonios.

Una cosa sí observé entre aquel agrupamiento de indios é indias botados en el suelo, y fué que Graciliana y los dos rivales no estaban allí: el uno segun supe, al ver que los dos habían partido, se fué detrás.

Hé aquí, pues, cómo á más no poder pasé una noche cuya historia ofrezco en este artículo.

LADRONES! LADRONES!

I

Carmencita la de la esquina es la muchacha más linda de todo el barrio. Pocas hay que se hagan mejor un peinado de castaña, que muevan con mas donosura el delgado y fino talle, y sobre todo que hagan mejor uso de la cola. Oh! en aquello parece una reina! Qué gallardía! Qué majestad! No quiere decir esto que su gracia esté en su traje, ni en sus adornos; no señores, tiene unos ojos negros que trastornan y una boca, uy! qué boca!... Ha vuelto locos á cuantos se le acercan; pero con razón: es tan amable!

Por supuesto que en la esquina hay siempre una guarnición numerosa. Los más afortunados la visitan, los otros le conversan desde la calle al balcón, y los más se contentan con hacer la centinela y mirarla desde lejos. Qué poder de atracción tan funesto tienen las bellas! Dios me libre!

Todas estas bellezas, todas estas gracias en Carmencita, fueron causa y parte para que Leoncio se enamorase de tal suerte que ya no sabía qué hacerse. Y como en estos casos lo mejor es andar derecho y de una vez echar pecho al agua, se resolvió á tomar el asunto á soplo y sorbo como para fiebre, y decirle á la madre por medio de una carta, que si era de su contentamiento uniría su suerte á la de su encantadora hija. Verdaderamente que no hay como dar este paso: las madres por desconfiadas que sean tienen que ceder á la vista de tan leal proceder, al paso que las muchachas si no tienen intenciones de casarse, al ménos agradecen que las pidamos. Desde ese día la entrada de Leoncio fué libre y la confianza ilimitada.

Esto sucedió hará ocho días, poco más ó ménos.

En esto de matrimonios no hay como pensarlo para que los inconvenientes vengan como llovidos.

Cosa excusada será decir que siendo la niña tan linda y de tan buenas prendas, hubo otro que se prendara de ella de buena fe, pero de mala suerte para darse trazas de entrar á la casa y declararle su pasión *claris verbis* como lo había hecho el otro. Solo para una cosa tuvo valor, y no sé si obrara con acierto: catequizó á la criada de la casa y le declaró á ella la pasión que le tenía á la señorita para que así por otra boca y como quien dice por *bodoquera*, llegara la noticia de su inmenso amor. Ah! y qué bien desempeñó la criada su papel; aseguro que las valen para esto de papeles.

Mariano, que así se llamaba el otro pretendiente, creyó en Dios y confió en la criada. Y, qué pasaria en la casa que él no supiera? Las visitas y galanteos de Leoncio, la vista gorda de la mamá, que se hacia como que no era con ella para ver si hacia feliz á la niña; la indecisión de Carmencita acerca de este partido y la grande afición que tenía por él (segun la criada), todo, todo lo sabía, sirviendo de combustible para que fuese inflamándose aquel pecho tan lleno de amor y de celos.

Estos asuntos amorosos cuando llegan á cierto punto trabajoso, son como algunos tumores que cuando maduran, ponen al paciente en la alternativa de morir ó reventar. No hay remedio.

Sucedió ayer, pues, que la señora madre resolvió ir por la noche á cuarenta horas á la vecina iglesia á tiempo que la niña *resolvía* enfermarse cuando fuera necesario partir. Y como en toda combinacion complicada los subalternos tienen que tomar parte, y á veces la más activa, Leoncio fué avisado por Carmencita de este plan de operaciones, al paso que la criada, sabedora de esto, le dijo a Mariano que mirara que habia moros en la costa.

Cada cual empezó á estudiar el papel que debia desempeñar. La señora madre pensaba estar muy atenta en el sermón, arrepentirse de sus muchas culpas y pedirle á Dios un buen acierto para su hija; la niña estudiaba cómo habria de ser su mal de estómago cuando fuese tiempo; Leoncio ensayaba todas aquellas frases tan elocuentes que los amantes inventan para decir, pero que por desgracia se quedaban entre pecho y espaldas cuando ya es tiempo; Mariano mordiéndose los codos ideaba tantas cosas que no sabia cuál escoger; y por último, la criada como que se arrepentia, como que se animaba á decirle á Mariano que la casa vecina estaba desocupada, que á la ventana baja le faltaba un balaústre y que por el horno se podia pasar al otro horno.

Lo que es ser buenos militares! Aquellos genios apenas vieron que habia que tomar la plaza, ámbos se fijaron en el punto flanqueable, la casa vecina desocupada, la ventana abierta y el balaústre de ménos.

A las seis de la noche estuvieron ambos armados: el uno con un buen acopio de discursos conmovedores para que la niña le diera el sí y el otro con *corrosca*, bayeton, alpargatas y un revólver á la cintura. Que su buena suerte los guie, pues!

II

Ya no me queda duda de que el diablo toma parte en nuestros asuntos y sobre todo cuando son amorosos. Un demonio seria el diablo en sus tiempos para esto de amores, y si no que lo diga nuestra madre Eva. Quién otro que el enemigo malo arregla ciertas ocasiones que salen al colmo de los deseos y mas completas que las bienaventuranzas? Ciertamente es que algunas veces por divertirse cambia los papeles, y una vieja sale cuando no es tiempo interrumpiendo así el desempeño de los dos galanes, y resultando de aquí que la ejecucion del drama se echa á perder; cierto es tambien que en un momento supremo se vale el *mandinga* de hacer palpar el corazón tan récio como una tambora, como nos lo refiere cierto novelista, por cuya causa despierta un perro que hace mas ruido del necesario, siendo esto causa para que el marido salga al jardín á regañar á los que han despertado al perro; pero tambien es cierto que cuando el *patas* está de humor hace de los siete pares porque todo salga á pedir de boca.

Ayer tarde, por ejemplo, no hubo tropiezo alguno. La señora y la criada se fueron á la iglesia, la niña se *enfermó* para quedarse, Leoncio aguardó á que oscureciera para ir á pedir el sí ó el nó definitivo y Mariano observó desde la esquina todo lo que pasaba.

Pongo á mis lectores en el trabajo de que se imaginen los apuros que pasaria el hombre para dar con el horno y los afanes en que se veria para descolgarse al otro lado por el otro horno, y en fin, que supongan todas aquellas inquietudes que en tales casos deben acompañar al héroe de tal funcion.

Vencidos ya los mas fuertes inconvenientes, corrió por los pasadizos,

dejó atrás los corredores, subió las escaleras y se halló en las puertas de la sala. Apenas vió á Carmencita que en un sofá se hacia la distraida con un libro en la mano, cayó de rodillas y se fué acercando así hácia ella como hacen los peregrinos cuando divisan el templo de Chiquinquirá ó cuando suben las escaleras de la hermita de Monserrate.

No tengo humor para decir todo lo que se dijeron, suplicando el uno, contestando con evasivas la otra; lo cierto fué que desesperado Leoncio con la dureza de su adorado tormento le dijo que si no lo desengañaba se rasgaria el pecho para sacarse el corazón y arrojarlo á sus piés revolcándose en su propia sangre.

Uy! iba á decir Carmencita horrorizada, cuando se oyó dentro, en la misma casa, el grito de: "¡Ladrones! Socorro! Socorro!"

—Perdidos somos! dijo la niña dando un grito y cayendo casi desmayada sobre un sofá.

Con ménos habria habido para poner en candela toda la cuadra. Quien primero oyó la voz fué el zapatero de enfrente que en el acto se puso á dar gritos con toda la fuerza de sus pulmones. Un instante despues la cuadra hervia de gente que preguntaba dónde era peligro.

En estos casos ninguno sale desarmado: quién con una escopeta, cuál con pistolas; éste con un machete, aquél con garrote, y no faltó quien sacase por toda arma el azador de la cocina, el palo de la escoba ó la tranca de la puerta. Un momento despues se habian desplegado en guerrilla unos cuantos por los tejados y las órdenes de ataque se daban por todas partes como en batalla de voluntarios.

—Por aquí pasaron porque las tejas están *fresquitas* acabadas de romper.

—Pues entónces usted espérelos ahí y cuando á lo que pasen les hace fuego; apúnteles bajito porque esa carabina alza.

—Por allí, por allí se descolgaron, gritó una criada; en el otro solar están. Yo los ví; el uno es caratozo y el otro descolorido.

—Deben estar entónces entre las *chisguas* ó acostados entre la yerba.

Prum! sonó un tiro y al mismo tiempo un grito.

—Estése quieto, no sea bestia! mire que me baja.

—Ah, pues entónces avise.

—Acaso yo soy descolorido ó caratozo?

—Vivo no cojo á ninguno, decia el del azador.

—Aquí están! Aquí están! allí se mueven entre aquellas matas.

—Bájase uno armado entónces y que los prendan.

—Allá voy, pero lo que tiene es que estoy muy alto, présteme una escalera.

—Socorro! defiéndame! gritó el que acabada de bajar al sentirse atrapado por los mastines. Me matan! me tragan!

—Qué hago que se me entran! gritaba una vieja por la ventana de la calle. Madre mia y señorita de todos los diablos, detenedlos; Ya están rompiendo la puerta.

—Déjelos que se entren, dijo uno desde la calle! el chasco que se llevan no es así no mas. Pierden ellos mas que usted.

A este tiempo ya la señora madre estaba en la calle con la criada y al mismo tiempo Carmencita en el balcon daba alaridos de lo más espantoso.

—Echa la llave del porton para que entre la policía ántes de que suban esos desalmados.

—La dejé prendida en la puerta y yo no bajo hasta allá.

—No, mi hijita, ni lo permita Dios porque te echan mano.

—Entónces qué hacemos?

—Por esta casa se puede entrar, dijo la criada! está desocupada y por el horno se puede pasar.

—Niño, por Dios, váyase que lo cojen aquí, y que dirá la gente, le dijo Carmencita á Leoncio empujándolo hácia fuera.

El pobre salió sin saber á dónde encaminarse, y no le quedó otro arbitrio que bajar y meterse entre el horno.

Un momento despues Mariano buscaba por toda la casa seguro de que no se le escapaba su competidor. Despues de haber recorrido todas las alcobas y cuartos se le ocurrió ir á buscar en el horno. Con el revólver en una mano y una vela en la otra se acercó; pero el otro anduvo tan listo que le apagó de un soplo la luz y saliendo sin darle tiempo para nada se le botó encima y poniéndole en el suelo empezó á gritar: ¡Aquí está un ladron! Leoncio es hombre de una fuerza estupenda y el otro es una paja, así fué que no lo dejó bullir ni hacer uso de su arma, y como entre el horno se habia llenado las manos de hollin le tiznó la cara de tal suerte que lo dejó inconocible.

No tardaron en ocurrir á los gritos y todo fué caer en manos de la policía lo llevaron en triunfo todo tiznado, sin atender á razones.

—Veánlo, decian las viejas, ave María purísima.

—Ven? no decia yo que era caratozo? dijo la criada al verlo pasar.

III

Hecha esta pesquisa tan sin trabajo alguno cuando cada cual se figuraba que tendria que batallar con algun endriago, quedó la gente con ganas de emprender de nuevo una campaña, tanto más cuanto que habia quien asegurara que no era uno solo el ladron.

En este estado de exaltacion general volvia Leoncio á donde Carmencita á recibir el premio de su heroismo, cuando encontró con la criada que llena de afán é inquietud le dijo:

—Por Dios! Qué hace usted por aquí? La policía está buscándolo para llevárselo y mi señorita le manda decir que se esconda.

—Pero por qué me buscan?

—Porque el zapatero lo conoció al entrarse por la ventana y lo ha denunciado, y mi señora está violenta con sumerced.

—Y dónde me escondo?

—Aquí en este cuarto métase en tanto que yo lo favorezco.

Sin replicar se dejó conducir y la criada cerró con llave dejándolo á oscuras entregado á su propia conciencia.

Este cuarto era una especie de tienda que tenia para la calle una puerta que muy raras veces se abria. Desde allí sentia pasar una y otra vez á distintas personas que iban y venian. Calcúlese la situacion en que se veria nuestro amante cuando alguien vino y empujó la puerta. Toda la sangre se le fué á los calcañares y maldijo una y mil veces la hora en que se habia metido en tal aventura. Mas tarde, cuando renegando ya de aquella situacion queria gritar para concluir de cualquier manera, abrió la criada sin hacer ruido y le dijo:

—Insisten en abrir este cuarto y ya no puedo negar la llave; métase aquí en este escaparate y si por si acaso lo abren tápese con esto.

Un hombre en tales alturas no tiene voluntad propia y es capaz de dejarse guiar hasta por un niño con tal de que le prometan que se salvará. No puso, pues, ninguna objecion y se dejó poner encima cuanto á la criada le dió la gana. Luego que estuvo bien cubierto lo llevó de la mano y lo metió entre el escaparate que cerró con llave.

—Pero vuelves á sacarme de aquí tan pronto como se haya retirado la gente?

—Pierda cuidado que no faltará quien lo saque.

El hombre no se volvió á mover convencido de que por lo angosto del escaparate al volverse siquiera podria hacer ruido y llamar la atencion.

Sentado en cuclillas esperó los momentos mas terribles de su vida. Cómo viene la suerte de un hombre á compendiarse en un instante que puede salvarlo ó perderlo!

Es de suponerse cómo le arderia la imaginacion, y cómo prometeria interiormente enmendarse si salia de aquel paso en que una imprudencia lo habia colocado. Hacia, pues, mil propósitos cuando sintió que alguien se le acercaba por detras diciéndole:

—Hola amigo! qué hace ahí?

—Chit! Pasito, pasito que estoy escondido.

—Ja! ja! ja! Vengan á ver este escondido.

Como llovida cayó la gente, unos con velas, otros con faroles ó candiles, y todos empezaron á gritar:

—Aquí está otro disfrazado! Un ladron! Un ladron!

No pudo resistir más y dió un brinco botando cuanto tenia encima. Encerados viejos, pedazos de costales, trapos, y por último un canasto viejo en la cabeza era lo que tenia encima, y el escaparate que lo encerraba era la puerta de la calle! Convencido estaba de que se hallaba entre un escaparate.

Inútil es decir que él con la sorpresa no acertó ni á disculparse y que en el acto lo llevaron para la cárcel.

Muy caro pagó su viveza con Mariano, pues no contó con que la criada habria de vengar en él á su protegido.

No sabemos qué noche habrán pasado en la cárcel nuestros dos Adónis; pero sí sabemos que Carmencita continúa viendo pasar por su calle á los otros pretendientes sin que por su mente cruce la menor inquietud por los otros dos.

PARABOLA.

(En un Album.)

OYE Paulina: allá en los desiertos, en las calientes arenas de la Libia habia un palacio.

Y este palacio, en medio de esos desiertos, era como una esperanza en un porvenir sombrío.

Porque habia palmeras, que daban sombra á los viajeros y grandes Kioskos donde pasar las noches.

Y una fuente perenne que saciaba al peregrino, derramaba sus aguas sobrantes para que abrevasen los camellos.

Y porque habia un jardin con las flores más preciosas de la Arabia, los nardos más bellos del Carmelo y los lirios del Tabor.

Pero ese Palacio con sus Palmas, su fuente y sus jardines no hubiera sido tan rico ni tan hermoso si una mujer no hubiese vivido allí.

Y, ay! del que la mirase una vez, porque habria perdido el reposo para siempre.

Pues tenia en los ojos el canto de los tuyos y su sonrisa matadora se parecia á la tuya.

Y era su talle flexible como el bambú, airoso como la flor mecida por el aura, pero no era tan flexible ni tan airoso como el tuyo.

Y aunque no tenia el misterio de tu paso ni la suavidad de tus formas, ay ! del que la mirase una vez porque habria perdido el reposo.

Y sus ojos no harian sino llorarla y sus labios no se abririan sino para suspirarla y decir su nombre.

Porque era hermosa como mujer soñada y amable como el primer amor.

Sus ojos repelían llamando y una sonrisa desmentía al desden.

Y aquella mujer que movía sus labios y millares de criados venían á obedecerla, cuidaba sola, ella sola, de una flor en su jardín.

Porque esa flor era tan preciosa por sus colores y su perfume, como si alguna vez hubieses suspirado entre su cáliz ó le hubieras prestado los colores de tus mejillas.

Pero aconteció que un día se nublaron los rayos del sol y el cielo apareció sombrío.

Las aves abatieron su vuelo para ocultarse en la enramada, la palma no meció más sus hojas como si presintiera una desgracia y el camello dobló sus rodillas para tenderse en el suelo.

Las ricas celosías y las persianas del palacio dejaron correr sus cortinas y sus puertas para impedir la entrada hasta los rayos de luz.

Ah de nosotros ! gritaron los viajeros y pegaron la boca contra las tostadas arenas.

Y esto porque SIMOUN, el terrible viento del desierto, venía á asolarlo todo.

Venía á derribar las palmas, á tostar las flores y á llenar de lepra á los brutos y á los hombres.

Pero por fin pasó. El suelo quedó como barrido por un soplo y allá á lo lejos se veían los torbellinos de arena que llevaban troncos seculares como si fueran las pajas de la parva.

Y hé aquí que entónces una ventana se abrió porque la princesa salía á llorar la muerte de su flor, de su preciosa flor.

Pero en vez de quejas : al ladrón ! al ladrón ! fué el grito que llamó á mil criados sobre un desconocido que habia en el jardín.

Perdon, señora ! exclamó éste al verse rodeado de puñales ; yo no he venido sino para cubrir con mi cuerpo tu querida flor y librarla de las furias del Simoun.

—Pero quien eres tú, desconocido, que expones así tu vida por conservarme una flor ?

—Nunca lo sabrás, pero héla aquí, señora, intacta está. Ahora, si quieres arrancarla, pero yo ya la conservé.

—Pero quien eres tú, desconocido, me dirás, preciosa Paulina, quien eres tú, que te expones á mi desden ?

Nunca lo sabrás, pero perdon, señora, para quien sin tu permiso abrió tu libro y dejó un recuerdo.

Míralo, ya está escrito : ahora, si quieres, arranca esta hoja, Paulina, arráncala !.....

ENVIDIA.

"Nuncum invidia bona fecit."

La envidia nunca hizo cosa buena.

[De los proverbios de mi gasto].

Señor Luis García Evia.

He visto un grupo en el cual me encuentro retratado en unión de otros cuatro ; y á decir verdad, no los conozco á ellos *ni yo me conozco á mí*. Has perdido, pues, tu tiempo, y para que otra vez no te suceda otro tanto, me tomo la libertad de aconsejarte que, cuando tengas que retratar á alguno, lo mandes llamar, pues es muy peligroso que fies en tu memoria, sobre todo cuando tengas que hacer retratos de fotografía. Yo no sé cuál haya sido la causa para que tú, olvidando la noble misión de hacer pasar á la posteridad nuestras figuras, hayas tratado de mejorar á los otros, deprimiendo ostensiblemente (aunque me pese el decirlo) mi propio mérito. La misión de los pintores, cuando se ocupan en personas como la mia, que habrá de pasar á la memoria de las generaciones venideras, es muy sagrada, y por lo mismo, á la manera de los historiadores, deben poseer recta imparcialidad y justa conciencia para no ser desmentidos. No fuera tan elogiado hoy Tucides si en su famoso cuadro fotografiado en que representó á don Quijote, se hubiera olvidado de su hermoso color rosado, sus mullidas y apretadas carnes y de su tan conocida vestimenta de oro y de tisú. Ciertamente es que hace tiempos que se dijo aquello de que *pictoribus atque poetis, quid libet audendi semper fuit æque potestas* ; pero tambien es cierto que yo no protestaría, como lo hago hoy á grito entero, si no se notara que para alabar á los otros, los has pintado al revés de lo que son, y á mí con intencion torcida probablemente, y con el fin de hostilizarme, me pintaste lo mismo, ni más ni menos que cual yo soy.

Los que formábamos el grupo á que se alude, éramos José María Vergara y V., José Joaquín Borda, José Manuel Marroquin, Ricardo Carrasquilla y el que esto escribe.

¿ De dónde se te ocurrió hacer á Ricardito, que es el más pequeño de todos y que más parece dije de un reloj que otra cosa ; pues él delante del dandicito, ó figurin ambulante anda siempre extrenando la moda ; de dónde, digo, se te ocurrió hacer de él un hombre de talla mayor ? Ahora : ¿ quien va á conocer al catire Vergara si no le pones letrado ? Todo el mundo sabe que es tan albino que cuando hace sol no sale á la calle y que sólo de noche anda de tuna en tuna buscando camorras hasta que viene el día. Más parece que te hubieses propuesto hacer contrastes que otra cosa, y la prueba está en que no hay un solo retrato en tu cuadro. Te aseguro que la ocurrencia de pintar al buchón Borda, delgado como una paja es de hacer reír á más de cuatro. Mira : confesado por él mismo, no ha encontrado entre las poltronas de los canónigos ni las de los empleados una en que quepa, pues todas le vienen pequeñas. Le da vergüenza mandar hacer vestido, porque no hay medida de sastre que le dé vuelta al abdomen, ni pieza de paño que no vaya añadida. Del chato Marroquin no hablemos ; si no supieran todos que por sus narices aplastadas, cara circular como un botón y figura medio romboidea lo llaman *visto entre el agua*, pudieran creer los que vean su retrato, que es un

hombre con figura corporal como cualquiera. No me queda duda de que ellos te cohecharon para que hicieses el grupo dejándome sin composicion ninguna al lado de sus retratos mejorados; pues la envidia que me han tenido, y la que tú me profesas probablemente, es la causa de tan horrible contraste.

Yo no sé qué diablo de mala suerte me persigue siempre que me uno á esos señores. Me basta estar con ellos, aunque sea en estampa para salir perjudicado. Y esto no es de ahora; tiempos hace que me han pasado algunas que dejarán de qué acordarme para toda mi vida. No pierdo la esperanza de que me las paguen todas en una sola, pues ellos no se andan con blanditas, y lo peor es que mientras más amistad tienen con uno más le aprietan la mano. Ahora verás lo que me pasó no hace mucho, para que juzgues de esos hombres á quienes has hecho favor.

Tuve necesidad de ir una vez á la *extranjería*, no recuerdo á qué; y conociendo lo que ellos son, no les dije para donde me iba y pensé en dejarlos descuidar é irme muy pasito á la madrugada. Y podría conseguirlo? Si acaso! Los diablos de los muchachos se me aparecieron la víspera á decirme que los llevara; me dió lástima, que al fin son mis amigos, y les dije que sí los llevaria, pero que prepararan fiambre porque era un poco lejos á donde teníamos que ir. Dicho y hecho: llenaron sus bizasas y nos fuimos. Sólo á Borda lo dejamos, porque nos dió lástima moverlo, y como él no conoce aquello, temimos que se nos perdiera por allá. Lo dejamos, pues, dormido, y como la mañana estaba tan fria, lo arropamos hasta las orejas y nos marchamos muy pasito para no despertarlo.

Después de un viaje borrascoso en el que no dejamos venta á que no entrásemos á beber, llegamos á Marsella, capital de Lóndres, como á las cuatro y media de la tarde. Le preguntamos á un indio dónde habia buena posada y nos señaló una tienda de pilar que habia en la esquina y nos dijo que ahí asistían pasajeros. Efectivamente, allí encontramos pronto de comer, solar para las bestias y una salita con tarimas y juncos para poner las monturas y tender las camas.

Estaba alojado allí mismo un francesito que poco hacia habia llegado del Colegio del Rosario á donde sus padres lo mandaron á estudiar; y como nos hubiésemos reconocido, pronto trabamos conversacion y me dijo que él era muy de la casa de mi señora Eugenia, la Emperatriz de los franceses, y que si yo queria y era de mi agrado me presentaria esa noche allá. Yo le manifesté desde luego que con mucho gusto iria; pero como habia ido con esos jóvenes no me parecia natural dejarlos solos. Díjome entonces que no tenia inconveniente en presentarlos, puesto que serian caballeros decentes que no.... Oh! por supuesto, le interrumpí; ellos son muy formales, y estoy seguro de que no tendrá motivo de queja alguno.

Después de haber tomado chocolate, nos compusimos el pelo con una peinilla que nos dió prestada la señora de la casa, nos anudamos bien las corbatas, nos estiramos los cuellos y ya teníamos nuestros bayetones listos para marchar cuando llegó Borda. Nos dijo que por la mañana cuando despertó y vió que nos le habíamos escapado, habia montado en su rucio, y que como no es tan.... (no sé qué nos dijo) habia ido preguntando aquí y allí hasta que dió con nosotros. Le hicimos quitar un poco de barro del camino y le dijimos que lo llevaríamos pero con la condicion de que no fuera á roncar allá.

Cuando llegamos estaba la Emperatriz jugando fusilico con otras señoras, y acababa de ponerle el pié á una pavesa que con los dedos le habia quitado á la vela con la ligereza de un sacristan. Al vernos se lim-

pió con disimulo en el traje y se preparó para recibirnos. Nuestro compañero dijo entonces mostrándonos:

—Los señores Redactores de *El Mosaico*.

—Mucho gusto tengo en conocerlos, dijo la Emperatriz, inclinándose un poquito.

Las demas señoras se quedaron espantadas mirándonos con sorpresa como gallinas cuando entra un perro á su corral. Y como allá nos estiman tanto que basta decir: "soy colombiano" para que estén con uno, santo dónde te pongo? en esa noche apenas nos vieron empezaron á abrirnos campo para que nos sentásemos al lado de ellas.

Después de un momento de pausa y de mutua observacion, preguntó la Emperatriz:

—Y cuál de los señores es David?

—Yo, mi señora; tengo mucho gusto en ofrecérmele; contesté inmediatamente.

—Y qué milagro es verlo?

—Por *venirla* á ver.

—Gracias.

Ya supondrás, Luis, que esta preferencia hecha en mí no gustó mucho á mis compañeros, y aunque fui mostrando á cada uno diciéndole su nombre y apellido para que los distinguiese, no por eso dejaron de quedar con algo adentro que más tarde me iba haciendo ver candelillas. Lo que te aseguro es que ya tendrás de qué arrepentirte por amigo de hacerles favor.

No es la señora Emperatriz dama que salga á la mejor de espadas con que aquí lo puse y allí lo dejé; no, señor; en ménos hizo una señalita á una india de Suba que sirve de criada de adentro, y como quien no quiere la cosa y para que no se quejaran sus amigas de la vecindad porque no las convidaba, hizo llamar á los músicos y á otros cachacos y en ménos estuvo armada la chirinola.

Y qué hermosas señoras habia allí. Las habia de todos colores políticos y no peleaban, que era lo extraño. Una de las más hermosas, recuerdo que era la señora Magenta de Solferino, princesa chiguana que poco hacia habia heredado unos cuantos millones de su padre, español de Nueva York y quien por consejos de un indio de Tierradentro habia resuelto no formar por fin la guerrilla de Guasca hasta después de la Semana Santa. Estaba tambien la duquesita Malacoffa, tierna y verde como un retoño. Por gracia á ella habian dado en llamarla la señorita algosanjona, adulteracion de la palabra anglo-sajona que indicaba su origen portugues. Corrian varias especies á la sazón en la corte, acerca de cierta aventura en que se le habian aplastado las narices por andar á oscuras, cuando con motivo de la muerte del Papa habia atravesado el mar Rojo á pié enjuto entre una calabaza, conducida por dos príncipes de la sangre. Estaba tambien allá.... Vaya, vaya! si me pusiera á describir las, te confieso que no acabaria. De los hombres no te hablaré, que ellos al fin hombres son, y lo que importa es contarte lo que hubo en la tertulia.

Apénas empezaron á sonar las bandolas cuando Ricardito salió á citar para valse colombiano á una de las más bonitas mujeres que se hayan visto. Yo que vi tal furor, me apresuré á citar á la Emperatriz; pero cuando llegué ya era tarde, porque Marroquin que tiene una vista de lince y es más ligero que un gamo, se me anticipó de un salto dejándome con un palmo de narices. Afortunadamente no habia mucha escasez de parejas y me acomodé con una que se habia quedado sentada en un rincón.

Acabado el valse, nos llevaron á la alcoba á tomar brandy y á comer

bizcochuelos de los que habian llevado para las señoras, y fué tanto lo que le apurámos á los tragos que en ménos de nada estuvimos en plena borrasca.

Contradanza ! salimos gritando de ahí, y fué diciendo y haciendo. Cogimos nuestras parejas por un brazo y quieras ó no quieras, las arrastrámos á tomar puesto, el que defendíamos á codazos y empujones sin consideracion ninguna. ¿ Acaso no le sumió una costilla á la Emperatriz una duqueza del barrio de las Nieves de un codazo ? Todavía le estarán poniendo ventosas corridas porque la dejó sin resuello.

Muy natural me pareció que yo pusiese la contradanza, puesto que iba á bailar con la señora Eugenia. Pero quién dijo tal ? Apénas nos habíamos colocado en el primer puesto, cuando Vergará gritó :

—A mí no me burla nadie ! Me he comprometido á poner la contradanza con una señora y no permitiré que se la postergue. La pongo por sobre todo el mundo y el que sea hombre que salga.

—Miente ! le contesté yo que tenia que hacer ver que soy caballero ; pasarán por sobre mi cadáver ántes que ceder un punto del derecho que me asiste.

La señora, que vió la cosa en tanto riesgo me tomó por la mano y me dijo :

—Vámonos para el último puesto, que nosotros valemos tanto y somos tan Emperatrices aquí como allá !

—No lo permitiré de ninguna manera, dijo Carrasquilla ; David pone la contradanza por sobre todo el mundo y pare en lo que parare.

No fué necesario más para que las viejas se alzaran con los pañolones, paraguas y faroles, ordenando á sus hijas que se prepararan para irse, porque no era posible estar con semejantes colombianos. Empezaron los empeños y las protestas hasta que al fin lográmos que las viejas se calmaran y los hombres fuesen á la alcoba á tomar brandy. Allí jurámos no volver á tocar semejante cuestion y luego la tertulia continuó sin el menor accidente.

Tú sabes que cuando un baile está en el colmo de lo bueno se pide bambuco porque es lo que simboliza más el buen humor. Un ruso gordo y redondo como una pipa con piés, sacó á la princesa Malacoffa y cuando estuvieron en el puesto entre Marroquin y Borda le entonaron una copla que á la sazón Carrasquilla improvisaba.

Qué bien descubillaba la princesa ; con una mano en la cintura y con la otra arregazándose un poquito el traje parecia un trompito en el puesto. No duraron mucho tiempo porque Vergara estaba que bailaba en un pié, y así fué que en compañía de la infanta doña Gertrúdis se interpusieron y los relevaron. El delirio crecia ; aquella divina señora parecia un rielete. Pero válgame Dios ! que cuando daba una de aquellas revueltas, que ella hacia con tanta ligereza y donozura, Vergara le metió el pié y . . . por allá fué á dar al suelo cual larga era.

A ese tiempo un guarda de corps gritó :

—Su Majestad el Emperador de los franceses !

—Ay ! ay ! gritó uno ; volvimos á mirar y era que el Emperador traía de una oreja á Marroquin porque lo encontró de brazo por las Tullerías con una alemana de quien habia estado prendido toda la noche, y que segun la confesion de ella se la llevaba robada para mostrarla como una curiosidad en el museo de su tierra.

Lista como un rayo quiso pararse la infanta ; pero tenia un pié tronchado y no se pudo valer por más esfuerzos que hizo.

Entónces fué lo bueno : su Majestad mandó que nos pusiesen la mano y los soldados se pusieron en movimiento ; pero es el caso que ya

nosotros nos habiamos escapado por una puerta secreta por donde entra á média noche el confesor de la Emperatriz y nos dirigimos por entre un acueducto á la calle del Temple. Yo iba detras de todos y sucedió que todos ellos salieron y cerraron, dejándome allí entregado á mi propia suerte. Volver á donde la señora Eugenia no era posible porque habria sido entregarme ; permanecer allí mucho ménos. Qué hacer ? Malditos sean los tales, decia yo, cuando álguien me dijo : no se afane, que por aquí salimos al Chorro del fiscal en ménos de nada.

—Pero ; quién es usted ?

—No me conoce ?

—No. No sé quién sea. Dígame.

—Soy la que hace los bollos en Belchite.

—Entónces sáqueme de éstos en que me hallo.

Gracias á Dios, dije, cuando estuve afuera.

Juzga ahora de lo que te he dicho, y piensa en sí tengo razon para quejarme de ellos. Lo que te aseguro es que tendrás que arrepentirte por haberles hecho favor cuando los retrataste. Acaso ellos quieran desmentir lo que te he contado ; pero afortunadamente ahí tengo testigos que no me dejarán mentir.

LILA,

CUADRO EN TRES PINCELADAS.

Dedicado en prueba de amistad á la señorita D. R.

SERIAN las cinco de la mañana del 14 de Julio de 1789, cuando se deslizaba una barca ligera y suave como un pensamiento de felicidad, por sobre las aguas del Sena. El cielo encapotado y bajo comunicaba una luz color de plomo, apénas un poco más clara que la de la noche que habia acabado de pasar ; el viento era frio y calador, y la niebla cubria de instante en instante el cauce del rio, rodando á veces lenta y perezosa, á veces ligera como una pluma sobre la superficie de un espejo.

Nadie hubiera sabido que la barca bajaba á esas horas, si no hubiese sido porque se adivinaba el movimiento de ella al oír tararear una tonada muy comun en ese tiempo, y por el golpe que un remero daba de vez en cuando sobre el agua, más bien por juego que por necesidad, pues no era posible bajar con más rapidez.

Por fin una ventolina precipitada y dura como un soplo, hizo levantar la niebla que fué alzándose como indecisa de abandonar las aguas y pudo verse entónces el rio hasta en la ribera opuesta, donde se divisaban unas casitas en medio de los árboles. Este pequeño cortijo, aunque pobre, tenia la apariencia tranquila y risueña que acompaña á las casas de campo, principalmente cuando se hallan á las orillas de un rio. Tres departamentos formando un cuadro abierto por el lado del rio, formaban un patio cubierto de flores cuidadas con esmero, y hácia el borde de la barranca que servia de muro, habia una hilera de tazas y tiestos con claveles, húmedos como la mañana y movibles como las olas de la orilla, y por último, un pequeño bosque de alisos rodeaba las casas como un manto que medio descubre, que medio oculta la blanca espalda de una mujer.

El que iba en la barca, apenas hubo llegado al pié de las casas, suspendió el canto y tomando la sogá que habia en el fondo, cogió una raíz que servia de asidero, echó prontamente una lazada, y suspendido el curso de la barca que quedó oscilando al vaiven de las olas; esperó.

—Creí que ya no vendrias; te he esperado mucho, dijo una jóven asomando al borde de la barranca.

—Pero, qué quieres? No pude venir más temprano, apenas aclaró...

—Tienes razon, interrumpió la jóven, soy demasiado exigente. Pero sube, no te estes ahí.

—Tu padre?

—Está dormido, me encargó que cuando vinieses lo llamara.

El recién llegado saltó á tierra, caracoleó unos escalones que conducian al patio y fué á sentarse al lado de la jóven que lo esperaba sobre un banco de madera puesto á un lado de la puerta.

Andres, que así se llamaba nuestro hombre, tendria unos veinticinco años: su alta estatura y sus miembros enrobustecidos por el trabajo, pero sin ser bruscos, hacian de él el tipo de esa clase obrera despierta y viva que deja ver en el exterior la satisfaccion del trabajo. Andres era de talante vivo, maneras sueltas, alegre, galante y decididor; á sus ojos grandes y risueños, los llamaremos como los llamaban las muchachas del barrio, ojos pícaros; y por no dejar de dar una pincelada más, diremos que tenia mostacho nuevo, negro y sedoso, haciendo sombra á una boca bien formada y llena siempre de amabilidad y de chiste.

Qué diremos de Lila?

Esta jóven, cuyo verdadero nombre era Luisa, pero á quien se habian acostumbrado desde niña á llamar Lila, era hija de un hombre pobre, que habia procurado darle educacion, al ménos para pasar por instruida entre las gentes del rio. Leia, escribia, bordaba y hacia todos oficios de la casa con prontitud y desembarazo; parecia, como decimos nosotros al ver una persona ágil y viva, parecia un *ringlete*. Frecuentemente se la oia decir, cuando veia á un inútil: "fuera yo hombre!"

Y estaba en los diez y ocho años.

Esta muchacha parecia un contraste entre las compañeras del rio, por su hermosa blancura y por sus mejillas y labios frescos y rosados como los claveles que habia en el patio. Tenia brazos apretados, y sus contornos suaves descendian así hasta la punta de los dedos, dignos de una mano aristocrática.

Ahora volvamos al banco en donde los dejámos sentados. Lila, con una familiaridad casi conyugal, le sacaba el cuello de la camisa de entre la corbata á tiempo en que le decia:

—Y cuéntame, Andresito, me has pensado?

—Mucho, Lila mia, contestó el jóven con todo el cariño y la alegría que lo caracterizaban, y al mismo tiempo daba vueltas, como para entretenir la mano, al bucle negro y lustroso que venia rodando por sobre el hombro desnudo de la jóven. Anoche, continuó Andres, estuve acabando de arreglar la casa; si vieras! ha quedado tan bonita..... la sala, el jardin.....

—Sí, el jardin ha de ser grande y bien bonito, interrumpió Lila, porque yo pienso llevarme mis tazas de claveles.

—Y tengo nidos de palomas blancas, volvió á decir Andres, como para acabar el que estaba pintando.

—Ay! son tan preciosas! Y canarios?

—Canarios, no, mi bien; son tan caros!

—Cierto, despues quizá conseguiremos, no?

—Sí, pero dime: iremos hoy por fin á la ciudad á ver al Cura?

—Por supuesto, si mi padre lo desea mucho: me dijo que hoy arreglariamos eso y que si no alcanzamos á volver, que nos quedarémos allá en casa de un conocido que tiene. Quieres que lo llame ya?

—No, estémonos un poco más aquí.

—Sí, la mañana está muy helada y le dará mucho frio al pobre. El sí que está contento.

—Más que yo? preguntó Andres con tono burlon.

—Bribon, le respondió la jóven con una halagüena reconvencion de ojos. En qué iglesia nos casarán?

—Quién sabe, dijo el jóven dejando caer la cabeza sobre el hombro izquierdo.

—Qué vestido te pones ese dia?

—Si te digo ahora, pierdo el mérito de la sorpresa.

—No, Andresito, dime, replicó la jóven con esa amable porfia de las mujeres, con la que siempre consiguen lo que quieren.

—Pues bien, voy á decirte: es.....

—Oye! mi padre despertó y me llama. Vuelvo pronto, voy á decirle que estás aquí, dijo dándole un golpecito en la rodilla, y se levantó corriendo.

Nos hemos detenido en estos pormenores porque ellos indican el estado de las relaciones entre estos dos jóvenes, así como tambien el porvenir que se imaginaban.

Jorge, que así se llamaba el padre, habia enviudado cuando Lila estaba muy pequeña, y, como hemos dicho, todo su anhelo consistia en darle una regular educacion para hacerla feliz. Al presente iban á colmar sus aspiraciones, puesto que la uniria á un jóven honrado y trabajador, cuyos ahorros le habian proporcionado una comodidad suficiente para vivir independiente con su futura esposa. Ese es el sueño de los jóvenes!

Sólo ocho dias faltaban para que se unieran estos dos seres que tanto se amaban y que tanto derecho tenian á esperar en la felicidad.

Hay ocasiones en que ocho dias, un dia, un momento de detencion viene á convertirse en una eternidad.... Por eso Jorge iba tras de los acontecimientos á paso lento pero sin descansar; Andres corria y Lila hubiera querido volar. Se amaban tanto!

II.

El sol por fin recorrió las cortinas con que habia estado velado en toda la mañana, y como á las once apareció. Y qué espectáculo el que vino á presenciarse! Muchas vueltas habrá de dar y quizá hasta la consumacion de los siglos para que presencie una escena igual. Sí, en ese dia terrible vendrá el Todopoderoso y juzgará á los hombres, y en éste era un Pueblo, poderoso tambien, el que empezaba á juzgar á los tiranos.

En efecto, Paris estaba conmovido, agitado y aún pudiera decirse volcado. La última clase de la sociedad habia llegado á la superficie para cubrirlo todo, como las espigas de un hervidero. Allí no habia distinciones, y de las plazas y calles principales se replegaba la multitud hasta los lejanos arrabales en una agitacion vertiginosa. Las olas de ese mar irritado debian llegar despues hasta las fronteras, y volviendo sobre sí mismas destruirse en choques violentos.

Por donde quiera se oian toques precipitados de corneta, carreras de caballos y se veian pelotones de tropa veterana que cedia á la menor invitacion, entregando las armas en manos del primero que las pedia.

Jorge, Andres y Lila se encontraron sin pensarlo entre esta multitud

El que iba en la barca, apenas hubo llegado al pié de las casas, suspendió el canto y tomando la sogá que habia en el fondo, cogió una raíz que servia de asidero, echó prontamente una lazada, y suspendido el curso de la barca que quedó oscilando al vaiven de las olas; esperó.

—Creí que ya no vendrias; te he esperado mucho, dijo una jóven asomando al borde de la barranca.

—Pero, qué quieres? No pude venir más temprano, apenas aclaró...

—Tienes razon, interrumpió la jóven, soy demasiado exigente. Pero sube, no te estes ahí.

—Tu padre?

—Está dormido, me encargó que cuando vinieses lo llamara.

El recién llegado saltó á tierra, caracoleó unos escalones que conducian al patio y fué á sentarse al lado de la jóven que lo esperaba sobre un banco de madera puesto á un lado de la puerta.

Andres, que así se llamaba nuestro hombre, tendria unos veinticinco años: su alta estatura y sus miembros enrobustecidos por el trabajo, pero sin ser bruscos, hacian de él el tipo de esa clase obrera despierta y viva que deja ver en el exterior la satisfaccion del trabajo. Andres era de talante vivo, maneras sueltas, alegre, galante y decididor; á sus ojos grandes y risueños, los llamaremos como los llamaban las muchachas del barrio, ojos pícaros; y por no dejar de dar una pincelada más, diremos que tenia mostacho nuevo, negro y sedoso, haciendo sombra á una boca bien formada y llena siempre de amabilidad y de chiste.

Qué diremos de Lila?

Esta jóven, cuyo verdadero nombre era Luisa, pero á quien se habian acostumbrado desde niña á llamar Lila, era hija de un hombre pobre, que habia procurado darle educacion, al ménos para pasar por instruida entre las gentes del rio. Leia, escribia, bordaba y hacia todos oficios de la casa con prontitud y desembarazo; parecia, como decimos nosotros al ver una persona ágil y viva, parecia un *ringlete*. Frecuentemente se la oia decir, cuando veia á un inútil: "fuera yo hombre!"

Y estaba en los diez y ocho años.

Esta muchacha parecia un contraste entre las compañeras del rio, por su hermosa blancura y por sus mejillas y labios frescos y rosados como los claveles que habia en el patio. Tenia brazos apretados, y sus contornos suaves descendian así hasta la punta de los dedos, dignos de una mano aristocrática.

Ahora volvamos al banco en donde los dejámos sentados. Lila, con una familiaridad casi conyugal, le sacaba el cuello de la camisa de entre la corbata á tiempo en que le decia:

—Y cuéntame, Andresito, me has pensado?

—Mucho, Lila mia, contestó el jóven con todo el cariño y la alegría que lo caracterizaban, y al mismo tiempo daba vueltas, como para entretenir la mano, al bucle negro y lustroso que venia rodando por sobre el hombro desnudo de la jóven. Anoche, continuó Andres, estuve acabando de arreglar la casa; si vieras! ha quedado tan bonita.... la sala, el jardin.....

—Sí, el jardin ha de ser grande y bien bonito, interrumpió Lila, porque yo pienso llevarme mis tazas de claveles.

—Y tengo nidos de palomas blancas, volvió á decir Andres, como para acabar el que estaba pintando.

—Ay! son tan preciosas! Y canarios?

—Canarios, no, mi bien; son tan caros!

—Cierto, despues quizá conseguiremos, no?

—Sí, pero dime: iremos hoy por fin á la ciudad á ver al Cura?

—Por supuesto, si mi padre lo desea mucho: me dijo que hoy arreglariamos eso y que si no alcanzamos á volver, que nos quedarémos allá en casa de un conocido que tiene. Quieres que lo llame ya?

—No, estémonos un poco más aquí.

—Sí, la mañana está muy helada y le dará mucho frio al pobre. Él sí que está contento.

—Más que yo? preguntó Andres con tono burlon.

—Bribon, le respondió la jóven con una halagüena reconvencion de ojos. En qué iglesia nos casarán?

—Quién sabe, dijo el jóven dejando caer la cabeza sobre el hombro izquierdo.

—Qué vestido te pones ese dia?

—Si te digo ahora, pierdo el mérito de la sorpresa.

—No, Andresito, dime, replicó la jóven con esa amable porfia de las mujeres, con la que siempre consiguen lo que quieren.

—Pues bien, voy á decirte: es.....

—Oye! mi padre despertó y me llama. Vuelvo pronto, voy á decirle que estás aquí, dijo dándole un golpecito en la rodilla, y se levantó corriendo.

Nos hemos detenido en estos pormenores porque ellos indican el estado de las relaciones entre estos dos jóvenes, así como tambien el porvenir que se imaginaban.

Jorge, que así se llamaba el padre, habia enviudado cuando Lila estaba muy pequeña, y, como hemos dicho, todo su anhelo consistia en darle una regular educacion para hacerla feliz. Al presente iban á colmar sus aspiraciones, puesto que la uniria á un jóven honrado y trabajador, cuyos ahorros le habian proporcionado una comodidad suficiente para vivir independiente con su futura esposa. Ese es el sueño de los jóvenes!

Sólo ocho dias faltaban para que se unieran estos dos seres que tanto se amaban y que tanto derecho tenian á esperar en la felicidad.

Hay ocasiones en que ocho dias, un dia, un momento de detencion viene á convertirse en una eternidad.... Por eso Jorge iba tras de los acontecimientos á paso lento pero sin descansar; Andres corria y Lila hubiera querido volar. Se amaban tanto!

II.

El sol por fin recorrió las cortinas con que habia estado velado en toda la mañana, y como á las once apareció. ¡Y qué espectáculo el que vino á presenciar! Muchas vueltas habrá de dar y quizá hasta la consumacion de los siglos para que presencie una escena igual. Sí, en ese dia terrible vendrá el Todopoderoso y juzgará á los hombres, y en éste era un Pueblo, poderoso tambien, el que empezaba á juzgar á los tiranos.

En efecto, Paris estaba conmovido, agitado y aún pudiera decirse volcado. La última clase de la sociedad habia llegado á la superficie para cubrirlo todo, como las espigas de un hervidero. Allí no habia distinciones, y de las plazas y calles principales se replegaba la multitud hasta los lejanos arrabales en una agitacion vertiginosa. Las olas de ese mar irritado debian llegar despues hasta las fronteras, y volviendo sobre sí mismas destruirse en choques violentos.

Por donde quiera se oian toques precipitados de corneta, carreras de caballos y se veian pelotones de tropa veterana que cedia á la menor invitacion, entregando las armas en manos del primero que las pedia.

Jorge, Andres y Lila se encontraron sin pensarlo entre esta multitud

y poco les costó seguir el movimiento general; sangre francesa corría por sus venas, y eso era lo suficiente para abandonar toda idea que no fuese la del patriotismo. Ese era el sentimiento general, la idea dominante. “El pueblo en ese día era un brazo movido por Dios para dar un azote.”

Un Cura á la cabeza de los fieles de su parroquia, recorría las calles formando la vanguardia de millares de gentes de todas clases, sexos y condiciones.

Solo un grito se oía en boca de todos: “Queremos armas!” La multitud había dejado de pedir pan para pedir armas; dejaba de pedir limosna para tomar lo que le pertenecía.

De repente se oyó el grito de “A los Inválidos!” y la muchedumbre se dirigió allá. No hubo un solo tiro de fusil, y los regimientos entregaron sus armas en manos del pueblo.

Armados con 28,000 fusiles y algunas piezas de artillería y el resto de picas, hachas y cuchillos amarrados en palos gritaron: “A la Bastilla!”

Andrés tomó un fusil, Jorge una hacha y Lila, que se había quedado sin armas, llevó una provision de piedras. Poco satisfecha, se acercó á un muchacho que llevaba un tambor y le dijo:

—Cambiamos, yo no puedo *tirar* una piedra muy lejos y con mi tambor podré anunciar la victoria donde quiera que vaya.

Entre esa multitud armada había contrastes muy significativos: en la boca de un cañon colocaron un morrion de húsar, y en la punta de la bayoneta de Andrés había una capa de las que usaban los soldados del regimiento del Rey. Cualquiera al ver aquello diría que las insignias del ejército y la reyesía eran paseadas en la punta de las mismas armas de que se había valido para herir al pueblo. Eso era muy justo. Hay ciertos hechos que parecen hijos de un capricho sin reflexion, ó quizá de locura, pero que en realidad no son sino obra del instinto, geroglíficos terribles, avisos mudos de que deberian aprovecharse los tiranos. En una plaza pusieron un busto del rey con una venda sobre los ojos y una soga al cuello. Ciertamente, que si hubieran abierto los ojos á tiempo, quizá la cabeza de Luis XVI no habría rodado por las gradas de la guillotina.

Pero dejemos estas consideraciones y volvamos á Lila.

La correa del tambor se había reventado y la jóven sin detenerse iba á romper con los dientes una tira de su traje cuando un jóven llamado Antonio Clair, de fisonomía interesante y maneras agradables, se acercó diciéndole:

—Señorita, aquí está mi corbata, tómala y amarra con ella tu tambor.

Lila aceptó el servicio y le dijo con reconocimiento:

—Gracias, jóven; quiera el cielo que algun día pueda yo pagar tus servicios como debo.

Qué palabras! Fueron hijas de un simple agradecimiento y vinieron á tener una significacion terrible.

Andrés, Jorge y Lila se perdieron entre la multitud y ninguno volvió á saber del otro; sólo Antonio no se separó ni un instante de la jóven, pues desde el momento en que la vió se propuso correr la misma suerte que ella.

La toma de la Bastilla, como todos saben, fué una de las jornadas más gloriosas del pueblo frances. Por todas partes se veían acciones prodigiosas de valor; bajo de cada descarga arrojada desde las torres morían centenares de hombres, de mujeres y aún de niños, sin que nadie cuidase del que caía, sino de ver cómo se alcanzaba la victoria. “Al menos nuestros cadáveres servirán para llenar los fosos,” exclamaban los que caían heridos. Las mujeres animaban por todas partes á los

combatientes, y Lila con un ardor y consagracion infatigables, buscaba los cartuchos de los que habían caído y los repartía al primero que encontraba sin pertrechos. Jorge se había arrimado al puente levadizo para ver si podía reventar las cadenas que lo sostenían; pero en este momento lanzaron una enorme piedra de la muralla, y Jorge iba á ser aplastado. Un hombre ligero como un rayo, lo separó de aquel lugar y el padre de Lila se salvó.

—Gracias, jóven, exclamó, me has salvado la vida.

—Nada tienes que agradecerme, respondió éste, yo no he hecho sino cumplir con un deber.

Ese jóven era Antonio.

El fuego se hacía cada vez más vivo y la multitud era diezmada bajo la lluvia de metralla que arrojaban desde lo alto, pero los sitiadores peleaban cada vez con más valor. De repente se suspendió el fuego á una señal hecha desde las torres, y entonces se oyó el grito de “La Bastilla se rinde!”

Las enormes puertas de la prision se abrieron y la multitud entró como las aguas de un torrente comprimido que se desborda.

Los soldados entregaron las armas y el Gobernador de la Bastilla fué asesinado horriblemente.

En medio de esta confusion se escapó un tiro de fusil y la multitud gritó: “Traicion! traicion! nos asesinan!”

La gente trató de volverse, pero con el rechazo cayeron mujeres y niños que murieron bajo los piés de los que quisieron salir. En este atropellamiento y desorden cayó Lila, y un soldado la tomó en sus brazos y corrió con ella. En este instante un hombre levantó el fusil y con la culata le dió tan fuerte golpe en la cabeza, que lo hizo bambolear tendiéndolo por el suelo con la jóven. El que acababa de caer era Andrés, que había tenido la imprecacion de ponerse la capa y un morrion de soldado. Lila entonces tomando aliento, se incorporó, tomó una bayoneta y se arrojó sobre Antonio para atravesarlo de una puñalada; pero viendo esto Jorge se interpuso entre los dos diciendo:

—No! que este fué quien me salvó la vida!

A estas palabras, la jóven arrojó un grito desesperado, botó la bayoneta y dejó caer el brazo con tanta fuerza y peso, como si hubiera sido de plomo.

En seguida la infeliz se arrojó con desesperacion sobre Andrés, tratando de incorporarlo, pero éste, con los ojos vueltos, apenas pudo exclamar:

—Cuando mi patria se haya salvado, piensa en mí; y espiró.

El último beso de Lila recogió el alma de su amante.

Antonio quedó como petrificado delante de este grupo. Había matado á su rival sin conocerlo, pero en cambio levantó sobre sí esta maldiciou dicha con toda la desesperacion de una mujer desechada:

—Salvaste á mi padre y mataste á mi amante... yo me vengaré!

III.

Algun tiempo despues de lo que acabamos de referir pasaba lo siguiente en una habitacion estrecha y húmeda, situada en uno de los arrabales de la ciudad.

Sobre un banco de madera estaba sentado un hombre con la cara apoyada en una mano cuyo codo descansaba en una de sus rodillas, en la otra mano tenía una astilla con la que atizaba un candil cuya llama azulosa alumbraba la estancia por momentos con una claridad titilante

para despues volver á su agonizante relampagueo. Así es la esperanza de un corazon sin ilusiones. Junto al candil estaba sentada una mujer sobre un poco de paja y parecia ocupada en remendar. Estaba tan agachada sobre su costura y la luz era tan escasa, que hubiera sido imposible adivinar quién seria. El resto de la habitacion estaba casi vacío.

—Creo que no puedo hacer más, dijo el hombre tratando de avivar el candil.

—Ni yo exijo más, respondió la mujer sin alzar la mirada de su costura.

—Pero, entonces?

—Esperar.

—Esperar. . . . hace tanto tiempo que espero, y ademas : quién sabe cuánto falte todavía!

—Ya lo he dicho y no te engaño; espero que muy pronto el cielo me brindará ocasion de ven. . . . cer los obstáculos, dijo como tratando de enmendar una frase.

—Pero cuáles son?

—Ah! no sabes que no seré tuya hasta que no haya podido pagar tus servicios como debo?

A estas palabras se estremeció el hombre y continuó como conmovido:

—Pero de qué otro modo puedes pagar mis servicios, si es que te he hecho algunos?

—No digas eso, Antonio, respondió la mujer en tono de reconvenccion, porque podria yo creer que exigias mi mano no por ese amor que me manifiestas, sino en recompensa de mis servicios que tanto deseo pagar.

—Y crees que todos los sacrificios del mundo valdrian algo en recompensa de tu amor? ¿Qué he hecho yo que mereciera otra cosa que . . . ? Antonio no se atrevió á concluir y dejó caer la cabeza entre sus manos.

—No! se apresuró á decir la mujer que no era otra que Lila; no, seria una ingrata: salvaste la vida á mi padre, y á mí . . . me libertó tu buena madre de la furia de los soldados el 2 de Setiembre. Ah! si no hubiera sido por ella la pobre Lila no existiria hoy.

A estas palabras se avivaron los ojos del jóven como la luz del candil que atizaba, para volver á caer en su habitual melancolía.

—Es decir, preguntó en seguida, que sí serás mia?

—Así lo he prometido á mi padre, cuando agonizaba, á tu buena madre que tanto me ama, y á ti; despues de que haya cumplido con mi deber, seré tuya, te lo ofrezco.

Hubo unos instantes de silencio.

—Qué será de mi padre? Si no habrá podido vender lo que llevaba? Tarda mucho.

—Si le habrá sucedido algo! dijo Lila con inquietud.

—Quién sabe: la ciudad parece agitada, se oyen muchos tiros y el cañon del Puente-Nuevo suena á cada instante.

En este momento se oyó en el umbral el golpe de un fusil que descansaba.

—Qué haces Antonio! dijo Lila, poniéndose de pié para ir á la puerta.

Antonio se *paro* sobresaltado, y Lila aprovechándose de la oscuridad lo forzó á que se quedara sentado y salió á ver quién llegaba.

—Es esta la habitacion, preguntó un guardia nacional, de la ciudadana Alberta de Clair?

—No, no es aquí, respondió Lila con serenidad.

—En dónde será?

—No sé, quizá en una de estas casas vecinas.

El guardia partió.

—Ves? Buscan á mi madre. ¿Para qué será? En qué pu ede ella haberles efendido? Dios mio!

—Vamos, dijo Lila á buscarla, nosotros la encontraremos primero que ese guardia y la haremos esconder.

—Sí, vamos, dijo Antonio, y partieron inmediatamente.

A la noche siguiente una mujer hablaba con el Conserje de una de las prisiones de la Abadía y se la oía suplicar con aquel interes con que se desea ver á una persona querida:

—Diez minutos, ciudadano, le decia, y te daré lo que me pidas.

—No es posible; tenemos órdenes terminantes de no dejar ver á esa mujer.

—En nombre de la patria, de lo que más quieras, déjame entrar.

Despues de vacilar un momento dijo:

—Bien, te lo permito, però vuelves á salir en el momento, porque si te llegaran á ver, nos perderiamos todos.

—No tengas cuidado, pronto volveré.

Despues de haberla registrado cuidadosamente para que no fuera á conducir nada, la dejó pasar.

La puerta del calabozo se abrió y volvió á cerrarse instantáneamente.

Alberta, la madre de Antonio, habia sido conducida allí, por haberse hallado en el fondo de una canasta en que vendia cigarros, unos números del periódico de Marat, llamado "El amigo del Pueblo." Se la creyó repartidora, y esta era la causa de su prision.

—Vamos, dijo el Conserje, como á la média hora, abriendo la puerta; ya es tiempo.

Una mujer salió del calabozo y desapareció de entre las sombras; nadie la vió.

A las once del dia siguiente llevaban muchos carros escoltados hácia la plaza de la ejecucion: entre esos carros iban hombres de todas clases, sacerdotes y mujeres.

La carnicería, como todos saben, fué horrible. Las cabezas caian al golpe de la guillotina sin interrupcion, y las víctimas no tenian tiempo ni aun para pronunciar el nombre de Dios, en tanto que la multitud, hollando una charca de sangre, gritaba á caba cabeza que caia: "Viva la República!"

Por la tarde llegó un hombre á la Abadía con una orden para que una mujer fuese puesta en libertad porque era inocente. El Conserje le informó que habia sido conducida á la plaza de la ejecucion.

Ese hombre era Antonio que traia la orden para libertar á su madre.

Corrió hácia la plaza á ver si aún podia libertarla, y rompiendo por entre la multitud, llegó por fin, pero ya todas las mujeres estaban guillotinas.

En medio de su desesperacion, buscó el cadáver para embalsamarlo; el traje le es muy conocido, y piensa descubrirla pronto. Al fin encontró en uno de los carros un cuerpo con el mismo traje.

—Es el de mi madre! exclamó, y apartándole de entre los otros, lo abrazó estrechamente; luego buscó la cabeza entre el cesto, pero no la encontró; volvió á examinar nuevamente el cadáver y le halló un envoltorio en la mano, en la que le encontró un bucle negro y sedoso envuelto en un papel que decia: "Para mi padre."

En otro papel en que estaba envuelto el primero, decia: "Antonio, salvaste á mi padre y mataste á quien amé; estoy vengada. . . ."

Esa era LILA.

Hé aquí cómo pasaron los acontecimientos.

En la noche anterior, como hemos visto, logró seducir al carcelero y convencer á la madre de Antonio de que debía fugarse cambiando los vestidos por los suyos, sin que á ella le sucediese nada puesto que le era fácil probar su inocencia. Pero lejos de ello, lo que hizo fué dejarse conducir á la guillotina sin murmurar una palabra.

Valiente corazon de mujer! Le salvó la madre á Antonio, y mató, haciéndose matar, á la que tanto amaba ese infeliz.

Eso es saber vergarse.

GANAS DE CONVERSAR.

En la semana pasada íbamos Ricardo y yo por la calle real, y no sé por qué casualidad volvimos á mirar á una tienda donde habia una de aquellas muchachas que uno no se atreve á calificar de muy hermosas pero ni de feas tampoco. Por lo que hace á ésta, ademas de ser bien muchacha, que no deja de ser buena cualidad en una mujer, ademas de eso, tenia un color trigueño, medio picante, y como trigueña, tenia, por supuesto, ojos negros; no me acuerdo qué boca le diera Dios, pero sí recuerdo perfectamente que los cachetes parecian una manzana de Chia. Muy poco cuidado tuvo la naturaleza al poner colores en las mejillas de esa niña, pues parece que dió brochazos sin tener la paciencia de desvanecerlos.

Como ambos nos fijámos en aquella tentacion, porque no puede servir de otra cosa, Ricardo volvió á mirarme y con un gesto me preguntó:

—Quién es?

—Yo no sé, no la conozco, le contesté.

—Bien se conoce que es de las Niéves.

—No, todo será, le contesté inmediatamente, pero á mí no me satiriza usted así, sin qué ni canastas. Acaso....

—Eso quiere decir que lo único bueno que hay en el barrio de las Niéves es usted, mi buen amigo.

—Tampoco exijo una limosna como esa; pero sí que me haga justicia, porque, hablando claro, es que hay la costumbre de achacar cuanto hay de malo al barrio de las Niéves, cuando es el barrio que bien pudiera llamarse el mejor, sin riesgo de quedar mal.

Al decir esto, se me paró Ricardo por delante, y poniéndome la mano en el pecho con mucha calma, me dijo:

—Le perdono esa herejía, convencido de que usted debe decirlo, puesto que está en su deber; sin embargo, debe no volver á decirlo delante de otra gente, porque se desacredita; y por lo que hace á mí, ofrezco guardarle el secreto.

—Cómo! Que qué? Pues sepa, mi amigo, que estoy dispuesto á no ceder ni un punto.

—Pero se acuerda bien de la proposicion que sentó?

—Toma, si sí: dije que el barrio de las Niéves es el mejor y lo sostengo. Sus edificios....

—Vaya, vaya, me interrumpió Ricardo; sus edificios, mire qué edificios; cuáles son? muéstremelos.

—Sí, señor, sin ir muy lejos, aquí tenemos á San Francisco, la Veracruz y la Tercera; pero escojamos el más humilde de los tres. ¿Dónde

me encuentra usted una decoracion de tanto gusto y tan rigidamente bella como la que hay en esta iglesia? No hay un solo dorado, ni en un marco ni en una cornisa siquiera: todo es de nogal, tan bien labrado y con tanta soltura como si lo hubiesen podido vaciar en molde. Oh! aquello es una filigrana! Y no son uno ni dos los altares los que son así, son todos; es el coro que va en corredores hasta el arco toral, son los confesonarios, las puertas, y hasta las cómodas ó guarda-ropas. Muy poco se habrá fijado, eso sí le aseguro, en esa belleza. Puede usted tomar al acaso lo más sencillo, una columna si quiere, y le prometo que no es capaz de describirme una por una todas sus bellezas.

—Bien, ya usted acabó de describirme las obras de nogal y ahora yo le diré que si algo bueno hay en su barrio, se debe á los españoles, porque nuevo sí como que no me presentará nada.

—Nó? pues ahí mismo en la Tercera le haré ver que sí hay. Mire, entre todos los edificios de Bogotá no hay una torre como la que acaban de hacerle á esa iglesia.

—Ah exageracion de hombre!

—No, señor, yo no quiero decirle que sea mejor que las de la Catedral, pero sí le diré que es en la única torre en que hay una ligera tintura del estilo gótico que está resucitando hoy en Europa; estilo que no conocemos sino por las leyendas de la edad média y por una que otra lámina antigua.

—A usted le conviene ahora agarrarse de donde pueda; pero sí es muy cierto que no hay matachin que no venga de allá; cuanto pepito repugnante hay, vive allá; cuanta cachaca de mal tono viene por aquí, cachacas de crinolina de la tierra (que se conocen tanto), las de las sayas y mantillas remedando á las de moda, todas esas, digo, salen de allá, con item más, un sinnúmero de abuelos impertinentes y viejas insufribles. Dónde mataron á Vega? En las Niéves. Dónde se fraguan las revoluciones? En las Niéves. Dónde hay mas mugre? En las Niéves. Dónde viven los gendarmes y agentes de policía? En las Niéves. En fin, dónde está todo lo malo? En las Niéves, y eso nunca lo podrá negar.

—El cargo más fuerte que me ha hecho es el de vivir allá los gendarmes, y el de haber sido en ese barrio donde mataron á Vega; y aunque en el de la Catedral fué donde mataron á Garay y los otros, no quiero usar de la represalia de asesinato por asesinato; pero sí diré que un hecho aislado no prueba nada. En la semana santa mataron á un hombre en la Catedral, y sin embargo, yo nada digo, porque eso sucede en todas partes; en Santa Bárbara mataron al cura ha mucho tiempo; en San Victorino á París, y no por eso dejan de ser esos barrios lo que son. Por lo demas que me dijo, eso no prueba sino que en las Niéves hay pobreza, como la hay en todas partes.

—Déjese de eso; el barrio de las Niéves jamas podrá sacar la cara en limpio por más que usted lo defienda, y entre paréntesis le advertiré que hace muy bien en defenderlo, porque de otro modo seria un ingrato.

—Ese barrio no necesita de defensores para ser el que es y ha sido siempre: el más antiguo y noble de todos. Cuando Quesada tomó este antiguo *Valle de los alcazáres*, donde primero se sentó á descansar fué en el barrio de las Niéves, porque era la parte más pintoresca que bañaba el rio de San Francisco. Despues, su primer cuidado como buen español, fué construir una iglesia donde se dijera la misa, y ahí está el Humilladero, que fué lo primero que se hizo aquí con doce casas más de paja, que segun nos cuentan, las hicieron en conmemoracion de los doce apóstoles; y si fué en el Humilladero ó no, donde se dijo la primera misa, eso no me meto á asegurarlo, esa es cuestion que le dejo á R. Santander, que

como consumado cronista, nos puede sacar de la duda. Pero lo que sí aseguro es que fué en el barrio de las Nieves donde se hizo el primer sacrificio.

—Si nosotros tuviéramos un ápice de orgullo, el Humilladero debería estar guardado entre losas de mármol, como los jesuitas han hecho con la casa de San Ignacio, y como han hecho en Inglaterra (ese sí que es amor) con la casa de Shakespeare. Tan sólo por tener el orgullo de ser ellos los admiradores de ese génio, remataron muy cara la casa y se han puesto á levantar al rededor un edificio para conservar intacta aquella reliquia. Pero mire usted, nosotros siempre hemos sido los mismos: Santander, siendo Presidente, quiso en mala hora destruir esa iglesia, que como monumento histórico debe conservarse á toda costa.

—Bueno, los españoles hicieron ahí la primera iglesia, pero despues vinieron hácia este lado del rio á seguir construyendo todo lo antiguo que hay en el barrio de la Catedral.

—No, señor, no es así. Puede el barrio de la Catedral ser hoy el más bonito, pero no el más antiguo: la iglesia de las Nieves tiene poco más ó ménos trescientos años, y en prueba de que esa iglesia es de las más antiguas, le diré á usted que en la propia esquina está todavía el antiguo palacio de los vireyes. Ahí está, sí señor, tan intacto como doscientos años há; nadie lo ha tocado, y parece que hasta el tiempo lo respeta, porque sólo se ha contentado con darle toda la majestad de una ruina: tiene un balcon esquinero y unas ventanas embebidas, que á fuerza de azotarlas el agua se han gastado tanto que ya casi se acaban. No, mi amigo, sepa usted que estoy dispuesto á defender mi barrio á capa y espada.

—Qué bien se conoce que usted nació y fué bautizado en el barrio de las Nieves.

—No, no, suspenda su errado concepto: hasta allá no llega mi patriotismo. Si hubiera nacido en ese barrio ya hubiera dejado conocer mis tendencias á ser matachin, titiritero y qué se yo qué más. Acaso porque viva yo allá y haya querido defenderlo, he de consentir en que usted me.... No, señor! le grité hasta donde tuve alientos.

Ricardo que vió que se me habian subido las moscas, y que por lo mismo ya era un hombre ganado, empezó á decirme:

—Pero, hombre, no ve que nada perderia usted con eso, pues que es el más noble por ser el más antiguo? Ya yo diera cualquier cosa por haber nacido allá.

—Eso será usted que se estima en poco, le contesté indignado, pero yo tengo todavía sangre en la cara. Bastante tengo yo con que sea el más antiguo, si allá no entra mejora ninguna; muéstreme las casas de regular aspecto, y es seguro que no alcanzará á contar cuatro; dígame qué calle hay limpia sin mentarme el camellon, porque ese en verano lo barre el viento y en invierno el agua; dígame dónde son los bochinchos los domingos, y cuénteme de un baile que no se haya acabado á candilazos; dígame si puede, si encuentra una bonita entre todas las nieblunas: serán muy pocas. El barrio de Santa Bárbara será algo más que una nulidad, pero al ménos nunca ha tenido la pretehsion de querer ser más de lo que ha sido; con que así no me haga hervir la sangre porque....

—Le aseguro que la cólera le ha hecho decir cosas que habrán de hacerle echar más lágrimas que á San Pedro por haber negado á Cristo.

—A mí? Yo arrepentirme?

—Yo sí creo, me volvió á decir Ricardo con calma, que las señoritas de las Nieves merecen algo más de lo que usted en su cólera les ha di-

cho. Siquiera por sus amigas debió haberse prudenciado un poco.

—Sí, pero mis amigas y todo lo bueno que hay en ese barrio no es de allí, la desgracia las tendrá en mala hora....

—Bueno, pero es que usted dijo generalmente que entre todas las de las Nieves no habia una sola que sirviera de algo.

—No, yo no he dicho tal cosa, me apresuré á decir. Cómo! cuando viven en las Nieves, desde que se pasa el puente de San Francisco, mujeres capaces de convertir al diablo ó hacer caer en tentacion á un santo. Cómo dije yo tal cosa, cuando allá vive.... no, yo estaba loco, mi amigo, hágame el favor de no dar por dicha tanta herejía, porque esto no merece otro nombre. No vaya á contar á nadie esto, y si no me entierro.

—Bueno, yo lo diré á nadie, pero con una condicion.

—Cuál es? diga, que estoy dispuesto hasta confesarme ahora mismo, si usted me lo exige.

—No, no le haria hacer tan grande sacrificio; pero sí para hacerlo desmentir, usted me describirá un baile en su barrio con toda la fidelidad posible, y entónces le diré con su mismo escrito si hay mujeres lindas en las Nieves.

—Bueno, mi amigo, le describiré el primero á que me conviden, y espero encontrar muchos materiales con qué probar lógica y filosóficamente que no hay barrio más respetable que aquel que guarda la casa de Quesada; y que eso que hemos llamado "tipo niebluno," ha desaparecido dando lugar á la elegancia, sin perder el buen tipo santafereño. No! sino que venga despues á rogarne que lo presente en casa de alguna de las trescientas muchachas bonitas que hay en mi barrio! Tengo de hacerme de rogar, hasta que no confiese á gritos que nada hay en el mundo igual al barrio de las Nieves.

LA HIJA DE CHIRCA.

A mi amigo Ricardo Carrasquilla.

I

UN AGUACERO EN EL CAMPO.

Introduccion.

ANOche llovía á cántaros; las siete serian y no habia esperanza de que escampara, á pesar de que empezó á llover desde las tres de la tarde. Apenas abrian la puerta de la pieza en que estaba, cuando era preciso volver á cerrarla, porque un fuerte huracan, acompañado del ruido del agua al estrellarse, hacia vacilar la luz de la vela, dando idea de lo fuerte y tenaz del aguacero. Me parece que lo siento.

Desgraciadamente yo estaba de visita en una casa de pueblo. La señora dueña de ésta, y que tiene más de sesenta navidades, habia apurado ya todos los recursos de distraccion, sin que por eso dejásemos de sentirnos un poco hastiados. Desde por la tarde habiamos jugado al tute y desmotado algodón; propusimos adivinanzas y charadas; contamos historias y aún tomamos una buena taza de chocolate, sin que por esto dejase el aguacero de seguir cayendo á borbotones: ni esperanza de que escampara.

Hay que advertir que me muero por gozar del *pico* de una vieja; mas de cuatro asuntos me han dado para mis cuentos. Sin embargo, anoche, estaba ya tan cansado que resolví irme aunque llegara á casa destilando. Y efectivamente, tomé mi sombrero y manifesté mi resolución decidida de no esperar más, aunque tuviera seguridad de que el caño me arrastrara.

—No se vaya, niño, me dijo la casera; mejor es que se quede. Ahora le mando tender su camita, cenamos de aquí aún rato, nos fumamos un tabaco y luego usted se va para su cama y yo para la mía.

Ciertamente que el plan no podía ser más sencillo. Pero pensé en esto de quedarse uno en casa ajena y despertar á media noche perdido y sin acertar á darse cuenta de en dónde está, ni para qué lado tiene la cabeza. . . .

—Nada! déjese de pensarlo más, continuó como si hubiera adivinado lo que yo meditaba. Usted no se va de aquí; mala noche pasará, pero haga de cuenta que está en campaña ó en mala posada.

—Pero. . . .

—No hay pero, ni hay nada. Tomasa, dijo á una muchacha que cerca de ella, cansada de desmotar algodón, habia resuelto dormir; dile á la cocinera que apure con la cena. Pero no vas á estrellarte por ahí; lleva una luz.

La muchacha trató de salir varias veces, pero no pudo conservar encendida la vela luego que abría la puerta. Unas veces ahuecaba la mano y la ponía por delante de la luz, otras la abrigaba tras de la mantilla, y por último, la metió entre el sombrero, pero no pudo salir con ella encendida. Viendo esto la señora, determinó hacerle un farol de papel, y al efecto, tomó de un cajón el primero que halló á la mano, alcanzándomelo para que hiciera un gran cartucho y metiera el cabo en él.

—Qué es esto, mi señora!

—Qué fué? replicó asustada.

—Cómo me da un número de "El Iris" para que haga el farol?

—Pues créame, niño, que no lo vi; me trajeron hoy ese papel envolviendo no sé qué cosa, y como no veo no sabía si era bueno ó malo. Y qué tiene de bueno?

—De bueno tiene mucho, pero contiene particularmente un precioso artículo de una señora que modestamente firma Pia-Rigan, que es inimitable; hay un cuento ó historieta en que figuran unos indios, víctimas siempre de la mala fe, y unos cuantos versos.

—Ah! Ah! que si yo le contara, ahora que dice indios, lo que pasó en este pueblo, habia de ver las injusticias que cometen con esos pobres.

Yo, que vi la posibilidad de hacerme á un buen asunto para surcir un cuento, le dije:

—Y por qué no habrá de contármelo, mi señora?

—Como está tan de prisa y dice que se va. . . .

—Con personas tan insinuantes como usted, no se puede hacer otra cosa que lo que manden. Estoy enteramente á sus órdenes, pero eso sí: me cuenta esa historia de los indios?

—Cómo no! Pero no se dormirá?

—No señora.

—Siéntese aquí, me dijo, mostrándome una silla más cómoda, y mientras que traen la cena, empezaré á contarle eso que sucedió por ahí en el año de cuarenta poco más ó menos.

Me acomodé en la silla, la señora encendió un tabaco, se arrellanó en la poltrona y empezó así, si es que mis recuerdos no me engañan.

II.

LA CASA DE CHIRCA.

—Usted si sabe dónde vivia la niña Chepita Mendinueta; no es así?

—Aquí por la salida del pueblo, si no me engaño.

—Sí, señor, junto al manco Estéban.

—Sí, ya comprendo.

—Pues ahí donde hay un cerezo en la mitad del solar conocí á un indio llamado Márcos Chirca. Y era su casita una taza de flores: qué aseada! qué bien arreglado todo! No era dueño sino de tanto como hoy se llama un derecho de tierra, pero tenia aquel pedacito que daba gusto entrar. Al rededor de la zanja habia cerezos de trecho en trecho, en el pie rosales ó caña-brava y los curubos y los granadillos de uno á otro árbol hacian arcos que unas veces estaban llenos de flores y otras de frutos; mientras que por el pie, ademas de la zanja, las rosas y las cañas formaban una barrera impenetrable. Mas de cuatro veces se me fueron los ojos con los de las otras muchachas de la escuela tras de las granadillas, las cerezas ó las curubas. A la entrada habia un puente angosto que atravesaba el vallado y despues una puerta de talanqueras. El caminito que conducia del puente á la casita, y que era de unas pocas varas, tenia de un lado y otro amapolas grandes y de diversos colores, claveles de todas clases y unas clavellinas como no he vuelto á verlas en otra parte. Pero al rededor de la casita, niño, ahí sí que habia primores: no se sabia si atender más á las trinitarias que á las rosas, si á los claveles azotados ó á las azucenas que creciendo al lado de los lirios formaban un conjunto primoroso. Todavía me parece que veo el caminito que iba de la casa á la *manita* de agua que vertia debajo de un raque, el que cuando florecia cubria el suelo y el agua de flores coloradas.

—Encantadora seria la casa del indio, segun me la está pintando.

—Déjese de eso. Y qué me dice del arreglo con que tenia todo lo demas? Era la huerta un primor: los repollos, las coles y cebollas estaban en surcos arreglados, y cuando habia sementera de papas y maíz, eso si que era de verse. Mire: sin exageracion, no he visto (y cuento bastantes años de vida en el pueblo) otra estancita igual. Ya se sabia que los domingos todo el mundo iba á pasear á donde vivia Chirca; las niñas por coger flores y los muchachos por apedrear las frutas. Mis hermanos, cómo que le hicieron daños al indio; tan pícaros como eran, qué fruta les quedaria que no le robaran? Todavía vive Antonio, pregúntele y verá.

Estaba yo entretenido figurándome la casita blanca y con corredores aseados, al rededor las flores y más allá el maizal tupido, oscuro y misterioso convidando á ocultarme entre sus cañas para oirlo susurrar, poblando el ambiente con su perfume especial y que tantos recuerdos deja; viendo despues los surcos rectos, con las matas de papas florecidas ó cubiertas ya de mamones; y mas allá el sembrado de cebada, cuyo color verde y lozano se salpica de las amarillas flores de nabo para encantar-nos la vista desde lejos; viendo la vaca amarrada á la estaca y el becerro bregando por acercársele; y en fin, complaciéndome en figurarme una de esas estancitas de indios pobres pero pintorescas; tan entretenido estaba, digo, que me distraje hasta el punto de no notar que la vela se habia oscurecido demasiado, y por lo cual la señora suspendiendo su relato se levantaba para despabilarla.

Y apagó la vela!

Tomóla entónces, y dándole un fuerte soplo á la pavesa la alzó para ver si volvía la llama; pero todo fué inútil, porque en esta vez no quiso encenderse. La señora entónces abandonó la operacion diciendo:

—Ya estoy vieja para estas gracias; mejor será buscar los fósforos.

Empezó á trasegar por aquí, por allí, diciendo cada vez que se daba algun topeton:

—Ave María, qué fea es la oscuridad; con razon dicen que es hija del Diablo!

No habiéndole sido posible encontrar fósforos, abrió la puerta para llamar á la muchacha, y entónces sentimos el ruido del aguacero como al principio: ni esperanza de que escampara.

Luego que hubo encendido la vela, se volvió á su asiento y continuó:

—Pues como le iba diciendo, la tal casita era una preciosura; pero todavía tenía el indio otra cosa que les parecia mejor á todos, principalmente á los hombres: la india Carmen, hija de Marcos. Esa sí era de lo lindo! mire (y se llevó la punta de los dedos á la boca para besárselos) eso sí se diga muchacha buena moza, no como estas del día que les llaman tanto la atencion, y maldita la cosa si sirven de algo. Mocetona y con unas trenzasas, niño, que le arrastraban. Y qué pelo aquel tan negro! parecia un azabache. Tenia garbo en el andar, porque era alta y robusta, y en la cara cierto gesto de desden que le era natural y que la hacia grave. Muy bonitas cejas tenía tambien; me acuerdo mucho que oí disputas de los hombres acerca de si serian más hermosos sus negros ojos ó los arcos de sus cejas negras y pobladas.

—No parece sino que usted hubiera estado enamorada de la india, segun el entusiasmo con que habla de ella.

—Pues no le parezca, que yo sí soy justa; y como no tengo envidia, confieso á las mujeres su mérito.

—Bien hecho.

—Y tan hacendosa la muchacha que era el todo de la casa. La madre habia muerto dejándola muy pequeña, y apenas fué creciendo, empezó á desempeñar al padre en un todo. Ella servia para cuidar los peones en la labranza; ella para cocinar y hacer todos los oficios de la casa, y para segar muy pocos peones se le ponian al pié. Cuanto puedo decirle es que los peones le tenían su no sé qué, porque solia hacer las cosas mejor que ellos. Los domingos cargaba su buey y venia al mercado, donde llamaba la atencion á los hombres que no se cansaban de mirarla; pero como que no era con ella.

—Por supuesto seria muy codiciada.

—Qué! si tuvo propuestas de matrimonio como llovidas, pero no quiso casarse por no dejar á su padre solo.

—Eso mas en su favor; era buena hija.

—Sí, señor; pues no le digo que la tal muchacha era un portento? Pero como nunca ha de faltar un arremuesco que haga estorbo, sucedió que llegó un tal don Sinforoso Callejas, con no sé qué empleo, por ahí en el año de 30 cuando la revolucion, y se quedó aquí. Estaba en la miseria cuando vino y poco á poco se fué armando, ahora sirviendo de Secretario de los Jueces, ahora de Juez, porque era un tinterillo tremendo, y, últimamente, vino á ser Alcalde; y entónces sí fué cuando sacó la uña. Que se confesara aquel á quien él le ponía la proa, porque lo enterraba. Así era que aquí todos tenían que llevarlo en la palma de la mano si no querían que los empapelase, como él decia. Por quitame allá esas pajas, pleito teníamos. Qué guerra dió el hombre! Luego no tuvo en la cárcel aquí á los más encopetados? Pues sí señor, en la revolucion hizo de las suyas, y desterró, remató, confiscó y mandó de reclutas á cuantos le dió la gana.

—Y no hubo quién le atajara el resuello á ese pícaro? dije rebulléndome en la silla.

—Nada! Pero ahora verá: ya él estaba riquito; esta casa de la esquina era de él y tenía derechos de tierra; pero no contento con eso, dió en que el indio Chirca habia de venderle su estancita y dió y cavó y molió de tal suerte que ya el indio no sabia qué hacerse. Pero no era eso lo peor, sino que no salía de la estancia, y hubo quien le dijera al pobre padre que ojo al Cristo, y que unos vienen al són y otros al sorbeton, y por de contado entró en sospechas y resolvió esconder á la india Carmen.

—Bien pensado; y qué resultó de ahí?

—Qué? Pues caro, muy caro le costó al indio.

—Habrás visto?

—Sí, señor, vino una mañana y viendo que la Carmen no salía.....

—Mi señora, voy á servir la cena, dijo la muchacha, trayendo unos manteles de lienzo socorranio aborlonados y blancos como un copo. Después que los extendió en la mesa, puso dos cubiertos con sus correspondientes panes, y en la mitad, como centro de operaciones, colocó un botellon con chicha y dos vasos. Nos trajeron luego dos platos de oloroso ajaco, un pedazo de carne de cordero asada y por último dos platos de mazamorra. A poco de haber empezado á cenar, la señora sirvió dos vasos de chicha y dijo:

—A medio comer beber.

Cedió á la invitacion y tomó un poco; ella agotó su vaso y llenó otro.

—Seguiré con mi cuento, pues. En qué íbamos?

—En que vino ese Alcalde y no encontró á.....

—Ah! sí.... Pues bien: preguntó por ella y el indio dijo que la habia mandado con unos parientes suyos á que la acompañara á cumplir una promesa á Chiquinquirá. Poco le agradó al don Sinforoso la disculpa, pero se calló y no volvió á chistar palabra, sin duda con su segunda intencion.

III.

LA FIESTA DEL CORPUS.

Por este tiempo la fiesta del Corpus era muy bonita aquí; hoy no es ni su sombra. Entónces como que habia más devoción que ahora y la gente se esmeraba en todo. Ah! no quisiera acordarme de cuando era muchacha. Con qué gusto pensaba en mi vestido nuevo, en la compra de frutas, y en todo aquello que no vuelve en la vida!

El señor cura *echaba* con anticipacion en el púlpito en un domingo los alféreces, que siempre eran los indios más ricos, y desde entónces no se pensaba en otra cosa que en la fiesta, los altares, arcos y bosques. Se mandaba llamar al polvorero, que vivia en el pueblo vecino, para que labrase los fuegos para las vísperas, fiesta y procesion, de manera que no se volvía á pensar, así materialmente, más que en los preparativos.

Y el cura sí que se ponía las botas, porque ademas de la fiesta que se le pagaba, segun arancel, era costumbre que los alféreces le llevaran la *camarica*. Usted no sabe qué cosa es eso?

—No, señora, me es enteramente desconocido el nombre.

—Pues la *camarica* era una vara muy larga que cargaban dos ó cuatro indios, en la que iban colgados pollos, gallinas, canastas con huevos, papas, mazoreas, panes de todas clases, velas, frutas, chocolate y cuanto se les venia á la cabeza.

— Y todo para el cura?

— Sí, señor; pero eso no era de admirar. El día de ánimas había de haber visto la iglesia con las ofrendas! Materialmente, no había en donde cupiera una punta de paja desde el altar mayor para abajo. Allí había terneros, corderos, pollos, gallinas, tercios de trigo, papas, cebada, huevos, y en fin, cuanto se puede imaginar, además de la gran cantidad de velas que en ese día se recogían. Cura hubo que se hiciera á más de mil pesos en una fiesta de ánimas, con solo las misas y los responsos. Había aquí un indio Antonio Jara que todos los años ponía al pié del altar de las ánimas un rejo de enlazar.

— Y eso para qué?

— Pues ese rejo representaba una vaca parida que él acostumbraba á dar por un *recorderis*.

— Oiga!

— Qué sabrosita estuvo nuestra cena!

— Exquisita. La costilla de cordero sobre todo estaba de lamerse uno los dedos.

— Pero, para que no se indigeste, es necesario echarle algo. Beba que no le hace daño la chicha.

No hubo necesidad de mucho ruego, que la tal estaba de no poderse probar porque no se deslizara, y así fué que concluí con mi vaso, y la señora por su parte se acomodó otro sin tomar resuello. Vino despues la muchacha, levantó los platos y mantéles, nos acomodamos en nuestras sillas, encendimos cada uno un tabaco, y á nuestro cuento que se hace tarde.

— Sí, señor, continuó entre una bocanada de humo mi interlocutora; no es que yo quiera echar el agua sucia á los tiempos de ahora, pero entónces sí había más respeto por las cosas de la iglesia. Daba gusto ver cómo componían el templo y la plaza para la fiesta del Corpus. Hacían en la mitad el paraíso, que era un gran bosque tupido y hecho de árboles de la montaña, en el que había cuanto animal vivo ó muerto podían coger, tales como venados, zorros, armadillos, micos y toda clase de pájaros; y en el centro estaban Adán y Eva, para lo cual escogían á dos indiecitos, hombre y mujer, que desnudos y con su *guayuco* de hojas, sufrían allí toda la mañana los rayos del sol.

Al rededor de la plaza ponían, haciendo calle, una pared de barba-coas altas y en ellas colgaban cuanto fruto daban los campos: era aquello un mercado completo. Por supuesto que lo más hermoso era escogido para esos arcos, como los llamaban ellos. Solían poner allí también animales, á los que les hacían versos satíricos á su modo, de suerte que padía uno reventar de risa.

Entónces acostumbraban poner en la puerta de la iglesia un arco que se colocaba la víspera á las doce con música y cohetes, y tal arco no era así no mas, porque era de plata.

— De plata! interrumpí.

— Sí, señor, de pura plata. Recogían cuanta cuchara, jarro, palan-gana y trasto valioso tenían y lo colgaban en el arco, de manera que aquello era de un valor estupendo. Y no se contentaron con esto algunos fanfarrones: hubo quien colgara una sarta de onzas de oro. Y eso lo vi yo, me dijo desplegándose un ojo. Despues había refresco en la casa de los del arco, tanto el día en que lo ponían como en el que lo quitaban. En ese día la mañana no alcanzaba para lucir los vestidos nuevos, para ver los arcos que á cada dos pasos se alzaban, hechos de laurel y flores; para curiosear los altares y las paredes. Y, qué está pensando? los altares eran un primor, eso sí que daba gusto verlos; allí había cuanto

se podía recoger en las casas: santos, cuadros, láminas, vitelas, espejos, cajones de Niño Dios, cortinas, colchas, encajes, adornos; en fin, nada, nada que se pudiera mostrar se quedaba que no saliera á lucir en los altares, arcos y puertas....

— Precioso sería todo eso!

— Pero los muchachos sí que se han perdido de lo bueno. Qué danzas! Las había de matachines, de indios flecheros, y de otra multitud de clases: unos tejían y destrenzaban al rededor de una vara muchas cintas de colores al son de su música, que consistía en pífano y tambor: otros, al mismo tiempo que jugaban con unos palitos haciendo figuras, cantaban,

De todas las flores

Cuál es la mejor?

La blanca azucena

De mi Amo y Señor.

y en fin, otros con pañuelos hacían figuras como de contradanza, y toda esa multitud de danzadores entraba á las casas á divertir á las gentes y recibir los refrescos con que los cuidaban. Por allá á las once de la mañana, cuando la plaza hervía y la iglesia no cabía de gente, que hasta en el atrio se arrodillaba á oír la misa, empezaba á salir la procesion en este órden: junto con la cruz y los ciriales iban los indios con tambores y chirimías, despues las danzas y matachines en continuo baile y movimiento, y en seguida venían los ángeles del campo. Eran éstos unos muchachos vestidos con enaguas hechas de pañuelos, tan angostas que apenas podían dar paso, camisas de mujer, que á muchos casi se les pasaban de puro anchas y grandes, y en la cabeza llevaban un pañuelo *rabo de gallo* en forma de gorro con algunas plumas de pavo ó gallina. Estos ángeles en gran número, llevaban en una mano un vela encendida y en la otra alguna mazorca, ahuyama, calabaza, papa ó manojo de trigo, de lo más hermoso que en el año se hubiera cosechado. Pasados éstos ángeles venían las ninfas, en gran número, pues apenas había madre que no quisiera vestir á su hija de ninfa. Iban vestidas de blanco, imitando pastoras, con sandalias y sombreros adornados con cuentas, joyas y cintas, y con el ala por el frente pegada á la copa; en una mano llevaban un cayado y en la otra una canastilla con palomas; otras cabestreaban algun cordero blanco como el armiño y enjaquimado con cintas de colores. Había otros muchachos que llamaban los levitas y que vestidos de blanco, con coronas doradas, llevaban incensarios ó grandes canastas llenas de flores que iban regando, por donde quiera que pasaba la procesion; y por último venían los personajes bíblicos, tales como el Sumo Sacerdote, los Profetas y algunas mujeres, como Judit y Ester. A los lados de estas ninfas marchaban los que alumbraban acompañando la procesion, y en el medio iba el del guión, que siempre se le daba á la primera autoridad; así como las varas del palio las llevaban los cabildantes y los más notables del lugar, que iban luciendo sus vestidos nuevos y sus cuellos bien grandes, almidonados y limpios. Detras del Amo iban los músicos y cantores, y adelante el alférez principal que, como por un gran privilegio, llevaba el sitial sobre el que en cada altar debía colocarse al Altísimo.

Al decir esto, la señora se inclinó y yo maquinalmente la acompañé casi sin pensar en lo que hacía, tal era la distraccion en que me había sumido con el relato.

— Yo no sé si á usted le pasará lo mismo, pero para mí no hay fiesta que tantos recuerdos agradables me haya dejado siempre, como esta.

— Tiene razon, señora mia. Usted me ha hecho recordar al Vizconde de de Wallsh. Ha leído ese libro?

— No, señor: cuál es?

— Uno llamado *Las fiestas cristianas* y en el que la descripción del Corpus es una de las más notables. Yo no sé qué especie de tierna poesía encuentro en esta fiesta. Es seguro que no hay católico que no tenga un recuerdo agradable del Corpus. Y vea usted; yo me imagino esta fiesta en las grandes ciudades; en Roma por ejemplo. Ya veo la magnífica suntuosidad, la imponderable riqueza y la variada habilidad del arte rindiendo culto á la Divinidad. Desde el Sumo Pontífice conducido en andas hasta el último monacillo que lleva una cruz; desde el primer magnate hasta el último muchacho prendido del bocel de una columna para ver pasar la gran procesion, todos, todos contribuyendo, cuál más, cuál ménos, á la solemnidad de la fiesta, serian motivo para llenarme de admiracion, pero sin causarme la ternura que he sentido cuando he visto la misma fiesta en un miserable pueblo, donde no hay más que flores silvestres, el humo de resinas, el canto antiguo de la iglesia y la sencillez de corazones que no mienten delante de su Dios. Cuando en un pueblo miserable veo una procesion en que todo es sencillez y pobreza, donde el principal adorno consiste en los frutos de la tierra, en ramas de árboles y flores cogidas en los huertos ó traídas de la montaña; cuando veo á los niños sin oro, sin pedrerías, sin ricas telas para sus vestidos, con sus túnicas toscas quizá, pero limpias y blancas; cuando veo que el suelo se va alfombrando de flores y el aire impregnando de los perfumes de la alhucema, el estoraque y el incienso, flores y perfumes que los niños van dejando con su alegría infantil por donde quiera que habrá de pasar EL QUE ES; cuando en medio de los cantos de la iglesia que nunca pierden su solemnidad, los repiques de las alegres campanas el ruido de los cohetes y músicas indígenas formadas por los pífanos, tambores y *chirimías*, llega la procesion á un altar formado con sencillez, y desde allí el sacerdote bendice á todo un pueblo que de rodillas y en silencio se prosterna reverente; cuando pienso que todos aquellos corazones sencillos y sin pretensiones ofrendan á Dios lo único que poseen: los frutos de la tierra y su humilde rusticidad, así como el niño para obsequiar á su padre le ofrece sus juguetes en aquel idioma que solo hablarán los ángeles; cuando veo todo esto, le confieso la verdad, señora, las lágrimas se me desgranán y el corazón se me llena de ternura dulcísima, de emocion inefable.

—Oh! qué fortuna es poder expresarse así! ¿Qué cree usted, que nosotros en medio de nuestra ignorancia no sentimos lo mismo?

—Lo creo; pero no siempre la palabra expresa lo que se siente; por eso creo que Dios, que todo lo ve, acepta más el instante en que un corazón se vuelve á él en silencio, que las preces que se rezan acaso sin pensar en lo que se está diciendo.

—Pero acaso por hablarle del Corpus no me olvidé de los indios?

—Ciertamente, que ya pensaba recordarle á la india que dejó quién sabe dónde.

—No se afane que allá voy. Como que estaba desesperado por saber de la india, según veo?

—No, mi señora; pero como en la historia sonó ella, fué de lo primero que me acordé.

—Déjese de cuentos: usted no puede engañar á nadie porque sus ojos son muy pícaros, y aunque quiera hacerse de las nuevas no puede. Pues bien: recuerda usted que dijimos que el indio Márcos habia escondido á la Carmen?

—Sí, señora; y que don Sinforoso....

—Ahora verá: creyendo que al tal Sinforoso se le hubiera olvidado su porfía, puesto que no habia vuelto á chistar palabra, salió Márcos el día de Corpus, no solo con el objeto de salir á la fiesta, sino con el de hacer un arco que se le habia señalado; y aunque no sin cierto recelo, mandó que la Carmen viniera al pueblo donde la esperaba para el tiempo de la procesion. Qué engañado estaba el pobre! Apenas habia salido á clavar sus varas para el arco, cuando llegó un alguacil con una boleta del Juez para que compareciera á contestar demanda con don Sinforoso, por intereses. Calcule, niño, qué intereses! cuando no le debia ni una punta de paja.

—Y entónces por qué lo demandaba?

—Fué y se valió de un individuo á quien Márcos debía una cantidad para que le vendiera el documento, y como ya se habia cumplido el plazo, lo demandó por perjudicarlo, no más.

—Pícaro!

—Y lo metió á la cárcel.

—Ah bribonazo! exclamé indignado.

—Pero no fué eso todo: estaba el pobre indio allí, cuando le trajeron la noticia de que á la Carmen se la habian llevado la noche anterior de la estancia en donde la habia escondido.

—No; eso ya no se puede sufrir. Y qué hizo Márcos?

—Qué habia de hacer! Cuentan que cuando le llevaron la noticia, se sentó sobre el cepo de la cárcel y lloró en silencio; pero como llora un niño, y sin esperanza de salir de allí para concluir su arco que él veia desde la ventana de la cárcel ser el único que faltaba. Al ver salir la procesion, se arrodilló el indio y gritó con los ojos anegados y con todas las véras de su corazón:

—Amo mio y Señor: vos sos el padre de pobres y sabrés qué haces con nosotros!!

IV

LA NOCHE DEL CORPUS.

—Acaso su historia no está tomando las proporciones de una novela? Ya ve usted; la india está robada y quién sabe dónde se le encuentre; Márcos en la cárcel, y el don Sinforoso haciendo de las suyas.

—Pero no es eso todo.

—Y qué más? le parece poco?

—Mire: es muy cierto aquello de que al ruin darle cargo para verlo enyanecido. Tan orgulloso estaba ese tal por cual con su alcaldía, que resolvió dejarse de miramientos. Y ya contando con que no solo Márcos no habria de poder pagar, sino que á la Carmen la tenia en su poder para ir él mismo á traerla por la noche de donde la tenia á su casa, quiso apoderarse de la estancia del indio, dizque para irse pagando con lo que fuera produciendo.

—Quiere hacer caída y mesa limpia.

—Ni más ni ménos. Pero se le volvió el Cristo de espaldas, cuando ménos lo pensaba.

—Sí? Qué bueno! Cómo me gustaria que usted me contara que al tal Alcalde lo habian hecho feliz contra una esquina!

—No señor; no hay que apurarse, cada prisa trae su despacio. No queria decirle sino que cuando él contaba con que pudriria en la cárcel á Márcos, hubo quien diera la plata por él quitando así todo pretesto.

— Y quién hizo tal obra de caridad?

— Quién habrá de ser? El señor cura, que era tan bueno, Dios lo tenga en su santa gracia. Luego que supo los apuros en que estaba el indio, le mandó la plata á la cárcel para que pagara; pues como don Sinforoso era tan rencorista, acaso podría...

— Si, razón tenía para evitar cualquier molestia.

— Una vez afuera Márcos, se fué para su estancia y se hizo como que no sabía que á la Carmen se la habían traspuesto; pero todo esto era porque él ya había sabido todo el plan de don Sinforoso, y por supuesto con su segunda intención se hizo el disimulado.

— Se conoce que no era torpe.

— Ni un pelo de bobo tenía. Llamó con mucho disimulo á unos parientes suyos, y á un tal Pichimata muy amigo suyo y que no desperdiciaba la ocasión de darle á entender á la Carmen que él se casaría con ella de buena gana. Todo el día estuvieron gastando en la tienda de la esquina, y cuando llegó la noche se retiró cada cual á su casa.

— Que me emplumen si Márcos no tenía algo entre manos. Apostemos á que...

— Ahora verá lo que hicieron esa noche.

Dicho esto se puso en pié, tomó la vela en una mano y con la otra empezó á buscar en la cintura, en la faltriquera, en el seno y por último, sobre la silla donde había estado sentada.

— Qué busca, mi señora?

— Las llaves, niño; no hay cosa que más se me refunda, no me vale prendérmelas á la cintura porque siempre se me pierden.

— No son estas que tiene prendidas?

— Las mismas, y yo busca y busca y no las encontraba. Venga acá le muestro, volvió á decir, una carta que conservo por curiosa.

Tomó la señora adelante en dirección á un rincón de la sala, con la vela en una mano y las llaves en la otra.

— La carta que le voy á mostrar fué escrita por el maestro de escuela á mi hermano que vivía en Bogotá, con el objeto de contarle lo que pasó en la noche aquí, y que fué una cosa que llamó mucho la atención entonces.

Llegamos á una mesa grande sobre la cual había un escritorio de madera negra con embutidos de hueso. El frente de este escritorio figuraba la portada de un templo, con columnas salomónicas que sostenían una arquería: debajo de cada arco había una puerta con bocallaves, de plata, semejando una águila de dos cabezas. Abiertas aquellas puertas se tiraban unas navetas que todavía ocultaban detrás de ellas otros secretos. Sacada una tablita, que al parecer solo podría servir para dividir un cajón de otro, se hallaba otra naveta en la que se ocultaban aquellos papeles que merecían mucho esmero ó mucho secreto.

— Tenga aquí la vela, mientras que busco la carta, y perdone que le mande.

De entre uno de esos cajones llenos de papeles olorosos á poleo, sacó después varias cartas que pretendió leer, pero para lo cual le fué inútil todo esfuerzo porque había dejado los anteojos. Luego que los encontró, y buscó y revolvió papeles me dijo:

— Esta es la carta, lea desde aquí porque esto otro no atañe al asunto.

— Falta que yo entienda esta carta, le dije al ver una letra antigua y llena de garabatos.

— ¡Cómo no, criatura! si esta letra española es más clara que el agua de la fuente.

— Quiere decir que deletrearé donde no entienda, ó usted me corregirá, puesto que debe saberla de memoria.

— Corriente.

Sentados de nuevo en nuestras sillas y colocada la vela lo más cerca posible, quise dar lectura, pero la señora, humedeciéndose el índice y el pulgar por haberse refundido las despabiladeras, le hizo tal tiro á la vela que no le dejó ni cómo poder encenderla después. Ardiendo la pavesa y prendida de los dedos, debió quemar de tal suerte á la señora que no pudo menos de sacudir la mano, haciendo sonar los dedos como una castañeta; y á no ser quien era la quemada, sabe Dios qué hubiera dicho; con todo, cambió lo que primero se le ocurrió por esta exclamación:

— Ah ca... muchas! Sea por las benditas ánimas.

Habiendo quedado á oscuras, volvió á empezarse la brega para encontrar los fósforos. Tienta por aquí, busca por allí; pero no fué posible atinar con ellos. Por fin dándole fuertes chupetones á mi tabaco conseguí alumbrar algo sobre la mesa, y á consecuencia de esto hallamos lo que buscábamos con tanto anhelo.

— Gracias á Dios, dijo la señora, y abrió la cajetilla; pero resultamos con que esa estaba vacía y que era necesario volver á buscar de nuevo.

— Ave María! Arredo vayas, enemigo malo. Esto como que lo hace el Patas por hacer patear!

Encendida por fin la vela, empecé la lectura de la carta, que decía así:

“Usted está impuesto en los antecedentes acerca del robo de la hija de Chirca y de las pretensiones inicuas de nuestro hombre aquel contra esa familia. Pues bien; la noche del Corpus, sabiendo Chirca que el tal sujeto habría de ir á traer á Carmen para su casa, preparó unos cuantos compañeros para atajarle el paso.

“La noche estaba horrible: desde las seis había empezado á prepararse una tempestad y los relámpagos seguidos de truenos sordos y lejanos se sucedían sin interrupción. Las gentes se habían retirado y solo en tal cual taberna se oía uno que otro tiple acompañado del sonido del mostrador que hacía de tambor. Por fin las campanas dieron el toque de ánimas que fué la señal para unos y otros: el Alcalde para emprender su marcha y los indios para esperarlo.

“Usted sabe que el río no dista mucho de aquí y que ahora las labranzas de maíz se alzan de uno y otro lado de las chambas. Los indios se acercaron por ambos lados del camino hacia el puente, y allí ocultos entre las cementeras esperaron.

“Nada se oía seguramente, pues por mucho ruido que hubieran hecho, todo se habría ahogado entre el murmullo sordo del río y el de los maizales al pasar el huracán que parecía preceder á la tempestad.

— “Ahí viene ya! dijo una voz paso, al sentir las pisadas de un caballo.

“A esta voz los demás se prepararon.

“El jinete se acercó poco á poco hacia el puente. Entonces dos bultos se destacaron de entre las sombras y cuando el que llegaba había entrado, dos le atajaron el paso y otros dos lo atacaron por la espalda á garrotazos.

Un grito no más se oyó, porque al caer, uno tomó el caballo y otros siguieron apaleándolo.

“Aquello duró un instante. Creyéndolo muerto lo arrojaron al río y soltaron el caballo para que se fuera.”

— ¡Qué horrible es esto! interrumpí.

— Ahora verá: siga leyendo que todavía falta.

“Inmediatamente se fueron á la estancia donde tenían á la Carmen, forzaron la puerta, maltrataron á las gentes que allí habia y se vinieron.

“Cuando esto sucedia llovía á cántaros.

“El caballo sintiéndose libre volvió al pueblo y vino á dar á la casa de su amo.”

— Es decir que supieron que el Alcalde....

— Siga la lectura, niño, que falta lo bueno.

“Una mala accion nunca tiene buen fin, aunque al parecer esté justificada.

“El apaleado por los indios no habia sido el Alcalde, sino un compañero á quien él habia mandado á que le trajera otro caballo.”

— No! dije, y boté la carta indignado. Se llevó un trueno á los indios!

— Tome, acabe de leer, me replicó alcanzándome la carta nuevamente.

“En el acto montaron varios, fueron á la estancia de Chirca, pero no encontraron á nadie; fueron al rio y allí un indiecito contó lo que habia sucedido, pues lo vió todo, escondido entre una chamba. Buscaron rio abajo y encontraron al hombre moribundo en una playa.

“Corrieron á la casa en donde estaba Carmen á quien ya no hallaron. Los indios temerosos de la venganza del Alcalde, puesto que supieron que él no habia sido el apaleado, huyeron. Hasta hoy no se sabe en dónde estén. Se cree que se habrán ido para alguno de los pueblos vecinos.

“La casa de Chirca está en poder del Alcalde otra vez.

V.

LOS DOS SUSPIROS.

Concluida la lectura de la carta y contrariadas las esperanzas que habia concebido de que acaso el tal don Sinforoso no volveria á molestar ya á los pobres indios, me separé de junto á la mesa y empecé á pasearme por la sala á grandes pasos. La señora entre tanto volvió á guardar la carta en el escritorio, y al pasar me dijo con aire cariñoso:

— Usted como que se iba acalorando algo con la lectura? Si seria que le arrimé mucho la vela!

— Sí, tengo, es cierto, algo de calor; pero acaso con pasearme se me quite. Lo que por ahora importa es que usted no interrumpa su relacion. Quiero saber qué suerte corrieron esos indios, aunque me diga que se los llevó el diablo.

— Espéreme un instante, me contestó, voy á ver qué tal está la noche; y diciendo esto abrió los bastidores de una ventana que daba á la calle.

En el acto se inundó la pieza de una brisa suave, fresca y aromática.

— Cómo se compuso la noche! dije al ver la claridad de la luna.

— Preciosa está! Divina! Quién iba á creer que se cambiara! Quiere usted que hagamos una cosa?

— Cuál, mi señora?

— Salgamos al corredor que da á la plaza y que tiene una vista muy linda? Allá le acabo de contar la historia y al mismo tiempo disfrutamos del fresco. Le parece?

— Muy bien pensado. Me agrada su idea.

Luego que estuvimos en una especie de balcon con barandas de madera, nos sentamos en un canapcito, pedí la candela á la señora para encender un tabaco, nos acomodamos en nuestros asientos y suspiramos.

— Qué casualidad, dijo la señora; dicen que solo los suspiros de los enamorados se juntan para salir, y ya ve que nosotros ahora, como si hubiéramos apostado, suspiramos á un tiempo.

— Pero usted no podrá negar que si estamos verdaderamente enamorados.

— Y ahora! Qué tiene este niño? dijo moviéndose en su asiento y haciéndose á mano abierta una cruz, que empezando en la frente la cobijó hasta más abajo del pecho y terminó en la boca. Qué diría la gente si lo oyeran? No por mí, por supuesto, porque nada tendria de extraño que una vieja.... pero de usted qué dirian?

— Pues dirian que suspiramos á un tiempo porque estamos enamorados de una misma cosa, y es de este espectáculo que se nos presenta.

— Ah!... dijo ya con otro tono, tiene razon y le sobra.

— No es cierto que no hay como sentirse uno plenamente feliz para lanzar un suspiro? Al ménos á mí me sucede.

— Y por qué será eso? preguntó con candidez.

— No sé; pero me parece que el alma previendo la fugacidad de la humana dicha, lanza su queja en un aliento á que el hombre tiene que dar salida en forma de suspiro.

— Es cierto.

— Mire usted: ¿quién no suspira al ver esta naturaleza tan llena de encantos?

Y efectivamente: acababa de pasar la tempestad y ya el cielo estaba cual si hubieran corrido un telon para variar la escena. La luna se habia alzado sobre un fondo de azul oscuro y como si algun ángel se hubiese encargado de abrirle paso por entre las nubes, éstas se habian ido separando en grupos de flotante espuma que se deslizaban lentamente por el subido azul del firmamento. Los bordes oscuros de los cerros se dibujaban en el cielo con sus líneas ya suaves, ya caprichosas, dejando ver en las faldas el perfil plateado y húmedo de una prominencia ó el fondo misterioso de una quiebra por donde bajaba el torrente rugiendo aun con las aguas que la lluvia le habia traído.

Luego, como los techos de las casas de paja conservan el agua por mucho tiempo, veíamos caer precipitadamente las gotas que, brillando alumbradas por la luna, caían como diamantes desprendidos de algun collar cuyo hilo se hubiese acabado de romper en un descuido.

Sentíamos allí los soplos de las brisas que sacudían los árboles, mecían las flores, oreaban el suelo. Las sentíamos llegar no solo cargadas de olores y empapadas en frescura, sino trayéndonos á intervalos ya el sonido del rio y del torrente, ya el grito del labriego que ahuyentaba el animal dañino de su labranza.

Oh, qué hermoso era aquello! Por todas partes animacion, verdura, frescor y perfumes. Parecia que la naturaleza estaba con la alegría de la convalecencia; y al ver tanta suavidad de luz difundida por donde quiera, cuando un momento ántes no habia sino tinieblas horrorosas, me parecia ver en la naturaleza la cara de un niño cuando sonríe angelicalmente á la vista de su madre, con las lágrimas tibias todavía en sus ojos y en sus mejillas.

Hacíame notar la señora algunas de estas bellezas cuando las campanas dieron las ocho. Se espereio la vibracion como estremeciéndose por toda la poblacion y mi compañera calló para rezar en voz baja. Luego que hubo concluido, me dijo:

—Tenia usted razon cuando me decia que los dos estamos enamorados de una misma cosa, y que por eso suspiramos á un tiempo. Pero no era eso lo que yo queria decirle, sino que cuando dos están enamorados uno de otro....

—Le comprendo, interrumpí, para cortar una cuestion que me hubiera comprometido un poco.

—Calcule, criatura, qué haria yo....? San Jerónimo! Ni por imaginacion!!

Y lo decia como cortando la cuestion, que muy bien veia yo queria llevar adelante, porque el hecho es que las mujeres, sea cual fuere su edad y condicion, gustan de ser queridas. Y en eso no les falta razon: ni más ni ménos hacemos los hombres.

—Nada tendria aquello de extrañó, le repuse; pero mire que los indios andan quién sabe por dónde.

—Así es. Ya se me habia olvidado que teniamos una historia pendiente. En qué íbamos?

—Leímos una carta que decia.....

—Sí, sí. Pues los indios se desaparecieron y don Sinforoso se apoderó de la estancia.

—Y el hombre ahogado?

—Algo padeció; pero á fuerza de remedios se alentó. Por ahí está todavía hecho una jubilacion.

—Oiga!

—Se llama.... cómo te llamas?.... ya se me olvidó.

—Sucede que cuando uno quiere.... Pero eso no hace al cuento....

—Pues bien, es el caso que despues de pasado algun tiempo, con motivo de la revolucion de González y Carmona, don Sinforoso tuvo necesidad de irse con las tropas.

—Ola! con que las echaba de valiente.

—Mire si no, cuando era tan amigo de hacer figura! Usted si se acordará de ese tiempo, cuando los progresistas y los ministeriales y tanta cosa como hubo en ese entónces?

—Apénas tengo idea porque estaba muy pequeño. Unicamente recuerdo que una vez en Bogotá abrieron fosos en las esquinas para impedir la entrada á la plaza, y que la diversion de los muchachos era ver nadar á los perros que los soldados echaban en aquellos pozos de tres varas de hondo y que tenian todo el ancho de la calle. Me acuerdo tambien de una vez en que las señoras, caballeros y la poblacion en masa fueron á cargar fusiles de una parte á otra. Entónces como que habia más entusiasmo?

—No lo dude. Como que el señor Arzobispo Mosquera dió el ejemplo.

—Creo que sí.

—Muy contentos los indios cuando supieron que se habia ido el Alcalde, se volvieron á su casa, restablecieron sus labranzas y aunque con sustos ó no sustos ellos ahí iban trabajando como ántes.

—Y el indio Pichimatá? aquel que los acompañó la noche....

—Con razon me lo pregunta, pues los acompañó por allá por donde estuvieron; y como dicen que la gota cava la piedra, el dió y cavó hasta que al fin consiguió que Cárman consintiese en casarse con él. El indio Chirca por de contado dijo que de mil amores, puesto que se hacia á un mozo robusto que le ayudara al trabajo, y ademas, le tapaba la boca al Alcalde en cualquier tiempo. Corrieron, pues, las amonestaciones, hicieron sus preparativos y señalaron el día para la boda. Y qué contentos estaban los indios!

VI

LA BENDICION DE LOS ESPOSOS.

—Por poco mundo que usted haya tenido, no habrá dejado de hallarse en una boda de indios. Las bodas de Camacho el rico casi se quedarian atras en un caso de estos, pues todo el conato lo ponen en preparar mucho qué comer y mucho mas qué beber. No es así?

—Sí, señora; al espumar una olla no se sacan gallinas y capones; pero tambien es cierto que allí todos van, y que todos comen y beben hasta saciarse.

No diga eso! aquello es una exageracion. He visto bodas en que hay tantas gallinas, corderos y aun novillos muertos, que he perdido la esperanza de que haya gente que se los coma. Y cómo se esmera esa gente en hartar al que va, más si es persona de respeto! Y todo lo hacen con tanto cariño y buena fé que se cree uno obligado á reventar.

—Así es.

—Corridas las amonestaciones, convinieron con el señor Cura en que se haria el casamiento el día de San Juan, y así fué que se prepararon para pasar un dia y una noche de alegría. Hueca estaba la Cármen con su casamiento. Encargaron bayeta de castilla para las enaguas y mantilla, le mandaron bordar á una niña Consejo que habia aquí muy *habilitada* (y que ya murió, alma bendita, Dios la haya perdonado) una camisa de arandelas. Y por lo que hace al novio, no se diga, porque compró ruana de lana forrada en bayeta carmesí y buen sombrero de *murrapo*, pantalon de género y qué sé yo qué mas. Cuanto le puedo decir es que no ahorraron gasto.

El plan que tenian era nada ménos que este: despues del casamiento llevarse al señor Cura, al maestro de escuela, á mí y á no sé quiénes mas y terneros allá desde el almuerzo, en la estancia, hasta el otro dia, porque nos habian notificado que teniamos que quedarnos al baile. Y como el padrino y la madrina eran ñor Laurencio Jara y su mujer, richones y amigos de gastar, se habia pensado en pasar un dia como pocos. Recogieron cuanto gallo habia para correr San Juan, en el llano, tenian terneros bravos para torear, y en una palabra, fiestas reales pensaron hacer.

—Famosa fiesta. Y cómo se divierte uno en esas fiestas sin etiquetas ni incomodidades!

—Déjese de eso no hay como el campo para estar contento!

—Indudablemente.

—El dia de San Juan, á las cuatro de la mañana, estuvieron los indios en la iglesia confesándose, y por allá como á las cinco y média empezaron á tocar á misa.

Cuando yo me levanté para ir á la iglesia ya venian los primeros claros del dia. Y estaba la mañana tan fresca! me acuerdo mucho: parecia de navidad. Qué cosa tan linda es una mañana de estas!

—Oh! nada hay comparable con el placer de ver venir la aurora. Y sabe usted una observacion que he hecho?

—Y cuál es?

—Que el abuso lleva el castigo en sí mismo. Usted sabe que es bellísima cosa ver la venida del dia. Pues bien: despues de haber pasado la noche en vela, si le sorprende á uno la mañana, entónces en vez de placer se siente algo como pesar, melancolía ó....vergüenza. Por el contrario, levántese usted de su lecho en un dia de diciembre ó junio,

ya sea para emprender un viaje ó para cualquiera otra cosa, y entonces sentirá usted que las frescas y fragantes brisas le ensanchan los pulmones, que el corazón se le llena de alegría, que los ojos no aciertan á contemplar tanta maravilla y que el alma náda satisfecha en un mar de inefables satisfacciones. Entonces el dudoso color de los cielos cuyas luces contrastan, forman un juego admirable: se ve por un lado la luna que huye del sol ruborizada, seguida de su cohorte de luceros, lanzando sus tímidas y postreras miradas; y por otro el cielo con su fondo azul oscuro, sobre el que parecen luchar la luz blanquecina de la luna y el rosicler de la aurora. Entonces quisiera ser uno todo oídos para deleitarse con los millares de pájaros que cantan con tanta alegría y de tan diversos modos; y no solamente para eso, sino también para oír el ruido lejano del río ó del torrente que, haciendo las veces del fondo oscuro en una pintura, realza las bellezas armoniosas de la naturaleza.

—No le digo que ustedes los que saben su modito de decir, avergüenzan á una? Qué cara me queda para volver á chistar palabra delante de usted? Después de que me echa una loa de esas, me quedo pensando con tanta lengua entre la boca, y después le salgo con que el indio no sé qué, que la india sí sé cuando... No señor; vaya usted busque quien le cuente historias por allá quien sabe dónde.

—No señora, eso no. Es cierto que la belleza muchas veces está en la forma; pero la verdad tiene su ropaje tan natural que no necesita tomar prestado de nadie. Note usted que las galas y los barnices se emplean para aquellas cosas que quieren hacerse aparecer de diversa manera de lo que son en sí. A nadie se le ha ocurrido barnizar un diamante porque lo empañaría, y no hay cosa más bella que el agua pura que rezoza en su lecho de guijas ó se aduerme en un pozo de diáfano cristal. Lo que usted me está contando es tan interesante, que no necesita de adornos de lenguaje; y la prueba es que voy á escribirlo así, tal cual me lo ha dicho, para que publicado se vea qué tiene más mérito, si mis interrupciones empalagosas ó su bellísima historia referida con tanta sencillez.

—No señor! No en mis días! Yo no quiero salir en letra de molde; ni por pienso. Mi medianía vale más que la gana de salir á volar en papeles públicos. Guárdese bien, porque no acabo de contarle el cuento.

—Pierda usted cuidado, su nombre no sonará, ya que así lo quiere. Con mucha razón y buen juicio no quiere figurar en el público: esa vanagloria ha perdido á más de cuatro. Personas conozco que irían á un presidio inocentes, con tal de ver su nombre impreso en la lista de condenados que publican las gacetas. Pero dejemos esto y volvamos á nuestro asunto.

—Qué miedo le tengo! Afortunadamente falta poco, que si no, se habría de quedar con las ganas.

—No piense en eso. Decía usted que salió para misa y que la mañana estaba linda y fría.

—Buen modito tiene usted para sacarme hasta lo que no sé! Pero voy á proponerle una cosa.

—Cuál?

—Ya usted tendrá sueño, porque es tardecito. Dejémoslo para mañana.

—No salga con esa. Qué sueño ni qué pandorga! Siga, que usted me prometió que con tal de que me quedara me contaría esa historia. Acabe.

—Así será, pues. Como le decía, me levanté muy temprano y me fui para la iglesia. Cuando llegué estaba todo iluminado; el altar mayor

parecía un jardín, pues no habían dejado flor que no hubieran traído para poner en el altar de la Virgen. Las lámparas del centro de la iglesia, hechas de palos y tubos de cañas-bravas, estaban revestidas de papeles rizados de diversos colores, de cintas, cuentas y espejitos; en cada altar había luces, y las barandas del coro, además de estar adornadas con laurel se veían llenas de luces y farolitos de colores. Desde que empezaron á repicar echaron cohetes con tal profusión que atronaban: usted sabe que los indios en sus fiestas son muy amigos de la pólvora. Preparado estaba el maestro de escuela, que era también el organista, para esmerarse con sus mejores contradanzas y marchas acompañadas de bombo, *chuchas*, pandereta y triángulo como en misa de aguinaldo. Cuanto le puedo decir es que no ahorraron gasto para la fiesta.

—Pensé en atravesarle una palabra, pero la dejaré para otra vez, no sea que...

—Ya le perdí la vergüenza, niño.

—Bueno, pero siempre es mejor que siga.

—Hubo una cosa que me enterneció mucho; se me saltaron las lágrimas. Cuando el señor Cura estaba revestido para el casamiento, la india Carmen se hincó delante de Marcos para que le echara la bendición, y viendo que su novio no la acompañaba, lo volvió á mirar con los ojos anegados en lágrimas y le dijo:

“Busté es *guérfano* niño Isidor, y después de Dios no hay más padre quien le eche la santa bendición sino mi señor padre.” El indio entonces se arrodilló junto á su novia y el indio Chirca, articulando apenas las palabras, les dijo llorando:

“Hijos míos, yo los bendigo, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo!”

“Amen,” dijimos todos los que estábamos presentes.

Entonces el señor Cura empezó á colocarlos en sus respectivos puestos, porque esto pasó del lado adentro de la puerta de la iglesia, y la gente hizo un círculo, como es de costumbre, para ver la ceremonia.

Empezaba el señor Cura á leer con aquella gravedad que tenía para tales casos, cuando entró una india afanada diciendo:

—Ahí viene tropa á caballo y vienen para acá por la esquina de la calle honda!

A esta voz el señor Cura quedó solo: unos salieron por la puerta de la iglesia y otros corrieron por la sacristía. El indio Chirca y su hija no anduvieron atontados y se escaparon por el solar de la sacristía y después por la casa cural salieron á la toma. Al indio Pichimata lo escondió el sacristan entre un escaño de esos que tienen de asiento una caja donde se guardan ceras y otras cosas, y encima puso cuanto encontró para que nada maliciaran.

—Pero quiénes eran los que llegaban?

—Pues quiénes habían de ser? El malvado de don Sinforoso con una partida de soldados!

—Habrás visto?

—En el acto rodearon la cuadra para que no se les escapara ninguno, y empezaron á buscar. Fueron donde el señor Cura y lo amenazaron si no les entregaba á los indios, como si él supiera de ellos: maltrataron al sacristan y se volvieron el enemigo malo; pero nada consiguieron. Ya estaban de marcha por ahí como á las nueve, cuando un *chino* malvado fué y les dijo donde estaba Pichimata. Entonces lo sacaron de entre la caja, lo amarraron y lo llevaron de recluta para las tropas.

Qué infames!

VII.

EN UNA NOCHE!

—Puede usted calcular qué día sería aquel para todos nosotros. Sabíamos que antes de irse esos hombres habían estado en la casa de Chirca, y que no solamente se llevaron cuanto pudieron, sino que rompieron cuanto hubieron á la mano. Ollas, platos, posillos, trastos y todas las botellas de licores que no se bebieron y no se pudieron llevar, las regalaron ó botaron. El diablo se volvieron gritando San Juan por todas las calles, borrachos y atropellando á todo el mundo. Sabíamos que al pobre indio lo amarraron y lo llevaron á pié al paso de sus caballos por toda la cuestas, y tantas cosas que se nos juntaban.... Ah día! No se me olvidará en los años de mi vida!

Todas las calamidades se nos juntaron: la guerra por una parte, las viruelas por otra y la escasez que empezó por de contado.

Le aseguro que fué tanta la indignación que produjo ese atentado aquí, que si hubiera vuelto el hombre quién sabe cómo le hubiera ido.

Puede usted imaginarse cuál sería la pesadumbre de los indios. La pobre Carmen se puso en la espina de llorar y sufrir; fué tanta su desesperación, que pensó en irse á donde hubieran llevado á su novio para acompañarlo.

—Y el padre consentía en eso?

—No; por supuesto que no; pero ella lo iba á hacer á escondidas. Tenía todo preparado para huir; pero sucedió que Chirca se enfermó y ya le dió lástima dejarlo solo. A los tres días estaba como una mazorca, no tenía donde le cupiera la punta de una aguja, como dicen; estaba lleno de viruelas. Se puso monstruoso.

Qué azote tan terrible fué ese para los indios! Aquí barrieron las viruelas completamente. Familias enteras murieron sin que hubiese siquiera quien las enterrase. Sabe usted lo que hicieron en algunas casas? Habiendo muerto todos los que las habitaban, cerraban los ranchos y después les prendían fuego.

—Tan terrible fué esa epidemia como el cólera asiático en Europa. Mucho estrago hicieron aquí las viruelas en el año de 1840.

—Déjese de eso, que aquello no tiene ejemplo! Siguiendo mi cuento, le dije que la pobre india cuando vió á su padre así, se puso á hacerle remedios, y viendo que era de peligro la enfermedad, lo hizo administrar y le sirvió hasta que ella también se sintió atacada del mal y fué á la cama. Entonces nadie se acercó á la casa. Aquellos dos pobres indios apuraron las amarguras de su desgracia en la soledad más espantosa.

Dos días habían pasado así, cuando tarde de la noche, muy tarde ya, golpearon á la puerta del rancho. Nadie contestó. Entonces empujaron la puerta y llamaron de nuevo; pero el silencio fué el mismo. El que llegaba era Pichimata, que desertado en una noche de marcha se había vuelto. Viendo que no respondían, entró; y habiendo aperebido la respiración forzada de alguien, volvió á llamar más alto y entonces oyó un quejido que lo alarmó. Salió á una casa vecina y suplicó le dejaran prender un manojo de cañas secas de maíz, y cuando lo hubo conseguido entró á la casa y alumbró por aquí, por allí, hasta que vió á Chirca y á su hija tendidos en el mismo lecho. Tocó al indio y sintió que no se movía.... estaba yerto! Asustado llamó á la Carmen, pero ya no era sino un tronco; estaba sin sentido. Salió entonces al pueblo, buscó velas y volvió solo, porque nadie quiso acompañarle: se acercó de nuevo á la

cama para cerciorarse de que estaba muerto el indio, y cuál fué su sorpresa al ver que Carmen acababa de espirar....

—Ah! dije cubriéndome la cara con las manos.

—Por allá como á la madrugada grande de esa misma noche, se sintió que llegaban unos á caballo que no se detuvieron en el pueblo y pasaron para el lado de la salida. Ya usted supondrá quiénes serían. Rodearon la casa de Chirca con el objeto de llevarse no sólo al indio desertor sino á Carmen también, según se supo después. La puerta estaba cerrada, y como quería don Sinforoso que no se le escapase ahora ninguno, se desmontó para entrar él mismo. Montó la carabina, empujó la puerta y entró gritando:

—Ahora sí escápanse, malvados! La última palabra se le quedó pegada á la garganta, porque tropezó con los dos cadáveres en el suelo rodeados de unas pocas velas y á Pichimata de rodillas llorando.

—Y qué hizo ese Demonio que no murió de repente?

—Salió, tomó unos tragos de aguardiente y mandó que sacaran á Pichimata para llevárselo.

—Habrás visto infamia igual?

—Lloró y suplicó para que le dejaran enterrar al otro día los cadáveres y que después hiciesen de él lo que á bien tuviesen, pero no fué posible: se lo llevaron....

Desde entonces nadie volvió á ocupar esa casa, y como el indio no dejó herederos, aquello quedó abandonado: los animales empezaron á entrarse, y tiene usted que la casa al fin cayó, y hoy, como usted ve, no hay ni señales de donde hubiera nada. Solo un cerezo ha quedado en medio de ese solar, porque no es otra cosa.

—Y ese malvado se quedó con las suyas?

—No! cómo se había de hacer de la vista gorda la justicia divina! Murió en una de esas guerras que hubo, de la manera más horrible: lo alancearon hasta volverlo pedazos. Dios lo haya perdonado: bien pícaro fué el tal don Sinforoso. Murió en la Culebrera.

—Y Pichimata volvió?

—Nada, niño. Dicen que se lo llevaron por allá á Pasto, que fué un guapo soldado y ni más se supo de él.

He cumplido, pues, con contarle la historia de los indios, ahora si nos acostaremos, porque tengo ya los pies muy fríos.

—Es justo, porque usted estará trasnochando.

Me fuí para mi cama donde tardé mucho en conciliar el sueño. Ya dormido, ya despierto, no tenía otra cosa en la imaginación que á los indios. Unas veces me parecía ver á Pichimata con su haz de cañas encendido buscando en las sombras y á los reflejos de la luz rojiza los cuerpos de Chirca, cadáver ya, y el de Carmen, agonizante y sin conocimiento para decirle siquiera adiós á su novio. Me representaba otras veces al malvado tinterillo armándose para entrar á saciar su ferocidad y venganza, y veía y me parecía leer en su rostro con que me lo he imaginado, la sorpresa al encontrar los dos cadáveres alumbrados por unas pocas luces y á Pichimata de rodillas regándolos con sus lágrimas.

Al día siguiente me levanté muy temprano y me fuí á ver el sitio en donde había estado la casa de Chirca. Efectivamente, á pesar del mucho tiempo que hace que se destruyó todo, algo se nota del lugar al menos en que estaban los fogones; hay piedras ahumadas, y cerca está el único cerezo que ha quedado como testigo de aquel drama producido por las malas pasiones de un tinterillo.

UNA TARDE DE FIESTAS.

En la tarde del 23 de Julio de 1866 un gentío inmenso ocupaba la plaza de Bolívar en la ciudad de Bogotá.

Desde la mitad del día las ocho bocas-calles habían estado arrojando tal cúmulo de gentes de todas clases, que aquello parecía un mar, al que por diversos puntos llegan los ríos sus tributarios, sin que por esto se note que aumenta su inmensa, profunda é inquieta mole.

Dos series de palcos rodeaban la plaza por los cuatro costados, y en aquella tarde estaban tan llenos de gente, que parecía imposible cupiese una persona más. Las barreras parecían más bien formadas de hombres que de maderos, y en las calles que formaban aquéllas y los tablados, apenas podían los concurrentes moverse con dificultad.

Las ventanas, capiteles y cornisas de las dos altas torres de la hermosa Catedral, parecían como una colmena alborotada. En las torres de la Capilla, en las galerías de San Bartolomé, en la cúpula de San Carlos, en los tejados vecinos y hasta en los nichos más lejanos se rebullía el concurso que á fuerza de no tener cabida en la plaza se retiraba, como bandada de aves asustadas, á buscar los huecos y cornisas de las torres vecinas.

En aquel conjunto podían verse todas las clases, todos los tipos, todas las figuras y todos los colores, los unos en los concurrentes y los últimos en los trajes, cortinas y gallardetes que el aire movía con desgana.

El concurso parecía impaciente porque á excepcion de los centinelas que se paseaban por el interior de las barreras y de uno que otro torero vestido como los chulos españoles, ningún espectáculo llamaba la atención en la plaza, á pesar de haber dado los relojes de las torres las tres de la tarde.

Por entonces las miradas todas se dirigían á un palco adornado lujosamente y que aún permanecía vacío. Tal parecía que de allí pudiese venir la orden de empezar lo que con tanta impaciencia se esperaba. Un rico pabellon de seda en cuyo centro, al moverlo la brisa, se descubría el escudo de armas nacional, indicaba que aquel era el palco destinado para el Presidente de la República.

De repente el ruido sordo y confuso de tantos millares de bocas se extinguió, como si se hubiese ahogado con el golpe de un tambor que de lejos venía marcando el paso á la tropa.

Como tocados por un resorte todos se movieron en sus puestos para tomar mejor posición, y fijaron las miradas hácia la boca-calle que por el lado del Palacio conduce á la plaza. Poco á poco se fué acercando el ruido de la caja de guerra, hasta que por fin se abrió la gran puerta pintada con los colores del pabellon nacional y dió entrada á un cuerpo de artilleros.

El sol quebró sus rayos contra las bayonetas en forma de espadas, y la luz fué esparcida como un relámpago en todos los ámbitos y reflejada en todos los ojos. Los artilleros, con vestido de paño negro, morriones charolados, penachos, charreteras y franjas encarnadas y fornituras con correaes amarillos, penetraron en la plaza. La banda que servía como de cabeza á aquella gran serpiente negra con escamas de púrpura y plata, em-

pezó á tocar el coro de los Drúidas de la *Norma*, y avanzó lentamente hácia el pié de la estatua de Bolívar.

El Presidente apareció en el palco, seguido de sus Secretarios y de unos cuantos caballeros que lo acompañaban, y los centinelas de la guardia tomaron puesto al pié, á la espalda y los lados del tablado.

Extendida la tropa en ala de frente, las bandas tocaron marcha regular, los soldados presentaron las armas y los jefes y oficiales saludaron con las espadas al Presidente.

El saludo fué devuelto con una cortesía, y en seguida principió el despejo.

La tropa empezó á ejecutar evoluciones al solo mando del golpe de un tambor, y ora formaban círculos, despues cuadros; ora imitaban una gran serpiente enroscándose y desenvolviéndose lentamente y luégo se cruzaban por compañías, como en los peines de la contradanza española, produciendo el aspecto más vistoso por los reflejos que el sol hacía lucir en las limpias armas ó por el cambiamiento de los colores de los vestidos al cruzarse.

En este momento nadie se movía ni nadie se atrevía á pronunciar una palabra.

Despues de haber hecho unas cuantas figuras empezaron á compactarse en grupos en distintas direcciones y fueron buscando un centro. En un momento dado se alzaron las armas en forma de pabellon, una parte de los soldados hincaron la rodilla al rededor y regaron flores sobre la arena.

Una descarga conmovió á los circunstantes, unas cuantas banderolas brotaron de entre los cañones de los rifles y por en medio de las coronas de humo de la pólvora se alzaron palomas blancas que llevaban cintas de colores flotando de las patitas.

Un grito acompañado de un aplauso general colmó el ámbito de la plaza.

Desprendiéronse poco á poco de aquel centro los soldados formando círculos como las olas concéntricas de un lago, y entonces se vieron sobre la arena amarillenta figuras y letreros simbólicos formados con flores y banderas pequeñas que quedaron clavadas en la arena.

Pareció entonces que todos aquellos andamios se hubiesen desplomado con el ruido de los aplausos.

El toque de dispersion se oyó en el tambor y los soldados corrieron á las barreras á tomar puesto para ver la corrida de los toros.

Un incidente llamó en este momento la atención general á otra parte.

En lo más elevado de una de las torres un niño que había salido por debajo de una campana fijó un pié en el dosel de una columna de medio relieve, metió los dedos de una mano en el pequeño hueco que dejaban dos ladrillos, y alzándose hasta donde era posible alargó la otra mano para alcanzar la punta de la cinta que pendía de una de las patitas de una paloma.

Un grito de agonía acabó de fijar la atención de los espectadores en aquel punto. Una mujer acababa de ver á su hijo casi en el aire.

Por un momento los millares de bocas callaron, los ojos se fijaron en un sólo punto y las palpitaciones se paralizaron en todos los pechos.

El desmoronamiento de un ladrillo, la pérdida de fuerza en los dedos ó el conocimiento del peligro, habría bastado para que desprendido

de allá se hubiese hecho mil pedazos contra las baldosas del atrio de la Catedral.

La manecita alcanzó al fin la punta de la cinta, pero la paloma al sentirse cogida empezó á revolotear al rededor de la cabeza del niño como si intentase arrancarlo con sólo el esfuerzo de sus alas.

Todos los pañuelos cubrieron las caras, todos los ojos se cerraron y los corazones contuvieron sus latidos.

Tomó entonces la punta de la cinta con los dientes y trató de volver el cuerpo ; pero al buscar apoyo con el pié, no lo halló. Algunos pedazos de la cornisa en que estaba apoyado se desmoronaron y descendieron á estrellarse en el suelo.

Un grito de horror sordo colmó la extension.

El cazador, despues de haber metido su presa entre la ropa del pecho, entró de nuevo poco á poco, despues de haberse desprendido de la cornisa, por el mismo hueco por donde habia salido, sin sospechar siquiera que habia sido el objeto de las angustias de un concurso inmenso.

Pasado este incidente, nadie volvió á pensar en el niño, y la atencion se fijó de nuevo en la puerta del toril. No tardó en salir como una flecha un hermoso toro cebado en las pantanosas dehesas de la "Conejera."

Un grito universal acompañado de silbidos y palmoteos atronó el espacio del circo.

Los toreadores al ver la fiera, cuya hermosa estatura y enorme cerviz anunciaban una fuerza descomunal, tuvieron por conveniente hacerse á un lado y dejarlo pasar hácia la puerta del lado de Oriente, donde era seguro que se dirigia ; pero no fué así : contra la costumbre de estos animales, que siempre se dirigen hácia la puerta por donde los hicieron entrar ; este soberbio toro se lanzó donde ménos se le esperaba, despues de haber medido instantáneamente con la vista toda la plaza.

Un soldado de los del despejo se encontró sorprendido en el ángulo de una esquina, cuando áun no habia hallado por donde saltar á la barrera. El momento era decisivo ; habia que afrontar el peligro ó morir.

Las escenas pasaron con una rapidez increíble. El soberbio animal se lanzó sobre su víctima para despedazarla contra la barrera, pero el soldado dió un salto al interior de la plaza dándole el frente á su enemigo.

La desesperacion prendió las lenguas á los paladares y los ojos de todos se fijaron con ansiedad en el soldado y en el toro.

La fiera volvió instantáneamente levantando una nube de polvo, inclinó la cerviz, dió un horroroso bufido y se lanzó iracunda. El soldado esperó á pié firme con el arma en ristre.

Un instante bastó para que se viesen caer de lo alto sucesivamente el morrion, el arma y el soldado.

Ese grito que sólo se oye en las plazas de toros pobló luego el espacio.

Pero la escena no estaba concluida, el soldado debia de morir irremisiblemente ; sin embargo, aquel hombre, como si hubiese tenido los piés de hierro, cayó enclavado en el suelo á cuatro pasos de distancia de su terrible enemigo.

Dos ó tres pasos más dió el toro, dobló las rodillas y cayó exánime á los piés de su adversario.

La bayoneta le habia entrado por en medio de los lomos llegando hasta el corazon.

Los espectadores estallaron en aplausos de frenética alegría.

Cúchares no habria dado en el circo sevillano una estocada con más acierto que el soldado.

Aun no acababa de empaparse la arena con la sangre que salia á borbotones por la ancha herida, cuando cuatro hombres de á caballo con vestidos de percal arrastraron el toro para llevarlo á la carnicería.

Una huella de sangre, como si fuese una cinta de púrpura, quedó marcando el lugar por donde arrastraron aquel animal, que áun parecia estremecerse al rodar por los empedrados.

La corrida continuó despues sin ninguna circunstancia notable, hasta que las campanas dieron las seis y el concurso empezó á retirarse, colmando las calles como los acueductos de un estanque al que le alzan las compuertas.

LA DOCENA DE PAÑUELOS.

AL SEÑOR RICARDO SILVA.

Me metiste un clavo, Ricardo, y á fe que no me quedé con él adentro. Por supuesto que ya ni te acordarás de que una vez que estuve en esa capital á emplear mis cincuenta pesos, me metiste unos pañuelos "rabo de gallo," tan caros como te dió la gana. Por poco que no me queda plata con qué comprar el clavo, la canela, las puntillas y demas artículos que formaban el presupuesto de mi factura. De lo que sí te acordarás, porque eso se lo dices á todo el mundo, es de los argumentos que me hiciste para convencerme de que debia darte mis cincuenta pesos por la docena de pañuelos. Ya, que eran pañuelos *madrases* muy finos, pinta firme : ya, que eran tan grandes que con uno solo habria para toldo de un ejército ; que la guerra del Norte habia hecho subir los algodones, y que en Inglaterra estaban las fábricas casi sin trabajo por falta de materia prima ; que esos artículos eran caros, porque en Europa se manufacturaban tan sólo por los pedidos especiales de estas plazas, pues debia suponer que las parisien-ses no usaban pañuelos "rabo de gallo," ni fulas ; y, sobre todo, que siendo artículo de tanto consumo, no debia regatear, pues ya no quedaba sino esa docena y que me la vendias por ser á mí, pues la tenian apartada. Diablos ! me acuerdo de que si apuras más la dificultad, te dejo mi plata y firmo una obligacion por el resto.

Cogí mi docena de pañuelos, compré mis otros *chismecitos*, tomé al fiado en el almacén de Párraga y Quijano las bogotanas y cuartos listones, acomodé mi carguita, y vámonos para nuestro pueblo !

Te juro por San Crispin el sabio, que nunca habrás tenido sueños como los míos. Cuando se tiene factura adelantada y que el consignatario anuncia que los bultos están de Honda para arriba, se goza mucho ; pero nunca, eso sí, como un principiante que lleva consigo todo su capital y toda su esperanza en una maleta. Nunca hizo la lechera cuentas como las mías. Estudié por el camino todo lo que me habias dicho para decírselo á los indios y sacarles un docientos por ciento en mis pañuelos. Y cómo crecia mi capital como si fuera espuma ! Qué de esperanzas fundadas en

aquellos *chismes* ! Qué disertaciones mentales acerca del trabajo y lo próspero del comercio, que en todas épocas ha servido para llevar entre sus fardos, no sólo la riqueza material, sino la intelectual también ! Un pueblo sin comercio es un pueblo bárbaro, decia para mí, y orgulloso de ser comerciante, traía á la memoria la gloria de los fenicios ; y qué sé yo qué más diabluras pensaba, hasta que llegué á casa.

Aquí debiera poner yo punto, dejar lo anterior como disertacion preliminar y empezar con números romanos una serie de artículos ; sin embargo, me contento con poner sólo esta rayita.

En juéves llegué á mi pueblo ; al dia siguiente es el *mercado grande*, con el item más de que el juéves próximo era dia de Córpus. Me iban á faltar manos y pañuelos para vender. Muy á la madrugada, entre oscuro y claro, me fui para mi tienda, que está en la plaza y empecé á arreglarlo todo. Los cominos en muy finos cucuruchos aquí, allí la canela y el azafran en envoltorios muy grandes para darlos cada uno por una mitad, pero por dentro con dosis homeopáticas ; las piezas de bogotana, que fueron dos, bien extendidas para que ocultasen un hueco ; los cortes de zaraza colgando desde la tabla de más arriba, no tanto porque llamaran la atencion, cuanto porque cubrieran el inmenso vacío que mi falta de crédito y capital dejaban entre tabla y tabla. Recorté despues los pañuelos que traía, los intercalé entre los otros que se habian convertido en *hueso*, é hice una sarta de todos ellos, que, amarrada desde adentro, saliera hasta más afuera del marco de la puerta. Con un pañuelo colorado, izado en un palo anuncié que la legacion estaba en ese dia de fiesta, y despues de haber hecho todas esas trampas á los compradores, me senté á esperar. Una araña, despues de haber tejido su tela, no lo haria mejor que yo esperando á mis parroquianos para cogerlos en todas esas trampas que les tenia preparadas.

Poco tuve que esperar. Un indio fué acercándose el primero, como receloso, y con un aire de desconfiado ó estúpido, cogió la punta de un pañuelo y preguntó :

—Cuánto da este pañuelito ?

(Ahora lo que Ricardo me dijo, y el indio quedará convencido).

—Vale cinco reales, le contesté. Es pañuelo madras muy fino, y como los algodones se han escaseado con la guerra del Norte, y ademas los derechos de importacion y el peso bruto hacen subir tanto las facturas.....El camino de Honda, los fletes, el peaje, la contribucion directa y tantos otros derechos hacen subir tanto los artículos, que no se puede dar por ménos de lo que he pedido.

—Cuánto, mi amito ? volvió á preguntar con el aire propio de quien se ha quedado á oscuras.

—Cinco reales, volví á decirle, y resolví hablarle de otro modo.

—¡¡¡hh ! *enque* fuera de seda, mi amo.

—Mejor que de seda, hombre, porque es pinta firme, no destiñe, y mientras más lo laven más le sale el color. Un pañolazo como ese es regalado por cinco reales.

El indio por toda respuesta movió la cabeza lentamente. Despues refregó bien la punta, lo sacudió, lo puso contra la luz y dijo :

—Y se deja pedir *esque* cinco *riales* !

—Y qué tiene ese pañuelo ?

—No ve *sumercé* que es pura tierra ? Mire, queda *que ni un cedazo* de puró *escarralao*.

—Pero hombre, así, refregándolo, ni un cuero resiste. Ese pañuelo no puede ser mejor.

—No ve *sumercé* que en el lavadero se le *qué toítica* la tierra colorada y queda que.....Cuánto es *último* ?

—Cinco reales.

—Dos y medio será bueno ?

Me rasqué la cabeza y contesté con calma.

—No se puede.

—Dos y medio, mi amo, y me encima la *aujita*.

—Dios me perdone y me dé paciencia. Lo único que puedo rebajarte es medio real y le encimo la aguja.

El indio contestó con un gesto de desprecio, y sin decir nada salió.

Aquí quisiera ver á Ricardo, para que vea si es lo mismo vender allá en su almacen, que en una de estas tiendas en que se lidia sólo con indios, pensé y me puse á esperar otro.

—Tenemos por suerte cuerdas, mi amo ? preguntó otro.

—Si hay, muy buenas : barcelonesas.

El indio tomó un rollito en la mano, escogió la que le pareció más á propósito y le metió diente. Habrá cuerda que se resista á tal prueba ? Suponte que la cogen con los dientes y tiran á dos manos. La que resiste ilesa á tal experimento es la buena. Luégo que escogió unas pocas preguntó :

—A cuántas da, mi amo ?

—A tres : son muy buenas.

—Las da *sumercé* á cinco por cuartillo ?

—Imposible, aunque me las hubieran regalado.

—Me cambia *sumercé* dos huevos por un cartucho de cominos ? preguntó una india.

—Sí. No me destuerza las cuerdas ; si quiere, llévelas, y si no..... En esto empezó á llenarse la tienda.

—Abájeme *sumercé* un lazo, pero escójamelo.

—Me cambia un franco ? Pero buena plata.

—Estos reales *cundinos* no los quieren.

—Cuánto es lo último del pañuelito ? volvió á preguntar el mismo indio del principio.

—Cinco reales. Mientras usted se fué he vendido tres, y han quedado de venir por más para el Córpus.

—Rebájeme *sumercé* y tratamos. Buena plata.

—No puedo. Lleva las cuerdas, ó no ? Y si no, déjelas.

—No, mi amo, de mí no haga *esconfianza enque* soy indio.....

—La bogotana ?

—A dos y medio.

—Compra mantequilla ?

—No.

—Alcáncela *pa* verla.

—Muy fina y ancha.

—Pero como un *colador*, dijo la india despues de refregarla.

—Un cuartillo de clavo y canela.
 —Tome, pero deme cuartillo hecho.
 —Lo último? Le llevo média vara.
 —Que si hay *piedra contra*.
 —Es á dos y medio. No hay. Se la mido bien. Lleva por fin el pañuelo?
 —Hay por fin la *piedra contra*?
 —No.
 —Recaditos le mandó mi *señá Duviges*, y que qué tal le fué á *sumercé* en su viaje, y que es su señor, y que si trajo bogotana fina, que le mande una pieza para verla, y que no le vaya á vender los pañuelos bonitos porque quiere comprar uno, y que si trajo algo particular, que se lo mande *sumercé* y que acá lo mandará despues.
 —Dígale que no traje sino una pieza de bogotana, y que de esa estoy vendiendo, y que me fué muy bien.
 —Hasta luégo.
 —Memorias.
 —Hay *alimento belisario*?
 —Qué?
 —*Alimento belisario*, de ese que sirve para las *lacrás*.
 —Linimento veneciano, será.
 —Sí, mi amo. Véndame *sumercé* un cuartillo.
 —No hay.
 —Manda decir mi señora que le mande para la semana, porque ya es tardísimo, y cuando vaya ya no hay nada y todo caro.
 —Toma, llévale, dije abriendo el cajon. No habia vendido sino real y medio en toda la mañana, y ya eran las nueve.
 El hambre, el ruido del mercado y el alboroto de la tienda me tenían zonzos, y, para colmo de todo, una maldita india se habia situado junto á la puerta con una marrana parida, y los cochinos chillaban sin cesar. Tuve intenciones de comprársela para no aguantar los chillidos.
 En alcanzar alpargatas para que se las midieran, en bajarlo todo y volver á alzarlo, y contestar preguntas de cuantos iban llegando, se me pasó média hora más. La tienda era un laberinto de indios que entraban y salían, el mercado derramaba por las esquinas su gente á fuerza de concurrido, cuando el primer campanazo á *sanctus* sonó. Todos los indios y los sombreros cayeron como movidos por resortes ocultos, los primeros de rodillas, los segundos boca arriba, para que no se salieran los pañuelos.
 Y nada volvió á oírse. El órgano dejaba escapar una sonata á manera de marcha, y cada campanazo iba produciendo un ruido como si fuera un eco, producido por los golpes de pecho y el murmullo de las oraciones que á média voz rezaban todos; aquel ruido parecia el oleaje lejano de un mar que se azota contra las costas. Y, cosa extraña! hasta la marrana y los cochinos, que habian chillado en toda la mañana, callaron. Tres campanazos sonaron y otras tantas veces se oyó el ruido de los golpes de pecho y oraciones, pero, eso sí, no acabaron de dar el tercero cuando los vendedores de la plaza, aprovechando el silencio que reinaba, empezaron á gritar:
 —Maíz á siete reales!
 —Yo lo doy á seis!
 —Papás á cuatro!

—Quién compra carne gorda? y si no, la boto!
 Los últimos gritos ya no se oyeron porque el ruido del mercado empezó de nuevo, como si les hubiesen destapado á todos la boca á un tiempo.
 Al punto empezó en la tienda la misma barahunda de ántes; pero yo no aguanté más por entónces, y me preparé para cerrar é ir á almorzar. Cuando ya iba á torcer la llave llegó de nuevo el indio del pañuelo y me dijo:
 —No cierre *sumercé*, véndame el pañuelito.
 —A ver la plata que trae.
 —Buena plata, mi amo, no haga *esconfianza*.
 Entónces cierro: así como así no tengo necesidad de apurarme. Están volando; ya casi no quedan pañuelos.
 —Abra *sumercé*, que no *haiga* miedo que.....
 —Entónces me voy, dije, y cerré la tienda.
 A tiempo de irme reparé que una india mocetona y robusta acompañaba al indio.
 Aquí vendria como pedrada en ojo de boticario otro capítulo, y su mote en letras gordas que dijera: *Planes para engañar á los indios*; pero ya que he adoptado el sistema de rayitas, pondré esta otra.
 En tanto que me sirven el almuerzo, y despues, mientras que almorzaba, me puse á pensar en que lo mejor del mercado habia pasado ya y no habia vendido un sólo pañuelo. Los castillos formados perdían su base y venían á tierra; el nuevo viaje á Bogotá á traer más pañuelos y artículos para la tienda, lo veía muy lejano, y mi viaje á Europa cuando hubiera enriquecido con esa tienda se nubló tanto como la esperanza que hoy tiene un empleado de ver cuartillo. Y revolviendo ideas, formando planes y pensando en tretas, se me ocurrió la tenacidad del indio del pañuelo, me acordé de la india mocetona que lo acompañó á lo último, y hasta la criada que me servia el almuerzo vino á figurar, quién lo creyera! en primer término para mis nuevos fines. Cierro es que el almuerzo se me fué sin sentir, pero yo combiné un plan.
 Antes de volver á la tienda instruí debidamente á la cocinera, y me fuí á completar el plan de mis nuevas operaciones.
 Lo primero que hice fué esconder los pañuelos, no dejando sino dos colgados; despues salí á la puerta y llamé á un muchacho, le ofrecí un caramelo porque buscara á otros y me ayudaran en mi proyecto, y luego que lo hube arreglado todo me senté á esperar.
 El primero que entró fué el indio del pañuelo, acompañado de la india.
 —Mire, le dije al verlo, por no haber querido llevar el pañuelo desde esta mañana, ya no queda sino aquel, y ese otro está apartado.
 —Mire qué caso! dijo la india, y era el mejor.
 A este tiempo llegó un muchacho ahogándose y dijo:
 —Que manda decir la niña Juanita *Castra*, que aquí están los seis reales por el pañuelo y que se lo mande, y que si tiene otro de esos mismos, que se lo aparte, que *ora* mandará por él.
 —Vean á ver, dije á los indios, si quieren el pañuelo, y si no, ya ven que van á llevárselo.

—Pero seis *riales*, cuando esta mañana me lo daba por cuatro y medio.

—Y no quiso llevarlo ; ahora ni un cuartillo ménos.
Los dos indios se miraron.

—Nos encimará alguito, mi amo.

—Un alfiler les doy.

El indio sacó una bolsa de cuero y á escondidas empezó á sacar real por real, luégo los echó sobre el mostrador ; fuí á contar y habia cinco y medio.

—Falta medio.

—Rebájenos *sumercé*, mi amo, ese mediecito.

—No puedo ; si no lo quieren, déjenlo,

Entónces el indio echó un cuartillo más.

—Ahí está, dijo, rebájenos *sumercé* el cuartillo, no sea *sumercé* tirano.

—Nó, les contesté, moviendo la cabeza.

Un cuarto de hora lo ménos me estuve para sacarles el otro cuartillo. Al despedirse la india, le di un trago y le dije que tenia escondidos otros dos, y que si necesitaba más le venderia uno. Muy agradecida salió, á tiempo que entraban otros. Cuando éstos me ofrecian dos y medio por el pañuelo, entró la criada de casa y me preguntó qué valia el pañuelo.

—Ya no lo vendo, le contesté, no hay sino ese y lo necesito.

Me rogó con seis reales que me los echaba sobre el mostrador, y no quise darlo. En tanto los indios se miraban unos á otros. A fuerza de súplicas les vendí uno, y así me estuve toda la mañana sosteniendo esa posicion falsa, para ver de vender á los indios los otros. A las doce no habia uno sólo ni de los tuyos ni de los otros viejos, que hacia tiempos tenia ahí. Nueve pesos saqué de la docena de pañuelos “rabo de gallo,” y han durado preguntando dos semanas por los mismos pañuelos. Gracias á los muchachos que cumplieron su comision y á la criada que llegó á tiempo, y más que todo á mis ardides, que si no, Ricardo, ahí estuvieran tus pañuelos.

Despues de esta fiel historia, de lo que es vender en una de estas tiendas, ¿ volverás á meterme tan cara otra docena de pañuelos ? Todavía me duelen los cinco pesos que te di por ella, aunque les gané cuatro á los indios á fuerza de trampas.

EN EL ALBUM

DE LA PRIMADONA, SEÑORA ROSINA OLIVIERI DE LUISIA.

Yo conocí á una jóven que nació en el campo y su vida era un idilio, su porvenir un Eden.

Como era tan inocente, era amable y su dulzura dejaba adivinar la sensibilidad de su corazon.

Nada habia oido de lo que son las bellezas de otro mundo, y sólo sus campos y sus rios ocupaban su entendimiento.

Y ántes de que el sol viniese, cuando la aurora teñia de nácar las primeras nubes, venia ella al campo.

Porque sus piés se hicieron para pisar el rocío y sus ojos para admirar las flores.

El ruido del torrente al rodar en la montaña y el murmullo de los rios al cruzar en las llanuras, halagaban sus oidos y satisfacian su corazon.

Y era feliz porque el canto de las aves al saludar al alba y al despedirse de la tarde, era comprendido por ella.

Y cuando las brisas al pasar decian algo entre el cáliz de las flores, y cuando la mañana regaba gotas de rocío en la pradera: sonreia, porque sabia lo que querian decir las brisas y los cariños de la aurora.

Y muchas veces habia pasado el sol por el cenit y se habia hundido tras las montañas, y siempre la encontró lo mismo.

Y otras tantas veces de veces habia venido la luna sobre su carro de plata sin que encontrara triste á la inocente doncella.

Porque era inocente como la paloma y tan tímida como el corzo.

Y cuando el relámpago anunciaba el rayo y alumbrada su choza, ella sonreia con calma y alzaba los ojos al cielo.

Porque sabia que la ira de Dios no es venganza, sino justicia ; y el justo no teme, sino espera.

Y hé aquí que una tarde, la más risueña todas, salió á los campos para mirar sus flores y ver los nidos de sus palomas.

Y para oir el mugido del ganado y traer sus manadas al redil.

Pero cuando contemplaba la belleza de su cielo, tan sereno como su ojos y tan apacible como su pecho, una peregrina apareció á su lado.

Los ojos se encontraron, la sonrisa asomó á los labios y las dos almas se comprendieron.

Porque era el talle de la recién venida como los juncos de la laguna, y su donaire como el de la hoja de la dengosa palma.

Y eran sus ojos como la estrella del polo y su voz tan dulce como la miel de las colmenas.

Sus palabras eran como la esperanza, y su sonrisa dejaba adivinar un cielo.

—De dónde vienes ? Quién eres ? preguntó la aldeana, y entre tanto le hacia una seña para que se sentase al lado.

Yo vengo de remotos climas, y soy una peregrina que viene por conocerte y por admirar tus campos.

Y por aspirar tus flores y oir el arrullo de tus palomas.

Porque allá léjos, muy léjos, de donde yo vengo, llegó la fama de lo que eres tú, tus flores y la pureza de tu cielo.

Y aunque mi patria tiene el cielo más puro del mundo, quise venir á ver el tuyo y tus ojos, del que son un remedo.

Y despues le contó su historia y la historia de los grandes hombres y las mujeres de otro mundo.

Luégo la aldeano pendia de sus labios y de sus acciones sin perderle pestañada, porque era su palabra como la esperanza, y su sonrisa dejaba adivinar un cielo.

Y cuando contaba la desgracia de un amante ó las crueldades de los tiranos, aquellos ojos, que no habian llorado sino por sus ovejas y su perro, soltaban lágrimas de pesar.

Más de una vez comprimió los puños de sus manos y mordió sus labios con la rabia de quien oye un crimen.

Y es fama que las brisas suspendieron su vuelo y los pájaros su canto para oír aquella encantadora mujer.

Porque era su voz dulce como los panales y cadenciosa como el rodar de las aguas.

Porque era su ademan como el dengue de la palma, y su cintura como los juncos de la laguna.

Remedaba la ira, y un rayo se dejaba ver; y las brisas imitaban por ella lo indeciso de una súplica, lo amoroso de una queja.

Largas horas pasó la una al lado de la otra, creyendo que el tiempo no corría para ninguna de las dos.

Mas hé aquí que el crepúsculo asomó en el cerro, y las ovejas empezaron á balar por su redil.

El cielo se vistió de azul desteñido y de nácar, y la noche empezó á asomarse por detras de la montaña.

Entónces tomando su cayado y su alforja, la peregrina calló para llorar.

Y lloró en silencio, porque la que tenía el dón de conmover con su palabra, ahora no podía explicar lo que sentía.

Más poniéndose de pié, le dijo:

—Adios amiga, la noche viene y tengo que partir.

Mi destino es seguir: pluguiese al cielo que nunca hubiera venido aquí, porque llevaría una pena ménos en el corazon.

La pobre aldeana, que juzgó su dicha eterna, contestó con el acento que deja el desengaño.

—¿Es decir que no vivirás conmigo, que te robas mi corazon y te vas?.....

—No, no puedo, contestó la peregrina, mi destino es seguir: adios! adios!

—“Quédate conmigo, no te vayas,” le dijo tomándole una mano entre sus manos.

Y juntas viviremos en la choza, y las flores se abrirán para las dos.

De cada nido, una paloma será para ti, y cuando volvamos del campo, los perros saldrán á lamer tu mano.

Juntas veremos venir la aurora y juntas dormiremos entre el manto de la noche. No te vayas.

—No lastimes más mi corazon, contestó la peregrina, ahí te queda, te lo dejo porque ya no es mio.

Yo he recorrido el mundo, decia para sí misma, y nunca me habian robado el corazon, porque nunca había hallado un afecto tan puro como éste.

Pero no hay remedio, debo partir; adios! queda mi memoria contigo y mi corazon te acompañará por mí.

Las dos se abrazaron, sus labios y sus lágrimas se unieron, y en silencio se dijeron el adios.

Ninguna de las dos volvió á decirse nada, y sus almas se entendieron en silencio.

Las revueltas tortuosas del camino ya casi escondian á la viajera, y todavía sus ojos se vólvian una y otra vez.

Y una y otra vez los ojos llorosos de la aldeana la seguian como se mira huir una esperanza, como se desvanece una ilusion.....

Dias despues vagaba la aldeana por el campo y las flores estaban sin perfume y las fuentes sin murmurio para ella.

Y ay! del que ama una vez, decia por los campos, porque tendrá un desengaño más y una esperanza ménos.

Y lloraba cuando oia gemir la brisa ó cuando percibia el arrullo de sus palomas, porque creia oír el canto de su amiga.

Y miraba correr las aguas con distraccion y diciéndole á las olas: si la volveis á ver decidle que no la olvido.

“Lágrimas mias, las que caisteis entre el rio, corred ligeras porque quizá la volvereis á ver”.....

Esa aldeana es la hermosa Bogotá y esa viajera eres tú, amable Rosina.

LA FELICIDAD AJENA.

I

DESDE AFUERA.

UNA mañana del último verano paseaban por los alrededores de la ciudad de *** un caballero, una señora y un niño como de tres años de edad. Despues de haber caminado por un ancho camellon que sedirige al Sur, llegaron á un punto donde el camino se bifurca y tomaron la ruta que va hácia la izquierda.

Muy agradable debia de ser la conversacion del hombre y la señora y muy divertido iria el niño botando piedras, que despues corria á recoger para volver á botarlas de nuevo, cuando no pensaron en que el paseo iba demasiado largo y que el sol más tarde los habria de importunar cuando volvieran al punto de donde habian venido.

—Quieres que nos volvamos? Mira que ya está muy largo el paseo.

—Tú lo verás, Daniel, dijo la señora; pero ya que estamos aquí, ¿por qué no vamos á ver si nos dejan conocer la quinta que está á pocos pasos ya?

—Bueno, vamos, si quieres.

Poco tiempo despues se hallaban al frente de una gran portada precedida de un puente que atraviesa el foso sombreado por una hilera de sauces. Viendo que nadie les impedia la entrada, siguieron á lo largo de un ancho camino cubierto de finísima arena y limitado por un lado y por otro por nogales, cerezos y otros árboles que, alzándose á trechos iguales, daban sombra á los rosales, novios, convólvulos y demas flores que bajo las ramas de sus viejos protectores parecian sonreir al viandante con sus matizados ramilletes ó con sus perfumes delicados.

Aquella mañana habia sido muy helada, así era que todavía, á pesar de haber empezado á levantarse el sol por encima de los cerros, el hielo blanqueaba en la grama de las orillas y se ocultaba entre el seno de las flores y de las hojas para no evaporarse con el calor. Con tal motivo, en tanto que la pareja hacia un ramillete con las mejores flores, el niño por otro lado rompía los hilos de las arañas, que parecian de cristal por estar

cubiertas de hielo, ó sacudia el arbusto por ver caer las gotas que brillaban con la luz.

Después de haber caminado por espacio de media cuadra á lo largo de este encantador trayecto, se detuvieron todos tres delante de una hermosísima casa.

Apoyada la señora en el brazo de su compañero y cogido el niño de la mano de la madre, se pusieron á contemplar la casa y lo que por la puerta principal, que estaba al frente, se veía en el interior.

Una fachada de estilo gótico en el centro y una balaustrada de hierro que rodeaba las habitaciones, daba campo para que en el medio, es decir, entre los corredores y la reja, se admirase un jardín con diversidad de flores que daba vuelta á la casa.

Viendo nuestros curiosos que nadie les impedía la entrada, y que nadie había por allí á quien pedirle permiso para seguir, se aventuraron á pasar de la puerta, atravesar el jardín y llegar á una pequeña escalinata de mármol que conducía á los corredores y daba paso á otra puerta, desde la cual se podía contemplar casi todo lo que había en el interior.

Fué entonces cuando la admiración de ellos creció. Desde allí se veía el atrio interior artísticamente trabajado para dar una combinación elegante y bella á las flores, arbustos y árboles de gallardas copas, juntamente con las estatuas y las fuentes.

—Por qué no entramos allá donde está aquella pila? preguntó cándidamente el niño al ver que sus padres se detenían.

—Porque no se puede. Allá hay unos perros que nos comerían, le contestó la madre, abriendo sus dulcísimos ojos con el objeto de inspirarle temor y desviarle la idea de entrar.

—Ah!... contestó el niño como convencido y continuó pasando su manecita abierta por los balaustres de la reja que producían diversos sonidos, mientras que sus padres se extasiaban viendo aquellos primores.

No sabemos por dónde empezar la descripción, pero diremos que los grandes árboles que había en las esquinas dejaban caer sus ramas sobre las frentes de las estatuas que en pedestales blancos se alzaban por sobre las flores y las fuentes. El ruido que el viento hacía en el ramaje, el golpear de las aguas sobre sus mármóreas tazas y el silencio humano que reinaba entre todas aquellas voces mudas, imprimía la majestad que reina donde quiera que la algazara del hombre no existe y donde el misterio y la soledad toman su asiento. Una de las cosas que más llamaba la atención, era la fuente que en la mitad parecía encargarse de refrescar todas las plantas del rededor. Esta fuente, que arrancaba en forma de columna desde su base rodeada de un gran receptáculo circular donde se golpeaban las aguas al caer de tan alta elevación, terminaba por un delfín que retorciéndose alzaba la cabeza para lanzar por su boca una recta y abundante pluma de agua. Y cómo jugaban las brisas con aquel raudal de perlas lanzado al viento! Tal me parece que juega con la imaginación un pensamiento de amorosa voluptuosidad. Parecía á veces que las brisas contenían sus soplos y rodeaban el agua para dejarla subir recta y erguida, volviéndose perezosamente sobre sí misma para volver á caer, ó que se las veía soplar á intervalos para producir una caprichosa titilación, y era tal la inquietud, que unas veces convertían la pluma en vapor sutilísimo ó la volvían para acá y para allá, con la dengosa voluptuosidad de una mujer que llama y se esquivo.

Cuando se fijaba la atención en todo aquel ordenado laberinto de calles que demarcaban los surcos donde lucían las más caprichosas y elegantes flores; cuando se observaban los pequeños pedestales que sostenían grandes jarrones de porcelana que, frente á las columnas de los corredores, dejaban caer sus rendalantes cabelleras de azules zulias con su encrespado matiz, no se podía ménos que meditar en la riqueza del dueño y en el arte y habilidad desplegados en todo aquello.

—Mira, Hortensia, le dijo el admirado observador á su compañera; qué bello paisaje el que representa el papel de los corredores.

—Sí, me había fijado en eso; pero me ha llamado mucho la atención la manera como han sujetado aquellas rosas y fucias para obligarlas á formar arcos y figuras tan caprichosas entre las columnas de los corredores.

—Y aquí no vive nadie, papacito?

—Sí, mi hijo, vive un señor muy rico con su esposa y su hija.

—Y no salen?

—Ellos habitan los departamentos interiores y por eso no se percibe ruido alguno.

—Parece esto encantado. Se me figura estar en uno de esos castillos de que nos hablan las leyendas fantásticas, dijo la señora.

—Así es. Pero sabes qué es lo que á mi modo de ver le da más atractivo misterioso á esto? Es este algo de vida, de movimiento que se nota aquí. El agua que brota en burbujas, que se alza en chorros y se golpea; la brisa que mueve las hojas, el colibrí que atraviesa zumbando entre las flores, la mariposa que, como flor alada, viene á visitar á sus hermanas, es lo que le da esta belleza y majestad que nos encanta.

—Tienes razón. Seguimos por entre este jardín para dar la vuelta?

—Vamos, si quieres, aunque es algo tarde.

Fueron viendo por entre las ventanas, cuyos bastidores estaban abiertos, el lujo y riqueza de los muebles y adornos de todas aquellas salas y retretes, donde no se oía una voz siquiera. Parecía que aquellas salas espaciales hubieran sido adornadas con tal profusión de riquezas por algunas hadas para esperar al genio dominador de las calladas noches.

—Cuánta riqueza amontonada aquí! exclamó la señora. Con el valor de uno de esos muebles, con lo que han costado aquellos espejos que arrancan desde el suelo y casi dan con el cielo raso, seríamos acomodados nosotros.

Fueron dando insensiblemente la vuelta al rededor de la casa, teniendo á la izquierda los corredores y á la derecha el jardín, hasta que llegaron á cierto punto donde la señora, que iba adelante, hizo alto y volvió hacia su compañero diciendo:

—Allí está!

—Quién?

—Ella, la señorita; mírala.

El joven tomó de la mano al niño, la madre le hizo con el dedo puesto sobre sus labios, señal de que no hablara, y con precaución se fueron acercando al sitio desde donde se alcanzaba á ver la persona que la señora había indicado.

Aquel retrete era un nido de hadas. La elegancia, el lujo, la suntuosidad y la riqueza habían sido traídos allí para adornar el corto espacio que formaba el cuarto de estudio de una dama. La sedosa y

muelle alfombra imitaba tan al natural la hierba verde y tierna del prado, que se temía pisarla para no tronchar sus hebras sedosas salpicadas de florecillas blancas. Los divanes, taburetes y poltronas que hundían sus pies en la alfombra, eran de madera negra con incrustados de nácar y dibujos de oro, y sobre sus cojines de terciopelo verde había blancos y calados paños de una finura extraordinaria. Sobre las mesas de primorosos y artísticos tallados, se veían adornos de una riqueza y gusto admirables. Grupos de alabastro con figuras mitológicas entre bombas de cristal, jarrones de porcelana de formas antiguas, grandes espejos y láminas de mucho mérito por sus asuntos y arte; retratos, cortinajes, cornisas y, en fin, cuanto puede halagar la vanidad, todo se encontraba allí entre una atmósfera densa por los perfumes y la voluptuosidad.

Recostada negligentemente estaba la señorita hija del afortunado dueño de aquella casa. No estaba por demás allí, era el complemento ó más bien, el todo de aquella mansion encantadora. Y era hermosa como vista en un sueño. Su tipo era una mezcla de la picante y salerosa española con la blancura y delicadeza de las mujeres de raza de Albion. Había en ella un contraste que encantaba, porque siendo sus ojos de mirada despierta, más bien azules que negros, tenía cabello, pestañas y cejas oscuras y brillantes como el azabache pulimentado.

A la sazón leía sentada en una gran poltrona teniendo sus pies levantados sobre un cojín de blancas pieles. Vestía una bata de finísima batista medio abierta por el frente, dejando adivinar, como entre un misterio, algo de lo que cubría su redondeado pecho.

Un ruido producido probablemente por el niño que hizo girar un balaustre de los que formaban la baranda del corredor, hizo que la señorita alargara una de sus bellísimas manos hacia un cordón de seda con borlas de oro que había cerca de ella. Una campana sonó á lo lejos y en el acto apareció un criado.

—Vé quién hay por fuera; he sentido un ruido en el corredor.

—Son un caballero y una señora que están paseando por los jardines.

—Y tú sabes quiénes sean?

—No conozco á ninguno de los dos.

A una señal hecha con su linda mano salió el criado y continuó la lectura.

Los visitantes se retiraron conversando acerca de cuanto habían visto.

—Qué fortuna tan colosal la de esta familia! decía la señora, estoy aturdida con tanto como hemos visto.

—Oh! este señor es uno de los más ricos que se conocen: se le calcula una renta diaria de docientos duros. Sus negocios son en grande escala y cada día adopta nuevas empresas. Ahora, por lo que has visto en esta quinta de recreo, puedes imaginarte la riqueza que habrá en la casa de la ciudad.

—Eso será un prodigio.

—Esta señorita, que es hija única y en quien él idolatra, está prometida al hijo de un ministro extranjero, que dicen es millonario, y según parece todo está arreglado para que el matrimonio se efectúe en estos días.

—¿Qué hechos son ciertas gentes! dijo la señora con algo de desconsuelo y amargura.

—Sí, hay personas á quienes parece que Dios no les deja qué desear. Cuando comparo nuestra suerte, mediana apenas, con la de ciertas gentes que han nacido ricas y á quienes con facilidad les viene la riqueza á engrosar sus capitales, entónces, la verdad te digo, no sé qué pensar acerca de esta desigualdad tan monstruosa.

—Es cierto, la comparación es odiosa. ¿Con qué ánimo entraremos ahora á nuestra humilde casa, donde hay tanta pobreza, donde no hay ni lo puramente necesario?

Al decir esto, salían ya de la primer puerta que da hacia el camino público, pero tuvieron que arrimarse contra una pared y alzar al niño para que no fuera atropellado ó molido con las ruedas de un carruaje que en ese momento entraba conduciendo al señor dueño de la quinta.

Algo se dibujó en los rostros de ellos dos, algo como despecho, sarcasmo ó acaso envidia mal disfrazada, no lo sabemos, pero el hecho es que no se fueron tan satisfechos como habían venido.

II

POR DENTRO.

En aquella noche rebosaba el teatro en hermosura, riqueza y luz. Se efectuaba el estreno de una *prima donna* que despues de haber mandado adelante su fama desde los principales teatros de las córtes más cultas, ponía el pié en aquel puerto llena de gloria, talento, hermosura y riqueza. La sociedad se preparaba, pues, para colocar en esa noche una hoja más en su brillante corona de oro.

Nadie había faltado á la cita hecha por el talento y la hermosura, y en aquel gran certámen sustentado por una mujer ante un público numeroso, cada cual había tomado su puesto según su esfera y sus comodidades. Los coches se habían ido estancando á lo largo de las calles del teatro como las hojas contenidas por una palizada, de tal suerte que ocupaban muchas cuadras que apenas se podían andar con mucha dificultad.

Y llegó la hora suprema de la divina expansión. Cada cual abrigaba ese algo que hace brillar el rostro con aquel sentimiento que enciende la auréola con que la felicidad rodea á quien tiene henchido el corazón de esperanzas halagüeñas. Las mil lámparas que arrojaban torrentes de luz brillaban ménos que las frentes radiosas de los que había allí. Todos miraban y creían ser objeto de atenciones particulares que más ó ménos hacían henchir de orgullo las fisonomías. La orquesta poblaba con cadenciosas armonías el recinto y arrullaba en vaivenes voluptuosos la imaginación de los concurrentes, en tanto que de un momento á otro se esperaba ver levantar el telón.

Se iba á cantar la "Norma." La afortunada cantarina había escogido para engalanarse en su estreno, la joya más brillante del inmortal Bellini, y sus celestiales reflejos debían deslumbrar á los sedientos de luz, de sentimiento y de armonía.

El telón se alzó.

Un último movimiento como de quien busca la posición más cómoda en su puesto se percibió por todas partes, y á las conversaciones comunicativas, familiares y chistosas, se sucedió el silencio producido por la expectativa.

Abandonemos el escenario y observemos por fuera. Uno de los palcos de la derecha llama la atención en aquella noche. Todo él está colgado con cortinajes de seda y punto y en el centro hay una lámpara que baña con su luz haciendo resaltar lo que hay allí. A la espalda hay una antecámara iluminada y ricamente amueblada. Divanes, sillas de resortes, cojines orientales y mesas pequeñas adornan aquel retrete. Sobre una mesa de centro se ven jarrones con licores, vasos con helados y sorbetes, y en la puerta está un criado con rica librea, que espera órdenes para obedecer inmediatamente. Este es el palco del hijo de un Ministro extranjero que hace pocos días se ha unido á la rica, noble y hermosa hija de un millonario. Al lado de esta interesante pareja está una señorita prima de la recién casada, notable por sus quince años llenos de hermosura y sencillez.

El joven esposo, con un codo fijo en la baranda del palco, parece absorto, como si no quisiera perder una sola nota del canto. La señora fija su vista alternativamente, ya en un punto, ya en otro, pero se nota que á donde va á fijarse de preferencia es á un palco del frente situado en la parte baja.

Un trueno producido por los aplausos y ¡bravos! arrancó de su distracción á la señora, la que pudo fijarse y contestar á su entusiasmado esposo la exclamación que le dirigía.

—Oh! qué hermosa es!

—Ciertamente, no puede serlo más, contestó la joven.

Era que acababa de salir por primera vez la *primadonna* á las tablas. Por algunos minutos atronaron los repetidos aplausos el recinto y una lluvia de ramos cayó sobre el escenario.

El público estaba absorto, se hubiera notado el ruido de un insecto; las respiraciones se habían suspendido de tal suerte, era tanta la atención general que nadie, es seguro, pensaba en sí mismo. Parecía que aquella mujer con la sagrada y majestuosa pompa de la sacerdotisa, hubiera tomado de la mano á cada uno de los oyentes y lo hubiese alzado al cielo de las armonías en que soñó nadar el inmortal Bellini cuando arrojó al mundo la "Norma." Así continuó la escena hasta que concluyó el primer acto entre prolongados aplausos y gritos de entusiasmo.

La animación y el movimiento volvieron á ser generales. Los salones de recreo empezaron á llenarse, y en los grupos que allí se formaban se notaba el entusiasmo expresado en diálogos más ó menos interesantes.

Una pareja tomó asiento á la orilla de una mesa á tiempo que un joven llegaba allí también acompañado de dos ó tres amigos más.

—Vámonos de aquí, dijo con notable desprecio; ocupemos aquella otra mesa que está desocupada actualmente.

—Por qué sería que no quiso sentarse aquí? preguntó la señora á su compañero.

—Creerá deshonrarse acercándose á nosotros, respondió éste con desden.

Una mirada orgullosa, acompañada de un gesto particular, siguió al joven y sus compañeros; mirada y gesto que podían traducirse de este modo: "si él supiera que puedo abatir su orgullo y que su riqueza le es inútil....."

No hay duda de que el hombre de corazón se siente tanto más grande cuanto más se le quiere abatir.

El desprecio insolente con que la riqueza y la posición suelen insultar á quien no está á su altura, son armas que comunmente se vuelven contra el que las maneja.

—Y quién es ese joven? insistió la señora.

—Es el marido de aquella señora que vimos en ese palco tan lujoso, contestó como con distracción.

—La misma que vimos en la quinta?

—La misma, sí.

—Qué ruido han hecho las fiestas celebradas en esa boda; se cuentan primores. Qué lujo!

—Naturalmente debía de haberlo.

—Y, según parece, son muy felices!

—Sí, repuso moviendo la cabeza con aire pensativo.

La campana de prevención sonó y cada cual procuró volver á ocupar su puesto.

A ese tiempo se cruzaba entre dos señoras el siguiente diálogo:

—No lo conoces?

—No, lo he oído nombrar apenas.

—Míralo, allá está al lado de ese palco de cortinajes azules.

—Sí, ya lo vi.

—No es cierto que parece un árabe? Ah! son los ojos más lindos que en mi vida he visto. Qué mirada tan profunda y tan dulce al mismo tiempo. Parece que de sus grandes y negras pupilas, sombreadas por largas y lustrosas pestañas que semejan un fleco de seda, salieran torrentes de suavidad y de luz para bañar el objeto en que se fijan. Y qué dulzura y modulación de voz, qué cadencia en la expresión! Bastaría verle la boca para adivinar de cuánta bondad y amor es capaz, y con solo mirar su hermosa frente se echa de ver su gran talento.

—Tanto así?

—Ah! sí. Es uno de los poetas más sentimentales y dulces de nuestra época.

—Quién? preguntó uno que acababa de llegar y que al coger su asiento parecía querer tomar parte en la conversación.

—Hablabas á mi prima de aquel joven que se ve allá y que está sentado al lado de esa señora por cuyo nombre averiguaba poco ha.

—Y él cómo se llama?

—Pues... no sé; pero sus composiciones corren bajo el pseudónimo de Aben Joseph.

—Supongo que esa señora será su esposa. Qué hermosa es!

—Sí, y se aman y se miman como dos pichones.

—Más que nosotros? dijo el joven con tono festivo.

La señora no pudo contener un sonrojo, y contestó con tono marcado:

—Bien quisiera no desmentirte; pero quién sabe si él te aventaja.

El telón se alzó y la atención se fijó de nuevo en el escenario.

Poco ó nada ocurrió de notable para nuestra historia en el resto de la representación, hasta que llegó el final del último acto, en que el sacrificio heroico de Norma arrancó del tardemente arrepentido Pollióni aquellas desesperantes palabras:

Ah! troppo tardi t'ho conosciuta, sublime donna!

En este momento la joven de quien hemos venido hablando palideció, y sintiendo que las fuerzas la abandonaban, se apoyó en el hombro de su prima diciéndole que partieran inmediatamente porque no podía resistir allí más.

Media hora después se encontraba en su recámara, asistida por un médico, acompañada por su esposo, su prima y criadas, que solícitos averiguaban por el estado de salud de la hermosa enferma.

Después de algunas aplicaciones se retiró el médico, y ella dijo á su esposo que se sentía bien y que deseaba descansar: hizo que se retirasen todos y procuró quedar sola con su compañera.

—Ah! qué desgraciada soy! le dijo. Quieren curarme, como si el alma estuviera sujeta á la materia, como si las dolencias de mi espíritu estuvieran al alcance de un facultativo que cree que aliviando las exterioridades se curarán la melancolía, el tedio y la desesperación de que padezco.

—Y por qué sufres? qué te falta? no eres feliz?

—No lo soy,

—Qué extraño me parece lo que me estás diciendo.

—Mira: voy á hacerte una confesión que acaso te sorprenderá, pero que es cierta é ingenua.

La hermosa cabeza de la joven, encuadrada en sus negros cabellos que poco hacia habían sido sueltos por sus camareras, se levantó de un rico almohadon y observó por todas partes. Luego volvió á decir en tono apenas perceptible:

—Amo á ese joven de quien te hablé esta noche.

—Sí!!

—Trece años contaría yo cuando nos conocimos y cuando incauta di oídos á sus palabras. Las tendencias amorosas de los jóvenes son tan inocentes como inocente es el amor que no mira más linaje que el de las almas: donde encuentra dos almas gemelas las une, y en sonidos acordes las hace entonar ese himno con que los mortales adoran á Dios.

Y qué felices fuimos en esa edad! Sus cantos, que yo inspiraba, labraban una gloria cuya auréola habría de reflejar sobre la frente de otra mujer más afortunada que yo.

Esto duró por tres años, hasta que mi padre comprendió aquello, me reprendió de una manera humillante, pues me dijo que yo era indigna del rango que ocupaba cuando alimentaba un amor que me deshonoraba. Tuve la debilidad de repetirle las mismas palabras sin ningún consuelo de mi parte, y entonces me dijo un adiós que nunca olvidaré. No volví á verle más.

Cuatro años después supe que se había casado con esa hermosa y buena mujer, que indudablemente lo habrá hecho más feliz de lo que lo hubiera hecho yo; pero que no lo amará, no, tanto como creo amarlo á pesar de nuestros destinos encontrados.

No había vuelto á verle hasta que una mañana, no hace mucho, estando yo en la quinta de recreo, sentí un ruido en el jardín, y no habiéndome dado razón el criado acerca de quiénes estarían por ahí, me asomé por entre las cortinas y lo vi á él, á su esposa y á su hijo..... No puedes figurarte lo que sufrí allí sola, dijo, y cubriéndose la cara con un pañuelo, dejó correr su llanto que en vano trataba de reprimir.

Pocos días después fueron mis bodas, y tú ves: este hombre es fino

conmigo, es rico, noble é inteligente, pero yo no puedo amarlo, mi alma no es suya. En tal contradicción mi martirio es supremo, pues sus caricias me ofenden y tengo que hacer esfuerzos inauditos para fingir un amor que no siento por él.

Y sabes? Voy á decirte un secreto más, que á nadie confiaré sino á ti. Hace pocos días hice llamar á ese joven á mi casa.

—Y vino?

—Sí. Llegó; los dos estábamos solos, él se sentó distante de mí que, temblaba y sentía anudársele la voz en la garganta. Estaba pálido y callado. Por fin resolví dirigirle la palabra para decirle que si él era feliz.

—Sí! me contestó profundamente conmovido, y aunque no lo fuera, procuraría aparentarlo para no reflejar la desgracia sobre la mujer que ha unido su porvenir al mio.

Volvimos á callarnos.

Aquellas palabras no fueron sino una acusación explícita de mi conducta, pero no quise replicarle.

Por fin tomó el sombrero para despedirse, y yo no pude hacer otra cosa que abrirle mi álbum y mostrarle un lápiz que había sobre la mesa.

Entonces escribió con mano trémula esas palabras que en boca de Pollioni me llegaron hasta el fondo del alma en esta noche:

“Demasiado tarde te he conocido, sublime señora.”

Qué misterio encierra para mí esto! Acaso se ha convencido de que yo no soy la ingrata que abandonó. Quizá eso sea un perdón, un arrepentimiento de lo que él ha hecho pero que ya no tiene remedio. Quién sabe! pero el hecho es que mi vida es un infierno.

Cuán desgraciada soy, Dios mio!

III

AUN MAS ADENTRO.

—Mira qué bella está la tarde, Margarita.

—Oh! divina; cómo sonríe el cielo con sus celajes nacarados, y cómo lo imita el mar allí en la rada. Míralo, míralo ahora mismo así á medio rizar. Con la luz del cielo parece un manto de seda carmesí botado á merced del viento en la llanura.

—Sabes que esta hora, que á todo el mundo parece tan melancólica, se aviene perfectamente con mi modo de ser? Cuando se sufre mucho hay cierto egoismo en saborear el dolor, y entonces el espíritu se aviene con el día opaco, con la ida de la tarde, con la noche silenciosa, y por último, cuando no puede sustraerse al bullicio, se abstrae dentro de sí mismo y allí parece gemir en la melancolía que luego en forma de lágrimas se asoma á los ojos, ó conmueve el corazón y lo hace quejar por medio de suspiros.

Esta conversación mediaba entre dos mujeres que en una azotea dejaban pasar las horas recostadas muellemente en cojines de seda, halagadas por el aroma de las flores que allí había, y refrescadas por las brisas del mar que casi llegaba á lamer la base de aquel suntuoso edificio.

—Fuera yo libre, volvió á decir una de ellas, para adoptar la clase de vida que me diese la gana escoger! La suerte del miserable es prefe-

rible á la mia. No te parece que en vez de esta vida de contrariedades, de exigencias y molestias, seria mucho mejor vivir por ahí en un rincón en compañía de una persona querida, sin más propiedad que una barca para pescar, sin más ambición que la de conseguir lo puramente necesario, y sin esperar á quien habrá de venir á maltratarme con sus caricias, á.....

—Mira que temo que el cielo te castigue: te quejas de ser amada con frenesí, de ser de las más ricas mujeres de este país, de no tener qué desear, en fin.

—Si no tengo qué desear, por qué mi alma se va á cada instante tras de una felicidad que nada costaria á Dios concederme? Vivir pobremente é ignorada de todos y al lado de la persona á quien amo, ese es mi delirio. Tú ves que no se puede pretender nada más sencillo.

—Sí, sencillo será, pero imposible de conseguirlo despues de que tu honor y el de.....

—No hables de honor, interrumpió; estaria dispuesta á todo con tal de que yo consiguiera lo que deseo.

—Y no ves que así entregarías á la desesperacion á unos, y á la miseria y ruina á otros, que en nada te han ofendido?

Un suspiro fué la contestacion á este argumento.

—Mira, Margarita, dijo despues de un largo silencio, fíjate en aquella lancha que viene allá arrimando á la playa; la ves?

—Sí.

—Esa es la imágen que yo concibo de una vida feliz. Tú ves, dos solos vienen en la lancha, el hombre rema y la mujer en tanto duerme tranquila, confiada en la habilidad de su compañero y mecida por el movimiento de las olas.

—Y esa no es tu vida? No estás al lado de un hombre que te ama? No será tranquila tu existencia desde el momento en que lo quieras? Convéncete de esto: si tú, á fuerza de frialdad y desaires, no hubieses maleado á tu esposo, él jamas, estoy segura, habria cambiado para contigo. Su frialdad, su despegó y su rudeza tienen su origen en ti. El te ama, pero su orgullo ultrajado lo obliga á repelerle y áun á esquivarte. Ustedes son hoy dos seres condenados á vivir bajo un mismo techo, pero sin contacto alguno; viven como dos extraños y sin embargo la sociedad en general los envidia porque los cree felices.

—Prima mia, contestó con seriedad la otra; mucho te debo, tus consejos me han sostenido siempre que te he abierto el corazón llagado por un dolor sin remedio. Mi envidia, mi anhelo, mi ambición, consisten en vivir al lado de ese hombre, que más honrado que yo me despreciaría si le propusiese que abandonase á su esposa por mí. Y qué felices son! Cómo los envidio! Viven medianamente con su lindo hijo sin envidiar á nadie, pero luchando por mejorar su posición para dejarles algo á sus hijos: sus hijos, que si no heredan bienes, heredarán el nombre que su padre les deja lleno de gloria. Pero bien, dejando esto á un lado, tengo ahora otro secreto que me trae inquieta. Hace algunos días que noto á mi esposo distraído, meditabundo y triste; mi padre viene con mucha frecuencia y hablan solos horas enteras. Siempre que los he sorprendido, mudan de conversacion ó se callan. No hay duda, algún misterio hay en la casa.

—Y tú no lo has preguntado á ninguno de los dos?

—No me he atrevido.

—Acaso eso no sea gran cosa, algún negocio frustrado.....

—Quién sabe lo que sea!

Tres meses habrian pasado, cuando una noche ocurría lo siguiente en una casa decentemente ataviada, pero sin lujo alguno.

Sentada en una silla, junto á una mesa, estaba una señora que á la sazón habia suspendido la lectura de un libro para atender á su marido que acabado de llegar tomó asiento al lado de ella, despues de haberle dado un beso en la frente. Debajo de la mesa y al lado de la señora jugaba un niño con unas tablitas con las cuales trataba de hacer una casa.

—Muy cansado vengo, Hortensia, hoy he caminado mucho.

—Sí? Y qué has tenido que hacer?

—Me obligó un Juez á que fuese testigo de una cosa que me ha partido el alma.

—Y qué!

—Recuerdas el lujo de aquella quinta donde estuvimos una mañana? Recuerdas que tanto nos llamó la atención su hermosura, su riqueza, su....

—Pues no lo he de recordar?

—Pues bien, allá es en donde he estado hoy y.....

—Y á qué tanta compasión? Ha muerto alguno? se incendió algo?

—Mira, le dijo con bondad, voy á explicarte lo que ha sucedido y verás si te da compasión: es que la felicidad que produce la riqueza es fugitiva y el día ménos pensado nos abandona.

—Y bien, qué ha sucedido?

—Como tú sabes, con motivo de la guerra que se preparaba, las transacciones se suspendieron de tal suerte que el comercio sufrió recios golpes que afectaron, como era natural, á las grandes casas. Sucedió también que, á consecuencia de la guerra del Norte, escasearon los algodones y por consiguiente las fábricas suspendieron sus trabajos, causas todas de una quiebra que ha dejado en la miseria á ese señor padre de la esposa del hijo del Ministro.

—Qué desgracia! Sin embargo, él es rico, segun dicen, y por consiguiente su mujer no sufrirá sino por la pérdida del padre.

—No, señora, él también cayó; porque se habia asociado á su suegro, de manera que ha quedado casi sin medios de subsistencia.

—Cuán tristes estarán!

—Las autoridades han empezado á inventariar todos los bienes para el concurso, y por mi desgracia fuí llamado para que presenciara el inventario de todo lo que existe en la quinta. Qué riquezas! Lo que nosotros vimos es nada comparado con lo que he visto hoy. Pero nada me causó tanta impresion como el entrar en el retrete que estaba destinado para la señora. Las cosas permanecían en ese desarreglo que existe en una de esas piezas donde no entrará ningún extraño. Parecía que lo hubiese cerrado su dueño la víspera para volver al día siguiente, y hasta el reloj seguía moviendo su grande y espaciosa péndola ignorando que en adelante daría su hora para un extraño. Un libro estaba abierto sobre la mesa y con una rica señal, que parecía puesta como de prisa, ó acaso con intención de no interrumpir por mucho tiempo la lectura; algunos dibujos, trabajados por la señora en su niñez, adornaban las paredes; y hasta los pedacitos de papel de algún billete despedazado acaso en un momento de desesperacion, estaban dispersos debajo de su mesa de escritorio.

La señora calló y pareció meditar.

—¿No te parece que debe ser muy penoso tener que abandonar de un momento á otro todas las comodidades y pasar de la opulencia á la miseria?

Un movimiento de cabeza con el que parecia contestar afirmativamente, pero con el que daba á comprender algo más, no fué notado por el esposo, ó al ménos quiso hacer que no lo habia observado, y así fué que continuó sus observaciones procurando no alterarse.

—Pero todo esto seria llevadero, dijo, si al ménos les hubiese quedado tranquilidad.

En este momento acertó á levantarse el niño que junto á ellos jugaba, y acercándose fué alzado por su madre sobre el regazo recibiendo un beso en la frente.

—Mamá, por qué lloras? dijo el niño al sentir caer tibias las lágrimas sobre su cara.

Púsose en pié en el acto el esposo al frente de ellos, pero la señora al sentirlo se cubrió la cabeza con un manto que habia rodado de los hombros sobre los brazos de la silla, y haciendo como que ocultaba á su hijo para que durmiera, calló.

—Lloras?

—No, es que la luz ofende al niño y lo oculto para que duerma.

El esfuerzo hecho al contestar esto, fué bien notado; pero como si todavía dudase, tomó una luz que habia cerca y allegándose con ella procuró alzar el manto que cubria la cabeza de su esposa. Vió entónces que las lágrimas le rodaban por sus mejillas y que despues de pasar dejando como un rastro candente, caian sobre el niño que tambien lloraba por que veia sufrir á su madre.

—Qué es esto, Hortensia? Por qué lloras, dime, qué he podido hacer para ofenderte? Qué te he dicho que pudiera hacerte llorar? dijo con acento conmovido.

—Nada, contestó ella; es que estoy enferma, y por eso.....

—No te esquives, dime. Crees que yo acaso..... Seria yo capaz de faltarte cuando es mi orgullo hacer ver á todo el mundo que te adoro y que soy adorado de ti?

—Te hago alguna acusacion, pues?

—No me la haces, pero tu llanto, tu silencio, qué indican entónces? Crees que yo volveria á mirar á ninguna mujer aunque fuera la más hermosa y rica, para cambiar nuestro amor de esposos por otro criminal?

—No lo creo, pero.....

—Pero qué? Dime.

—Ustedes creen que salvando las apariencias para con la sociedad y para con nosotras, pueden dejar correr ocultamente el veneno que dia por dia corroe y destruye á un tiempo la existencia de seres que, muchos de ellos, ni aún esquivarlo pueden porque ignoran qué mano es la que les envenena el alimento. Y todo esto por satisfacer un vano capricho, acaso, dijo, marcando sus palabras de una manera significativa, por llevar la secreta vanagloria de ser queridos de aquellas personas que por su posicion, por su riqueza ó por su hermosura son más envidiadas de todo el mundo. Creen que no es un crimen robar el alma para hacerla un vil juguete; creen que con el solo hecho de no pisar el dintel de una casa, han salvado su conciencia y el honor, como si la vida del cuerpo, la ma-

terialidad de un hecho, constituyeran la felicidad interior que irradiaba aún al traves de los harapos y la miseria. Malditas las sedas y el oro si á duras penas contienen en público las lágrimas que comprimidas se deslizan á torrentes en los rincones ocultos de los palacios!

—Bien; pero todo eso á qué viene?

—Sí; creerás que todavía puedes ocultarme lo que pasa. Bastante he callado devorando en silencio mi amargura. Todo lo sé. La casa de esa señora es un infierno debido á ti, que por una vana complacencia atizas desde léjos una hoguera que acabará por reducir á pavezas esa casa. Mira: has conseguido separarlos bajo el mismo techo; ya no se ven para nada. El, á fuerza de ser despreciado, se ha vuelto adusto, ordinario y hasta soez con su esposa, en tanto que ella le grita que no lo ama, que su primer ensueño de amor es el que ocupa su corazon y que maldice la hora en que se unió á él. Se cree que él está haciendo algunos arreglos para irse á su pais dejándola, pues su padre el Ministro es bastante rico para protegerlo. Ahí está tu obra, complácete ahora en verlos á ellos y en verme á mí.

Dicho esto volvió á ocultarse entre su manto y á llorar en silencio. Daniel apoyó la frente en su mano como si no pudiera resistir el peso de ella y lloró tambien.

No hay duda, pues, de que

“Quien no lleva consigo la ventura
Ora viva en palacio, ora en cabaña,
En vano busca fuera de sí mismo
El bien supremo de la paz del alma.”

SEÑOR JACINTO CORREDOR.

Mi querido amigo: No hace mucho recitaba yo mentalmente el verso de nuestro amigo J. Manuel Marroquin con que he concluido esta narracion, á tiempo en que pasaba por frente á una casa suntuosa, cuyo primitivo dueño murió casi mendigando, y víctima de ciertos hechos que más que la miseria lo llevaron á la tumba. Su familia hoy apenas consigue con qué vivir escasamente; casi mendiga. Hé aquí el origen de este trabajo que le he dedicado, no como prenda que sea digna de usted, sino como muestra de afecto que le profesa su amigo,

DAVID.

EL 10 DE JULIO DE 1810.

SEÑOR DOCTOR JUAN FRANCISCO ORTIZ.

Ayer recibí una esquila en que á nombre de la seccion docente de San Vicente de Paul se me invitaba á que concurriese á unos exámenes. En el mismo billete se advertia que se hacia aquello para celebrar de algun modo el aniversario del 10 de Julio.

Como soy tan corto en achaques de historia patria, que ya si fuera

la de Francia la he bebido en las novelas de Dumas, me dije : pues si voy, con eso hago una vía y dos mandados. Concurro á los exámenes y averiguo lo que la tal fecha conmemora.

Dicho y hecho. A las once de la mañana emprendí camino loma arriba con un sol que hacia subir la temperatura á 24 grados centígrados.

Usted conoce al Socorro, señor doctor ?

Pero vaya ! vaya ! qué pregunta la mía ! En dónde será que usted no ha estado, cuando conoce la Ceca y la Meca y da razon de hasta dónde duermen los pajaritos ?

Como iba diciendo, pues, emprendí camino para el antiguo convento de los capuchinos que queda á ocho cuadras de distancia de la plaza ; y por supuesto que no necesito decirle que el tal convento queda allá en la cúspide del plano inclinado en que está situada la ciudad, que tal parece que se va á rodar.

Una vez situado en el atrio de la iglesia y convento, que está formado por un elevado murallon, tomé resuello y me entretuve paseando la vista por todo lo que á mis ojos se presentaba.

Cómo se alegra el alma cuando al frente se extiende un panorama, así como si adrede se lo desarrollaran para que se entretuviese ! Señor, eché á rodar la vista casas abajo, y saltando torres aquí, chimeneas más allá, no pudiendo contenerla y como quien va de salto en mata, fuí á dar al río Saravita, ó Suárez, como usted guste, pues no ignora que ese último nombre se lo dieron los conquistadores por habersele ahogado en él un caballo á Gonzalo Suárez Rondon. Y por poco que hay que llamarlo tambien Rondon, pues el futuro fundador de Tunja se escapó de no contar más el cuento.

No sino que métasele con nadaditas á ver cómo le va. El tal es de un genio borrascoso ; en raras partes se le ve en bonanza. Yo no lo he visto quieto y tranquilo sino allá donde se le separa, cerca de Chiquinquirá, á la madre que lo pare y que es la laguna de Fúquene. Pero bravo ó no bravo, el hecho es que las vegas que lo comprimen para que no se salga son bellísimas. Altas arboledas le dan sombra para que se refresque, distinguiéndose entre todo aquel enmarañamiento de tupidas cabelleras verdes, los simpáticos árboles que arrojan sus hojas y las cambian por flores que á lo lejos semejan llamaradas. Estos son los árboles que en el Cauca habrá oído llamar cachimbos, en Muzo minaches, en Santander anacos y en Cundinamarca y el Tolima cámbulos. Recuerda usted, mi amigo, cuán lindos son en las vegas del Combeima ? ¿ En ese Ibagué que

Entre el Chipalo y el Combeima undosos
Vive arrullado cual si fuera un niño,
Viendo á las aves que en floridos cámbulos
Cuelgan su nido ?

Pero no es esto sólo lo que se alcanza á ver desde la Capuchina. Por entre las quiebras de los cerros vése venir la quebrada de las Cinco-mil, llamada así por no sé qué crónica que dice que allí murieron cinco mil indios súbditos seguramente del famoso Chianchon. La inocente quebrada baja de las sierras brincando y hecha unas pascuas por entre estancias y otros primorosos, y todo porque ya siente el ruido del Suárez que la espera. Lo que es el amor ; es posible que no habrá valido que le digan que

el tal río, por el que abandona sus sierras, sus collados y vegas es un iracundo de siete suelas que no tiene paz consigo mismo. Ella dice que lo quiere y que ese será su sino, y baja brincando á unírsele. No sabe la simplecilla lo que le va por la pierna arriba. Qué tal será el bribonazo, cuando ha habido necesidad de hacerle dos puentes colgantes de hierro mucho mejores que aquel que vió usted en Sube ? Y lleve la cuenta. Cerro y van tres puentes colgantes que tenemos ya en este Estado, y por cierto, los únicos que en el país existen.

De ahí hácia la cima empieza una gradería de estratificaciones que corren paralelamente hasta San Gil y que dan á ver las diferentes épocas en que las aguas fueron descendiendo. Aquello parece como las oleadas de arena que va dejando en la playa un río que ha salido de madre. Estas gradas formadas de capas pizarrosas son en partes tan anchas que dan planos para fértiles mesetas en donde hay estancias y sembrados con casitas de risueña apariencia.

Afortunadamente puedo hablar con usted que ha sido tan andariego y que no ha dejado cosa que no mire, rancho á que no entre, río que no pase, ni enredo que no eche afuera. A usted puedo decirle, seguro de que no lo echo en saco roto, lo que es contemplar un paisaje de tierra caliente, en que el verde amarillento de la caña con el oscuro y casi negro del maíz alternan con mil otros colores de los platanales, dehesas y sembrados. No es cierto que aquello no tiene comparacion ? ¿ Se ha fijado usted en aquellos caminitos sombreados de nacederos y naranjos que conducen á las estancias en las faldas de las lomas que corren á las orillas del río Negro en Choachí ó en Fómeque ? Pues así son estos de que le vengo hablando.

Ahora, si usted no quiere fijarse en un solo punto, puede pasear la vista por el plano superior de esas estratificaciones cuyas graderías parecen de anfiteatro, y allá verá alzarse por entre árboles la torre de la iglesia de Simacota, más allá, casi perdido ya por la distancia el caserío del pueblo de Chima, á la derecha verá el Palmar y la Robada y despues de todo eso las montañas que van alzándose, ya azules, ya negras, hasta que esconden sus cabezas en gorros blancos de niebla.

Ya comprenderá usted, por lo que le ha sucedido, que más de una vez la imaginacion dejándome descuidar, se escapó en busca de algun sér querido ; fué, le dejó un recuerdo y se volvió en alas de un suspiro. ¿ No es cierto que no hay cómo contemplar esas bellezas de la naturaleza para que el alma se conmueva hasta hacer derramar lágrimas de ternura ?

— Hoy hace sesenta y un años, seguro que á estas horas no habria estado usted tan tranquilo así en este lugar, me dijo un señor acercándose.

— Ciertamente, le contesté, que fué cuando Bolívar y Nariño vencieron.....

— Qué Bolívar ni qué pan caliente ! me dijo con mal disimulado enojo. Entónces usted no sabe lo que pasó aquí el 10 de Julio de 1810 ?

— Pues no recuerdo precisamente ahora mismo.

— ¡ Oh ! Aquí soy yo uno de los viejos que presenciaron el primer grito de independencia que se dió en estas tierras.

Pues ha de saber usted que los diantres de los españoles se propusieron apretar la clavija de tal suerte, que ya no sabíamos qué hacer, y por de contado el pueblo empezó á levantarse en todas partes. Llegaron entón-

ces las noticias de un movimiento revolucionario promovido por un canónigo en Carácas; luego se supo lo que habia pasado en Cartagena y á esto agregáronse las prisiones que diariamente habia, y tiene usted que hubo más que razon para tirarles con un demonio á los godos. No es verdad?

—Hasta con una legion de demonios les habria tirado yo.

—Mire usted que ya no se podia resollar. De aquí se llevaron presos á los doctores Miguel Gómez y Andres Rosillo, y luego para acabar de componer la cosa, decapitaron á los dos jóvenes José María Rosillo y Vicente Cadena, naturales de esta provincia, por haber intentado una revolucion despues de haber ido á los llanos de Casanare á mover las cosas. Ordenaron que las cabezas fuesen llevadas á Santafé para fijarlas en parajes públicos, y esto causó tanto descontento, que no se atrevieron á hacerlo allá porque desde entónces habria empezado la fuñusca. Así fué que en Panplona el 4 de Julio del año 10 pusieron preso al Corregidor español don Juan Bastús por haber querido estrellarse con la más notable familia que habia allí y que era la de los Gallardos.

—Con que á tanto así se atrevian ya los patriotas?

—Y qué mucho, si ya no se podia aguantar la tiranía! El demonio de los godos en vez de coger experiencia, lo que hacian era apretar más y más cada dia. Aquí don Lorenzo Plata y Juan Francisco Ardila iniciaron una sumaria al Corregidor Valdes, porque estaba formando una lista de proscritos, y esto bastó para que acuartelase gente y se pusiese hecho el mismo diablo. Pero como cuando la fruta está madura, el más leve soplo la derriba, sucedió que el 9 por la noche á tiempo en que los socorranos se acuartelaban también, pasaban por frente á los godos unas cuantas gente, del pueblo, que ya empezaban á amotinarse, y por cualquier pretexto hicieron fuego sobre ellos y mataron á ocho.

—Vea usted qué infames!

—Pero, señor, aquello fué su perdicion. Más de ocho mil personas habia reunidas al amanecer del dia 10 de Julio. No creyéndose los chape-tones seguros, se vinieron y atrincheraron en este convento que es una verdadera fortaleza. Y por supuesto, como los frailes capuchinos que habia aquí eran españoles todos, los recibieron de mil amores. Pero no les valió, porque esto parecia un hormiguero.

—Ah! si han sido terribles los co.....

—Sí, los cotudos, diga. Así nos han llamado, pero lo hemos sido menos que otros que tienen el pescuezo como cuerda estirada.

Yo no tuve otro recurso al oír la sátira que callarme y dejarle seguir el cuento.

—Pues como le iba diciendo: el pueblo empezó á asaltar la fortaleza, prendiéndose unos por estas cornisas de la iglesia, escalando otros las paredes, y viendo que era inútil hacer resistencia, se entregaron en manos del pueblo.

—Oiga!

—Sí, señor, se entregaron los pícaros, y lo más particular es que á nadie se le hizo nada y sólo al Corregidor y á los españoles Fominaya y Ruiz se les puso presos.

—Se conoce que el arte de la guerra en los americanos, no estaba tan adelantado como ahora entre los franceses. Un General ha fusilado á trece mil prisioneros compatriotas suyos.

—Sí, pero esos habian fusilado ántes al Arzobispo, las monjas y los clérigos.

—Ya ve usted, pues, que aquí empezaron las cosas diez dias ántes de que en Bogotá se diese principio á la memorable lucha de la independencia.

—Pero dígame; los capuchinos qué se hicieron?

—Qué habian de hacerse? Pues se fueron para siempre con su música á otra parte.

Dado este paso, el pueblo depositó el gobierno en el Cabildo, al que le agregaron algunos individuos más de su confianza, y esta junta redactó el 15 una representacion en la que se hacia ver á la de Audiencia, que la provincia del Socorro estaba resuelta á defender sus derechos para lo cual se estaba armando á toda prisa.

Média hora despues, cuando la mayor parte de las autoridades, personas notables y el señor Cura habian llegado, entrámos á la iglesia á presenciar los exámenes de que hablé al principio y que ya usted habria creído que yo habia olvidado. No, señor; cada prisa trae su despacio.

No es aquel templo una tacita de oro y un modelo de arquitectura como es el de capuchinos de Bogotá, pero sí es el mejor del Socorro. Hoy, así desmantelado como está, sirve de capilla del hospital y allí fué donde encontrámos á 21 niños con su vestido de manta *pinta pinta*. Uno de ellos nos dirigió un discurso con que en muy buenos términos y frases entusiastas, conmemoró el aniversario del 10 de Julio de 1810. Aquello era para regocijar el corazon de cualquier cristiano. Veintiun niños huérfanos, desheredados, se encontraban allí abrigados bajo el ala de la hija del cielo; del ángel pudoroso que va en tinieblas buscando á quién hacer el bien, la CARIDAD. A no ser por ella, vagarian por las calles mendigando un pan y cosechando vicios para cuando la edad les diese alientos de dedicarse al crimen. Qué cosa tan grande es la caridad, amigo mio; unas cuántas señoras y caballeros abandonan sus hogares y se dedican á aliviar los males del cuerpo á los miserables y los del alma á los niños. Para esto piden aquí el pan, más allá el vestido; recogen la morona y la hilacha que hallan á la mano, porque hasta las hilachas sirven cuando se quiere hacer el bien.

Conozco á unos pájaros, las oropéndolas, de que precisamente nos habla nuestro amigo Rivera en sus preciosísimos artículos, que cuelgan sus nidos y allí en esas cunas aéreas vienen otros pájaros vagamundos y dañinos y depositan sus huevos al lado de los otros. Las generosas aves calientan los suyos y los ajenos, y luego crían á sus hijos adoptivos con el mismo cariño que si fueran los suyos.

Ya usted me comprende la comparacion; de esa clase de pájaros está infestada la sociedad, y si no fuera porque hay espíritus generosos, los hijos del acaso, porque no puede dárseles por pudor otro nombre, morirían en la miseria del cuerpo y del alma.

Pero aguarde usted, que esto que voy á decirle no es moco de pavo. Los tales niños saben más que cualquier doctor de los de ahora, que no sabemos de la misa la média. ¿Sabemos, dije? Ya fuí yo á meterme entre los doctores, cuando lo que quise fué hablar de los que nada saben. Se habria usted chupado los dedos, así, materialmente al oír á un niño de cinco años resolver operaciones de cálculo aritmético y oírle leer en cuadros de cosmografía. Mire usted que hablar con un mozuelo, nacido de ayer, de esos mundos, cuando si se le hubiera dejado abandonado, sus

labios no proferirían sino palabras obscenas y maldiciones horribles?..... Eso es para bendecir á Dios. El niño Juan Castro de que le vengo hablando, será acaso con el tiempo un hombre útil á la sociedad, mientras que si lo hubieran dejado al lado de la limosnera que lo conducía por las calles para que le ayudase á pedir el pan, ese niño habría sido con el tiempo un bandido de talento, que son los peores bandidos. La historia nos trae los nombres de tantos que se han llamado desde reyes para abajo!

Mucha soltura y posesion noté en los niños al contestar; buena forma de letra y destreza en las operaciones. Bendito sea Dios! y benditos los que se dedican á aliviar las miserias del cuerpo y del alma. La sociedad de San Vicente de Paul en donde quiera que abra sus puertas hará el bien. Bendita sea!

Pero ahora va á oír usted otra cosa que se me ha ocurrido. ¿No le parece que es mucha frialdad patriótica no celebrar como se debe el aniversario de tan gran día? De seguro que los socorranos han perdido el entusiasmo de otros tiempos. Nada más sencillo. Coléctese una suscripción para comprar cohetes con que atronar los oídos y quemar el pueblo y que luego tenga que salir un literato en cueros con su libro debajo del brazo, como le sucedió por ahí á cierto prójimo; échense á vuelo las campanas, repártase licor hasta que el entusiasmo patriótico ya no quepa en las cabezas y tenga necesidad de salir en forma de discursos patrióticos con el consabido león de Iberia y el condor de los Andes y demás lugares comunes, que por ser tan comunes pocos oradores de esos populares los abandonan; y si en el pecho arde bien la llama de la libertad, háganse unas fiestas en que el padre de familia se arruine, el joven se pierda, el obrero se corrompa, la joven se desespere; fiestas en que se emborrachen todos, jueguen todos, y gasten más de lo necesario. Sepa, mi amigo, que viéndolo bien, en Bogotá sí han sabido hacer bien las cosas. Allí sí, por supuesto; no ve que es la capital de la culta Colombia? Ya verá usted qué de ganancias y aumento de capitales é industrias van á resultar ahora, amén de lo que no se dice porque las llagas no se muestran.

Yo tengo un defecto, señor doctor, se lo confieso; soy un simplon de siete suelas. Creerá usted que me enterneció el considerar que nada había más agradable á Dios ni que satisficiera más á los manes de nuestros padres, que aquel acto sencillo en que unos niños, y qué niños! la parte más desvalida de la sociedad, se presentaban á conmemorar una fiesta gloriosa, y precisamente en el mismo sitio y á la misma hora en que hace sesenta y un años lidiaban nuestros antepasados por obtener independencia? Al estruendo del combate se ha sucedido el triunfo pacífico de la civilización cristiana.

—Ya acabaría? se preguntará usted al ver el punto final de cada párrafo

Pero usted tiene la culpa si abuso. He dado en creer que á mí me sucederá lo que á usted que escribe un artículo con ese su chiste y gallardía *sui generis* que Dios le ha dado, y que todo el mundo se ha de quedar con ganas. No hay cosa peor que la presunción.

Pues en fin, salga lo que saliere, el hecho es que yo salí del paso y cumplí con retribuirle el obsequio con que nos cogió al amigo Rivera y á mí enrazados como tórtolas. No en balde tiene usted fama de tan buen tirador!

Ahora sí, será bueno dejar esto ya; no es así? Hasta otra vez, mi querido amigo, pues pienso conseguir palomas viajeras como las tuyas para comunicarme con usted.

Socorro, 11 de Julio de 1871.

POR NO EXPLICAR.

I

Yo no sé si en todas partes del mundo haya la misma preocupación que entre nosotros, y es la de creer que según sea el primer día del año, así vendrán todos los restantes, motivo para que se congreguen las familias para pasar el día lo mejor que les sea posible. En ese día se bebe, se canta, se baila ó se juega, que al fin la vida no es otra cosa que un juego en el que siempre se pierde. En otras partes se va al río y debajo de árboles, á la orilla de las aguas que golpean de piedra en piedra con la misma constancia con que corre el tiempo, reunidos padres é hijos, parientes y amigos, disfrutan de una grata comida, que es más sabrosa por la cordialidad que la sazón, que por lo que ella valga en sí; después en un llanito, el más cercano y en el que la grama esté más tupida, los grandes bailan mientras los niños juegan y dan volatines, y algunos más melancólicos, ayudados de un tiple, hacen resonar los acordes de un bambuco que repiten á lo lejos las peñas del río con la misma facilidad con que dejan perder el sonido. De aquí seguramente la animación que se nota en las grandes ciudades, donde en cada casa se renueva el tren del servicio, se sale de los malos criados y donde todo el mundo anda de gala gritando á cada paso: "Happy new year!" Feliz año nuevo! como para cumplir con un precepto que les impone una preocupación que, si muchos miran con desprecio, para otros tiene demasiado ascendiente.

No quiero creer en nada de esto, ni quiera Dios que vaya á ser víctima de tales ideas, pero sin embargo vean ustedes, mis lectores y mis queridísimas lectoras, cómo la casualidad ó qué sé yo, cómo llamar eso, sabe coordinar las cosas de tal suerte que llegan á tomar todos los visos de lo real y positivo.

El sábado primero de Enero de 1859 fué uno de los más preciosos de todo el año, lo recuerdo como si fuera ayer. El cielo, este cielo de Bogotá, estaba como se sabe poner él: despejado, quieto y tranquilo como la imaginación de una virgen dormida; tan diáfano y profundamente azul, que la vista y la mente se iban tras él con tanta suavidad como descende un rayo de luz al fondo de un lago en calma. Y qué brisas tan frescas! qué ambiente tan perfumado! y sobre todo, qué bienestar tan inefable el que sentía en todo mi ser! No sé si sea por la comparación con el presente, pero ese día sí ha sido uno de los más felices para mí, porque al menos estaba mi alma tranquila.

Después de haber pasado el día en unión de mis mejores amigos y en visitas de confianza, asistí por la noche á un baile. Allí, la verdad sea dicha, bailé hasta cuando no tocaban; bebí, enamoré y estuve chistoso y alegre, según me dijeron, hasta el punto de servir de envidia á los demás,

pues un hombre en tal estado no es otra cosa que un bienaventurado que, si no está en la gloria, en este mundo sí es cierto que no está.

Las señoras estuvieron como pocas veces se las ve: francas, alegres y comunicativas; la etiqueta se desterró de allí y nadie pensaba sino en divertirse.

Para colmo de dichas tocaron un *straus*, y una señorita á quien llamaré X por ser incógnita no despejada, fué mi pareja. Pronto empezamos á recorrer la sala con la locura y la celeridad de dos jóvenes que se abrazan para salir á volar por mundos desconocidos; creo que es cuanto puedo decir para explicar el entusiasmo. Todos nos cedieron el paso, porque quien se hubiera rozado habria caído, segun la violencia que llevábamos. Ya no veíamos nada, ni oíamos sino el ruido confuso de la tambora, y para no desprendernos y poder guardar equilibrio, nos estrechamos tanto, que no hubiera cabido una hoja de papel en medio de los dos. Qué enajenamiento! qué arrobacion aquella! Por fin nos sentamos, ó caímos, diré más bien, sobre un sofá, agobiados por el más violento sopor, agitacion ó qué sé yo: las sienes y el cerebro me latian y la sala con todos los objetos daba vueltas al rededor de mí, sin que oyera en vez de conversaciones más que un ruido confuso que se unia al silbido que daban mis oídos. Era probable que mi compañera de baile se hallase lo mismo ó peor, pues apenas tenia tiempo para respirar. En este momento se le acercó Ciro, uno de mis más íntimos amigos, y le dijo:

—Tiene usted ya, mi señora, pareja para bailar la contradanza?

—Sí señor, le contestó inclinándose porque no tenia tiempo para hablar más, tal era la agitacion que la embargaba.

Poco tardaron los músicos en tocar la contradanza. Ciro fué el primero, yo me coloqué el segundo y poco á poco se fueron parando todos y sólo la señorita X permanecía sentada. Miéntas bailábamos me devané los sesos pensando quién seria ese hombre que habia olvidado su comprometimiento, y aún no acertaba, cuando vi que Lucio, el hermano, que para algo han de servir, vino y la colocó de última pareja.

El modo con que Lucio y su hermana miraban á Ciro y ciertas frases que no entendí, hicieron que el baile empezase á tomar otro aspecto más serio; así era que todos bailaban al parecer, como por no perder el compas, pero sin un grito y sin nada, nada de aquella animacion que reinaba un momento ántes.

Apénas se concluyó la contradanza, Lucio y Ciro tomaron sus sombreros y se fueron para la calle. Yo, que ignoraba el por qué de aquella incomodidad, me acerqué á la señorita X para informarme de la causa y me contestó asustada y casi llorando que fuese inmediatamente á contenerlos, porque el desprecio de Ciro no valia la pena de que su hermano expusiese la vida en un duelo.

—Pero bien, y qué desprecio le ha hecho Luis?

—No ve usted que me citó para la contradanza y me dejó sentada?

—No! no! dije y salí corriendo sin atender á razones.

Cuando llegué á la esquina los encontré á tiro de darse de pescozadas ántes de darse como caballeros otra satisfaccion, lo que prueba que dado el caso, no todos pueden ser caballeros aunque quieran.

Inmediatamente les hice ver que ninguno de los dos tenia razon, puesto que la señorita habia contestado equivocadamente.

—Pero si ella contestó así, dijo Ciro, porque no quisiera bailar conmigo, yo estimo en nada tal desprecio.

—Puede usted creer lo que le dé la gana, contestó Lucio, poco ó nada nos importa el parecer de personas como usted.

Como se ve, los ánimos estaban alterados y una palabra más pudiera producir consecuencias terribles; llevámoslos, pues, para el baile en compañía de otros amigos y allí arreglámos la cuestion satisfactoriamente para ambas partes. Sin embargo de esto, nadie pudo volver al humor con que habíamos empezado, y á un momento despues terminó el baile.

Cuando íbamos para nuestras casas me decia Ciro: qué mal ha empezado para mí este año; quiera Dios que no acabe así, y si tal seguridad tuviera no volveria á bailar, por lo ménos en todo este año de 1859.

II

En una de las noches de Diciembre del mismo año veíanse detener muchas gentes al pié de unos balcones que arrojaban luz como si allí se hubiera hospedado el dia para seguir su marcha á la aurora siguiente. Los acordes de una música no interrumpida, los ricos muebles que adornaban las salas y la agitacion que se notaba en ellas, anunciaban á los que se habian agrupado en la calle que en esa casa habia una gran fiesta. Pero si por fuera se admiraba la esplendidez, al entrar no se podia ménos que confesar que aquella parecia un sueño. Una parte de la sociedad más culta estaba esa noche allí, y la música, la riqueza, la luz, los perfumes y las flores hacian el conjunto más á propósito para hacer soñar despierto al más estoico. Allí estaba la de los ojos centellantes y vivos como los de la paloma sorprendida en el nido; la de la fisonomía alegre y expresiva como la de un niño que juega; esa cuya cintura es un mimbre, y cuyo pecho, garganta y brazos no tienen á qué compararse porque nada hay blanco ni terso al lado de ellos. Estaba tambien la de los ojos grandes y negros como dos uvas, de cara redonda y boca envidiable, porque una rosa que se hubiera abierto esta mañana, no seria tan fresca y creo que ni tan perfumada como los labios altos y de formas salientes que adornan á esa mujer; mujer que desdeña ó manda con una sonrisa, con tanta facilidad como con la que un soplo arruga la superficie de un lago dormido. Vi tambien á aquella cuyas formas admiran porque parecen estudiadas para servir de modelo, por la precision, robustez y suavidad en los contornos. Qué pecho! qué espalda y garganta! Ella es la que no abre los ojos cuando sonríe, pues parece que medio los cierra para concentrar y hacer más fuertes los rayos que despiden. Su nariz recta como la de las mujeres de Oriente, formando casi una misma línea con la frente coronada de cabello rizado, da tal aspecto de majestad á su fisonomía que parece nacida para ser reina; y lo es: que no siempre un cetro y corona son las insignias con que manejan las voluntades. Habia, en fin, tal conjunto de bellezas que parecian como escogidas entre millares de mujeres hermosas para que nada faltase allí.

Oh! aquellas salas parecian la realizacion del delirio de un oriental. En una de ellas, la de recibo, habia una infinidad de espejos que parecian divertirse en arrojar las imágenes copiadas en distintas actitudes, hasta perderse, y como si hubiesen comprendido qué es lo que más nos halaga, por donde quiera que volvíamos á mirar nos presentaban la imagen de una mujer. En el fondo de una sala habia una pila, cuyas tazas llenas de flores sostenian tantas banderitas cuantas parejas habia esa noche allí, y cada una de ellas tenia los colores y las armas peruanas y el nombre de

una señorita al pié. Sobre la cúpula de esa vistosa pila veíanse los dos pabellones, el peruano y el granadino, dejando ver en medio de ambos el retrato del Presidente de la Confederación y á los lados los de Santander y Soto. La otra sala estaba condecorada con el retrato del Libertador y á los lados los de Sucre y Córdoba. *

Poco bailé porque los programas de las señoras estaban completos desde el principio del baile; sin embargo estuve contento, porque me bastaba estar en esa sociedad y en medio de mis amigos, entre los cuales estaba Ciro, á quien veía por primera vez después de la ausencia de un año. En conducir á las señoras, en los intermedios, á una mesa que fué constantemente servida desde que empezó el baile hasta las seis de la mañana, en ir con algunos amigos á la pieza donde toda la noche sirvieron ponches, y en entrar y salir ya á una sala ya á otra, se me pasó el tiempo y llegó la media noche.

A esta hora anunciaron que una señorita iba á cantar.

Entre las personas que nos acercamos al piano, estaba Ciro sentado junto á una señorita con quien me dijo que pensaba casarse; y á la verdad, es preciosa como ella sola. Mi amigo estaba hueco, y con razón creía que nadie había más feliz que él, pues de eso puede convencerse cada cual siempre y cuando se le antoje; apenas habrá cosa más relativa que la felicidad. Preciso es, eso sí, confesar que estaba bien correspondido; así fué que la banderita que tenía el nombre de ella adornaba la casaca de Ciro con más orgullo que si fuera la medalla de la Legión de honor, ó la del Toison de oro. El ramillete que hoy usan las señoras en los bailes, sólo lo vi en manos de ella al entrar y después lo tuvo él con envidia de unos y satisfacción de pocos.

Dos señoras cantaron una después de otra, y si he de dar mi parecer, entusiasmaron al auditorio. El canto es tan dulce al corazón! Raras veces deja uno de conmoverse, y si la voz es de una mujer que modula una queja, una súplica ó una reconvención, creo que no habrá uno solo que no se conmueva. Y para ponderar el ascendiente que tiene el canto, aun entre los corazones más duros, no tengo que decir sino que ¡Neron cantaba!

Después de los aplausos de los concurrentes, Ciro no pudo menos que decir al pasar una de las señoritas que había acabado de cantar: *Muy bien!* Y más valiera que no hubiera dicho nada.

Estas palabras produjeron en el ánimo de su pretendida tal efecto, que en el acto mismo y sin más explicaciones le pidió la bandera y el ramillete, y se separó de junto á él para ir á sentarse al lado de otras señoras que había más lejos. Qué cierto es que la pena está cerca del placer! Ciro se retiró confuso y se paró delante de un espejo que sin querer le dió á ver todas las acciones de su enojada señorita. Yo no sé por qué la suerte se propone á veces mortificar al que está más triste y abatido. Él desde allí vió que un joven á quien poco quería, por haber pretendido rivalizarlo, se acercaba para recibir de manos de ella la banderita que había acabado de pedirle. En este momento se le agolpó la sangre á las sienes, apretó involuntariamente los puños, dijo algunas frases, y salió.

El baile continuó como antes; la confianza, hermanada con el buen tono, presidieron en toda la noche la fiesta, sin que este disgusto fuera

* Este artículo fué escrito con el objeto de describir el famoso baile que el señor Don Buenaventura Seoane, Ministro del Perú, dió en aquella época en la ciudad de Bogotá.

notado por nadie. Por desgracia ó por fortuna, el mundo está organizado de suerte que unos rien mientras los demás lloran. Sin embargo, cuando menos lo esperábamos nos sorprendió el día, y cada cual nos separamos llevando en la imaginación mil recuerdos, que no son sino ilusiones que pasaron y esperanzas desvanecidas ya!

III

Al día siguiente, en el acto que me levanté, salí y me contaron que entre Ciro y ese joven á quien él creía su rival preferido, había pendiente un duelo que debía efectuarse esa misma tarde; todo estaba arreglado: los padrinos, las armas y el sitio donde debía efectuarse tal deseo, que era por Las Cruces.

Yo, que conozco el carácter de Ciro, pensé en que era seguro que lo llevaría todo á cabo sin ceder un punto: no había pues medio de desbaratar aquello. Sin embargo, fuí donde la señorita y le conté lo que pasaba como único medio para hacer desistir de tal proyecto á Ciro.

No necesito explicar la sorpresa que le causara tal noticia. Inmediatamente mandaron á buscar á Ciro, pero en ninguna parte se le encontró. Entonces se me ocurrió ir al lugar del duelo, y allí estaba con su padrino esperando. De ninguna manera pude persuadirlo á que fuese, mientras llegaba la hora, á la casa de la señorita. Quiso esperar y esperó con la serenidad más grande. Por fin llegó la hora; todos nos preparamos y sin embargo el contrario no llegó. Pasa una hora, dos horas sin que nadie pareciese por ninguna parte. Convencido ya de que él había cumplido, nos fuimos á la casa de la señorita, y, saben ustedes en qué consistió la incomodidad? En que ella creyó que lo que había dicho Ciro á la señorita que había acabado de cantar fué: *Mi bien*, en vez de *muy bien*, que fué lo que él verdaderamente le había dicho.

—¿Y por qué escogió usted, preguntaba Ciro, para regalar la bandera que me acababa de quitar, á ese joven?

—Porque á mí me importaba poco que fuese uno ú otro, puesto que lo que hice fué mandarla á mi mamá para que la tuviera, y en prueba de ello aquí está, mire usted la fatal bandera que sirvió de discordia.

—Qué cierto es, me dijo entonces Ciro, que conforme se empieza el año así se acaba: ¿te acuerdas del baile del primero de Enero?

—Ah! como si fuera ayer, entonces era yo más feliz.

—Pero ve qué casualidad: en ese baile del primero de Enero hubo una incomodidad por no habernos explicado, y en este del 25 de Diciembre por poco me pierdo por la misma razón. Pero aun hay una cosa más particular en esto, y es que, desde entonces, no había asistido á baile ninguno hasta anoche en que parecía que la suerte me esperaba para hacerme ver que conforme se empieza el año así se acaba.

LAS HIJAS DEL CIELO.

DEDICADO COMO UN RECUERDO Á LA SEÑORITA M. V. M.

Ya el ángel se había colocado en las puertas del Paraíso con su espada de fuego.

La infeliz mujer salía cubriéndose las desnudas carnes con su flotante manto de cabellos, porque las hojas de higuera no eran suficientes para velar su pudor; y su abatido pero fuerte compañero la seguía silencioso sin saber dónde irían.

Dejaba á la espalda el Paraíso, y á su frente no veían sino la duda, la incertidumbre y una maldición.

Si las lágrimas y el arrepentimiento hubiesen sido suficientes para merecer el perdón, el llanto que derramaron en ese día habría borrado hasta la memoria de su falta.

Dónde irán? Quién los conducirá? Prófugos, dónde se ocultarán? Malditos y solos, quién habrá de consolarlos? Maldito día, la humanidad jamás te olvidará!

Pero he aquí que cuando los desterrados pusieron el pié en los umbrales del Eden, tres ángeles se les allegaron con irisados ropajes.

Era el del primero como la blanca luz de la estrella cuando moribunda se retira en la mañana huyéndole á la luz del sol.

Tenia el segundo la vestimenta como el mar en la ensenada tranquila, si reposa de su constante lucha, ó como el campo cuando la mies empieza á granar.

Y tenía el tercero la túnica como la purpurina luz del crepúsculo, pero alumbraba en las tinieblas y se apagaba con la luz del día.

Llegó el primero y les dijo mostrándoles el cielo:

—Allá está vuestra Patria: un día llegaréis para no volver más aquí. Confíad ciegamente en mí, que yo os conduciré. Pero mirad que la duda apaga la luz con que os voy alumbrando.

El segundo llegó y les dijo:

—Vuestra Patria está allá arriba. Seguid, seguid y no temáis, porque yo iré con vosotros y nunca os abandonaré. El último suspiro de vuestros pechos lo arrancaré yo para llevarlo en mis alas al cielo.

Luégo llegó el tercero y les dijo:

—Amaos el uno al otro si quereis llegar á vuestra Patria. Sólo el amor podrá sosteneros en vuestro infortunio.

Y desde entonces han venido esas tres divinidades sosteniendo á la humanidad en su trabajosa peregrinación.

No dudeis de lo que yo os digo, porque esas sombras misteriosas están aquí entre nosotros. Miradlas aquí, allí, en todas partes.

Cada uno de nuestros pechos es un santuario en el que se rinde culto incesante á las tres hermanas del hombre, á las tres hijas del cielo.

Ay de quien no sienta su benéfico influjo!

Desterrad á la primera del suelo y la amarga desesperación se apoderará de vosotros.

El alma perderá sus alas, y en vez de subir hasta lo incomprensible del Eterno, descenderá al infierno de la duda que aniquila en medio de la horrible desesperación.

La creencia es el perfume del alma, la luz que nos ilumina el porvenir desconocido y misterioso.

El que no cree, está muerto de muerte!

Por esa luz con que alumbráis el alma, bendita seáis!

Pero decidme: ¿hay algún mortal que no haya sentido el benéfico influjo de la eterna compañera del feliz y del desgraciado? Dónde no

se la halla? Allí enjuga las lágrimas del huérfano, le arranca una sonrisa y se va.

Allá mitiga la desesperación de la madre que perdió á su hijo; de los hijos que perdieron á sus padres, y señalándoles á todos la puerta de un templo en donde nos reuniremos tarde ó temprano, nos dice: ESPERAD!

Entra al tugurio y deja un consuelo; va á la prisión y esparce un rayo de luz; se coloca entre las lágrimas, y brillando al través de ese lente del alma, difunde una claridad que va á alumbrar en el cielo.

Llámanla unos el pan del desgraciado, otros el sueño de un hombre despierto. Cómo no amarla, si ella es el vínculo entre la humanidad y su Hacedor!

Y á tanto llega su constancia, que ni aún en el suelo nos abandona, llevándonos hasta las puertas del sepulcro.

Por tantos beneficios, bendita seáis, consoladora compañera del hombre!

Pero viene ya la tercera que es la más bella y modesta de las tres. Y así como de sus compañeras, corre la una con los ojos vendados, y la otra con la mirada fija en el porvenir, ésta no alza la vista y sólo busca las tinieblas para alumbrarlas.

Sin ella la humanidad se habría despedazado destruyéndose á sí misma.

Donde quiera Cain habría buscado á su hermano para matarlo,

Miradla; allí va, esquivando la vista de todos, á entrar á una choza, sale de ahí y se detiene junto al desvalido que ha caído en la calle, cubre los miembros desnudos del niño que va á morir aterido de frío, atraviesa las rejas de la cárcel, pasea los hospitales, recorre los campos de batalla, y jamás penetra en los ricos salones ni suntuosos palacios.

Qué hace? En qué se ocupa? Preguntadle al desvalido y hambriento quién alarga un pan sin dejarse ver, quién cura sus llagas y mitiga sus dolencias sin fatigarse, quién cubre sus miembros desnudos y quién le enjuga las lágrimas que la indigencia le arranca.

Pero ¿por qué coloca con suavidad su preciosa mano sobre los labios de aquel renegado?

Porque quiere hacerlo callar para que la honra del prójimo no sea destrozada.

Y con cuánta suavidad nos dice al oído:

“No hagáis á nadie lo que no quisiérais que hiciesen con vosotros;”

“Que vuestra mano derecha no sepa lo que ha dado la izquierda.”

Imágen del Dios Redentor, por tantos beneficios, bendita seáis!

FE, ESPERANZA y CARIDAD, hijas del cielo, hermanas del hombre, benditas seáis!

LA CASA ARRENDADA.

Yo no sé qué sagaz fué el que tuvo el acierto de decir que aquí al que no se ancla se lo lleva la marea. La verdad de este dicho sólo lo sabe quien tiene la desgracia de no tener una casa propia, aunque sea en la orilla del río de San Francisco.

Mi familia consta como de veinte personas, entre madre, hermanas,

sobrinos, tías, parientes y criados que han nacido y vivido con nosotros; y desde que tuvimos que vender la única casa que nos quedó, hemos andado, no diré á medio Bogotá, á Bogotá entero.

En el mes de Marzo tuvimos que abandonar la casa en que vivíamos, porque le aumentaron el arrendamiento, por la sencilla razón de que se decía que por allí pasarían los ómnibus nuevos de no sé quién, y que por consiguiente las calles y casas mejorarían visiblemente, puesto que San Diego iba á ser el punto de reunión de cuantos viajeros quisieran ir hacia el Norte. Visto esto, ó más bien diré, sospechado esto por el dueño, calculó que haciendo tiendas de las salas y alcobas, todas ellas serían ocupadas inmediatamente para agencias unas, otras para confiterías, otras para ventas de granos y las demás piezas para fondas y hospederías.

Vámonos, pues, á buscar otra casa por donde no sospechen que de aquí á doscientos años van á pasar ferrocarriles por cerca. Empecé á ver casas desocupadas y, qué maravillas las que vi entonces! Entré donde una abuela, cuyo ajuar consistía en mesas con patas de águila, canapés forrados en pichinche y con molduras que fueron doradas, cuadros incomprendibles, pues de puro viejos se veían como jamón puesto al humo. La puerta de la alcoba tenía cortinas corredizas de saraza tan antigua, que no se sabía de qué color sería cuando nueva, y adentro un biombo, que nunca falta, ocultando una cama de pabellón de manta socorrana. Papayas y libros forrados en pergamino sobre la mesa, cajones de Niño Dios con cuanta curiosidad se les había imaginado que lo era, y en fin, tanta cosa vi, que llegué á creer que estaba con una pesadilla. Allí, aquella pacienzuda y explicadora matrona, á quien no pinto por no haber ya de esas tintas, me dijo que la casa que tenía para arrendar estaba situada por Belén y que hacía algunos meses la habían desocupado por quién sabe qué capricho que tenía la gente en no quererla tomar, siendo tan bonita y cómoda, y teniendo lo principal que era el agua adentro. Y esa era la verdad, porque, cuando en posesión del manojito de llaves, que pesaban más que las del Escorial, fui á ver la casa, caí en la cuenta de que no era de azúcar, puesto que había durado tanto tiempo sin desleírse. A una vara de alto se veía lo verde de la lama, prueba evidente de que tenía agua adentro; además, aquello no era sino una cocina con muchas piezas, pues según se veía, no le habrían vuelto á poner hisopo desde que la blanquearon para bendecirla cuando la acabaron. Papayos creciendo y multiplicándose á todas sus anchas, sombreaban el patio lleno de malvas donde cantaban las ranas y grillos á todo su sabor. Ahora, por lo que hace á los cuartos, cada uno era un algibe, hecho por las gentes trabajadoras que habían arrendado aquella casa con el exclusivo objeto de hallar el santuario, ó guaca, como llaman en otras partes.

—Y cuánto vale?

—Veinte pesos.

Bendito sea Dios que haya quien pida tanto así; pero maldito el diablo que tentara á alguno á vivir ahí de balde.

Vamos á ver otra, pues. Dónde hay más? Una la hay por la Agua-nueva, la otra por las Cruces, otra en San Fason y una que piensan desocupar por el Chorro de María Teresa. Emprendo viaje, y después de haberlas encontrado cerradas, voy á donde el dueño que vive en los tres puentes, me da las llaves y encuentro que la tal casa de la Agua-nueva tiene, además de ser reducida, un caño que viene de la casa vecina donde

echan hasta lo que no les sirve y que en cada creciente, que regularmente es de todas las noches, el agua se entra á la sala. La otra tiene por vecindad una multitud de tiendas de las de *juncos parados*, cada una con una docena de muchachos que lloran como bienaventurados; la otra es una trampa de número cuatro: el más afortunado quedará debajo en el próximo mes de invierno, pues, aunque tiene más puntales y refuerzos que una ley de elecciones, ella á fuerza de gravitar hacia el centro, dará con su figura en tierra. La del chorro de María Teresa, no tiene más defecto que el que decía Larra de otra, y era tener las paredes muy juntas unas de otras; aquello era un miriñaque, una rejita de confesonario, un agujetero donde no cabía uno ni de punta en una multitud de agujeros que llaman cuartos; y hasta las viejas que viven ahí, y á quienes querían expulsar por aumentar el arrendamiento, parecen muñequitas de pisapapeles: son una miniatura; la una estaba hilando, la otra azotando lana y la última, ó primera, entre una petaca jugando y pidiendo papa. Qué curiosidades!

Qué hacemos? Por fin nos echan los trastos á la calle. En estos afanes me encontré con uno que me dijo que fuera á casa de don Sinforoso Casasviejas.

Qué fortuna! Tenía por Santa Bárbara una desocupada. Me dió las llaves, y aunque era estrecha, húmeda y mal situada, le dije que sí me servía. Me exigió, eso sí, tres meses adelantados, y me hizo la advertencia de que quería venderla.

Empezamos á rebullir trastos: mesas redondas de dos abras con aldabones, sillas más pesadas que un pecado mortal, camas que no hay que bullir porque se les pierden las patas, taburetes con cabuyas á modo de travesaños, escritorios sin navetas, escaparates de grueso calibre y cuyas puertas se sostienen por su palabra, cajas donde cabrían cuatro escondidos con fiambre para una revolución; más trapos que una fábrica de papel, más tiestos que en una tintorería, galápagos que tuvieron horqueta, sillas de mis abuelos con cabezas de escudo y espaldas de poltrona, petacas viejas, ollas desfondadas, palos de escoba, armazones de paraguas, barandillas, cunas, perros, gatos, toches y mirlas con jaulas desarmadas, y en fin, tanto como hubo que echar al aire en un carro é irlo paseando desde San Diego hasta Santa Bárbara; agréguese á esto que en el viaje lo mejorcito se evaporó por el camino y lo demás se desarmó con el movimiento de trepidación con que van los carros por nuestros empedrados.

No en balde decía Franklin que dos mudanzas de una casa á otra equivalen al incendio de una.

Por fin acabamos y nos fuimos acomodando en nuestros cuartos; limpiamos las cocinas, como quien dice los muladares, barrimos y desyerbamos el patio, limpiamos las paredes; y descansábamos de más de quince días de trabajos, cuando se apareció un señor á hacernos la notificación de que dentro de ocho días desocupásemos, porque había comprado la casa á don Sinforoso.

—No puede ser, le contesté, porque le tengo adelantados tres meses de arrendamiento.

—Tan puede ser, que aquí tiene usted la copia de la escritura.

—Sí, señor, tiene razón, pero yo voy á hacerle cargo de daños y perjuicios á don Sinforoso.

—Puede hacer lo que quiera, pero creo que lo que debe hacer primero es ir á buscar casa, porque dentro de ocho días estaré aquí con mi familia, que no tiene otra parte donde desmontarse.

—Sea, dije con la paciencia que debe tener un hombre que no tiene casa, y me fuí otra vez á conocer rincones. Tuve noticia de una, y cuando fuí ya habian dado las llaves; fuí á otra que hacia mucho estaba desocupada, y me dijeron que no la arrendaban porque la iban á convertir en fondas y billares, que es lo que más deja aquí; fuí á otra, otra y otra, y ninguna pude conseguir: dueños déspotas, respuestas groseras, proposiciones insulsas, pasos perdidos, irritacion de callos y pérdida de tiempo fué lo que obtuve, y el plazo pasando á la carrera. Cuatro dias iban corridos y ni esperanza de conseguir casa.

—Es increíble, me decia un viejo cuando estaba en los mayores afanes, es decir, en el sétimo dia, que componiéndose casi toda la ciudad de casas, puesto que iglesias y conventos *apenitas* hay los que se necesitan, no se encuentra una casita cuando es menester.

—Sí, señor, pero me dicen muchos que hay escasez por el Congreso.

—Qué Congreso ni qué nada, ¿pues no ve que los congresistas de afuera se contentan con pasar la mala noche en una fonda, el dia en el atrio de la Catedral y los portales, y pocos ratos en las sesiones? Lo que hay es que no se sabe nunca cuántas casas desocupadas habrá cada dia, que es seguro no bajarán de veinte.

—Es cierto; hace mucho que deploro la falta de una agencia de casas donde cada dueño lleve noticia de la que tiene desocupada, y donde el que necesita no tuviera que andar de un extremo á otro para saber que no hay nada.

La única esperanza que en todos estos afanes me quedaba, era que, siendo ese señor granadino, no seria tan cumplido, y que cuando dijo ocho dias era seguro que vendria al mes. Echábamos bártulos una noche en casa acerca de en dónde nos meteríamos, cuando golpearon, sonaron pisadas de caballos, ruido de estribos y llanto de niños que venian á la cabeza de las sillas, y en ménos de nada se inundó la casa de gente que jamas habíamos visto, y héteme aquí, lector mio, dando posada á los dueños de casa.

LOS CUIDADOS TAMBIEN MATAN.

DESPUES de que vi lo difícil que es contentar al público que, como si fuera mujer, ahora quiere porque quiere, y mañana aborrece porque no quiere, sin que se pueda exigir más de él, resolví verlo todo y callar. Tres meses llevo de estar así, y la verdad sea dicha, ya no aguanto más porque me reviento!

Pero qué necesidad hay de echarse enemigos encima? dirá alguno de mis caritativos lectores. No se dice lo que pasa, y asunto concluido. Pero más valiera que no pasara lo que se dice, contesto yo, y bienaventurados los que ven y callan porque al ménos no se les entrarán las moscas. No queda, pues, más recurso, ya que no puedo callar, que el de hacer artículos que lo digan todo, ménos lo que se debe decir, lo cual equivale á redactar artículos de fondo; y á fe que si tal hiciera no me quedaria ni aún la gloria de la originalidad, de manera que lo mejor será abandonarme á la manía de decir las cosas tal como pasan y encogiéndome de hombros, suceda lo que suceda.

Explicaré, pues, por qué puse tal nombre á mi artículo.

En uno de estos dias cumplí años, lo cual nada tiene de extraño que los cumpla, sino que yo lo confiese tan paladinamente, pues bien sabido es que hay personas que en llegando á cierto punto no quieren que los años pasen por ellas, aunque ellas sí suelen pasar por todo, como decia Larra, hablando de su patria.

El dia de mi cumpleaños ha sido por lo regular uno de los más tristes para mí, pues por lo comun se me han reunido una infinidad de circunstancias poco agradables. En primer lugar, me desespera la idea de que ya voy para viejo sin haber hecho más gracia que comer y dormir, y sin más ciencia que la que dejan los dos engaños que, como alacranes, tienen que tragarse á la madre para poder vivir. La venida de un desengaño trae la pérdida de una esperanza, y al fin de cuentas, cuando ya uno está viejo y lleno de experiencia ninguna mujer nos quiere, aunque ellas suelen no querer á nadie, y lo peor de todo, se tiene un corazon gastado y una alma tan cansada de sufrir que ya no siente ni bien ni mal. En segundo lugar, me aflige la idea de ver que nadie se ha acordado nunca de *colgarme* el dia de mi santo, sino por detras, y de manera que yo no vea ni oiga, y para esto, la verdad sea dicha, todos los dias los son de mi santo, lo cual no deja de ser una desventaja para mí lo que para otros es fortuna. Gentes conozco yo que bailan cuatro veces por año para celebrar su natalicio.

Tan cierto es que unos nacen de piés y otros de cabeza, ó lo que es igual, que unos nacen para ser afortunados y otros para formar llanto de la misma risa, que ahora verán ustedes lo que me sucedió en el único dia en que se acordaron de festejarme mis amigas, que son por lo regular las que más nos *cuelgan*, quizá por ser las más afectuosas.

Es de advertir que en casa quisieron darme una sorpresa, y así fué que sin que yo maliciara nada, cuando entré de la calle encontré la mesa de aplanchar unida á la del comedor, y como la primera es más baja, para elevarla al rango de la otra la treparon sobre ladrillos sin que esta feliz ocurrencia evitase un escalon que los manteles trataban de disimular á duras penas. Una tropa dispersa de cucharas y tenedores, todos de distintas fábricas y distintas edades, presidida por un cuchillo que estaba en la cabecera de la mesa como más respetable, custodiaban ó hacian la guardia á los panes que estaban en el centro, y que en ese dia se habian aumentado en dos más; es decir, habia hasta tres panes, no de los franceses, sino de batido y hechos donde la niña Carmen, que es la ventera de la esquina.

Mis tias Pedreros y *señorá* Magdalena Camargo con su sobrina vinieron por invitacion expresa de las de la casa á hacer los honores de la mesa, pues bien sabido es que á nadie le falta su punta de orgullo, y en casa habia algo que mostrar ese dia. Confieso que me henchí de orgullo al ver todo lo que iba á suceder por mí y sólo por mí; y cuando miré la bandeja de caspiroleta con figuras simbólicas hechas con pasas y el platon de ariquite con un letrero hecho á pellizcos, y cuyas letras de molde trataban de decir *Felisidá*, y todo esto hecho por mis amigas, llegué á creer, y con muchísima razon, que á buen mozo me ganaria cualquiera, pero que á dichoso, ninguno.

Llegó pues la hora y nos sentamos á la mesa colmados de esa dulce satisfaccion que produce en unos el orgullo de haber convidado, y en otros

el de haber sido de los escogidos; y para decir verdad, lo mejor que había allí era la sobrina de *señor* Magdalena. Era muchacha cuarentona, que usaba cachumbos que le caían por las mejillas como virutas de carpintero, dando á la cara la más graciosa expresión de niña vieja. Tenía el *palito*, como solemos decir, ó la gracia especial para ponerse *pensamientos* blancos en la cabeza, ya que en ella nadie los había puesto hasta el presente ni aún negros, que no era poca desventaja para ella.

Todo fué por el momento felicidad, buen humor y chiste; y aún las equivocaciones de la criada que al pedirle la sopa trajo la de vino, seguramente porque ella no había oído hasta en ese día llamar así á la mazamorra, y que luego echó un poco de caldo sobre la pañoleta de punto de la niña, en vez de dejarlo en la taza y sobre la mesa, no dieron más que risas y bromas que sazonaron mucho más nuestra comida de viernes que si hubiésemos tomado tragos de vinos exquisitos.

Al principio comí de cuanto sirvieron, con tal apetito que no dejé qué desear, y tan cierto es esto, que no íbamos en la mitad, cuando ya no podía más con mi estómago. Pero mi tía Juana que en ese día se propuso manifestar cuánto cariño oculto me tenía, me sirvió ya un plato de lechugas con cebollas deshinchadas, ya un plato de arroz seco coronado de cabezas de ajos, y todo con el especial encargo de que no había de dejar nada porque se enojaba. Poco á poco empecé á enderezarme en la silla porque sentía el estómago medio incómodo, pero mi tía prosiguió con sus cariños á los que ya se habían unido los de la niña de los cachumbos que seguía instándome.

—Mire, coma de este escabeche aunque sea un bocadito; pruébelo siquiera. Coma más, no nos haga el desprecio. Se lo ha de comer todo, pues si lo hicimos fué para usted. Tales eran las frases á que ya no podía atender por más afectuosas que fueran.

—Ahora sí, dije suspirando, ni un bocado más, porque me reviento, me reviento!

—Pero, niño, me dijeron, cómo se queda sin probar la caspiroleta que le mandó Catita! Y el ariquepe de Concha! Qué dirán! Tome, pruébelo aunque sea, dijo la niña de los pensamientos, y me sirvió un plato.

La copa iba á rebosar porque yo me hallaba en momentos supremos de morir ó reventar. Entonces pensaba yo en que la imprudencia más grande es la de hacer comer á uno sin querer, y que si alguna vez me resolviera á ser tirano le haría comer á mi mayor enemigo hasta que no le cupiera más, seguro de que moriría más martirizado que en las antiguas llamas de la Inquisición.

De ahí me levanté despacito y me fuí para mi cama porque no encontraba posición alguna en que pudiera estar cómodo. Quise dormir, pero me fué imposible. A la media hora tuve un largo zumbido de oídos, sentí picadas en las manos como si me punzaran millares de agujas, la fiebre se apoderó de mí y ahí tienen ustedes á un hombre medio muerto. La tarde no supe cómo la pasaría, pero por la noche desperté como en un infierno. No había quedado hombre ni mujer conocido ni por conocer que no hubiera entrado á la alcoba donde estaba yo. Los que no cupieron allí estaban en la sala cuchicheando, lo cual me molestaba más que si hablaban á gritos. Cada cual que entraba me iba preguntando qué sentía y luego dejaba su receta. Unos decían que aquello era de frío, otros que era *dolor alto*, otros que *tabardillo dormido*

y, cosa extraña! vieja hubo que asegurara que lo que yo tenía era debilidad. Y á fe que no iba tan errada la vieja cuando dijo tal, pues si uno supiera oponerse á las exigencias importunas, evitaria más de cuatro cólicos y disenterias.

Como á las ocho de la noche empecé á sufrir fuertes latidos en las sienes; por donde quiera que llevaba la vista veía candelillas y figuras extrañas bailando delante de mí; sentía la cabeza tan pesada como de plomo, y todo yo era un fuego. Era seguro que pronto vendría el delirio. No pudiendo sufrir la imprudencia de los que visitan enfermos, llamé á una de las de la casa y le dije:

—Dígales á mis amigos y amigas que me dejen solo, que quiero morir en paz; que no conversen paso y que no anden con sus trajes de seda porque el ruido me molesta mucho, y ya me muero. Pero estaba decretado que yo debía morir á fuerza de cariños de los amigos, y lo consiguieron, porque se me helaron los pies y las manos, perdí las fuerzas, me estiré, volví los ojos y á los dos minutos estaba muerto; sí señores, perfectamente muerto!

Entonces fueron los llantos y las desesperaciones, cuando pudieron haber evitado todo con un poco de prudencia, los unos no haciéndome comer, y los otros no visitándome como se acostumbra aquí. Creo que la mitad de los que van á la otra vida, se van de hastiados con las imprudencias de los que los visitan cuando están enfermos.

No fué más que morir para todos, desperté para mí y empecé á oír tanto, que por poco me muero de véras al oír los cariños que me hacían hasta después de muerto. Uno de los infiernos que Dios tiene preparados á los pecadores empedernidos, de eso ya no tengo duda, es hacerles oír todo lo que digan de ellos después de muertos. Hé aquí lo que oí:

—Lástima del Fisgon!... Eh! pero más vale que se haya muerto, porque para lo que él valía aquí...!

—Bien pícaro era y Dios sabe lo que hace, dijo otro de los que más me elogiaban en vida.

—Murió en su ley, porque, como si hubiera sido fraile, lo mató una indigestión.

—Yo le hiciera la necrología, pero ni aún qué decir de este prójimo hay, dijo otro, viéndome por última vez.

De todo esto saqué en consecuencia que las mujeres lloraron como lloran siempre que se les ofrece; que raro amigo me sintió de véras; y que á excepción de uno que otro que en estos casos calla y sufre, los demás no son sino personajes de un sainete en el cual el protagonista es el muerto, y la comparsa, los vivos que lloran por él.

Sin embargo, no me pesa nada de lo que me sucedió en el día de mi cumpleaños (y por poco que cumpla todos los de mi vida) pues formé dos propósitos que no quebrantaré nunca: no volver á cumplir años para que no me *cuelguen*, y no enfermar para que mis amigos no me visiten.

HERNAN CORTÉS NO QUEMÓ LAS NAVES.

SEÑOR FELIPE PÉREZ.

Mi estimado amigo.

En una de sus publicaciones literarias, que con mucha razon llama usted *instructivas y amenas*, he leído lo siguiente al principio de la novela llamada "El piloto de Huelva:"

"Gran ruido ha hecho en el mundo la quema verificada por Cortés de sus naves en Méjico, pero aunque la hazaña es sin duda de un gran Capitan, el caso no es nuevo como vamos á verlo."

Las injusticias que las aberraciones históricas suelen cometer, son tanto más flagrantes, cuanto más grande es el hecho que se atribuye.

Vea usted lo que la generalidad de las gentes cree acerca de este punto histórico.

Descubre Cortés el imperio de los aztecas, y al tener conocimiento de lo poderoso de su monarca y de las numerosas tribus que le defienden; y temiendo que sus soldados lo abandonen por temor, para quitarles toda esperanza de fuga, toma él mismo la tea é incendia sus naves.

Y verdad sea dicha, á esto ha contribuido la historia moderna mal consultada, la novela, la poesía con sus cantos épicos, el drama y las bellas artes.

No me ocuparia en probar que no fué Cortés quien primero pusiera el pié en la tierra mejicana, si no fuera porque aún en historiadores de crédito se nota el engaño de creer que fué Grijalba quien condujera la primera expedicion sobre aquel país.

Fué Francisco Hernández de Córdoba quien dirigió la primera expedicion compuesta de 110 hombres, y salió de la isla de Cuba, de la cual era Gobernador Diego Velásquez, el 8 de Febrero de 1517. Despues de haber descubierto á Yucatan, el cabo Catoche y á Campeche, volvió á Cuba y de allí partió otra nueva expedicion enviada por cuenta de Velásquez en 1518, al mando de Juan Grijalba, su sobrino. No permaneció este conquistador por mucho tiempo en aquel suelo, así fué que el 15 de Noviembre del mismo año partió la tercera armada al mando del Capitan general Hernan Cortés.

Cuando este Capitan preparaba con gran pompa su armada ántes de salir de Cuba, ya sus enemigos hacian por desprestigiarlo y aún intentaron detenerlo por orden de Velásquez mismo, quien lo habia mandado; no es extraño, pues, que estando ya en Méjico los amigos de Velásquez y émulos suyos dejasen de informar mal acerca de él. Todo esto dió por resultado el que el Gobernador de Cuba diese orden para que lo prendiesen; pero descubierta la conspiracion por Cortés á tiempo de coronar el hecho, éste quedó dueño de la situacion y en capacidad de seguir á la ciudad de Méjico, á donde la fama de las riquezas y poderío de Motezuma lo llamaban. Proclamado por los suyos, despues de haber dado inequívocas pruebas de valor y pericia, Capitan y Justicia mayor, el cargo más elevado que por entónces podia obtener un conquistador, encontró con el inconveniente de no saber qué haria con los once navíos que en el puerto tenia, inconveniente tanto más grave, cuanto que sus desafectos intentaban volverse á Cuba donde Velásquez, á fortificar la revolucion contra él.

El hecho, pues, como se ve, va cambiando de aspecto; ya no es Hernan Cortés el grande y arrojado Capitan, quien para prevenir toda retirada

á sus soldados y aún á la fortuna misma, toma la tea é incendia sus naves á la vista de los suyos; ahora es el hombre que previendo una traicion piensa sólo en los medios de destruirla.

Hé aquí lo que Francisco López de Gomara, el historiador más antiguo de Méjico, dice acerca de este hecho:

"Mandó Cortés que aprovechando de ellos (los navíos) lo que más pudiesen, los dejasen *hundir ó dar de traves*, haciendo sentimiento de tanta pérdida y falta, y así *dieron luégo al traves* en la costa con los mejores cinco navíos sacando primero los tiros, armas, vituallas, velas, sogas, áncoras y todas las otras jarcias que podian aprovechar. Donde á poco quebraron los otros cuatro."

En una obra escrita en frances por una sociedad de literatos, llamada "*Aventuras y conquistas de Hernan Cortés*," se explica el hecho del siguiente modo:

"Trasladaron á tierra los bajeles y se hicieron pedazos de ellos, despues de haber quitado las velas, jarcias, hierros, &c."

Prescott, historiador sumamente abonado por su veracidad, y quien, como se sabe, acabó de perder la vista consultando los archivos de España con el objeto de escribir la historia de la conquista de Méjico y la del Perú, asegura otro tanto de lo sentado ya *, á cuya autoridad me permito agregar la del historiador inglés Robertson, de indisputable crédito.

Pero hay en esto algo más doloroso todavía: cuando la humanidad despues de muchos siglos de admiracion levanta á un hombre á la apoteosis, se siente algo verdaderamente desagradable al escudriñar los secretos de la historia que se encarga de desmentir los hechos que acaso hayan engrandecido más á su ídolo. Cualquiera puede replicar con mucha razon: la accion de quemar, barrenar é inutilizar las naves, no disminuye en nada la grandeza del hecho, y así es la verdad, pero ¿qué se dirá cuando se vea que Cortés fué inducido á ello por los suyos y que la idea nació de sus compañeros?

El Capitan Díaz del Castillo, que fué soldado de todas las expediciones á Méjico y acompañó á Cortés hasta lo último, dice en su historia lo siguiente:

"Estando en Cempoal, como dicho tengo, platicando con Cortés en las cosas de la guerra y camino para adelante, de plática en plática *le aconsejamos* los que éramos sus amigos, que no dejase navío en el puerto ninguno, sino que *luégo diese al traves* con todos y no quedasen ocasiones, porque entre tanto que estábamos la tierra adentro, no se alzasen otras personas como los pasados, y demas de esto que teníamos mucha ayuda en los maestros, pilotos y marineros que serian al pié de cien personas y que mejor nos ayudarian á pelear y guerrear, que no estando en el puerto."

Acogida la idea por Cortés, mandó á Juan de Escalante, enemigo de Velásquez y parcial suyo, para que "luégo fuese á la Villa (la de Veracruz) y que de todos los navíos se sacasen todas las anclas, cables, velas y lo que dentro tenian de que se pudiesen aprovechar y que diese con todos ellos al traves." De aquí resulta que ni siquiera Cortés presencié la operacion de inutilizar las naves.

No faltan historiadores que aseguren que el gran Capitan orde-

* "He then ordered five of the worst conditioned to be dismantled their cordage, sails, iron and whatever was mobable to be brought on shore and the ships to be snuk."

nó la operacion en secreto para que sus soldados no se opusiesen, pero seguramente no fué así, pues el mismo historiador combatiendo á Gomara dice:

“Pues otra cosa peor dice, que Cortés mandó secretamente barrenar los once navíos en que habíamos venido, ántes fué público *porque claramente por consejo de todos los demas soldados*, mandó dar con ellas al traves á ojos vistas.”

El historiador Antonio de Herrera dice que rompió Cortés la armada á instancias de sus soldados.

Por último, para atestiguar que las naves no fueron quemadas como se ha dicho y se seguirá diciendo por las generaciones venideras, á pesar de lo evidente del hecho contrario, podría citar á Cervántes, quien dió á luz su Quijote en 1605. Allí, en la segunda parte de su inmortal obra, habla del *barrenamiento* de las naves de Cortés, y ésto como se ve, lo decia apenas setenta y siete años poco más ó ménos despues de sucedido aquello.

Pero vea usted cómo al concluir ya mi trabajo, hallo un dato que por ser el más importante ha debido servirme para principiar, ahorrando citas que vienen á ser inútiles, toda vez que el mismo Hernan Cortés, en la segunda carta de las que dirigió al Emperador, dice estas terminantes palabras:

“Como so color de que los dichos navíos no estaban para navegar, *los eché á la costa*, por donde perdieron todos la esperanza de salir la tierra.”

Véase pues que Cortés ménos que nadie pretendió hacer creer que hubiera quemado sus naves. ¿De dónde vendria esta asercion?

Que la idea de destruir las naves, no diremos ya quemar, no fué original de Cortés, lo prueba usted en su interesante novela “El piloto de Huelva,” en la que se demuestra que Agatócles, tirano de Siracusa, y Guillermo el Conquistador, siglos ántes de Cortés habian quemado sus naves para impedir la retirada á sus soldados; pero si algo más se quisiese añadir en este sentido, citaria á Gomara, quien haciendo relacion del hecho en Méjico, dice que *poco ántes de Cortés*, Barbaroja, el del brazo cortado, habia destruido siete galeotas y flotas. ¿No habian hecho los portugueses otro tanto ántes de Cortés? Creo que sí, de manera, pues, que ni la originalidad de la idea pertenece al Gran Capitan.

Esta tarea de destruir es muy fácil y propia, en verdad, de quienes no tienen genio creador; muy poco tuvo que hacer Eróstrato para immortalizar su nombre, así como á mí me ha costado muy poco también para disputar una de las más grandes reputaciones históricas.

J. DAVID GUARIN.

PRÓLOGO Y EPÍLOGO DE UNA NOVELA.

DEDICADA Á LA SEÑORITA RAFAELA MENDOZA.

PROLOGO.

En uno de los puntos en que baña el rio Magdalena la antigua Pro-

vincia de Mariquita, habia un lugar cuyo nombre no quiero decir ahora, y cuyo risueño aspecto llamaba la atencion de cuantos lo veian.

Estaba al pié de una de las colinas que enderezan el paso al nacimiento del rio, entre una pequeña falda en forma de ángulo, en la que parecia haberse reunido todo lo más bello para contrastar con lo estéril de las llanuras que se divisan al frente.

Allí, sobre un pequeño alto y entre bosques, habia una habitacion, notable por su aspecto delicioso y por la blancura de sus paredes, cuya linda imágen copiaba en su seno el rio, semejando á lo léjos un cisne que compone sus plumas á la sombra de los árboles, para despues cruzar la corriente que mira con desprecio.

En efecto, la habitacion se componia de varios departamentos que formaban un cuadrado perfecto y cuyos contornos contenian todo cuanto en aquellos puntos se puede recoger para comodidad y recreo. Un corredor bastante ancho prestaba sus columnas á varias clases de parchas, las que con sus frescas hojas, amarillos frutos y azotadas flores, daban una sombra fresca y grata y ayudaban al arquitecto con sus calados arcos á dar á su obra, si no solidez, sí elegancia y belleza.

Como á dos varas del corredor habia una cerca en forma de reja y su simetría era constantemente turbada por una madreselva y un jazmin que parecian disputarse el derecho de presentarse cada cual con sus manojos de flores. Hacia el lado derecho habia pequeñas palizadas que encerraban clavellinas, caracuchos, alelíos y otra multitud de flores y plantas aromáticas; y calles de limoneros y granados corrian por los cuatro lados conduciendo cada cual á un luar que en las esquinas ofrecia un cómodo descanso debajo de tupidos y frescos mangos.

Hacia el lado izquierdo habia una huerta con toda clase de árboles frutales; á la espalda de la casa un inmenso platanal y montes de palmeras, daban fin á ese ángulo de verdura que parecia una esmeralda botada entre los cerros. Por último, al frente de la puerta y al lado del rio habia un pequeño prado tupido de un pasto tan tierno y fino como si fuera una felpa de seda, y un camino que partia desde el corredor, despues de dar unas pocas vueltas por la falda, iba á terminar en las arenas del rio.

Eran las seis de la mañana de un hermoso dia de Junio. El sol naciente tropezaba apenas con las copas de los árboles más altos, y despues alumbraba á trechos las quietas aguas del rio.

Todo estaba en silencio: ni el canto de las aves que saludan la venida del dia, se oia ya.

A poco se percibió el ruido de un canaleta que golpeaba el agua, y de una de las vueltas del rio se vió venir una pequeña barqueta con un solo hombre que la manejaba. Despues la dejó deslizar por la mitad de la corriente, y parado en la proa, recostado en el canaleta, parecia formar una sola pieza con la barqueta, que era reproducida con su boga en el fondo de las aguas con la mayor exactitud.

A pocos instantes empezó á remar con fuerza, se le vió tomar la orilla y despues deslizarse por debajo de muchos árboles, y al llegar á cierto trecho descubierto y donde habia una pequeña playa, alargó una mano á la rama de un árbol, detuvo con los piés el curso de la barqueta y saltó á la playa.

El boga se perdió en la maleza, y entre tanto la barqueta atada á la orilla fluctuaba al vaiven de las olas que venian desde el centro á lamer las arenas con un rumor tan imperceptible y un movimiento tan ténue como el de la respiracion de un niño dormido.

Nada volvió á turbar el silencio.

Al dia siguiente, tres bogas hacian una balsa á la orilla del rio. Uno de ellos, llamado Andres, despues de haber untado saliva á una cuerda para que corriera con facilidad, afirmó un pié en una de las guaduas y con ambas manos tiró para que ajustase el nudo.

A este tiempo otro á quien siempre llamaron Mingo, dejó caer intencionalmente un trozo de balso á los piés del compañero, quien comprendiendo el riesgo de la chanza, esquivó el golpe dando un brinco, y diciendo despues de una interjeccion nada mística:

—Eh! vancho! vo queré mandarme á vé al diablo?

El otro se encogió de hombros y con una sonrisa picaresca se agachó á darle un vuelco al tronco que habia acabado de botar, pero procurando echarlo sobre los piés de Andres.

—Mirá que te hago felí de un pecozon, contá con eyo, dijo el boga á tiempo que abriendo tamaños ojos, alzaba la mano con un ademán capaz de asustar hasta á un muerto.

Mingo, callado siempre, rodeó con el brazo la cintura de Andres, y metiéndole el hombro por el costado izquierdo, casi lo dobló por la cintura, y á no ser por la agilidad del compañero, hubiera conseguido á média vuelta dar con él en la arena.

—Sí? dijo Andres yendo á seguir su oficio despues de haber resistido á la lucha. Le di contra el mundo á Macana, y Chepe que se confiese si lo vuelvo á vé que muestra las muela cuando yo esté con la Lucía.

—Ah yay! dijo Mingo con una risita marcadamente falsa.

—Qué! ¿Que no? Ayá lo veré. Anoche se ecapó que lo parara en la cabeza, y si no ha sido por el patron, al patio del infierno habia ido á bailá. Ganitas tengo de atajarle el resueyo á un *buche* de esos.

Y terminó la frase con una risita aguda muy peculiar en los negros y en los bogas.

—Y por qué fué la gresca? preguntó Mingo como sin curiosidad.

—Po el enredo aquel de la carta que te dije ayé. Yo le dije que no, y él que sí, ajustó la cabeza en que se la habia de da al blanco Grabié y no al branquito Arolfo, y sabé que si no ha sido porque el *cuchiyo* se le fué por entre las costiyas se va á conversá con el Paire Eterno.

—Y fuiste vo, pue, quien le metiste é *cuchiyo*?

—No, el branquito Arolfo, y como Chepe se le fué encima, y en aina que le apichurra; yo tuve que meté la mano y sacudile al zambo pa que no lo matara debajo.

—Y el zambo cómo cogió la carta? dijo Mingo echando las últimas lazadas á una guadua,

—Yo no sé, pero de la niña sí era po que estaba muy cuca y golia á rosa, y en ve de dásela al branquito se la fué á da al taita.

—Y vos habis visto á la niña?

—Eh! rancho si é ma guapa que mi Lucía! Pero yo no espero más á aquéllas, quedaron dir con nosotros á Ambalema y no parecen; vamónó y si quieren que nos alcancen ayá en el puerto mientras que cargamos el arró, ¿no te parece?

—Vamonó, dijo Mingo arrojando al agua la balsa.

Los dos cogieron sus canaletes, y al són de una tonada que cantó uno de ellos, se fué la balsa rio abajo con un movimiento tal que parecia querer llevar el compas de quien iba encima cantando.

Pocos instantes despues llegaron tres mujeres á la misma playa, y despues de haber mirado para todas partes, una de ellas dijo:

—Se fueron!

—Quizá no habrán venido todavía, dijo la otra.

—Luego no ves que los balsos no están aquí ya?

—Cierto. Entónces qué hacemos?

—Esperar á Lucio que no tardará, y en la canoa en que él viene nos vamos á alcanzarlos.

Las tres se sentaron en un tronco y miéntras que esperaban, dijo una de ellas:

—De véras no lo conocen? No lo han visto, pues? Baja todas las mañanas al rayar el dia y corta el agua que es un primor.

—Y él solo? preguntó la otra.

—Pues sí; yo no sé dónde aprendió ese blanco, parece nacido en la playa, porque juega con el rio como una sardinata y menea el canalete mejor que vos.

—Y á qué vendrá todos los dias rio abajo? A la casa blanca cuando ménos.

—No; llega á la playa, se está un poquito y sigue.

—Y no hay quien lo salga á ver?

—No, ni de noche tampoco.

—Luego viene tambien de noche? preguntó admirada la otra mujer, que hasta entónces no habia tomado parte.

—Sí, pero una que otra noche, y cuando la luna está bien clara es cuando lo he visto.

—Esos son cuentos tuyos.

—No; te aseguro que es cierto; yo lo he visto, y si quieres, pregúntaselo á Chepe que él lo oyó. Estaba la luna tan clara como el dia, y el rio relumbraba como un espejo. Y bien tarde seria, porque ya el gallo habia cantado dos veces.

—Y qué! á esas horas vino?

—Sí; habríamos dormido el primer sueño cuando sentí el golpe de un canalete en el rio. Me levanté y conocí al blanco en su barqueta que se resbalaba como una paja en el agua. Desde la revuelta no más ganó la orilla, llegó á la playa y saltó á tierra.

—Y despues? preguntaron á un tiempo las otras dos.

—Despues se arrimó á un tronco como para poner algo, y luego vino á sentarse en la proa de la barqueta. Cuando Chepe y yo creimos que ya se iria, empezó á puntear un seis y á un rato cantó; pero si hubieras oido esas coplas, esas sí son coplas; yo aprendí unas pero se me olvidaron. Y saben qué me gustó más? Una cierta revuelta que hacia al bambuco que era para volver loco á quien oyera. Y á todas estas la luna estaba como un sol, el rio tan quieto que parecia no bullirse, y sólo algunas olas iban y venian á mover la barqueta como para arrullarla.

Las otras dos mujeres volvieron á mirarse para hacer una seña con la cual daban á entender lo interesante de la historia ó la habilidad de quien la contaba.

—A nosotros se nos espantó el sueño y no pudimos volver á dormir. A la madrugada grande se levantó Chepe, desató la canoa y se fué; al pasar por la playa de la casa blanca se le antojó saltar á tierra, vió un rastro de grande que iba hasta un tronco, y de ahí para allá vió otro rastro de un pié que seria coma esto (y señaló una cuarta).

—Ajá, dijo maliciosamente una de las otras dos mujeres.

—Al pié del tronco, continuó la de la relacion, encontró Chepe una carta que el viento habria hecho caer; me la trajo para que la viera y olia como unas flores.

—Y dónde está? preguntó una de ellas.

—La primera intencion de Chepe fué dársela á él mismo, pero yo por qué.....La frase terminó por una risa, risa forzada que vino á reemplazar el llanto del despecho.

Con la punta del pañuelo que tenia en los hombros se limpió los ojos, y continuó con una cara tan alegre que hizo creer á las compañeras que la emocion de la risa le habia hecho saltar las lágrimas.

—Bien, y qué más hubo? preguntó una de ellas con curiosidad.

—Yo no dejé á Chepe que se la diera á él sino al padre, y así lo hizo, y aunque le iba costando caro, hizo muy bien y se lo agradezco.

—Pero para qué hiciste eso, María? le preguntaron las otras.

—Sí? ; Es decir, respondió indignada, que.....

No concluyó la frase; y tan sólo movió la cabeza como para indicar la amenaza.

—Y vos conoces á esa niña de la casa blanca?

María no contestó.

—Yo sí la vi el otro domingo en el pueblo, dijo la otra mujer, y qué preciosa! Tiene los ojos grandes, alegres y vivos como los de un pescado entre el agua; cuando se rie, se le hacen hoyitos como remolinos, y es tan honestica como esa mata de flores moradas que hay en el llano, que apenas la toca uno y se encoge toda. La cintura es tan delgada como una paja y tiene cierto garbo en el modo de andar que se me figura una barqueta celosa cuando va por la mitad del rio.

—Y qué me dicen del pelo? preguntó la otra.

—Ah! ese es como una seda y le llega hasta la corva, volvió á decir la misma mujer, en tanto que María permanecía callada; pero lo que más me gusta son esas quiebras que tiene, como éstas, dijo señalando el agua cuyas olas venian unas tras otras á perderse en la arena.

María entretanto miraba sin intencion las olas que iban y venian con tanta inquietud como sus pensamientos: tumultuosas unas veces, lentas y dejativas otras; pero yendo á perderse todas á un mismo punto.

Pocas horas despues de esta conversacion, una jóven ponía nuevas flores en un gran vaso de porcelana. Una sonrisa producida por algun recuerdo agradable entreabrió sus labios, como se mueve una rosa al contacto de una brisa pasajera.

Su fisonomía delicada y el brillo de la tez demostraban apenas unos diez y seis años; el cuerpo bien formado y su talle flexible tenian cierto aire de majestad, principalmente cuando andaba; sus pestañas grandes y rizadas guardaban el fuego y brillantez de sus ojos, y siempre que se le hablaba parecia bañar con la mirada á la persona que tenia al frente, como para reconocerla, y despues dejaba caer la vista hasta el suelo con dulcísima amabilidad: la frente grande y despejada estaba ceñida por el

cabello, negro como el ébano, que rodaba suelto sobre la espalda como madejas de seda sobre un trozo de mármol. La dulzura de su genio la hacia estar siempre tranquila, de manera que su cara risueña acompañada de su dulce mirar, producía el placer que se siente al ver á una persona feliz.

Acababa la señorita de arreglar su ramo de narcisos, alelís y flores de granado, cuando una criada entró y dijo:

—Mi señorita Emilia, un caballero acaba de pasar el rio, subió y pregunta por mi señora.

—Y quién será? preguntó sorprendida.

—No sé, mi señora, no lo conozco.

—Dile que éntre, y vete á decir á mi mamita que la buscan; pero pronto!

Apénas tuvo Emilia lugar para arreglar las alfombras de los sofás, cuando el recién llegado entró. Cuando vió que era el padre de Adolfo, se sonrojó como si temiera hallarse sola con él, y muy turbada le dijo que se sentara, dejándose casi caer sobre una poltrona.

Despues del saludo, el recién llegado puso el sombrero sobre la mesa é iba á sentarse junto á Emilia cuando entró la madre.

La jóven aprovechando entónces esta oportunidad, cedió la poltrona á la señora y pidió permiso para retirarse.

Doña Beatriz, que así se llamaba la madre de Emilia, seria de unos cincuenta años; habia en su trato chistoso y agradable cierto aire andaluz que la hacia aparecer franca y á veces sencilla; era, en una palabra, el tipo de una matrona santafereña, pero sin los regaños de una vieja impertinente.

La conversacion rodó al principio sobre asuntos de poca importancia, conociendo cada uno que no era ese el objeto de que iban á tratar; y tanto uno como otro divagaban pensando más bien en lo que iban á decir que en aquello en que aparentemente se ocupaban; sin embargo, despues de muchos rodeos por fin se le oyó decir á don Gabriel:

—Creo que por nuestra parte no habrá inconveniente en eso.

—Nó, contestó la señora acomodándose en la poltrona, ni tampoco creo á mi hija indigna de llevar ese nombre, pero.....

—Entónces cuál es ese inconveniente que usted alega? ; estará de parte de mi hijo?

—Aunque no lo conozco sino de léjos, me basta que sea hijo de usted para creer que tiene todas las cualidades de un caballero.

—Mil gracias, dijo don Gabriel, haciendo una reverencia.

Hubo un momento de silencio; don Gabriel miraba atentamente á doña Beatriz en tanto que ésta con la vista fija en la alfombra parecia sumida en una profunda meditacion.

—Yo no veo, dijo él, para anudar la conversacion, que ni uno ni otro desmerezcan, porque bien conocidas son nuestras familias, nuestra posicion y aún nuestras.....fortunas, dijo despues de una pequeña pausa y haciendo hincapié en estas dos últimas palabras.

—Pero á pesar de eso, dijo la señora, quién sabe si usted tendria motivos para arrepentirse.

—Por qué, mi señora? ; Acaso no sé yo muy bien quiénes son los descendientes de los Vizcayas, para ignorar quién es usted? Y no conocí al señor Montijos, su marido, cuyo fin desastroso.....?

La señora suspiró y volvió á acomodarse en su poltrona sin querer contestar á lo que se le acababa de decir; pero don Gabriel, que era severo é impaciente, también sabia hacerse amable y sufrido hasta sacar alguna ventaja de lo que se proponia alcanzar. Necesitando una respuesta decisiva, dijo:

—Yo la molesto demasiado, mi señora; hemos gastado algun tiempo y nada hemos hecho, de manera que usted se servirá dispensarme por esta vez.

—No tenga usted cuidado por eso, respondió doña Beatriz con amabilidad; tiempo nos queda para arreglar este asunto y mientras tanto consultaré la voluntad principal.

—Cuál? La de la señorita?

—Sin duda, contestó la señora, satisfecha de haber encontrado motivo para retardar el asunto y aún para desbaratarlo enteramente.

—Pero parece que no hay necesidad de consultarlo, dijo don Gabriel con sonrisa de triunfo.

—Por qué no? Acaso por ser Adolfo hijo de usted convendría en hacer lo que usted cree? Se engaña, caballero.

—Quizá no sólo por eso, mi señora.

—Entonces por qué? Qué motivos tiene su hijo para creerse favorecido por Emilia?

—Y si yo le dijera que sí los tengo? contestó socarronamente don Gabriel.

—De ninguna manera, dijo doña Beatriz, casi levantándose de la silla; su hijo no puede lisonjearse de que Emilia lo haya mirado una vez siquiera.

—Su voluntad, mi señora, es la que ha de consultar, que la de la señorita está arreglada.

—Esa es una infamia, gritó la señora, y me atrevo á decirle, caballero, que miente!!

Don Gabriel procuró refrenarse y dijo:

—Siempre he procurado que mis hechos vayan arreglados de tal manera que nadie pueda decirme impunemente lo que usted quizá sin reflexion acaba de pronunciar. La mejor prueba que puedo dar á usted, siguió diciendo mientras que desdoblaba un papel, es ésta: reconozca la letra y oiga lo que dice esta carta.

Doña Beatriz palideció de cólera y calló mordiéndose los labios.

—Todavía dirá usted que miento?

—Voy á hacerle ver que sí, contestó la señora, ahora mismo dirá Emilia si ella ha sido capaz de tal cosa.

Y se paró para ir á llamarla.

—No hay necesidad de eso, dijo don Gabriel interponiéndose; esta carta no ha llegado á manos de mi hijo y este asunto puede arreglarse entre los dos sin necesidad de que vaya á avergonzar á la señorita.

—Pues bien, dijo la señora, como para salir de la posición en que se hallaba y como queriendo concluir; Emilia no se casará con su hijo porque la tengo prometida á otra persona.

—Bien, mi señora, dijo doblando la carta para meterla en el bolsillo. De manera que es esa su última resolución?

—Sí; puesto que usted me jura la guerra, la acepto; por la fuerza nada conseguirán. Gloriense usted y su hijo de sus triunfos que yo, aunque mujer, sabré oponerme á sus proyectos.

Don Gabriel, tomando el sombrero y apartándose un poco, dijo:

—Siempre que me he propuesto alguna cosa, la he llevado á cabo, cueste lo que costare: ese es mi plan. Adios, mi señora, dispense usted la molestia que le he proporcionado.

—Adios, caballero, contestó con toda la urbanidad posible, saliendo con él hasta la puerta.

Una mutua cortesía se repitió por último, y la señora quedó sola en su estancia. En un instante recorrió con la vista todos los puntos de la sala, como para cerciorarse de que estaba sola, y sin sentarse y en tono de queja dijo:

—Si éste supiera que yo lo que quiero es favorecerlo, que no quiero engañarlo y que mi oposicion es para su bien..... Pero yo pondré remedio.

Y despues de haber pensado un momento, volvió á decir:

—Sí, mañana mismo nos iremos para Bogotá, y así evitaré que Emilia..... Ah Emilia! cómo me compromete! Si ella supiera quién es; pero pobre, mi hija! mejor será no amargarle su existencia, mañana nos iremos y pronto habrá olvidado todo.

La noche de este mismo dia tocaba á su fin; el insecto silbaba ménos, y aún se oia á tal cual pájaro saludando la venida de la aurora. Al oriente se veia una faja encarnada que, desvaneciéndose se perdía en el azul medio desteñido por el tibio resplandor de la luna, que alumbraba como temerosa de que el sol la sorprendiese en su camino. Nubes agrupadas en el oriente, parecían velar la venida del dia para despues teñirse de púrpura y oro; leves vapores se levantaban de las llanuras, como si la aurora alzase un manto blanco para que abrieran las flores que habian de perfumar el ambiente; las quietas aguas del rio eran rizadas por las brisas que ya despertaban una flor y la dejaban meciendo, ó una ave que sacudia su plumaje y elevaba un canto; á lo léjos se oia el mugido del ganado y el relincho del caballo que, con la cola suelta al viento y la crin tendida, juntaba, á la carrera, su rebelde manada; en fin, la naturaleza parecia despertar del silencio en que un momento ántes habia estado sumergida.

Ligeras balsitas cargadas de víveres empezaron á surcar las aguas, y el canto de los bogas se perdía entre las selvas inmensas de aquel majestuoso rio.

Una gran barqueta con cuatro personas que venian de la casa blanca, atravesó en direccion á una pequeña casa que al frente dominaba el rio entre coposos cauchos y elevadas palmas.

En esta casita vivian María y su hermano Chepe; y allí estaban las bestias para el viaje de doña Beatriz y Emilia.

Antes de montar, Emilia fué al borde de la barranca para ver por última vez su casa, sus jardines, el rio y la playa en donde tantas veces habia contemplado el rastro de las pisadas de Adolfo. María, que no podia ocultar el gozo de ver partir á su rival, le preguntaba cuándo volveria, y entre tanto Emilia lloraba al pensar en que se veia obligada á irse sin haber podido avisar á Adolfo, que acaso vendria á la playa para saber que ya nunca se volverian á ver.

En este momento una barqueta pequeña, ligera como una flecha, bajaba conduciendo á un hombre solo, que cantando intentaba ganar la orilla de la casa blanca. Un grito que Emilia no pudo contener lo hizo callar, y sin procurar dar curso á la barqueta la abandonó á su propia

suerte para fijarse en los de la orilla opuesta. Un pañuelo blanco flotó en la mano de la joven á tiempo que el otro se quitaba el sombrero para responder al saludo.

—Adios! gritó Emilia.

—Adios! contestó el de la barqueta, que huía á su pesar con la ligereza de un pensamiento.

Tal es el destino, que nos deja contemplar un momento lo que amamos, para despues arrebatárnoslo quizá para siempre!.....

EPILOGO.

Pasaba una de las hermosas mañanas de verano en Bogotá; cielo limpio y trasparente, un sol queriendo asomar por detras de Monserrate, para lo cual arroja sus primeros rayos que, reflejados en el éter, esparcen una luz delicada por todas partes; ambiente frio, campos frescos y salpicados de gotas que se ocultan entre los cálices de las flores ó entre el follaje espeso, para que el sol no venga á disiparlas tan temprano; brisas cargadas de aromas y de ese algo inefable que circula por donde quiera en una mañana de Diciembre; pero de un Diciembre en Bogotá.

Muy poco hacia que el reloj de la Catedral habia tocado las seis y média.

A esta hora dos muchachas frescas como la mañana y alegres como una pascua, cosian en una gran sala cuyos muebles y adornos eran de un gusto exquisito.

Ambas estaban sentadas en pequeñas sillas de mimbres, al lado de una puerta que conducia á un gabinete rodeado de vidrios de colores. Un rico traje de gro estampado era lo que tenian entre manos, y al paso que cosian con ligereza y sin descansar un momento, conversaban y reian con la mayor franqueza del mundo.

—Alcánzame, dijo una de ellas, despues de haber buscado entre el regazo, á un lado y á otro, alcánzame las tijeras, que ya acabé de pegar este fleco de seda á una manga, y tú has gastado toda la mañana en pegar los broches.

—Porque esta seda está podrida y en poner hebra nueva se me ha ido el tiempo; y venido á ver, yo no sé para qué será tanto afan: ya no han de necesitar este traje.

—Sí, porque el casamiento fué anoche.

—Eso dijeron; pero temo que todavía no haya sucedido, porque despues de tanto esperar, cuando ya habian consentido, vino esa muchacha y lo echó á perder todo.

—No, pero ahora sí no hay remedio, porque despues de casados hay que sufrir, salga lo que saliere, y yo estoy segura de que anoche fué el casamiento.

Como ya se ha visto, don Gabriel; padre de Adolfo, supo los amores de Emilia con su hijo por una carta que le entregó Chepe, hermano de María, la que vivia frente á la casa blanca; se sabe tambien que luégo que Adolfo tuvo noticia de que le habian entregado la carta al padre quiso asesinar á Chepe, quien no hizo sino obedecer á María, que le instó para que la diese á don Gabriel. Veamos ahora por que hizo esto María. Esta muchacha que tenia toda la desenvoltura y gracia de una calentana; con su voz cadenciosa y dejativa, con su boca fresca, pelo rizado,

carnes apretadas y pecho alto, era pretendida al mismo tiempo que de Adolfo, por un muchacho arrendatario de la casa de don Gabriel. La desigualdad de condiciones de los dos pretendientes saltaba á la vista; sin embargo, el pobre muchacho que de véras queria la felicidad de María, determinó casarse con ella, conviniendo en hacerlo lo más oculto posible porque era seguro que Adolfo lo impediria de cualquier manera si llegaba á saberlo. Efectivamente, se señaló para un juéves el casamiento, pero desde la víspera se perdió el novio de María y nadie supo nunca cuál seria su fin. El dolor de la muchacha fué inmenso; pero el tiempo y las caricias de Adolfo lo calmaron. Qué pocos son los corazones que hayan sabido guardar un dolor! Quien debiera haber muerto á vista de una pérdida irreparable, mañana se consuela de esa misma pérdida á la vista de una felicidad cualquiera. Sin embargo, tarde ó temprano María tuvo que convencerse de que su amante preferia á Emilia, y cuando quiso arrepentirse, ya fué tarde: tarde, como llega todo arrepentimiento!

Volvamos ahora á nuestra relacion. A la misma hora y en la misma casa en que dejamos á las dos costureras, un hombre se paseaba en una sala adornada con un gusto admirable. Las puertas de los balcones recientemente abiertas, daban paso al traves de cristales y cortinas blancas con dibujos arabescos, á los primeros rayos del sol, que alumbraban la alfombra y despues reflejaban en el resto de la estancia. En todos los objetos y muebles que adornaban aquella habitacion parecia reinar cierta armonía que sorprendia á primera vista. En la alfombra, los sofás, las mesas y aún en el papel de las paredes habia cierta relacion de colores que hacian un conjunto no sé si risueño ó majestuoso. Láminas de asuntos históricos y de grabados finísimos adornaban las paredes, y sobre las mesas se veian varios objetos curiosos, como muestras de minerales, conchas marinas y varias clases de insectos preciosísimos. Cuando ese hombre se paseaba, enormes espejos tomaban su imágen para reproducirla en distintas posiciones hasta perderse. Un gorro turco bordado de oro, cuya borla de seda caia hasta el hombro acariciando unas veces la barba y otras posándose sobre la espalda, cubria aquella cabeza entre cana, centro de tantos proyectos ambiciosos; bata adamascada, forrada de seda, y ricas chinelas á medio calzar completaban su vestido.

Despues de haber paseado un poco de extremo á extremo de la sala, se llegó á un cordon de seda y tiró de él haciendo sonar, á lo léjos una campanilla.

Despues se sentó, á esperar, en una poltrona de resortes.

Un criado apareció en el momento, pero el amo estaba tan distraido que no notó la llegada del sirviente que, acercándose, preguntó:

—Señor?

—Ah! contestó conociendo su distracción, llámame á mi hijo.

A poco entró un joven de alta estatura, frente grande, piel blanca, aunque tostada por el sol; ojos y pelo negros y barba fina y lustrosa, que daba á la fisonomía la expresion varonil que se notaba en todo su cuerpo y acciones.

—Me parece, dijo el padre, que nada tienes que esperar ya..... Todo está concluido. Hoy mismo escribiré á mi hermano para que te espere en Lóndres á más tardar dentro de dos meses; de manera que puedes irte preparando para el viaje. Entiendes?

—Sí, señor, contestó el joven sin poder ocultar la amargura que de-

jaba conocer á su pesar, pues unas veces se mordía el labio superior y otras llevaba la mano á la frente como para refrescarla.

—Es necesario, continuó el padre, que conozcas mejor el mundo, que veas que no es como la imaginacion acalorada de un jóven se lo figura. Los bienes de fortuna no dan por sí mismos ni saber ni felicidad.... Tú tienes mucho de qué arrepentirte: la accion cometida con esa pobre muchacha María la estás pagando bien cara ahora, pues ella ha sido quien ha hecho arrepentir á doña Beatriz, contándole lo que hiciste con ella y su hermano, á quien quisiste matar porque me entregó la carta.

Hubo un instante de silencio. Adolfo miraba distraido la péndula de un reloj, que moviéndose con acompasada lentitud, dejaba á cada golpe un momento perdido en la eternidad. ¡Cuánto lleva en pos de sí un instante de esos! Una ilusion ménos, un desengaño más, un paso hácia la tumba, un momento perdido para siempre!

—Ya sabes, pues, cuál es mi voluntad, dijo don Gabriel como volviendo de una meditacion.

—Es decir que ya no debo esperar?

—No; tú bien ves que hice cuanto estuvo de mi parte, hasta conseguir que Emilia saliera de la casa para depositarla mientras que se hacia el casamiento á pesar de la madre. Anoche hubiera sido, pero doña Beatriz viendo que no habia remedio ya, me hizo ver que hay una gran distancia entre ella y tú. Si al ménos Emilia fuera hija de doña Beatriz.....

—¡Y no es su hija! gritó Adolfo acercándose al padre lleno de admiracion.

—No.

—Entónces de quién?

—No sé, contestó el padre sin alzar á mirar á Adolfo que cada vez se le acercaba más.

—Y quién lo sabe?

—Nadie quizá.

—Qué horrible misterio! gritó Adolfo cubriéndose la cara con las manos y dejándose caer en un sofá.

—Ahora conocerás, dijo don Gabriel acercándose á su hijo, la causa de la oposicion de doña Beatriz. Hoy su fortuna y la de Emilia están en mis manos, pudiera arruinarlas, y si ella hubiera tratado de engañarme, una palabra mia hubiera bastado para que su riqueza pasara á otras manos. Pero no, pobre de Emilia!

—Pobre Emilia! repitió Adolfo como sin saber lo que decia.

—Mira, continuó el padre: de esta clase de misterios está llena la sociedad; de los resortes ocultos que mueven la gran masa aristocrática, la mayor parte están viciados, y sin embargo, esa clase de gente es la que alega quizá más títulos de nobleza. Pero, dia llegará en que el pueblo despierte y entónces no llamarán noble sino al de buenas acciones. Tú bien ves la posicion que ocupa hoy Emilia, y sin embargo.....

La imaginacion de Adolfo entre tanto era víctima de multitud de pensamientos contrarios. El orgullo reemplazando al amor, hizo que sofocara esa pasion que un momento ántes hubiera arrostrado todos los obstáculos posibles. Una nube acaba de ponerse delante del sol; el espejo que copiaba siempre una misma imagen, acaba de empañarse con un aliento.

—Ya no es posible, dijo maquinalmente.

—Sí, de ninguna manera, contestó don Gabriel, pues aunque doña Beatriz me dió á entender que tal secreto nadie lo sabe, quiero decir que nunca habria quien atestiguara que Emilia no es su hija, sin embargo, creo que no querrias ya consentir en.....

Adolfo suspiró y trató de dar un paseo por la sala.

—Es mejor, continuó don Gabriel, que olvides eso enteramente, y aunque yo convengo en que te será muy difícil, sin embargo la ausencia al fin acabará por no dejar ni un vestigio, y ella entre tanto tratará de vencer esa repugnancia que tiene de adoptar el marido que su madre le ofrece. Pueda ser que casándose con ese jóven sea más feliz.

El jóven palideció á la idea de una felicidad perdida; sin poder ocultar los celos que le asaltaban y olvidando el obstáculo que un momento ántes servia de muro entre él y Emilia, exclamó como fuera de sí:

—Padre mio, yo no podré vivir sin ella!

Cómo se engañan los que creen que una pasion se sofoca con la sola consideracion de una diferencia de raza ó de posicion social! El verdadero amor, el que no está basado en el orgullo y en el interes, no mira sino el objeto adorado, porque los lazos de la naturaleza son iguales para todos, y cuando Dios creó á Eva la sacó de una costilla de Adán y un mismo soplo divino engendró las almas de esos dos troncos de la humanidad.

Don Gabriel que no habia visto en este asunto desde el principio, sino el medio de aumentar su riqueza con la de doña Beatriz; sin querer descubrir enteramente su intencion, contestó:

—Jamás he deseado otra cosa para tí que la felicidad, y por lo mismo quisiera que no obraras con precipitacion; un arrepentimiento seria un infierno para toda tu vida.

—Y si es cierto que ese secreto nadie lo sabe; no se podria hacer de manera que.....

Un criado entró en este momento con una carta, diciendo que venia de parte de doña Beatriz.

Adolfo se fijó tanto en la carta, que parecia querer leerla al traves de la cubierta.

Don Gabriel leyó para sí, mientras que su hijo seguia el movimiento de sus ojos con tanta tenacidad como si fueran marcando los renglones en las pupilas de quien devoraba más bien que leia esa carta que decia así:

“Ayer me vi precisada á confiarle un secreto que nunca hubiera salido de mí, si no hubiera sido porque el guardarlo habria traído, tarde ó temprano, un desenlace fatal. Hoy, puesto que usted me ha dado la razon, quiero aclararle ese misterio que puede hacerme aparecer de distintos modos ante usted. Cuando yo me casé, no tenia más riqueza que mi juventud; pero mi marido llevó la que hoy poseo y que debí haber perdido al no haber hecho lo que voy á referir. Un año despues de nuestro matrimonio amaneció mi marido, como usted sabe, asesinado en las calles de esta ciudad. Al segundo dia de este fatal suceso di á luz una niña, pero por desgracia mia nació muerta. Esta circunstancia hacia que yo quedase en la miseria, puesto que no podia heredar por mi hija. Entónces imaginamos con una hermana mia un plan, y fué el siguiente. Esa hermana estaba á la sazón de mayordoma en el Hospicio, y ella sabia que la noche anterior habia sido arrojada á la cuna de expósitos una niña recién nacida; ocultamos la criatura muerta, y traída la del Hospicio sirvió para

hacerla pasar por hija mia; y esa muchacha de quien sólo mi hermana supo de quién es hija, es Emilia. Inútil sería que quisiéramos averiguar el origen de esa niña, pues mi hermana murió hace doce años llevándose ese secreto que nunca me quiso confiar.

—Hoy, pues, mi fortuna está en sus manos, puesto que los herederos de mi marido viven todavía, y si es cierto que usted aprecia á Emilia, tal secreto no debe salir nunca de entre los dos, pues de otra manera quedaríamos en la miseria. Creo inútil advertirle que esta carta no debe verla sino usted por la importancia que ella encierra.”

Luégo que la hubo acabado de leer, la cerró con calma, la guardó en el bolsillo de la bata y dijo con indiferencia:

—Sin necesidad de que me lo advirtiera sabia yo que debemos guardar ese secreto. Creo que nunca descubrirías el origen de Emilia á nadie, no es así?

—No, de ninguna manera, contestó Adolfo, conociendo la distracción que su padre no podía ocultar: algo más contiene esa carta, pensó para sí: doña Beatriz piensa casar á Emilia á todo trance, y vive Dios! que yo no la perderé. No, nunca!

—Si ese secreto nadie más lo ha de saber, dijo á su padre, estoy resuelto á casarme con Emilia.

—No hay que obrar con tanta precipitación; mira que esto es delicado. Mejor es que lo pienses algo más y que me avises; entre tanto voy á ver á doña Beatriz á ver si ella convendría en.....

Adolfo salió para su pieza y un momento despues don Gabriel salia para la calle.

El jóven, luégo que estuvo solo, pensó: algo más contiene esa carta.... él la guardó en el bolsillo de la bata.... si yo pudiera verla.....

Un momento despues entraba á la pieza del padre, fué al ropero y sacó un papel.

La puerta sonó en este momento y una persona entró entónces. Adolfo se ocultó tras el mismo ropero y esperó.

El criado entró diciendo: en cuál bolsillo seria que dejó esa carta?

Adolfo pensó entónces: aún tengo tiempo de leerla, y sacando un papel, el primero que encontró en el bolsillo, lo puso en el mismo lugar de donde habia sacado la carta y se volvió á ocultar. Cuando el muchacho hubo salido á buscar á don Gabriel para entregarle el papel que halló, Adolfo se puso á leer la carta. Puede decirse que no leia sino adivinaba el sentido, pasando por encima de las palabras que no comprendia. La emocion era tan violenta que hubo instantes en que no veia nada, el tiempo era corto y el muchacho, ó don Gabriel mismo, debia volver á buscar la carta.

La campana de la puerta de la calle sonó y aún no habia leído la mitad; era evidente que volverian y él no habria acabado. Qué horribles instantes!

Los pasos de una persona que subia la escalera corriendo y que despues abrió la puerta, le anunciaron que ya no habia tiempo para acabar; pero en este instante pudo leer el primer acápite y sin tratar de concluir ya, la puso en el bolsillo de la bata y volvió á esconderse.

—Qué tendria yo cuando no la vi? dijo el criado, despues de haber hallado la verdadera carta.

Cuando estuvo solo Adolfo, se arrojó sobre una cama y ocultando

la cara entre las manos permaneció así algunos instantes. Despues parándose precipitadamente, se fué á sentar en una silla al lado de la mesa. Con la mano apoyando la frente y los dedos metidos entre el pelo, pareció reflexionar un instante y despues escribió:

“Emilia: entre los dos hay una distancia enorme, y ya nunca, nunca, seremos el uno para el otro. Procura olvidarlo todo, que no te quede ni la idea de lo que yo fui para ti. Yo haré lo mismo contigo, sin que puedas culparme nunca de ingrato, pues tú no naciste para ser mia. Y ya que la suerte te destinó á no ser mia, olvídame, trata de no pensar en quien te llevará siempre en la memoria. Si me hubieras dicho desde que te conocí que habias sido recogida de un hospicio, habria fijado mi amor en algo digno de mí. Sin embargo, soy un injusto en acusarte; tú no tienes la culpa de haber nacido así. Perdóname si te he injuriado, ángel mio! No sé lo que te escribo, estoy fuera de mí, y sólo sé que no te podré olvidar, que te amo ahora más que nunca, y fuera tuyo si no me asaltara una consideracion horrible. ¿No estarán tus padres pidiendo un pan á las puertas de tu casa sin que ellos sepan que tú eres su hija? Ó acaso conociéndote te mirarán de léjos contentándose con que tú seas feliz, ya que ellos son tan miserables y desgraciados, que al decirte “mi hija” te llenarian de oprobio ante la sociedad. ¿No podria yo venir á ser el esposo de la hija de un criminal?

“Adios! sí, adios! olvídame, Emilia mia, que yo nunca te podré odiar.”

Adolfo no pensó en que Emilia ignoraba quién era, y que esta carta produciria un efecto terrible; sin embargo, sin querer volver á leer la cerró y tomando otro pliego de papel escribió á doña Beatriz:

“Puede usted disponer de Emilia hoy mismo; yo nunca seré su esposo.”

Despues que las cerró, llamó al criado.

—Mira, le dijo cuando entró; lleva estas dos cartas: esta donde Emilia, y la otra donde doña Beatriz.

—Sí, señor, contestó el criado, tratando de entenderle.

—Pero no..... volvió á decir Adolfo; lleva primero la de doña Beatriz..... y si no, dijo reflexionando, dame esta, llévate la otra pronto y despues vendrás á llevar la de Emilia. Pero ántes dí que me ensillen un caballo, y si mi padre pregunta por mí, dile que me fuí á la quinta ó á cualquier otra parte; no sé á dónde iré.

El criado salió.

Cuando estuvo solo leyó la carta, le pareció floja, la rompió y trató de escribir otra; pero acordándose de que Emilia no sabia nada relativo á su nacimiento, botó la pluma y lloró. El alma se habia rendido á la lucha del amor y el desden, de la ternura y el orgullo, de la esperanza y el arrepentimiento. La vida entera del hombre no bastaria para resistir un instante de éstos si se hubiera de prolongar, porque la naturaleza no resistiria una lucha tan desigual; por eso, despues de un esfuerzo violento se llora, y esas lágrimas son entónces una especie de queja hecha á nosotros mismos, queja que nos complacemos en oir porque al ménos nos queda el recurso de culpar á nuestra desgracia ó mala suerte.

Pocos momentos despues montó para irse sin saber á dónde y sin imaginarse que la carta caeria en manos de su padre.

Por la noche la escena habia variado enteramente. Al entrar á los primeros corredores se notaba el alboroto y la alegría de una gran fiesta,

y no se hubiera notado la ausencia de la luz del día, si no hubiera sido porque al alzar los ojos se veía el cielo azul tachonado de diamantes. Efectivamente: los corredores y jardines estaban poblados de luces por todas partes y del centro del patio, donde había algunas estatuas de mármol se veían sobre columnas grandes tazas de flores con bombas que despedían del centro una luz copiosísima, formaban un conjunto de luz, de flores y de aromas. En las piezas altas había abundantes frescos y mesas preparadas para una cena abundante que debía suceder más tarde.

La sala principal, donde se hallaba la entonces culta y elegante aristocracia bogotana, parecía presidida por los genios de la armonía, del gusto y de la belleza. Aquello no era sino un conjunto de riqueza, de luz, de perfume y de ese algo que da la mujer, que no se puede comparar con lo halagador de la riqueza, con lo bello de la luz, ni con lo agradable de los perfumes; porque eso que se siente donde hay mujeres hermosas, es algo divino que no tiene nada de lo que sirve para halagar los sentidos.

Grandes lámparas é innumerables bujías arrojaban luz copiosísima al través de bombas de color de rosa que convertían aquella sala en una aurora perpétua; las cortinas de finísimo olán estaban regazadas con coronas de rosas, y sobre las mesas de palisandro había grandes espejos que, centuplicando los objetos, reflejaban mutuamente las imágenes como pienso que dos corazones amantes se reflejarán mutuamente las sensaciones de cariño. Grandes vasos de porcelana de Sévres y de formas etruscas conteniendo mil flores, hacían juego sobre las mesas con las urnas de cristal, en las cuales había preciosos grupos de alabastro, de un trabajo admirable. En fin, sobre la mesa del centro había una gran fuente de mármol en la que parecían haber reunido todas las flores posibles para que ninguna faltase allí. Y la música, esa poesía del corazón expresada por sonidos, llenaba el corazón con su dulzura y el espacio con su armonía.

Los grupos de convidados empezaron á animarse y reuniéndose en el centro formaron un círculo donde había cinco personas, de las cuales la que más llamaba la atención era Emilia. Tanta dulzura, tanta modestia, tanto candor y tanta amabilidad, raras veces se encuentran en una mujer. Sus largos párpados inclinados hacia el suelo para no mirar á nadie, sus dos cejas como dos pinceladas de un pintor que prueba sobre un papel la bondad de uno de sus pinceles, resaltaban tanto sobre el fondo blanco de su cara, que más parecía una estatua de mármol que una verdadera mujer. Un traje blanco comprimía sus delicados contornos, dejando adivinar la voluptuosidad del pecho y de la espalda, para caer después en anchos pliegues desde la cintura hasta el suelo. Un ramo blanco colocado en el pecho repetía los movimientos del corazón con tanta exactitud que hubieran podido contarse, y sobre la frente, al terminar el pelo, tenía una corona de azahares tan blancos que parecían confundirse con la frente de la joven. El otro personaje era Adolfo en cuya cara se notaban la vacilación y el júbilo de una esperanza que ya tocaba con sus propias manos: los otros dos de los lados eran los padrinos, y el del frente era un sacerdote.

Hubo un instante en que reinó un silencio profundo, las miradas se concentraron y solo el sacerdote empezaba á hablar.

Un ruido se sintió en la puerta en este momento: era que una persona trataba de romper á toda costa por entre la multitud apiñada allí.

Por fin pudo abrirse campo, y cuando apenas alcanzó á ver lo que buscaba, dijo alargando un brazo:

—Tome usted, señor, que esto importa.

—Es María!! pensaron á un tiempo Adolfo, Emilia y don Gabriel.

El sacerdote sin saber por qué, interrumpió la lectura y entre tanto don Gabriel pasaba la vista por el papel que le había acabado de entregar María.

Todos fijaron la atención allí, y cuando aún no acertaban á darse cuenta de lo que pasaba, don Gabriel gritó, botando el papel y llevándose las manos á la cabeza:

—Emilia es mi hija!!!

—Emilia hermana mía!! gritó Adolfo echándole los brazos.

—Mi hermano! murmuró ella un momento ántes de arrojar un torrente de lágrimas.

Lo que ellos sintieron en este instante, lo que pasó por la imaginación de cada cual, no es á mi pluma á la que se debe exigir que lo diga: ella lo comprende pero es demasiado tosca para intentarlo.

Cuando todos volvieron en sí y trataron de ver á María, ya había desaparecido.

Entonces alzaron el papel y vieron que decía: "Don Gabriel: acuérdesse usted de que el 15 de Mayo de 1799 nació una niña de la señora Mercedes L. Y esa niña que no puede negar que era su hija, es Emilia, á quien por orden de usted se botó al Hospicio para salvar el honor de la madre y el suyo."

REGAÑOS AL CORAZON.

Este pedazo de carne que tenemos dentro del pecho es de lo más variable, á consecuencia sin duda de que necesita de impresiones, sean verdaderas ó falsas, como dice Dumas. El mío es el más inquieto, voluble é inconstante, y me ha hecho pasar algunas que.....

En la semana pasada, por ejemplo, fuí á una tertulia y estuve al principio entre indiferente y amable con todas; me hallaba por entonces poseído de ese orgullo que nos hace creer que estamos encantadores y que, si no todas, por lo ménos tres ó cuatro están que se dan tres caídas y un tropezon porque las miremos una vez siquiera: en una palabra, estaba desgajando flores. Paseaba la mirada en contorno mío con la indiferencia de un sultán, y me gloriaba de poseer todos aquellos corazónitos que con la menor indicación, con una sonrisa se me habrían rendido; yo era un músico que al pulsar cualquiera tecla habría producido un sonido.

Por fin se me antojó salir de ese estado y me enamoré; nada más fácil, y para colmo se le puso á Matilde estar esa noche encantadora: tenía traje blanco y tan sencillito, que me pareció leve, aéreo, vaporoso; su cintura, dócil al menor soplo, como una columnita de humo, pudiéramos haber encerrado entre una pulsera sin el menor esfuerzo. Ningun adorno tenía el traje en el pecho; y además, estaba tan rolliza, tan blanca, tan tersa, con mejillas tan rosaditas, con ojos tan lindos, tan seductores y con boca, uy! con boca.....tan carmínea, tan dulcemente engañadora,

que hubiera seducido á un santo. Pero aún no he acabado, que la sencillez es digna de que se admire: sobre la frente y al empezar el pelo color de azabache, tenía una corona de azahares (qué mal nombre tiene esa flor!) que, dejando caer sus botones sobre la frente alabastrina, parecían apostar cuál de los dos sería el más blanco. Y si la hubierais visto de pie, qué cuerpecito aquél! ideado no sería mejor. Se movía sobre los pies con una titilación que no es más bella en la flor con que se chace una brisa. Ah! Matilde linda!

Salimos á bailar, y para colmo de felicidades tocaron un *strauss*. Nos estrechamos cuanto nos fué posible, y salimos, no diré caminando, bailando, ni corriendo; íbamos volando. Bailar así es perder la idea de este mundo terrenal y volar como los ángeles por espacios que tengan por atmósfera la ilusión. Pedacitos de cielo que nos sumergen en un infierno son esos vales. Média noche pasamos juntos; lo que nos dijimos queda para quien lo suponga; ya pueden imaginárselo.

Cuando nos separáramos, me dijo al oído, estrechándome la mano contra su pecho:

—Tuya siempre.

—No me olvides, le contesté.

En eso quedamos y me fuí á acostar.

Cuando estaba entre mi cama, ¡qué nube de ilusiones tan preciosas la que pasaba por mi imaginación! Volteaban al capricho mostrando tan distintas fases y de tan diversos colores como si fueran un iris: más no sueña el musulmán narcotizado por el opio. Matilde con su dulzura, sus modales, sus ojos, su amabilidad, su boca y su.....toda era mía; ella misma me lo había prometido.

Y ¡creeréis que el corazón, conociéndolo ya como lo conozco, me hizo dormir creyendo en todo esto de buena fe?

Al día siguiente, que era un lunes, aunque ya no me sentía tan inclinado como en la noche anterior, me fuí á visitar á mi Matilde, á quien encontré tan distinta que llegué á dudar de si sería la misma. La mayor parte de sus encantos se habían quedado entre las sábanas y prendidos á la almohada.

Como tengo la mala costumbre de no decir sino lo que siento, es decir, lo que el corazón me aconseja que diga, estuve en la visita displicente, mal humorado y lacónico; la pobre de Matilde quería ser la misma, pero el pícaro de mi corazón se había propuesto hacerme quedar mal y así lo consiguió; no dejó salir de los labios ni una palabra de cumplimiento. Al fin ella hizo lo que debía: se puso desdeñosa y brava, y yo salí de allí con las orejas hirviendo.

Me fuí para casa, y me encerré para poder desahogar mi cólera.

—Gran pedazo de carne! ¡Es ese el modo de portarse con una señorita? Después de que me comprometes me haces quedar como un malandrín. Qué necesidad tengo yo de estos calores si no fuera por ti?

—Y bien, ¿quién tiene la culpa de que ellas no sean siempre las mismas? contestó.

—Luego no la echas de tan previsivo? Por qué, pues, anoche no me dejaste quieto é indiferente como estaba al principio? En vez de hacerme creer que era un ángel, por qué no me dejaste quieto? Y conociendo que era ella como tú dices, por qué anoche al sentir la palpitación del otro, tú hacías como que querías reventar de emoción?

—Eso era para llamar á mi compañero y sentirlo más de cerca; y sabes lo que he sacado en consecuencia? Corazón que late presto, ha latido muchas veces; se acostumbra á hacer que siente y lo llega á creer. De qué me sirve la experiencia?

—Pero entonces no me metas en esas alturas.

—Yo vuelvo á sacarte; ya viste hoy.

—Bueno, pero haciéndome quedar como un felón.

—No seas tan creído; eso que hicimos hoy se llama despedirse ántes de que digan adios. Acuérdate de Dolores: cuando más rendido estabas giró sobre el talón dando la média vuelta y, adios! Ahora divirtámonos con ellas un poquito, así se pasa la vida mejor.

Es vicio, dije meneando la cabeza, este corazón que me tocó se ha vuelto, ó me lo han vuelto muy pícaro, ya no sé qué hacer con él. Con que así, mis lindas lectorcitas, no hay que descuidarse, porque cuando ménos piensen las engaña, y yo no tengo la culpa.

MOVILIDAD.

ESTUDIOS SOCIALES.

Anoche me puse á pensar en lo que estoy debiendo, y como medio único de calmar mi pena se me ocurrió desvelarme.

Un desvelo es lo más á propósito para calentar la cabeza.

Como me inquietaba tanto la suerte de mis acreedores me resolví á pensar en otra cosa.

No hay como no pensar en la desgracia para ser uno feliz.

La felicidad es de quien quiere poseerla.

Y la prueba es que hay situaciones en que la desgracia misma es una felicidad.

Qué amante no dice que goza con su tormento?

En tal estado pensé en esta ciudad de los alcázares en vez de pensar en mis acreedores, y alzándome en mi propia imaginación como en un globo, la abarqué de una mirada.

Me asusté entonces al ver cómo se había rodado, y temblé al pensar á dónde irá á dar con el tiempo.

Esta ciudad fué hecha en la cúspide de los cerros y luego, por las muchas lluvias, empezó á resbalar hasta que ha venido á quedar en esta ladera en que se halla hoy.

Todavía las últimas casas quedan en los cerros de Egipto y Aguanueva.

Las iglesias de La Peña y Monserrate fueron las únicas que resistieron á tal cataclismo.

Las ruinas de Guadalupe atestiguan dónde había un templo que no resistió el movimiento, pero cuyos cimientos hicieron firme.

Desde entonces están los cerros tan limpios, pues como la tierra se vino con las casas, no quedaron sino las piedras que hoy se ven.

Una vez se conmovió mucho la tierra, las torres cayeron, los edificios se falsearon, las médias naranjas se desfondaron y muchas casas vinieron por tierra.

Era que se estaba rodando la ciudad de los cerros abajo.

Esto fué lo que sucedió el año de 1828; pero los mozos están creyendo que hubo temblores.

No perdemos la esperanza de que otro resbalon nos lleve al fondo de la sabana.

Hé aquí, pues, el origen de nuestro carácter. Quien está de viaje no lleva sino lo puramente necesario.

Es por esto por lo que se dice que la civilizacion marcha aquí á la vanguardia.

Debe de ser por eso por lo que muy pocos la alcanzamos.

Como los antiguos no se figuraron que la ciudad habia de volverse viajera, se pusieron á fabricar esos edificios que ni con los resbalones se han dado por notificados.

Hoy lo que se fabrica se hace de modo que se pueda mover con facilidad.

Por eso las casas parecen de carton.

Y como nosotros somos tan impresionables, vivimos bajo la idea de este viaje eterno y de ahí nuestro modo de ser.

Nuestras instituciones son como guías de forasteros: cada año hay que variarlas.

No es extraño, pues, que los hombres piensen hoy muy al contrario de lo que pensaban ayer.

Y como todos los dias se piensa de distinto modo, ningun hombre es favorecido por la opinion más de un dia.

Las notabilidades son como postes de un camino.

Sirven para decirnos cuántas leguas hemos dejado atras.

Esta es, pues, indudablemente, la ciudad del siglo.

Es la que va con la locomotora en todo sentido.

Pero como fuerzas iguales se excluyen, por eso aquí no hay ferrocarriles.

El telégrafo se entró á hurtadillas; quizá por esto será por lo que todos los dias tratan de destruirlo.

Si se hubiesen de examinar bien las cosas se veria que no hay caracteres para viandantes tan exactos como los nuestros.

Nosotros somos los únicos que nos hemos penetrado de la idea de que esta vida es una peregrinacion.

De aquí el que nadie quiera aprender mas de lo necesario para el viaje.

En Bogotá se sabe de todo, pero dudo mucho de que alguien sepa algo á fondo.

Ni aún las revoluciones las sabemos hacer todavía.

No pretendo averiguar las relaciones que hay entre los diversos seres que nos rodean, pero lo cierto es que hay un misterio que no sé cómo se explique.

La naturaleza se resiente de nuestro modo de ser!

Hemos llegado á sujetarla á nuestra volubilidad.

¿No hemos visto al cielo llorar en pleno Diciembre como un empleado cesante?

¿Y quién no ha visto á Mayo con cara de pascua para darle caroca al invierno?

El labrador, pues, la lleva perdida.

¿Tiene la Italia un cielo tan lindo como el nuestro en un día de diciembre?

¿Y creará Londres que el mal humor de su cielo le aventaja al del nuestro cuando le da por tener *spleen*?

Y maldito carácter el nuestro: las mujeres son distintas de las de todo el mundo.

Como en todas partes son inconstantes, aquí tambien lo son cuando les da la gana.

Considerada en conjunto, la mujer es aquí el sér más inconstante que haya dado la naturaleza.

Quien quiera conocer el tipo perfecto de todas las bellezas del mundo, que venga á Bogotá.

La brillante coquetería de la francesa, el estudiado atractivo de la dama romana, el mentado salero de la andaluza, la grave hermosura de la inglesa, la artística perfeccion de la judía, todo, todo se encuentra aquí reunido,

Y es porque aquí está el palacio donde se hace la exhibicion de la belleza.

Cada año mandan las grandes ciudades y los pueblos su contingente para esta exposicion eterna.

Pero hay un tipo que andan buscando en todas partes para engalanarse y no lo han encontrado porque ese está aquí.

Ese tipo es el de la mujer bogotana.

Tengo seguridad de que en el cielo cuando quieren elogiar los ángeles á alguna vírgen, dicen de manera que ella los oiga: "parece una mujer bogotana."

Inconstantes: ninguna se contenta con lo que tiene y todo lo toman prestado.

Se mueven sobre su tallé con el dengoso vaiven de la hoja de la palma.

Caminan con la majestad que imaginamos en las reinas los que no las hemos visto.

Y se inclinan con la docilidad de la espiga cuando la adula el viento.

En ninguna parte viven más atormentadas las flores que aquí porque sus rivales las tienen entre un zapato.

Ni aún siquiera les dejan sus perfumes.

Bogotá, pues, está perdida en tanto que no siente el pié.

Mientras que tengamos la idea de que mañana podemos volver á resbalarnos no perderemos nuestro carácter de viajeros.

Y con nada podremos contar fijamente; ni aún con la inconstancia de la mujer.

Pero si esto no tiene remedio tendremos que conformarnos:

Con la volubilidad de nuestros hombres;

Con la belleza de nuestras mujeres;

Y hasta con los resbalones de mi pluma que hoy ha tenido el humor de hastiar á los lectores con este artículo, fruto de un desvelo producido por mis acreedores.

CUADROS MIMOPLASTICOS.

Mucho tiempo hacia que no venia yo á la bendita ciudad de Bogotá, y mucho más que no contaba cuanto llegaba á mi conocimiento, no porque hubiera perdido la afición, pues esa nunca muere, sino por falta de quien quisiera publicar mis *figurerías*. Llegué, pues, y no bien me habia desmontado cuando estuve en la calle, recorriendo ansioso la ciudad, despues de tres años de ausencia. Lo primero que hice fué ir á la plaza. Todo lo mismo: un poco de más soledad, de abandono ó de tristeza; qué sé yo. Me pareció la ciudad, si habia de juzgarla por la plaza, una niña abandonada en pais extraño. Allí volví á ver capas magnas de aquellas que dan hasta los calcañares; una que otra beata, algunos pepitos, muchos soldados y un clérigo: fraile-sí no vi ninguno, para qué mentir?

Pensaba distraido en que nada tiene de extraño que Bogotá venga á ser una Tunja grande, como la llaman ya, cuando oí una campana en las torres de la Catedral que me llamó la atención por serme desconocida; alcé á mirar y vi una gran muestra dorada que señalaba las cuatro.

—Eso encuentra usted de nuevo, me dijo un antiguo amigo que se me habia juntado y que estaba dándome los plácemes por mi llegada.

—Sí señor, le contesté, reforma que celebro mucho.

—Ese reloj lo puso la Municipalidad cuando los canónigos nos dejaron en pleno viérnes santo; ni las campanas del reloj dejaron volver á sonar. Y lo que ha de ver es que para que la Municipalidad consiguiera poner ese reloj ahí, fué necesario pleito y muy reñido.

—Vamos á otra cosa. ¿Para dónde piensa irse ahora?

—No sé. Pienso echarme á andar por todas partes para verlo i juzgarlo todo, porque la verdad sea dicha, vengo con comezon de no dejar donde no me meta.

—Pues entónces, si quiere ver una cosa curiosa, lo convido á ver cuadros mimoplásticos esta noche.

—En dónde?

—Por las Niéves.

—Que me place. Lo de ese barrio es tan curioso que le ofrezco no perderme. Pero en qué calle y qué casa son?

—La casa no le importa, la calle sí se la diré..... pero me ocurre una cosa: méjor será que nos demos cita, y yo lo llevaré, porque usted ni tiene boleta de entrada ni sabe ya las calles, pues hace tiempos que no viene á la ciudad.

—Tiene razon. Dónde nos encontraremos?

—En el Puente de San Francisco, á las siete en punto.

—Corriente. Hasta la noche, dije á mi compañero, y empecé á rodar calles. Iba entretenido pensando en mis tiempos pasados, cuando me llamó la atención una tienda nueva á la cual me entré. Al sonar mis pisadas salió una muchacha como de unos diez y siete años, quien me interrogó con la mirada qué necesitaba.

Me acuerdo que ya casi anocheia, y no sé si fuera por la escasez de luz ó por ir yo muy preocupado, me llamó la atención esa muchacha. Era un contraste admirable, pero contraste de belleza y abandono, de dulzura y miseria, de tristeza y descuido. Su tipo no era americano: el óvalo de su cara, engastado en una cabellera abandonada pero que á pesar

de eso caia en bucles, se asemejaba al de las mujeres de Oriente. Sus ojos eran grandes y negros, pero con una expresion tal que partia el alma, porque al traves de su mirada se filtraba el dolor que no habia podido aniquilar esa figura encantadora. Ojeras azulosas con la huella reciente del llanto, daban un realce misterioso á la mirada que la hacia más triste, más apacible, más melancólica. De su boca con formas pronunciadas y dimensiones pequeñas, hacia mucho tiempo que no se desprendia una sonrisa; el dolor habia impreso su expresion de amargura sobre aquellos labios capaces de causar envidia á la más afamada cortesana. Y hasta su barba era encantadora porque tenia un hoyuelo capaz de hacer prevaricar á un santo.

Supongo que el lector se habrá anticipado á imaginarse un talle esbelto. No señor; nada de eso. El ropaje sencillo caia y se ajustaba en unas partes, se abandonaba en otras, sin el menor estudio, con el más lamentable descuido, marcando sus formas como al traves de una bata que estuviera sirviendo en el baño. En una palabra: era un conjunto de inocencia y voluptuosidad, de perfeccion y descuido, de dulzura y tristeza lo que yo contemplaba admirado, sin saber por qué esa mujer que habia nacido para ser feliz revelaba tanta desgracia. ¿Acaso la miseria, la perfidia, la tiranía ó la maledicencia marchitaban aquella flor preciosísima? No lo adivinaba.

Salí de ahí, y como si la suerte me preparase otro contraste en qué fijar mi atención, me encontré con una de aquellas mujeres que fueron y que al presente son la imagen del último destello de la tarde. Es cierto que al caer el día queda siempre un crepúsculo, colores suaves y dulce melancolía en el cielo; pero no por eso deja de ser triste contemplar la ida de un día hermoso y la venida de la noche.

Solo las reminiscencias pudieron hacérmela reconocer; tanto así ha cambiado ya. Esa mujer de quien habia escrito ya otra vez..... No; no quiero recordar ahora tiempos pasados. Pero de quien dijera ahora si intentara describirla..... tampoco quiero decir nada porque no me conviene echarme enemigos encima. ¿Para qué decir, por ejemplo, que no le ha quedado sino el artificio con que jugaba con los demas, así como en el tahur no quedan sino las trampas, en el militar las roncás y en el bebedor los humos?

Al verla venir me preparé para saludarla, puesto que habia sido mi amiga; pero ella con una mirada de odio ó de desprecio me esquivó el saludo; lo que me confirma en la idea de que la mujer ni olvida ni perdona.

Pocas vueltas más dí por las calles, y pensando en que se llegaba ya la hora de mi cita, me dirigí al Puente de San Francisco. Pronto dieron las siete y mi amigo no se hizo esperar mucho tiempo. Cruzamos la plazuela, luego otras calles, y cuando ya creia llegar al Puente de las Aguas, me dijo mi compañero:

—Aquí es el porton de la casa, pero no es por aquí por donde se entra sino por una puerta excusada que hay á la vuelta. Esto es medio secreto, me dijo al oído, porque como algunas señoras no quieren que las vean representar.....

—Esa es tendencia de las que no lo son: cualquier papel harian, pero donde no las vean.

Despues de haber atravesado un solar y algunos corredores entramos

á un gran salon perfectamente iluminado y lleno de gente de todas clases. Luégo que estuvimos en nuestros asientos empecé á examinar toda aquella concurrencia, cuyas personas en otro tiempo me eran tan familiares y conocidas.

—Hombre, dije al ver una pareja en un sofá: se casaron por fin Pepe y Herminia?

—Sí, se casaron.

—Mucho se querrán esos dos.

—Más de lo necesario.

—Y han tenido familia?

—Sí, cada uno ha tenido dos renuevos.

—Cómo es eso, de cada uno dos? No entiendo.

—Nada más sencillo. Dos que ha tenido ella en su matrimonio y dos que ha tenido él en el suyo.

—Es decir que Herminia no es mujer de Pepe?

—No.

—Explíquese. Acaso no va gracioso esto? Despues de tantos años de amores locos, no se casaron los dos?

—No, porque el padre de ella no consintió en el matrimonio con Pepe porque era pobre; la obligó á casarse con un ricachon, de la sabana, pero..... inculto, y Pepe despechado casó con una muchacha linda pero pobre. A poco la abandonó y usted ve lo que.....

—Chit! dijeron todos porque el telon se alzó.

Qué espectáculo tan sorprendente! Segun el programa repartido, el primer cuadro era "La aurora de Colombia. Gran cuadro fantástico á imitacion de Guido Reni."

Al ver aquel cuadro todos gritamos; y habia razon para tal entusiasmo. Dos caballos blancos como la espuma y que parecia querian saltar del escenario al patio, tiraban un carro de oro. Sobre ese carro habia un pedestal de flores y sobre él sentada una jóven con traje blanco como aquel con que Praxitéles vistió su Vénus, como el que los antiguos ponian á sus vestales. No sé si seria por el entusiasmo que sentia, pero tal me pareció ver un porvenir en el fondo de la mirada de esa jóven; tal creí ver en su frente un brillo de esperanza, en sus labios una sonrisa de felicidad y al rededor la auréola de la gloria, el esplendor de la apoteosis. Ningun adorno tenia; sobre su cabello suelto y undoso, sobre su frente limpia y brillante no tenia sino una ligera corona de laurel. Qué bien hicieron los griegos en buscar ese signo para simbolizar la gloria! Esa corona no se hizo para los vivos: el calor de las sienes marchita las hojas: sólo en la frente de los que pasan á la inmortalidad se conserva fresca é intacta.

Al rededor, á imitacion de las nueve musas que en el cuadro de Guido rodean á Apolo, otras tantas ninfas rodeaban el carro de oro de la gran Colombia. Con sus trajes blancos, sueltos y aéreos, con sus piés descalzos, cogidas de las manos y en actitud de danzar, formaban un círculo que producía maravilloso efecto. Eran los nueve Estados, base de una gran nacion. Para que el efecto fuera completo, desde adentro de los bastidores arrojaban una luz color de aurora, que daba á los objetos un baño de rosicler como el que se ve sobre los nevados á las primeras miradas del dia.

La rueda que sustentaba aquel conjunto tan maravilloso empezó á

dar vueltas lentamente, de manera que el hermoso cuadro fué admirado por todas partes. Cuando hubo estado de frente nuevamente, cayó el telon.

Otro! otro! otro! Que se repita! fueron voces que atronaron el recinto hasta que se alzó otra vez el telon.

Entónces todos callamos, porque el cuadro habia cambiado completamente.

Los caballos encabritados y furiosos intentaban volcar el carro de un momento á otro. En la testera figuraban algunos hombres que parecian destinados á llevar las riendas, pero unos no querian tomarlas por miedo, otros las soltaban por aturdimiento y á los otros se les escapaban, no pudiendo resistir los esfuerzos de tan violenta situacion. Qué incertidumbre! Qué horrible afan! En vez de las nueve ninfas, habian aparecido grupos de hombres ocupados unos en volcar el carro, otros en sostenerlo en pié; aquellos azusaban los caballos para que se precipitaran, éstos trataban de contenerlos; y en medio de esta lucha horrible, en que sucumbian los unos á manos de los otros, salian gritos atronadores de venganza, de traicion, de fe, de patriotismo. Y en tanto que con los cadáveres se hacian grandes montones, el humeante vapor de la sangre subia á los cielos. Todo era horror y confusion: solamente la jóven que permanecia en el fondo del carro no zozobraba, ni la luz de la esperanza dejaba de alumbrar sobre su frente.

Afortunadamente esta vision horrible duró muy poco: cayó el telon y todos nos quedamos mirándonos las caras unos á otros.

Deseoso de refrescarme, invité á mi amigo para que saliésemos y fuéramos un sabroso ambalema en el corredor, disertando acerca de lo que acabábamos de ver, cuando se me acercó un hombre diciéndome:

—Quiere comprarme una boleta para la rifa de una casa? No vale sino cuatro fuertes; ademas hay once números premiados, asiste la autenticidad y esta que le vendo.....

—Yo no he rematado bienes desamortizados, le interrumpí, ni vivo con viuda rica, ni he sido síndico de monjas, ni comisario pagador, ni hago contratas con el Gobierno, ni.....

El hombre pareció comprenderme y sin chistar palabra se fué, pero mi compañero me dijo:

—Qué significa todo eso? Por qué le contestó así?

—Porque son los únicos que pueden botar la plata, nada les cuesta.

Poco despues entramos de nuevo al salon y empezamos á reparar el gran concurso que habia allí. Al rededor habia unos palcos improvisados á manera de gallineros y que estaban colmados de gente sin distincion de ninguna clase. Al contemplar aquello, se me ocurrió pedir el anteojo á mi amigo, y le dije:

—Mire usted. ¿Qué más cuadros que todo aquello? Ese es el gran cuadro de la sociedad, que cada dia nos presenta un nuevo aspecto. ¿No son aquellas señoritas vestidas de seda las hijas de don Pantaleon?

—Sí.

—Y se sabe ya de dónde saca el padre para presentarlas con tanto lujo y para tener la casa que parece un palacio?

—Esa es otra fiesta que se nos aguarda: el Papa tendrá que declarar eso como misterio; pero entre tanto el público que no se aguarda á declaratorias, lo explica de un modo.....

—Allí está otra familia que me ha llamado la atencion siempre que

la he visto. Es la de los..... Quien entra á su casa cree que es mentira que el paraíso terrenal se haya perdido; es allá en donde está. Todo es de refinado gusto, pero lo que admira más es la cordialidad que reina entre sus miembros. El extraño que se halle en una de sus fiestas, vive con la boca hecha agua envidiando pertenecer á aquella angelical familia. Qué buen humor á todas horas! Qué franqueza tan leal! Qué generosidad tan espontánea y sin reservas! Qué chiste! Qué no cansarse de aquella vida! Los padres tratan á los hijos como amigos, los hijos á los padres como hermanos. Sobre todo, quien esté triste que se vaya allá. Y sin embargo, amigo, en esa casa no hay una persona que pueda llamarse feliz: la historia de cada uno de ellos haría llorar á un usurero. Parece que todos ellos quieren aparecer ante el público luchando con una maldición que los devora. La bajeza, la miseria, la intriga y la mala fe, socavan como una fuente oculta ese edificio que causa la envidia de los que lo ven.

Pero así es la vida: tras de cada sala de visita, tras de cada sarao, tabique de por medio, hay un drama horroroso. No hay cara placentera que mirando hácia adentro, hácia su propio corazon, no haga retroceder la imaginacion espantada, como si contemplase un abismo sin fondo.

—Muy triste es eso.

—Y quiere saber usted una cosa? Si no fuera por cierto orgullo, yo compararía á Bogotá con esa familia. Quien venga de fuera admira su comercio, sus edificios, el movimiento, el lujo, la ilustracion y qué sé yo qué más que dicen hay aquí. Pero no observe, no viva aquí quince días si no quiere tener un desengaño. De algun tiempo á esta parte, la miseria sobrenada, filtra por todas partes; y para palparla no es necesario ir á los tugurios, no señor. Salga usted á la calle y verá: el saco de paño y la saya de seda son la librea del hambre y la miseria.

—Otro cuadro, dijo mi compañero, van á levantar el telon.

—Qué representan ahora?

—“Nuestros grandes hombres. Gran cuadro fantástico.”

—Eso de fantástico..... Hay ciertas cosas que uno no se atreve á decir que no son así, porque no le digan que miente.

Cuando el telon se alzó eché mano por el binóculo, pero mi amigo me lo quitó, y devolviéndomelo al revés, me dijo: este cuadro se mira así.

—Ciertamente, le contesté, al ver un grupo de hombres léjos, muy léjos y sumamente pequeños; parecia aquello una lámina de los anteojitos microscópicos que han empezado á venir ahora.

—Los ve bien?

—Sí, bien, perfectamente; muy bonito me parece este cuadro.

—Ahora tome el anteojo al derecho.

—Oh, qué desengaño! exclamé apartándolo inmediatamente. Los ví tan de cerca que les noté las imperfecciones; y no queriendo perder mi ilusion acerca de ellos, volví á tomar el anteojó como al principio. Todos esos hombres tenían alguna insignia que los personificara: muchos una espada, pocos una pluma y era rarísimo el que tenía ambas cosas. Esas dos insignias como que no se avienen.

—Vámonos, doy por visto lo demás, dije á mi amigo luego que cayó el telon.

—Pero faltan muchos cuadros.

—Cuáles son? Lea el programa.

—“Bogotá de noche, cuadro fantasmagórico.” “Los defensores de la religión, los círculos políticos y.....”

—No más, le interrumpí, eso lo vemos de balde todos los días y sin necesidad de trasnocharnos. Si quiere quédese, pero yo me voy. Adios.

1864.

LA MISA EN LA MONTAÑA.

En el año de 1857 vivía yo en las minas de Muzo. Tuve entónces deseos de conocer á Quípama, y lo puse por obra un domingo mucho ántes de que los pájaros despertasen. Caballero en una mula y con mi escopeta por delante, salí acompañado de un muchacho que por entónces se encargó de indicar el camino, pues estaba tan oscuro el cielo todavía que nada se veía á dos pasos de distancia. Las nieblas, como lagos inmóviles, descansaban tendidas en las quiebras de las montañas, por donde bajaban arroyos cuyo ruido, acompañado del chirrido de los insectos, formaba la armonía misteriosa de la noche tranquila.

Largo tiempo caminé así, ya por entre la oscuridad profunda de un bosque, ya por una pequeña explanada, hasta que empezó á venir el día.

¡Oh, qué hermoso es aquello! Las nieblas empezaron á levantarse hácia el cielo, empujadas por los soplos de las brisas vivificantes; los pájaros alegraron con sus cantos los aires fugaces, y la creacion entera despertó en esa soledad inmensa, ignorada, virgen!

El camino áspero pasa en cierto punto por la falda de un cerro elevadísimo llamado *El Campanario del Diablo*. Este cerro está derrumbándose frecuentemente, así es que el viajero tiene que pasar por sobre escombros que se renuevan y que por su aspecto blanquecino parecen de lejos la ceniza de la lava de un volcan. Las gentes creen firmemente que el Diablo tiene allá en la cúspide una campana que se robó no sé de dónde por haberla usado ántes de bautizarla. Y no vaya nadie á desmentirles, si no quiere pasar por incrédulo. Esa campana está allá con el objeto de repicarla el Diablo en persona el viérnes santo á las tres de la tarde.

Poco despues de pasar este derrumbo, se entra en una cañada profunda y donde la montaña está perfectamente cerrada. Allí fué en donde contemplé los efectos del huracan: aquellos árboles seculares estaban tronchados, hechos astillas, y la montaña toda abatida como un trigal por donde hubiesen arrastrado una viga! Qué horrible será, pensaba yo á la vista de aquel estrago, presenciar una tempestad aquí, en medio de una noche de lluvia y tinieblas! ¡Qué será de un pobre viajero rodeado por la oscuridad y sin tener un punto en donde refugiarse, ni dar un paso sin que le amenace un peligro?

Dos horas habria caminado sin contar el tiempo empleado en disparar á las pavas, guacharacas y paujiles, cuando salí á una pequeña llanura rodeada de montaña: allí es Quípama.

El curato de Itoco está compuesto de tres capillas situadas á grandes distancias en medio de la montaña; éstas son Quípama, Ibama é Itoco, y todas tres capillas las administra un sacerdote que pasa una temporada en cada una. El caserío de Quípama es el primero que se encuentra en

el camino de Muzo á Honda, y estaba compuesto entónces de nueve casuchas sin ninguna simetría y como salpicadas en la pequeña llanura. La iglesia y la casa cural son lo más notable allí: es la primera una ramada de paja, y la segunda otra ramada con algunos departamentos. Una cosa me llamó la atención tristemente, y fué el cementerio que está en el mismo llanito y que solo se distingue por las cruces rústicas clavadas sobre las sepulturas.

Poco tiempo despues de haberme desmontado en la casa del cura, me dirigí á la iglesia. Tres veces repicaron dos campanitas que estaban colgadas en una de las viguetas que hay sobre la puerta, y á poco salió el sacerdote al altar. Doce personas á lo sumo habríamos allí.

¡Y cuán hermoso me pareció el sacrificio celebrado en aquella soledad! El altar no tenía más estatuas sobre sus aseados manteles que un Crucifijo y una Virgen adornada con flores de la montaña..... nada más. Sobre el techo, el empajado de la ramada; á los lados, el bahareque sin blanquimento y con ramos tiernos de plantas trepadoras que se asomaban por entre las grietas como para adornar la desnudez de aquellas paredes; el pavimento sin baldosas y el sacerdote pobremente vestido, esto era todo.

Oh! cuánta grandeza entre aquella miseria aparente!

Entónces pensaba yo: las grandes basílicas, las suntuosas catedrales adornadas con los primores del arte y con lo fastuoso de la riqueza humana, qué son en comparacion de este templo rústico? Nada! Allá está la riqueza halagadora, la obra del hombre civilizado, las concepciones atrevidas del genio, las armonías sujetas á mil variaciones y hasta las preces de los que oran acomodadas á frases que se repiten diariamente con la misma monotonía del péndulo de un reloj. Aquí la sencillez y la rusticidad por templo; el canto de los pájaros, el ruido lejano de la cascada, el mugir del huracan en la arboleda y hasta el silencio mismo de la soledad sirviendo de música, en tanto que se celebra el sacrificio en presencia de unos pocos hombres ignorantes; hombres de cuyos labios no salen sino frases sin estudio para alabar á Dios y de cuyos ojos se desprenden lágrimas de ternura. Eso es todo!

Llegó el momento de la elevacion del pan sacramentado, y entónces fué lo más solemne de la misa.

El sacerdote levantó la hostia, sonó la campana, el golpe de pechos de los circunstantes se oyó unido al de las oraciones que á média voz rezaban los montañeses, y todo hubiera quedado en silencio despues si no hubiera ocurrido una circunstancia que me enterneció tiernamente. Uno de estos pajarillos que llamamos comunmente cucaracheros, penetró por entre las grietas de las paredes y cantó á este tiempo. Qué gorjeos, qué dulzura y variedad la de este cantor inimitable! Qué digna fué su melodiosa cántiga de un acto tan solemne! Me pareció ver entónces allí en ese altar la piedra sobre la que Abel hizo su primer sacrificio; altar sencillo sobre el cual bajaba el fuego del cielo, así como sobre aquel bajaba entónces un Dios.

Despues de la misa me entretuve mirando aquellos ranchos tan miserables y examinando la gente que los habitaba. Estos indios, descendientes de los colimas y eternos aliados de los muzos, tan pacíficos hoy, fueron los que más trabajo dieron á los españoles por su carácter aguerrido. Lanchero, fundador de Muzo, fué quien los sujetó, habiendo tenido que hacer uso de los perros de presa para cazarlos como á fieras. Y qué va-

lientes fueron sus jefes Quirimaca y Note! Los indios de hoy son muy particulares por su semejanza con los chinos: son de cuerpo pequeño, barba escasa, cara triangular y ojos sesgados, sin que les falte otra cosa que las trenzas.

De regreso para las Minas llevé un camino muy divertido, cazando ó viendo las manadas de monos de diversas clases que se columpian en los árboles haciendo visajes y dando gritos á la vista del peligro.

Algunas horas despues estaba de regreso en las Minas, pero sin poder desprenderme de la impresion que me causó el haber oído una misa en la montaña.

REVISTAS.

(LA EMPAREDADA).

Aquí tienen ustedes un oficio bien agradable; ver, oír y contar cuanto pasa. El que á tal oficio se dedica, además de la ventaja de tener que asistir á todas partes, sea ó nó convidado, tiene en su favor el privilegio de que le lean de preferencia lo que sobre tal asunto escriba, pues apenas habrá lector, sobre todo fuera de Bogotá, que al recibir un periódico no le eche un vistazo á la revista por saber qué pasa en la ciudad. Es cierto que para todo se necesita de costumbre; hombres hay que por nada de este mundo se entrarían á un baile ó tertulia, para denunciar lo que pasa; que no serían capaces de oír una misa cantada con sermón para poder decir despues que el predicador no sabia en dónde estaba parado, y por qué es la devocion y constancia de cierta dama; á quienes se les haría escrúpulo entrarse á oír lo que á solas conversan dos que se creen solos; y en fin, que primero se dejarían cortar una oreja ántes que tomar por oficio, como hace tiempos que lo tengo yo, el de estar en todas partes con cualquier pretexto para decirle al público en seguida: esto es lo que ha pasado.

Fuera de una que otra paliza que puede uno grangearse por decir la verdad, yo no encuentro más desventaja en esta empresa que la de ser sabedor á veces de algunos hechos que harían estremecer á una estatua de piedra. Oigan ustedes, por ejemplo, lo que pasó hará unas pocas semanas.

Serían las diez de la noche cuando un hombre embozado golpeaba á la puerta de la tienda de un pobre albañil. Este, al sentir que llamaban á su puerta, salió á ver quién lo solicitaba.

—Quiere usted ganar cincuenta pesos en dos horas? le dijo el embozado con voz hueca.

—Cómo así, señor?

—Poniendo unos adobes en el hueco de una pared que deseo tapar.

—Está bueno; dígame dónde vive y yo madrugaré á trabajar.

—Ha de ser esta noche precisamente, por eso pago bien su trabajo!

—Pero con la noche tan oscura quién va á trabajar? Y el barro que hay que hacer? Y las herramientas que hay que llevar? Mejor es que lo deje para mañana.

—Pierda usted cuidado; todo está listo allá.

—Casi que no voy, contestó el albañil, despues de unos momentos de reflexion.

—Mire usted, le dijo el otro, esto me urge y estoy dispuesto á darle cien pesos en oro; véalos usted.

El albañil empezó á vacilar.

—Vamos, resuelva porque el tiempo pasa.

—Y es muy léjos la casa?

—No es mucho; pero ántes tengo que advertirle que por allí arriba se dejará usted vendar con un pañuelo.

—Entónces no voi, señor.

—Lo siento, porque pierde la oportunidad de ganar cien pesos en dos horas. Iré á buscar á otro.

Viendo el albañil que aquella ocasion se le escapaba dijo que iria.

Luego que hubieron caminado subiendo y bajando y volviendo hacia atras unas cuantas calles, el conductor, que del brazo habia llevado á su hombre, introdujo una llave en una puerta que volvió á cerrar cuando estuvieron adentro. Pasaron luego como por unos corredores y al fin quitándole la venda al albañil se encontró éste en una sala cuya puerta tambien volvió á cerrar con llave el embozado.

Pocos muebles habia allí; dos canapés y una mesa cuadrada puesta en un rincon, sobre la que habia una vela encendida, formaban el ajuar; ni áun siquiera cubria los ladrillos una estera. Esta pieza no tenia ventanas y solo una alacena, á la que le habian quitado las tablas que sirven de aparadores, se veia en el fondo de uno de los costados. Dos cajones de madera tambien habia al pié de la alacena.

Como aquella vela no habia sido despabilada desde que la encendieron, tenia la pavezta tan larga que casi no daba luz, y así fué que el albañil en el momento de ser desvendado no reparó en una mujer que á su espalda estaba tendida en uno de los canapés.

Un grito lento y agudo como de quien está recibiendo una puñalada poco á poco, grito desgarrador lanzado por la mujer, causó tanta impresion en aquel pobre hombre que empezó á temblar.

—Vamos, dijo el desconocido; el oficio que usted tiene que hacer es éste: alce á esa mujer, póngala entre aquella alacena y luego con ese adobe cubra usted. Entre este cajon está el barro preparado, y en este otro están las herramientas.

—Ni pensarlo, señor, dijo el albañil atemorizado; ni aunque me pague un sentido.

—No! Eh? Mire: en este instante hace lo que le mande ó.....

La otra parte de la frase la terminó tomándolo por el cuello y levantando en alto con la otra mano un puñal.

El albañil cayó de rodillas con las manos puestas en señal de súplica.

—Ahora mismo, pues; y cuenta con vacilar!

El hombre se acercó á la mujer y la contempló.

Apénas tendria diez y seis años. Una blancura extraordinaria bañaba todas sus facciones, blancura tanto más notable cuanto que era realzada por un traje de seda negro que ajustaba su finísimo talle y despues en menudos y quebradizos pliegues la cubria hasta dejar sólo visible la punta de un pulido pié perfectamente calzado. Hasta el desórden de sus cabellos negros era admirable. Como por costumbre se habian dividido en dos porciones por la mitad de la cabeza, dejando descubierta la ancha y espaciosa frente que terminaba por una nariz pulida y recta. Y cuán bellas eran sus cejas y pestañas negras que tanto contrastaban sobre lo

terso de su blanquísima tez! Hasta el cerco azulado que rodeaba sus ojos hacia un conjunto admirable. Como estaba en estado mórbido tenia la soltura y abandono de un cuerpo dormido; así era que uno de sus brazos pareciendo no haber tenido cabida en el canapé, se habia descolgado hasta el suelo donde los dedos rollizos se doblaban al tocar las baldosas húmedas y frias de aquella estancia.

—No hay que perder tiempo, dijo imperativamente el desconocido, vamos pronto!

—Voy, señor, dijo el albañil, y rodeó con sus brazos el talle de la mujer. Al sentirse alzada abrió los ojos volviendo en sí y gritó en vista de su situacion desesperante:

—Dios mio! qué va á ser de mí! Perdon! perdon! Yo no soy culpable! Mi bien! amor mio, no me mates así! Asésiname más bien! Sálveme usted, quien quiera que sea, dijo, dirigiéndose al albañil, no sean crueles!

—Silencio! dijo el hombre de las barbas postizas y anteojos verdes, pues tal era su disfraz, y al decir esto le tapó la boca con un pañuelo que sacó del bolsillo.

Un ligero estremecimiento seguido de un descoyuntamiento general les hizo ver que se habia vuelto á privar.

El hombre la colocó con cuidado en el fondo de la alacena, le arregló el traje y empezó á poner barro y adobes.

Cuando ya el tabique estaba á cierta altura el disfrazado tomó la vela y se acercó para ver cómo iba el trabajo. La última lágrima que se le habia desprendido brilló un instante con la reverberacion de la luz en las mejillas de la jóven, en tanto que por debajo de la barba postiza del hombre se dibujaba una sonrisa.

Faltaba ya muy poco para concluir la obra cuando se oyó un grito ahogado y desesperante que decia:—Sálvame! No lo hagas por mí, hazlo por nuestro hijo que se mueve en mis entrañas!

—Mientes, infame! contestó á tiempo en que el albañil caia de rodillas suplicándole que la salvara.

La punta del puñal puesta en el pecho le pasó la ropa y rompió la epidérmis. Tal amonestacion hizo que el hombre se pusiera á concluir su obra tan pronto como podia. Con el último adobe se extinguió el ruido de un sollozo agonizante que se alcanzaba á percibir en el fondo de aquella bóveda.

Poco tiempo despues el albañil con sus condore en el bolsillo y vendado, caminaba cruzando calles, hasta que en un punto ya muy distante sintió que su conductor lo habia abandonado y que corria á toda prisa. Cuando él se quitó la venda, ya el hombre terrible habia cruzado una esquina y apénas se le sentian las pisadas que en la carrera hacia sonar.

Bogotá, Enero 25 de 1868.

Cuando el rio suena piedras lleva. Tan cierto es este refran que más de una vez ha sucedido que me he propuesto averiguar la causa de ciertos díceres, y el resultado ha sido que por lo comun no suena ni la mitad de lo que ha dado origen al rumor que de boca en boca va sonando.

El domingo pasado como á las siete y média de la noche llegaron dos jóvenes al Club, y despues de haber estado un instante en la sala de

los billares se dirigieron al comedor, saludaron á uno que otro amigo que al paso encontraron, y luego por una escalera de caracol subieron á una gran sala, con paredes de cristales, donde, en grupos, muchos caballeros se entregaban á varios juegos de distraccion. Tomaron luego dos asientos que habia al lado de una mesa de *chaquete* y pidieron ponches.

A este tiempo me senté yo al lado de ellos en una mesa contigua y pedí cerveza y cigarrillos. Ellos continuaron su partida al calor de los ponches y yo entre coronas de humo empecé á fabricar mis castillos en el aire. Cierta incidente me hizo fijar la atencion en lo que ellos decian, y desde entonces miéntras más disimulado me hacia, más fijaba la atencion en el diálogo.

—Y hace mucho? preguntó uno con curiosidad.

—Seis meses por lo ménos. Yo sí recuerdo que la madre me dijo que pronto se irian para el campo; pero luego no supe más de ellas porque tuve que salir á la hacienda, y cuando volví no encontré razon alguna de su paradero.

—De manera que se te perdieron despues de haber adelantado tanto?

—Completamente por entónces. No hace mucho me encontré con la criada que les servia y ella me dijo que la madre sí se habia ido, pero que la hija se habia quedado con un extranjero que le resultó de un génio terrible.

—Eso no es extraño.

—Pero me dijo que últimamente habian desaparecido sin saber para dónde, y que no habia con quién averiguar, porque ellos vivian solos, enteramente solos, por Belen; pero que sí llamaba la atencion el que de dia estuviera cerrada la casa y que de noche los vecinos oyesen ruidos muy tarde de la noche.

—Eso raya en misterio.

—Y si la hubieras conocido habrias tenido que confesar que era una divinidad. Es de un tipo enteramente aristocrático.

—Pero hombre, ese misterio me está haciendo cavilar.

Al dia siguiente me encontré con un amigo á quien despues del saludo de costumbre, le pregunté cómo iba su obra.

—Mal, hombre, me contestó; la escasez, por una parte, y la informalidad de nuestros obreros por otra, me han embromado. Ahora hasta el maestro que dirigia se ha jubilado enteramente.

—Sí? Eso sí está curioso. Y cuál es ese maestro?

—Aquel con quien conversaste el dia en que estuvimos en la obra. Y está rematado, no dice sino disparates; pero yo creo que eso será temporal; es que cuando beben mucho se ponen así.

Poco tiempo despues conversaba yo con una mujer en la puerta de una tienda.

—¿Y muy rematado está? le pregunté.

—Mucho, señor; da lástima verle. No dice nada que se le pueda entender, porque toda su habladuría se reduce á un hombre y un puñal que le metió por el pecho.

—Y no ha tenido momentos lúcidos?

—El otro dia en que me pareció que estaba hablando bien, me dijo que entre el bolsillo de unos calzones tenia un pedazo de lápiz de carpintero, y que con ese habia hecho una línea en una puerta; que no fuera yo á olvidar eso.

Para una imaginacion ménos cavilosa, todos estos hilos habrian conducido al descubrimiento de una trama: así fué que yo me puse á dar y cavar hasta que fijé estos puntos. Hay una jóven que desapareció con un extranjero de mal humor. Algunas veces oyen á média noche ruidos en la casa donde vivian. Un albañil está loco y despertó así despues de haber estado por fuera una noche. Y todo esto pasa á tiempo en que es público que han emparedado á una mujer; luego algo hay de cierto.

Le conté todo esto á un conversador para que lo dijera á la policia como cosa suya, dándole los nombres de los jóvenes que habian conversado en el Club y me puse á observar.

Obró con tanta actividad la policia que en ménos de nada tuvo en su poder los hilos. Acompañados de la mujer que sabia dónde vivian esos dos personajes, marcharon varios agentes de la policia llevando todo lo necesario para en caso de necesidad. A medida que avanzaban se iba aumentando el número de los curiosos y así fué que cuando iban por San Agustin ya el concurso era numerosísimo.

—Si la encontráramos viva, qué sabroso! decia uno.

—Ya estará corrompida, decia otro, tapándose las narices.

—Dicen que el albañil le hizo un agujerito para que resollara.

—Pero si no le dejó qué comer, como que con agujero y todo se habrá muerto.

Todas estas observaciones se hacian cuando al fin, despues de haber subido unas cuantas cuadras, dijo la mujer cuál era la casa.

Un policia se acercó con gravedad y en són de reconocimiento empujó la puerta y al ver que estaba cerrada miró por entre el agujero de la chapa y luego dijo que no se veia nada. Se declaró, pues, que habia necesidad de derribar la puerta. Estaban en estas deliberaciones cuando llegó un hombre que dijo que él sabia todo y que venia á dar razon. Todos se hicieron á un lado y dejaron al hombre que contara lo que supiera.

—Pues esta casa, dijo, es de don Matías Alpiste, quién vive aquí abajo y él tiene la llave. Como causa tanto miedo de noche la casa, hace tiempos que está desocupada, pues nadie se la arrienda.

Mandaron traer la llave y pasearon ansiosos los que allí iban todas las piezas y no encontraron señal alguna. Preguntado el dueño de la casa por un extranjero que habia vivido allí, dijo que sí habia vivido efectivamente, pero que hacia mucho que se habia ido para Samacá con la señora.

Se puso en claro, pues, otra vez lo que ya se tenia averiguado, y es que no hay tal emparedada, ni emparedador, ni albañil, ni nada. Lo único que se ha averiguado es, que el pueblo necesita de algo con qué entretener su imaginacion y yo algo con qué llenar las revistas.

La compañía lírico-dramática dió su primera funcion el juéves 30, y escogió para su estreno la zarzuela de don Luis de Olona, con música de don Joaquin Gatzambide llamada, "El valle de Andorra." Tres son los actos en que está dividido este hermoso drama, en el cual alterna el verso para lo cantable con la prosa para el recitado. Pasa la escena en ese valle, incrustado en los Pirineos, donde la originalidad de usos, costumbres, gobierno y leyes han dado materia para que los novelistas y dramaturgos ejerzan sus talentos en asuntos más ó ménos interesantes. Se abre la escena en una mañana en que las muchachas se preparan para una

fiesta campestre. Como es natural, donde hay hombres y mujeres, el amor empieza á ejercer su imperio, y se tiene, pues, que las tres más guapetonas chicas del valle están enamoradas de un mozo apuesto y gallardo, que así les menudea galanterías á las niñas como balas á las corzas, cervatillos y conejos que se atreven á huirle por los picachos y nevados ventisqueros de los Pirineos. Víctor, pues, es tenido como el más querido de las mujeres y como el más hábil cazador. Pero es el caso que María, Luisa y Teresa, creen cada cual que el robusto mancebo Víctor es su novio y así se ocultan su secreto á tiempo en que un mozo llamado Colás, de esos bienaventurados que creen que todas los quieren, tiene empeño en casarse con alguna de las tres, sea la que fuere; y como es de suponer, el autor saca de aquí recursos para una multitud de contrastes y burlas preciosísimas; pues pinta á las mujeres burlándolo, pero tratando siempre de no desengañar del todo al pobre tonto, para no quedarse sin una retaguardia.

Llega la noticia de que el rey de España ha mandado una compañía para que lleve cierto número de reclutas con que debe, según tratados entre los dos gobiernos, auxiliar la república de Andorra á la monarquía española. Como los casados están exentos de tal servicio, empiezan los que están en cántara á ver de qué manera se arreglan antes de que llegue la tropa; pero es el caso que cuando ménos lo imaginan se aparece un Capitan con su compañía y los coge, como solemos decir, asando mazorcas. Allí mismo se ejecuta el sorteo y cuando todas ellas desean que le toque el número á Colás, más bien que á Víctor, la suerte, que se complace, sobre todo en los amores, en embromar al prójimo, hace que la bola negra salga designando á Víctor que ama á María, y que tiene á su madre anciana á quien sostiene con el fruto de su caza. Visto esto, en medio de la desesperación huye á las montañas dejando al Capitan burlado cuando ya se prometía éste llevar un buen recluta ó coger una suma que habia pedido por su rescate. Da sin embargo la orden de que lo persigan, y ofrece fusilarlo si lo cogen. María empieza á vacilar entre el amor y el deber, pensando en que puede tomar de un cofre, cuyas llaves le ha confiado Teresa, á quien debe la hospitalidad, lo suficiente para comprar la libertad de Víctor. Lucha, pero lucha en vano, porque el amor conduce hasta el crimen; saca pues mil quinientas libras que se necesitan, confiando eso sí en que un anciano llamado Marcelo, que hace las veces de su padre, le traiga en ese día, como se lo habia prometido, una suma con la cual pudiera reponer ocultamente la que habia hurtado para dar al Capitan. Pero espera y espera en vano, porque el viejo no parece y ya Teresa debe volver á su casa.

Loco de alegría Víctor y de gratitud hácia la que lo habia salvado, vuelve al valle resuelto á unir su suerte con su salvadora; pero no encuentra quién le dé razón de ella, porque el Capitan ha partido ya, y entre los suyos aquello se ha vuelto un misterio. María ni aún siquiera podía hacer alarde de su acción, porque al decirlo confesaba un crimen. Urgida para que diga lo que sepa, sacrifica su amor y dice que ha sido Luisa la que ha rescatado á Víctor; éste entonces, para cumplir su juramento, resuelve casarse con ella, aunque su amor y sus tendencias eran hácia María, á quien conocia desde niña. Siguen así los acontecimientos, pero cuando ménos lo piensan los del valle, ni los espectadores tampoco, por estar poco justificado este recurso, vuelve el Capitan al valle con cualquier pretexto, cuando uno lo supone ya en la corte. Víctor se alegra

porque va á saber del Capitan la verdad; pero María exige del Capitan á hurtadilla, que le cumpla la oferta que le habia hecho de no revelar el secreto, y él lo cumple hasta donde le es posible. A este tiempo vuelve Teresa á su casa y manifiesta que han venido á cobrarle el arrendamiento de la alquería y pide las llaves á María, quien se las niega, diciendo que á ella no se las ha dejado. Teresa irritada, se las arranca de la cintura donde las tenia prendidas y se entra á tiempo que llega el viejo Marcelo. Con las ansias supremas de la angustia le pide el dinero que le habia quedado de traer, porque con él puede aún enmendar su falta; pero él le dice que nada le trae porque la persona á quien la habia dejado se la robó. Huye María, y Teresa sale y dice que la pobre niña le ha robado. Los celos, más que el dolor de la pérdida del dinero, la hicieron obrar así, pues ella bien comprendia que Víctor amaba á la pobre María, que huyendo, llora por las montañas su desgracia.

Los ancianos que en el valle dirimen todas las cuestiones de familia y juzgan y sentencian en todo delito, mandan que se aprehenda á María para juzgarla, á tiempo en que todos dudan de la criminalidad de la acusada. Estos hechos ponen á Víctor indeciso y la boda se suspende hasta que se decida aquel asunto. Entre el anciano protector de la joven y Víctor, se prometen salvarla, y en una conferencia que éstos dos tienen, el viejo le revela á Víctor que María es hermana de Teresa, secreto que sólo él sabe en todo el valle. Esta confesión es oída por Teresa que estaba oculta, y entonces se promete salvar á su hermana; pero ya no puede, porque el pueblo está congregado y los jueces van á empezar el juicio. María, custodiada por los soldados, comparece y uno de los jueces empieza á interrogar á Teresa si es cierto que ella ha acusado á María. Responde que sí, pero que no insiste en la acusación, porque cree que es inocente la acusada. Los jueces entonces le hacen ver que ella merece ser condenada por haber quitado la honra á María, y ella consiente, con tal de que no recaiga sobre su hermana el castigo. Las autoridades entonces deciden que la sentencia debe salir de los labios de la calumniada en contra de la acusadora, y María extendiendo los brazos, corre hácia Teresa y grita: "Perdon, perdon!"

Hé aquí el drama en esqueleto, cuyas situaciones interesantes y cuyos golpes atinados han causado impresión en el público. Poco apto para juzgar con acierto la parte musical, sólo diré que ésta se halla á la altura del drama. Monótona á veces, alegre despues, loca más tarde, imita la naturaleza y los sentimientos que interpreta. Sencillez de costumbres, vigor de pasiones; dulzura y candor bucólicos al lado de las manifestaciones de aquella naturaleza fuerte y vigorosa como la de nuestros Andes, son los rasgos principales de esta pieza.

Bogotá, 1.º de Febrero de 1868.

SAN ISIDRO LABRADOR.

CARTA AL SEÑOR JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA.

Antes de entrar en el fondo, me permito una digresión que hace parte de la historia de mis viajes. Esto lo hago contigo, porque creo que

no habrás pasado de Chapinero por el norte, sin embargo de que una vez te encontré en Zipaquirá.

Nada de cuanto he visto en mis viajes se me ha olvidado, pues los que hemos contraído con el público la obligación de decirle cuanto vemos, estamos en la necesidad de observarlo todo. Parte de estas observaciones son el objeto de esta carta.

Insisto en que no habrás pasado de Chapinero, pues así me conviene, y de no, ninguna gracia tendrá la relación de mis viajes. Tú sabes cuánto vale para el que escribe que el que lee no sepa lo que está leyendo.

Hace pocos años atravesé el páramo de las Ovejeras, costearo el lago de Suesca, con el objeto de llegar á Chocontá para el primer domingo de Octubre, día en que se celebra una fiesta. Tres cosas me llamaban allí la atención: conocer, en primer lugar, la tierra clásica de los ajos; ver una fiesta de indios y hacerme á un buen *fuste* que conservo todavía. Nada te digo de aquella su imponderable chicha, porque ella no necesita los elogios de mi pluma; sobrados le hacen todos los que la beben.

Llegado, pues, el día de la fiesta, me fuí á la plaza con el objeto de ver la procesion. Esta empieza...—Si es procesion, por la cruz y los ciriales, me dirás tú—Pues bien, empieza por la cruz y los dos ciriales; en seguida vienen el tambor y la chirimía, luego los alumbrantes y después muchos indios con escopetas, carabinas, fusiles, y en fin, con cuanto pueden, con el objeto de dispararle á la Virgen del Rosario, que en sus andas se ostenta en medio del tumulto. Aquello es una verdadera batalla, pues otra partida parece tomar la defensa; y tanto se obstinan unos y otros, que más de un ejemplo se cuenta de haber salido heridos tanto los indios como la Virgen. En medio de esta verdadera imitación de lo que ellos llamaban *guazábara*, en medio de ese estruendo producido por las descargas, tambores, cohetes y pífanos, va un indio, que es el alférez de la fiesta, con una gran bandera, la cual agita por todas partes haciendo mil ceremonias y visajes; ya batiéndola en alto, ya bajándola y arrodillándose delante de la imagen, y metiéndose en seguida entre los combatientes, como para apaciguar á los unos y alentar á los otros.

Yo habia visto los ángeles que visten en Choachí y que son muchachos con camisas de mujer y enaguas hechas de dos pañuelos, á manera de los antiguos trajes de espejito. Cada uno de esos ángeles lleva una vela encendida, y van metidos debajo de los pasos de Semana-santa en tanto número que apenas caben. Vi en Ibagué el sábado santo la función de robar á media noche el Cristo á los indios del Tolima, quienes lo defienden obstinadamente. El día de año nuevo he visto en Ubaté la fiesta de los ratones y la función de resucitar á un indio que muere en la mitad de la plaza; allí mismo me he solazado con las carreras llamadas de los caballeros, hechas por los indios, en las que no deja de ser curioso verlos vestidos á su modo, montados y haciendo de caballeros. Presencí la lavada que le hacen á San Juan en cierto pueblo á media noche para que bendiga las aguas. He visto, en fin, multitud de otras curiosidades, pero ninguna me ha llamado tanto la atención como esta batalla dirigida contra la Virgen.

Preguntándole á un sujeto por el origen de esa función, que yo remontaba hasta Lepanto, me dijo, que los padres de Santo Domingo, poseedores de aquel curato, celebraban cierto milagro efectuado en tiempo en que su patron el inquisidor combatía contra los infieles. Sucedió, pues,

entonces que en una batalla, vencidos ya los cristianos por falta de pertrechos, apelaron al recurso de sacar á la pelea la imagen de la Virgen. Desensartaron en seguida sus rosarios los religiosos que allí habia, con cuyas cuentas cargaron los cuasi vencidos sus armas, resultando de aquí que no quedó hereje parado. Si no me engaño, en el claustro bajo del convento de Santo Domingo hay un cuadro que representa este suceso: espero me digas si me equivoco.

Siempre he tenido la tentación de invitar á los *Mosaicos* para que, repartidos en comisión, cada cual describa alguna de estas curiosidades que ya se extinguen sin que nadie se ocupe de ellas. Á quien le tocara el ramo de entierros, por ejemplo, desde el *angelito* para arriba, tendría para un volumen. Las funciones caseras en los casamientos, bautismos, bendiciones de casas nuevas, San Juan, Noche-buena, y en fin, todas las faenas del campo con sus bellezas y supersticiones religiosas, siempre mezcladas en todo, serian asuntos dignos de *El Mosaico*.

Se me pone que más de una vez echarás una mirada al título de esta carta para ver qué tiene de comun lo escrito con San Isidro. Te llevaste, pues, un clavo, si creíste que emprendo la reforma del Año cristiano. No en mis días; mis fuerzas no son para eso. Pueda ser que continuando la relación de mis viajes, des con el por qué del título.

No há mucho fuí á un pueblo, que adrede no quiero nombrar para ver si adivinas cuál es por las señas que voy á darte. * Llegó Quesada por primera vez á este pueblo el día de San Gregorio. Algunos cronistas dicen que allí fueron los españoles recibidos con regalos, que consistieron en tejos de oro y nueve esmeraldas, y que la casualidad hizo que en ese día se incendiaran unas casas de paja, las que fueron apagadas inmediatamente por los conquistadores. Esto hizo que en el pueblo vecino los recibiesen de paz con presentes de oro y esmeraldas, venados, raíces, semillas y telas de algodón de diversos colores. Otros dicen que creyendo los indios que los españoles eran antropófagos, se subieron á un cerro que domina el poblado y que probablemente es el llamado hoy el Son: allí, para probar á los conquistadores, les echaron á un niño para ver si se lo comían; sabido esto por conducto de un indio que servía de intérprete, hicieron de manera que los indios comprendiesen que nada le hacían. Enviaron entonces una muchacha escogida por su hermosura y robustez; hiciéronle á ésta presentes y la devolvieron. Echaron, por último, á un viejo para probar si consistía en la edad la inapetencia de los extranjeros, y convencidos de que nada le habia pasado, arrojaron un venado, el que, á la vista de ellos, pusieron al fuego y se lo comieron. Entonces bajáronse los indios, hiciéronles regalos y los dejaron pasar.

Ahora que ya habrás recorrido á Fray Pedro Simon, al Obispo Piedrahita, á Castellanos y á Juan Rodríguez Fresle para dar con el pueblo de que te hablo, voy á contarte lo que há poco vi y que ha sido una de las principales causas para escribirte esta carta.

Cuando el día vino, la plaza de la pequeña población estaba convertida en un verdadero campo. Se habia improvisado en la mitad un rancho de vara en tierra, y al rededor de él habia una huerta como esas que entre cañas, cerezos y rosales te habrán llamado la atención á la orilla de los caminos de Fontibon, Chia ó Cajicá. Es decir, en medio de las coles y los repollos se levantan meciéndose las amapolas y los ababóles con sus anchas

* Guatbetá.

hojas labradas como las del capitel corintio; y los claveles, la flor de mis afecciones, alternando con las trinitarias, salpican aquel cuadrado como sonrisas en un rostro hermoso. Un poquito más adelante, frente á la puerta de la choza en un arbusto pequeño, tal como un sauco ó un alcaparro, están colgados algunos utensilios de cocina que no caben en el rancho; al pié, la gallina toma un baño de polvo al rayo del sol, en tanto que el gallo escarbando el surco vecino llama á su compañera con incansable afán. Un cuadrado así, poco más ó menos, era lo que habia en la mitad de la plaza, y al rededor, como sirviendo de marco, habia un oscuro, sonoro y tupido maizal. En medio de éste habia una barbacoa en donde una muchacha espantaba del *daño* á los pericos y perros, y para esto gritaba ó tocaba un cuerno que por lo triste de su sonido me hacia pensar en lo que será el cuerno de los Alpes. Más adelante estaba el trigal y cerca la era con trigo pronto para trillar.

A las nueve de la mañana las alegres campanas de aquel lugar, cuyo sonido jamas olvidaré, y algun dia te diré la causa, convocaron á la fiesta. Muy pronto se colmó de gente la iglesia, se celebró la misa con sermon y entonces empezó lo bueno en la plaza.

Salió la procesion.

Adelante iba un indio tocando con una mano un tambor y con la otra haciendo posturas en un pífano de caña con solo dos agujeros y que tocaba á manera de clarinete; delante de él y siguiendo el triste són que les hacia, bailaban indios vestidos de blanco y adornados con espejitos y pañuelos de colores tanto la cabeza como el pecho.

Te confieso, José María, que aquel *tuntun, tuntun* del tambor y el triste sonido de la flautita me encantaron. Me parecia ver á los antiguos descendientes de Saguanmachica bailando y tocando delante del altar de su adorada Chia. Quién pudiera volver á verlos como en sus mejores dias!

Al trotecito, como va toda procesion de pueblo, y en unas andas compuestas de cañas de maiz y adornadas con ajíes, frutas y flores, iba el santo Patron de la fiesta. Era este el San Isidro, tan infalible en todas las iglesias de pueblo como el San José, San Roque y el cuadro de ánimas. Tenia sombrero alon prendido por delante á la copa; chaqueta colorada, calzon azul ajustado hasta la rodilla y de ahí para abajo medias y zapatos. Y háganme mejor, si saben, un labrador. En una mano llevaba una pua y en la otra un hermoso manojo de espigas de trigo. Pero como seria una anomalía suponer á San Isidro sin bueyes, pues seria tanto como San Roque sin llaga y sin perro, ó Santa Rita sin espina en la frente, te diré que éste llevaba yunta de bueyes con su respectivo arado; pero tambien te añadiré, á ley de verídico cronista, que más de cuatro dolores de espaldas tendria el Santo al arar con tales bueyes, pues apenas le daban á la mitad de la espinilla.

Dejemos al Patron en tanto que da la vuelta por debajo de arcos de laurel y frutas, y en medio de un pueblo devoto que le pide con lágrimas abundancia para sus cosechas, y volvamos al centro de la plaza. Es entonces cuando todo aquel aparato empieza á servir: todas las faenas del campo se ejecutan para que el santo las presencie. Allá los segadores, acá las espigadoras haciendo manojos, detras las *unteras*, que recogen para sí lo que queda y otros que hacen montones más allá. En la era se ejecuta la trilla, haciendo unos indios de yeguas y otros de arrieros, y más adelante un gañan con su pua arrea á dos indios que, uncidos

al yugo, aran la tierra. A estos bueyes, que llaman de San Isidro, todos les traen chicha; así es que cuando la funcion se acaba ya no pueden arar sino de hocicos.

Todo esto, como te he dicho, se hace mientras dura la procesion, resultando de aquí un conjunto indescifrable: gritan los cuidanderos de las sementeras, suena el cuerno, se oye la vocería de los trilladores, el *já, já* del que ara, á tiempo en que se dan á vuelo las campanas, se lanzan cohetes, se queman rodachinas y castillos, se tocan tambores y chirimías y cantan y tocan los que acompañan la procesion.

Termina todo cuando entran al santo de espaldas á la iglesia. Viene entonces lo trágico, promovido por la fe y la codicia: se lanza todo el mundo sobre las sementeras y en un instante no queda en la plaza ni una hoja de los arcos ni del cercado; cada cual quiere ser dueño de algo puesto que ya está bendito por el santo. Esas espigas, ese maiz cogido allí, sirven para revolver con las semillas del año entrante y así se aumenta y enriquece la cosecha; la rama se coloca á la cabecera del moribundo y hace menos terrible la muerte; la caña se pone en la mitad de la sementera y no deja venir el muque y evita el hiel y el polvillo; el agua de esas flores sana al enfermo; en fin, todo aquello tiene un valor inapreciable para ellos. ¡Bienaventurados los que creen!

Es tal la fe y el interes que cada cual tiene en conservar algo de aquello que sirvió para el cercado, que compran á cualquier precio una rama, y supe de una pendencia con unas indias á las que, por defender lo que llevaban, les pasó ni más ni menos que lo que á las hijas del Cid.

Al año siguiente, como la fiesta se hace en tiempo de la cosecha, cada cual se esmera en escoger lo más lozano de la suya para la sementera de San Isidro; así es que allí se ve siempre el trigo más granado, el maiz más escogido y las flores más bellas.

Tu casa, 20 de Agosto de 1864.

DESGRACIAS A LA MADRUGADA.

I

El reloj de la Rosa Blanca daba las once de la noche, (porque, entre paréntesis, esto ha de ir á modo de novela); las salas de la fonda estaban casi desiertas y Mr. Luis se habia quedado dormido haciendo la cuenta de los que le debian, en tanto que el muchacho ó sirviente principal agregaba á su cuenta unos cuantos reales que en ese dia habia hecho intencion de ahorrar. Todo estaba en silencio: no se oia más que el ruido del caño, constante y eterno como el tiempo; el sonido de las bolas y de los tacos; las pisadas de los tahures y la monotonía voz de los gariteros.

Qué bonito va esto, no? Pues ahora no más voy en el prólogo.

En el fondo de una sala donde hay un grande espejo, estaba un hombre sentado al lado de una mesa. Veíasele meditabundo y triste; al contemplarlo se conocia en él á uno de esos pocos hombres buenos que por fortuna cuenta nuestra sociedad; y si el mundo no fuera ingrato, sin duda que seria el hombre más atendido de todos, por lo menos así lo creo, y, mientras que el que esto escribe exista, no faltará quien le haga elogios. Ese hombre, para decirlo de una vez, era YO.

Cansado de las ingratitudes de este mundo, como he dicho ántes, pensaba ir á darle las quejas á la almohada, cuando de repente sonaron pisadas de tunantes en la calle. Luégo que entraron se me dirigieron, porque eran mis amigos, y despues del saludo de costumbre se me sentaron al rededor de la mesa junto á la cual me hallaba. Venian muy alegres y su conversacion era muy animada, no diré por qué, pero para animarla más, pidieron brandy.

Pronto estuvieron llenas las copas, las tocamos unas con otras y, *hip! hip! hip! hurra!* fué la conclusion.

Pero como el objeto de este prólogo es hacer conocer á los héroes, diré que el uno y principal era Delio P, presunto cónyuje de Irene ***, y el otro era Sebastian, hermano de Delio, y el gracioso de los corrillos. Habia dicho unas tres ó cuatro gracias á tiempo y con eso tuvo para adquirir tal fama que con solo bostezar habia para que los compañeros rieran hasta perder el resuello; los otros dos eran unos curiosos que ni á mis lectores les importa saber quiénes son ni á mí se me da dos pitos por dejarlos en el olvido.

—Ahora sí me parece que es tiempo de que marchemos, dijo Delio; los músicos estarán esperándonos. ¿No nos acompañas, David?

—A dónde?

—A darle la última serenata, ya sabes á quién.

—Cierto, que mañana te vas para la Costa. Y vuelves pronto?

—Inmediatamente que me desocupe de ese negocio; me voy tan triste....

—Sí, te considero; yo tambien he tenido que ausentarme, y enamorado, que es lo peor.

Dicho esto, encendimos cada uno un cigarro y partimos.

Al llegar á la esquina de la calle real encontramos á los músicos y despues de haber cruzado algunas cuadras, Sebastian contó en unas ventanas: una, dos, tres, cuatro, aquí es.

—Chito, dijo Delio, que la música sea de repente.

—No, dijo Sebastian, porque si es nerviosa le puede dar algun mal y te quedas sin novia.

A poco empezó la música; y á la verdad, qué bien tocaron! Habia un piston que hablaba sólo; los clarinetes, violines y bajos no podian ser mejores, y el flautin alzando á veces por sobre todos los instrumentos, llegaba hasta el alma. Oh! una serenata debe derretir áun á la más dura de corazon; tiene tanto encanto la música!...y en el silencio de la noche cuánto dirá á una alma enamorada!

La cuadra empezó á llenarse de curiosos y las ventanas vecinas empezaron á abrirse poco á poco; solo las de Irene permanecian cerradas.

—Perdiste la serenata y la trasnochada, porque ella no sale esta noche, dijo Sebastian á su hermano.

—Pero, hombre, si fuiste hoy á hacerme quedar mal con ella sin necesidad! Suponte, me dijo, que hoy cuando fuimos á llevarle mi retrato y á convenir en el mes en que debia efectuarse el casamiento, Sebastian, que siempre está de gracioso, dijo que el otro retrato que habia regalado habia quedado mucho mejor. Se puso violenta, y trabajo me costó para convencerla de que no fué así.

A una señal empezaron á templar las guitarras, y luégo Hernández, acompañado de otros, cantó una bellísima serenata, en la cual supieron hacer como que de véras sentian lo que estaban cantando.

Saboreábamos la exquisita impresion que nos dejó el canto, cuando de repente se abrió una ventana, apareciendo en ella una figura blanca como el borde de una nube iluminado por la luna. La señorita estaba arrebatadora; yo quedé encantado sinembargo de que las mujeres me llaman insensible porque no las quiero á todas. Tenia una bata blanca que, cubriendo á médias sus delicados contornos, dejaba adivinar todas sus formas, haciendo de aquel conjunto una especie de misterio tentador. La blancura extremada de su túnica se confundia de tal suerte con la de sus manos y garganta, que era imposible adivinar dónde empezaba lo uno y terminaba lo otro. No diré qué efecto encantador formaba el cabello negro derramado por los hombros, ni qué sentia al ver aquella cintura dibujada á la média luz de una lámpara que parecia ayudar, con lo indeciso de su brillo, á cautivar el alma de cuantos estábamos admirando aquella vision.

(Entre paréntesis: esto va como novela, ó nó?)

La música continuó, pero ya no tenia encanto para mí, porque el alma se resiste á recibir otras impresiones cuando ha experimentado una fuerte sensacion.

Qué feliz es Delio, pensaba yo; dentro de poco gozará de todo el afecto de esa vírgen. Creo que quien merezca su amor vivirá á su lado queriendo adivinar sus pensamientos, como estarán los ángeles delante de Dios. Cuántos tesoros encerrará ese pecho! cuánta amabilidad! cuánta dulzura! Oh! si ella me amara, yo no podria hacer otra cosa que abismar mi pensamiento contemplándola, como el colibrí que al vuelo liba el néctar de una flor sin tocarla con sus alas....

Hilaba todas estas meditaciones cuando un golpe dado en el hombro me hizo volver á mirar.

—Hombre! este mundo no es de los sonámbulos, me dijo Sebastian. Piensas quedarte ahí? Camina, vámonos á cenar á *Belchite*.

—No puedo, porque vivo muy léjos y en casa no me abren la puerta si voy muy tarde.

—Eso no le hace, te quedas en casa y tendremos mucho gusto en estar contigo. Mañana descansarás de nosotros.

—Sí, David, dijo Delio, cogiéndome una mano; acompáñanos esta noche que ya será la última.

—Bien, dije; y seguimos para *Belchite*.

Una cena de *cachacos* debe describirse muy bien, ó no intentarlo, porque hay mucho bueno que decir y es lástima despreciar el asunto.

¿Acaso el genio epigramático, cuando está alumbrado por una *chispa*, puede encontrarse más jugueton, más gracioso y más picante, que en una ocasion de éstas?

Cuando llegamos á la casa iba tan agobiado por el sueño, que apenas puse la cabeza en la almohada me dormí....

Al dia siguiente, que era el 9 de agosto de 1856, iban los dos hermanos por las salcedas de San Victorino, meditabundos y tristes. Muy pocos habrá que ignoren lo que es tener que salir de la ciudad: las hileras de sauces entreverados con fragantes rosas y de cuyas ramas arranca el viento un rumor parecido á lo vago de una armonía, á lo sentido de una

queja; la vista de los campos cubiertos de grama y carreton, cuyas blancas flores esmaltan el manto de verdura, como las estrellas el azul del cielo en una noche de verano; el mujido del ganado; el relincho de los potros que corren con la cola alta y haciendo piruetas como para ensayar sus fuerzas; el canto triste de una muchacha campesina que va á la chamba inmediata á cojer el agua: muchacha fresca como las gramas de la orilla y suelta y flexible como la paja del llano; en fin, la vista de las lagunas tristes y apacibles como el cielo que retratan; las aguas del Funza "pérfidamente mansas como la sonrisa de una mujer;" el vuelo de una garza que cruza con lentitud en el espacio, como cruza la esperanza en el porvenir de un desgraciado; el canto de un pájaro; el ruido de un insecto, son cosas todas que van atormentando el alma del triste viajero que ve cómo se aleja Bogotá á cada instante más y más. Bogotá, de donde nunca se sale sin dejar un afecto y á donde nunca se vuelve sino lleno de ilusiones.

Les parece esto suficiente para un prólogo?
Allá va, pues, el otro capítulo.

II

No tardó mucho tiempo sin que recibiera yo una carta de Sebastian. Pero ay! que más valiera no haberla recibido; la noticia más cruel, la menos esperada era la que me venia en esa malhadada hora....; Delio habia muerto!! Sí, señores, habia muerto....

Con el corazon hecho pedazos me preparé para ir á dar el pésame á la familia; era preciso cumplir con ese deber. No habia que dudarle; la noticia era positiva, pues todo lo revelaba así: lo mal hecho de la letra, el laconismo de la carta, lo mal doblada, el lacre negro, todo, todo indicaba la verdad de esa noticia tan infausta para los que conociamos á Delio.

Pronto estuve en la puerta de la casa; y al entrarencontré á uno de los amigos que nos acompañaron á dar la serenata.

—No sabes la desgracia que ha sucedido? le dije.

—No! qué es? qué ha sucedido?

—Que murió Delio en la Costa.

—Por Dios!No digas eso. Quién te dió tal noticia?

—Sebastian me lo ha escrito.

—Ay! qué desgracia, Dios mio! dijo apretándome la mano, y partió enjugándose las lágrimas.

Procuré serenarme cuanto pude y entré; pero cuál fué mi sorpresa cuando ví que las señoras de la casa estaban tan tranquilas como si nada hubiera sucedido. Lo primero que hice fué preguntar si habian sabido de los dos jóvenes, y la mamá me contestó que sí, que en el correo anterior habian tenido carta de ellos, y que hasta en esa fecha estaban buenos. No pude resistir mucho tiempo allí; mi posicion era violenta, pues me desesperaba el verlas tan contentas no sabiendo la pérdida que habian sufrido. Qué engaño tan cruel! Antes de que fueran á notarme algo, me despedí y fuí á casa á desahogarme; tenia el corazon prensado y deseaba gritar.

Poco despues de haber salido, entró un criado y les dijo:

—Mi amo David no les contó lo que ha sucedido?

—No; qué ha pasado? preguntó la mamá con sobresalto.

—Al entrar aquí se encontró con mi amo Luis y le dijo que mi amo Delio habia muerto, y entónces lloraron ámbos.

Un rayo hubiera hecho ménos estragos que tal noticia en esa casa: la madre cayó como muerta despues de haber dado un grito; las hermanas se abrazaron y la casa fué en un momento desórden, confusion y lamentos desesperados. Los gritos de las señoras que corrian como locas por todas partes, atraieron poco á poco más gente y en muy corto tiempo la noticia se hizo general.

Yo no sé si en todas partes haya gentes como aquí, que se dan tres caidas por dar una mala noticia. Sólo por mi carta se sabia ese acontecimiento; pero como es tal la certidumbre de que el destino de la humanidad es el de sufrir, aquello fué lo suficiente para dar todo por hecho.

Por la noche ya lo sabian en casa de Irene todos, ménos ella. Siempre el interesado es el último que sabe estas cosas, y, ojalá que nunca las hubiera sabido! Sin embargo, empezaron con los misterios y reservas, siendo tanto el secreto con que manejaron el asunto, que en ménos de nada en cada semblante habia pintado el augurio de una mala noticia. Irene desesperada con aquel silencio alarmador, empezó á preguntar qué pasaba, y hubo al fin que decirle que Delio estaba gravemente enfermo.

Algo pasó por sobre toda ella: fué una de esas sombras que preceden al desprendimiento del alma.

—Lo he perdido para siempre! dijo, y dos lágrimas saltaron como las gotas que resbalan de hoja en hoja en la mañana. Despues nada volvió á decir; pero su silencio fué tan tenaz, que amedrantó mucho más que la desesperacion y despecho más terribles. El corazon como los cráteres necesita de respiraderos; por eso el uno arroja bocanadas de humo y el otro gritos y lágrimas; por eso cuando el uno se contiene vomita la ardiente lava haciendo estremecer hasta las entrañas de la tierra, y el otro estalla de dolor.

Todos se esforzaron en decirle que no se imaginara lo peor, que aquello era una fiebre de la cual ya estaria repuesto, y poco á poco empezó á parecer más calmada hasta que llegó la noche. Cuando todos creyeron que estaba repuesta y tranquila, se fué á la casa de Delio sin que nadie lo supiera. Al entrar encontró con un criado á quien preguntó:

—Qué han sabido de Delio?

—Que murió, mi señorita.

El grito largo, agudo y desesperante de quien recibe una puñalada á traicion, no tiene nada de comparable con el que dió Irene en este momento. Entró corriendo, abrazó á la primera que encontró y despues de algunas palabras cayó sobre un sofá con una fuerte convulsion. Con tal suceso, á las señoras que estaban un poco repuestas, les volvió la risa epiléptica y la convulsion, ese mal perseguidor de las mujeres, volvió á ser general en la casa.

En ese momento entré: y qué apuros, qué carreras, qué afanes! Sobre un sofá negro cayó Irene; habia acabado de pasarle la convulsion y estaba privada. Si un trozo de alabastro en el cual resalten las formas humanas puede compararse á ella, yo diria que era la estatua del sueño, porque la imaginacion concibe más de lo que la mano del hombre puede ejecutar. La extremada blancura plástica de sus carnes, lo escogido de sus formas, la soltura y expresion de dolor en esa cara de ángel en-

gastada en su negra y crespa cabellera, son cosas que nunca olvidaré: parecía aquello una revelación de lo que son las bellezas de otro mundo. Nunca me imaginé que el dolor tronchara tan temprano aquella flor, pues me parecía que ella estaba demasiado alto para que el dolor la alcanzara, como dice Dumas. Como si la condición de los que nacemos no fuera la de sufrir; como si el dolor respetara á alguno; como si el corazón no necesitara de sufrir para poder sentir el placer! ¿Acaso la sombra no sigue á la luz? ¿Por qué, pues, nos admiramos de que el tormento siga al placer?

III

El tiempo había pasado con tanta ligereza como en un sueño, sin que por eso se aliviara el dolor de los que conocimos á ese jóven tan estimable. El mes de Setiembre tocaba ya á su fin, y sin embargo, Sebastian no venia; se le esperaba con ansia para saber los pormenores de tal desgracia, pues bien sabido es que, siendo nuestra condición la de sufrir, el corazón llega á gozar con el dolor.

En uno de aquellos días de Setiembre pasaba lo siguiente en la casa de Irene. En una sala lujosamente amueblada, había una multitud de señoras con el traje de ir á la iglesia, y todas ellas con muestras de la más grande aflicción. Al paso que lloraban trataban de consolarse unas á otras, y en su inquietud parecían esperar á alguna persona. Las criadas andaban por los corredores cabizbajas y llorosas; y cualquiera que hubiese entrado en ese momento hubiera creído que una nueva desgracia había venido sobre aquella casa; hubiera creído que alguno había muerto. Y sin embargo, lo que se iba á efectuar era la muerte de uno que seguía viviendo, era el desprendimiento de un miembro de la sociedad para aislarlo en un rincón donde se sabe que existe, pero sin que se pueda contar con él; en una palabra, era que Irene iba á morir para todos, porque había resuelto ser monja. Las dos familias hubieran dado lo que les hubiesen pedido por recuperar á Delio; y por Irene, teniéndola en sus manos, nada hacían: tanto así puede el sentimiento religioso!.....

Yo no pude resistir á la tentación de ver por última vez á Irene y llegué á tiempo en que estaba despidiéndose de sus padres.

Por fin salió. Qué hermosa estaba! El aire de melancólica resignación contrastaba con su porte majestuoso tan natural en ella; parecía una reina destituida del trono y que aún es más hermosa y grande en su caída.

Después de una corta visita nos preparamos para salir; pero en este instante sonaron pisadas de caballos en el zaguan y después el ruido de las espuelas del que llegaba.

—Quién llega? dijeron todos.

—Mi amo Sebastian! dijeron los criados en el corredor.

—Ay! qué triste es saber las circunstancias de la muerte de Delio, á tiempo en que voy á dejar el mundo para siempre! dijo Irene sentándose, ó más bien, dejándose caer sobre una sofá.

—Mi hijo de mi alma y de mi vida, decía una voz en el corredor; ven te abrazo, hijo mío!

Todos salimos en este instante, é Irene, haciendo un esfuerzo para ver á Sebastian, salió también; mas, con el primero que encontró fué con De-

lio que la recibió con los brazos abiertos. Lo que se dijeron en cada lágrima, en cada suspiro, sólo Dios y ellos lo saben; ese lenguaje lo pueden hablar todos, pero á nadie le es dado traducirlo.

Estábamos en aquel momento de sorpresa en que no se acierta á sufrir ni á gozar, en que parece que el alma reflexiona mientras que todas las facultades esperan indecisas, cuando vimos que la cabeza de la jóven empezó á resbalar por el pecho de Delio, como se troncha la sensitiva al contacto de un cuerpo extraño. El jóven en el acto trató de incorporarla, pero no hizo con esto sino mostrarnos un semblante cuyos ojos vueltos, y cuyos labios lívidos y entreabiertos daban las señales de una muerte cierta.

No puedo decir qué pasó por mí. Entonces sentí que ya no podía sufrir más; era necesario tener un corazón más duro é insensible que el hierro para presenciar sin morir tanta desgracia: me ahogaba, no pude menos que gritar y al fin caí sin sentido.....

Cuando volví en mí estaba sobre una cama, y Sebastian y Delio me cercaban con muestras de un grande afán. Lo primero que hice, cuando pude recobrar mis ideas, fué decir:

—Vive Irene? díganme, por Dios! Delio, díme la verdad, no me engañes.

—Qué tienes? dijo Sebastian. Te habrás vuelto loco?

—No, no estoy loco; díganme, por Dios, que Irene no ha muerto.

—Já! já! já! já! fué la respuesta de Sebastian; mira que no te volveremos á llevar á *Belchite*. Qué daño te hizo la cena! ¡Ah pesadilla espantosa! No has estado quieto entre tu cama ni callado un instante.

—Gracias á Dios! dije con alegría, que todo no ha sido más que un sueño!

1859.

RUTH.

TE LA DEDICO A TI, BIEN MIO!

I

Por el camino más ancho que por el lado de Oriente conduce al pueblo de.....pasaba un jinete como á las cuatro de la tarde de un hermoso día de verano. Después de haber atravesado el río, siguió por una vereda cubierta de árboles hasta que dió con las primeras calles en cuyos empedrados sonaron las herraduras del brioso caballo.

Ignorando la causa por la que las campanas de la iglesia echadas á vuelo repicaban sin cesar, seguía distraído, cuando al volver de una esquina se halló frente á frente con una procesión que paraba á la puerta de una casucha miserable. El jinete entonces se descubrió la cabeza, echó pié á tierra, tomó por la brida su caballo y en el acto dobló las rodillas.

Por sobre una alfombra de flores venían en dos alas, precedidos por la cruz alta y los ciriales, primero los niños de la escuela, luego unos cuantos hombres alumbrando con velas de cera, y terminaba el cortejo por el Alcalde llevando el guion, cuya asta enchapada de plata sostenía el estandarte ricamente bordado y en cuyo centro estaba el cordero sobre el libro de los siete sellos.

Habíamos dicho que aquí terminaba la procesion; no es así, pues falta lo principal.

Bajo un rico palio conducido por seis hombres iba el sacerdote conduciendo la urna sagrada, la cual apenas se distinguía entre una toalla de seda que el anciano sacerdote traía en el cuello. Precedíale otro sacerdote más joven, revestido con una blanca y prensada sobrepelliz; y éste, á cada cuatro ó cinco pasos volvía hácia la Majestad para batir un incensario de plata haciendo profundas reverencias. Dos hombres más venían de un lado y otro con faroles de plata caprichosamente calados; á la espalda los cantores y músicos, y detras y á los lados de las filas de alumbrantes los grupos de gentes del pueblo rezando sus oraciones en voz baja.

Cuánta majestad en esta sencillez!

Hubo un momento solemne. El anciano sacerdote con su gran capa bordada fijó los ojos en la urna y con firme y cadenciosa voz entonó sólo estas palabras que se oyeron por todas partes, no sin que todos los concurrentes hincasen las rodillas:

In supremæ nocte cœnæ.

Los cantores en el acto contestaron acompañados de algunos instrumentos el resto del versículo, con aquella música que desde San Gregorio hasta hoy ha venido repitiéndose sin que las armonías modernas hayan podido reemplazarla.

Al llegar á la casucha callaron las campanillas que algunos niños habían venido tocando incesantemente, los demás concurrentes abrieron las filas á un lado y á otro y el sacerdote, pasando por debajo del palio que llegó hasta la puerta, entró.

La mucha gente que venía detras de la procesion esperó tambien, y por entónces todo quedó en suspenso sin que se oyese más que la voz del sacerdote que despues de algunas oraciones se dirigía en voz firme al enfermo.

Habíamos hablado de un jinete, no es así? ; Dejemos, lector nuestro, que el jinete monte y siga su camino y entremos un instante en esta miserable casucha? Sí que entraremos, pues merece la pena.

Al frente de la puerta hay un altar hecho con lo más rico que se ha encontrado. Lo ahumado de las paredes se ocultó con sábanas y colchas de diversos colores sobre las cuales están las hermosas láminas de pasajes bíblicos que á cualquiera otra hora pueden verse en la casa del señor Cura, así como várias imágenes de santos y un hermoso cuadro representando á la Virgen en su advocacion de los Desamparados. Sobre la primera grada de las tres que se han simulado, está un hermoso crucifijo en actitud de espirar; hay á los lados candelabros de plata traídos de la iglesia, los floreros del Sagrario y los adornos de mesas que en todas las casas del lugar se hallaron, tales como niños de yeso leyendo y escribiendo, ó loros y fruteros de la misma materia. Lo que no escaseaba allí eran las flores: las más hermosas ostentaban sus matices en vasos de cristal y esparcían sus riquísimos perfumes por toda la estancia.

Habíamos olvidado reparar que á la entrada y para disimular lo desmedrado de la puerta, había un arco hecho con ramas de mirto, flores de coral y lirios silvestres.

Esto descrito así simplemente no tiene mérito alguno, pero si el lec-

tor ayuda con su imaginacion á pensar cuánta poesía hay en este acto; cuánta magnificencia; cuánto amor y respeto se manifiesta por aquel huésped, padre de pobres; cuánto cuidado se pone en recibirlo de manera que no sólo encuentre limpia la conciencia sino la humilde morada, verá que en la vida hay casos solemnes, pero que éste para un cristiano es uno de los más importantes.

La pequeña salita se colmó de gentes que hincadas rezaban en voz baja, y aún en la pequeñísima y oscura alcoba había grupos que no porque estén en la oscuridad no cuidemos de hacerlos ver.

En lugar conveniente y desde donde se ve el altar está la cama que ahora mismo se ve mudada de limpio y con colchas muy blancas. Como no tiene ricos cortinajes ni adornos de ninguna otra clase, puede verse á la enferma sin inconveniente alguno, sentada ó más bien apoyada en las almohadas que á la espalda tiene. Si allí no hubiesen entrado los que ya conocían á la que esperaba recibir al Rey de los cielos y espirar, cuán sorprendidos habrían quedado al ver su fisonomía en la que la enfermedad no había podido hacer estragos. Notábase apenas algo de abandono, decadencia ó morbidez; pero ni su hermosa color blanca había palidecido, ni sus ojos azules se habían amortiguado. Como tenía la cabeza cubierta con una especie de toca blanca, apenas se distinguía algo del dorado cabello que despues de asomar en la frente iba á ocultarse á la espalda.

Sin embargo, no es nuestro ánimo ocuparnos ahora de estos pormenores, pues tenemos entre manos algo más serio.

El sacerdote está delante de ella y despues de haberle preguntado si desea reconciliarse, la acompaña á hacer la protestacion de la fe, cuyas respuestas son repetidas por todos los concurrentes.

Cuando, despues de la sagrada uncion, se le hizo ver que acaso dentro de poco iría á comparecer ante el divino Juez, una mujer que no se había separado de su cabecera, se ocultó entre su pañolón y derramando un mar de lágrimas no pudo contener los sofocantes sollozos que le oprimían el pecho y empezó á gemir en alta voz. Luégo, como si fuera á mirar por última vez á la moribunda, fijó tal mirada en ella que la hubiera arrancado de las manos de la muerte, si para ello hubiera tenido poder. Era su madre!

Un joven vestido de ruana limpia y calzon de paño, contesta á las palabras del sacerdote y sin perder de vista á la enferma deja que se le salten las lágrimas, que ruedan despues por sus mejillas y que luego van á estrellarse en el suelo húmedo y negro.

El momento solemne en que la hostia sagrada brilla en manos del sacerdote llegó por fin, y entónces la enferma haciendo un esfuerzo anhelante se incorporó y recibió al que saca al hombre de la nada, lo hace atravesar el valle de lágrimas, y lo vuelve hasta El.

Vuelto el sacerdote al altar improvisado, el llanto de los concurrentes fué general al ver que la enferma había caído en un desfallecimiento alarmante. Poco á poco fué dejando caer la cabeza sobre el pecho, las pestañas velaron sus ojos y la boca tomó una expresion que revelaba algo de amarga resignacion.

La madre ayudada de otras personas acudió á auxiliarla y por entónces cundió el alarma, miéntras las campanas volvieron á sonar y el canto solemne del *Pange lingua* se oyó de nuevo. La procesion se organizó otra vez con la misma solemnidad para volver á la iglesia y la casa quedó en una consternacion dolorosa.

Abandonemos por ahora esta casa llena de tantas angustias y sigamos al viajero, pues si lo trajimos á la escena para algo habrá de servir.

La atencion de los curiosos que se habian asomado á puertas y ventanas á ver pasar la procesion fué doblemente excitada al oir los pasos de un caballo herrado que golpeaba los empedrados de las calles con paso mesurado.

—Quién será este caballero? preguntaban unos.

—El doctor ha llegado ya; decian otros al verlo pasar.

Desembocó al fin en la plaza cubierta de hierba y la atravesó apurando el paso hasta que entró á una casa de gran portada y que se halla contigua á la iglesia.

Luégo que echó pié á tierra corrieron los criados á servirle y le suplicaron que entrase á esperar al señor Cura, quien no tardaria, pues estaba en una administracion.

Un anciano robusto, de rostro afable, mirada cariñosa, cabello cano y porte digno, entró poco despues por la puerta de la sala extendiendo los brazos al recién llegado.

—Bien venido sea, mi doctor, exclamó.

—Cuánto placer de verlo, señor Cura y mi buen amigo, contestó el recién llegado. A quién tiene usted enfermo?

—Va usted á saberlo; ha llegado muy á tiempo, pues creo que la enferma se ha agravado esta tarde.

—Pues entónces vamos á verla inmediatamente, dijo el doctor dirigiéndose á la puerta.

—Pero espere usted que va á salir sin sombrero y hay unas cuantas cuadras que caminar.

—Ah! es decir que no es una persona de su familia?

—Pues como si lo fuera. Tengo tanto interes como por uno de los míos.

Esto dicho fueron saliendo de la casa y la conversacion tomó este giro.

—Afortunadamente el piso está bueno ahora, pues las avenidas del rio ya no son tan frecuentes, y ademas podremos ir por la sombra hasta llegar allá.

—De suerte que está por los extramuros la casa?

—Sí señor, es en una miserable casucha donde está la enferma.

—Allá donde estuvo la administracion esta tarde?

—Precisamente, y en tanto que llegamos, le iré diciendo quién es esa pobre enferma. Quiere usted que nos vayamos más bien por la orilla del rio que tiene más sombra que las calles de la salida?

—Por donde usted guste, señor Cura.

Los dos viandantes doblaron una esquina y pronto estuvieron en una calle que más parecia una vereda olvidada que otra cosa, pues las hierbas apenas dejaban un angosto camino por donde pasaban los que iban y venian del rio á traer el agua. De un lado y otro de esta calle y separados por cercas de cañas, habia tupidos platanales cuyos vástagos se veian sostenidos por horquetas para que el peso de los racimos no los derribase. Asomábanse por entre la cerca y debajo de las hojas del plátano algunos árboles de café que parecian competir con los de los plátanos, pues estaban cuajados de granos rojos que brillaban en medio de las hojas lustrosas de verde oscuro, entre las que volaban y revolaban los bochincheros é inquietos azulejos. Creyendo que podrian contener la vista

á los curiosos transeuntes, habian tramado sus ramas en enredos más ó ménos artificiosos, varias campanillas que á la hora en que pasan nuestros viandantes, ya se habian plegado sobre sí mismas para no volver á abrirse jamas.

Del otro lado, y resguardados por una cerca hecha con piedras del rio, crecian los frondosos árboles del cacao á la sombra de corpulentos caracolies. Allí los oblicuos rayos del sol pasando ya por sobre las copas de los más altos árboles, daban campo para que las sombras pasasen tomando puesto poco á poco en medio de aquel recogimiento silencioso del bosque, de aquel callar decidior con que las sombras hablan cuando empiezan á aposentarse en lo tupido y hojoso del oscuro matorral.

A poco andar cruzaron por una vereda que á su izquierda tenia la maleza descuidada y algunos árboles de anon y guanábano, y á la derecha anacos florecidos y caracolies robustos que mojaban sus gruesos troncos en las primeras olas del rio, que allí se arrastraba manso sobre la arena para despues dejarse convertir en espuma contra las piedras que, unas veces cubiertas por las olas, otras desnudas, parecian seres destinados á sufrir con resignacion los reveses de la fortuna inconstante.

Pocas cosas hay que llamen más á la meditacion y recogimiento que la vista de un rio cuando empieza á venir la noche. Hay entónces en el murmullo de las aguas algo que el corazon interpreta dándole toda la melancolía que en él se abriga. No parece sino que su rodar eterno, su incesante charlar no son sino voces de seres desconocidos que las sombras envian para acongojar el alma. Y, cómo se goza con esa melancolía!

Todo es entónces significativo: los bosques que atajan el rio en la orilla opuesta enviando sombras que parecen formarse y salir de sus antreros; las aves que vuelan precipitadamente en busca de sus nidos; el vuelo incierto y rápido del pájaro nocturno que esquivo la poca luz que aún brilla en el horizonte; los ruidos incomprensibles que de todas partes vienen como para ordenar el concierto con que los génios forman las armonías de la noche.....Ah! qué de misterios! Qué soledad tan augusta!

II

—La enferma á quien vamos á ver es una jóven norte-americana de mérito extraordinario, dijo el Cura sin aflojar el paso que habia traído por entre aquella vereda.

—Con que es una extranjera? No tenia yo noticia alguna.

—Puede reputársela por tal. Es hija de un norte-americano que hace mucho tiempo vino al pais á trabajar en no sé qué empresa y á poco se casó con una mujer comun; es decir, sin educacion. De los muchos hijos que tuvo, á la última la llevó un tio á Filadelfia estando de unos cuatro años de edad y allí le dió una educacion esmerada. Un año va á cumplirse ya desde que el padre tuvo que mandar traerla. Y puedo asegurar á usted que es de tal carácter y tiene tal educacion que muy pocas mujeres se le asemejan. Pero apuremos, porque veo carreras en la casita y acaso cuando lleguemos sea tarde.

—Bueno señor Cura, apuremos.

—Oh! esta jóven es un contraste en la casa; parece una jóya en manos de un harapiento. Hace muchos meses que el padre se fué á trabajar en unas minas y nadie ha vuelto á saber de él. Los hijos grandes, unos se

han casado por allá quién sabe dónde y otros por ahí andan siendo el escándalo de donde llegan; y las hermanas, señor, las hermanas..... Allí es la casa, apuremos.

Poco tiempo despues llegaron á la miserable casucha. Muchas mujeres salieron á recibirlos y unas decian:

—Señor Cura, se nos muere!

—Yo creo que ya está muerta, decia otra.

—Señor, sálvela usted, dijo otra que traia los ojos anegados en llanto, dirigiéndose al médico que, jadeante, no sabia á qué atender.

—Una luz, dijo el Cura, cuando estuvieron en la alcobita.

Sentóse el Cura á los piés de la cama, y el médico en un taburete que habia hácia la cabecera, y sin atender á las indicaciones que les hacian las mujeres que rodeaban la cama, hablando todas á un tiempo, tomó el pulso á la enferma y contó mentalmente, teniendo los ojos fijos en el reloj.

La enferma habia tomado una expresion de abandono tal, que nadie habria podido augurar otra cosa sino su pronta desaparicion del mundo.

Un cerco azuloso empezó á hacerse notable al rededor de los ojos, haciendo contraste con la blancura pálida de todo su semblante. Los labios contraídos habian tomado una expresion de desden, de desprecio ó amargura que hacia tenerla compasion.

Concluido el exámen del pulso que no duró ni un segundo, acaso porque no se hubiese podido obtener certidumbre de sensacion alguna, el médico le puso la mano sobre la arteria de la frente con inquietud, en tanto que el Cura observaba con avidez todos estos movimientos.

—Abran aquella puerta, dijo al fin el médico, y que preparen ahora mismo un baño lo más caliente posible.

—Un baño, dijeron todas las circunstantes á un tiempo. Vétú, Paula, y trae el agua, y tú, Isabel, vé donde mi comadre á ver si nos presta el fondo; pero pronto! dijo una mujer que sin duda era la madre. Pero en qué le damos el baño? se preguntó ella misma. Es general el baño? preguntó al médico.

—No, señora, es sólo hasta las rodillas.

—Que vayan ahora mismo á casa y traigan el fondo y una vasija de barro que tengo destinada para esos baños, dijo el Cura. Pero, quién va que no se tarde?

—Yo, contestó el jóven que por la tarde habia estado al borde de la cama hincado contestando el rezo de la administracion.

—Cabal! Has llegado muy á tiempo; Elías, vé y dile á Chepa que ella misma se venga con esas cosas. ¿Habrá que traer algo más? preguntó al doctor. Amoníaco?..... éter?.....

—No, yo tengo aquí un pómulo; por ahora lo que importa es el baño pronto y que nos dejen solos, hay que despejar la pieza.

Las mujeres salieron y el jóven Elías partió inmediatamente.

El médico entre tanto le acercó varias veces á la nariz un pómulo sin que produjera resultado alguno.

—Qué opina? preguntó el Cura con impaciencia.

—Por ahora lo que la afecta más es una congestion cerebral muy marcada. Es necesario ponerle sinapismos.

—Paula! gritó el Cura, asomándose á la puerta.

—Señor! contestó una jóven dando un salto desde un rincón oscuro en que estaba á la puerta de la alcoba.

—Que vayan á traer mostaza y harina, pero lo más pronto posible; en casa hay de todo. Prepare usted unos trapos para los sinapismos, dijo á otra mujer de las que allí habia. Quien vaya á casa que diga que manden la mostaza molida, porque aquí no habrá en qué hacerlo.

—No opina usted, volvió diciendo al médico, que una sangría le aprovechará?

—Eso lo dejaré como último recurso, quisiera extraer la menor cantidad de sangre posible.

Hubo algunos momentos en que reinó el silencio de la perplejidad y la inquietud.

—Aquí estoy ya, dijo Elías.

—Gracias á Dios que llegaste pronto! Vé á que calienten el agua.

Con apuros, encuentros y afanes inútiles pudo prepararse al fin el baño, y en tanto que la madre y hermanas cumplian adentro las órdenes del médico, afuera pasaba una escena en que nadie se fijaba, pero que no por eso deja de pensar el corazón. Sentados el Cura y el médico en un banco de madera, que habia en el alar de la casa hácia el lado del patio, conversaban sin caer en la cuenta de que álguien los oia con avidez y que cada una de sus palabras pronunciadas acaso con indiferencia taladraba el alma de un infeliz.

Elías, que no se atrevia á preguntar á nadie por la salud de la enferma, arrancaba de las miradas, de las frases entrecortadas y aún de los suspiros reprimidos, el augurio de la suerte de aquella que habia robado su tranquilidad sin poderle dar consuelo alguno.

—Mucho temo que acaso vaya á tomar el mal proporciones alarmantes, dijo el médico. He notado síntomas que me inquietan.

—Oh! y cuánto sentiria yo la pérdida de esta jóven!

En este momento Elías, que estaba incrustado en el marco de la puerta, se movió sacando la cabeza hácia afuera para oir distintamente la conversacion.

—Sin embargo, volvió á decir el Cura, para la vida que ella pasa aquí, acaso más le valdrá morir. Qué esperanza puede ella tener en este mundo? Aunque algun jóven quisiera casarse con ella, no se atreveria.

—Por qué? preguntó el médico.

—Por no lidiar con la familia. Se ha fijado usted en este jóven á quien mandé por el fondo? Ese hace tiempo que la adora en secreto, pero es tan tímido que sólo se ha contentado con seguirla y servirle en cuanto puede. Yo no sé si ella haya caido en la cuenta de eso, pero yo por lo ménos sí..... Una ráfaga de aire movió las ramas de los árboles é impidió que la frase fuera oida por Elías.

—Y quién es él?

—Este jóven es el sacristan; tiene ademas el oficio de carpintero, es aficionado á la pintura y toca el órgano en la iglesia.

—Pues mucho temo que vaya á sufrir una pesadumbre.

Un sudor frio corrió por el cuerpo del jóven y sintiéndose sin fuerzas se apoyó en el marco de la puerta.

—Si esta noche no se consigue algo, mañana.....

—Dios mio! murmuró Elías sintiendo perder el sentido. Un fuerte vahido lo trastornó tanto que no volvió á oir nada. Entonces se entró apo-

yándose en la pared hasta que llegó maquinalmente á la puerta de la alcoba. Pero pensando que aquella indiscrecion no era digna de él, se retiró y volvía hácia el patio cuando ya entraban el médico y el Cura.

—Enjúguenla ya, dijo el Cura desde afuera. A poco entraron.

La enferma estaba notablemente hermosa. Una ligera traspiracion le habia dado suavidad y sonrojo á la piel; parecia dormida más bien que privada. En su preciosísima boca ya no se notaba el gesto de amargo desden; así fué que cuando el doctor se acercó con la luz en la mano para enjugarle la frente que tenia bañada en sudor, un rayo de consuelo penetró en el alma del afligido Elías que observaba por detras de todos.

—Algo se ha conseguido, dijo el médico, pero aún necesitamos obrar con actividad. Los sinapismos deben ponerse ahora mismo. Ya están preparados?

—Sí señor, contestó una jóven de las que rodeaban el lecho.

—Pues bien, póngale uno en la nuca y otros en los brazos. En caso de que volviere en sí quítenselos y mándenlos llamar. Nosotros vamos á la casa á preparar otros medicamentos y volveremos.

—Tú, Elías, quédate y si fuéremos necesarios, ve á llamarnos inmediatamente.

—Sí señor, dijo, y trató de seguirlos para oír lo que dijeran al salir. El ruido de los zapatos contra las piedras, las ráfagas de aire que por intervalos movia los árboles y el murmurar no muy lejano del río unido al murmullo sordo de los que acababan de salir, fué lo único que el desconsolado Elías oyó.

Cuánto sufre el alma en un momento de éstos! Se trasfundirán los seres en este mundo? Por qué llega á depender la vida de un individuo de la de otro que acaso no tenga lazo alguno que lo ligue al que sufre? Si el hombre quisiera medir la profundidad de un infierno no tendria más que prolongar un momento de suprema afliccion. Ah! cuántos gritos ahogados! cuántas lágrimas mal enjugadas se pierden para el mundo indiferente!

El que es feliz pasa el camino de la vida con la mirada fija en una esperanza nueva que va adelante, sin que las zarzas le toquen siquiera la orla del vestido para detenerlo. El desgraciado, al contrario; desgarrado á cada instante, se ve precisado á volver la vista hácia atras para mirar un desengaño.

—Dios mio! dijo Elías alzando la vista á los cielos.

Cuánto dolor concentrado dejó escapar este jóven tras de esa exclamacion!

III

Están sentados á la mesa el señor Cura y el médico á quien hemos visto ya.

El comedor de la casa cural no es un comedor moderno; aquí, los cristales sólo se hallan en las ventanas y claraboyas de la iglesia, las preciosas pinturas de cetrería con aves muertas ó las de frutas y viandas no las hay en ninguna parte y los *seibaux* para guardar cristalería y otros menajes no se hallan ni aún en los diccionarios de nuestra lengua, mucho ménos en el comedor de la casa de un Cura humilde, como humilde es su renta, como humildes son sus feligreses y sus pretensiones.

Veán ustedes lo que habia allí:

Paredes blancas con una ventana que da á una huerta en donde, por ahora, que es de noche, no se ven sino ramas de árboles que las brisas balancean, y algunas enredaderas curiosas que se atreven á asomarse por entre los balaustres; esto por lo que hace á lo que se ve, que si no diríamos que allí se entraban por la misma ventana los perfumes de los naranjos y jazmines, el ruido de las ramas y el del río lejano, con tal desorden y precipitacion, que era para admirar á cualquiera el ver que el señor Cura siendo tan arreglado en todo, no hubiese puesto remedio en esto.

Hay en el centro un escaparate grande, bien grande, para guardar en los tres ó cuatro aparadores que él tiene, el dulce, chocolate, pan, la loza, los botellones y, en fin, cuanto cabe allí. No se meta usted, señor lector, á averiguar genealogías de un mueble de estos, porque pierde su tiempo. Hay quien opine que con el primer Cura vinieron algunos de los muebles que hay allí; la iglesia tiene en la portada un letrero que dice: AÑO DE 1794, con que haga usted cuenta y calcule la edad si le place. En el centro está una grande y macisa mesa, de la misma fábrica del escaparate histórico y por ahora no tiene mantel sino en la punta donde están los dos personajes. Hay sobre la mesa un botellon con agua, un pan delante de cada puesto, dos platos vacíos aún, y tratando de encerrar á éstos, el cuchillo cabiblanco, cuchara de plata y tenedor. Las sillas en que están sentados son macisas, pesadas, anchas y con asientos y espaldares de vaqueta estampada y en las cuales un muchacho desocupado podria divertirse dias enteros observando á un mono con levita hasta los piés y peluca ensartando á un toro que se deja hacer la caridad, con la mansedumbre más grande del mundo. Veria.....qué sabemos qué más veria.

Un perro negro lanudo y con largas orejas está sentado en los cuartos traseros y apoya la cabeza sobre la rodilla del Cura, quien distraido soba y juega con una de sus sedosas orejas. Un gato blanco envidioso de la suerte que le cabe al otro, pasa y repasa por debajo de las piernas de su amo frotándose y endureciendo el rabo contra cualquier objeto que encuentra.

Hé aquí todo.

Ahora, si usted gusta que echemos una ojeada al médico en tanto que traen la cena, le diremos que era jóven y de figura que prevenia en su favor á primera vista. Tenia cabello levemente ensortijado, que acostumbraba á partir por la mitad, dándole esto el aire de candor más particular. Esto, por supuesto, no impedía que su frente blanca y espaciosa dejase de verse en toda su amplitud; era de aquellas frentes que al contemplarlas parecen revelar ó trasluminar el talento. Ciertamente que hay frentes que se miran con respeto. Y en verdad que entre la del señor Cura, rugosa y que casi se prolongaba hasta la corona, y la del jóven lisa y brillante, no sabemos cuál impusiera más; para la una habia respeto y para la otra curiosa admiracion. No hablemos de las cejas cuasi blancas del Cura, porque queremos hacerles notar las del jóven que son negras y finas, ocultando ojos penetrantes y vivos que observan sin intencion. Habia en esos ojos aquellas miradas que aunque indiferentes, cuando se fijan parecen escudriñar hasta el fondo de lo que miran. Dos patillas negras que bajaban hasta más abajo de las mandíbulas, encuadraban la fisonomía en que lucian la boca regular y amparada por un pequeño mostacho, la barba cuadrada y garganta limpia. Un observador perspicaz habria notado que cuidaba mucho de sus manos y que como que estaba

orgulloso de ellas. Y si exceptuamos su pié fino y cuerpo elegante, por cierto que nada más hay que decir de él.

Pues bien, este jóven que tenia por nombre Camilo y por apellido Esguerra, habia concluido su carrera de médico con lucimiento en la capital de la República y salió á recorrer las poblaciones del Norte, hasta que halló con una ciudad importante donde resolvió quedarse. Estudioso y afortunado en su profesion, fino, franco y generoso en su trato, en ménos de nada se hizo á una posicion respetable y numerosas simpatías. Nadie pudo aborrecer nunca al doctor Esguerra.

Un muchacho llegó con una sopera que colocó sobre la mesa.

El Cura tomó el plato hondo que tenia al frente, sirvió y le alcanzó al huésped, quien se apresuró, dándole las gracias, á darle el vacío que tenia en su puesto.

—Yo lo esperaba á usted á comer, dijo el Cura rebanando un pedazo del pan, del que les dió al perro de un lado y al gato del otro; precaucion que debe tenerse presente, siempre que haya amigos tan íntimos como éstos.

—Y viendo que ya tardaba, por qué no comió usted? Eso le perjudica.

—Pues le diré; habria comido, pero con la barahunda de mandar lo necesario á donde aquella niña, y buscar á los cantores y músicos, se me pasó la hora, y no me acordé de nada.

—La administracion estuvo muy suntuosa por lo que veo.

—Hasta donde se pudo. Esa jóven es tan querida aquí, que todos se apresuraron á ofrecerme grátis sus servicios: músicos, cantores, cera, todo me lo han dado gratuitamente y con mucho gusto.

—Ha sido una fortuna.

Hubo un momento de pausa en que sólo se oía el rezongo del gato que mascaba un hueso y esto porque sospechaba que el perro habria de hacerle algun cariño para quitárselo. El Cura entonces tomó de la orilla del plato otro hueso y se lo dió al perro. Esto es lo que se llama equilibrio en las naciones: saberse repartir las presas.

—Y en qué piensa, señor doctor? preguntó el sacerdote al ver al médico tan pensativo.

—Pensaba en que si los sinapismos no hacen buen efecto, habrá que apelar á otra cosa más fuerte.

—Le aseguro á usted que me tiene inquieto eso; me parece que de un momento á otro habrán de venir á llamarnos.

—Es posible.

El Cura hizo señal al muchacho para que levantase los platos y en seguida tomó los trinchas para dividir una gallina que en una bandeja hacia la figura más triste para las gallinas probablemente, pero la más lisonjera para un hambriento.

—Permítame usted lo hago yo, se apresuró á decir el doctor Esguerra.

—No se moleste usted, yo hago esto, no con las reglas del arte, pero cuando hay buen apetito no se repara.

—Sin embargo, insisto en que me permita hacerlo.

—Vaya pues, contestó el Cura, y le alargó el trinche.

Las habilidades de la vida consisten en una serie de pequeños conocimientos, que muchos descuidan como inútiles, pero que á la mejor del tiempo notan que hacen falta en una ocasion dada. Gentes hay que no saben hacer un nudo en una cuerda. De la mayoría de mis lectores, habrá

quién sabe cuantos que no saben sino comer la gallina que les sirven ó que le buscan la coyuntura por la mitad del hueso. No es verdad? Póngase la mano en el corazon y conteste, querido lector ó lectora.

Por lo que hace al médico, parecia que tanto hubiese estudiado la anatomía del cuerpo humano como la de las aves; aquello fué un prodigio y limpieza que dejaron encantado al señor Cura que lo observaba con curiosidad.

—Qué presa le sirvo, señor Cura?

—Póngame usted media rabadilla y una ala.

—Muy buen gusto. Las alas tienen muy poco que comer, pero son de un sabor exquisito.

—No sé cómo haya quien se desviva por la pechuga de la gallina. Con excepcion de la del pavo, las tórtolas y patos, no me gusta ninguna otra.

—Es verdad.

—Se ha servido usted? Ahí tiene ensalada.

En este momento sonó la puerta de la calle, y la atencion de ambos se volvió involuntariamente al lugar de donde venia el ruido de los pasos.

Elías se presentó saludando.

—Qué hay? preguntó el Cura con ansiedad.

—Sigue en una postracion y decaimiento completos.

—Le pusieron los sinapismos? preguntó el médico.

—Sí, señor.

—Y no ha dado muestras de volver en sí?

—Continúa como les he dicho.

—Espera que ahora mismo nos iremos, dijo el Cura.

Algunos momentos despues iban por la plaza á buen paso el Cura y el médico adelante y Elías detras que los seguia de cerca.

En poco tiempo estuvieron en la casita. Todos tres entraron hasta la alcoba y los dos primeros se dirigieron á la cama de la enferma.

El médico le tomó uno de los brazos, desató la venda que aseguraba el sinapismo y habiendo mandado alcanzar la luz, trató de desprenderlo para ver el efecto. En este momento dió un suspiro y retiró el brazo; le habia levantado una ampolla enorme.

—Quitémosle los otros, ya basta, dijo.

Cuando las escoriaciones quedaron vivas, trató de incorporarse y dió una especie de quejido imperceptible.

—Empieza á volver? dijo el Cura al médico.

—Sí señor.

Lo primero que la enferma hizo fué hacer un movimiento como de si gustase un sabor amargo. Movié los brazos como para apartar algo que parecia incomodarle y con el esfuerzo dió un quejido agudo.

—Es que le duelen las ampollas que le han hecho el efecto de un cáustico, dijo el doctor.

Al oír esta voz abrió los ojos como con horror, con sorpresa ó disgusto. Paseó su mirada por sobre los circunstantes y luego la fijó con fiera interrogativa en el médico. Habia en aquella mirada la expresion vaga de un loco airado.

Luego al fijarla en álguien que habia detras de todos pareció serenarse y aún pudiera haberse interpretado cierto movimiento convulsivo como de una sonrisa comprimida.

—Qué quiere? Desea algo? preguntó el Cura con cariño paternal.

La enferma volvió á saborear é hizo como un esfuerzo para decir algo.

—Quiere agua? volvió á preguntar el Cura.

Una sonrisa significativa les hizo comprender que sí la deseaba.

—Un poco de agua pura y una cuchara, dijo el médico.

Esta voz desconocida volvió á impresionarla y fijó de nuevo su mirada adusta en él. Se observó luego y al verse algo descubierta quiso levantar la colcha, pero este esfuerzo la obligó á lanzar un grito agudo mirándose los brazos.

La madre llegó con el agua, que ella misma le prodigaba con cariño; á cada cucharada que recibía y pasaba con dificultad, miraba á su madre y sonreía tan dulcemente como un niño.

Aquella mujer parecía venir de otro mundo. Todo lo miraba con curiosidad y sorpresa, diríase que se recelaba de un peligro como por instinto más bien que por convicción. Era el temor del polluelo que por primera vez salta del nido á la rama vecina.

—Mi hijita, mi señorita, ¿está mejor? ¿Qué siente? Le duelen los brazos?

Un movimiento afirmativo para el cual tomó toda la dulzura de aquella alma angelical fué la respuesta para su madre.

Elías en tanto observaba hasta la más leve circunstancia. Su alma era un espejo en el que se reflejaban hasta los más leves movimientos de la enferma. El horror, la desconfianza, la indiferencia, el dolor, el cariño, el amor filial, todo, todo se repercutió allí con una celeridad asombrosa, no sin que el dolor tomase asiento en aquel pecho tan tímido. Me odiará? Se preguntaba interiormente. Le seré indiferente? Podrá amarme alguna vez? eran las preguntas que se hacía y que nadie sino su desconfianza le contestaba.

¿Por qué será que la mujer que ayer nos era indiferente toma tanto poder sobre nosotros en el acto en que se la ama? Por qué todo lo suyo nos interesa? Por qué el más leve movimiento se interpreta, la mirada más indiferente nos hiere llenándonos de consuelo ó de profunda tristeza? Por qué consiente el amante en atarse á la existencia ajena para seguirla con la mirada, con el pensamiento á donde quiera que va? Por qué consiente en ser la sombra de un cuerpo, que acaso ignora que lo siguen, cuerpo al que poco le importa que la sombra se le arrastre detrás, al paso que ella deriva su existencia de él?

—Observe usted, dijo el doctor á la madre, si tiene los piés frios.

—Como un granizo! Qué hielo tan horroroso!

—Entonces hay que calentárselos con un ladrillo ó con botellas, pero que sea pronto.

Cuando la madre intentó salir á dar la orden, ya Elías se había anticipado.

—Bueno fuera, dijo el Cura, que entretanto le frotaran los piés para abrigárselos.

La madre entonces pasó al extremo de la cama y empezó á darle una fricción.

—Ruth! Ruth! dijo el Cura dirigiéndose con cariño á la enferma. Viendo que no hacía demostración alguna, le movió la cabeza y volvió á llamarla; pero fué inútil.

—Mi hija! mi hija! llamó la madre moviéndola.

—Se ha vuelto á privar, dijo el médico, no sin que dejara de traslucírsele algo de desconsuelo y amargura.

—Tiene las manos rígidas y frias; vea usted, dijo el Cura al médico.

—Importa mucho mantenerla en calor. El ladrillo para los piés! dijo en voz alta.

—Aquí está, contestó una jóven que traía un burujo de trapos que parecía envolver algo.

—Hay aquí de qué hacer un cáustico? preguntó el médico.

—Desgraciadamente, nada se encuentra en este pueblo.

—Entonces hay necesidad de repetir los sinapismos en tanto que se proporciona el cáustico.

—Elías, dijo el Cura, si alguna cosa falta que vayan á casa á traerla.

Algo dejaron entrever el médico y el Cura, porque Elías se enjugó una lágrima con el anverso de la mano y la madre salió para la cocina sollozando amargamente.

IV

Volvemos á hallar al médico y al Cura en la casa; éste se pasea en la sala con las manos puestas atrás y la cabeza agachada, mientras que el otro escribe precipitadamente sobre una mesa que hay en uno de los ángulos de la pieza.

Sólo los pasos del Cura, el ruido de la pluma y el acompasado golpear de un gran reloj que hay colgado á la pared y cuyas pesas casi llegan al suelo, es lo que se oye allí. No habían pasado muchos minutos despues que la campana, de sonido agudo y claro, había dado las nueve.

—No ha venido aún? preguntó el médico sin alzar la vista.

—No, pero no tarda un momento, casi le oigo los pasos.

Volviéron á callar. El doctor alzó el papel en que había escrito y leyó mentalmente; luego lo dobló y sin intentar pegar la cubierta le puso sobreescrito.

—Vaya, pues, aquí está ya Elías, exclamó el Cura. Te vas ahora mismo para la ciudad, le dijo al verlo entrar.

—Sí señor.

—Pero mire usted que de su pronta vuelta depende todo, dijo el médico.

—Pierda usted cuidado.

—Vé pues á que ensillen mi mula, ahí está en la pesebrera.

—Acaso sería mejor que fuese en mi caballo, volvería más pronto, replicó el doctor.

—Las mulas son más duchas para caminar de noche y esta mañana conoce el camino á palmos.

—Es mejor ir en la mula del señor Cura, dijo Elías; al ménos la conozco ya.

—Bien, pues, ¿sabe usted dónde es mi botica?

—Sí señor.

—Pues entonces, dijo el doctor acercándose á Elías con el papel en la mano: golpea usted en la última ventana; mi dependiente le responderá. Diga que yo mando esa carta que urge mucho.

—Lo que él te dé lo traes inmediatamente; mira que importa.

—Lo sé, señor Cura.

—Son las nueve pasadas; ¿á qué horas estarás aquí?

—Si allá no me detienen, de once y media á doce estaré de vuelta.

—Pues que Dios te lleve con bien, hijo.

—En la detencion está el peligro, le dijo el doctor al tenderle la mano para despedirse.

—Afortunadamente á las diez ya hay luna, y la noche está serena, dijo el Cura al doctor, porque ya Elías se había ido á montar.

—Puede decirse que de él depende la vida de esa jóven, agregó el doctor Esguerra yendo á tomar un asiento.

Desde el momento en que Elías salió por la puerta que de la caba-lleriza da á la calle, empezó á vacilar acerca de si iria á la casa de Ruth, no á despedirse de ella, sino á verla siquiera ántes de partir. No se atre- via á pensar en que muriera durante el tiempo de su ausencia; pero no podia resistir al deseo de ver aquella mujer á quien había abandonado poco hacia.

Es innegable que sólo los que han amado pueden comprender lo que sea el cielo sostenido sólo con la presencia de Dios ó el infierno sin más castigo que su ausencia absoluta y sin esperanza. Para el que ama verda- deramente, los dias en presencia de su objeto son instantes, así como los instantes de ausencia son eternidades de una desesperacion absoluta.

—Debo volver pronto, se dijo, y partió resueltamente hácia el paso del rio. "Puede decirse que de él depende la vida de esa jóven," dijo el médico. Oh! su vida depende de mí, y eso acaso lo ignorará ella despues; pero poco importa, la salvaré si de mí depende, dijo, y picó la mula con las espuelas de tal suerte que pronto estuvo cortando la corriente que le- vantaba borbotones y daba al estribo. A poco andar empezó á ver que los peñascos y árboles del rio subian con precipitacion mientras que él descendia con la celeridad que las aguas llevaban.

—Si se habrá extraviado la mula, si habrá errado el paso? pensó; no puede ser porque ella es muy práctica. Pero, cómo es que bajo tan aprisa, Dios mio! Me ahogaré y no puedo salvarla. Madre mia, favorecedme! exclamó cogiéndose instintivamente de la cabeza de la silla con una mano mientras que con la otra procuraba guiar la bestia.

El agua empezó á subir y muy pronto sintió que la mula con la ca- beza alta y dando resoplidos trataba de nadar porque no podia hacer pié.

—Soy perdido! Quién sabe á dónde iré á dar! pensó. Hubo un mo- mento en que perdida la cabeza habría caido si no se hubiese afianzado en los estribos.

Dos ó tres sacudones muy fuertes siguieron y luego vió que ya esta- ba en seco. La escasa luz de las estrellas le hicieron ver que estaba en salvo, pero que de allí no podria salir con la bestia porque estaba en un ribazo guarnecido por un barranco. Sin perder tiempo se desmontó y tomando la mula de cabestro buscó salidero; pero en vano, era necesario volver á entrar al rio. Palpando más bien que viendo encontró por la parte de abajo un boquete por donde estaba ménos alto el barranco, su- bió por allí, tiró del cabestro hasta que la mula dió un brinco y quedó fuera.

—Bien, dijo, ahora hay que ir á buscar el camino. Montó y se dirigió al lugar hácia donde juzgaba que lo encontraria y pronto estuvo en él.

A buen paso anduvo un trecho escampado y plano que de uno á otro lado tiene unas cercas de piedra y luego llegó á un punto en que los árboles juntándose hacian de aquello un antro sin luz alguna. Hay allí uno de los puntos más deliciosos para pasear de dia, sobre todo en los

ardores del sol. De un lado y otro del camino perfectamente plano se ven plantíos de cacao con una multitud de árboles destinados á darle sombra no sólo á las plantas sino al camino, pues extendiendo sus ramas las en- tretejen formando una bóveda de verdura. Aquello disfrutado de dia es uno de los parajes más encantadores. Qué frescura! Qué quietud la que se disfruta allí!

Juzgue el lector por esta descripcion cuán medrosa y profunda seria la oscuridad que allí reinaba. Sin embargo, Elías entró resueltamente.

Cómo se abisma la imaginacion y recoge el espíritu en un punto de éstos!

Las luciérnagas brillando aquí y allí para apagarse luego, no hacian sino aumentar la incertidumbre, como los pequeños visos de una esperan- za lejana se pierden en la profundidad de la desgracia sin dejar rastro de consuelo alguno. Los ruidos de los insectos y demas animales aumen- taban el horror, pues parecian lanzados por endriagos amenazantes que increpaban al viajero su temeridad. Cuántos pensamientos siniestros se le acumularon en aquellos momentos! Tan pronto creia ver salir de entre las sombras para tomar forma á mil fantasmas que se le oponian, como se imaginaba ver á su amada Ruth entregada en brazos de la desesperacion y las agonías de la muerte. La veia allí tendida en el lecho mortuario con esa sonrisa de resignacion que sólo queda en los labios de los justos, y no pudiendo contener el llanto iba á enjugarse, cuando la mula retro- cedió espantada y bufando. Trató de volverla y forzarla, pero temblorosa se acercaba hasta cierto punto sin querer pasar de ahí. En vano se fijaba en lo que pudiera espantarla, porque mientras más sondeaba las tinieblas más se confundia. Dióle vuelta hácia otra parte hasta que por fin sintió que pasaba brincando por sobre la rama de un árbol que había caido.

Volvió á continuar su paso largo la bestia y él sus pensamientos fu- nestos. Por qué quien se cree en desgracia todo lo augura mal? Ah! que no hay peor desgracia que creerse desgraciado. La mayor parte de las in- felicidades consisten en el poco valor que se tiene para desecharlas.

Un cuarto de legua habría caminado por entre la oscuridad cuando sintió que los cascos de la mula producian ese sonido especial que se oye cuando las bestias herradas pisan arena ó cascajo con agua.

—Esta es la quebrada, dijo, ya pronto saldré de esta oscuridad. Efec- tivamente, no tardó en divisar una claridad que se dibujaba por entre las copas de los árboles; las brisas frescas de la llanura penetraron y tanto él como la bestia tomaron brio.

Al salir al campo raso lo primero que vió fué una luz lejana que como un consuelo brillaba fijamente en medio de la oscuridad. Juzgó fuera la de una venta que había á la orilla del camino y apuró pensando en que allí, en aquella choza aislada y miserable, serian más felices que él, pues se oia el ruido de un tiple y la voz de alguien que cantaba.

No tardó mucho en llegar al paraje en que se veia la luz. Efectiva- mente era una venta en la que había una multitud de gentes que venian del mercado. Dormian unos tendidos en el corredorcito de la casa con aquel abandono inerte que dan la embriaguez y el cansancio; otros do- blados sobre sus maletas hacian grupos caprichosos, y el resto se divertia en la tienda bailando, tocando y cantando ó bebiendo aguardiente.

Elías se detuvo apenas el tiempo suficiente para encender un tabaco, y trataba de seguir cuando el hombre á quien había pedido la candela le dijo:

—Y para dónde va el niño Elías á estas horas?

—Voy para la ciudad.

—Y por dónde pasa?

—Por qué?

—Estos maleteros que llegaron *ahorita* poco, dicen que la entrada á la quebrada se habia desvolcanado y que no habia paso.

—Y ellos por dónde pasaron?

—Eso sí quién sabe!

—Yo buscaré por dónde, dijo sin detenerse un momento más.

Los nubarrones negros que habia apostados sobre los cerros del lado del Oriente empezaron á clarearse tomando en los bordes un color plomizo que en partes casi se plateaba. El azul oscuro del cielo palideció y la luz blanquecina se difundió por todas partes.

Asomó al fin la luna por sobre el perfil de los cerros como si fuera "una hostia sagrada que las manos de un sacerdote invisible alzarán para ofrendarla al Eterno." En este momento las nubes se fueron disipando ó se retiraron en grupos más ó ménos caprichosos, porque no pudieron resistir la majestad de la callada reina de la noche.

El campo quedó alumbrado.

Cuán siniestra es la melancólica luz de la luna para las almas que sufren! No parece sino que sus rayos traen una lluvia de melancolía que baña el corazon haciéndolo entristecer agradablemente unas veces y haciendo llegar el llanto á los ojos otras.

Inútil es decir que á Elías le comprimió el corazon la triste belleza de los campos. Para otro, aquello habria sido motivo de una mística contemplación; para él fué causa para avivar sus dudas, sus desesperanzas, sus agonías é incertidumbres.

Quedaren los cerros perfectamente alumbrados en las mesetas y perfiles miéntras que sus quiebras guardaban las sombras que parecían haberse refugiado allí para salir cuando se hubiese ido la importuna luz que las ahuyentaba. Descubriáanse por otra partellanuras como bañadas por algo silencioso y tranquilo; nada de movimiento, nada de vida se notaba en todo el espacio que ellas presentaban. Más cerca y como guardando el camino estaban los bosques en los que la luz hacia destacar árboles corpulentos y elevadas palmas que nada movía; nada, pues de las brisas ni un soplo habia vuelto á llegar. Pero si de las copas de los árboles se hacia descender la vista, entónces la imaginación se detenía asustada ante la oscuridad tanto más contrastable, cuanto que la luz parecia hacerla condensada y profunda.

La mula empezó á descender por un callejon profundo y angosto que conducia á la quebrada. Temeroso de encontrar algun obstáculo empezó el jinete á acortar el paso hasta que llegó á las aguas. No era cierto que se hubiese desvolcanado nada. Salido de allí y de un pequeño bosque que hay despues empezó á subir por una pendiente suave y desde cuya cima se ve la ciudad.

No es fácil explicar la impresion que se siente cuando se llega á una poblacion tarde de la noche y en una noche de luna. Las ciudades parecen muertas. Las torres y ángulos más prominentes de los edificios se destacan, tomando en partes un baño blanco pálido que les da una triste hermosura, y en otras partes se hunden entre sombras que parecen escombradas. Es entónces cuando el silencio habla más alto porque en las largas

calles no hay movimiento, porque en las casas no hay ruido, porque en el aire no hay nada que se mueva ni zumbe. Cuando se llega por primera vez, cómo trabaja la imaginación en crearse edificios suntuosos y largas galerías! Allí se ve una azotea, acá un jardín, más allá una balaustrada, acullá un palacio; donde se vea una luz, hay un festín y en medio de todo esto se suponen gentes felices, riquezas ingentes y felicidades que acaso lo esperan para salirle al paso. Necios de nosotros que inventamos la suntuosidad para poder engañar nuestra propia miseria!

Pero ya oímos las pisadas de la mula en los empedrados de las primeras calles. Dejemos seguir al viajero y nosotros volvamos á otra parte.

V

De la puerta de la salita que daba hácia el patio habria unos ocho pasos para llegar á la cocina. Esta estaba separada y bajo un tamarindo que la cubria con sus ramas. Era estrecha, húmeda, ahumada y oscura. En medio de tres piedras estaba la hoguera, hácia un lado una gran piedra de moler, alguna que otra vasija se veia por ahí y como que nada más se podia enumerar.

Al presente la hoguera estaba alumbrando y dando calor á una vasija que habia sobre las llamas. Cerca estaba sentada una mujer que á cada rato quitaba de la boca de la vasija un pocillo con que habia tapado el agua que esperaba ver si ya hervia. Con un cuero unas veces, y otras con la boca procuraba avivar el fuego.

—Ya no vienen aquellas con el agua, dijo, como si álguien la oyese. Despues de un rato de silencio, un ruido la hizo poner atencion.

—Señor! contestó y salió corriendo.

El Cura la esperaba ya en la puerta.

—Qué hacemos? dijo éste; acaso haya necesidad de ir preparando algo.

—No me lo diga! exclamó la mujer con desesperación.

—Poca esperanza tenemos. Nada le hacen las aplicaciones. Dónde están aquellas niñas?

—Se fueron al río á traer un viaje de agua, pero no dilatan un credo ya.

—Por lo que hace al cajon lo hará Elías, pero la toca deben coserla las muchachas.

La mujer se cubrió con el pañuelo que tenia en el pecho y se fué conteniendo un grito desgarrador que fué á estallar en la cocina.

El Cura volvió á entrar y se arrió al borde de la cama.

—Qué hay? preguntó paso al médico que habia tomado el asiento de la cabecera para observar de cerca.

—Nada; el pulso decae, contestó el doctor en el mismo tono secreto.

Luégo sacó el Cura su reloj del bolsillo y dijo:

—No tarda Elías.

—Dios lo quiera! Es la única esperanza que me queda.

—Cómo no ha de hacer la Virgen este milagro!

Volvieron á callar.

—Ay Dios mio! gritaron en la cocina, y luégo otras voces femeniles hacian imprecaciones desesperantes.

—Hermana de mi alma!

—Hija de mis entrañas!

Estos gritos conmovieron tanto al Cura y al médico que no pudieron ménos de meditar mirando aquella jóven sin indicio de vida alguno.

Salió el Cura luego con una vela encendida que colocó en el altar que habia servido para la administracion, y despues de haberse hincado oró en silencio; el doctor entre tanto apoyó la frente en la palma de la mano y meditó. Así estuvieron largo rato hasta que el médico salió hacia la puerta de la calle porque tenia necesidad de aire y expansion. Se preguntaba á sí mismo por qué tanto interes por una persona á quien no conocia y á quien no habia oido hablar nunca, sin que pudiera darse cuenta de ello, y aunque procuraba despreocuparse no podia conseguirlo y se mortificaba al pensar en que no pudiera salvar á esa jóven.

—Señor doctor! llamó precipitadamente el Cura. Venga usted porque segun parece va á espirar.

—Qué dice usted? respondió arrebatadamente.

Los dos entraron y con una luz que llevaba el Cura vieron que la enferma habia vuelto los ojos y que una respiracion anhelante la fatigaba. Los labios entreabiertos y pálidos habian tomado una expresion de dolor indefinible, las mejillas parecieron enjuntarse y la ojera azulosa se hizo más notable.

El primer cuidado del médico fué tomarle el pulso y mirar el reloj.

—Señor Cura, procuremos enderezarla. Ayúdeme.

Colocóse el doctor por el frente y tomándola por las manos trató de levantarla, en tanto que el Cura la ayudaba por la espalda. En este momento dió un suspiro y manifestó con un movimiento anhelante la falta de aire que la asfixiaba.

Varias veces le dirigieron la palabra, pero entónces cerró los ojos y dejó caer la cabeza descoyuntada sobre uno de sus hombros. El Cura le tomó la cabeza con una mano, apoyó el cuerpo contra su pecho y se sentó á sostenerla en esta posicion.

Un ronquido que parecia salir del fondo del pecho alarmó á uno y otro y por el momento creyeron que moriria.

En este instante entró la madre, quien á una indicacion del Cura se pasó á apoyarla, y él poniéndose una estola se colocó delante á rezar á média voz.

El médico dejó caer la cabeza sobre la mano y quedó como sumergido en un abismo de amargura, el Cura con la voz entrecortada rezaba en un libro y la madre lloraba ocultando la cara entre el cabello rubio de su hija que tenia en abandono por la espalda.

La luz palideció, y aquel cuadro silencioso y terrible era sólo alumbrado por una luz casi muerta como la esperanza de los que allí habia.

Cuán lentamente pasa el tiempo cuando se halla el corazon sumergido en un mar de desesperacion!

En este instante sonaron las pisadas de una bestia herrada que luego paró á la puerta.

—Elías! dijeron todos á un mismo tiempo.

El Cura y el médico salieron á la puerta.

—He llegado á tiempo? preguntó el recién venido con ansiedad.

—Sí, contestó el doctor. Ha traído todo lo que pedí?

—Sí, señor, aquí tiene usted lo que me entregaron.

—Actividad, pues, y la salvamos. Média hora más y habria sido tarde.

—Bendito sea Dios, dijo el Cura. Elías, vete á casa á llevar la mula

y vuelve pronto porque acaso seas necesario, y dile al muchacho que venga inmediatamente.

No se atrevió Elías á entrar, y partió con la esperanza de volver inmediatamente. No sabia que de un momento á otro podia encontrarla muerta!

VI

En la casa cural hay un departamento alto que se destina ordinariamente para alojar á las personas que de alguna importancia vienen á visitar al Cura. Un balcon largo y ancho que da hacia el Oriente, tiene en uno de sus extremos un gabinete de lectura y en el otro un departamento para baño. El mencionado balcon da vista precisamente hacia las huertas que se extienden resguardadas por paredes hasta llegar al rio; de allí se ve tambien el corral para las aves, las pesebreras y demas departamentos interiores. Pero si se quiere apartar de ahí la vista, puede extenderse hasta encontrar los cerros que limitan el horizonte y las montañas de donde parece venir el rio; la imaginacion y la vista tienen allí, pues, donde expandirse.

La mañana no estuvo despejada; las nieblas no quisieron levantarse temprano y á las siete todavía reposaban sobre los cerros, los campos y el rio.

Los tres toques á misa dados casi sin intervalo alguno hicieron levantar al doctor Esguerra.

A medio vestir salió al balcon para bañarse, pero involuntariamente se quedó allí acodado en la baranda, fijo é inmóvil como una estatua. Su alma habia recibido la impresion de aquella naturaleza velada por una luz entristecida y medio oculta por la descolorida niebla y no pudo ménos que meditar.

Una hora despues estaban en el comedor tomando el desayuno el Cura y su huésped. Por una de aquellas transiciones de los climas cálidos, la mañana habia cambiado, y así era que los rayos del sol matutino entraban por la ventana que daba á la huerta, y alumbrando una parte del mantel iban luego á reflejarse por refraccion en la cara de los dos amigos. Cualquier observador habria notado en la fisonomía del doctor Esguerra una transicion notable, transicion que él no podia ocultar, y que le daba un aspecto más simpático. Cuando llamándose á cuentas se preguntaba la causa de aquello, lo atribuia como para engañarse á sí mismo, á la vigilia de la noche anterior y á los esfuerzos mentales que en aquella lucha habia tenido para aliviar á su enferma. Pensaba con tristeza en la suerte infortunada de la jóven y como que se complacia con la esperanza de poderla aliviar algun dia.

La conversacion naturalmente trajo desde el principio un mismo objeto, y no podia ser otro que el resultado de la noche anterior.

—Sí, dijo el Cura, Elías me cuenta que despues de que nosotros nos vinimos, durmió aunque con sobresaltos y fatiga hasta que empezó á venir el dia. De entónces para acá como que ha sido más tranquilo el sueño. El se vino á las seis, y segun dice aún no habia despertado.

—Por supuesto que ese jóven no habrá dormido.

—Imposible! Se la ha pasado velando á la orilla de la cama. Elías la adora, y seria capaz de sacrificar su existencia por ella.

—Creo haberle dicho á usted que ella es una jóven muy circumspecta

por una parte, y por otra él es muy tímido, así es que por lo que entiendo, él está tan en duda como al principio.

El Cura observó que después de un momento, su amigo había fijado la vista sobre el mantel y que por su aspecto y abstracción era seguro que meditaba. Estaba en uno de aquellos momentos en que la vista se clava en cualquier objeto, pero en que la mirada no escudriña; momento en que parece que el alma se escapa dejando solo al cuerpo para ir á buscar un ideal, otra alma con la cual pueda refundirse para formar una sola. Hay un concierto que sólo Dios ha podido concebir y cuyas armonías pueblan el universo en variaciones infinitas; ese concierto está en la unión de las almas que, al comprenderse, elevan en acordes melodiosos sus voces de amor para ensalzar al Eterno.

Con un movimiento rápido pareció despertar y dijo:

—Quiere usted que nos vayamos ya á ver á la enferma?

—Cuando guste.

—Vámonos, pues, deseo saber cómo está hoy.

—Pero sí parece que está fuera de peligro.

—Sí, yo lo creo.

Cuando llegaron á la casucha llamaron por todas partes y á nadie hallaron. Se habían ido al río á bañarse dejando sola á la enferma.

El Cura entró á la alcoba, entreabrió una ventanita sumamente pequeña que daba hacia la calle, y á beneficio de la poca luz que entró examinó á la enferma. Estaba dormida.

—Doctor! dijo en voz baja. Entre.

El médico acercándose la contempló.

El aspecto morbosos había desaparecido y en su semblante se notaba la tranquilidad de un sueño sin sufrimiento.

Pocos serán los que al acercarse á una joven dormida no hayan sentido una respetuosa adoración. Oh! el sueño de una virgen debe de ser la visión del paraíso que la mujer perdió y que en vano anhela realizar aquí.

—Déjmosla dormir, decía el médico lo más paso posible, cuando despertó.

En vez de manifestarse sorprendida ó disgustada sonrió tan dulcemente que pareció revelar en su sonrisa algo del cielo con que acababa de soñar.

—Señor Cura, dijo con acento dulce y cadencioso; cuánto le debo! Usted es mi padre, si no fuera por usted yo no existiría. Y el señor doctor? dijo dirigiéndose al médico; mucho le ha dado que hacer su enferma; no es así?

—No, señorita, lo único que siento es no haberla podido aliviar tan pronto como deseábamos.

—Esta mañana me contaron cuando volví en mí, que ustedes no habían descansado ni un momento. Dios les recompensará esta buena obra, ya que yo no puedo.

—No pienses en eso, hija mía, lo que importa es que ahora estés tranquila para que tu reposición sea pronta y segura.

El doctor no se cansaba de mirarla ni de oírla, parecía que cada una de sus palabras le penetraba poco á poco con una dulzura desconocida.

En este momento entró Elías.

—Y el pobre de Elías, cuánto ha trabajado! dijo Ruth al verlo en-

trar. Imagínense que anoche lo iba arrastrando el río y luego se ha estado aquí al lado de mi cama con la ropa húmeda hasta esta mañana. Cuidese, le dijo con un acento de interés y cariño tal, que el joven sintió renacer en su corazón una esperanza que le recompensó todos sus sufrimientos.

—No nos habías contado nada de eso, dijo el Cura. Por qué no te mudaste?

—Por no ir hasta casa.

—Y cómo fué eso del río que no sabíamos?

—Pues que la mula erró el paso y el agua nos arrastró hasta cerca del remolino!

—Ave María!

—Señor doctor, dijo la enferma con su habitual amabilidad, ahora no me abandonará tan pronto, no? Mire que si usted se va me muero.

—No señorita, contestó con interés, aquí estaré hasta que usted esté bien repuesta, pierda cuidado por eso.

—Y que un amigo como éste.....sí, no lo encuentras igual, dijo el Cura á Ruth. Tú todavía no sabes cuánto le debemos. Hoy no contarías el cuento si no hubiera sido por él.

—Dios lo premie y si algo vale mi gratitud, ya que no tengo otra cosa, que cuente con ella que será eterna.

Elías se ruborizó y bajó la vista y el médico contestó lleno de satisfacción:

—Eso para mí es la mejor recompensa que se me puede ofrecer en esta vida.

En este momento se presentaron la madre y las otras dos hijas. Después del saludo dijo una de ellas:

—Gracias á Dios que ya está *mejorcita*, pues nos ha tenido en todos estos días sólo haciéndole remedios y no hemos vuelto á coger oficio ninguno.

—Sí, dijo la madre, con tono que tanto participaba de la chanza como de la seriedad; que se aliente pronto y nos ayude, porque esa vida así.....que la aguante otra, ya no puedo más.

Ruth trató de disimular la frase algo dura de su madre, y con una de sus sonrisas que dirigió al doctor Esguerra contestó:

—Sí, mamita, el señor doctor me ha prometido que no se irá hasta que no esté repuesta.

—Ahora sí te la sacaste! Es decir que él se estará aquí hasta que te dé la gana! Cuál es el sueldo que tienes para darle?

—Ella pronto estará bien, contestó él con dulzura; no será mucho lo que tenga que esperar! digo si no se expone á una recaída que le sería funesta.

—Nada! El pobre como pobre, si se está ahí calentando la cama, más se enferma.

—Es verdad! dijo una de las otras hijas. Nosotras cuando llegamos á estar enfermas no hacemos cama y aquí estamos. Qué ha de tener ella más que nosotras? Que se deje de cuidados y verá si en esto está alentada.

El Cura salió con disimulo y llamó á la madre para decirle:

—Es necesario llevarla con paciencia por ahora; apenas acaba de hacer crisis el mal, no es prudente contrariarla ni hacerla levantar. Alimentenla. Tome este peso y mande á casa por lo demás que necesite. Ella al fin se alentará y podrá ayudarles en algo.

—Pero no ve usted, señor Cura, que la miseria nos come? Ya llevamos más de ocho días de no hacer oficio chico ni grande y para mejor adobar, *aquel* no parece. Acaso hemos vuelto á saber de él?

—No se le dé nada, Dios no les faltará.

Doña Ines, madre de esta familia, era alta, recta y tan enjuta que podían contársele todos los huesos al traves de su piel amarillenta y rugosa. Aunque carecía de pelo, su frente era pequeña é inclinada hácia atras. Los ojos pardos y cuencosos se le movían con inquietud en las órbitas y, según parecía, ni en su juventud habrían tenido una mirada cariñosa. La nariz era arqueada y la boca de labios sumamente delgados que formaban á cada extremo de ellos una arruga que denotaba la acritud y mal humor continuos. Los dedos de las manos eran largos, delgados y ñudosos. Tenía el habla precipitada y no podía conversar sino gritando.

Las otras dos hijas llamadas Paula é Isabel, aunque jóvenes, parecían haber precipitado su juventud en los desvíos de una vida no muy sana. Participaban de los rasgos más notables de la raza norteamericana, sin que dejase de notarse algo de lo desenvuelto de la madre. Ninguna de ellas había recibido educación alguna.

Generalmente en el pueblo se les temía porque eran camorristas y rencilleras. Constantemente estaban peleando con todos y cuando no había con quién, ellas mismas armaban camorras terribles.

Por fortuna los dos hijos varones, después de haber cometido varios delitos por los cuales habían estado presos, se habían ido para huir de la acción de la justicia que los perseguía por otras causas que tenían pendientes.

Cuando el Cura entró á despedirse, Ruth le dijo:

—He ofrecido una promesa á la Virgen de los Desamparados para cuando esté buena. Inmediatamente que pueda pararme iré á la iglesia.

—Bueno, mi hija, le diremos la misa. Elías se encargará de la composición del altar y tocará el órgano.

—Cómo no, si es tan bueno conmigo! le dijo Ruth al pobre enamorado que ni se atrevía á hablar porque temía ofenderla.

—Y á mí que me toca? preguntó el doctor Esguerra en tono de chanza.

—Pues usted, señor doctor, adornará la función con su presencia y rogará á Dios por su enferma.

—Muy bien.

—Mira, volvió á decir el Cura, cuando estés repuesta te llevaremos á mi estancia para que te fortalezcas y distraigas. El señor doctor nos acompañará. Ahora es el tiempo de coger el maíz y tú te distraerás observando todas esas faenas que en los Estados Unidos no verías. Ya verás cuán contenta vas á estar.

—Mucho le convendría el ejercicio, y la distracción sobre todo, dijo el doctor Esguerra.

Con su aire de bondad y mansedumbre, el Cura, aprovechándose de la ausencia de la madre y las hermanas, le pintó unos cuantos planes que tenía para cuando estuviese en salud y en todos ellos se proponía distraerla de la idea que probablemente le atormentaría, de tener que sufrir las imprudencias de su familia. Ante esta perspectiva la enferma sonreía con la inocencia y confianza con que se engaña el convaleciente que tanto se promete para cuando esté sano.

La imaginación de un convaleciente que ha estado en peligro de

muerte, así como la de un niño, se forma un porvenir tan halagüeño, tan lleno de esperanzas como si por primera vez empezara á conocer el mundo. Se imagina cándidamente que ya ha dejado atrás los desengaños dolorosos y las negras penalidades y se finge una nueva vida que habrá de correr suave y tranquilamente en el resto de sus días. Tales eran al menos los pensamientos de la joven Ruth, pensamientos que iluminaban con su luz celestial las esperanzas lejanas de algo que presentía pero que no se atrevía á realizar en sus planes para la vida futura. Y era tal su confianza, que ni aún lo palpable de la presente situación en medio de su familia la hacía desconfiar de sus encantadores castillos. Qué pensaba? Cuál era su porvenir? Ella misma no lo sabía; pero confiaba en su virtud, en su buen proceder, en sus buenas relaciones con el señor Cura, quien tanto la había fortificado; confiaba en Dios y en la rectitud de su conciencia.

—Qué estimable me parece esta joven, dijo el doctor Esguerra al Cura cuando iban ya de vuelta para la casa.

—Lo que puedo asegurar, contestó éste, es que pocas mujeres he conocido de las prendas de esa niña. Tan inocente, tan amable, tan virtuosa, tan dulce, y sobre todo, tan hermosa, sin pretensiones; como ésta habrá muy pocas. Y entienda que la educación que recibió en los Estados Unidos es sólida.

—Y casi perdida aquí; no es cierto?

—Así es, el teatro de ella está en otra parte. Habla idiomas extranjeros con propiedad, y ya ve usted con qué facilidad en poco tiempo ha aprendido el español. Cuando ella llegó aquí no entendía casi nada, porque desde muy pequeña estuvo en los Estados Unidos. Agregue usted á esto que toca el piano con perfección y canta como un canario. Oh! qué voz tan dulce! Qué suavidad y cadencia tan admirables! Eh! dijo con aflicción; tristeza me da el pensar cuál sea el porvenir de esa pobre criatura. Pero en fin, Dios la protegerá.

—Ciertamente que condele la suerte de esa joven.

—Y mire usted: aquí el mejor partido que puede proporcionársele es el casamiento con Elías. Es buen muchacho, honrado, trabajador y sobre todo, que la adoraría en extremo; pero no es eso lo suficiente en mi concepto; las condiciones son desiguales y ella tendría que descender mucho para igualarse á él, y esta degradación malea, no hay duda, el espíritu lo que busca es otro que se le acerque y al cual pueda asimilarse. Es menester buscar lazos más firmes que el amor cuando se intenta correr una vida más duradera que la que proporciona el desarrollo de una pasión.

—En cualquiera otra parte y con otra familia, esa señorita obtendría un partido brillante. La creo acreedora á mejor suerte, dijo el doctor con aire distraído.

—No hay duda.

VII

Cuatro días han pasado. El señor Cura se encuentra en su pieza abriendo una carta que le acaba de llegar. Luégo que desgarró la cubierta busca los anteojos en todos los bolsillos y en seguida sobre la mesa de escritorio que tiene á la mano, olvidando que se los había subido á la frente. Con la ansiedad que era de suponerse, puesto que ya sabía de

¿quién es, empieza la lectura apenas encuentra los anteojos. La carta dice así:

“Mi estimado amigo: ¿A quién otro que á usted puedo abrirle mi corazón? Me hallo en una situación excepcional de mi vida. No sé por dónde pueda empezar á contarle esto que se ha apoderado de mí y que me sigue día y noche; yo no vivo ya sino para un sólo objeto; soy una especie de autómatas que obra según una idea, un pensamiento fijo que no se me separa. Si llego á ser contrariado, no sé qué será de mí. En una palabra, mi buen amigo, amo á Ruth! Qué esperanza puedo yo abrigar de que aquella mujer pueda amarme? Ninguna. Acaso ella desdén unirse su suerte á la de un hombre á quien no conoce bastante para poderlo juzgar; acaso se haya formado la idea de un porvenir que yo no puedo realizarle, si bien yo sería capaz de todo por complacerla.

“Cuánto he pensado en esto! Qué de ilusiones me hago día y noche acerca de la vida que pasaría al lado de aquel ángel. Cuán dulcemente se deslizarian las horas viviendo yo para protegerla y ella para animarme encantándose con su bondad! Pero ella no me ama y parece que sonríe indiferente á cuanto aquí la rodea. Estoy celoso, porque ella debe haber amado á otro y acaso lo ame aún. Ah! esto sería el colmo de mi desgracia.

“No comprendo por qué la imaginación se complace en inventar la peor situación para atormentarme. Usted no lo creerá, pero he tenido momentos en que rebotando la amargura ha llegado hasta mis ojos; he llorado por ella; por ella que ni aún siquiera habrá dedicado un pensamiento para quien no la olvida.

“La noche antes de venirme le dije temblando algo que le diera á comprender mi pasión, y cuando esperaba una palabra que me animara, la ví que ruborizada habia bajado la vista. Le repetí mi pregunta y entonces con los ojos húmedos se fijó en mí y luego volvió á bajar la mirada. Pero ni una palabra pude volverle á oír.

“Aconséjeme usted, mi amigo, qué debo hacer; estoy loco, desesperado; amo, y amo sin consuelo aún. Esa mujer forma ya parte de mi mismo ser. Tendría que arrancarme el corazón si llegase á recibir una negativa para no morir en la desesperación. Dios mío, esta idea me aterra y me hace estremecer! Qué sería de mí? A dónde me iría á ocultar mi desgracia? Qué horrible es tener una duda como ésta que me atormenta! Si una idea de esta clase fuera duradera, el hombre moriría al impulso de ella; pero afortunadamente el hebetamiento acaba por ahogar todo sentimiento superior á las fuerzas humanas.

“Usted que es hombre de experiencia y conoce el corazón humano, dígame qué debo hacer; deme un consuelo y alivie á este su desgraciado amigo.

“Mañana estaré allá para cumplir con la promesa que le hice á ella de asistir á la misa pasado mañana. Ojalá dé usted algún paso y sondee las cosas. De usted lo espero todo.

“Su amigo que lo estima, CAMILO ESGUERRA.”

—Qué va á ser de aquel pobre muchacho! exclamó el Cura soltando la carta sobre la mesa.

Después se puso á meditar. Por una parte media la carrera brillante que se le abría á Ruth uniéndose al joven Esguerra, pero por otra calcu-

laba la profunda desgracia que le sobrevenia á Elías. Qué hacer? No habia duda entre los dos partidos; la felicidad de la joven estaba primero que todo. Pero, ¿y tengo yo seguridad, se preguntaba, de que ella ame al doctor? No es posible que exista ya una pasión arraigada hacia Elías? Preciso es averiguar esto antes que dar cualquiera otro paso. Pero cómo hacerlo? De qué medio me valgo? Válgame Dios! decia doblándose el labio inferior, cosa que hacia siempre que tenia algún asunto serio entre manos. Cómo enmiendo yo esto? Habráse visto situación más apurada? Pero en fin, Dios sabrá qué hace con este pobre, dijo, y se puso á pasear á lo largo de la pieza con las manos puestas atrás.

Precisamente á la hora en que esto sucedia en casa del Cura, pasaban las escenas que vamos á narrar en otra parte á donde llevaremos al lector, perdonándonos que lo tengamos para aquí y para allí como pelota de muchacho.

Para ir de la casucha en donde Ruth vivia al río habia á lo sumo media cuadra. Por entre un bosquecillo formado por árboles de cacao, anacos y caracolies, serpenteaba una vereda que partia precisamente de la puerta de la cocina é iba á terminar en la playa.

Serian las once de la mañana; el sol caia verticalmente abrasándolo todo. Sentíase ese sopor en que cae la naturaleza á tales horas en los climas cálidos. No parecia sino que hasta las brisas se ocultaban en las arboledas ó se tendian mansamente sobre las aguas para refrescarse. La arena reverberaba, y vista de lejos parecia arrojar olas transparentes que se movian como animadas por un soplo apenas perceptible.

A esta hora se dirigia Ruth hacia el río. Intentaremos describirla. Si algún nombre puede dar idea del personaje, ninguno mejor que el que esta joven llevaba; podria haber representado á la espigadora bíblica. Desde su cabeza coronada de cabellos rubios hasta su blanco pié calzado con una alpargata que arrastraba suavemente, era toda ella la representación de una de aquellas mujeres orientales que las leyendas bíblicas nos pintan con tan vivos colores. Su tallo esbelto y bien contorneado, cubierto ahora con un traje de muselina blanca, su porte majestuoso y digno que no afeaba la presunción y que antes sí adornaban la inocencia y el candor, hacian de ella una de esas mujeres que admiran é imponen respeto á primera vista. Cuánta dulzura tenia en la mirada! Frecuentemente fijaba sus grandes ojos azules en la persona con quien hablaba y parecia bañarla con lo celestial de su mirada; pero luego bajaba sus párpados dulcemente como si se hubiese arrepentido de haber arrojado tanta luz, como si temiera haber dejado entrever el candor de su alma. Tenia la barba redonda y un poco pronunciada como la de los bustos griegos, y los labios con delineamientos bien acentuados y ligeros hoyuelos en las extremidades que anunciaban una sonrisa apacible aún en sus momentos de solitarios tormentos. Podia expiarse el momento de oirla hablar por gozar de lo suave y melodioso de su voz y por admirar su dentadura tan blanca é igual como si hubiese sido hecha por un artífice.

Después de haber caminado la vereda fué á sentarse al pié de un tronco nudoso que extendia sus ramas hasta hacer sombra en las aguas del río.

Nótase que hay una tendencia irresistible en el que sufre al aislamiento; y es porque el dolor halla un lenitivo en el llanto, es porque el alma necesita de expansiones que no encuentra en medio de las risas de un mundo indiferente.

Cuán bien se sentía en aquel sitio! Tan pronto se fijaba en el canto gemebundo de las palomas silvestres que se retiran á lo profundo del bosque á lamentarse, como en el chirrido de la chicharra empalagosa; miraba la hoja de algun árbol que se movía con inquietud cuando las otras permanecían sin movimiento alguno, y se preguntaba cuál sería la causa de aquello que ella veía como señal de un sufrimiento oculto. Fijaba á veces la vista en las aguas, y como si su constante rodar, su incansable ruido tuviesen el poder de arrastrar la imaginación, se abstraía en sus pensamientos tiernos ahora, gratos después, pero siempre llenos de melancolía.

Un soplo repentino de las brisas que parecieron levantarse del río, subió á las copas de los árboles, hizo estremecer las ramas arrancándoles un murmullo, y luego arrojó una lluvia de hojas amarillentas de un anaco que empezaba á vestirse con su ropaje de flores.

—Así van cayendo mis días en un abismo de amargura, pensó al ver las hojas que daban vueltas en espiral como para retardar la caída á la corriente, que inexorable las recibía para confundirlas en sus turbiones espumosos.

Quien hubiese visto aquella joven inmóvil, como una estatua y en actitud tan melancólica, podría haberse preguntado por qué sufriría quien con tanto derecho debía esperar la felicidad? sin embargo, en el fondo de su alma había algo como un presentimiento, había una pena continua causada por una contradicción. Amaba á su madre y hermanos, pero no podía menos que pensar en que ellos serían la causa de su desgracia, y á tanto llegó su martirio que pensó en que mejor le hubiera sido haber muerto de la enfermedad que acababa de pasar.

El ruido de las fuentes y de los ríos tiene cierto poder incógnito que adormece arrullando, que distrae lentamente con su charlar estrepitoso, con su movimiento continuo. Es allí donde las aves solitarias toman puesto para pasar horas enteras, acaso esperando á su compañera que habrá caído al golpe de certero cazador; es allí donde el amante solitario vaga sin consuelo alguno y derrama lágrimas que embebe la arena de la playa y donde pronuncia el nombre que ningún oído ha escuchado de sus labios.

Sumida en sus pensamientos se había olvidado la joven de todo, cuando un ruido cercano la hizo volver en sí.

—Elías! dijo sorprendida. Usted por aquí?

—Sí, señorita, contestó el joven; vengo de la estancia.

—Qué lirios tan lindos! Qué flores tan preciosas! A quién las destina?

—No calcula para quién sean?

—En verdad que no lo sé, contestó Ruth con aquel ademán de quien intenta esquivar una galantería.

—Nadie mejor que usted puede adivinarlo.

—Y sin embargo no lo sé.

—Son para la Virgen. No recuerda que mañana es la misa?

Si Ruth hubiera oído decir de los labios de Elías que eran para ella, se habría ruborizado y conmovido menos que oír decir aquello, hecho por ella, dueño ya de todas las acciones del joven.

No pudiendo contestar por lo pronto otra cosa, le dijo con el acento de bondad tan característico en ella:

—La Virgen le recompensará sus buenas obras. ¿Y desde qué horas está por allá? De muy lejos viene?

—No mucho. No es tan lejos la estancia; de allá se vienen al primer toque de misa y llegan aquí cuando no han dado el tercero.

—Y qué cosechan allá? Hay cacao?

—Pues tengo la vega del río sembrada toda de cacao que empieza á producir, fuera de otras matas que he limpiado, porque estaban entre el monte cuando tomé la estancia y que ahora cargan mucho. En lo alto siembro la legumbre para el gasto y en las faldas del cerro hay café que ahora está echando la primera flor.

—Caro será el arrendamiento, no?

—No, señorita, yo la compré y hace un año que hice el último pago.

—Y cuándo vamos? preguntó sencillamente la joven. Si yo pudiera pasar unos días fuera de aquí.....

—En su voluntad está, se atrevió á decir Elías, el vivir toda la vida si quiere.

Tales palabras, que fueron recibidas por Ruth con todo el sentido que el joven había querido darles, la hicieron ruborizar tanto, que bajó la vista y empezó á despedazar distraída la hoja más cercana que hubo á la mano. Era la primera vez que Elías se atrevía á decir algo que pudiese revelar sus intenciones. Con todo, ó no se apercibió de nada, ó quiso continuar su relación, porque dijo inmediatamente:

—Muchas ofertas me han hecho por mi estancita, pero yo no he querido salir de ella. La posición no puede ser más pintoresca, el terreno más fértil ni el clima más suave. Mire, dijo extendiendo el brazo: allá donde el cerro hace un recodo se ataja el río y tuerce para la izquierda; más acá se ven las copas de unos anacos llenos de flores; los ve?

—Sí, dijo Ruth tratando de alzar la vista en la dirección que le señalaba el joven.

—Pues esos árboles son de mi cacaotal. Allá el río, continuó, es tan manso que en algunas partes no se le ve correr, sobre todo en uno donde hay un pozo sombreado por guamos que agachan las ramas hasta casi tocar el agua.

—Qué bueno será el baño!

—Exquisito: tan fresco, tan agradable, como en ninguna otra parte. Del pozo á la casa, que está en una colina que domina todo, no hay sino unas pocas cuerdas y todo el camino va por el sombrío.

—Muy cómodo aquello, dijo Ruth distraída.

—Mucho; á la casa no he querido hacerle composición notable porque como no permanezco allá y ni casi hay quien la cuide, para qué? Sólo que usted me dijera que se resolvía á ir, mandaría componerla y reformarla. Va? preguntó cándidamente el joven.

Ruth volvió á callar, pero repuesta pronto de su turbación contestó:

—No ve usted que aún no he consultado con mi mamita? Cómo quiere que ahora le dé la razón?

—Pero sí me dirá pronto lo que resuelva?

—Cuenta usted con que no lo haré esperar.

Dicho esto se despidió Elías, y Ruth quedó sumida en un mar de contradicciones. A ella no se le ocultaba ni la pasión de Elías, y lo doble de sus últimas palabras, ni mucho menos las pretensiones del doctor Esquerro, pues lo que le había dicho la noche última, unido a una multitud

de finas manifestaciones durante su enfermedad, la habian hecho caer en la cuenta, no solo de que ella no le era indiferente al doctor, sino de que estaba apasionado de una manera decidida. Sin embargo, callaba, y esta misma felicidad la abrumaba. Mi madre y mis hermanos, pensaba siempre que se imaginaba aceptar el partido del doctor, serán despues motivos perennes de disgusto para mí, pues yo no podré olvidarlos. Ahora se imaginaba que saldria de aquella situacion y que volveria a un centro de sociedad donde poderse comunicar y expandir y que al lado de un hombre fino, educado, de talento, con buena posicion y los recursos suficientes para vivir cómodamente, correria su vida sin obstáculo alguno. Luégo se fingia un idilio viviendo ignorada al abrigo de un hombre que aunque no muy culto, la adoraba lo bastante para convertir su vida en asilo de quietud y felicidad. Tendremos lo necesario para vivir y auxiliar á los míos, pensaba, porque Elías no los desechará, y sin aspiraciones á una vida de agitacion, correrá nuestra existencia casi ignorada como la fuente al abrigo del matorral.

Dejemos á la jóven y volvamos la atencion á otra parte.

Un jinete acaba de pasar y ya entra en las calles despues de haber corrido á galope el trecho que hay de éstas al rio.

Las calles estaban vacías completamente, las puertas cerradas y la soledad reinaba por donde quiera; aquello parecia una poblacion abandonada. Al llegar á la plaza lo primero que oyó fué el grito monotono y entristecedor de los muchachos de la escuela y el cacarear constante de las gallinas en los solares de algunas casas.

Nuestros lectores habrán observado que en las poblaciones pequeñas hay horas en que las calles están solitarias, en que todos se encierran á sus quehaceres ó á esquivar lo sofocante del calor.

Llegan ciertas situaciones en que por mucho que sea el motivo para sentirse el hombre alegre, no puede ménos que entristecerse influenciado por mil circunstancias acaso demasiado pequeñas.

Luégo que hubo llegado á la casa del Cura echó pié á tierra en el zaguan y golpeó repetidas veces, pero nadie contestó. Pensaba ya volver á montar cuando una voz preguntó por allá adentro, qué necesitaban.

—Abre, que soy yo, dijo imperativamente el doctor.

—Quién es yo, volvió á preguntar la voz.

—Camilo Esguerra, contestó de no muy buen grado.

—Espere sumerced que ya voy.

Una mujer vieja y llena de achaques al fin llegó y abrió la puerta dando mil excusas por su tardanza.

—El señor Cura? preguntó el doctor.

—Se fué á una administracion y como que no vendrá sino hasta la noche, porque dijo que no lo esperáramos á comer, encargó que si su merced venia le diéramos la llave del gabinete y la de la sala y que le dijéramos que mientras él se entretuviera su merced leyendo. ¿Qué fué que no vino á almorzar su merced? Estuvimos esperándolo.

—Tuve mucho que hacer, me fué imposible venir más temprano.

—Y toma su merced ya sus *onces*? Le hago chocolate?

—Lo que gustes.

VIII

—Qué milagro es verlo por aquí á estas horas? dijo la madre de Ruth al señor Cura al verle llegar.

—Usted no puede quejarse, porque yo no salgo de aquí ya. Pero estense quietas y sigan su oficio, dijo despues de haber contestado el saludo á las jóvenes, quienes al ver al párroco se levantaron de sus puestos.

—Ruth, ponle tu banqueta al señor Cura que es más cómoda, dijo doña Ines, y enciende una vela porque ese candil está muy feo.

—No se molesten, yo me siento en cualquiera parte.

Serian las siete de la noche. En la pequeña sala, que ya los lectores conocen, habia colgada de una viga una especie de lamparilla de lata que sostenia dos mecheros empapados en aceite de higuierilla. Al rededor de esta lámpara y sentadas en el suelo unas, otras en banquetas, están las cuatro mujeres tejiendo sombreros. Al lado de cada una de ellas hay una taza con agua en la que mojan los dedos para ablandar la paja y apretar el tejido. Debajo del brazo izquierdo comprimen un manojito de hilos de paja nacuma, del cual van sacando las hebras que poco á poco introducen en el tejido. Este trabajo, que las mujeres hacen con tanta celeridad, tiene diferentes operaciones cuya nomenclatura varía segun las poblaciones. Luégo que está tejido el *comience* y que no es sino lo que pudiera llamarse la coronilla, se sigue tejiendo el plato. El *comience* tiene diversas denominaciones: llámase de boton uno, de Suaza y de Giron los otros. Al terminar el plato, la tejedora empieza á quebrar la paja para formar la copa y cuando ésta tiene la altura conveniente la introducen en una horma de madera, la atan con una cuerda al pié para poder voltear el ala y sobre una tabla se emprende el nuevo trabajo. El *remate* del ala es otra de las cosas que distinguen la calidad del sombrero. Terminado este trabajo, con bruñidores de madera se procura dar compactacion al tejido, y en seguida en un madero llamado *média-teja* y que está clavado á un pequeño poste, se le da la última preparacion que consiste en golpear sobre todo el tejido con un mazo para uniformar las partes poco compactas. Dásele luégo un remojo de alguna sustancia mucilaginosa á los sombreros ordinarios para darles consistencia y muchas veces más blancura, y se llevan al mercado.

—Pues ya que las encuentro aquí reunidas vamos á tratar de una cosa que nos importa.

—Qué será? preguntó doña Ines con distraccion. Paula é Isabel suspendieron su trabajo movidas por la curiosidad y Ruth bajó la vista y esperó.

—Esto que voy á comunicarles es importante, debe pensarse con madurez y juicio; se trata de asegurar el porvenir de Ruth y probablemente el de toda la familia.

—Cómo así señor doctor? preguntó la madre con tono un tanto acre y curioso. En seguida lanzó una mirada interrogativa á Ruth, quien habia velado sus ojos con sus largas pestañas y habia cubierto sus mejillas con el más vivo carmin. Las otras dos se hicieron del ojo y se codearon de una manera significativa.

—Se trata, continuó con paciencia el Cura, de elegir entre dos partidos, cuál sea más conveniente. Elías por una parte y el doctor Esguerra por otra piden á.....

—No faltaba más! interrumpió la madre á gritos. Acaso nosotras estamos buscando quien se haga cargo de mi hija? Aunque pobres, no le pedimos nada á nadie y nos sostenemos con nuestro trabajo como Dios nos ayuda.

—Pero esto no es una injuria, por el contrario, creo que ellos han obrado con cordura al dar este paso, y cuando uno y otro me han comisionado para que inquietara la voluntad de ustedes, será porque desean obrar con rectitud. ¿De cuándo acá es un crimen hacer una propuesta semejante?

—No, señor doctor, yo no digo que ellos ni usted hagan mal, pero sí me indigna que ésta.....Una mirada terrible fué á estrellarse contra la inofensiva Ruth que sentiria el influjo de aquel rayo, cuando sin decir palabra dejó deslizar algunas lágrimas. Eso seria lo que aprendió por allá, continuó, y *daca* de tan sabida.

—Pero señora, dijo el Cura, por qué se incomoda cuando no hay motivo? Ruth no tiene la culpa de llamar la atencion, ni ella es culpable de nada.

—Sí, dijo Isabel, si no la conociéramos.....Ahí sí que, como dice el dicho: quien no te conoce que te compre.

—Y no es mentira, dijo la otra.

—Permítanme que hable yo, si acaso es posible, volvió á decir el Cura un poco severo ya, y luego discutirán el punto; de otro modo no nos entenderemos.

Todas callaron.

—Si Ruth se casa con el doctor Esguerra, obtendrá indudablemente una posicion honorable en la sociedad y conquistará el aprecio de todos. El es hombre fino, culto y de muy buenas prendas. Además, es de posibles, pues su profesion le ha dado honra y provecho. De aquí se deduce, pues, que ustedes ganan inmensamente.

—Por qué? señor Cura, interrumpió doña Ines. Se casarán, se la llevarán y ni más se volverá á acordar esta ingrata de ninguno de nosotros. Eso es lo que ella quiere.

—Paciencia, volvió á decir el Cura, no hay que llevar las cosas al extremo. Ahora, si prefieren á Elías, ustedes saben que él no se la llevará de aquí, y que es un jóven modesto, recatado y sin vicios. Además es hombre que sabe trabajar y que ya cuenta con algo.

—Para cuatro *mechas* que tiene, por cierto sí.....dijo Paula.

—Pero qué es esta prevencion anticipada contra toda idea en tal sentido? Yo no veo en esto, volvió á decir el sacerdote, sino una intencion preconcebida de muy mal carácter.

—Pues sabe lo que hay, señor Cura? Que con nuestro gusto no saldrá Ruth de aquí: ella, que desde niña estuvo por allá gozando y pasando buena vida, mientras nosotras estábamos en la miseria, que trabaje ahora para ayudarnos en algo.

—Es decir que decididamente usted se opone á todo partido? preguntó el Cura en tono firme.

—Sí señor, contestó doña Ines; y sobre todo mi marido no está aquí y él debe resolver cualquier cosa que en la casa se presente.

—En eso tiene usted razon, pero lo más sencillo será escribirle. El es hombre racional y obrará con cordura. Pero entre tanto bueno será que piensen en esto, pero con calma, sin prevencion. Miren que acaso despues les pese haber obrado así.

—Yo le digo la verdad, señor Cura, dijo Paula, para lo que ella nos sirve.....Se la ha pasado leyendo desde que se levantó y con la disculpa de que le duelen las espaldas no ha hecho ni una *gorra*; por ahí tiene

principiado un sombrero, que siquiera porque han ofrecido comprárselo bien, pudiera haberlo acabado.

—Cuándo! si es tan delicada, dijo con tono irónico Isabel; se le dañan los dedos.

—Vamos! dejemos esto ya, pues, y pensemos en otra cosa, dijo el Cura para terminar tan enfadosa conferencia. Las espero mañana en la misa, todo está arreglado. Pídanle á la Virgen acierto y no se dejen llevar de sus prevenciones, miren que más tarde puede pesarles cuando no haya remedio. Hasta mañana pues.

—Hasta mañana, señor Cura, dijeron las otras mujeres, menos Ruth, quien bañada en un torrente de lágrimas no se atrevia á despedirse.

—Hasta mañana, mi hija, le dijo el Cura con bondad extendiéndole la mano; paciencia, paciencia. Que les rinda su oficio y que pasen buena noche.

—Lo mismo le deseamos.

Luégo que el Cura se despidió, Ruth salió al patio y fué á ocultarse en el rincón más oscuro de la cocina. Allí al menos podia llorar sin que se lo estorbasen. Entre tanto, la madre y las dos hijas quedaron haciendo comentarios.

—No faltaba más, dijo la madre, que se la lleven á pasar buena vida y nosotras quedarnos aquí trabajando.

—Y suponiendo que fuera rico ese doctor ó el bobo Elías, creen que ella nos alargará un bocado de pan? dijo Paula.

—Cuándo! Ni más nos volvía á mirar, mientras que ahora por consideraciones á ella todos nos hacen la vénia. Ya ve, decia Isabel, el sombrero que hace ella nos lo compran siempre por el doble y se los rapan aquí; no hay necesidad de sacarlo al mercado. Nada! que se deje la *filimisca* de pensar en casorio. ¿Cómo nosotras no estamos buscando marido y aquí estamos bien?

—Lo que hay es que si el señor Cura vuelve con alguna de esas embajadas, le hablo claro y mando á la muchacha para una estancia donde no la vuelvan á ver más.

—Sí, de ninguna manera nos conviene, contestó Paula á su madre, el dejarla casar con nadie, aunque sea el mismo rey.

A las seis y média del día siguiente al de la escena que hemos descrito, un muchacho prendido de los lazos de las campanas de la torre las repicaba con tal entusiasmo, que las gentes devotas de la poblacion empezaron á llegar en partidas á la iglesia. Los hombres, como de costumbre, hicieron corrillos en el *altozano* para esperar el momento de que el sacerdote estuviera en el altar, y los monacillos con vestido talar colorado y camiseta blanca, daban vueltas por aquí, por allí, como en carreras de mucha importancia. Cuando despues del tercer repique dejaron á la misa, los hombres se apresuraron á entrar y tomaron puesto, unos detras del cancel y otros en la nave del lado izquierdo.

En aquel día llamaba la atencion el altar mayor por los adornos que tenia. Desde las claraboyas y ventanas cubiertas con telas rosadas que modificaban la luz, hasta el suelo alfombrado de flores, se notaba un gusto y cuidado que agradaban. Desprendíanse de una especie de cúpula cortinajes de colores que formaban un trono bajo el cual se levantaba un templete con graderías de mayor á menor cubiertas de jarrones de flores, candelabros y otros diversos adornos. En el centro de la última grada

que terminaba en un cuadrado pequeño, estaba colocada la estatua de la Virgen ataviada con el más rico vestido. Varias estatuas de ángeles tenían en las manos canastillas con flores y racimos de uvas ó espigas de trigo. Dos pebetes colocados de uno y otro lado del altar, dejaban escapar torrentes de humo que esparcían el suave olor de pastilla é incienso, y una infinidad de luces daban á todo el templo aquel aspecto místico que sólo allí se ve. Estaba el barandaje del coro adornado con ramas de laurel que en forma de cortinas iban haciendo juego por la paredes hasta llegar al arco toral; las lámparas habían sido adornadas con cintas, espejitos, sartaes de cuentas de vidrio y frascos pequeños con agua de varios colores que reflejaban la luz en diversas formas, y por último, los altares estaban adornados con cuidadoso esmero. Véase, pues, la iglesia ataviada como para una gran fiesta.

Cuando el sacerdote se acercó al altar, las voces de un armonium empezaron á llenar las bóvedas y ámbitos del templo con tal gravedad y dulzura, que en poco tiempo todos los concurrentes se sintieron con aquel recogimiento mental que solo es dado sentir en los templos en donde se adora al Dios de las alturas. Imposible sería explicar qué clase de suave melancolía era la que se espaciaba en aquella música que no era otra cosa que la queja de un corazón suplicante, de una alma acongojada. Si Dios le hubiera negado la palabra al hombre, éste se habría hecho entender por medio de sonidos; esas palabras mudas que tanto dicen al alma, no son sino ayes que tienen un poder maravilloso; nadie se resiste á traducirlas y pocos son los que no derraman una lágrima. Las más fervientes súplicas, las quejas más lastimeras, los votos de arrepentimiento más sinceros han subido al cielo en alas de la armonía.

Sabía Elías acaso que podía conmover con su lastimera melodía? No, como no sabe el niño que con su llanto desgarrar el corazón de una madre. Sus dedos recorriendo el teclado no hacían sino pulsar una por una, las cuerdas más delicadas de su lastimado corazón; más bien, aquellos eran gritos de su alma. Cuánta dulzura, cuánta ternura, cuánta melancolía se escapaba en los sonidos! Puede decirse que sin quererlo estaba revelando sus dudas, sus esperanzas, sus presentimientos, sus dolores é ilusiones.

No se necesita ser muy hábil en el arte divino para comprender que ciertos genios inspiran á los sonidos algo que no es la música misma. Nos llama la atención la habilidad con que se combinan los sonidos de una caja de música, pero aquello puramente mecánico no puede tener ese algo que solo el corazón le da. El dejo cadencioso de una voz, la dulzura en tal pasaje, la ternura en una armonía, lo imperceptible de una fuga, la fuerza decadente de una escala y hasta el descuido estudiado de un final, no lo puede tener una máquina; la materia no tiene sentimiento, es el alma la que puede revelarse en sus manifestaciones.

Si en una situación de éstas tuviese algún mortal el poder de vislumbrar los sentimientos que en alas de la música suben á Dios, perdería el juicio ante la inmensidad de tanto infortunio; si pudiesen reducirse á palabras los sentimientos arrancados en un instante, aquello sería un canto fúnebre con que la humanidad se quejase de sus miserias ante el Todo-poderoso. Quién es perfectamente feliz? Quién no ha derramado una lágrima en el templo? Cuál es el que no se humilla pidiendo el consuelo que le niegan los hombres? A quién le falta un desengaño? Quién

no es traicionado? Cuál es el que no ha amado sin esperanza alguna vez? Sin esperanza sí, como amaba Elías, como amaba el doctor Esguerra y como amaría Ruth.

Por fin llegó el momento más solemne del sacrificio; el sacerdote alzó la hostia sagrada pidiendo á Dios por la humanidad, en tanto que Ruth por entre el turbio velo que dan las lágrimas dejaba escapar su humilde súplica pidiendo un consuelo para su corazón abatido; en tanto que el doctor se prosternaba meditando en lo dudoso de su suerte que solo EL podría remediar, y que Elías casi desfalleciente ante su desgracia avivada por su imaginación inspirada, conmovía á todo su auditorio.

¿Quién habría de creer que aquellos seres hubiesen de estar ligados por una misma desgracia sin que ninguno fuera merecedor de ella?

No es cierto que hay golpes ante los cuales el hombre no puede resistir? ¿No es cierto que la idea de la muerte es á veces menos consoladora que la vida sujeta á una desgracia irremediable?

Después de dada la comunión á Ruth y terminada la misa, la joven tomó puesto tras de una columna y allí oró cubierta con su manto derramando abundantes lágrimas que tenía placer en dejar correr. Es en los templos en donde el alma afligida busca un asilo para comunicarse con Dios y darle sus quejas, pedirle sus favores y darle sus manifestaciones de gratitud. Pero ay! que si se hubieran podido recoger las lágrimas que allí se han derramado, no cabrían en los cuencos de los océanos.

Terminada la misa el doctor se fué directamente para su pieza, Elías fué á la sacristía á hablar con el señor Cura y la joven permaneció allí en un éxtasis, del cual no hubiera querido salir nunca. Sentía que la desgracia la esperaba á la puerta, y así como el ave se guarda en la grieta del peñón del tiro de su enemigo, así ella se abrigaba bajo las bóvedas del templo para escapar del infortunio que la esperaba. Era seguro que su madre la apostrofaría por su tardanza en la iglesia y que sus hermanas la ultrajarían con la burla amarga que usaban para con ella.

Una vez solos en la sacristía el señor Cura y Elías, éste se atrevió á decirle:

—Pidió el señor Cura á Dios por mí, como le dije?

—Cómo no? Y él nos oirá. Sujetémonos á su voluntad, y recibamos las desgracias con paciencia. Es necesario, Elías, hacernos fuertes. Cuando la desgracia golpea á nuestras puertas, hay que abrirlas para que entre, pues es mucho peor que se escurra por las ventanas. Doña Inés no consiente en tu enlace con Ruth.

—No? preguntó admirado el joven. ¿Y por qué? Ah! soy indigno de ella! Dios mío! Dios mío!.....Acaso hay otro que la haga más feliz, que le dé un nombre digno de ella, porque yo no tengo sino mi amor que no igualará al de ningún otro.

—No te desesperes, dijo el Cura con paciencia; por un capricho que no comprendo, la madre y hermanas dicen que no quieren que se case con ninguno.

—Y ella qué dice? Ama á otro? Podré abrigar la idea de que algún día venceré á fuerza de constancia la mala voluntad que los suyos me tienen?

—Nada puedo decirte; sólo sé que ella prefiere toda desgracia ántes que oponerse á la voluntad de su madre y hermanas.

—¿Pero no calcula usted, señor Cura, que la oscuridad de mi nom-

bre, la ninguna alcurnia de mi familia, mi pobreza y ninguna ambicion, son la causa de que se opongan en la casa?

—Vamos; tú estás desbarrando. Qué alcurnias ni qué canastas! Ellas no quieren sino tenerla en la casa como un apoyo. Saben que salida Ruth de allí, ellas volverán á quedar tan postergadas como ántes y como merecen estarlo. Eso es todo.

—Pero el doctor Esguerra no ha propuesto tambien?

—Sí, pero él ha obtenido la misma negativa. Mira, le dijo casi en secreto y poniéndole la mano con suavidad sobre el hombro. Acaso esto sea mejor así. Dios sabe lo que hace. Desengañado el doctor, se retirará y entonces tú y yo haremos de manera.....Entiendes?

—Sí, señor, contestó con distraccion.

—Vete ahora á arreglar tus cosas, pues tengo que ir á atender á mi amigo, quien me esperará para el desayuno.

Mientras que Elías doblaba los ornamentos, pensaba en su porvenir destruido en un instante. Largo tiempo hacia que habia unido á sus proyectos aquel sér que ya formaba parte de él mismo: sus esperanzas, sus planes de felicidad estaban unidos á ella; habia preparado de antemano su vida futura y todos sus proyectos, sus alegrías, sus satisfacciones las habia imaginado al lado de ella; no era posible, pues, arrancar de un instante á otro sin arrancar el corazon tambien, tanta esperanza como habia alimentado. Aquella noticia habia herido de muerte al jóven socavándole un edificio que tanto le habia costado construir.

Las almas vulgares no comprenden qué es arrancar una esperanza en la que estaba fundada toda una vida de felicidad; se admiran de que haya quien pierda la razon ó se dé la muerte para no sufrir lo duro de un desengaño. No todos poseen la fuerza incontrastable de la roca que resiste los embates de la ola tormentosa como si fuera los soplos perfumados de las brisas errantes de la tarde. Hay corazones para los cuales la idea de la desgracia es un motivo de afliccion que los desespera. Séres débiles, nacidos tan sólo para amar, se contristan ante un obstáculo y se rinden ante la pérdida de una ilusion. Cuántas veces una sola palabra ha acabado con la felicidad de un hombre!

IX

Si el lector tiene la paciencia de acompañarnos, iremos llevándolo poco á poco á que vea dónde y cómo están nuestros personajes. Intencionalmente hemos dejado pasar este dia de borrascas en que pareció que la mala suerte se habia propuesto maltratar á todos de una manera horrosa, pues así podremos tomar mejor el hilo de nuestra historia.

Compendiemos. Tanto el doctor Esguerra como Elías han sabido por boca del señor Cura la resolucion de la madre y hermanas de Ruth, quien nunca consentirá en oponerse á la voluntad de ellas. Inútil es decir qué dia habrá pasado el señor Cura, viendo sufrir á sus amigos y lidiando con la terquedad de doña Ines y las hijas, desde que pasó la misa, pues, cada cual ha sufrido de distinto modo.

Los criados de la casa extrañan que el doctor no hubiese salido de su gabinete en todo el dia, pues sólo se le vió en la mesa, pero aún allí estuvo lacónico y desgano. Todo volvió á la cocina conforme lo sirvieron. Tuvo la cocinera, pues, sus motivos de aprehension y los criados sus

causas para echar algun barrunto al aire. No así el señor Cura, quien como hombre prudente y de experiencia, bien se guardó de decirle algo despues de la conferencia que tuvieron por la mañana al volver de misa: él bien sabe que hay dias, hay horas, hay instantes en que el espíritu necesita de recogerse á sufrir. Sabe que hay necesidad de que el hombre esté aislado, solo, y solo consigo mismo, para que el dolor pueda manifestarse en toda su plenitud. Las lágrimas han salvado á muchos que si no hubieran conseguido derramarlas habrian muerto de desesperacion.

Veamos al doctor Esguerra, pues, en su cuarto. Cuando no se pasea á lo largo de la pieza se le ve sentado al lado de la mesa de escritorio. Ha escrito muchos pliegos de papel con tal ligereza que parecia que la pluma no pudiera seguirlo. Quema unos, deja otros y lee con avidez como si de aquello dependiera el buen éxito, y á tanto llega su atolondramiento, que olvidando que la brisa entra por la ventana acabándole la vela, ni aún se cuida de quitarla de ahí. Por fin toma el mango de la pluma en vez de las despabiladeras, endereza la pavesa, alza el pliego y lee:

“Señora doña Ines: mi estimada señora. Creo que los dos podemos entendernos. Usted cree que al casarme con Ruth desatenderé á usted y á los suyos. (Bruto! he debido decir *mios*, porque si me caso con Ruth...) Puede contar con que yo no estimo los intereses para nada, lo poco que tengo y en adelante tenga será nuestro. (Esta palabra sí le va á gustar). Yo seré el padre de esa casa y el eterno adorador de Ruth.”

Ruth! Ruht de mi alma.

Esto está muy pálido, muy prosaico, si ella lo viera qué diria del hombre que escribe estas cartas? Al fuego, dijo, y tomando el papel por una punta lo dejó reducir á cenizas que cayeron lentamente hasta el embaldosado.

Sintiéndose con la frente ardiendo se acodó sobre el poyo de la ventana y allí fijó la vista en los cielos. En este momento un relámpago alumbró toda la campiña, el ruido del rio pareció llegar más fuerte en alas de algun soplo, y los árboles cercanos movieron sus copas dejando escapar un murmullo sordo y vago. El trueno no se hizo esperar mucho tiempo, pero fué esparciéndose lentamente. No pareció sino una voz siniestra venida de una caverna desconocida para anunciar alguna desgracia. El estallido repentino y súbito aterra y sobresalta; pero esas voces vagas con que se anuncia una tormenta lejana, tienen no sabemos qué cosa que contrista el ánimo y hacen pensar en algo como un mal augurio, algo como un presentimiento.

Si alguno de los que pasan la vista por estas páginas ha estado alguna vez en una situacion semejante, piense en quéseria de este hombre, sin la seguridad de ser amado, con el roedor de los celos hácia una persona á quien nada puede increpar, con su orgullo ajado, su dignidad postergada ante una familia enteramente desmerecedora de su proteccion, y, por último, con su inmenso amor que más crece cuantos más obstáculos se le presentan.

Por fin empezó á soplar el huracan con violencia, los árboles arrojaron un fuerte ruido como si pretendiesen ahogar las voces venidas del rio al estrellarse contra las piedras, y como si no quisiesen que llegase el ruido sordo que trae la tormenta cuando en alas del huracan recorre el espacio. Un relámpago y otro relámpago alumbraban las calles de la poblacion, que como sobrecogida habia cerrado sus puertas. Sólo una luz pasaba y cambiaba de puesto en una casita pequeña.

Las primeras gotas empezaron á caer con fuerza como azotando los árboles y las piedras, y luego quedó todo en silencio nuevamente.

Nada pierde, nada se le escapa á un hombre que tras de unos árboles observa con cuidado cuanto pasa en la casa, poniendo tanta atención que hasta las voces distingue á veces. Siente que la frente se le abrasa, que la garganta se le seca y que el pecho se le ahoga en la ansiedad, pero calla, y calla porque una palabra ó un ruido haría abortar el plan que tiene.

Son cuatro mujeres las que allí se mueven para aquí y para allí. Al trajinar no callan y parecen tener algo muy serio entre manos. Doña Ines, las dos hijas y Ruth están de viaje! Han resuelto, para no dar gusto al señor Cura, llevarse á Ruth aquella noche para el pueblo donde está el padre. Le han prohibido que dé el menor aviso y á las volandas recogen cuanto pueden para partir. Sólo la lluvia las ha detenido, pero esperan que escampe para irse. Todo está arreglado, al día siguiente ya no volverán á ver más á Ruth en el pueblo!

La lluvia por fin se desató de una manera alarmante. Azotada con fuerza sobre el suelo, parecía levantarse nuevamente en forma de niebla para volver á caer. Los relámpagos, seguidos de fuertes detonaciones, alumbraban con luz rojiza semejando un día instantáneo, y convertían la lluvia que caía de las tejas, como en hilos de cristal que pronto desaparecían. No tardaron las calles, la plaza y las veredas en convertirse en grandes lagos ó en caudalosos torrentes. Los golpes de las puertas y ventanas empujadas por el viento y el clamor de la tempestad era lo que llenaba el espacio en aquella noche pavorosa.

Corriendo por entre un lago y alumbrando ahora, sumido en la oscuridad despues, pasó el hombre que hemos visto detras de los árboles, y se dirigió hacia la plaza. No quiso tomar las aceras y cruzó diagonalmente hasta entrar de rondon en una casa.

—Sálvenla! sálvenla! fué lo que dijo Elías al entrar á la sala en donde el Cura y el doctor conversaban.

—Qué ha sucedido? preguntó el médico dejando su asiento y yendo hacia donde el recién llegado.

—Dios santo! Qué pasa? dijo el Cura.

—Que la llevan!

—A quién? volvió á decir el Cura con disgusto.

—A Ruth! Mañana no estará ya aquí.

—Pero quiénes se la llevan? dijo el doctor.

—Doña Ines y sus hermanas se la llevan para donde el padre y no volverán ya más.

—Infames! gritó el doctor dando un fuerte zapatazo.

—Habrás visto? dijo el Cura. No digo yo? No hay cosa peor que lidiar con gente sin educación.

—I cómo lo sabe usted?

—Porque tuve noticia por una vecina que me avisó ya al teñir la noche. Entonces quise cerciorarme y para esto me escondí tras de unos árboles y ví que preparaban todo para irse á la madrugada. Han suspendido el viaje por el agua, quasi no, estarían ya lejos.

—Y qué hacemos? preguntó otra vez el doctor con desesperación.

—Mire, le contestó Elías poniendo las manos en señal de súplica, sálvela, señor, y aunque yo la pierda. Dios sabrá si se apiada de mí.

—Sí! es necesario salvarla, Elías, contestó el doctor conmovido ante tanta generosidad. Usted acaso sea más afortunado y logre el cariño de los padres; yo no puedo resistir á este amor, es cierto, pero me iré á ocultarlo donde nadie me vuelva á ver.

—Pero resolvamos algo, dijo el Cura para salir de aquel trance que le oprimía el corazón.

—Usted qué cree que debemos hacer?

—Yo no veo en verdad qué pueda hacerse. Oponernos sería inútil con tales mujeres. Precisamente mis instancias y visitas de hoy son las que las han hecho resolver tal disparate, con que así.....

—Sin embargo, señor Cura, usted quizá consiguiera todavía algo, se atrevió á decir Elías.

—Sí, señor Cura, Elías tiene razón, vaya usted; iremos todos y les haremos ver el disparate que hacen con llevarla. Prometa por mi parte desistencia de toda pretension y que no la lleven.

—Por mi parte, añadió Elías, no volveré á decir una sola palabra, ni volveré á verla si se me exige.

Aquel hombre acababa de arrancarse el corazón al hacer tal promesa. Por fortuna la oscuridad de la sala no dejó vislumbrar el brillo de los ojos al asomar á sus párpados las lágrimas.

—Pues bien, dijo el Cura; propongo esto: apenas pase el agua voy á la casa nuevamente y haré todavía el último esfuerzo; si nada consiguiera, entonces.....

—Qué? preguntaron á un tiempo los otros dos.

—Pues habrá que desistir y dejar que se la lleven. Yo no veo otro camino.

—Yo deseo ir con usted para decir que por mi parte no hay insistencia, dijo el doctor.

—Yo también voy, dijo Elías enjugándose los ojos con disimulo.

—Pues entonces creo que tú debes ir á quitarte esa ropa, porque estás destilando. Vuelve pronto.

—En el acto estaré aquí, dijo Elías, y salió.

Es la desgracia la que hace al hombre fatalista; los que son felices raras veces piensan en que un hecho se repita con ciertas circunstancias ó sin ellas. No sucede así con el que sufre; temeroso de que á cada instante golpee la desgracia á su puerta, vive atormentado por el sobresalto y la desconfianza que aún en sus sueños no le abandonan.

Herido el doctor en su amor propio, pensó despues de su primera impresion en el bien que acaso le hacían con aquella oposicion, y sonrió de desprecio pensando en que ido de allí, olvidaría todo y podría más tarde acoger cualquiera de los partidos que tantas veces se le habían brindado y que él había desechado. Habló con despecho al señor Cura de su posición y medios de ser feliz, y aún llegó á decir que despreciaba á una familia como la de Ruth que ni aún siquiera comprendía el bien que perdía con hacerle oposicion. Necio! no sabía que lo que por él hablaban entonces, eran su despecho insensato, su orgullo irritado, su vanidad contradicha, sus ilusiones despedazadas. Cuando del corazón se apodera el amor, no hay sentimiento alguno que le sobrepuje. Como una roca en medio del mar, puede éste en sus iras cubrirla con sus olas amargas, arrojarle sus espumas, amenazarla con sus voces horribles y su horrorosa desesperación; pero más tarde, cuando el huracán haya pasado, volverá el

sol á ver la calva frente de la endurecida roca y al mar ántes furioso, acariciando los piés de la que un momento ántes hubiera querido destruir. El que ama verdaderamente nunca puede contar con que su olvido criado en un momento de dolor sea eterno.

Cuán distintos sentimientos atormentaban á Elías! Sin testigo alguno ya, apénase vió en la calle lloró amargamente su desgracia irremediable. Para él su porvenir era sombrío, sin un rayo de luz que pudiese abrillantar. Separado de Ruth se creía huérfano; sí, huérfano, porque á pesar de que aún no había tenido seguridad de su union con ella, se había acostumbrado á hacer de su esperanza una realidad en la que Ruth era el todo para él. Miétras tanto que su rival al hallar un obstáculo, léjos de amedrentarse, alzaba la vista para mirar más distante un porvenir que le sonreía, Elías bajaba su mirada hasta el fondo de su corazón y no viendo allí sino soledad, amargura y desesperanza, se dejaba doblegar para caer rendido en una postracion extrema.

Todo estaba destruido para él, y cuando pensaba en ese eden que se había formado, no veía sino ruinas, vestigios de una morada destruida por el incendio, el aniquilamiento que deja la tempestad y la pesadumbre de lo irremediable.

Una hora despues, la lluvia había cesado completamente y los soplos de los vientos que venían del Norte iban amontonando las nubes hacia los cerros, como las espumas del mar van siendo amontonadas por el oleaje hacia las ensenadas despues de una tempestad. Mas despejado el cielo, quedó con un azul sombrío que arrojaba algo de luz opaca apénas suficiente para distinguir los objetos. A cada impulso del viento caía de los árboles una lluvia y luego volvía á quedar todo tranquilo.

Nuestros tres hombres salieron de la casa á buen paso, favorecidos por la luz de una linterna que llevaba Elías. Cuando llegaron á la puerta de la casita, el Cura se adelantó y viendo que la puerta estaba cerrada dió tres golpes que nadie contestó. Se agachó entónces á mirar por el agujero de la cerradura, pero no viendo luz, volvió hacia los compañeros y les dijo:

—Seguramente se han acostado porque está oscuro; nadie responde.

—Y si se han ido? dijo Elías.

—Cómo han de haberse ido, hombre, con esta noche tan horrenda? replicó el Cura.

Otros tres golpes dados de nuevo con más fuerza dieron el mismo resultado.

—Quizá estén en la cocina, dijo el doctor, ¿vamos á ver?

—Quizá estén allá ciertamente, saltemos por sobre la cerca de piedra, dijo el Cura, y lo puso él primero por obra.

La cocina, que como hemos dicho, estaba al frente de la casita principal, no tenía puerta y por tanto fácil les fué ver que allí nadie había; entónces el doctor Esguerra se dirigió á la puerta de la sala y se propuso abrirla. Al primer esfuerzo notó que algun obstáculo interior la detenía, pero que no era tan fuerte que no cediese á un impulso. Sin esperar á consultar con nadie, puso el hombro derecho sobre la puerta, apoyó al mismo tiempo las manos é hizo fuerza. Un palo que atrancaba por dentro saltó haciendo ruido y la puerta se abrió tan súbitamente, que en poco estuvo que el doctor no cayese en la sala por falta de apoyo.

—Adentro, pues! dijo al dar el trastabillon.

El Cura y Elías lo siguieron con ansiedad.

Los rayos de luz de la linterna se quebraron contra los ángulos de las paredes ahumadas de aquella pieza desmantelada y vacía.

—Se fueron! fué lo que á un tiempo dijeron todos tres.

Tibia estaba aún la pieza; sentíase aquel calor humano, si es dable decir así, que abriga el hogar, y que sirve como de alma de la habitación de una persona querida. El ave acababa de dejar el nido y el plumon aún permanecía allí abrigado.

Todos tres meditaron en algo: recordó el Cura el lugar en donde estuvo el altar el día de la administracion y en donde oró con tanta fe por la salud de la jóven. El doctor y Elías vieron vacío el rincón en donde estuvo la cama, el puesto donde el uno se sentaba y donde el otro se paraba á contemplarla. Ah! el lugar abandonado por una persona querida, no es otra cosa que un corazón vacío por la fuerza del desengaño. Reminiscencias por todas partes son los únicos testigos que solitarios y mudos pasan entristeciéndolo todo.

Aún estaba allí la estaca clavada á la pared en donde Ruth tenía colgado un cuadro de la imagen de la Virgen. Algunos trapos olvidados, utensilios inútiles amontonados en un rincón y, oh recuerdo amargo! la banqueta en que ella se sentaba á leer ó coser al lado de su madre, había quedado allí también. Aquello tenía la majestuosa tristeza de una tumba en que el cadáver era la imagen de un sér amado.

Aún no había salido ninguno de su estupor cuando en la puerta dijeron:

—Buenas noches.

Instantáneamente volvieron todos á mirar contestando:

—Buenas noches.

—Qué hace por aquí, señora María? preguntó el Cura.

—Que venía á ver quiénes se habían entrado, porque yo tengo la llave. Me la dejaron para que la entregue al dueño de la casa con aquella banqueta.

—Para dónde se fueron? preguntó el doctor.

—No sé.

—No le dijeron, pues?

—Tan presto decían que para una parte como para otra, y como el viaje fué tan de repente, yo apénas pude darle razon al niño Elías esta nochecita cuando supe que se iban.

—Y nada le dijo Ruth? preguntó otra vez el doctor.

—Nada. La pobrecita no hacía sino llorar. Descalza por entre el barro, y con un fío á la espalda que no quiso confiar á nadie, se la llevaron, no hará media hora. Apénas escampó se fueron.

—Y se fueron solas?

—Un hermano y otro mozo que vino hoy de por allá, y que, segun dicen, se ha de casar con la niña, eran los que las acompañaban.

La sorpresa que se apoderó de todos tres cruzó en una mirada recíproca. Aquella era una revelacion horrorosa de lo que jamas se habían imaginado. No quedó en el corazón ni un latido de esperanza para ninguno de los tres. Ruth iba á ser víctima de un crimen infame.

—Y no sabe usted quién es? preguntó el Cura.

—Me dijeron que era un mozo cosechero que hace poco salió de la penitenciaría en donde estuvo preso por una muerte que hicieron, una noche de fiestas, con los hijos de doña Ines.

—Adios! dijo el doctor comprimiéndose el sombrero contra la cabeza y saliendo de allí como loco.

—Dios mio! dijo Elías dejando caer la frente sobre la mano izquierda.

—Dios la salve! dijo el Cura mirando al cielo.

X

El día que hemos escogido para reanudar nuestra historia es un lunes.

No sabemos qué tristeza abrumadora es la que trae este día en todas partes. Siéntese un cansancio y decadencia mezclados con abundante tedio, debido quizá á la agitacion del día anterior y á la pena de empezar de nuevo un trabajo que habrá de durar el resto de la semana despues de un día de descanso.

En los pueblos pequeños, sobre todo, aquel día es por la mañana insufrible. Las gentes que han venido de las estancias al mercado y que enjarranadas pasan la noche en la embriaguez, quedan en las ventas rasgueando sus tiples desacordes con cuya música acompañan el más destemplado canto; las campanas de la iglesia llamando con lúgubres dobies á la misa de ánimas esparcen la tristeza por todas partes, y los que viven fuera empiezan á salir para sus estancias ó haciendas; otros con pereza ó no pereza van á dedicarse de nuevo á sus faenas, de suerte que á pocas horas vuelve el pueblo á quedar con la misma soledad de los demás días.

Como adrede, este lunes habia estado por la mañana encapotado y melancólico; el cielo cubierto de nubarrones que bajaban hasta la mitad de los cerros, arrojaba luz color de plomo que difundia una claridad como si fuera esparcida por una alma abrumada á impulsos del desengaño. Quien hubiese estado en la plaza habria oido las voces de los cantores acompañadas del órgano que entonaban el canto de difuntos, los dobles incesantes de las campanas, los gritos de los que en el Cabildo ponian demandas á los jueces, el estudiado golpeo de las varas azotando algodón, los gritos de los niños en la escuela y el ruido incesante del río mezclado con el canto de los que habian bailado toda la noche en la venta de la esquina.

A las nueve de la mañana salieron de la casa cural, atravesaron la plaza y se dirigieron hácia el río tres jinetes caballeros en mulas. Eran el Cura y un muchacho que iban á una administracion, y Elías que habia resuelto retirarse por algun tiempo á su estancia. Llevaba el muchacho un cajon pequeño colgado al arzon con el santo óleo y en la mano izquierda un paraguas para el señor Cura, y Elías sostenia atravesada en la cabeza de la silla una escopeta de dos cañones y atado al anca un envoltorio que cubria un bayeton. Cuando pasaron el río, Elías detuvo su mula y dijo al señor Cura:

—Hasta aquí lo acompaño; yo me voy por este lado.

—Ciertamente que aquel es tu camino. Cuando dices que vuelves?

—No sé fijamente porque tengo que coger un poco de café y que hacer limpiar otro poco que tengo amontonado hace tiempo; ya se estará pudriendo.

—Quizá yo hago un lugarcito y vaya á verte en esta semana. Pero no te jubiles, hombre; es necesario hacerse uno fuerte ante la desgracia. Procura distraerte y tener confianza en Dios. Llevas el libro que te dí para que leas?

—Sí, señor.

—Entonces, hasta la vista, Elías; que Dios te lleve con bien y te consuele, dijo el Cura alargándole la mano.

Elías le dió la suya que dejó estrechar y sin poder hablar, porque se le habia anudado el habla en la garganta, volteó la rienda de su bestia y partió.

El Cura permaneció allí un instante viéndolo andar y dando un suspiro murmuró:

—Pobre muchacho! Quién habria de creer que fuese tan desgraciado!

—Buenos días, mi amo, dijo un hombre con el sombrero en la mano y haciendo una reverencia de lo más zurdo del mundo.

—Cómo te va? contestó el Cura volviendo á mirar al recién llegado.

—Para servirle á su merced, mi amo. Que venia en buscas de mi amo Cura á solicitarlo.

—Y qué quieres?

—Era que le *espachaba* á decir la niña Ines y las otras niñas que si podria su merced ir para allá porque la otra niña se está muriendo.

—En dónde?

—En el Palmichal.

—Elías! Elías! gritó el Cura con todo su aliento.

Este al oír la voz del Cura paró su bestia y, viendo que lo esperaba, picó para llegar lo más pronto posible. Una vez reunidos, el Cura se apresuró á decir:

—Ven ven, que Ruth se muere!

—Quién dijo tal?

—Este hombre que viene á llamarme.

—Vámonos, pues, dijo Elías tratando de seguir sin saber á dónde.

—Pero espera que se me ocurre una cosa. Hay que mandar llamar al doctor Esguerra inmediatamente.

—Y á quién mandamos?

—El muchacho que vuela en la mula. Dale el cajon y el paraguas á Elías, dijo al criado, vete lo más pronto posible á la ciudad y dile al doctor que yo mando llamarlo porque tu señorita Ruth está muriéndose que no le escribo porque no tuve dónde. Cuéntale lo que ha pasado. Pero vuela; ya estás aquí.

—Sí, mi amo, dijo el muchacho, y poniendo la mula al galope partió.

—Pero mira; vuelve acá gritó el Cura; no se te olvide decirle que en el Palmichal estamos, no vaya á ser que se marche para el pueblo. Vente con él y ántes de llegar al Espino entras por los potreros y así acortarás más el camino. Yo veré cómo te portas.

—Pierda su merced cuidado.

Por el camino fué preguntando el Cura al peon que habia llegado á llamarlo:

—Y desde cuándo está enferma Ruth?

—Desde la noche en que se vinieron del pueblo. Llegó hecha sopa. Calcule su merced; con aquellos aguacerones, y luégo la pasada del río... ántes ha resistido la niña.

—Y qué es lo que tiene?

Un dolor alto que le ha cogido, que no es capaz. La punzada del pecho á la espalda no la deja ni resollar; por las mañanas está mejorcita, pero por la tarde le entra aquel calenturon tan terrible y por la noche se pone á decir disparates con un desasosiego que..... Santo Dios bendito!

—Por qué no habrían avisado ántes?

—Porque ese mozo que va con ellas y el hermano decían que ni pensarlo. Al otro día que llegaron á casa, creyendo que estaba mejorcita la hicieron levantar para irse y apenas pudo salir al patio. Entonces sí que fué cierto, mi amo, no ha vuelto á tener sosiego.

Medio cuarto de legua caminarian costeadando el río por entre bosques y arboledas umbrías cuando llegaron al patio de la casa. Nadie salió á recibirlos. En el acto echaron pié á tierra y entraron. En el rincón de una alcoba y tendida en el suelo estaba la enferma.

Por un agujero redondo practicado en el bahareque y que por la noche tapaban con trapos, entraba la luz que escasamente alumbraba á la infeliz y desamparada enferma.

Una postracion mortal la agobiaba no dejándole fuerza sino para dar paso á la respiracion anhelante y fatigosa. La fiebre era terrible; la cara habia tomado un tinte azulado que aumentaba al rededor de los ojos cuencosos ya y las mejillas estaban rojizas. Los labios secos y entreabiertos dejaban escapar la respiracion incesante que era interrumpida á intervalos por una tos seca y dolorosa segun la expresion que en la cara se le notaba.

Cuando el Cura y Elías se acercaron llamándola, abrió los ojos y los fijó en ellos, pero no hizo demostracion alguna de haberlos conocido. La mirada era como de un ciego. Poco despues dejó caer nuevamente los párpados con suavidad y sus largas pestañas se confundieron con el cerco azul que los rodeaba.

Un acceso violento de tos pareció ahogarla y en su desesperacion abrió extremadamente los ojos, extendió los brazos como para asirse de algo, y dejó escapar un quejido sibilante que parecia salir de la garganta.

—Enderézala! dijo el Cura á Elías extendiéndole las manos para ayudarla.

El jóven la incorporó metiendo los brazos por debajo de la espalda y luego sentándose en la cabecera, la dejó apoyar contra su pecho sosteniéndola por los hombros. En esta actitud pareció reponerse de la fatiga y pudo observar con atencion escrutadora al señor Cura. Despues, como si dudase de aquello paseó su mirada por todas partes y sonrió tan débilmente que apenas se notó la ligera contraccion de los labios.

—Ruth! Ruth, mi hija! Qué siente? le decia el Cura con cariño paternal y á cada llamamiento medio abria los ojos y volvía á dejarlos cerrar inmediatamente como se pliegan las hojas al leve contacto de una brisa.

Un largo y prolongado suspiro la hizo estremecer y como se sintiese sostenida por alguién volvió á mirar lentamente hácia atras. Al ver á Elías le tomó una mano que le estrechó con suavidad, cerró los ojos dejando escapar dos hilos de lágrimas que rodaron por sus mejillas encandecidas y no pudiendo sostener la cabeza recta la dejó resbalar sobre el pecho del jóven.

La palidez empezó á llegar cubriéndola lentamente, como pasa la sombra de una nube en la llanura, la boca se entreabrió y los ojos medio abiertos empezaron á perder el brillo.

—Se muere! dijo el Cura saliendo precipitadamente. Cuando volvió á entrar con una estola puesta, traía en una mano una ánfora de plata y en la otra un breviario.

Todas las gentes que habia en la casa entraron ménos las de la familia y luego que el sacerdote empezó á rezar las oraciones para aplicarle el último sacramento se hincaron con religioso temor.

La palidez y decadencia empezaron á hacerse más notables y entonces dijo el Cura con voz solemne;

—Creo en Dios Padre!

Los circunstantes rezaron el credo entre sollozos mal comprimidos. El pálido claro de una bujía bendita tan presto alumbraba las lágrimas que se desprendían de los ojos de los circunstantes, como la moribunda faz de la enferma.

Un nuevo acceso la hizo incorporar nuevamente y entreabrir los ojos que fijó con ternura en el sacerdote. Este aprovechó la oportunidad para ponerle entre las manos un Crucifijo pequeño que ella estrechó contra su pecho con desesperacion.

Miró á todas partes con ansiedad, buscó entre el grupo de personas extrañas que la rodeaban á alguno y movió los labios como para llamar á su madre y no la halló.

Fijó entonces los ojos en el cielo con la más desesperante agonía, estrechó más el Crucifijo, dió un gran suspiro é intentó volver á hablar; pero una bocanada de saliva espumosa con manchas de sangre le llenó la boca. Elías se apresuró entonces á limpiarla con un pañuelo y sintiendo que la cabeza no tenia fuerza ya para sostenerse le puso una mano sobre la frente y la sostuvo contra el pecho.

—Jesus! dijo el Cura en voz alta.

—Jesus! contestaron todos, y

—Jesus! trató de balbucear la infeliz Ruth en sus últimos momentos.

Dos ó tres veces movió por último la cabeza como á impulsos de la agonía y cerró los ojos poco á poco como quien es sorprendido por el sueño en una noche de velada.

Al cerrar los párpados se desprendieron dos lágrimas que indecisas habian permanecido allí en aquellos ojos de ángel y rodaron como si fueran congelándose por las mejillas, hasta quedar suspendidas como las gotas del cirio que á su lado la alumbraba.

El llanto de Elías incontenible ya, cayó por sobre el rostro de su amada y sus lágrimas se confundieron con las de aquella infortunada vírgen en quien acaso habia abrigada una pasion para él.

Triste union la de dos seres que sólo en la hora de la muerte se confunden en una lágrima! Maldecida humanidad, cuántos misterios se encierran para tí!

Séres nacidos para la desgracia, no espereis aquí el consuelo; llorad en tanto que os llaman á otra vida, sólo allá encontrareis la recompensa.

El grupo que allí quedó era de lo más desgarrador: el sacerdote hincado á los piés rezaba las oraciones con que se encomienda el alma al Dios de misericordia; las mujeres rezando cada cual entre gemidos sus preces; Elías casi desmayado hácia la cabecera y el cuerpo inanimado, mudo y sin vida de Ruth tendido allí en medio de seres extraños. No hubo una madre que le cerrara los ojos, no tuvo un padre que le diera sus brazos para reclinarse por última vez, no tuvo hermanas que le mudaran sus ropas!

Todos habian huido: la vergüenza y los remordimientos los perseguían.

Las pisadas de una persona calzada causaron una impresión de sorpresa en todos é instintivamente volvieron á mirar.

La luz alumbró la figura de un hombre que parecia un espectro de figura siniestra. Apenas dió unos pasos desde la puerta y quedó allí clavado, inmóvil y mudo como una estatua.

Fué su mirada tan fija, tan penetrante que pareció querer reanimar el cadáver ó buscar el rastro del último pensamiento que tan poco hacia se habia huido de debajo de aquella frente pálida y solemne.

Acaso el médico hubiera podido ver los últimos movimientos de la materia impelida aún por la fuerza vital, hubiera podido descubrir las últimas palpitaciones del corazón, débiles ya como la oscilación de un reloj que acaba de pararse; pero un pensamiento, algo que revelara el espíritu ya no encontraba en aquel cadáver tibio aún.

Como el ave que aprovecha un descuido para salir de su jaula, así el alma se habia escapado para volar por el espacio á su destino.

Todo estaba terminado.

Al día siguiente por la tarde el cementerio del pueblo está colmado de gentes que tronchan por donde quiera las malezas que cubren el suelo y ahogan las cruces de las sepulturas. Todos tratan de acercarse hácia un punto donde hay una fosa recientemente abierta y en la que están dejando descolgar con lazos un atahud de madera negra y con estas letras doradas en la tapa: R. M.

Allí está el amigo que en ninguna circunstancia solemne de la vida abandona á los cristianos; el Cura que canta las últimas preces y a quien casi le ahogan los sollozos, mientras que las gentes rústicas gritan sin consuelo delante de un cadáver que mudo y sordo á toda agonía apenas conserva la solemnidad de la muerte.

—Adios niña Ruth! gritan las mujeres arrojando sobre el atahud puñadas de tierra en señal de despedida; tierra que al caer produce un sonido hueco que sobrecoge el ánimo.

—*Requiescat in pace*, dice el sacerdote y un momento despues la capa de tierra lo habia cubierto todo como la ola se apresura á cerrar el hueco que el peso de un naufrago abre al caer en el océano.

No volvamos á mirar, queridos lectores, al doctor Esguerra yendo y viniendo como un loco sin poder ahogar sus gemidos, ni nos fijemos en Elías que vuelto hácia la pared y con la cabeza apoyada en un brazo solloza como un niño huérfano que no tiene quien lo consuele.

No hace muchos meses entré en aquel cementerio, atravesé por en medio de zarzas y malezas hasta llegar á un punto donde entre una pequeña verja de palos toscos hay un cuadrado de ladrillo que sostiene una gran taza de loza de forma antigua en donde nacen y mueren todos los días las flores de un alelí amarillo que una mano tiene el cuidado de regar por las tardes.

Aquella tumba aún no tiene losa, pero en el hueco destinado para ella, una mano escribió sobre la mezcla fresca:

Transiit velut umbra.

¡AY DE LA FRANCIA!

Cómo está sentada solitaria la ciudad, ¡llena de pueblo! ha quedando como viuda la señora de las naciones: la princesa de la provincias ha sido hecha tributaria.—JEREMÍAS.

Levántate, Francia, enjuga tu llanto y sacude tus vestidos llenos de la inmundicia que te arrojaron los enemigos en la hora de tu desgracia.

Pues contados fueron tus crímenes y pesadas tus injusticias en la balanza de los destinos.

Cuando eras la señora de las Naciones dejaste sacrificar á la infortunada vírgen, á la huérfana Polonia, y hoy las mismas manos que rasgaron sus vestiduras te arrancan las entrañas para arrojarlas á los cuervos.

Llevaste tus legiones á la América para aniquilarla en una guerra injusta, y hoy los hulanos del Norte como las aguas salidas de madre te han inundado.

Y en vano has llamado á tus amigos en la hora de la amargura, por que ellos miraron con indiferencia tu desgracia.

Tú, la Señora de las naciones, la que medias los destinos del mundo, postergada te encuentras y llena de oprobio como mujer envilecida.

Los crímenes de tu trono brotaron como la lava de los volcanes y han cubierto tus ricas heredades.

En otro tiempo la luz de tu ingenio alumbraba el mundo, y hoy tu llanto no será suficiente para apagar el incendio que abrasa tus entrañas.

Se cansaron los mares de llevar las naves que trasportaban tus riquezas, se ahondaron los caminos con el peso de tus carros, y hasta el espacio se colmó con la palabra que de tus labios salia, porque era el verbo de la inteligencia.

Y los demas habitantes de la Europa, los moradores del Asia y del Africa, los que libres recorren las montañas y soledades de la América y los de la apartada Oceanía, todos corrieron á tus grandes ciudades para beber tu ciencia, ver tus fiestas y grandes maravillas.

Y para beber tus vinos en copas de oro y apurar el deleite hasta la embriaguez libidinosa.

Los niños te señalaron con el dedo como á la novia engalanada para sus bodas, porque fuiste la hermosa entre las hermosas, la escogida entre las bellas.

Y hoy ¡á quién te compararé, hija infortunada de la Europa? Tu desgracia es más grande que el esplendor de tu antigua grandeza.

Como el ave alcanzada en su vuelo por la aguda flecha, así cayó tu brillantez y tu gloria.

Porque escrito está, que del Norte habrán de venir las legiones vengadoras como en otro tiempo las de Nabucodonosor, de Alarico, de Atila y de Breno.

Como langostas venidas del Rhin cayeron sobre tí para arrasar tus ciudades, derribar las murallas y talar los campos.

Y en vano opusiste la gloria de tus valientes hijos, porque ellos cayeron ante la furia del enemigo, como la espiga de la mies al golpe de la afilada hoz del segador.

Ni las murallas de cadáveres, ni los rios de sangre detuvieron el paso de los triunfadores germanos.

Echaron suertes sobre tu manto de púrpura para repartirlo en jirones sin dejarte abrigo para tus desnudas carnes.

¡Ay de tí, Francia infortunada! Tú no viste el dedo misterioso que trazó la horrible sentencia del infame Baltasar que prostituyó su trono.

Arrullada estabas con los cantos de tus bardos y la fama de tus hechos, sin caer en la cuenta de que los *Grandes* del trono bebían con el Soberano en los vasos sagrados del tabernáculo donde se encierra la LIBERTAD DEL PUEBLO.

Y por eso numeró Dios los días del reinado infame y fijó su término.

Fué pesado en la balanza y hallado falto.

Dividido fué el reino y dado á los bárbaros, cosacos y sajones.

Tú, la Reina de las Naciones, la Soberana de las provincias eres tributaria. Las más ricas joyas fueron puestas á precio para tu rescate, las más valiosas posesiones ofrecidas en cambio de un resto de tu vida.

Tus más fuertes ciudades servirán de centinelas para vigilar tus pasos como á reo de muerte, y tu pabellon glorioso no ondeará ya más sobre sus encumbradas almenas.

Y tú, París, corazón de la Europa, cerebro del mundo, ¿qué hiciste de tu grandeza, qué de tu poderío?

Dejaste caer tus puertas ante el golpe de las alabardas del extranjero, y la planta callosa de los normandos huella hoy las baldosas de tus palacios.

Manos extrañas encienden fuego en tus hogares y la luz de sus fogatas alumbra los rostros macilentos de tus esposas é hijos.

Por eso gritas hoy como la antigua Sion:

“Tú, Señor, has convidado como á una gran fiesta á esta Nación enemiga para que me aterrara por todos lados; y en aquel día de tu furor no hubo nadie que pudiese escapar ni salvarse; á aquellos que yo crié y alimenté los hizo perecer el enemigo mio.”

“Han oído mis gemidos y no hay nadie que me consuele; todos mis enemigos han sabido mis desastres, y se han regocijado de que los haya causado. Tú me enviarás el día de la consolación y ENTÓNCES SE HALLARÁN EN EL ESTADO EN QUE YO ME HALLO.”

Levántate, Francia, y enjuga tu llanto.

Afila de nuevo tu espada, porque tras la noche del imperio asoma el día de la REPÚBLICA.

1871

MI COMETA.

DEDICADO AL SEÑOR TOMAS PARDO R.

Empiezo por confesar una debilidad. Yo soy hombre á quien se le da un pito para zurcir un articulejo, pero que suda lo que Dios sabe para hacer unos versos de los de ciento al cuarto. Y luego, como me da porque los tales han de ser de lo más suelto y blando posible, pues tanto peor.

Envuelto en mí mismo estaría probablemente hace pocos días, bregando en mi escritorio con no sé qué idea ó sudando con una sinalefa que pretendía á todo trance endurecerme un verso, no sé realmente lo que sería de mí, pero el hecho es que me hallaba ausente de todo lo terrenal, excepto del objeto á quien pretendía enderezarle los versos. Qué diantre! En qué estado de beatitud tan excelente me hallaba, cuando una voz hacía mi espalda dijo:

—Papacito, me le pone los vientos á mi cometa?

—Qué! dije volviendo á mirar con los ojos saltados y la fisonomía aterradora. El despertar brusco de aquel estado celestial á esta vida, me produjo una impresión nerviosa tal que me llegó á los pies. El niño quedó sobrecogido al verme, pero yo, soltando la pluma, le tomé la cometa prometiéndole hacer lo que deseaba.

Entonces llegaron todos los recuerdos de mi niñez. La vista de aquel juguete produjo en mí el efecto de una melodía largo tiempo no oída, melodía que estuvo unida á las horas de felicidad muertas ya para el pasado, pero vivas aún para el recuerdo. Sentí en mi alma como el perfume que se empapa en el ala de una brisa y que sin saber de dónde venga ni á dónde vaya á morir, nos trae el recuerdo de otros días en que habíamos respirado la misma esencia al lado de algun ser querido. Qué más perfume que el recuerdo de la niñez!

Todo aquello que recordé durante la operación y en tanto que el niño me hacía observaciones tan acertadas como él creía, según los conocimientos adquiridos ya en aquella materia, es lo que te dedico hoy, querido Tomas; tomándome sí una libertad, y es la de hacerte no solo Mecénas sino personaje de mi historia.

Es de advertir que con esto hago un grande esfuerzo. Yo no escribiría nunca mi propia historia; hay un cendal que cubre nuestras miserias y nuestras felicidades que repugna levantar uno mismo. Muchos han existido que, haciendo á un lado el pudor, se han presentado desnudos ante el público y ante su propia conciencia. No sé si hayan hecho bien, pero por lo que hace á mí, jamás haré tal desacierto. Qué! si cuando llamándome á cuentas desciendo algunos peldaños dentro de mi alma, he vuelto tan horrorizado; ¿qué sería si intentase recorrer la historia de una vida que si por algo se ha hecho notable es por la ignorancia de su carrera?

Tú sabes que yo vine huérfano al mundo. Podré decirlo así? Cómo no, si cuando mi padre murió, apenas tentaba dar los primeros pasos asido de la falda de mi madre enferma y decadente ya. No muy tarde se fué ella también y entonces quedamos mi hermano menor y yo en el nido sin que nuestras implumes alas aún pudiesen sostenernos en el espacio en que habríamos de vivir. Sabes también que nuestro segundo padre lo fué un virtuoso hombre á quien Dios premió; y es en la casa de Don Bernardo Pineda, contigua á la tuya, en donde empieza esta mi narración.

Tras tomos de autores selectos, la Gramática griega, el Nebrija, las Platiquillas, el Masútegui, el Arte explicado, la Geografía, un tintero, papel y pluma colmaban una *chácara* que maldito lo que nos pesara cuando reunidos en la esquina del Colegio del Rosario y en vía para el de los Jesuitas nos metíamos en el zaguan de la casa de Don Agustín de Francisco, ó en los portales de los correos para hacer de consuno las oraciones latinas.

En esa *chácara* faltan los cigarros, el tacon para jugar la *golosa*, las bolas, el trompo, la ensaladilla contra los patanes y el medio real en efectivo para gastos extraordinarios, cosas indispensables, según dijo Saravia; en todo estudiante de aquellos tiempos, dirá cualquiera. Eso sería permitido en los otros Colegios, pero no en el de los Jesuitas en

donde la *chácara* y otras cosas debían estar *palpables* y visibles en cualquier momento dado, como si fuera la conciencia de uno de sus neófitos. Ahí está Florido, nuestro Conserje entonces, sacristan hoy de San Juan de Dios, que diga cuántas veces nos registró hasta las entrañas y nos dio férula hasta en las narices. Qué! Todavía recuerdo que un estudiante, por no quedar convicto y confeso de un crimen cometido con una vieja, se tragó un *triquitruque* con pólvora y todo (que pudo haberse reventado) antes que permitir que se lo hallaran entre su bolsillo. Aquello habría merecido la expulsión ó cuando ménos una vapulacion docenaria. * Entre nosotros el contrabando se guardaba como carta de noticias en tiempo de guerra, ya fuese entre los forros del capote, ó de la chaqueta, y cuando era una ensaladilla ó pintura en la que la figura en primer término la formaba alguno de sus Reverencias (todavía lo escribo con R mayúscula porque me da miedo), entonces el papel se metía entre la funda ó los forros del sombrero y á veces entre el escapulario.

Tú recuerdas lo que era un juéves en aquella época? El juéves significaba esto: una hora de estudio y otra de clase; lo que dura una misa generalmente pasada en contemplaciones acerca de los planes para lo futuro y, afuera todo el día! Una vez en el atrio de San Carlos nosotros parecíamos una bandada de mariposas viajeras en el mes de Junio, ó una manada de corderos á los que les alzan los palos de la talanquera cuando el sol ha evaporado el rocío que como lágrimas de la noche brilla en la fresca y menuda hierba de la dehesa.

Espacio, luz, porvenir brillante y sin la sombra que dejan los engaños, hé aquí la atmósfera en que náda un niño. Al río! Vámonos á Fucha! era la voz más jeneral en los meses de verano, y hé aquí en bandadas á los estudiantes por esos trigos de Dios.

Mucho he voltejeado durante mi peregrinación por este mundo redondo, pero nada de lo que he visto se me ha quedado tan presente como los sitios que paseé en mi niñez. Aquí están, como si los viese ahora, los caminos y sus vallados cubiertos de malezas en donde reventábamos los sapos á pedradas despues de provocarlos, la acequia en donde pescábamos guapuchas, los sauces en donde avistábamos el nido, los *alfandoques* de Tres Esquinas, los rosquetes del Puente de Santa Catarina, los llanos que pasábamos á volatines y la montada en los terneros; vivo está el recuerdo de la fuga en que nos ponían los abejones cuando nos perseguían porque les habíamos hurgado la colmena para extraer el sabroso alimento que fabrican; y sobre todo el río, el río sobre su lecho de menudas pedruzuelas en unas partes ó de arena en otras, jamás se me olvidará. Allí estará todavía el pozo de "La Fragua" que nosotros veíamos, como ahora consideramos la eternidad, misterioso ó insondable.

* En las funciones religiosas que los Padres de la Compañía celebraban con el nombre de *Mes de María*, un estudiante esperó una noche en el atrio la salida del concurso allí encerrado. Al pasar una vieja que en una mano llevaba su linterna encendida, en la otra la camándula y en los labios una oración, se le acercó el pillo y con el aire más compungido le dijo:—Tenga la bondad, por amor de Dios, de prestarme la candela para encender mi tabaco.—Con mucho gusto, contestó la vieja, y le abrió la puertecilla á la linterna. Luégo que el pícaro le prendió la mecha á un *triquitruque* y lo dejó allí se confundió entre el concurso. Ave María purísima! San Jerónimo bendito! fué la exclamación de la abuela al lanzar el farol tan alto como pudo; ella creyó ser destruida por alguna bomba infernal. Excusado es el decir que al estrellarse el farol en el suelo no quedó ni un vidrio bueno. Ya se puede, pues, adivinar que aquel á quien al día siguiente se le hallara siquiera olor á pólvora, estaba perdido. De aquí el haberse tragado el *triquitruque* al empezar la averiguación del hecho.

Hay un hecho que nadie olvidará en su vida y es el día en que por primera vez puede uno sobreaguar. Oh! para mí el día en que abandoné las vejigas y pude sostenerme sobre el agua nadando como perro, será imperecedero. Aquella noche fué un eterno soñar nadando en los espacios á más no poder, y los días que pasaba en el colegio sin ir al río fueron largos como las eternidades de los réprobos.

Vistos hoy con ojo imparcial los grupos de alisos cenicientos que bordan á trechos las orillas del río sin rumores y casi sin aguas, no se podrá ménos de confesar que aquello es melancólico como melancólicas son las extensas llanuras sin accidentes y sin más vegetación que la que, como una felpa arrasada por el uso, cubre el suelo siempre igual. Pero sin embargo, qué de perfume no traen estos recuerdos al alma hoy! Cómo no confesar que

"Las memorias campestres de la infancia
Tienen siempre el sabor de la inocencia!
Esos recuerdos con olor de helecho
Son el idilio de la edad primera,
Son la planta parásita del hombre
Qué, aún seco el árbol, su verdor conservan." *

A la fecha de mi cuento ya había yo pasado por esa escala rigurosa de las cometas en que se principia por aquellas que tienen por armazón tres espartos y unos pedacitos de cera, por tamaño el primer papel á que se le pueda poner la mano, por rabo una tira de trapo y por cuerda un hilo; cometas que tienen por objeto hacer ejercicio, pues para que encumbren en las calles hay que correr incesantemente hasta que quedan enredadas en el tejado más alto ó en el cerezo del solar vecino. Había pasado también, sabe Dios cómo, de las cometas de miniatura al redondo y pesado pandero y, por último, deseaba llegar ya á la cometa hecha y derecha y con todas sus consecuencias. Y entro aquí en la historia de todos los sacrificios que hube de hacer y de todas las combinaciones que puse en planta á fin de conseguir los elementos para tan audaz empresa, atendidas mis fuerzas económicas y rentísticas.

Era lo primero conseguir los palos del armazón; para esto fuí á la esquina de la Calle real en donde don Jacinto Flórez estaba construyendo una casa, y allí le hice señas á un muchacho que pisaba barro para que me vendiese tres *cañizos* que tuviesen las condiciones necesarias, á saber: secos, poco nudosos y bien rectos.

—Yo me los robo, me contestó, de aquel montón que tienen destinado para hacer los cielos rasos, pero cuánto me da?

—Te doy un tacon magnífico para jugar la *golosa*: con ese nunca se pasa por los infiernos y se llega en ménos de nada á la tercer gloria.

Al oír el muchacho nombrar tacon se rió con una carcajada improvisada *ad hoc* y siguió pisando su barro. Si la oferta hubiese sido hecha hoy día en que hasta las niñas nacen con tacones, cómo hubiera sido aquella risa?

—Bueno: si no quieres, te encimo unas calzonarias.

—Son de caucho? Muéstrelas á ver.

Cuando le hube mostrado el orillo de paño y la *majagua* que de un lado y otro me detenían los calzones en su tenaz tendencia á la gravitación, inventó otra risa más burlona y tomó pretexto para irse. El

* Gregorio Gutiérrez González.

muchacho adivinó en mí la angustia que produce la necesidad y se propuso explotarme.

—Quién fuera don Jacinto! decia para mí con los ojos preñados de lágrimas que se querian saltar. Cuántas cometas saldrian de aquel monton!

Le dí por fin á ese desalmado un trompo nuevecito y que no tenia ni un *quinazo* y le encimé el cordel y las calzonarias. Por pocos me pide el alma, como sucede en los tratos que se hacen con el diablo. Debo decir, no obstante, que el tirano compadecido de mí me hizo donacion de una de las calzonarias, y ya supondrás, querido Tomasito, que fué la de *majagua* la que me dejó.

Más alegre que si hubiese cogido el cielo con las manos, salia yo de allí con mis tres cañas (pues no me quiso encimar ni tanto así), cuando un sobrestante me dió el grito detras:

—Hola, niño! A dónde va con los cañizos?

Y esto decia cuando detras levantaba una zurriaga tan larga como de aquí allá, sin *tantica* mentira.

Como mujer sorprendida en un crimen, solté las cañas, caí sentado sobre el polvo y alcé á mirar á mi verdugo llorando; pero como llora un niño en el supremo afan de su desventura.

—Por qué se roba usted los cañizos? me preguntó.

—Yo no los robé; aquel muchacho me los vendió, le contesté temblando de piés á cabeza.

—Yo no le he vendido nada, contestó el maldito danzando en el barro.

—Sí, señor, le dí mi trompo, mi cordel, mi.....

—Con que sí, eh? Venga usted acá, dijo tomándome por una mano. Vaya escoja allí cuantos cañizos quiera y que ese muchacho le devuelva lo que le ha quitado, que despues ajustaremos cuentas con él.

Bendito sea quien imitando á Dios hace justicia en la tierra! La cara de aquel hombre no se me olvidará jamas. Hoy si vieralo lo llamaria para estrecharle la mano; pero nunca lo he vuelto á ver; quién sabe en cuál de nuestras guerras habrá muerto.

Como aún no me habia atrevido á pensar con qué compraria la cuerda, le hurté á la cocinera de casa las que servian para extender la ropa que lavaba en la alberca y ponía á asolear la carne fresca, y provisto ya de estos elementos me puse á desarrollar en grande los conocimientos geométricos aplicables á las cometas, que en mi carrera de niño habia adquirido. Aquel exágono debía ser lo más regular posible, así fué que medí con la escrupulosidad más grande las cuatro distancias de los lados, seguro de que las cabezas saldrian iguales. Con la cuerda que me sobró despues de hecho el armazon, medí doce tantos iguales al grandor de ésta, y hé aquí lo largo que debía tener el rabo. Vara y cuarta media á lo largo y una vara de ancho, si es que mis recuerdos no se me han echado á pique con tantos tropezones dolorosos que en la vida he tenido despues. Porque has de saber que los recuerdos de la niñez deben ser delicados como las redes cristalinas que la escarcha forma con los hilos de las arañas en las mañanas de verano sobre las hierbas de los campos.

Mí tío era esposo de una señora cuya familia fué de campanillas por su alcurnia, por su riqueza (que en mi tiempo ya habia venido á ménos), y por los servicios que prestó á la patria. Agustin Rósas, á quien la

historia llama Andres porque así se hizo él llamar cuando los españoles lo fusilaron, fué sacrificado en Popayan á los veintun años, llevando ya las charreteras de Coronel. No menores servicios prestó Gabriel, quien con igual graduacion murió algun tiempo despues de la accion del Santuario, sucedida en 1830. Y cuento esto para dar á entender que mi tío era hombre de papeles. Calcula si no; tenia por montones las *Gacetas de Colombia*, coleccionadas sin faltarle una sola; tenia *El Duende*, *El Dia*, y qué se yo qué más; pero daria un papel de aquellos? Si acaso! Primero le sacaban una muela cordal.

Perdida toda esperanza de obtener nada allí, tuve la audacia de entrarme en la casa de un inglés amigo de mis tíos, y tan leal, que hoy cuando casi todos han desaparecido ha hecho de mí un amigo como para no dejar extinguir el recuerdo de aquellos á quienes favoreció con su amistad. Una vez delante del doctor Davorem, sabes lo que me pasó? Pues me cargó con un monton del *Times*, es decir, con unas sábanas de papel tan largas y tan anchas que con un número de ese periódico habia para mil cometas, lo ménos. Vé si estaria contento! Quitarle el almidon á la aplanchadora y conseguir tijeras, todo fué obra de un momento; así fué que en ménos de nada tuve forrada la cometa y con un fleco más largo que un dia de hambre.

Mucho bregué por igualar el viento del centro y los de arriba, pero de un modo ó de otro ya la cometa estaba lista, no me faltaba, y como quien dice nada, sino conseguir los trapos para el rabo y la cuerda para encumbrarla.

Entro, pues, en la historia del rabo, y á la verdad que en buenas me meto, pues á fe que si no hablara de mi cometa, pondria punto en boca y dejaria el asunto á plumas mejor cortadas.

Los trapos desfilachados y mugrientos son, á mi ver, la imagen de nuestras dolencias secretas; en ninguna casa, por opulenta que parezca, dejan de ocupar un lugar recóndito que se procura ocultar á los extraños. Y cuántas veces bajo un rico frac, bajo los espumosos encajes que adornan un traje de moaré, se ocultan..... Mejor será dejar esto tambien á plumas mejor cortadas.

Como el rabo debía ser de distintos colores, defraudé á una criada de no sé qué prenda de su ropa blanca, y para conseguir otros trapos me entendí con un negro aprendiz de sastre de donde Mr. Dupuy. Ese contrato fué de lo más disputado. Segun las estipulaciones, hechas debía yo darle al negro el pan de mi chocolate durante una semana y obtendria en cambio el derecho á la basura del taller, la cual me entregaria el domingo. Dueño ya una vez de aquel rico botin, hallé retazos de calama-co colorado, de paño negro y mil variantes más que dieron al rabo el aspecto más hermoso que en mi vida he visto.

No sé si debiera callar el medio que empleé para obtener la cuerda, pero como el historiador debe ser verídico no ocultaré nada.

Cerca á la primera Calle real tenia una muy surtida tienda de botillería una jóven que al haber tenido narices ó siquiera un amago de ellas habria sido de lo más elegante entre el bello sexo. Y como de aquella falta de que adolecia nacia la falta de buen timbre de voz y otras que no le faltaban, la pobre se volvia una pura miel con quien siquiera la saludase al pasar por su calle. Por fortuna para ella, y creo que para mí tambien, un estudiante acertó á escribirle una carta diciéndole que ella

era el centro de todas sus aspiraciones; y no le faltaba razón porque lo que él deseaba era vivir á sus costillas, no comiéndole medio lado sino cuanto tenía en la tienda. Como aquella carta debía ser contestada incontinenti, fuí llamado como amanuense y depositario de ese secreto. Pactamos que por la carta me daría cuatro ovillos de cabuya; pero por supuesto no se habló de uno que otro dulce que al descuido me engullía cuando ella volvía la espalda.

Por lo visto, el amor del estudiante iba creciendo á medida que los tabacos y demas regalos se sucedían, y como el tal no podía verla sino los domingos, había epístola diaria tan segura, como seguros tenía yo los ovillos de cabuya que ganaba. Al terminar la semana tenía un montón tan grande que hasta vergüenza y cargo de conciencia me daba ya al verlo. Pero en fin: previsto está que de las debilidades de unos nacen las fortalezas de otros.

En aquel tiempo el mes de Julio había dejado correr muchos de sus bellos días; estaba, pues, en lo que se puede llamar el vigor de su existencia. En uno de esos domingos, acaso el tercero, después de haber salido de la congregación, en donde como polluelos, bajo las alas de una capilla perfumada y llena de luz de aurora, practicábamos los oficios de obligación, nos dimos cita para después de almuerzo con el objeto de ir á San Diego á encumbar mi cometa.

Yo quisiera saber si tú has hecho algunos estudios psicológicos, y si en caso tal, has podido averiguar cómo es que los recuerdos se hallan colocados en el cerebro. ¿Por qué algunos de ellos aparecen con una tenacidad incontrastable, siendo de advertir que esos recuerdos son muchas veces pertenecientes á hechos y cosas enteramente sin interés en la vida? Cierta paraje de un camino solitario, el vuelo precipitado de una ave pasajera, las facciones de un rostro sin hermosura y sin interés, visto de paso, el grito que hemos oído en un campo, grito que ha podido perderse en nuestra imaginación como se perdió en el espacio; por qué se conservan vivos en la memoria? ¿Qué los detiene allí si no están ligados á nada que pueda interesarnos? Ahora, ¿por qué el recuerdo de otros hechos que forman parte de nuestra historia aparecen sin consistencia, indecisos, débiles, y sin forma visible como si hubiesen sido vistos al través de un sueño, en tanto que hay sueños que toman el vigor y la fortaleza de los hechos positivos?

Qué domingo! qué domingo aquel! Ni una nube en el cielo, ni una sombra en la tierra. El sol derramaba luz esplendorosa desde un espacio azul, profundo y sin límites, como Dios reparte misericordia sobre sus criaturas sin distinción alguna; las brisas frescas, puras y sutiles parecían esperarnos detrás de ciertas esquinas para sorprendernos con alguna chanza que á veces pasaba de lo mandado, pues no contentas con alzarnos la ropa, nos botaba haciendo rodar hasta el caño nuestro sombrero de *panza de burro* ó la cachucha de paño verde.

Oh! con qué audacia se rompe en la niñez el soplo que nos detiene en el camino, soplo que vigoriza nuestras fuerzas y ensancha nuestros pulmones, y con qué debilidad se sienta el anciano á dejar pasar el huracán que le estorba el paso, le enturbia la vista y oprime el pecho con el polvo que lleva en sus alas!

A las once de la mañana estábamos reunidos en el zaguán de casa todos los convidados, incluso Julian, de quien intencionalmente no quería hablar. Es tan penoso traer recuerdos dolorosos, y restregar heridas que aún no se han restañado! Tu hermano, y compañero de mi niñez, se fué ayer no más, como aprovechando un descuido para que no le detuviesen los que tanto le amaban. Ojalá desde la eternidad acepte la ternura del recuerdo que le dedica uno de sus compañeros, precisamente á tiempo en que remueve en la memoria los perfumes más exquisitos de su vida.

Disputándonos el derecho cada cual de llevar alguna cosa, dile a uno la cuerda, á otro el rabo, á éste el engrudo y papeles llevados á prevención, como quien dice los vendajes, para el caso de una caída ó cualquier accidente, y yo me reservé el derecho de llevar la cometa.

Aumentado el cortejo con los curiosos que se nos iban agregando á nuestro paso por la Calle real de las Nieves y las de los Tres-puentes, entramos en la plazuela de San Diego con el orgullo y la confianza de buen éxito con que los soldados de Atila, Alarico y Breno llegaron á las puertas de Roma sucesivamente.

Allí encontramos diferentes grupos diseminados en el llano esperando la ocasión de poder encumbrar sus cometas; pero era el caso que el viejo Eolo estaría retozando con las Ondinas quién sabe en dónde, y no había parecido en toda la mañana. Qué desesperación! El marino á quien sorprende una calma chicha en buque de vela, escaso ya de agua y provisiones, ó el labrador que con todo el trigo derramado en la era abre los ojos y escudriña por todas partes buscando alguna señal de viento, sufren ménos que quien después de tanto sacrificio se encuentra con que no puede ver alzar su cometa. Las nubes posadas en los horizontes como montones de ruinas inmóviles, las hojas de los árboles como incrustadas en un espacio de plomo y un sol que abrasaba, era lo que por todas partes se nos ofrecía.

Por fin una voz dió el grito de alarma y todos nos preparamos para maniobrar. Efectivamente, las hojas de los cerezos lejanos se estremecieron con un rumor particular, una nube de polvo se alzó en torbellino y las primeras oleadas llegaron hasta nosotros.

A la voz de "eche!" se alzaron las distintas cometas, otras volvieron de cabeza contra el suelo y la mía se levantó majestuosa como una gaviota sorprendida por el cazador en el ribazo de los mares. Cobré cuerda unas tres veces y le dí *sustos* otras tantas hasta que por fin logré colocarla en una corriente de aire que le hizo cambiar de posición. Con inclinación constante hacia el Noroeste fué cobrando con tanta celeridad, que la cuerda pasaba con detrimento de nuestra piel, por entre las manos como si fuese un hilo de fuego.

La emoción que en estos momentos se siente es inexplicable; el más leve enredo en la cuerda, la más pequeña detención podía causar una cabeceada ó la ruptura de la cuerda. Ya se habían notado uno ó dos movimientos de la cometa á derecha é izquierda algo alarmantes, la cola había azotado el espacio como si fuese una serpiente en agonía y por instantes se vieron volar tiras de papel arrancadas al fleco, como las plumas de una paloma destrozada por el halcón.

Por fin la aterradora voz de "se acabó la cuerda!" vino á esparcir el pánico en todos nosotros. No había más remedio que correr en el sentido de la aspiración de la cometa para ver si se colocaba en otra corriente más débil, y así se hizo; pero aquel juguete parecía arrebatado por

algun demonio, pues miéntras más corriamos detras, más se alzaba con una fuerza prodigiosa. No nos quedó por fin más recurso que sacrificar algun sombrero para echarle de aviso, y el del criado de casa fué elegido. Practicámosle un agujero por la copa, lo soltamos y en el acto empezó á subir hasta que llegó á los vientos. Entónces se sintió algo de pesantez que la hizo descender probablemente á alguna corriente más baja y pudimos descansar de aquel estado tan peligroso en que nos hallábamos.

Por unanimidad de pareceres se convino en que era preciso cobrar cuerda para tener de reserva y no ser sorprendidos en caso de un nuevo huracan. Esta operacion la hicimos por turno todos para tener el gusto de soguear y sentir el impulso que la cometa ejerce sobre las manos; dos de los que habian cumplido este antojo empezaron á ovillar de nuevo y otros dos á desenredar los amarradijos que se formaban en las matas que á nuestro alrededor habia.

Con qué placer veíamos entónces el movimiento que la cometa hacia á cada impulso de nuestros brazos al cobrarle cuerda; parecíanos ver á un nadador cuando trata de vencer la corriente, en tanto que la cola se movia aquí y allí como la de un perro que acaricia al amo recién llegado. Así fuímosla trayendo sobre nosotros hasta que un grito de deleite sonó unánime en todas las filas.

“Parada en cuerda!” gritaron todos llenos de alegría. Este era un triunfo que compensaba nuestras anteriores angustias. La cometa habia llegado á colocarse casi sobre nuestras cabezas y permaneció inmóvil. El águila que otea su presa ántes de precipitarse sobre ella es ménos hermosa.

Esto no duró mucho tiempo y empezamos á sentir una flojedad que nos alarmó. El calmazo se presentaba de un instante á otro. Nuestros brazos no alcanzaron á cobrar con la presteza debida y la cometa descendia con gran celeridad. Entónces apelamos á otro recurso y fué el de correr hácia adelante para proporcionarle una corriente artificial. Si hubiéramos permanecido allí, la cometa habria caido en el cementerio y la habríamos perdido.

Pensábamos bajarla definitivamente cuando un grito general llegó hasta nosotros, dado por los que encumbraban sus cometas en la plazuela. El huracan, por uno de esos cambios repentinos de la atmósfera, volvía acompañado de una llovizna que se desprendia desde el cerro.

—Tenga cuerda desenvuelta! fué mi órden, y me preparé para afrontar el nuevo peligro.

Volvimos á mirar las cometas que habian quedado á nuestra espalda y comprendimos la suerte que se nos esperaba. El ruido de las de fleco volado, de las de zumbador y los gritos de los niños en su desesperacion nos hicieron comprender lo inminente del peligro y lo afrontamos con serenidad ya que no era posible evitarlo.

Hoy veo representado en aquellos juguetes lo que pasa á los hombres públicos. Más ó ménos, todos ascienden en diferentes escalas, pero raros son los que descienden pacíficamente ó por lo ménos sin avería á la vida privada. Habia allí cometitas inquietas, cabeceadoras, que cambiaban de puesto á cada instante y que por falta de lastre, como quien dice de instruccion alguna, están destinadas á perecer enredadas en algun árbol ó en la cuerda de otra cometa más grande. Estas son el chisgarabis de las cometas. Ví otras de carácter insidioso que llevaban en la cola oculta la

navajuela, y ay! de la cometa que pasase por cerca de ellas, porque entónces con un movimiento rápido como un rayo cortaban la cuerda aún la más fuerte. Los que tienen de esta clase de cometas son odiados y se huye de ellos instintivamente. Podia verse allí tambien aquella clase de cometas de las cuales nada habia que temer, pero á las que se les dañaba algun viento, se les caia el peso que les habian puesto en el rabo ó se les rompía algun liston, como si dijéramos de algunos hombres: se les afloja algun tornillo, y entónces empezaban á dar vueltas sobre sí mismas con toda la celeridad de un *ringlete* hasta que se daban contra el suelo haciéndose mil pedazos. Algunas de estas cometas solian descender en línea oblicua como un meteoro, pero acontecia tambien que ántes de estrellarse se rehabilitaban y volvian á ascender á la altura de donde habian venido.

El huracan y la llovizna no tardaron en caer sobre nosotros y la cuerda empezó á llevarse la piel de nuestras manos y aún pedazos de nuestros vestidos; casi se le veia humear en dondequiera que se rozaba con algun objeto. No tardó en convertirse aquel campo en un desórden espantoso. Las voces, los gritos, los lamentos se sucedieron en medio de la más cruda agitacion.

—Tengan aquí porque me arrastra! decia uno.

—Métale cintura y afiance con el pié, contestaba otro.

—Ay! Ay! No sea bestia! Aguárdese me desenredo el pié porque me lo trueza!

—Cuerda! Más cuerda!

—Se enredó aquí y no se puede soltar.

—Truece con los dientes, pero no vayan á echarle nudo corredizo.

—Arre diantre! que me arrastra, yo la suelto! Me quema las manos.

—Madre mia y Señora! Se va á reventar. Más cuerda!

—Se enredó en esta mata y no se puede soltar. Qué hacemos en este caso!

Un alarido general fué acompañado de una terrible voz.

—“Se reventó la cuerda!” dijimos todos y partimos corriendo.

Una puñalada dada á traicion producirá el mismo movimiento que la ruptura de la cuerda para una cometa. Hay cierto estremecimiento, un no sé qué de repentino y trágico que es inexplicable. Mi cometa se fué hácia atras despues del estremecimiento brusco que se le vió dar, y luégo lentamente, como un cuerpo sin vida, midió los espacios dando vueltas sobre sí misma. Ave herida en la mitad de su vuelo, descendió como luchando en los espacios con su agonía.

Dehesas, solares, barrizales, cercas, vallados, matorrales, nada nos detuvo hasta que encontramos las paredes mudas y silenciosas que guardan á los muertos. Gritamos para que nos abriesen la puerta, nadie nos abrió; golpeamos repetidas veces, pero nadie contestó. El objeto de nuestras afecciones habia acertado á caer en donde han caido tantos seres queridos y que ya no volverán. Imposible que entónces hubiera yo de imaginarme, que aquello no era sino un símbolo de lo que nos pasaria en la vida. Allí cayó mi madre y sucesivamente.....

Despues de haber recogido los restos de cuerda que nos quedaron, volvimos para nuestras casas, con el alma llena de amargura, los vestidos húmedos, la piel desgarrada, las manos heridas y la esperanza muerta!

Allá quedaron, Tomas, todos los afanes, todos los esfuerzos, los sacrificios, las humillaciones, el orgullo y la alegría infantil no comparada eso sí, con nada de la vida.

MALDADES DE UNA MUJER

A MI AMIGO JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA.

I

Una tarde de Julio de 1848 paseaba por la alameda de San Diego una joven de estatura elevada y notablemente hermosa. Sin embargo, si se examinaba despacio, nada habia que llamara la atencion particularmente en ella, á no ser que fuese lo airoso y bien formado de su cuerpo. Unos decian que toda su gracia estaba en el modo de reir, otros que en lo apacible de su mirada, y los más se perdian en conjeturas sin que pudiesen resistir á ese atractivo que dominaba en ella, llevando tras sí la atencion de cuantos la miraban. En esa tarde, despues de haber paseado por el cementerio, cogió en el camellon las rosas que halló á la mano, y sentándose en un tronco que hay tendido á manera de banco, se puso á jugar con unos niños, hijos de unos pobres que vivian en una casita vecina.

Cuando yo pasé con otros compañeros, la vi rodeada de muchachos, cada uno de los cuales tenia una rosa que ella les habia dado, y que iban poniéndoselas sucesivamente sobre el regazo para despues volver á recibirlas y salir gritando con ellas.

—Quién es esta joven? pregunté. Qué hermosa es!

—Lástima de hermosura, me contestó mi compañero, esa es una mujer malvada.

—Cómo? pregunté sorprendido.

Mi compañero movió la cabeza hácia un lado, como para decirme: no parece, pero así es.

—Pero, hombre, no es de creerse que una mujer que juega con los niños.....

—Y á quien dió el cielo tanta dulzura en la expresion.....

—Y tanta inocencia en la mirada.....

—Sin embargo, ésta será la causa de la ruina de César.

—Esta es, pues, Amelia?

—La misma.

—Cómo engañan las apariencias!

—Así es. Ya ves que apenas habrá una mujer de un aspecto más dulce é inocente que ésta.

—Y por fin, quién es? Cuál es su origen?

—Nadie lo sabe. Hará como un año que apareció aquí sin saber de dónde vino, ni quién la trajo. Luégo que se presentó ante la sociedad, joven, hermosa, sola y rica, hubo millares de aduladores miserables que quisieron llegar hasta ella, pero todos se estrellaron. Es la mujer más independiente y al mismo tiempo más amable. Tú sabes que hay hombres capaces de manchar con su aliento la misma nieve, y como son incapaces

de obtener, por el desprecio en que están á causa de su bajeza, ni una sonrisa de la más vil, se contentan con denigrar en los corrillos la conducta de la mujer que se deje siquiera mirar de ellos; y sin embargo, de Amelia nadie se ha atrevido á decir nada, y si álguien lo dijera, se atraeria sobre sí la burla de todos; tal es la persuasion que tienen de que su conducta es arreglada.

—Pero entónces por qué la llamas malvada?

—Su crimen para mí consiste en la ambicion. Cuando César volvió de Europa, heredó 40,000 pesos que empezó á dilapidar á manos llenas, así materialmente, á manos llenas; yo lo vi en las fiestas botar la plata como si fuera polvo. Es el joven más loco y más caballeroso al mismo tiempo: desocupa su bolsillo en manos de un amigo indigente, y se va como un tigre encima de un tahur que le niegue un céntimo. Como tú sabes, es buen mozo, culto y valiente, y nada excusa por hacerse el héroe de una aventura que le dé nombre; en una palabra, es un tronera caballeroso. Y todas estas virtudes y debilidades la ha explotado admirablemente esa mujer para hacerse al caudal que le quedaba á César por botar. Y cuenta con creer que le haya permitido un mal pensamiento siquiera; lo mantiene á una prudente distancia, volviéndolo loco con su amabilidad, sin que nunca haya querido consentir en casarse con él.

—Qué mujer tan rara!

—Sabes lo que sí no creo y que César asegura todos los días?

—Qué?

—Que nunca le ha pedido ella nada. Dice que le admite cuanto le ofrece y que jamas se ha excusado de admitirle un regalo por valioso que sea.

—Sabes cuándo será esa *soirée* que piensa dar á nombre de ella?

—Creo que será en la semana entrante. Ya están hechas las invitaciones y todo lo demas preparado. Será una cosa de gusto y digna de verse. Irás tú?

—Probablemente.

II

La sala principal de la casa en que vivia Amelia tenia un aspecto encantador notablemente raro. El papel afelpado de las paredes estaba casi cubierto por cortinas moradas de damasco, que descendian de una gran cornisa, y eran recogidas una vara ántes de llegar al suelo por coronas verdes sin una sola flor. Los muebles eran de rosa ó palisandra, los divanes y sofás estaban forrados en terciopelos oscuros, la alfombra era de color de cereza, y las cortinas de los balcones de gasas finísimas color de lila sumamente claro. La luz, tal cual nos viene, habria sido impertinente allí, y para evitar esto entraba modificada por vidrios de colores que la convertian en una especie de crepúsculo para ir á reflejarse sobre el misterio de toda aquella estancia. Un bejuco de uva de parra rodeaba la cornisa, dejando caer sus ramas hasta casi llegar á los sofás, y tenia un color tan suave, imitaba tan bien lo tierno de los cogollos, que parecia que verdaderamente habia nacido á la sombra de una gruta húmeda y oscura.

—Y bien, César, decia Amelia, dice usted que ya tiene todo preparado?

—No espero sino que llegue el dia, y si me fuera posible lo anticiparia. Todo está arreglado.

—Será una función digna de usted y como dada en obsequio mío. Porque ya que se ha obstinado en hacer eso á pesar de mi oposición, es necesario que usted salga airoso, y mi nombre bien puesto.

—Pierda usted cuidado, Amelia. Bogotá no ha soñado nunca una función igual.

—Y si yo le hiciera una indicación.....

—Cuál? se apresuró á decir César. Mande, mande, Amelia. No sabe usted que toda mi gloria está en obedecerle?

—Cuánto gastará poco más ó menos en esa *soirée*?

—Unos mil pesos..... ó quizá más.

—Mil pesos, repitió Amelia, como haciendo un cálculo. Dice usted que me daría gusto si yo exigiese algo?

—Amelia, no pregunte más, mande, que quiero obedecerle.

—Me obedece, cualquiera que sea la exigencia?

—Le obedezco, contestó César con tono serio, como para ser creído.

—Pues bien, no se arrepienta despues de haberme prometido.....

César esperó con inquietud.

Amelia fijó un instante sus negros y grandes ojos en él, como para indagar todavía si sería obedecida, y luego dijo marcando palabra por palabra:

—Querria usted complacerme dándome esos mil pesos que piensa gastar?

El jóven no hizo otra cosa que colocarse delante de ella y cruzando los brazos quedarse mirando á la que tal propuesta le hacia.

Amelia no quiso romper el silencio y esperó á que César contestara.

—Es usted, Amelia, dijo éste por fin, quien me propone tal cosa?

—Qué tiene de extraña mi propuesta? Bien sabia yo que usted se habria de horrorizar al oirme; pero permítame decirle que es porque no ha reflexionado en lo que va á hacer.

—No se necesita reflexionar mucho para ver que ya estoy comprometido ante el público, que mis amigos me motejarían y que los envidiosos, arrojando todo su veneno sobre nosotros dos, nos harían el objeto de la burla de todo el mundo.

—Y quiénes son sus amigos? y quién es todo ese mundo de que usted habla? Mire, César, prosiguió haciendo una señal para que volviese á sentarse al lado de ella; despues de ese sacrificio que va á hacer, en el cual usted y yo seremos quienes menos gozaremos, esos cuatro que llama sus amigos, y que lo son porque va á proporcionarles un rato de placer, reirán al otro día de quien ha sido bastante necio para creer que le agradecerian un sacrificio que no dejará sino pesares, desengaños y un vacío inmenso. Convengo en que haya placer en convidar á la mesa á tres ó cuatro amigos; pero llamar á una chusma que jamas se sacia, y que cuando se deja de darles lo que piden maldicen á quien quiso satisfacerlos, eso es, César, una locura sin nombre..... Pero no, conozco que hice muy mal en hacer tal exigencia; puede hacer lo que quiera, yo no tengo ningun título para pretender nada. Tan libre es usted como yo, así es que.....

—Amelia! interrumpió el jóven con tono suplicante.

—Por qué no he de confesar qué valgo yo para usted? El aprecio..... el deseo de hacer un bien, qué valen ante una alma como la suya?

—Amelia, no desgarré así mi corazón! No sea injusta. ¿No he dedi-

cado mi vida á usted, sin que nunca haya conseguido el que una su suerte á la mia? Se puede hacer más que adorarla á pesar de su resistencia?

—Ah, no! conozco que soy demasiado sensible para que me uniera á una persona que alguna vez disintiera en algo conmigo; moriria de pesadumbre. Me uniria á quien estuviese siempre á mi lado, siempre juntos; como el perfume y la brisa, como el murmullo y el agua que rueda; dos almas cuyas sensaciones fuesen como el sonido de dos cuerdas unisonas. Ah! qué feliz fuera yo! Pero sueño, nunca encontraré un hombre....

—Mírelo, Amelia! Ese hombre soy yo, aquí lo tiene. Seré el sonido que repita todas sus sensaciones, la brisa que recoja sus perfumes para esparcirlos; mande, Amelia, mande y será obedecida.

—No, usted no me comprende. Yo no quiero abyección en el hombre que amara. Quiero dignidad, sin petulancia; el que renuncia á su voluntad para depositarla enteramente en el capricho de una mujer, se hace indigno del nombre de hombre que lleva. La gran ciencia de Dios consiste en el equilibrio que ha establecido en la creación. En el momento en que un cuerpo se hace superior á otro, sucumbe el débil, y yo no querria tener á mi lado un sér envilecido.

—Entonces qué quiere? Qué pretende? dijo César con desesperación.

—De usted nada quiero, porque no tengo derecho para exigir, apenas digo lo que pienso. Pero sí le aconsejaré, porque lo estimo, que cuando se sienta con justicia se sostenga. Dé vuelo á los arranques generosos de esa alma grande que tiene, pero no la deje flaquear. Vaya, acabe de prepararlo todo, continuó con tono cariñoso; yo no queria sino probarlo.

—Nada haré, contestó César, dejando caer la cabeza sobre la palma de la mano.

—Y sus amigos? Y la sancion del público? No, continuó Amelia á tiempo de irse para una antecámara, usted no debe abandonar esas consideraciones por una mujer que no tiene ningun título para exigirle nada, que no quiere tenerlos y que aunque se los brindaran no los admitiria.

César al encontrarse sólo, tomó su sombrero y partió diciendo en el tono más desesperante:

—Qué tiene este demonio ó ángel que tanto me fascina? Quién pudiera odiarla!

Al día siguiente se hablaba en todos los corrillos de los caprichos de Amelia, que no habia dejado que César diese la *soirée* que habia prometido.

Y no habian trascurrido quince días desde la escena que acabo de referir cuando el jóven desapareció de aquí sin saber qué rumbo habia tomado. Segun la opinion general, entre el juego, Amelia y los amigos lo habian arruinado, y no pudiendo soportar la indigencia habia preferido expatriarse.

III

Hace unos ocho años que Ester, la hija de don Manuel G * * * era una de las jóvenes más galanteadas por todos los que aspiraban á colocarse de una manera que no dejase qué desear. Y en verdad que tenia por qué ser envidiada: poseia un carácter tan dulce que se adivinaba al traves de su sonrisa, y sus facciones todas, que parecian hechas por inspiración

de su propia alma, estaban bañadas con un tinte dulcísimo de inocencia tal, que nadie podía estar delante de ella sin admirarla, ni admirarla sin quererla. Además, su padre, fuerte capitalista, había procurado educar á su hija única tan bien como se puede hacer hoy aquí en nuestra capital; nada le faltaba, pues, á Ester para ser feliz, pero con todo, no lo era hacia mucho tiempo. Varias veces despues de hallarse sola miraba á cierto punto donde había una flor marchita, y sus lindos y apacibles ojos se llenaban de lágrimas, que ella nunca trataba de contener. ¡Y qué hermosa sería así llorando!

Toda su desgracia consistía en haberse prendado de un jóven que tenía el peor de los defectos: era pobre.

Y sin embargo, para el alma noble de esa niña esta circunstancia era una buena cualidad, porque había llegado á comprender que la desgracia purifica el alma y da lecciones que nunca se olvidan. Y cuántas veces deseó ser pobre para que no se le disputara el derecho de ser feliz!

Un año hacía que César, despues de haber probado en vano buscar fortuna en otro país, había vuelto á su patria como el ave que da mil vueltas para volver al mismo nido en donde estaba cuando la hirieron.

Sin más caudal que los desengaños y una alma templada por la desgracia, cruzaba las calles por en medio de los que se llamaron sus amigos, sin que ninguno se dignase mirarlo sino cuando más para echarle en cara su desgracia. Y á este jóven desventurado sólo una idea lisonjera le acompañaba amargándole la vida, porque al desgraciado lo dulce mismo de la esperanza se le brinda en una copa cuyos bordes son de hiel. Esta idea era el amor de Ester. A los ojos del mundo este hombre cometía una falta que castigaba con la burla. Las ideas nobles son un crimen cuando son hijas del indigente; Colon habría muerto sonriendo de tristeza á la idea de su sueño desvanecido si no hubiese hallado una mujer que lo comprendiese. Es porque á Dios le es tan fácil suspender un mundo en el espacio, como exponer los más grandes acontecimientos concretándolos en la vida de un hombre, en lo fugaz de una hora.

Si César no hubiese amado verdaderamente á Ester, poco le habría importado el poseerla ó no, pues entónces esa pasión, lejos de atormentarlo, le habría servido para lisonjearse en secreto al dominar el corazón de una jóven cuya preferencia lo elevaba sobre sus mil rivales opulentos. Pero él amaba sin ver en ella más que su alma digna, y sin pensar en que era rica sino para acordarse de que ese era su obstáculo. Resolvió, pues, para salir de la incertidumbre, hacer una tentativa y se dirigió á don Manuel pidiéndole la mano de su hija. La respuesta que obtuvo fué la siguiente:

“Quiero ver á mi hija consumiéndose á impulsos de una pasión no satisfecha, ántes que entregarla á un hombre que ha gastado parte de su vida y todo su caudal para regalar á la sociedad solo con escándalos.”

Esto no era para César sino una sentencia de muerte precedida de la pena de infamia. Se le había arrojado lodo á la cara hablándole de sus propias faltas. Había pensado en que le negarian la mano de Ester, pero no en que le sonrojarían recordándole sus pasados desvíos. Al recibir esta respuesta, el pobre jóven lloró quizá por la primera vez de su vida, y en medio de su desesperación escribió las siguientes líneas:

“Ester: mi desgracia se ha colocado en medio de los dos y jamás nos dejará acercar, pero hay otra vida donde nadie nos disputará el unirnos

para siempre. Perdon si me le anticipo para llegar primero, pues no quiero esperar más aquí. Adios.....”

Aún no había leído lo que acababa de escribir cuando le entregaron una carta. Será de Ester? será del padre que se arrepiente? decía para sí desgarrando la cubierta con la ansiedad más grande. La desdobló temblando y en el momento se fijó en la firma.

—Maldita mujer! Todavía? gritó arrojando lejos la carta. Por qué me castigas así, Dios mio! En el momento en que voy á dejar la vida me mandas á esa mujer como para que no olvide la causa de mi desgracia..... Ahora, qué querrá de mí, qué podré yo darle? Amelia, ven dentro de un instante, gritó en seguida, y podrás complacerte en tu obra. Te llevarás mi cadáver que será lo único que quedará de mí.

Lo que el amor escribe sobre el corazón nunca se borra del todo; el tiempo cubre con el olvido sus huellas como cubre con polvo y hiedra las inscripciones de una losa, pero apenas hay una mano que la humedezca y limpie, reaparece todo hasta el punto de leer palabra por palabra lo que se creía enteramente borrado.

Por más que César maldijese la memoria de Amelia, no pudo ménos que enternecerse en seguida cuando pensó en que la había amado, y alzando la carta que acababa de botar leyó lo siguiente:

“Hace algunos años que una jóven viajaba con carácter de incógnita sin llevar más rumbo que su capricho. Pocos días despues de haber llegado á un lugar fué robada completamente, sin que le quedase con qué satisfacer las deudas que había contraído. Inmediatamente fué ejecutada, pero en el acto de ser conducida á la prisión un jóven le mandó una cantidad suficiente no solo para pagar sus deudas sino para continuar su viaje. Cuando ella quiso conocer á su bienhechor ya había partido; ni siquiera había preguntado por el nombre de la persona á quien protegía. Ese jóven tan desinteresado y generoso era usted, y la protegida fuí yo. Lo recuerda, César?”

“La fortuna hizo despues que yo lo encontrase cuando usted empezaba á ser dueño de una grande herencia que botaba á manos llenas. Al principio quise aconsejarlo, pero conociendo su carácter, me propuse salvarlo de otro modo. Lo he dejado luchar despues mucho tiempo con la desgracia, pero sin perderlo de vista. Sé que ha apurado el infortunio hasta la humillación, que no merece usted por su nobleza de alma. Hoy si lo desprecian, si le niegan la felicidad con que sueña, no es por sus desvíos pasados sino por la pobreza de que tengo el gusto de sacarlo. Nada le doy, yo no hice sino guardarle lo que entónces hubiera botado y que hoy le devuelvo. Gran parte del dinero que perdió en el juego también lo tengo, pues tenía jugadores pagos para que me llevasen lo que usted perdía. El capital, pues, con los intereses que le he hecho producir en cinco años, asciende hoy á \$ 15,000, que segun la órden que le acompaño, puede usted pedir en casa de los señores X. & S. de este comercio.

“Quiera el cielo que sea tan feliz, César, como yo lo deseo, y si alguna vez se acuerda de su amiga, á quien ya no volverá á ver, que sea movido por la gratitud, única recompensa que deseo de usted.—AMELIA.”

César sonrió al principio como un demente creyéndose víctima de una burla, despues volvió á leer muchas veces la carta, hasta que por último, arrebatado de una especie de vértigo, salió gritando á cuantos encontró á su paso:

—Hé aquí las maldades de esa mujer!!
Inútil será decir que pocos días despues se celebró el casamiento de la hija de don Manuel con César, y para dar una pincelada más acerca del carácter de Amelia, diré que cuando César recibió la carta ya ella habia partido.

UNA TUMBA EN EL TEQUENDAMA.

A MI AMIGO EL SEÑOR ADRIANO PÁEZ.

I

Muy pocos de los habitantes de esta ciudad pudieran dar razon del acompañamiento fúnebre que, algunos años há, atravesaba el camellon de las Niéves, como á las cuatro de la tarde de un lluvioso día de Noviembre. Y ciertamente que no habia por qué fijarse en él. Uno que otro curioso ó amigo; un jóven vestido con negligencia y de aspecto abatido; cuatro hombres vestidos con hopalandas de fula y que llevaban á todo andar sobre sus hombros un ataúd, era lo único que se veia en todo el trayecto que recorrieron hasta llegar al cementerio.

Quién fué el muerto? Quiénes eran los dolientes? En vano es preguntarlo. ¿Qué interes pudiera hallarse en la suerte de un hijo miserable que acababa de perder á su madre? Ninguno. Esos grandes dolores, que en clases más elevadas sirven para ostentar un lujo de sufrimiento que llama sobre sí las miradas, corren sigilosamente entre la gente desvalida. Ni los gritos tienen eco cuando uno vive en la miseria.

En la revolucion de 1840 murió un valiente militar, que eno mucho antes habia unido su suerte á la de una honrada jóven de buena familia y de no ménos brillantes cualidades para adornar á una verdadera esposa. Viuda entónces, empezó á luchar con la vida llena de dificultades, y más tarde trabajó para educar al hijo único que le habia quedado. Cuando éste hubo crecido, fué el apoyo de su madre y toda su energía y toda su fuerza de voluntad las aplicó á ser lo que un buen hijo debe ser para con su madre necesitada. Pero cuando uno es pobre, y sobre todo cuando la desgracia parece contrariar lo que se intenta, no es posible luchar sin rendirse á la fatiga. La madre cayó enferma y despues de amargos sufrimientos, producidos acaso más por debilidad extrema que por otra causa, terminó su vida, no sin tender ántes la mano á su hijo para decirle adios. “¿Y no me llevas, madre mia?” preguntó el hijo acongojado: la moribunda no pudo hacer otra cosa que tratar de sonreír, apretarle la mano y expirar. Dos meses hacia que el jóven no se apartaba del lecho de su agonizante madre.

El día en que empieza esta historia, luégo que hubieron llegado al cementerio, el sepulturero señaló la fosa en que debia arrojarse el cadáver; y cuando algunas mujeres que habian ido hasta allá, trataban de arrojar puñadas de tierra en señal de despedida, se arrodilló el jóven al borde de la sepultura, juntó las manos en ademan de súplica y repitió: “Y no me llevas, madre mia?” Sacáronle de allí desmayado de dolor y, cuando hubo vuelto en su sentido, se encontró en una casa vecina

rodeado de algunas personas desconocidas. Allí, como saliendo de un sueño, preguntó: “Y mi madre, en dónde está?” Luégo sonrió irónicamente y calló para no volver á hablar más. ¿Qué cierto es que las palabras no sirven para interpretar los grandes dolores!

Quien sienta que se le comprime el corazon y los ojos se le aguan al recuerdo de una madre que se fué; quien se estremezca á la idea de la pérdida del sér más querido y cuyo amor no puede confundirse con ninguno otro, comprenderá lo que ese jóven sufrió.

Cuentan que días despues desapareció de la ciudad y que se le veia vagar por los campos como un demente; cuentan que mendigó asilo en algunas chozas para pasar la noche; pero nadie dice le oyeran hablar.

II

Este nuestro rio llamado por unos Bogotá, por otros Pusambio, corre con tanta pereza por las inmensas sabanas, forma en su curso tantas vueltas, tantos giros caprichosos y rodeos inútiles, que muy bien se echa de ver la falta de desnivel que lo obliga á buscar su paso, como una gran serpiente que se despereza sobre un alfombrado de grama. Si no fuera por los soplos de las brisas que se encargan de rizar la superficie del rio, haciendo creer al viajero que corre hácia su origen, como si arrepentido volviera sobre sus pasos para no estrellarse en el Salto, se creeria que aquello no era un rio sino largo é inmóvil estanque. De este modo atraviesa la Sabana hasta que llega á Cincha. Oh! qué hermoso es aquello! Allí termina lo cansado é igual de la llanura y empieza otra escena.

Desde que se llega á una hermosa y pintoresca hacienda, que por la espalda tiene el rio y por un lado un riachuelo jugueton y rumoroso que aquí se tuerce, allí se divide para formar pequeñas islas y más allá se desliza por un bosque, se empieza á gozar de una de las más hermosas vistas que en estas regiones se contemplan.

Atravesado este riachuelo, se sube á una colina desde la cual se contemplan las haciendas con sus innumerables greyes, sus undulantes sementeras de trigo, y sus preciosísimas casas. Pasada la colina, el viajero que se dirija hácia el Salto de Tequendama, empieza á llevar su camino por la orilla del rio que allí toma otro aspecto. Alzanse las montañas de uno y otro lado con una vegetacion exuberante, dando paso á las aguas que ya se extienden en anchos y tranquilos pozos, ya se estrellan y saltan comprimidas por millares de piedras, que adrede les estorban el paso para mirirlas convertidas en blancas espumas y volver á extenderse despues tranquila y mansamente.

El viajero que pasa por aquel tortuoso camino, que va indicándole la misma orilla del rio, goza de la vista de vegas hermosas donde la arena se extiende mostrando hasta dónde llegan las aguas en tiempo de invierno, y que en el verano guardan la huella de algun venado asustadizo que suele venir á abreviar en las tardes solitarias. Siguen despues estrechándose las montañas á medida que se acerca uno al Salto, de tal suerte que el rio cruje oprimido en partes por las rocas que ora se bañan en espuma, ora se muestran con su color negruzco contrastando con la blancura de las aguas. Por fin se descende por entre la montaña unas pocas cuadras, y entónces de repente se encuentra uno en el borde, en el arranque misma del caudaloso rio hácia aquel fragoso abismo. Ah! qué horrible maravilla es aquella!

Allí, asido el expectador de algun tronco ó tendido sobre alguna piedra, lanza la vista hácia un precipicio de más de doscientas varas y deja ir la imaginacion asustada tras de un torbellino revuelto, azotado, confuso y tenebroso. Nunca olvidaré la impresion que experimenté cuando estuve allí. No sé qué especie de orgullo y anonadamiento es el que me ha acompañado cuando he visto alguna de esas maravillas como el Tolima, el Salto ó el Niágara: hállome pequeño delante de lo infinito y me siento grande como hombre. Siento no sé qué orgullo al verme hombre dominador de la creacion, y comprendo lo efímero de la existencia, que es apenas un punto delante de lo infinito.

Cuando el rio se precipita, se estrella primero sobre una grada de piedra, y convertido en espumas, en copos, en millares de gotas, mide aquel abismo y se azota contra un averno que lo recibe con aspecto oscuro, misterioso, horrible. La voz estentórea que de allí se desprende, el aire frio que se alza impregnado de lluvia, llegan hasta donde el admirado viajero se halla, y luego estremecen y mojan los árboles que en la orilla inclinan sus troncos y sus hojas como para contemplar aquel vórtice. Otras veces condensados los vapores, suben ocultándolo todo, y dejan adivinar apenas con la imaginacion el abismo que á los piés del observador se cree entonces será como la eternidad: tenebroso, insondable, infinito.

¡Cuántos siglos habrán pasado desde que este rio trata de llenar con gotas este precipicio insaciable que, como otra eternidad, recibe generacion tras de generacion, sin que nunca termine la humanidad, que con paso igual marcha hácia allá!

Vista de frente la catarata, tiene otro aspecto más horrorosamente bello, si es permitido decir así. Entonces se contempla todo en conjunto; se ve cómo las aguas por el aire se convierten en copos que se deshacen, en espirales que se confunden, en agujas que brillan y se cruzan, en masas que parecen suspender su caída, en miríadas de gotas que brillan con el sol, y en sutilísimos vapores que se estrellan contra un abismo que lo recibe hirviente y fragoroso y que en horribles choques devuelve las aguas espumosas á una altura considerable.

Vénse de un lado y otro las montañas siempre húmedas con los vapores que de allí se alzan constantemente y los flancos que, como paredes de un templo, están cortados en la piedra perpendicularmente y se abren para dar paso á la vista ansiosa de contemplar ese altar, donde la naturaleza da una idea de lo que es la grandiosidad de Dios y su eternidad. Altar cuyos adornos son innumerables diamantes que hiere el sol; y sus lámparas el mismo sol que lo ilumina, la luna que en la noche solitaria lo baña con su luz apacible, y las estrellas que en la oscuridad le envían su melancólico reflejo. Altar que tiene por arcos los cambiantes iris; por techumbre el cielo, y por pavimento el abismo aterrador que nunca se colmará. Allí no hay más incienso que los perfumes de la montaña, más música que el trueno incesante de la catarata, ni más divinidad que Dios.....

III

No hacia mucho que el sol poniente se habia ocultado detras de la lejana cordillera. El cortejo de nubes que lo habian acompañado, todavía vagaba en el horizonte con su vestido de gala; en esa tarde se habian adornado con púrpura y oro para acompañar al monarca del cielo á su

retiro. La huella luminosa por donde habia pasado, todavía estaba marcada allí y uno que otro diamante empezaba á chispear sobre el pabellon de tul, diamantes que acaso se habrian desprendido de la diadema con que se adorna el monarca. Oh, qué magnífico estaba el cielo!

A esa misma hora atravesaba el rio, crecido entonces con las lluvias recientes, un anciano leñador en una pequeña barqueta. Luego que llegó á la orilla opuesta, saltó á tierra y amarró á un tronco su barca que quedó oscilando sobre el oleaje turbulento del rio. Despues tomó por entre un bosque el camino tortuoso que conduce á una cabaña y cuando hubo llegado allí, todo volvió á quedar en silencio. Sólo las brisas corrian afanosas por recoger los últimos perfumes; sólo las aguas murmuraban al estrellarse contra las piedras ó las ramas de la orilla.

Un movimiento imperceptible se notó en una pequeña enramada, luego se vió que los arbustos se movian en cierta direccion, hasta que se vió salir á la playa un bulto que parecia esquivarse hasta de la escasa luz que alumbraba el bosque. Por fin se acercó con cautelosa timidez á la orilla, miró á todas partes, entró á la barqueta y cuando ya estaba solo, conteniendo con una mano la barca y asido de una rama de la orilla, apareció el anciano gritando lleno de terror:

—Detente! á dónde vas?

—Voy á ver á mi madre! contestó el desconocido, dejando ir al acaso la barca sobre las aguas turbulentas.

El anciano entonces se postró de rodillas y oró; el Salto estaba á poca distancia de allí.

La barqueta empezó á bajar con la precipitacion de una paja, y cuando ya el descenso fué más rápido, no se vió sino una sombra que llegó al borde de la catarata y.....

Mi pluma sobrecogida por el terror no se atreve á terminar.

Una nube alzó hasta los cielos el espíritu de ese huérfano desventurado; las aguas ocultaron su cadáver que nadie vió jamas, y la noche cobijó con su crespon de tinieblas aquella tumba llena de horror y de misterio.

EL ANILLO.

I

El sol ya cae. Pocos instantes y vendrá la noche á sepultarlo todo.

—Permite, Dios mio, que mi madre no muera aquí! Madre mia! Madre de mi corazon, dime, qué sientes!

—Nada, contesta una mujer haciendo un esfuerzo para incorporarse, pero apenas lo intenta vuelve á caer sobre un poco de paja con toda la inmovilidad de un muerto.

Gabriel, jóven de diez y ocho años, toma la cabeza de la madre, la levanta sobre una de sus rodillas y llora sobre aquel cuerpo que casi es un cadáver. Las lágrimas del jóven golpean á veces el rostro macilento de la madre y á cada gota que siente, entreabre los ojos y parece que quiere hablar. Pero calla, y calla porque la muerte ha empezado á apoderarse de ella.

—Y nadie viene, dice Gabriel volviendo á mirar para todas partes. Nadie viene, porque se halla en una de las espesas montañas de Antioquia; cuatro días hace que están atravesando la montaña de Sonson.

Un ligero estremecimiento de la moribunda hace que Gabriel vuelva á poner la cabeza de su madre sobre la paja para arrodillarse delante de ella y verla morir.

—Gabriel, hijo mio, dijo en un instante de crisis, yo voy á morir, me prometes hacer lo que te mande?

—Sí, madre mia, te lo juro, lo cumpliré.

—Bien está, pareció decir con un ligero movimiento de ojos.

—Pues mira, es mi última voluntad, yo lo quiero así, que vuelvas al lugar de tu nacimiento, y perdones á nuestros enemigos.....Ahora quítame el anillo que tengo y pónelo en el mismo dedo.....y á la mujer que sea tu compañera se lo darás ántes de tu union. Pero cumple lo que te mando y Dios te ben...de...ci...rá...

Y expira: sus ojos y sus labios se cierran para siempre, y Gabriel dando un grito cae sobre el cadáver de su madre. Cualquiera al verlos hubiera dicho que eran dos amantes que se habian abrazado para morir.

La noche vino, y sólo la média luz del último crepúsculo parecia velar sobre aquellos dos cuerpos. Era la mirada de Dios que nunca abandona al desgraciado.

II

Al pasar por una de las principales calles de Medellin, se ven salir por entre los cristales de unas ventanas, torrentes de luz que atravesando la calle van á bañar las paredes de enfrente, formando contraste con la oscuridad de aquella noche. Son las nueve, y la gente del pueblo se va reemplazando poco á poco, porque unos se hastían de esperar al pié de las ventanas y otros llegan atraídos cada vez más por la curiosidad.

En la sala principal donde hay blancas cortinas arregazadas con coronas de rosas, y donde grandes espejos centuplican los objetos, se ve un grupo presidido por un sacerdote.

Dos figuras resaltan allí: es la primera una jóven vestida de blanco y con corona de azahares; hermosa, tímida y modesta como la primera mirada de amor; feliz y recelosa como el ave que salta del nido para volar por primera vez; sus ojos negros no tienen ni una mirada atrevida, ni sus labios envidiables una sonrisa de falsedad. Todo en ella es inocente y por lo mismo feliz.

Es la otra, un jóven de veintiocho años, sin más orgullo que la felicidad presente y sin más pesar que esa misma felicidad.

El sacerdote va á unirlos para siempre; los parientes de la novia se agrupan y lloran porque van á desprenderse de una persona querida. El ministro ha empezado á leer las palabras del rito, palabras solemnes que durarán en la memoria para toda la vida.

Pero el jóven palidece, pierde las fuerzas y cae sin sentido diciendo: perdon, madre mia!....

III

Pocos dias despues se ve al jóven al lado de la que debió haber sido su esposa.

—Es preciso, le dice, que yo me separe de ti para siempre; pero án-

tes te diré por qué no puedo ser tu compañero aunque mi vida y mi porvenir sean tuyos. Cuando murió mi madre en una montaña, me hizo jurar que no me uniría á mujer alguna ántes de haberle puesto un anillo que ella me dió en ese instante. Al verla expirar caí sin sentido junto al cadáver, y cuando volví en mí me habian robado cuanto tenia, dejándome condenado á no unirme á nadie pues me quitaron mi anillo. Nos separaron para siempre sin saberlo!.....Adios, Eloisa mia! Adios para siempre!

—Adios, Gabriel! contesta la jóven estrechando á quien quizá no volverá á ver más.

Los labios de uno y otro enmudecen y sólo las lágrimas expresan lo que sienten en aquel instante supremo.

—Toma, dice llorando Eloisa; que esto te acompañe como mi memoria á donde quiera que vayas. No me olvides. Adios.....

Gabriel recibe, va á llevar á los labios lo que le acaba de dar su amada, y exclama extendiéndole los brazos: ya soy tuyo! ya eres mia! Este es el anillo que me dió mi madre!

AMORES DEL CAMPO.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA ISABEL BUNCH.

PRÓLOGO.

El último crepúsculo de uno de los más hermosos dias de diciembre alumbró las colinas de la Sabana, con tanta debilidad, que su luz alimónada y pálida no parecia al reflejarse en las lomas y prados, sino las primeras aguadas de un dibujante que se alista para pintar la aurora. Varias nubes esparcidas aquí y allí recogieron las últimas miradas del sol, y parecían así con su color arrebolado los pétalos de una rosa despedazada por un niño sobre un manto de seda azul.

De allá léjos, muy léjos, venia un arroyo que al pasar por la llanura ya habia copiado en su seno la imágen de las más lindas flores de un jardín que habia oculto en medio de las colinas. Este arroyo se deslizaba despues por la llanura tan quieto y silencioso, que apenas murmuraba al tropezar con una que otra piedra que, sin querer estorbar el paso, sólo servia para formar espumas que como hilos de perlas iban á perderse en el remanso de más abajo. Imágen de una existencia tranquila y sin pretensiones, hubiera atravesado siempre la llanura sin acordarse quizá de las flores que habia dejado á su paso, si una borrasca no hubiera venido á turbar su tranquilidad.

La noche, al principio quieta, pero calurosa, empezó á oscurecerse poco á poco; las nubes negras como un mal presagio, se fueron agrupando, y despues de un trueno prolongado se desató la lluvia.....

Noche cruel! El campo entregado á las furias del huracan crujió bajo las lluvias en medio de aquella horrible oscuridad. Gruesos torrentes bajaron de la sierra y en breve aquel arroyo tan tranquilo bramó furioso y á su pesar arrastró con las flores del jardín. Ni una flor, ni una sola flor dejó!

El jardín quedó arrasado y los campos como barridos.
Ay! que así queda un corazón arrasado por los desengaños!

I

Tú habrás visto, Isabel, lo que es nuestro cielo en una mañana de verano: con su fondo profundamente azul y sus toques de gualda y rosa suavemente desvanecidos hacia el lado de Oriente, como si quisiese imitar algo de lo que hay en tus ojos y en tus mejillas, forma el encanto inefable que tan frecuentemente nos hace suspirar de placer, viendo que nada tenemos que envidiar al renombrado cielo de Italia!

Pues bien: en una de esas mañanas de verano en Bogotá, sucedió esta historia que voy contándote, á manera de recuerdo, para tu precioso libro, ya que no tengo una lira para cantar tus gracias.

Una rama de rosa enredada en la margen del arroyo la noche de la tormenta, fué prendiendo al amor de las aguas que ola tras ola fueron arrimando á los piés de la planta las arenas y el cieno de su fondo.

Y esa rama botada al azar por la tormenta, y ese arroyo solitario, unidos por un acaso, llegaron á comprenderse!

Y qué misterios de inefable amor se revelaron, el uno con su murmullo y la otra con sus vaivenes! Qué suspiros tan gratos, qué murmullos tan armoniosos! Ese diálogo casi mudo fué un himno constante de amor que sólo ellos comprendieron, porque es así como se explican dos seres que se aman; las palabras no hacen sino bastardear los sentimientos.

Pero la dicha no habia llegado á su colmo y en esa mañana de que te he hablado, de entre los tiernos renuevos de la planta se entreabrió una rosa, como brota la primera ilusion de amor.

Y qué linda debió ser, porque tenia lo fresco de tus labios, lo rosado de tus mejillas y el dengue de tu cintura! Inquieta pero inocente, juguetona pero cauta, se mecía sobre su tallo, y á cada culumpio se veía retratada en el fondo de las aguas que parecían no moverse para no borrar tan linda imagen de su seno.

Y así estaban bien, la una enamorando con sus vaivenes y sus perfumes, el otro con su murmullo y su rocío.

Si el cielo los hubiera conservado siempre así!.....

II

La tarde llegó. La inocente rosa iba á recoger sus pétalos, y á dormir al murmullo de su amante arroyo, cuando llegó el céfiro que arrulla las flores ántes de venir la noche y que las despierta para que reciban el rocío de la aurora.

Céfiro tan blando, perfumado y conmovedor como el suspiro de una mujer amada; venia cargado con los aromas del prado y perfumado con la esencia del clavel y la azucena.

Al encontrarse con la rosa, giró en torno de ella, la hizo mecer suavemente, murmuró algo entre su seno y pasó.

Y una y otra vez volvió, á pasar siempre murmurando entre el cáliz de la rosa, hasta que por fin llegó la noche.

La luna asomó por detras de las lomas y alumbró el campo. Entónces pareció alzarse la rosa para decir sus quejas, porque ese astro melancólico ha sido siempre el consuelo de los que sufrimos.

—Díme, oh luna, ¿por qué pasó y dónde está? Por qué me habló tan

dulcemente si no habia de volver? ¿No era yo feliz al lado de este arroyo que siempre murmura por mí, que me tiene entre su seno y á quien debo la existencia? Será cierto que vuelve con la aurora? No me engañará?... Pero no; dile, oh luna, que no vuelva; no quiero ser ingrata; que emplee su dulzura y sus aromas para otras flores que pueden pagar su amor, pues yo no soy mia. Que me olvide, sí, que me olvide aunque yo llevaré su recuerdo hasta que muera.

Calló; su frente ántes erguida se inclinó para dejar caer una que otra gota que en forma de llanto dejó resbalar de entre sus pétalos, en tanto que el arroyo murmuraba al pié palabras de amor.

III

Vino la mañana siguiente con sus blancos vapores y sus celajes de carmin, porque esperaba la venida de un hermosodia. Entónces la rosa se coronó de frescas gotas de rocío que la aurora habia prestado al arroyo, abrió sus pétalos y esparciendo sus más esquisitos perfumes, esperó.

Entre tímida y gozosa, irresoluta y confiada, parecia una vírgen que espera al pié del altar el momento de coronar su felicidad.

Llegó por fin el céfiro, rodeó la planta, la hizo mecer, pero al ir á posarse entre su seno para arrancarle su perfume en el primer beso de amor, la constante rosa se deshojó! Los pétalos fueron rodando uno por uno hasta caer en la corriente.

—Quien meció mi cuna y me dió su amor primero, habia dicho la malograda rosa, que me sirva de tumba ántes que ser infiel.....

EPÍLOGO.

Días despues se vió que el arroyo habia torcido su paso dejando el antiguo cauce árido y pedregoso, y que por allá léjos, al estrellarse en unas peñas, iba murmurando: "Es tarde, estarde, la perdí para siempre;" en tanto que la brisa al rozarse con la rama seca de la rosa gemia constantemente, y

"Que por eso en las márgenes suspira
"Y en las tendidas ramas se estremece,
"Y en las espumas de la fuente llora;
"Que su dolor más crece
"En el monte, en la vega,
"En la flor que en su seno lo recibe,
"Y que á tal punto su tormento llega,
"Que eternamente sollozando vive."

1859.

LA SUERTE DE LOS INDIOS.

AL SEÑOR DOCTOR VICENTE LOMBANA.

LA COCINA.

En uno de los campos del pueblo de..... situado en los confines de la Sabana de Bogotá, habia en medio de cerezos y arbolocos, tupidos en el pié por rosales y en las copas por curubos, una casita de aspecto pobre y cuya cocina, que estaba cerca, era tan pequeña que apenas cabian tres

ó cuatro personas en ella. Las paredes, como de una vara de alto, eran hechas de cañas entrelazadas, sosteniendo á duras penas la techumbre de chusques y tamo de trigo.

En la noche que empieza mi historia, entre las tres piedras que componen el fogon, se veia arder una hoguera que una muchacha atizaba á cada instante, y en el centro habia una olla que al hervir producía un murmullo sordo é igual, semejante al que produce el agua al caer en un subterráneo. La escasa luz de la llama alumbraba á medias, dando toques encarnados á los objetos que encontraba al paso, y despues iba á morir contra las negras cañas de las paredes y la techumbre de la cocina.

Muy poco rato hacia que habian llegado casi perdidos hasta allá los ecos de las campanas que dieron las ocho en el pueblo, unidos á los de las cornetas de algunos cuerpos que habia estacionados allí. Reinaba ya, pues, el silencio y ni aún el viento gemía en los árboles de la huerta; solo los ligeros traquidos de la leña al quemarse y el murmullo de la olla era lo único que se oía; salvo que una que otra vez se quejara un gozque que habia junto, al rascarse las pulgas que le atormentaban.

Una viva llamarada producida por una hojarasca descubrió otra mujer detras de la que atizaba, y que parecia entregada á la seria ocupacion de dormir. La otra, que estaba sentada cerca, y que, como he dicho, era una muchacha, habia fijado los ojos en la llama, y ni aún lo vacilante de su brillo, ni los torrentes de humo que despedía la hoguera pronta á apagarse, le hacian parpadear siquiera una vez. Era seguro que esa mujer meditaba: lo arqueado de las cejas, que eran delgadas y finas como una pincelada, lo contraído de la boca como de quien quiere reprimir una sonrisa, y en fin, la inmovilidad y actitud tan descuidada y floja, indicaban que pensaba en algo más que fuese en ella misma. Parecia ser como de quince años, y por su tipo y vestido, revelaba pertenecer á la raza desventurada de los indios. Tenia pelo, cejas y ojos negros, boca gruesa y de formas prominentes, y algo más fresca que la de una cortesana, bien es que en sus pronunciadas y rollizas mejillas no habia sino lo dorado con que el sol madura las manzanas, pero en cambio tenia lo picante de lo trigueño, y si no hubieran sido suficientes estas gracias naturales para atraer la atencion, la inocente amabilidad de un niño unida á la esquivez tan comun en esa raza para con los blancos, habria bastado para llamar la atencion del Alcalde ó Cura más indiferentes. Solo una trenza de pelo grueso y brillante caía por la espalda, que debia suponerse al abrigo de las sombras, maciza y robusta, puesto que así lo revelaba el pecho protuberante, que unas veces descubria la luz de la llama entre una camisa sencilla y caída de un lado, y otras lo ocultaba la sombra en que casi quedaba la cocina al huir el relampagueo de la hoguera que luchaba por reanimarse. El brazo derecho, apretado y rollizo y terminando en dedos piramidales, caído con abandono, sostenia el palo con que habia estado atizando la llama, en tanto que el otro, apoyado en el suelo negro y húmedo, sostenia el cuerpo ladeado de la muchacha, que parecia haberse olvidado de cuanto la rodeaba.

La llama por fin se apagó.

El ruido de la olla dejó de oirse, el perro poniendo la cabeza sobre las dos manos cruzadas, también durmió; nadie se movía, nada daba señales de animacion, á no ser que fuesen las lágrimas de Lucía que

caían rodando como las gotas de rocío caerían al alba rodando entre las coles y los claveles de su huerta. Pobre muchacha! Hasta á esa inocente alcanzó la pena, hasta esa choza, asilo de la quietud, alcanzó la perfidia de los hombres.

Largo rato hacia que lloraba, cuando no siendo suficientes las lágrimas, colocó la frente sobre una rodilla y rodeando la cabeza con el brazo empezó á sollozar como un niño.

—Y eso qué es? dijo la que estaba detras, y poniéndole la mano en el hombro empezó á moverla como para despertarla. Lucía! Lucía!

Un movimiento de hombros, como de quien dice: déjame, fué la contestacion.

—Pero qué te aflige? Luego no lo esperas? Lo escondemos bien en la montaña, y que lo busquen: ni con perros!

Al oír estas palabras volvió á mirar Lucía, pero entónces no hizo mas que suspirar de esperanza.

—Si, continuó la compañera, con tal que logre salirse, no se vuelven á ponerse en él: eso á buen seguro.

—Quién sabe, contestó Lucía, volviendo á llorar y limpiándose las lágrimas con el anverso de la mano, el Alcalde don Chepe lo coge otra vez y entónces..... El llanto no le dejó terminar la frase.

Los instintos del corazon en momentos de amargura son vaticinios que nunca ó raras veces engañan. Es porque Dios aconseja el modo de evitar el mal ántes de evitarlo.

—Hace un año por Noche-Buena, continuó Lucía, que don Chepe anda tras de mí: no me pierde patada, y cuando supo que Anastasio se iba á casar conmigo, lo cogió entre ojos, y no lo dejaba vagar: de comisario en el pueblo, componiendo caminos, llevando madera para la cárcel, y así siempre, sin que haya podido el pobre ni echar una roza, por que no lo ha dejado.

—Pero Ave María qué *tirria*!

—Despues le metió pleito por su derecho de tierra y se lo quitó por unos reales que le debía.

—Si será malo el hombre!

—Se lo contamos con mi señor padre al amo Cura y nos dijo que el remedio era que nos casáramos, y ya habian corrido dos amonestaciones cuando un domingo al salir de misa mayor lo cogió y lo echó de soldado; desde entónces no he vuelto á verlo..... Y volvió á llorar la infeliz.

La compañera se le acercó y abrazándola lloró con ella; el perro se arrimó, y despues de haber movido la cola y olfateado á su señora como para consolarla, se enroscó en la falda de las enaguas para volver á dormir.....

Entónces callaron.

La luna asomó en el oriente. Venia grande y de un color amarillento. Un cortejo de nubes jugaba al rededor de ella como los hijos que salen a encontrar á una madre. Unas revolvan mostrando distintas faces que la luz convertía en copos diáfanos; y otras yendo hácia atras como para esperar su turno se conservaban con el color azulado oscuro que tanto contrasta con el turquí desvanecido de los cielos y lo níveo de las nubes iluminadas por la reina de la noche. Cuánta calma hay en esta escena silenciosa.

Apénas asomó al borde de los cerros se vió el campo con toda su

belleza. Parecía que las brisas habían despertado para mover las flores y las hojas que estaban en completa quietud. Entónces se vió la choza rodeada de cerezos cuyas hojas frescas con esa lluvia imperceptible que llamamos sereno, brillaban á medida que las hería la luna. Si alguna vez he deseado el pincel de Vázquez es cuando he visto una noche de estas en el campo. Los toques de luz cortados repentinamente por la sombra oscura de una quiebra donde se desliza un arroyo siempre oscuro y muy pocas veces visible al escaso reflejo de un lampo, como si fuera la imágen de mi existencia; los grupos de árboles que van alzando sus copas como si pretendiera cada cual ser el primero en recibir la luz; despues los llanos cubiertos á trechos de maíz y trigo, y en primer término las casitas de los indios así tan pobres y tranquilas como son ellas; con todo esto, digo, hubiera formado el cuadro mas divino y el más á propósito para inmortalizar á un hombre tan oscuro como yo.

—Lucía, *mirá* que la candela se apaga, dijo la compañera; y acercándose empezó á soplar primero con la boca y luego con el sombrero de palma que tenia puesto. La llama se reanimó; tal revive con solo una sonrisa, con una mirada, una pasión que se cree muerta.

La luz de la luna entrando por entre el hueco de las cañas se puso en contacto con el humo y la ceniza que los soplos levantaban y formaba hilos oblicuos, de los cuales unos daban sobre la espalda de la muchacha y otros sobre el suelo húmedo y las negras piedras del fogón.

—Sí, sopla, dijo Lucía, para que hierva pronto porque no tarda mi señor padre que se fué al barbecho á mudar al buey y la alazana.

—Y él sabe que mañana es cuando.....?

—Sí, él va á llevarlo á la montaña, y despues que lo busquen; ni para un remedio. Amo mío y Señor! él ha de permitir que no lo encuentren, y despues que ese hombre Chepe pegue con nosotros; cuando esté lejos qué cuentas?

—Y estará acabado el pobre, nó?

—Qué! si cuando lo cogió lo llevaron á Bogotá y despues lo trajeron aquí y no lo dejan salir al pobre. Qué vida pasará ahí encerrado con los otros reclutas! Junto á su casa y junto á nosotros y sin podernos ver! Ah conciencia de hombres! tenerlos ahí y despues llevarlos á la guerra á que los maten y sin saber por qué.

—Pero de véras, que es conciencia bien negra!

—Como no lo vayan á coger.....

—Dios ha de permitir que no. Cómo ha de ser!

Á ese tiempo la luna se veló con algunas nubes dejando esa média luz que tanto entristece la belleza de los campos, como la idea de un desengaño oscurece los primeros visos de una felicidad ideada.

El perro, que parecía perfectamente dormido, gruñó un instante y dando un brinco fué á ladrar en la puerta de la cocina.

Los palos de la puerta de la talanquera fueron cayendo unos tras otros y el grito de ¡bueenas noches! siguió despues.

—Bueenas se las dé Dios! contestaron en la cocina.

—Que si aquí está la niña Lucía?

—Siga para más adentro.

El perro que había seguido ladrando a pesar de las amistosas palabras cruzadas entre el recién llegado y los de la casa, sufrió una no muy fina interpelación con un palo para que callara, y entre enfadado y sentido fué á acomodarse hecho una rosca junto al fogón.

Un muchacho como de diez años, que era el que acababa de llegar, viendo que el perro había callado se acercó á la puerta de la cocina y habló con Lucía.

Despues de una conversacion al parecer sembrada de inquietudes y celos, el muchacho se despidió para volver al pueblo, recibiendo como encargo estas últimas palabras de Lucía.

—Dígale, mi hijito, que está bueno; que en el alto de la Jabonera lo esperamos, pero que no se descuide; que deje que oscurezca bien; y que ya le tenemos á dónde llevarlo. Todo esto dicho con la amable solicitud y el cariño de una mujer que ama verdaderamente, fueron las frases que pudieron oirse de boca de Lucía ántes de partir el muchacho, que momentos despues caracoleaba por las tortuosas revueltas de un camino resbaladizo y lleno de fangales.

II

LA EMBOSCADA.

La noche estaba horrible. Las lluvias de la tarde habían dejado el cielo tormentoso, y allá á lo lejos se percibía tal cual relámpago que hacia temer, como una inquietud en el corazón de quien espera.

Tres días habían pasado despues de la escena anterior.

En el pueblo de que he hablado, hay hácia el sur un camino que conduce á un puente y despues empieza una cuesta corta y pedregosa, terminada la cual se ven dos caminos diferentes. Tomando por el que tuerce á la derecha, á poco andar se encuentra un bosque cuyos árboles tupidos forman una techumbre tal que jamás han podido romper los rayos del sol sino á trechos. Una especie de zanja profunda y resbaladiza con tal cual piedra á manera de escalón, es lo que sirve de camino allí. Esta vereda tuerce así unas cuantas cuerdas formando un repecho pendiente, hasta que por fin se llega á una llanura, especie de plazoleta, donde el viajero descansa. Este pequeño círculo de verdura, cuyo suelo esta entapizado de grama, está rodeado por los bordes, que son inmensos desfiladeros, de árboles corpulentos que van sacando sus copas como gigantes que asomaran á mirar la plataforma de un castillo.

Serian las siete de la noche. La oscuridad era tan negra y profunda como un tormento sin esperanza, y el huracán revolviéndose entre los troncos y la hojarasca, bramaba con ruido sordo, interrumpido apenas por el crugido de los árboles que al rozarse producian sonidos como el de una queja. Pronto debía venir la tempestad.

Á poco se destacaron de entre las tinieblas cuatro bultos de los cuales uno se dirigió hácia el borde del camino. Los demas esperaron.

—Nada se oye, volvió diciendo á poco rato el que había descendido para escuchar.

—Pero quizá no tardan; yo creí que los encontraríamos aquí, dijo otro.

—Será que la cuesta está muy mala?

—Pero nadie la conoce mejor que ellos.

Un relámpago alumbró en este momento con tanta presteza y claridad, que los cuatro bultos corrieron á unirse instintivamente como para favorecerse de un peligro. Inmediatamente rasgó los aires el trueno con tal violencia que hasta los árboles parecieron moverse al impulso de aquella terrible voz de un cielo airado.

Despues todo calló, como sobrecogido por el temor. Un chaparrón

cuyas gotas, gruesas y pesadas azotaron cuanto cogian al paso, hicieron que los cuatro emboscados trataran de guarecerse debajo de un árbol que de vez en cuando dejaba caer su lluvia al sentirse estremecido por las brisas, como se vuelve á llorar al recuerdo de un dolor que parecia mitigado ya.

—Oyeron? dijo uno de ellos á tiempo en que se arrimaba al lado del camino en actitud de escuchar.

—Qué? preguntó con inquietud una voz más dulce que la anterior.

—Me pareció haber oído el ruido de un palo.....Seria que me pareció, dijo como hablando consigo mismo, y ya se volvía para donde estaban los otros, cuando el anterior le dijo deteniéndolo:

—No, padre, sí como que vienen, yo oí una voz.

Hay cierto instinto, cierta penetración que solo se halla en el corazón de los que se aman, como dice Soulié. Es esa armonía de voluntades, ese lazo invisible que comunica al alma la alegría ó el pesar, por la felicidad ó la desgracia de una persona querida. Y preciso es confesarlo, nadie posee en tanto grado esa penetración como la mujer enamorada. Hay en su instinto una segunda vista que sigue al objeto que ama, y por eso en la ausencia llora ó rie sin que ella misma pueda darse cuenta de la causa.

Las cuatro personas que aguardaban eran Lucía, su padre y dos compañeros más.

—Entonces, *camíná*, dijo el padre á Lucía, tomándola por el brazo y llevándola por el borde de la barranca, de manera que pudieran cerciorarse sin ser vistos, pues si no eran esas las personas á quienes esperaban, pasarían por el fondo de la zanja confundidos en la oscuridad con los troncos de los árboles. Los otros dos compañeros hicieron lo mismo por el otro lado.

El ruido se acercó más. Una especie de silbido como el de una persona que se detiene á tomar aliento, se oyó tan cerca, que Lucía no pudo ménos que gritar dando un brinco á la zanja.

—Anastasio!

—Lucía! contestó él, recibéndola en los brazos.

—Sí que lo hemos esperado, creí que ya no venía. Pero viene hecho sopa. Venga quítese eso y póngase una ruana.

—Fué que al pasar por el puente boté la blusa y el kepis.

—Hizo bien. Y Juanito dónde está? preguntó sobresaltada Lucía como á la vista de una gran desgracia.

Anastasio no contestó porque á este tiempo salían al llano donde el padre de la muchacha y los otros dos compañeros lo esperaban para saludarlo. Apenas se habían cruzado las primeras palabras cuando Lucía volvió á preguntar:

—Dónde se quedó Juanito?

Yo no sé, contestó Anastasio, quedamos de encontrarnos en el puente y no pareció.

—Qué hacemos, Dios mío! exclamó en tono desesperante la muchacha.

—Por qué? preguntó Anastasio.

—Por qué! dijo el padre sorprendido.

—Y qué hay con eso? preguntó uno de los otros dos en vista de la desgracia que á tal suceso parecia atribuir Lucía.

Ella que vió que si comunicaba la sospecha que acababa de venirle,

amargaba aquel momento de placer, dió en el acto una de esas respuestas para las cuales las mujeres son tan hábiles.

—Pero no ven, dijo, que el pobre estará quizá esperando en el puente ó vendrá por la cuesta solo y empapado, y cuando llegue ya no nos encuentra aquí?

—Cierto, contestó el padre.

—Ya no tardará, dijo otro, el muchacho no es ni *tantico* miedoso.

—Oigan! dijo Lucía, tomando de un brazo á Anastasio y casi arrastrándolo para que huyesen.

—Qué es! dijeron los otros.

—Ruido de estribos; vienen á cogerlo! Corramos!

—No! dijo el padre interponiéndoseles, nos alcanzarán si corremos y aquí ni uno nos queda. Por allí ustedes! Anastasio, nosotros por el otro lado, pero pronto.

La luz azulosa de un relámpago alumbró por un momento la zanja y se reflejó en las caras de aquellas figuras que esperaban con un garrote á dos manos al primero que pasara. Era seguro que acababan con él.

Los resoplidos de una bestia fatigada y el ruido del freno y espuelas y el de los estribos que sonaban contra las piedras del camino se percibían ya demasiado cerca, así como la respiración casi ahogada y las pisadas de otros que se conocía venían detras á pié.

—Alto, muchachos, dijo quedo una voz entre el zanjón, aquí arriba debe estar, pasen ustedes adelante y yo los sigo. Pero paso, que no los sientan. No habia acabado de decir las últimas palabras cuando un fuerte garrotazo descargado, por fortuna ó por desgracia, en la cabeza de la bestia, hizo que diera un vuelco con el jinete, que gritó al caer rodando:

—Jesus me ampare! Á ellos!

La bestia rodando aquí, tirando coces allá, y arrastrando con el jinete que iba enredado en los aperos de la montura, atropelló llevando por delante á los compañeros. Un tiro escapado de un fusil aumentó el desorden, pues se creyeron atacados por un ejército, al paso que los cuatro indios gritaban buscando á oscuras sobre quién descargar sus furibundos garrotazos. Aquello fué obra de un momento. Las piedras que arrastra un torrente al precipitarse por la sierra bajan con ménos celeridad y desorden que los pobres soldados en aquella huida.

—Ahora, para la montaña, ántes que vuelvan otros, dijo Anastasio.

—Oyeron? dijo Lucía; ese que cayó rodando con caballo *y todo*, era don Chepe, el Alcalde.

—Que Dios lo lleve con bien, contestó uno al salir al llano.

—Buen viaje, dijo otro, bien pícaro era el condenado.

—Lo que no se me aparta un momento de la memoria, dijo Lucía al entrar en la montaña por una vereda, es Juanito. Ahora le hacen decir para dónde nos fuimos.

—Pues entonces, dijo el padre nos vamos para otra parte.

—Y que nos busquen, dijo otro.

—Ni con perros, dijo el último.

Á poco rato estaba todo en silencio.

III

YA ERA TARDE.

Ni los primeros reflejos de la aurora venían todavía. El cielo pro-

fundamente azul, estaba salpicado de hermosas *estrellas* que reverberaban como heridas por una luz ambulante que les hacia producir distintos matices. Los vapores se habian extendido sobre las sabanas y permanecian con tanta quietud, como si quisiesen dormir sobre un lecho de verdura antes de que viniera el sol, en tanto que las flores y las plantas en ese contacto ó union misteriosa, recibian entre su seno mil gotas que más tarde habrian de brillar á la luz del sol.

Á esas horas un hombre dejando caer uno por uno los palos de una puerta de talanquera, entraba á un patiecito rodeado de árboles, llevando un buey de cabestro. Al traves de la escasa claridad de las estrellas, se percibia una mujer que en el alar de la casucha hacia las últimas lazadas á una *guambía* de rejos, al traves de cuyas mallas se veian en amistosa union los tallos, cebollas y coliflores que la víspera habian arrancado de la huerta, para llevar en ese dia al mercado.

—Lucía, dónde está la enjalma para el buey? Mirá que es necesario acortarle á la arretranca porque está muy larga, y allí en la cuesta se te va la carga al cogote.

—Sí, señor, ya la acorté desde anoche, mire *sumercé*, contestó á tiempo en que dándole un vuelo con una mano á la enjalma la botaba sobre el buey, que no hizo otra cosa que volver á mirar con calma, como para reconocer á quien tal cariño le hacia, y despues seguir rumiando como ántes. Qué bueno estaba para súbdito de ciertos gobiernos!

—Ahí va la cincha, aprete *sumercé* allá y déjela un poquito atras por si acaso se escurre en la bajada.

—Pero *mirá* que el frio está *condenao*: ¿acaso puedo ni apretar la cincha?

—Si cayó hieló, cómo nó? Y como que no tarda en amanecer porque los gallos están menudeando ya.

Efectivamente, los primeros albores habian empezado á hacer más pálido el azul del cielo y Vénus, el lucero de la mañana ó de los labradores, parecia que acababa de trepar por detras de la montaña, con el brillo y la chispeante inquietud de una primer mirada amorosa.

—Pero si con que está la sabana como si hubieran regado ceniza. Ah hieló más horrible! dijo Lucía echando la *encomienda*, y botando la otra punta del rejo para que el padre apretara.

—El trigo, contestó él, es lo que yo siento más. *Mirá* que no te vas á dar allá á ver con nadie, y si te preguntan, más bien *decí* cualquier cosa. Yo me voy *ora* para allá á verlo.

—Tantísimas memorias, que esta tarde voy. Allá me espera *sumercé*, no?

—Sí, pero que *mirá* que *desocupate* temprano porque se hace tarde, y volvemos noche.

—No hay cuidado, dijo entrando á la salita para sacar un palo que le debia servir de bordon; lo que tiene es que se me está haciendo tarde porque ya es de dia.

Un reflejo anaranjado asomaba ya en el oriente, con la pureza é indecision de la primer sonrisa de un niño. Los pájaros empezaron á cantar entre los árboles y los terneros en las corralejas llamaron á las madres que contestaban alternando sus bramidos con el canto de una muchacha que las arreaba.

Lucía se despidió de su padre, echó el lazo que tenia el buey en la

nariguera por encima de la carga, y á la voz de: *já! já!* partió para el mercado.

Luégo que se llega al alto que domina el puente, se ve perfectamente el pueblo. Lucía llegó allí y se detuvo admirada de lo que veia. Entre tanto el buey que ya no se sentia arreado, se arrimó al borde del camino y empezó á descogollar cuantas matas encontró al paso. Lucía no comprendia por qué el mercado estaba casi solo, al paso que un inmenso gentío desembocando de las calles se exparcia por un gran llano que hay cerca del lugar. Sin embargo, todo esto nada tendria de extraño, si no hubiera visto que todos los cuerpos de tropa estaban en movimiento ocupando en órden sus puestos en el llano. Al principio quiso volverse para su casa, pero cierta curiosidad la fué llevando, y así fué que cuando ménos pensó llegaba al puente distraida con sus pensamientos, que no podian ménos que llevar un reflejo de tristeza. ¿Será cierto que el corazon preveé la felicidad ó la desgracia?

Á este tiempo tocaron á plegaria las campanas de la iglesia.

Pasó el puente y siguió por un camellon que conduce al llano, donde la gente se apiñaba cada vez más y más, y apenas faltarian unas dos cuadras para llegar allá, cuando exclamó:

—Jesus mio!! dejándose caer en una barranca al oír una descarga. Despues sonó otra y otra, y uno que otro tiro dados con precipitacion, fué lo último que se oyó.

Inmediatamente doblaron las campanas.

Dios recibia en su seno dos almas, y los hombres cometian una injusticia sin nombre.

Acababan de fusilar á dos desertores para escarmiento de la tropa. Y esos dos, eran el uno un padre rodeado de hijos, y el otro Anastasio, á quien hacia tres dias habian cogido por denunciado por ese muchacho Juanito al Alcalde don Chepe, cuya actividad no se hizo esperar.

Dicen que por la tarde andaba una mujer rodeada de niñitos pidiendo una limosna para enterrar el cadáver de su marido, al paso que un hombre preguntaba á todos los que encontraba:

—Mi hija, mi Lucía, dónde está?.....Ay hija mia!!.....

UN ARTÍCULO DE COSTUMBRES.

—Cómo hacen ustedes, me decia hoy un amigo, para escribir un artículo de costumbres? Al leerlos, parece como si no tuvieran trabajo ninguno, no en zurcirlos, como si cuando se sentaran á escribir los llevaran en la punta de la pluma y no tuvieran más que dejarla correr. Pues sepa que más de una vez los he envidiado al ver la facilidad con que expresan esos mismos pensamientos, las mismas ideas que tengo. Apenas habrá un artículo que al leerlo no me haya hecho pensar en que lo mismo hubiera dicho yo. Cosa rara! lo mismo que pensaba, ó que hubiera pensado ántes de leerlo, es lo que han escrito Juan Francisco Ortiz, Emiro Kastos, Vergara, Díaz &c. &c.

—Pues mi amigo, usted es un hombre raro.

—Y por qué?

—Porque se contenta con decir que eso mismo hubiera escrito en

caso de ponerse á hacerlo; y le confieso la verdad, hombres tan humildes así, hace mucho que no veo. Dígale á uno cualquiera, á un estudiante: qué le parece tal cosa que escribió Fulano de tal?; y oirá usted cómo le contesta que eso no sirve para nada y que ha echado á perder el asunto que en manos de otro hubiera fundado una reputación; que hay aspe- reza en el estilo, confusión en las ideas, inverosimilitud en los pasajes, y que hasta las mismas reglas de la gramática se han pretermitido; en fin, que aquello es un zurcido intolerable. Otros hay á quienes no gusta sino de lo traducido del frances, porque dicen que si algo bueno hay en el idio- ma español se debe al contacto con los otros idiomas, y que la lengua que empleó Cervantes en el Quijote está tan olvidada que sería necesario vol- ver á estudiarla de nuevo; otros dicen, y en esto suelen tener razón, que aquí no se escribe sino frances en español, y que las traducciones de las novelas francesas han hecho tanto daño como las palabras obscenas en los oídos de una niña, sin que nieguen por eso las bellezas que en sí tiene cada idioma; otros dicen que donde no hay sentimentalismo, ó lo que es lo mismo, romanticismo exagerado, no hay nada bueno; otros dicen que al pan, pan, y al vino, vino, y que la belleza existe en la cosa misma y no en la forma, y que por eso se leen las obras de los clásicos antiguos con tanto ó más gusto que el desesperado sentimentalismo de los moder- nos; otros.... tanto dicen, en fin, que sería tan imposible relatárselo á usted ahora, como hacer una cosa al gusto de ese señor público, como de- cia Larra.

—Y esa contrariedad de conceptos, de dónde provendrá?

—Pues mire: éntrese á un billar y verá que, chambon que apenas haya cogido el taco, va diciendo todas las jugadas, tal cual él las ejecuta- ria, resultando que ninguna de las que hacen los tahures debió de haber sido así, aunque hayan hecho lance. Pero observe usted: apenas pueda tomar el taco, á la primera jugada, si no rompe el paño, da una pifia con que hace reir aún á los que no comprenden nada de ese juego. Lo mismo sucede con los escritos; todos saben censurar, y cuando no encuen- tran defecto que poner, se contentan con decir que no les gusta por ser de Fulano ó Zutano; pero póngales usted la pluma, y, ya hemos visto á más de cuatro que no sirven ni para redactar disparates; pues, cosa increíble, hasta para eso se necesita gracia, y en prueba de ello, nadie ha querido seguir redactando la inolvidable "La Tapa del Cóngolo," ni.... qué sé yo qué más escritos de esa laya. De aquí se saca en consecuencia, que esa variedad de pareceres consiste en el no conocimiento de lo que critican; y si no, vea usted cómo los que saben algo callan y estimulan, pues sa- ben que aquí el que se mete á escribir para el público se sentencia á muerte de hambre, y que por lo que hace á la gloria, esa, está visto, es como la esperanza que mantiene pero que no llena, y estoy por decir que el que quiera subsistir de eso pronto pondrá avisos de que puede vender saliva en ayunas hasta las seis de la tarde.

—Sí, todo eso será cierto, pero usted se me desmontó por las orejas, quizá con su segunda intención.

—Cómo así?

—Le pregunto ¿cómo se hace para escribir un artículo de costumbres? y en vez de contestarme sale con otra cosa.

—Ah! es que usted....

—Sí, señor, me interrumpió, yo he nacido para escritor de costum-

bres, lo siento así, y si no lo hago es porque quiero ántes algunas reglas de una persona inteligente.

—Usted por supuesto habrá leído los modelos de la literatura espa- ñola, como Larra, Mesoneros, Fray Gerundio, &c.

—Qué gerundio, ni qué supino! Acaso para decir lo que uno está vien- do aquí todos los días se necesita de todos esos preliminares con los que usted quiere desanimarme?

—Ah! si el escritor de costumbres contara todo lo que ve, sin darle un lenguaje cultamente disfrazado, los periódicos dejarían de serlo para convertirse en pasquines, y léjos de cumplir la misión que llevan en sí, no harían sino corromper ó echar abajo la moral.

—Yo no hablo de aquellos escritos maestros, por supuesto, porque ni siquiera lo intentaría, pues yo no sé hacer citas en idiomas que no en- tiendo, ni hablo por oídas de lo que jamás he visto ni leído en ninguna parte por parecer erudito. Sólo me contentaría — porque me provoca — con denunciar en cuantos periódicos pudiera, á la policía que no cumple con su deber porque no limpia las calles, porque no compone ni hace compo- ner los empedrados que destruyen los carros y tantas otras cosas.

—Pero ¿para qué más escribir cuando la basura es un artículo per- manente escrito en caracteres que saltan á los ojos — ó más bien á las na- rices — y que la policía ha dado en creer que aquello es en su provecho, porque así deja ver muy bien la necesidad de aquel Cuerpo? ¿No sería mejor que en vez de dedicar su pluma á la basura, la dedicara, puesto que usted dice que se siente escritor de costumbres, á objetos que le die- ran más gloria?

—No me acaba de decir que la gloria mantiene, pero que no llena? Para qué quiere eso? Sirve de algo aquí?

Yo no supe contestar de otro modo que ladeando la cabeza, porque ciertamente aquella es una verdad intachable; pero mi amigo, viéndome en aquel trance en que yo mismo me había metido, me dijo: vamos, no disputemos más, dígame como hace para escribir un artículo de costum- bres y asunto concluido.

—Pero, hombre, si hay cosas que no se saben, quiero decir, que no se entienden aunque se hagan, y aunque se entiendan no se sabe cómo se hacen: me diría, por ejemplo, ¿cómo dos hombres en iguales é idénticas circunstancias, con la misma educación y cultura, uno es afable, modesto, cortés, y el otro soez y grosero? Tendrá que contestarme que porque el uno es fino y el otro grosero, y á fe que yo no quedaria satisfecho con aquella respuesta. Pues lo mismo me sucede con esa su pregunta.

—Vaya, vaya! pero cómo no ha de poder decir de dónde y cómo saca las ideas que va poniendo unas tras otras?

—Pues bien, suponga que vivo en San Diego, y que me dan por aquí en la plaza las nueve de la mañana sin almorzar, y á tan mala hora se le pone á usted detenerme tan sólo para hacer tal pregunta. Pues qué hago? Apunto en mi interior: "Un Artículo de Costumbres," ni más ni ménos que como usted apuntaría al ver un caño: "Basura." Luégo vien- nen sus indicaciones sobre la materia, es decir, sobre el artículo, y em- piezo á reir interiormente, porque sin pensarlo me está dando asunto para hablar de los que creen que todo se puede hacer á tientas y como por adivinanza. En seguida le indico que para escribir bien ó regular si- quiera, se debe leer, y me contesta que para decir la verdad no se nece-

sita de nada de eso. Entonces le echo la mano prontito, como quien dice á usted mismo y en persona, para disfrazarlo y hacerle decir todos los despropósitos que me ocurran con el objeto de corregir ese defecto. Nos separamos; yo tomando camellon arriba empiezo á darle vueltas, no al camellon, ni á usted, pero sí á sus disparates,—aunque haya personas que no son otra cosa que un disparate en dos piés; y agachado y sin mirar á nadie voy trabajándolo en la memoria, y ahora lo hago chato para que no lo conozcan, ó narizon si me da la gana: porque en eso hay tanta libertad como en que usted escriba ó nó todo lo que ve, aunque lo que vea no se debiera ver; y así entretenido voy midiendo camellon hasta que llego á mi casa. Almuerzo—si hay qué—me siento á escribir todo lo que usted me suministró sin saberlo, y hé aquí un artículo de costumbres.

UN SABIO PARROQUIAL.

Esparcióse por el lugar la noticia de que acababa de apearse en el fondin de la esquina de la plaza un señor de esos que desde la capital echan á volar su fama de periodistas y embadurnadores de gacetas, y desde luego la curiosidad empezó á llevar con pretextos más ó menos ingeniosos á los pisaverdes para conocerlo.

Y quién habia de ser el tal? Lo adivinan ustedes? pues quién habia de ser? Yo mismo en cuerpo y alma.

Ya supondrán que, como en tales casos sucede, poco á poco fuimos trabando relaciones hasta que la conversacion se ablandó en términos de entrar en los chistes y las confianzas. Aseguro que no es poca ganga el tener un nombre glorioso y continental.

Por repetidas veces se me habló de un doctor en medicina que hacia luengos años vivia en el lugar y á quien no le habian hallado por donde se le encontrase débil, pues todo lo sabia. Raro privilegio el del talento: su luz todo lo alumbraba, todo lo esclarece.

Tal me parece verlo. Por su edad, parecia temeroso de pasar de la juventud á la vejez; un romántico hubiera dicho que era César detenido un instante á la orilla del Rubicon. Vestia con seriedad y decencia y acaso hubiera podido tachársele más bien de presuntuoso que de humilde ó descuidado. Sus ojos negros coronados de cejas pobladas, las negras patillas como sostenidas por los mostachos, su cabellera poblada y el sombrero redondo, pequeño y ladeado, no pudieron menos que recordarme á los toreros de la plaza de Sevilla. Tenia voz gruesa y las palabras le salian como golpeadas; apretaba con fuerza la mano de quien lo saludaba, sin desperdiciar nunca una sonrisa como mandada hacer, y una mirada fija un tanto escrutadora. Cómo me metió los monos el señor doctor, cuando lo ví por primera vez!

Euclides Peñaloza era su nombre, que llevaba con orgullo, como descendiente de una ilustre familia de Bogotá, en donde habia nacido. Empezó sus estudios en el Colegio del Espíritu Santo y luego recibió en el Colegio del Rosario el grado de doctor en obstetricia, con mucho lucimiento. Rara prevision! De cuánto le habrá servido esto en tantos apuros como los en que se habrá visto para dar á luz sus concepciones!

La revolucion del año de 1851 le puso las armas en la mano y lo

llevó allá al lugar en donde lo encontré, para bien de los habitantes que lo admiraban.

“Farmacia y Droguería” era el letrero que sobre la puerta anunciaba la estancia del doctor, y por cierto que, ¿en qué otro punto habia de estar sino en la plaza?

La famosa droguería estaba compuesta de estantes con pintura de caoba y perinolas bronceadas, continentes aquéllos, de frascos de cristal vacíos hasta el asiento, y con rótulos dorados sobre fondo aporcelanado. Los potes con letreros góticos y sus respectivas tapas bien ajustadas para que no se escapase nada de la nada que contenian, formaban tambien con mucha simetría al lado de unos vergonzantes tarros de lata en que se encerraba el ungüento mercurial y el de altea; y como era tan hábil droguista no se cuidaba de tener las medicinas preparadas, pues en qué tame allí esas pajas, hacia cerato con aceite y cera de Castilla, ó álcali volátil con amoníaco y aceite, ó.....qué diablos no sabia él hacer? Polvos juanes, purgas de sal, maná, ruibarbo y vomitivos de ipecacuana no faltaban eso sí, ni los cajones de debajo de los estantes dejaban de encerrar manzanilla y borraja, porque era muy afecto á los sudoríficos y, como Perdomo, á los eméticos y purgantes. Pielas de culebras raras, pájaros disecados, cuadrúpedos rellenos de paja, cajas con mariposas é insectos raros, piedra rúchica, piedra contra y de águila, hueso de guache, colmillos de araña, cascabeles de crótalo, cascacos de danta, cuerno de ciervo, lagartos, sapos y culebras enfrascados; y, en medio, el señor doctor, formaban el museo de curiosidades más curioso que pueda verse en un pueblo. Aquello tiene su prestigio; ningun campesino entra allí sin asustarse ni vieja sin invocar á Santa Bárbara, ni muchacho sin quedarse con la boca abierta. Esa nigromancia tiene un poder irresistible. No vayan á creer que se haya olvidado el hacer mencion de que allí habia todos los avisos de todos los específicos norte-americanos y europeos. Holloway, Lanman y Kemp, Barry, Brandreth y demas benefactores de los hombres y de la bestias tenian allí su agente, pero no sus medicamentos.

En una especie de trastienda está la pieza de estudio y de consulta. Esa ya es otra cosa: las paredes están cubiertas de láminas de obstetricia, materia en la cual era doctor, el doctor (por fortuna esta palabra no es inteligible para todos). El cuerpo humano en todas posiciones, con cáscara, quiero decir, con pellejo, sin cáscara y mondado hasta hacer dar frio en los huesos, formaban otra coleccion. Estante con libros empolvados á causa del respeto con que los miraba para no abrirlos, mesa de escritorio, retortillas de vidrio, calavera al frente, reloj de cuco colgado y con péndula golpeadora, gran silla poltrona y un olorcillo misterioso esparcido por la pieza, causado por quién sabe qué sustancia, darán idea de aquel gabinete no muy comun entre los de su clase.

No se me queje el lector si aún agrego alguna otra pincelada acerca del doctor Peñaloza: estos pormenores suelen caracterizar con una sola palabra todo un género. El doctor usaba un gran reloj de bolsillo con muchos colgandijos en la cadena: reloj que abria y volvía á cerrar constantemente, como si tuviera cita con algun inglés, pero que siempre que volvía á cerrarlo con estrépito se quedaba en ayunas de la hora en que vivia; lo abria por abrirlo y volver á cerrarlo como hacen muchos con los libros que les caen á las manos.

Con la afectada atencion de que suelen adolecer los que se creen su-

periores á todos, aquel sujeto me ofreció sus servicios y por hacer comprender que estaba bien impuesto de cuanto en el mundo pasaba, habló de alguno que otro articulillo de costumbres que ha visto la luz, y de unos versitos (voz muy usada entre los que saben, aunque los tales sean la oda al Niágara de Heredia) que últimamente habia publicado José Joaquín Ortiz.

De advertir es que la botica del doctor Peñaloza es el punto de reunion de los desocupados, y que en esta solemne ocasion concurrieron á oírlos y vernos, como si fuésemos gallos de riña, hasta los muchachos que acababan de soltar de la escuela. Se imaginaban, y no sin razon, que aquello seria para alquilar balcones.

Después de uno que otro rodeo, como quien dice de los revuelos, le pregunté su opinion acerca de nuestros poetas y me dijo:

—Pues, amigo, si he de decir verdad, poco ha sido lo que de nuevo, verdaderamente original, ha tenido de qué gloriarse nuestra literatura. Y vea usted, empiezo por Núñez para que, no por ser Presidente de la República, deje de juzgarlo como merece. Yo no conozco de Byron sino unas traducciones, pero me dicen que ese señor en sus composiciones eróticas y filosóficas no ha hecho otra cosa que imitarlo sin gracia alguna.

—Señor doctor, le contesté; hasta ahora Núñez ha sido considerado, aun por sus enemigos, como un gran poeta, y si nó ahí tiene usted la composicion.....

—No! me dijo atajándome hasta con la mano la razon; para ser áulico sobra tiempo. Ahí tiene usted á Pombo, á Conto, á Fallon, á Pinzon Rico, Gutiérrez González; ¿qué han hecho, dígame, sino alguna que otra traduccion feliz?

—Bien; pero contésteme: de dónde tradujo Pombo su Edda?

—De la poesía griega de Safo, dijo, y se quedó fresco.

—Conto y Pinzon?

—Del inglés ó del frances.

—Y Fallon de dónde tradujo su poesía á La Luna?

—De una poesía inglesa. Y no sabe usted que se han hallado los originales de donde Julio Arboleda sacó el Gonzalo de Oyon?

—Válgame Dios! exclamé abismado.

—Y no se admire usted, que Caro vive pegado á los clásicos latinos y Ortiz á Quintana, á Rioja y demas vejestorios. Ahora se están levantando unos cuantos jóvenes á quienes apenas se les puede conceder algo de facilidad en la versificacion, pero que no son más que serviles imitadores de Núñez de Arce, á quien han puestode moda, de Trueba los letrilleros, de Heine y Becker los de los versos cortos, y así de los demas. A mí denme la poesía original, nativa y abrupta si se quiere, pero que revele invencion é ingenio. Luz propia y aunque tizne, como dicen de la poesía inglesa.

—Y escritores en prosa no halla alguno notable?

—Vamos por partes, contestó, y me brindó un cigarrillo. Felipe Pérez, Samper y Madieto han escrito volúmenes, y volúmenes, que maldito lo que yo haya leído de ellos; no me gustan. No me hable de Quijano Otero, porque ese no ha hecho más que meternos sus historias sacadas de libros viejos, ni de Adriano Páez porque nos tiene ya hasta aquí,—y se puso el dedo en la coronilla—de escribir y fundar Revistas.

—Y los juzga sin leerlos?

—Eh! dijo dando un chuponcito de dientes, lástima del tiempo que uno pierde en leer eso, habiendo tanta obra buena. Por supuesto que usted no me preguntará por los periodistas, porque no merece la pena de ocuparse de quienes diariamente y sólo por obligacion llenan páginas con lo que se les viene á la cabeza, aunque sean sus desahogos.

—Alguno que otro novelista al ménos.....

—Quiá! Jorge Isaacs tradujo su María de la novela francesa de un tal Delille, como que es....no recuerdo ahora el nombre.

—Pero perdóneme que le interrumpa. Ese frances vióo entónces al Cauca á escribir su novela, porque de otra manera, cómo se copian tan bien las costumbres y cómo se describe tan bien la naturaleza?

—Pues no precisamente eso, pero el asunto sí es tomado de allí. Si hasta me lo ha dicho un caucano.....un tal.....

—De manera que el ropaje, es decir, la belleza de descripcion sí le pertenece á Isaacs?

—Puede ser.

—Pero me ocurre preguntar, ¿cómo fué que en Francia, en donde se reprodujo la novela y se tradujo al frances (y curioso seria ver una novela traducida del frances al frances) no se les ocurrió notar el engaño; ni en Méjico, en donde fué reimpresa con juicios honrosísimos de literatos notables, y en Chile, en donde fué igualmente reproducida en edicion tan elegante como las anteriores, tampoco cayeron en la cuenta del engaño? Ni en la República Argentina, ni en....

—Pues, señor, me dijo abriendo los ojos é inclinándose como para tomar un aire de disculpa; yo no he visto la novela original francesa, pero eso se dice, y cuando el rio suena.....

—Tiene usted razon; pero creo que no negará que en nuestros articulistas de costumbres sí hay originalidad. Ya ve usted á Emiro Kastos.

—Ah! Emiro Kastos. Qué ha hecho? Se empapó hasta ser el trasunto de Balzac y de Larra, y por cierto que yo no hallo gracia en ser copista fiel, la gracia está en ser autor del original. Ciertamente es que los tipos son exactos y nuestros, pero el ropaje, como usted decia enantes, es de los autores imitados. El único escritor de costumbres original que teniamos murió, que era Eugenio Díaz, quien á pesar de su estilo desaliñado y de falta de interes en sus novelas, fué un descriptor fiel. Juan Francisco Ortiz fué otro hombre gracioso, pero tambien le probaron que su artículo "Motivo por el cual..." habia sido imitado de un escrito italiano.

—Sí, eh! exclamé á grito entero.

—Sí, señor, contestó el doctor Euclides con seriedad. Hoy no queda sino Ricardo Silva, que aunque de chiste fino, no ha querido salir de las interioridades de las casas. Por lo demas (que me pisas la cola! grité interiormente) poco ó nada tenemos de qué hacer alarde: gentes á quienes se les consiente que escriban sus articulitos porque con algo se han de llenar los periódicos, pero que bien averiguado, ni conocen las costumbres que describen, pero ni siquiera el idioma en que quieren escribir. Rap-sodistas que ramonean aquí de Mesonero, allí de Larra, cuando no traducen de Dickens ó toman de algun escritor moderno español. Eso es todo.

Ya no pude hacer otra cosa que mirar fijamente á mi doctor, despedirme y agradecerle la visita que ofreció hacerme en el mismo dia. Me fuí para mi casa, pues, con las orejas calientes y los oídos zumbándome como en el mareo de una fiebre. ¿Cómo es, me decia abismado, que un

hombre que dice no ha abierto un libro, se atreve á derribar de un puntapié tanta reputacion, honra y gloria de nuestra patria?

Se hablaba mucho en esos dias del matrimonio del doctor con una viuda de familia notable y cuyo marido habia muerto poco tiempo despues del matrimonio, no sin dejarle un chicuelo y su cuantiosa riqueza. Buen partido era aquel en verdad, pues la señora, aunque un poco jamaña, no carecia de cierta belleza que da la obesidad á las mujeres que en su juventud han sido hermosas. Y si como á esta señora, las adorna ese aire infatuado de quien todo lo sabe y que de nada necesita, pues tanto mejor. Tenia andar majestuoso como el que imitan las reinas de teatro á esto se le agregaba cierto desden cariñoso ó como airecillo de proteccion para con quien se le atrevia á saludarla, humos de literata y no pocos de bachillera é intrigante en política. Muchos anillos en cada dedo, gran cadena de oro para el reloj, valiosos cintillos y curiosos aretes, trajes de seda y calzado elegante que podia ver todo el mundo, porque tenia cuidado de levantar el traje hasta donde era necesario, eran cualidades que nadie desconocia en la señora doña Cándida de Monteverde.

Mucho se quejaban los que tenian trato con aquella señora de la manera como estaba educando á su niño; la gente le huia por no ser víctima de alguna de sus gracias.

Hecho ya este bosquejo, contaré que en esos dias hubo certámenes y que para la distribucion de los premios fuí invitado con tales instancias que no pude ménos de concurrir. Llevóme tambien allí el deseo de oir una composicion que recitaria el doctor Peñaloza y que, segun el decir de las gentes, era dedicada á la dama de sus pensamientos.

Llegó la hora de las peroraciones, y allí el decir de bellezas. La señora con su niño más inquieto que un mico y más garlero que un loro en calle real, despues el doctor con su aire de suficiencia y en seguida yo, con esta cara de bobalicon que Dios me ha dado, formábamos un grupo digno de Goya.

Hueca estaba la dama con su señor, satisfecho el señor con su Dulcinea; parece mentira, pero les tuve envidia.

Despues de una sonata en que lo que más sobresalia era el bombo y un clarinete chillon, tocó el director de la escuela una campanilla y dió la palabra al doctor.

Púsose de pié, se acarició la barba; arropó con una mirada al auditorio; luego la fijó dulcemente sobre su novia, sacó el pañuelo blanco para limpiarse los labios, tosió y prorumpió así:

“Númen y voz, y verso y armonía”

Saludes le mandó Santiago Pérez, le dije por lo bajo.

“Tuviera para hablar de la ternura,

“Que te profesa, angelical criatura,

“Mi enemigo mortal, mi corazon.”

La señora se movió de amor sobre la silla, el niño preguntó qué era lo que decia su papasito —ya lo llamaba así—, y yo le dije: José Eusebio Caro!

“Agitábase en vano mi existencia,

“Era mi vida el lóbrego vacío,

“Pero me viste tú, dulce amor mio.”

Pooooombo, le dije como imitando el ruido de un tambor, pero á pesar de esto continuó impertérrito así:

“Y ya estamos al fin juntos los dos.”

No mate á Gregorio Gutiérrez! le dije, y entónces me lanzó una mirada capaz de partir á cualquiera que no fuera tan coletudo como yo. Sinembargo, continuó:

“Deja un instante que en tu seno ardiente

“Hallen mis besos el placer ansiado.”

Adios de Isaacs!

“Pues cuando estoy contigo y á tu lado.”

Dale con Caro!

“Cuál es la sombra y cuál verdad, no sé.”

Pinzon rico en danza! Al decir esto yo, la señora empezó á mirar con desprecio á su cantor y él á sudar por todos los poros. Otro cualquiera lo deja, pero este Aristarco, para quien nada habia bueno en literatura, continuó la otra cuarteta:

“Pura como la parda cervatilla”

Julio Arboleda!

“Despiadada, de mí siempre has huido.

“Ay! aguijon de amor áun no has sentido,

“Y yo de amor el aguijon gasté.”

Manes de Arboleda! exclamé en tanto que la señora protestaba con gestos contra lo del aguijon de amor áun no sentido.

“Cuando de oriente en el confín profundo

“La luna aparte el nebuloso velo.”

Qué mal le ha hecho Fallon? le pregunté lo más alto posible para que todos oyeran.

“Solitario en el lecho me desvelo,

“Y te oigo entónces entre flores suspirar.”

Al llegar á la estrofa siguiente ahuecó más la voz, tomó toda la cantidad de énfasis posible y como golpe de gracia se dirigió á la señora doña Cándida:

“Llegas al fin como la casta esposa.....

“Pero no, es imposible, que á tu lado

“Juega y sonrie y canta alborozado

“El fruto aciago de tu union fatal.”

Rafael Núñez! gritaron hasta los muchachos de la escuela.

Este fué verdaderamente el golpe de gracia, porque la señora dijo que ella no habia ido allí á que la insultaran y que su hijo no era fruto de ninguna union fatal. El Cura espresó que en la iglesia no debia decirse sino la palabra divina, el sacristan se santiguó escandalizado, el Alcalde dijo que debia de ser mason, cuando era tan hereje, y el público salió indignado de oir tal batiborrillo.

Cuentan que para que no lo silbaran en la plaza, hubo de salir por la sacristía y volver por la noche á su casa.

Y son estos los sabios que lo censuran todo!

Ahora, díganme qué haria yo? Montar en mi mula y poner tierra de por

medio. Supe despues que habia mandado desafiarme á muerte y que la señora doña Cándida habia resuelto no ser más digna de su nombre, para lo cual mandó al médico con su música á otra parte.

PASEO A MONSERRATE.

AL SEÑOR RICARDO CARRASQUILLA.

RICARDO:

Era la una y média del sábado 4 del presente, cuando los estudiantes de mineralogía y botánica, acompañados de nuestros maestros, E. Uricoechea y Dr. Bayon, atravesábamos el rio de San Francisco y nos dirigiamos hácia el Boqueron. Desde luego comprenderás, amigo, que el objeto de este viaje era puramente científico, pero yo, cediendo á mi génio enredador y amigo de ver las cosas por otro lado distinto del que le ven los demás, y pensando en que si te hablo de cuarzos y sílices, de líquenes y herbáceas, ni tú querrias comprenderme ni yo acertaria á explicarme, y corriendo ademas el riesgo de parecer demasiado erudito, herejía que en esta tierra no se le perdona á nadie, he venido en limitarme á decir las cosas lisa y llanamente, para lo cual te pido paciencia, ya que tuviste la desgracia de ser el escogido para oír todo lo que ví y sentí en esa famosa excursion.

En primer lugar te diré, que el aspecto de aquella caravana no dejaba de ser curioso si se notaba el orgullo con que cada cual llevaba ya martillos á la cintura, ó cajas para depositar las yerbas y las flores, ya los termómetros, barómetros, anteojos y aún el mariposero en el cual habian de quedar aprisionados los infelices insectos que se dejaran coger, ni más ni ménos que como quedan hoy los novios en otra trampa que han dado en tender las muchachas, sin que vayas tú á creer por esto, ni ellas tampoco, que son sátiras á la crinolina.

A poco andar nos hallábamos entre los dos cerros teniendo que pasar el rio á cada instante por sobre piedras, no dejando de producir este sistema el inconveniente de que alguno que otro metiera un pié entre el agua, porque sucedia que el que iba adelante se detenía pensando á dónde daria el otro brinco, mientras que los de atras ya no pudiendo detenerse en su carrera, tenian que retroceder precisamente al lugar donde habia otro parado, dando esto por resultado un moro á la agua cuando no eran dos. Pero todo esto, como tú sabes, entra en la diversion, y es sabido que paseos en que no haya de esta clase de aventuras, son como los toros en que no hay aporreados, ó baile en que alguno no se saque la rifa hasta el punto de decir á la *semiserva* en vez de á la *viceversa* y otras linduras de esa clase.

No hay duda que un hombre de genio observador goza mucho con las escenas que la naturaleza le muestra á cada paso. Si yo tuviera una pluma capaz, ménos remolona y tropezadora que esta con que escribo, habria de encantarte con la descripcion de todo lo que ví. Por allí hay grutas entapizadas de felpa verde y húmeda en las que se ven resbalar

por los hilos de la lama, gotas que caen incesantemente para perderse entre las aguas del rio como las horas en el pasado, como los dias en la eternidad. En otras se las ve manar de la piedra como las lágrimas que salen á despecho de quien quiere ocultar un dolor. Cuántas gotas que nacen, brillan un instante al caer y se pierden entre el agua ó la tierra que las embebe otra vez, como si estuviesen destinadas á representarnos lo que es la vida! Más adelante, entre ese ruido silencioso de las aguas, si me es dado expresarme así, hay bellísimas cascadas en que parece que el rio se ensaya ó juega de piedra en piedra ántes de ir á la sabana á formar un hilo, una gota de las que arroja el estruendoso Tequendama.

Una de esas pequeñas cascadas que ví es preciosísima: viene el rio al parecer tranquilo, moviendo helechos de uno y otro lado, como si quisiera detenerse á reflexionar un instante ántes de caer, pero despues se desliza como involuntariamente y cae sobre una piedra esférica que convierte las aguas en una especie de canastilla formada de mil perlas, mil diamantes que devuelven la luz del sol formando un iris deslumbrador. El pozo que recibe esta lluvia de gotas hierve y se agita, la espuma se deshace en copos y al fin se pierde entre el resto de las aguas, para volver á formar otra cascada en las piedras de otras piedras de más abajo.

Luego que dejamos el rio emprendimos por una pendiente que se halla detras del *Pico de la Guacamaya*. Aquello es casi perpendicular. Ni una rama de donde asirnos, ni un lugar donde descansar. El sudor empezó á ser copioso, la respiracion precipitada y el desaliento insufrible. A cada instante nos deteníamos para tomar aliento y oír el latido de las arterias que parecian querer estallar. Ay, mi amigo! no hay paso sin penalidades en este mundo! Con la boca seca y devorados por la sed, al fin salimos. El viento fresco empezó á soplar, la pendiente se suavizó y la sabana se nos presentó como la superficie de un mar tranquilo.

A las cuatro y média de la tarde estábamos en el atrio de Monserrate. La primera operacion fué la de arreglar el barómetro para empezar las observaciones que debian durar veinte y cuatro horas. En seguida empezamos á observar la ciudad que parece desde allá, con sus calles y manzanas, como un plano extendido sobre una alfombra de seda verde. Cada cual buscaba con la vista ó con el antejo un punto. Allí está la plaza, más acá el convento, despues se cruza; sí, ahí está, esa es la casa, decia cada cual, segun la que buscaba. Yo busqué mi casa, pensé en los míos y medité en la ciudad. Esta ciudad vista desde allá es imponente. Cuántas consideraciones me vinieron en aquel instante! En ese conjunto de casas, pensaba yo, y tan silencioso como se observa desde aquí, como si fuera un panteon ó los vestigios de una ruina; ; cuántos miserables y cuántos que se creen felices; cuántas maldades y cuántas virtudes! En cada uno de esos vivientes que desde aquí se ven pasar de un lugar á otro, pero sin moverse como el horario de un reloj, qué cúmulo de ideas no abra! Acaso sea un sabio, acaso un malvado, un poderoso ó un pordiosero.

Al ver á mis compañeros mostrándose unos á otros tal ó cual casa, pensaba en que, cuántos pensamientos nos seguirian hasta allá, y en el cambio de afectos que se efectuaría á esas horas, así como la imagen de un cuerpo entre dos espejos es arrojada de uno á otro sucesivamente hasta perderse.

Mi vista divagaba de un punto á otro, hasta que al cabo encontró el

cementerio. Permíteme que calle, amigo mio..... Ahí está mi madre, ahí están los míos. Lo que hay aquí adentro para ellos, se siente pero no se dice. La palabra no se ha hecho para decirlo todo: hay sentimientos que al llegar á los labios se profanarian.

A poco empezó á venir la noche. Esta hora es más bella de lo que puedes imaginarla. Una sombra empieza á cubrir la ciudad como si un manto cayera sobre ella para que sus habitantes se entreguen al descanso. La Sabana entonces tiene un aspecto melancólico y delicioso. La luz que produce la lucha entre las sombras y el crepúsculo, como si dijéramos, el último esfuerzo de un moribundo, se refleja sobre el fondo verde-oscuro en unas partes, y medio amarillento en otras, con tal indecisión y debilidad, que apenas deja percibir aquí una línea de sauces, allá una choza y más allá una chamba que al fin se pierde en la oscuridad. Las lagunas brillan á esas horas como trozos de plata bruñida expuestos á la lumbre de la luna; y en tal cual, á lo lejos, parece esconderse en una de ellas el último reflejo de un crepúsculo moribundo. El cielo es bellísimo: allá tras de los cerros se divisa un mar de fuego, y las nubes tomando distintas formas y colores, parecen haberse reunido para acompañar á un sultán á su tumba. Unas, blancas como trozos de nieve, otras teñidas de rosa y nácar y las últimas con su color plomizo, terminan este fúnebre cortejo y abren el paso a la noche. A la noche que viene con su silencio, su misterio y su oscuridad; á la noche que pocos momentos despues ha convertido todo en un panteon.....

Junio de 1859.



BIBLIOTECA
Universidad Eafit



6200000204486



